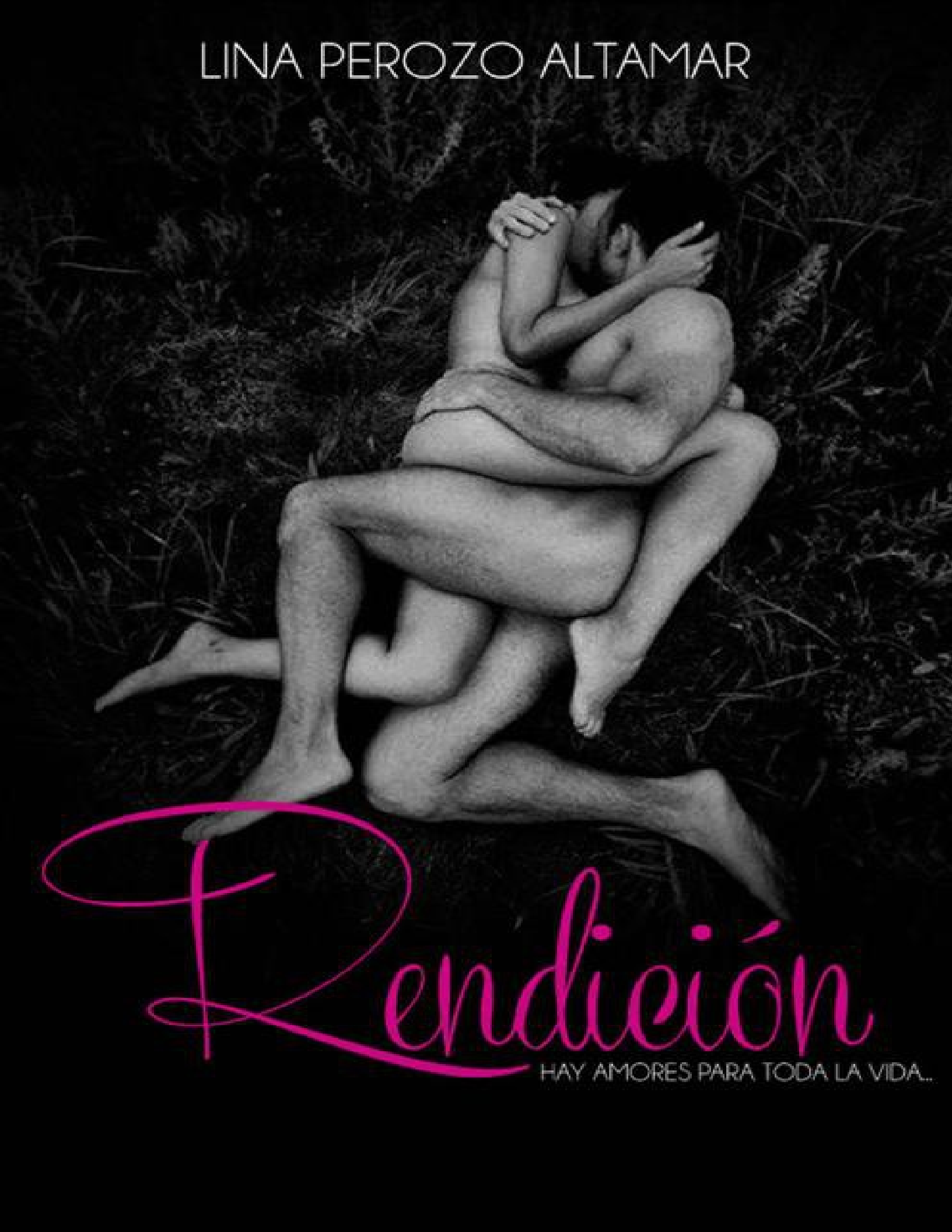
LINA PEROZO ALTAMAR



Rendición

HAY AMORES PARA TODA LA VIDA...

Rendición

Hay amores para toda la vida

LINA PEROZO ALTAMAR©

Copyright © 2015 Lina Perozo Altamar
Todos los derechos reservados.
Diseño de portada por: Tania Gialluca
Primera Edición: enero 2015
ISBN #: 978-1-312-87471-8
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.
Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Indice

INDICE
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
EPÍLOGO
PLAY LIST BOOK
CONTACTA A LA AUTORA

Dedicatoria



A todos aquellos que me acompañaran en este camino desde el principio y los que se sumaron con el pasar de los días, gracias por cada una de sus palabras y todo el cariño plasmado en ellas. A mis pilares fundamentales en todo lo que emprendo, mi familia y Dios, que me brindaron la fortaleza para llegar al final de este, que es a la vez el inicio de grandes sueños.

Agradecimientos



Una vez más a Dios, que con su maravilloso poder y su inmensa bondad ha puesto en mis manos, uno de los dones más hermosos que pude haber recibido.

A mi familia, gracias por apoyarme, por escuchar mis ideas y brindarme el espacio para poder volar con libertad. Mis hermanos Lily y Omar, que son mis principales motores, gracias desde el fondo de mi corazón, los adoro.

A mi querida amiga y cómplice Yussy Deleforge, gracias por mantenerte a mi lado en la continuación de esta historia, por brindarme tu cariño, tu honestidad y su apoyo incondicional, gracias también por los datos sobre los exquisitos vinos que me compartiste, espero algún día podamos reunirnos y disfrutar de una deliciosa botella de Chianti.

Gracias a Lucy Bastidas, Mariana Sciacca y Jessica Murray, ustedes se volvieron parte fundamental en la creación de esta obra, cada una en su momento fue el pilar donde me apoyé, la amiga que me aconsejó, la palabra que me alentó, la idea que desencadenó muchas más. Gracias por el tiempo, la paciencia y el cariño, se les quiere muchísimo.

A mi gran amiga y artista Tania Gialluca, que una vez más me honró con su arte al crear esta hermosa portada, que expresó a través de una imagen, todo el amor, la entrega y el erotismo que forman parte de Rendición. Es hermosa… es sublime, es sencillamente perfecta, mil gracias por ella Tania, te quiero.

A mis hermosas caracolas, Betty Espinal, Verónica Rodríguez, Paula Sibaja, Sandra Cerón, Daisy Rivera, Mónica Molina, Gaby Del Muro, Paola Henríquez, Isa Schonhobel, Sandra Schwarzenberg, Susana García y Lisa Briganti... que estuvieron a mi lado una vez más, con su apoyo incondicional y el cariño, que saben es mutuo, uno de mis mayores sueños es que la vida nos reúna a todas, gracias mis corazones, la amo!

Gracias también al extraordinario Al equipo de Pre-Venta: Andrea, Paula, Carolina, Sandra, Danitza, Paola, Lucy, Evelin, Gri, Anahí, Kari, Betty, Annie, Daisy, Dayana, Gaby y Fátima, ruego que no se me pasa alguna, chicas son todas maravillosas, gracias mil por el apoyo.

A mis lindas chicas de Hermanas Perozo, y de señoras Garnett, con todo mi corazón muchas gracias por cada comentario, arte, vídeo, por el más pequeño detalle, que para mí fue inmenso y me llenó el corazón de felicidad. En especial a mi hermosa María Fernanda Jorquera, por haber creado una cuenta regresiva tan emotiva. ¡Se les quiere! Y a quienes no son menos importantes mis hermosas niñas del club de consoladoras, gracias por ser parte de este hermoso sueño, gracias por la amistad y la complicidad.

A Giulio Berruti, gracias por haber inspirado al personaje de Alessandro, no solo como su imagen, sino en muchos aspectos, por dar la idea principal para Rendición… Aquella entrevista fue el primer destello de lo que hoy es un espléndido sol. Gracias por las casualidades que pasaron de dejarme perpleja a sacarme una sonrisa, y por estos maravillosos seis años de inspiración que me regalaste. Hoy nos despedimos y la deuda está saldada.

Y por último quiero agradecer infinitamente a cada una de las personas que se dejó conquistar por la primera parte y hoy llega hasta este segundo libro, gracias por darle una oportunidad a este gran amor que va más allá de una pareja, más allá de una pasión… gracias por dejarme que los lleves a través de mis letras a vivir un amor para toda la vida.

Lina Perozo Altamar.

Hai aperto in me

La fantasia

Le attese i giorni di

unillimitata gioia

Hai preso me

Sei la regia

Mi inquadri e poi mi sposti

in base alla tua idea

Laura Pausini



Capítulo 1

Roma, Italia – marzo 2013.

Su mirada se perdía en el paisaje, uno que conocía muy bien pues había sido su hogar desde siempre, suspiró admirando al gran protagonista de la ciudad, el emblemático Anfiteatro Flavio, que muchos extranjeros conocían como El Coliseo Romano, y que a pesar de los años seguía siendo una de las edificaciones más altas de la ciudad. Muestra de ello era la cantidad de edificios que se esparcían a su alrededor, que parecían haber sido diseñados estratégicamente por debajo del gran coloso de Roma y así no atraer la atención de propios y de extraños.

Alessandro sentía que los párpados cansados se le cerraban, llevaba varias noches sin dormir bien a causa de la ansiedad, había pasado una semana desde que le pidió a su agente que enviara su ficha para la audición de Rendición. Sin embargo, no había recibido una respuesta o al menos algo que le indicara que Samantha estaba al tanto de su decisión por buscarla. Suspiró una vez más y eso rompió la burbuja donde estaba, pues la voz de su hermano caló en sus oídos.

—Alessandro, sigo pensando que te has vuelto loco.

Él había olvidado que Lisandro llevaba cerca de una hora intentando convencerlo de lo pésima que era la idea de irse a América para postularse al papel de Franco Donatti. Comenzaba a sentir que tal vez su hermano tenía razón y estaba perdiendo el tiempo, no por su capacidad para obtener el protagónico, sino de sus posibilidades de recuperar a Samantha.

—Eso no es una novedad, siempre lo has pensado, Lisandro —contestó mostrando media sonrisa mientras se acercaba a la mesa donde había dejado su móvil para revisar si tenía alguna notificación.

—Sí, ya lo sé, pero ahora es distinto, esta vez realmente creo que te has vuelto loco, tú no eres de los actores que corren tras un protagónico, a ti te los ofrecen… a ver ¿Desde cuándo no haces audiciones? —preguntó y como respuesta únicamente recibió un encogimiento de hombros —. Déjame recordártelo... ¡Desde que tenías diecisiete años! Después de eso, cada vez que ibas a las convocatorias simplemente era para cumplir con formalismos ya que todo el mundo sabía que tú te quedarías con el papel principal…

—Las cosas cambian, Lisandro, además estoy pisando un terreno nuevo, debo empezar de cero, en América nadie me conoce, bueno al menos no como aquí en Italia o en el resto de Europa.

—Con mayor razón, ¿qué ganas con ir a arriesgarte a un lugar donde no tienes nada seguro? ¿Qué beneficios puede traerte esto que no tengas ya? Últimamente te la pasabas quejándote del asedio de los medios, de su manía por querer hacer de tu vida privada un circo, si lo que quieres es continuar con tu carrera de una manera discreta lo último que debes hacer es ir a esas audiciones —señaló con su mirada fija en él, que no tenía la educación para verlo siquiera, pero eso no lo hizo desistir; por el contrario, se proponía afincarse más.

Alessandro revisaba por décima vez su correo esa mañana sin encontrar al remitente que tanto esperaba, mientras escuchaba las palabras de su hermano, pero no le prestaba atención pues había tomado una decisión y nada lo haría cambiar de opinión, ni siquiera una negativa de Samantha; después de todo, eso no se trataba únicamente de ella sino también de él y lo que

seguía sintiendo.

—¿Acaso no has visto todo el revuelo que ha causado el famoso libro? Los actores americanos se pelean por obtener ese papel, hasta se han creado clubes de fans y esas chicas luchan tal vez con mayor fervor porque su favorito sea el elegido… Quien se quede con ese protagónico verá su vida cambiar de la noche a la mañana, se volverá un completo caos y algo me dice que tú no estás dispuesto a asumir todo esto.

—Pues lo haré, si obtengo el papel que estoy casi seguro de que así será, asumiré todo lo que tenga que asumir, esto es un reto para mí y quiero tomarlo, lo que saque de ello… Bueno solo el tiempo lo dirá, cuando les mencioné sobre mi decisión fue solo para informarles, no para pedirles permiso, viajaré a Los Ángeles y me presentaré en las audiciones de Rendición. Fin del tema —sentenció con firmeza.

Lisandro suspiró y se llevó las manos a la cabeza, quería decir algo, pero sabía que, aunque buscase todos los argumentos posibles para hacer cambiar de idea a Alessandro, no lo haría, era más cerrado que una ostra cuando se empeñaba en algo, y justo en ese momento estaba aferrado a obtener el papel de Franco Donatti. Era consciente que su hermano podía encontrarlo fácilmente, no solo porque fuese un excelente actor, también jugaba a su favor ser, hasta donde sabía, el único italiano que había propuesto su candidatura para el personaje. Si los productores eran inteligentes y querían desarrollar la historia lo más cercana posible al libro, Alessandro era el actor perfecto para rodar la película; además de ser una novedad.

Todo eso lo sabía porque después de enterarse de la decisión que su hermano había tomado, buscó el famoso libro y lo leyó en una semana, aunque no acostumbraba a leer pues era más dado a otro tipo de entretenimientos, pero su curiosidad pudo más. Sobre todo, después que su madre respaldara la decisión con tanto entusiasmo, ella también había leído el libro y tal vez le sucedió igual que a él, que en ocasiones podía jurar que a quien la escritora describía era a Alessandro, incluso pudo encontrar en el personaje expresiones y gestos de su hermano, si no fuese porque sabía que Steinberg no lo conocía, diría que ella se había inspirado en él para crear al tal Donatti.

—Quizás no deba inmiscuirme en esto… pero considero que la decisión de Alessandro es la acertada; después de todo, los romanos no crearon un imperio quedándose en sus casas y conformándose con lo que tenían, ellos tomaron riesgos, salieron en busca del éxito y lo encontraron, por eso siempre serán recordados —esbozó Lucca.

Él había tomado las riendas de la carrera de Alessandro desde su regreso al mundo del espectáculo, convirtiéndose casi un ángel de la guarda para el joven, incluso evitó que Stefano Ferretti lo siguiese robando y llenándolo de porquerías como hizo durante tanto tiempo. Estaba atendo a la conversación de los hermanos mientras buscaba en la web información sobre el proyecto que Alessandro tenía en mente, sabía que eso era algo nuevo para él y que si por primera vez se estaba arriesgando a salir de su país era porque verdaderamente se trataba de algo importante. Desde hacía mucho no tomaba decisiones a la ligera y ésa no parecía ser una; lo había visto buscando información sobre el equipo de producción, así como de la escritora y también había mirado a los actores que proponían para el papel de Franco Donatti, todo eso mostraba que estaba realmente interesado y su deber era apoyarlo.

—No digo que esté mal aspirar a más, el problema aquí es que ya Aless tiene todo lo que puede desear, es un actor consumado, toda Italia lo idolatra… Además, él mismo lo ha dicho, Lucca, no desea tener más presión de la que ya tiene, no quiere que le suceda lo de años atrás —dijo y se volvió a mirar a su hermano que tenía el ceño fruncido.

Alessandro quiso intervenir al escuchar esas palabras, pero prefirió quedarse callado porque

sabía que nada de lo que dijera lograría inclinar la balanza a su favor, parecía que sus errores del pasado jamás dejarían de pesar sobre su espalda.

—No te hagas el desentendido, Alessandro Bonanzierri, que estoy hablando contigo, sabes que siempre me he preocupado por tu bienestar, he intentado ser el mejor hermano mayor que he podido y créeme, ni tú ni Paula me la han puesto fácil, pero no es parte de nuestra esencia el rendirnos, así que te guste o no te diré tus verdades —esbozó en un tono que no dejaba cabida a réplicas.

Alessandro tampoco era de los que se quedaba en silencio, dejó el móvil de lado y caminó al otro extremo del salón enfocando su mirada de nuevo en la ciudad, respiró profundo mientras buscaba una respuesta para su hermano. El recuerdo de Samantha desnuda y dormida junto a él después de haberla hecho suya, llegó hasta su mente, el corazón comenzó a latirle con rapidez y supo que ésa era su respuesta, se giró para mirarlo a los ojos.

—Yo necesito estar en esa película, no me preguntes por qué, solo confía en mí, te aseguro que no me pasará nada, aprendí la lección y además tengo a Lucca a mi lado, él velará porque todo esté en orden. Sé que es difícil para ti lidiar con la familia que te ha tocado, no hablo solo de Paula, de mí o de nuestros padres; sobre todo, me refiero a ti mismo, eres la viva imagen del chico de diecisiete años loco por ser mayor de edad y que se escapa a todas las fiestas que puede, pero todavía así intentas darnos un ejemplo de rectitud con todo el esfuerzo que eso implica para alguien como tú, es admirable… —se detuvo porque su hermano se cruzó de brazos y elevó una ceja.

Lisandro no supo si hablaba en serio o no, pero sentía que había pasado de ser quien daba el sermón al sermoneado, así que le hizo saber su molestia golpeando el suelo con su pie derecho, lo vio sonreír y eso aumentó el sentimiento de molestia en él.

—Es un cumplido, no lo tomes como sarcasmo, Lisandro, sabes cuánto te quiero y que prometí respetar y escuchar todos los consejos que desearas darme, pero esta vez debo romper mi promesa y seguir a mi instinto —finalizó con la esperanza que lo comprendiese sin hacer más objeciones y tampoco preguntas.

—Primero, gracias por… bueno, por hablar con sinceridad, segundo confío en ti, sé que has madurado, que ya no eres ese arrogante desgraciado que se creía Dios, que ahora piensas muy bien las cosas antes de hacer o decir algo… —Vio como su hermano mostraba una sonrisa creyendo que había triunfado, pero él levantó una mano pidiéndole que esperase—. Sin embargo, eso no evita que me preocupe por ti, ya sé que Lucca te mantendrá dentro del camino, pero quiero que me prometas que sea lo que sea que suceda en esas audiciones, tanto si quedas como si no, vas a seguir enfocado en todo aquello que sea para tu bienestar, pues de ello depende que nuestra familia esté bien, si alguno de nosotros no lo está los demás tampoco y hablo en serio, Alessandro, te quiero centrado y consciente de que antes que tu carrera, que tu público y todo lo demás, estamos nosotros.

Lisandro le había dado el sermón del año, eso era obvio, pero su hermano tenía razón, debía tener siempre presente que si algo llegaba a salir mal serían ellos quienes más sufrirían, ya ocurrió una vez y no deseaba que volviese a pasar, se odiaría si volvía a defraudarlos.

Suponía que no debía existir mayor riesgo, no le importaba siquiera obtener el papel, si lo hacía bien y si no pues también, lo único que realmente deseaba era reencontrarse con Samantha y saber si tenía una oportunidad para hacer y decir todo lo que tiempo atrás no se atrevió.

—Eso es algo que no olvidaré jamás y lo sabes, si con mi promesa te quedas más tranquilo. Te prometo que sin importar lo que suceda, seguiré siendo quien soy en estos momentos y si llego a cambiar solo será para mejor, para hacer que ustedes se sientan orgullosos de mí y sobre

todo compensarlos por el daño que tiempo atrás les causé, deseo que de una vez por todas olvidemos lo imbécil que fui —habló con convicción, mirándolo directamente a los ojos.

—Bien, eso me hace sentir mucho mejor, confío en tu palabra… Ahora en cuanto a lo de no hacerte preguntas, no puedo complacerte en ello, has despertado mi curiosidad al demostrar ese interés desmedido por estar metido en esa producción y deseo saber a qué se debe —mencionó observándolo en detalle; le hizo un ademán para que se sentase junto a él y le confesara todo.

—No te contaré nada y no me presiones porque no pienso ceder, quizás más adelante comprendas porque estoy haciendo lo que hago, y hasta te cuente todo, pero por el momento confórmate con saber que estaré bien y cumpliré con mi palabra —dijo determinante.

—Tú y tus jodidos misterios ¡Los odio!, pero para que veas que sé respetar tu privacidad no te seguiré atosigando con preguntas, no vaya a ser que termines confesándome que tuviste un tórrido romance con Samantha Steinberg —dijo riendo y se puso de pie para servirse un trago, aunque apenas sería mediodía, pero lo necesitaba.

Alessandro agradeció que su hermano no lo estuviera mirando pues apenas pudo controlar su reacción ante ese comentario, se tensó de inmediato y podía jurar que incluso había palidecido. Se volvió al ventanal, respirando profundamente para calmar el ritmo acelerado de sus latidos y ocultar sus emociones.

En cuanto Lisandro hizo ese comentario, la mirada de Lucca voló a Alessandro, pues él también había llegado a pensarlo, pudo notar como su semblante se descomponía; de inmediato su mente comenzó a encajar piezas dentro de ese rompecabezas que empezaba a adquirir sentido, pues ciertamente el joven había sido muy reservado con su vida privada, pero; sobre todo, con ese tiempo que pasó en La Toscana.

—Después de todo, hasta lógica tendría, esa mujer parece haber hecho un calco de ti en tus viejos tiempos para crear a su famoso Franco Donatti, no te imaginas cuánto me reí mientras leía cómo ese desgraciado hizo rabiar a la protagonista, yo que ella lo hubiese mandado a la mierda en más de una ocasión, pero bueno… ¿Qué puedo decir? así es el amor —puntualizó dándole un sorbo a su bebida.

—No te ha mandado Vittoria a ti después de seis años de noviazgo —esbozó Alessandro devolviéndole la estocada, aunque su hermano no era consciente de la verdad, no pudo evitar la réplica.

—¡Mierda! ¡Vittoria! —exclamó, levantándose con rapidez y dejó el trago—. Había olvidado que debíamos almorzar hoy juntos, me va a matar, debe estar esperándome en *Il Barroccio*, tengo suerte que no queda muy lejos de aquí así que iré caminando, dejaré el auto en una de tus plazas —explicó al tiempo que tomaba la chaqueta de cuero del perchero y después de eso salió, prácticamente corriendo.

Alessandro sonreía ante la reacción de su hermano, jamás dejaría de ser un adolescente, pero al mismo tiempo era un gran hombre, y él tenía la suerte de tenerlo cada vez que lo necesitaba, incluso si estaba al otro lado de mundo, solo una llamada telefónica lo hacía sentir como si estuviese junto a él.

—Yo también tengo unos asuntos que atender, así que por hoy me retiro, quedamos a la espera del correo que nos envíe la gente de The Planet Studios, tengo la corazonada que la respuesta será afirmativa y que en unas semanas estaremos viajando a Los Ángeles —mencionó, consciente del significado que esa respuesta tenía para el chico, o del que él sospechaba podía tener.

—Esperemos que así sea, muchas gracias por la ayuda, Lucca, cualquier cosa que ocurra no dudes en hacérmela saber, descansa.

Intentó no mostrarse muy interesado en lo que pudieran responderle los de la producción de Rendición, no quería delatarse delante de él, pues era mucho más perspicaz que su hermano Lisandro, y esa mirada que le dedicó cuando mencionó a la productora lo hizo sentir un poco incómodo, como si supiera algo.

—Lo haré, descansa tú también —esbozó caminando hacia la puerta y después de despedirse con un ademán salió.

Alessandro cerró los ojos cuando estuvo solo y comenzó una súplica, pidiendo para que la respuesta de los americanos fuese la que él esperaba, al menos si eso sucedía ya tendría la mitad del camino recorrido, lo demás sería llegar hasta Samantha y hablar con ella, confiar en las palabras de su madre cuando le aseguró que seguía enamorada.

Todo eso lo tenía muy tenso así que buscó la manera de relajarse, se sirvió un trago de whisky, aunque no acostumbraba a tomarlo, en ese momento necesitaba algo fuerte. Tomó el control de mando de la consola donde estaba su iPod, la encendió y de inmediato la voz líder de *Coldplay* junto a las notas del piano se esparcieron por el lugar.

Conocía muy bien esa canción y quizás no era la más apropiada para llenarse de esperanzas; por el contrario, le estaba lanzando a la cara sus peores miedos, esos que lo habían atormentado desde que decidió embarcarse en esa aventura. Sin embargo, la dejó continuar porque incluso los temores debía tenerlos presente, pues como decía Chris Martin, todo era posible y aunque él pusiera todos sus esfuerzos en llegar a una reconciliación, la última palabra la tendría Samantha.

Alessandro la siguió consciente que quizás nunca se había sentido tan identificado con un tema de una de sus bandas favoritas como lo estaba en ese momento, la escuchó dos veces seguidas, sintiendo cómo las lágrimas se arremolinaban en su garganta mientras su corazón latía lenta y dolorosamente haciéndole difícil seguirla, cuando la segunda vez acompañó a Chris Martin.

What if you should decide
That you don´t want me there by your side
That you don´t want me there in your life
What if I got it wrong
And no poet or song
Could put right what I got wrong.

Cerró los ojos y un suspiro se escapó de sus labios, al tiempo que el nombre de ella se repetía en su cabeza como si fuese parte de la misma melodía que dejaba escuchar sus últimas notas.

—Tú decides Samantha, sabrás que voy por ti… tu corazón te lo dirá y si aún me amas, escúchalo y danos la oportunidad de enmendar los errores del pasado, aunque estés con otro hombre y pienses que lo amas a él… Por favor, déjame acercarme una vez más y te aseguro que no te arrepentirás… no lo harás, preciosa. —Abrió los ojos y su mirada una vez más se perdía entre las casas y las calles de su Roma—. Esta vez estoy dispuesto a demostrarte que lo eres todo para mí, Samantha Steinberg, iré a donde tú quieras que vaya, te seguiré y me quedaré a tu lado, porque nunca he sido tan feliz como lo fui junto a ti —agregó con un nudo aun mayor cerrándole la garganta.

Su primer paso había sido arriesgarse a buscarla, ya lo había dado, aún consciente de lo expuestos que quedaron sus sentimientos ante ella, solo quedaba convencerla para que lo intentaran una vez más, y no se regresaría a Roma sin haberlo conseguido, esta vez no llegaría hasta esa casa derrotado y con las manos vacías.

Capítulo 2

Chicago. EE. UU. - marzo de 2013

Samantha despertó a media madrugada y no logró conciliar el sueño nuevamente, los recuerdos no la dejaban en paz, su noche había sido espantosa, aun en sueños su lucha interior se mantuvo. Su mundo se había puesto de cabeza y no sabía cómo ordenarlo; buscaba explicaciones al comportamiento de Alessandro y todas le parecían absurdas, no quería hacerse ilusiones una vez más; ya no era una chica de veintitrés años. Acababa de cumplir veintisiete, necesitaba a alguien que le diera un amor tranquilo y confiable, alguien como Dylan; siempre había sido muy práctica y debía mantenerse así.

Debía asumir que lo que tuvo con Alessandro solo fue una aventura, un acuerdo entre dos adultos, conscientes y dispuestos a disfrutar de un tiempo juntos sin responsabilidades ni compromisos. Las cosas se salieron de sus manos, pero no llegaron tan lejos como para impedirle seguir con su vida. El amor solo había sido una quimera, nada más.

—Samantha… ¿A quién tratas de engañar? —se cuestionó en voz alta, mientras se llevaba las manos al rostro y negaba—. Eres consciente que lo que sientes por Alessandro es real, no ganas nada negándolo, si no te ha servido en todo este tiempo ¿qué te hace pensar que te servirá ahora que él ha decidido entrar en tu vida de nuevo? Y no planea hacerlo con sutileza, tendría que no conocerlo para saber lo que quiere y por desgracia lo conozco demasiado bien… o al menos eso creía… ¡Dios, ya no sé nada! Juro que me va a volver loca; tengo que impedir que algo así suceda, no puedo hacerle esto a Dylan… ¡Oh, Dylan! Te quiero, pero si tan solo fuera como lo quiero a él ¿Por qué demonios todo tiene que ser tan complicado? ¿Por qué no puedo liberarme de ti como lo hice de otros? ¿Qué demonios me hiciste Alessandro Bonanzierri? —se preguntó sintiéndose frustrada.

«Él se enamoró también, aunque no te lo haya dicho, al menos no con palabras, pero lo hizo muchas veces con sus actos.»

De nuevo su consciencia le daba una estocada en el corazón, porque en varias ocasiones había llegado a esa conclusión, quizás en sus deseos de sentir que todo lo que vivió junto al italiano había sido hermoso y real, que ciertamente llegaron a amarse, pero entonces llegaban las dudas y el dolor y aniquilaban cualquier ilusión.

—Esto no tiene sentido… Esperé durante meses por una llamada, un mensaje, cualquier cosa, pero nada llegó y si no lo hiciste antes no tienes ningún derecho de entrar en mi vida ahora, no dejaré que me perturbes, Alessandro… Tengo todo lo que puedo desear, tú no tienes nada que ofrecerme en estos momentos, nada de lo que hagas me hará cambiar de parecer y si necesitas comprobarlo por ti mismo, pues que así sea, si quieres venir hasta aquí… —Se detuvo sintiendo su corazón latir más rápido y respiró hondo para calmarlo—. Si tienes que venir, hazlo, pero solo conseguirás saber lo que se siente quedarse con las manos vacías… solo eso —sentenció aferrándose a su seguridad.

Tenía que enfrentar eso de una vez por todas, cerrar ese capítulo para poder continuar con su vida, sin fantasmas del pasado. Quizás verlo de nuevo le ayudaría darse cuenta de que todo había sido una ilusión; a lo mejor, terminaría descubriendo que lo que sentía por él era solo parte de

una fantasía, que el amor era el que Dylan le inspiraba.

Además, no podía negarse a recibirlo en las audiciones sin tener una razón válida para hacerlo, y Jaqueline no la dejaría en paz hasta conseguir que le contara todo. Se puso en evidencia de la manera más tonta; años ocultando lo que sucedió en La Toscana, para evitarse la vergüenza de confesar que se había enamorado de un casanova.

Tanto esfuerzo y lo perdió todo en minutos solo porque él confesó que se había enamorado de ella, aunque ni siquiera la nombró y mejor así. De haberlo hecho todo sería un desastre, al menos eso le agradecía, pero igual la había llevado a delatarse y en frente de quien menos quería. Jaqueline sería quien más la juzgaría porque siempre se lo dijo, «hay tipos en los cuales nunca se podía confiar» Alessandro era uno de ellos.

∞∞∞

Jaqueline no pudo dejar de pensar en lo sucedido con Samantha, por eso en cuanto dejó a su hija en la escuela, se dirigió hasta el departamento; esperaba que estuviese más calmada y poder indagar sobre el vínculo que la unía con Alessandro Bonanzierri. Nadie le sacaba de la cabeza que ese par habían tenido algo, y por las reacciones de ambos, había sido mucho más que una aventura de verano, la gran interrogante era. ¿Qué había sucedido para que la historia acabara?

Inés la recibió con una sonrisa y le informó que ya Samantha estaba en el estudio, que había salido muy temprano a correr y desde que regresó se había abocado a su trabajo. Asintió mostrándose casual, quizás Rose no le había comentado nada sobre lo ocurrido el día anterior. Disfrutó del café que le sirvió Rose, ninguna de las dos se atrevió a mencionar nada por estar en presencia del ama de llaves, a la que consideraban una especie de espía de la madre de Samantha, después de eso caminó al estudio.

—Hola, Samantha, buenos días, ¿cómo te sientes? ¿Descansaste? —saludó como lo hacía todos los días, actuando normal.

Samantha estaba de espaldas mirando la hermosa vista de la ciudad de Chicago como habitualmente hacía, absorta en sus pensamientos, pero en cuanto la escuchó se volvió y de inmediato pudo comprobar que se notaba distinta, taciturna.

—Hola, la verdad no pude dormir bien, por eso salí temprano a correr, necesitaba distraerme… ¿Tú cómo estás? —inquirió mostrándose casual, pero sin dejar de estar apenada.

—Bien, un tanto ocupada revisando algunas cosas y ayudando a Tiffany con las labores de la escuela; por cierto, te envía saludos. Esa niña cada vez se parece más a mí, no deja de hablar, a veces necesito decirle que pare… Mira todo este desastre, ayer me fui sin organizarlo —contestó intentado aligerar la tensión que se sentía en el ambiente.

—Lo siento, Jackie… Lo siento tanto, ayer me porté como una verdadera tonta —su voz sonaba ronca, muestra de que había llorado.

—No te preocupes, todo se hará como deseas, esa fue tu principal petición y es mi deber hacer que se cumpla —dijo en tono serio.

—Perdóname, no quise alterarme, pero es que… No lo entenderías, todo esto es tan complicado y no deseo enfrascarme en ello.

—¿Qué no entendería, Samantha? ¿Qué tuviste una relación con ese actor hace tres, cuatro años, no sé, o que siendo tu mejor amiga no me hayas contado nada? —preguntó a quemarropa.

Samantha se quedó en silencio, suspiró y cerró los ojos, sintiendo cuán difícil era para ella

admitir lo que acababa de mencionar Jaqueline; se había obligado a callar lo que vivió y ni siquiera lo compartió con su hermano Nick, quien estaba al tanto de la existencia de Alessandro. Sentía que no era algo por lo que estar orgullosa, se había enredado con un hombre que apenas conocía y había hecho cosas que jamás imaginó, que la hicieron sentir viva y única, pero que su madre le recriminaría hasta el cansancio, pues a los ojos de todos quedaría como la tonta que se dejó utilizar por un italiano mujeriego.

—Ven, nos sentamos y me cuentas qué ocurrió y por qué nunca has hablado de esto; claro si lo deseas, igual si no lo haces te comprenderé, pero me gustaría que confiaras en mí, después de todo somos amigas, casi hermanas, aunque Di me odie por ello —dijo intentando darle ánimos y la llevó al sillón rojo burdeos junto al ventanal—. Espera… si voy a hacer de psicóloga, es mejor que te recuestes en el diván y yo traslade mi silla hasta aquí —señaló el mueble negro de cuero al otro lado, su amiga sonrió ante sus palabras y Jaqueline se sintió feliz.

—No sé por dónde empezar… —confesó Samantha sin mirarla, después de pasar más de un minuto en silencio.

Estaba recostada en el cómodo *chaise longue mies van der rohe*, frente a la pared de cristal que le mostraba una hermosa panorámica de la ciudad, su mirada se perdía en la compleja y atractiva estructura que era Chicago. Jaqueline, que estaba en una silla a juego con el diván, suspiró y le dedicó una sonrisa amable para animarla.

—Creo que por el inicio sería lo mejor. Pero antes respóndeme algo que está a punto de volverme loca ¿Franco Donatti es en realidad Alessandro Bonanzierri? —la interrogó, mirándola a los ojos.

—En gran parte… Aunque hay algunas diferencias, el verdadero es actor y el que yo creé es un enólogo, Alessandro era un especialista en vinos, aunque nunca quiso colgarse ese título, pues decía que no había estudiado para ello. Pero no fue mucho el cambio, al igual que Franco habla cuatro idiomas, es un excelente chef y aprendió ese arte de su padre como lo dejé ver en el libro, sentía que debía darle el mérito al señor Flavio, gracias a él disfruté de cenas maravillosas preparadas por su hijo; monta a caballo, canta muy bien. Decía que todo lo demás que hacía era solo un pasatiempo, siempre hacía énfasis que había estudiado actuación, que ese medio era su mundo… donde podía sentirse cómodo —contestó, sumiéndose en sus recuerdos.

—¡Dios, es todo un prodigio el italiano! Además de hermoso tiene un montón de talentos. Eso significa que son la misma persona, es decir… que Franco no es un personaje ficticio, sino un hombre real al que conociste en Italia cuando viajaste allá hace cuatro años —concluyó asombrada, ya lo sospechaba, pero aun así la certeza la golpeó—. Espera, tengo otra pregunta. ¿La historia de Franco y Priscila es la tuya con ese hombre? —preguntó con interés.

—Casi cuatro años, lo conocí en junio del 2009… Y sí, es nuestra historia, aunque con algunas variantes, la más grande de ellas es el final por supuesto —respondió sin querer darle mucha importancia.

—¡Oh, Dios! Claro… claro, eso es obvio, pero no entiendo… Si ustedes se amaban como todo parece indicar y como él mismo confesó en esa entrevista ¿qué sucedió para que se separaran? ¿O para que hayan decidido mantener esto como un secreto? Al menos hasta ahora, porque según lo que estuve investigando él nunca había mencionado nada con respecto a la misteriosa mujer que le rompió el corazón…

—¿Qué yo le rompí el corazón? —inquirió molesta.

—Bueno eso es lo que dicen en Italia, después de la entrevista muchos medios se lanzaron en una cacería por dar con la misteriosa dama y te dieron el título de «La mujer que había roto el corazón del mayor rompecorazones de Italia», no tengo que decirte lo crueles que puede llegar a

ser la prensa y algunas mujeres, obviamente despechadas, se burlaban de su confesión y decían que todos pagan sus deudas tarde o temprano, al parecer el caballero era todo un mujeriego; cambiaba de novias como cambiaba de camisas, pero desde hace unos meses para acá se ha formalizado y… en fin —Jaqueline se interrumpió pues no sabía cómo tomaría su amiga la noticia de que su ex amante, pareja o novio, la verdad era que no sabía cómo definirlo aún, tuviese una relación de casi un año con una diseñadora de modas.

Samantha aún no salía de su asombro al escuchar las palabras de Jacqueline, mucho menos por ese título que la prensa italiana le había dado, querían hacer una tormenta en un vaso de agua, pues Alessandro había dejado claro que se había enamorado, pero que había perdido todo contacto con ella, como efectivamente era, así que eso también demostraba su falta de interés y que no seguía sintiendo lo mismo.

—La cuestión, es que muchos te han adjudicado el cambio que dio el señor Bonanzierri después de su regreso al mundo del espectáculo, personas que lo conocieron antes y lo ven ahora aseguran que es un hombre más maduro y centrado, que incluso ha vuelto a ser amable y sencillo como lo era en sus inicios… al parecer tu… tu amigo era la arrogancia en estado puro —explicó intentando parecer casual pero atenta a cada reacción de Samantha.

—Que me lo digan a mí, era insoportable… Era orgulloso, arrogante, vanidoso… aunque no puedo juzgarlo sin ponerme en la balanza porque yo también lo era, quizás no exageraba tanto, pero fui insufrible y arrogante al principio… no sé por qué él parecía sacar lo peor de mí, siempre quería estar por encima de Alessandro en todo y había creado una estúpida competencia para hacerle ver que era mejor —confesó apenada al recordarse como una chica caprichosa.

—Supongo que si lo justificas es porque lo conoces, pero no cambies el tema, mira que te conozco y sé perfectamente cómo actúas cuando quieres evadir una conversación… cuéntame ¿Cómo se conocieron? —inquirió mirándola con atención.

—Es una historia muy larga, Jaqueline, tenemos tantas cosas que hacer… y la verdad, no sé si sea conveniente hablar de todo esto ahora, me siento… —Se puso de pie y caminó hasta el ventanal.

—Samantha Steinberg, no te dejaré en paz hasta que me cuentes al menos parte de la historia, así que por favor deja de dar vueltas, ven a sentarte y confiesa —le exigió, aunque en el fondo era un ruego pues moría de curiosidad—. No seas cruel conmigo, no he logrado sacarme de la cabeza este asunto y anoche apenas si logré dormir… si supieras la cantidad de teorías que tengo, te daría para diez libros más.

—Cuando te cuente vas a terminar reprochándome lo estúpida que fui, todos los consejos que me diste no valieron de nada… Y qué decir de mi madre, si se entera te aseguro que se sentiría tan decepcionada… Me comporté de una manera que ella jamás aprobaría —indicó con la voz ronca, sintiendo que no podía con la vergüenza.

—Yo no tengo la moral para juzgarte, no he tenido el pasado de una monja; por el contrario, tú siempre has sido tan correcta, tuviste un desliz ¡Bien! ¿Qué con eso? —mencionó con la libertad que mostraba siempre que hablaba de ese tema con su amiga.

Samantha sabía perfectamente que Jaqueline no tenía tapujos para decir las cosas tal cual eran, que ciertamente ella estando en su lugar hubiese hecho lo mismo o más con Alessandro. La cuestión era que su amiga no hubiera hecho el papel de idiota, jamás se habría enamorado como lo hizo ella, deseó tanto poder tomar las cosas como Jaqueline.

—Jackie… No sé qué demonios pasó conmigo, era como si ese hombre hubiese tenido los hilos de mi cuerpo y los hubiera manejado a su antojo, yo no era yo… me comportaba como alguien más… Y sí, me gustó mucho, pero ¿Qué conseguí dejando que Alessandro me llevase a

su terreno de juego? ¡Nada! Solo sufrir como una estúpida… Yo que siempre me mostré orgullosa y segura, que nunca dejé que ningún hombre se me impusiera; terminé siendo el juguete de verano de un actor… Y lo peor de todo… fue que me sentía tan feliz, como no lo fui antes. ¡Por Dios soy tan patética! —confesó llena de dolor.

—Sam, no digas esas cosas, un desliz lo tiene cualquiera y con un hombre como el italiano… Bueno, negarlo sería absurdo, ese hombre es increíblemente apuesto y estando en tu lugar hubiera hecho hasta lo inimaginable, poco me hubiese importado si era cuestión de días o semanas… —esbozó dejándose llevar por la imagen del italiano, pero al recordar que hablaban del ex amante de su amiga, se controló.

Samantha no pudo evitar que una leve punzada de dolor se adueñara de su pecho ante la declaración de Jaqueline, nunca había tenido que escuchar a otras mujeres hablando de esa manera de Alessandro y hacerlo por primera vez le provocaba cierta incomodidad.

—Vamos, Samantha, no seas tan dura contigo misma, ya sé que en este aspecto somos muy distintas, pero sin importar lo que haya pasado, jamás te juzgaría; por el contrario, estoy aquí para comprenderte y apoyarte… La verdad me dejaste muy intrigada ayer y no descansé buscando información sobre el italiano, quería descubrir de qué iba todo esto, pero nada gano haciendo conjeturas alocadas, si no deseas hablar estás en tu derecho ya te lo dije —respetaría su silencio.

—Es que me avergüenza demasiado, Jackie… porque un desliz es algo muy común, pero enamorarte de un hombre para el que solo fuiste una distracción no, se suponía que debía jugar su mismo juego, que éramos adultos y podíamos controlarlo… Pero fallé estrepitosamente y terminé enamorándome de Alessandro, le entregué mucho más de lo que le di a otro hombre porque nunca me había sentido como me sentía con él, lo nuestro no fue solo un desliz ni algo ocasional, prácticamente vivimos juntos durante dos meses y llegué a pensar… que él sentía lo mismo, que nuestra relación podía funcionar más allá del refugio que representó La Toscana, pero estaba equivocada… —El nudo en su garganta le hacía muy difícil hablar.

—Amiga, cosas como estas les pasan a muchas mujeres, y aunque quizás no sea un consuelo, debe ayudarte a no sentirte mal, no serás la primera ni la última que encuentre con un tipo así y termina enamorándose —mencionó con determinación para evitar que siguiera reprochándose, no existían motivos para que lo hiciera.

—Jackie… Yo debí parar todo cuando pude, oportunidades me sobraron, tenía que haber hecho mis maletas y regresar, pero no quise y sabía perfectamente a dónde me estaba llevando ese camino, solo continué y no le hice caso a mi instinto que me advertía que me alejara —dijo, luchando por no dejar libre sus lágrimas.

—Cada prueba que tenemos en la vida nos enseña, nada ocurre por casualidad, mírate ahora, eres una mujer exitosa, fuerte, inteligente, hermosa y tienes a un hombre a tu lado que te idolatra… El pasado es pasado y nadie tiene el derecho de reprocharte nada, si lo que te da miedo es que tu familia se entere, descuida, por mí no sabrán nunca nada… pero tenemos un pequeño problema.

—Lo sé… Alessandro desea regresar, no sé con qué objetivo ni por qué justo en este momento, pero no está haciendo todo esto por casualidad, para mi desgracia lo conozco. Quizás solo viene buscando el protagonismo que cree que merece; después de todo, Franco Donatti y él son la misma persona y sabe que yo no puedo negarlo.

—¿Quieres decir que se aprovechará del revuelo que ha causado Rendición para hacerse fama? —preguntó Jaqueline molesta.

—No lo sé… no lo creo, él no la necesita; al menos, esa fue una de las razones que me dio

cuando le planteé la idea de venir a América a probar suerte. Me dijo que en Italia tenía más de lo que podía desear, que no vendría a este país a trabajar en un restaurante de comida rápida mientras esperaba a que alguien le diera una oportunidad como extra en alguna mala película —contestó, frunciendo el ceño.

—¡Vaya, que humilde el señor! —exclamó Jaqueline molesta.

—No tienes ni idea de cómo era… aunque después lo comprendí, estaba aterrado y tenía sus motivos, no es nada fácil dejar lo que tienes seguro por algo completamente desconocido, pero la manera en cómo se expresó me dolió muchísimo, igual me dijo que no lo haría por nada ni por nadie, que lo que le ofrecía era demasiado humillante, vivir a costa de la fama que yo tenía aquí y quedar delante de todos como el chulo recién llegado, que si lo que quería era un hombre al que pudiese dominar y manejar a mi antojo que buscase a otro, que él no estaba dispuesto a serlo... Sencillamente se negó a toda posibilidad y yo no quería que se sintiera de esa manera, pero su arrogancia era tan grande que lo cegó o no sé si no supe explicarme. —Samantha había comenzado a desahogarse y sentía que no podía parar, había pasado tanto tiempo callando todo eso.

Jaqueline escuchaba atentamente cada palabra de Samantha, podía percibir en su tono de voz la intensidad de las emociones que la colmaban, cómo esos recuerdos la estaban trastocando, era como si la imagen que le mostró el día anterior volviese de nuevo, pero más nítida y fundamentada por la verdad que le revelaba.

—Después de esa discusión nos distanciamos y tomé la decisión de regresar, él se enteró de mis planes y fue a verme, te juro que intenté que no me afectara su presencia, quería hacerle ver que podía ser tan fría e indiferente como él… pero no pude, una vez más me dejé dominar por mis sentimientos y terminé pasando mi última noche en La Toscana junto a Alessandro, solo para darme cuenta de que me había enamorado como la más grande de las estúpidas —sollozó y retiró con brusquedad la lágrima que corría por su mejilla, tomó aire y continuó—. Amaneció y yo esperaba que él me dijera algo, que me pidiera que me quedara, pero no lo hizo, dejó que me marchara sin más —agregó sintiendo el mismo vacío de aquel entonces.

—¡Qué imbécil! Perdóname, Sam, pero no lo entiendo… ¿Qué pudo hacer para que te enamoraras de él? —preguntó desconcertada.

—Me enamoré del hombre que se pasaba horas mirándome, acariciándome, besándome… que me despertaba en las mañanas con una sonrisa y con el desayuno en la cama, que me enseñó a liberarme de tantos prejuicios estúpidos y me entregó las riendas de un placer que nunca había vivido… Lo que sentía con Alessandro era distinto a lo que tuve con Charles o Francis, él era cariñoso, apasionado, intenso y también considerado… Nunca me había sentido tan viva y libre. Los mejores orgasmos de mi vida llevan el nombre de un italiano… llevan el nombre de Alessandro Bonanzierri —dijo, tendiéndose en el diván y dejando que las lágrimas la desbordaran, llena de nostalgia, dolor y ese deseo que jamás había dejado de sentir por él.

—Franco Donatti… eso fue él para ti, te escucho y es como leer aquellos monólogos internos de Priscilla, cuando estaba llena de dudas y no sabía cómo definir lo que sentía, estaba enamorada y se esforzaba en engañarse, disfrazando el sentimiento como algo meramente carnal… —concluyó, mirándola con asombro—. Pero si él se mostró contigo de esa manera, si te hizo sentir tan plena y feliz ¿por qué llegaron a este punto donde el recuerdo más que felicidad les trae dolor? Sam, no lo entiendo… La verdad no sé cómo interpretar todo esto. ¿Sabes cuántos hombres te despiertan con una sonrisa y el desayuno? ¡Diez en un millón! ¿Cuántos te besan mientras tienen sexo? ¡Diez en un millón! Los hombres de hoy en día no son cariñosos ni románticos, son prácticos y van a lo que van… pero él… ¿No será bipolar? —No le cuadraba esa

actitud, o estaba enamorado o no lo estaba.

—No… puede que lo parezca, pero no, era tan complicado como yo, eso sí. Quizás por ello nos entendimos tan bien, pensar que no lo soportaba… pero después nos hicimos amigos y aunque éramos conscientes de la atracción que existía entre nosotros, nos esforzamos por no ceder, yo principalmente pues sentía que si algo así sucedía todo se arruinaría, y en parte eso fue lo que ocurrió, desde el mismo instante que involucramos el sexo, todo se volvió más complejo, pero maravilloso a la vez, era casi una luna de miel, pasábamos días en la habitación y nuestra conexión era tan perfecta… —Samantha le tenía la confianza suficiente a su amiga para hablar de todo eso, así que se armó de valor y prosiguió—. Ni siquiera con Dylan, en todo este tiempo, me he sentido así, me he esforzado tanto, pero nada parece funcionar y eso me aterra, no quiero lastimarlo ni engañarlo… pero si digo que lo que sentía con Alessandro era menos intenso estaría mintiendo —explicó un poco más calmada, sentía que ese peso que la ahogaba comenzaba a disminuir a medida que le contaba todo.

—Son situaciones muy distintas, ambos representan para ti dos polos opuestos, Dylan es la seguridad y la confianza, es un amor incondicional. Con el italiano fue como una avalancha, una para la que no estabas preparada, estoy intentando ver todo desde la perspectiva de ambos, pero sin conocerlo a él se me hace complicado. Te confieso que entre más lo veía, mejor tipo me parecía, claro, no puedo asegurarlo pues es actor y uno muy bueno. Aunque dudo que esté fingiendo lo que siente; sin embargo, él ha dicho que todo terminó donde empezó, si no tenía intenciones de buscarte de nuevo ¿por qué hacer todo esto? ¿Por qué enviar su ficha para entrar a la audición? Él sabe que estás dentro del equipo de producción, todo el mundo lo sabe.

—No lo sé, ambos decidimos que lo mejor era continuar cada uno con nuestros caminos, guardar aquel tiempo en como un lindo recuerdo y nada más, ni siquiera puedo decir que lo odié porque no hizo nada para ello, Alessandro fue maravilloso en muchos aspectos. El problema estuvo cuando nos tocó elegir qué camino seguir, cuando la editorial donde me exigió regresar, no supimos cómo manejar nuestra separación, sabíamos que llegaría, pero no estábamos preparados, ambos nos escudamos tras nuestros orgullos y dejamos que todo se derrumbara —dijo y su voz mostraba que aún le dolía.

Jaqueline se puso de pie y se acercó a ella, se sentó al borde del chaise longue. Samantha abrió los ojos que estaba a punto de desbordarse, ella vio tanto dolor y confusión en la mirada ámbar, que se sintió muy triste por lo ocurrido entre ellos.

—Sam… no sé qué decir ¿Por qué no me hablaste de todo esto? Quizás si entre las dos hubiésemos evaluado la situación, a lo mejor las cosas hubiesen sido distintas —esbozó y su tono reflejaba su pesar.

—Yo… aún no podía asimilar que todo hubiera acabado de la noche a la mañana. Cuando llegué a Chicago todo era un caos, Diana se había marchado de la casa y andaba vagando en las de sus amigas, además estaba tu batalla con James por la custodia de Tiffany, así que me aboqué a ayudarte. Concentrarme en serles útil me sirvió para distraerme y viendo cómo estabas no quise agregar más problemas a los que tenías ¿cómo crees que iba a complicarte aún más, contándote mi historia de amor frustrada? —explicó un poco más calmada.

—Samantha… Lo siento tanto, de verdad es triste que algo como lo que tenían se haya terminado por cuestiones tan absurdas, bueno no puedo dar por sentado que él te amaba como asegura, pero fue demasiado tonto de su parte dejarse vencer por el orgullo. También debo reprocharte que te rindieras tan fácilmente, es comprensible que hubieses tenido dudas. Sin embargo, eso no justifica que te cerraras… —dijo con su mirada fija en la de ella, intentando que comprendiese que no la juzgaba a mal, sino para que abriese los ojos.

—Sé que también fallé, que quizás debí afrontarlo y decirle que me había enamorado, que deseaba más de esa relación, pero me daba terror ser rechazada, Alessandro nunca me dijo que me amaba, no lo hizo ¡Ni una maldita vez! ¿Cómo pretendía que lo supiese? Incluso nos hicimos novios, pero cuando me lo pidió no dijo que fuese porque me quería, sino porque sus padres nos visitarían y no deseaba que durmiéramos separados, todo era parte de una excusa para seguir con el maldito juego…todo era un juego… uno que yo perdí, yo me enamoré…

—¿Lo amas? ¿Aún lo amas, Samantha? —preguntó Jaqueline en un susurro, mirándola con asombro.

Ella podía jurar que su amiga estaba enamorada de Dylan, Samantha no había tenido ojos para nadie más y pretendientes no le habían faltado, nunca hubiera puesto en duda el sentimiento que le dedicaba, no hasta ese momento. No hizo falta que respondiera, Samantha se llevó las manos al rostro y comenzó a llorar sin ningún reparo, los sollozos llenaron el lugar mientras su cuerpo se estremecía.

—¿Por qué me hace esto? ¿Qué quiere? ¿Qué busca? —cuestionaba en medio del llanto amargo que la ahogaba.

—Sam, cálmate… por favor no llores, no me gusta verte así, ojalá yo tuviese las respuestas que necesitas, pero esas únicamente las tiene Alessandro Bonanzierri… Y sabes que solo existe una manera de averiguarlo, lo complicado es que quizás estés arriesgando mucho para descubrirlo, pero tú tienes la última palabra, si me dices que no quieres verlo yo muevo cielo y tierra para evitar que se acerque a ti —le aseguró viéndola a los ojos—. Pero si de verdad quieres conseguirle sentido a todo lo que está haciendo, no tienes más opción que dejarlo venir, igual si rechazamos su petición de hacer las audiciones nada nos asegura que se quede tranquilo, es un hombre perseverante, eso es evidente nada más estudiando su carrera, y si quiere verte estoy segura de que hará lo que sea con tal de lograrlo…

—Lo hará, te aseguro que lo hará… Alessandro no es de los que se queda de brazos cruzados y si se le metió en la cabeza buscarme, no descansará hasta que estemos frente a frente, y la verdad no me siento preparada para verlo… y es casi seguro que le den el papel, eso sería trabajar con él durante seis meses… Si antes me conquistó en tres no quiero ni pensar lo que hará en seis, esto es demasiado arriesgado Jaqueline, pero… ¿Qué puedo hacer? —cuestionó aterrada.

—Sigue a tu instinto, siempre que lo haces encuentras el camino correcto ¿qué te dice, Samantha? ¿Quieres o no ver nuevamente a Alessandro Bonanzierri? —preguntó, mirándola.

Samantha sintió que todo su cuerpo tembló ante la sola idea de tener frente a ella a Alessandro una vez más; después de un tiempo perdió la esperanza de que algo así sucediese, pero en ese momento todo parecía indicar que era inevitable. Cerró los párpados con fuerza intentando calmar el latido desbocado de su corazón, pero no pudo hacer nada contra las imágenes de Alessandro que le llegaban en oleadas y la arrastraban una vez más a ese hermoso mar que era su mirada, de nuevo se sumergía en ese azul que era el color más hermoso que hubiera visto en su vida, se estremeció y abrió los párpados, suspiró sintiendo una mezcla de emociones que le recorrían todo el cuerpo.

—Haz que venga… quiero… no… necesito verlo —dijo con voz trémula mirando a su amiga a los ojos.

Capítulo 3

Roma, Italia – marzo 2013.

Alessandro regresó a su apartamento después de una tarde junto a viejos amigos del medio con los que siempre compartía, y a quienes de vez en cuando les pedía consejos, pues eran veteranos del medio. Se quitó la chaqueta de piel negra y la dejó en el perchero, se había resistido toda la tarde a mirar su correo electrónico, pero no soportaba más, así que se tendió en el sillón para revisarlo, lo único que encontró fue una invitación al próximo festival de cine de la ciudad.

—¡Demonios! ¿Acaso no piensas escribir? ¿No piensas responder a las señales que te estoy enviando? Deberías al menos tener la valentía de escribir para rechazarme, para decirme que me aleje de tu vida y no vuelva jamás a intentar ponerme en contacto contigo.

Se levantó y caminó a su habitación, la irritación y la ansiedad que le provocaba el silencio de Samantha comenzaban a volverse insoportables. A esas alturas las personas encargadas de la audición de Rendición deberían haberse puesto en contacto con él; según tenía entendido, las pruebas empezaban dentro de una semana y tomando en cuenta que él debía viajar hasta Los Ángeles, lo más lógico era que le avisaran con tiempo… ¿O quizás pensaban que estaba a su completa disposición y podía esperar a que se dignaran a ponerse en contacto? Abrió el grifo para llenar la bañera y luego comenzó a desvestirse.

—Estoy haciendo lo que juré que jamás haría, y ahora te haces la indiferente, como si no fuese difícil para mí dar este paso, me pediste un salto de fe y lo estoy dando, pero a ti no parece importarte… ¿En verdad me olvidaste? ¿Lograste hacer lo que yo no he podido? —se preguntó sintiendo un incómodo nudo que le cerraba la garganta.

Dejó libre un suspiro lento y pesado, cerró la llave al ver que la tina estaba llena, se cubrió con una toalla y fue directamente hasta el bar, tomó una botella de vodka del congelador empotrado y también un vaso del mismo lugar, los mantenía fríos para no alterar la temperatura del licor. Lo llenó y lo bebió de un solo trago, estremeciéndose un poco ante la intensidad del líquido que sentía esparciéndose por su pecho, tomó el control de mando de la música y aunque la canción que comenzó a sonar era lo último que esperaba, no podía culpar a Steven Tyler de haber escogido ese momento para echarle sal a sus heridas.

Llenó una vez más su vaso y cerró los ojos trayendo a su mente la imagen de Samantha, esa sonrisa tan hermosa que aún lo hacía suspirar y lo mantenía enamorado, su cuerpo sensual y perfecto que lo excitaba nada más al recordarlo. Frunció el ceño mientras negaba, levantó los párpados y su mirada mostró un azul más intenso, provocado por el deseo y la rabia que luchaban dentro de él.

—A su salud, señorita Steinberg —dijo y bebió todo de un trago.

Siempre se prometía que no volvería a tomar en nombre de Samantha, pero nunca lo conseguía, aunque no había vuelto a beber tanto como aquella vez en la que le confesó a su madre, que una malcriada, orgullosa, alegre, inteligente y bellísima mujer le había destrozado el corazón al abandonarlo.

«Usted me envió aquí para evitar que las drogas acabaran con mi vida, para que no cayera en

un abismo… Se suponía que debía liberarme de aquella adicción, pero fui tan estúpido me volví dependiente de otra ¡ahora soy adicto a ella! Mamá no puedo estar sin Samantha… Necesito que esté aquí, que me abrace y me bese… que me sonría. Ya su olor no está en las sábanas, se ha esfumado y tengo miedo de perder también sus recuerdos… La quiero conmigo.»

Esas palabras seguían repitiéndose en su cabeza y cada vez que lo hacían, volvía a sentirse tan expuesto lo estuvo aquella noche; tiempo después se reprochó por haberlas dicho, pero necesitaba sacar de su pecho lo que sentía. Su madre viajó a La Toscana y lo rescató del estado en que Samantha lo había dejado, fue a ella a quien le confesó aquello que no le dijo a la mujer que amaba, todo por imbécil.

—Bueno, señor Tyler si me voy a emborrachar en honor a su fanática, que sea en su compañía.

Caminó al baño, llevando la botella y una hielera que había preparado, mientras en los altavoces, la voz líder de Aerosmith se dejaba escuchar, acompañada por la grave de Alessandro, cuyo acento italiano le daba un toque mucho más atrayente a la misma.

I close my eyes and see you lying in my bed
And I still dream of that day
What could have been love
Should have been the only thing that was ever meant to be
Didn't know, couldn't see what was right in front of me…

Cuando llegó al baño, puso la hielera junto a la botella y el vaso en una pequeña banqueta que tenían allí, se quitó la toalla y se sumergió por completo en el agua cálida de la bañera, salió segundos después y se llevó las manos al rostro para retirar el exceso de agua. La verdad era poco prudente tomar alcohol estando allí, pero no siempre se había caracterizado por ser un hombre que midiese sus acciones; por el contrario, muchos lo tachaban de impulsivo y quizás eso era lo que le estaba haciendo falta, no debería esperar una respuesta por parte de Samantha. En lugar de ello debería ir hasta allá, plantársele en frente y decirle todo lo que tiempo atrás no le confesó; dejar que sucediese lo que tenía que suceder, así dar todo por terminado de una vez o recuperar lo que su corazón le aseguraba que aún era suyo.

Después de una hora, varias canciones de Aerosmith y otros tantos tragos de vodka, comenzaba a sentirse aletargado, se sumergía en el agua a minutos y se quedaba allí hasta que el aire en sus pulmones casi desaparecía y lo obligaba a salir. Cientos de recuerdos llegaban a su cabeza y movían sus sentimientos como esos troncos caídos en la orilla de las playas que son arrastrados por las olas a su antojo.

Cerró los ojos deseando tenerla allí desnuda, hermosa, perfecta, entregada a sus caricias, a sus besos, temblando y gimiendo cada vez que entraba en su interior. La hizo suya tantas veces, pero no fueron suficientes para aplacar su necesidad; por el contrario, cada vez que la tenía entre sus brazos sentía que la deseaba más.

Unas manos se deslizaron por su pecho hasta llegar a sus hombros, una caricia lenta que lo hizo estremecerse; después de eso, unos labios se posaron sobre los suyos y en medio de la neblina que el alcohol había creado en su mente, comenzó a dejarse llevar y se irguió tomando por asalto a la mujer que lo besaba. Supo que no era Samantha en cuánto esas manos rozaron su piel, lo confirmó cuando los labios se posaron sobre los suyos y después se abrieron para dar paso a un beso apasionado, pero carente de la magia que ella le había entregado. Sin embargo, la atrajo más hacia él y le mordió los labios, los recuerdos de la escritora habían despertado su deseo y necesitaba calmarlo, era mejor hacerlo en el cuerpo de una mujer que masturbándose.

—Aless… Alessandro, no… espera… ¡Espera! ¡Vas a arruinar mi conjunto! —exclamó Romina, separándose de él.

—Te deseo… ahora —demandó con urgencia, aunque en verdad no era a ella a quien deseaba, podía conformarse por esta vez.

—Sí, ya lo noté —susurró con una sonrisa, desviando su mirada a la entrepierna de él—. Pero al menos déjame quitarme la ropa, este traje me costó muchísimo y el dinero no sería el problema. Claro si me sobrase, sino que es además un diseño exclusivo —dijo, poniéndose de pie para sacarse los zapatos, mientras se quitaba la chaqueta.

—Te compraré otro que cueste tres veces más —su tono de voz mostraba los estragos hechos por la bebida.

—¿Has estado tomando? —inquirió deteniéndose en los botones de su blusa mientras sus ojos se topaban con la botella casi vacía.

—Solo un poco —contestó con media sonrisa.

—¿Solo un poco? Pues no lo parece… sabes que odio el licor, odio ese olor tan espantoso que tienen los borrachos, por no decir lo lastres que se vuelven. La próxima vez que decidas tomar recuerda que tienes una novia alérgica a todo eso y quizás seas más consciente, ahora sal de allí que te vas a resfriar —le ordenó en tono serio.

—Tampoco es para tanto, Romina, sabes que pocas veces tomo, aunque hoy se me dio por hacerlo, pero no soy un alcohólico, no tienes por qué hablarme de esa manera, sé controlarme… mejor quítate esa ropa y ven aquí conmigo —le pidió intentando obviar su actitud.

—¡Estás loco si crees que me meteré en esa agua que debe estar helada! Además, que arruinaría mi peinado, esta noche tengo una cena con gente muy importante y debo estar presentable; en realidad, venía a preguntarte si te gustaría acompañarme… De vez en cuando es bueno que las personas te vean junto a mí y no solo sepan que estamos juntos por la prensa —le reprochó, tendiéndole una mano.

—No entiendo a veces cuál es tu afán por hacer tantas apariciones en público, todo el mundo en Italia te conoce, sino por tu participación en el programa de modas, lo hacen como mi novia. ¿Para qué hacerte más publicidad? —inquirió fastidiado.

—No es para hacerme publicidad… Solo deseo que sepan que estamos bien, que nos amamos y que somos muy felices… Acallar los rumores que a veces corren por allí —dijo en un tono más sumiso.

Alessandro quiso poner los ojos en blanco, pero era consciente que eso sería algo de muy mal gusto; tuvo que sostenerse de Romina para no caer cuando un fuerte mareo se apoderó de su cabeza y lo obligó a cerrar los ojos, tomó aire despacio, mientras maldecía al vodka, a Aerosmith y sus estúpidas canciones corta venas.

Ella lo miró con reproche, pero lo mantuvo entre sus brazos, podía sentir el aliento tibio y dulzón que dejaba el licor, contuvo la respiración mientras estabilizaba a su novio. En verdad odiaba a los borrachos, su expareja fue un alcohólico y vaya que la pasó mal con él, por eso se había prometido que jamás volver a salir con alguien así, y Alessandro no lo era, por lo que la sorprendía verlo en ese estado,

Aunque desde hacía unos meses se estaba comportando de manera extraña, había empezado a distanciarse de ella y cada vez que le decía que debía viajar, él respondía que lo hiciera, que no se preocupara. Todo eso se le hizo muy raro y llegó a pensar en la existencia de otra mujer, pero siendo Alessandro quien era, le resultaba difícil tener una aventura y que media Italia no se enterase. Sin embargo, hizo algunas averiguaciones y se convenció que no se trataba de eso, quizás tenía razón y todo era por la presión a la que ambos estaban sometidos.

Él hundió su rostro en el cuello femenino, pero no halló el perfume que tanto ansiaba y eso le dolió hasta el punto de que sus ojos se llenaron de lágrimas. La estrechó con fuerza entre sus brazos y le dio un par de besos en el cuello, la presión de los senos desnudos contra su pecho reavivó la necesidad de saciar sus ansias, aunque después de eso quedase con la sensación de que algo le faltaba.

—Aless… mejor vamos para que te acuestes, estás muy tomado.

—No… estoy perfectamente, vayamos a la cama —le pidió, tomándola de la mano.

—Alessandro, pero estás todo mojado, déjame buscar una toalla para que te seques, vas a terminar resfriándote… —gritó cuando él la levantó del suelo y la dejó en la cama.

—No soy un niño de cinco años que pueda enfermarse por un poco de aire fresco —dijo tendiéndose a su lado, mientras llevaba una de sus manos al broche del liguero y con agilidad lo soltaba.

—A veces eres insoportable —expuso riendo y acercó sus piernas para que él tuviese un trabajo más fácil quitándole las medias.

Alessandro se tensó ante ese comentario, pero de inmediato buscó su boca para besarla con premura, necesitaba olvidarse de aquélla que no se dignaba a responderle. Sus labios abandonaron los de Romina para posarse en el cuello unos segundos, después siguió hasta los senos turgentes y firmes, pero sentía que estaba succionando la mamila de un biberón y no un pezón de verdad, no como los de…

«¡Samantha Steinberg salte de mi cabeza ahora mismo! ¡Por Dios déjame en paz! No puedo seguir comparando, esto es absurdo…»

Sus pensamientos vagaban mientras sus labios intentaban excitar a la mujer tendida a su lado, llevó la mano hasta su rodilla e intentó enfocarse en ella, acariciarlas sin hacer comparaciones, pero falló desastrosamente. Desde que se separó de Samantha no le había costado tanto tener sexo con otra mujer, muestra de ello fue que en cuanto regresó a Roma, se lanzó a satisfacer sus necesidades en el cuerpo de la primera a su disposición, quería demostrarse que ella no lo había trastocado tan profundo como su corazón le advertía.

En un principio lo conseguía, podía responder y disfrutar de los encuentros con otras mujeres, pero con el tiempo terminó por aceptar que no volvería a sentirse tan pleno como lo hizo junto a Samantha. De ese modo llegó a Romina, su actual novia era hermosa, inteligente y luchadora; aunque a veces tenía cosas que lo exasperaban, pero lo que más influenciaba para que siguiera junto a ella era que no se parecía en nada a Samantha.

—Alessandro… ¿qué sucede? Te noto extraño —esbozó, apoyado una mano en su mejilla para hacer que la viera—. Es como si no estuvieses aquí… Últimamente has estado tan lejano, y sinceramente empiezas a asustarme, necesito que hablemos.

—¿De qué quieres hablar, Romina? Me dices que me sientes lejano y estoy intentando acercarme a ti, pero no me dejas… La verdad no comprendo lo que deseas —contestó, tendiéndose de espaldas.

—Deseo tenerte como antes —dijo, buscando su mirada—. Aless, desde hace meses pareces otro, no sé cómo explicarlo… Siempre estás distraído, hace semanas que no estamos juntos porque siempre estás cansado o trabajando en algo y no tienes tiempo para mí, cosa que la verdad no entiendo pues hace mucho que no estás en un proyecto ni tienes uno en puertas… Solo la estúpida idea esa de participar en las audiciones de la adaptación de Rendición, con lo que sabes no estoy de acuerdo, pero fue tu decisión y la respeto…

—Más vale que lo hagas porque yo no interfiero en tu trabajo, es una decisión tomada y nada me hará cambiar de parecer; en cuanto a lo de mi actitud… Bueno, no he sido el único ausente,

Romina, pero si sientes que esto ha cambiado quizás tengas razón, en ese caso lo mejor sería hacer algo al respecto. —Ella le estaba dando pie para terminar con la relación, no quería hacerle daño, pero tampoco podía seguir en la misma situación y menos si pensaba recuperar a Samantha.

—Alessandro Bonanzierri, te prohíbo que vengas a reprocharme nada. —Se levantó y lo miró con rabia—. Sabes perfectamente que he dado mucho por esta relación, que me he esmerado en hacer que las cosas entre los dos funcionen, no tengo que recordarte lo complicado que ha sido para mí tener que lidiar con todas tus examantes, ni con la prensa o con tu familia que me sigue mirando como si fuese «poca cosa para el Rey de Roma» Por no mencionar la humillación que sufrí meses atrás por tu confesión acerca de aquella mujer que amaste. Si alguien ha entregado todo por esta relación he sido yo y si en las últimas semanas no he estado tan pendiente de ti, no ha sido con la intención de hacerte a un lado, es solo que necesito dedicarle tiempo a mi carrera también, no puedo vivir bajo tu sombra toda la vida.

—A ver… No te estoy reprochando nada y no tienes porqué sacar a relucir tu lista interminable de sacrificios, tú sabías quién era y todo lo que acarreaba estar a mi lado, en ningún momento me mostré ante ti como un santo y no puedo borrar mi pasado, pero recuerdo que te dije que mientras estuviese a tu lado te sería sincero e intentaría darte lo mismo que me das. No pretendo que dejes de lado tus metas, no soy un miserable egoísta, pero si sientes que las cosas ya no son lo que esperabas, pues estás en absoluta libertad de hacer lo que mejor te plazca, por mí no te detengas. —Se levantó para vestirse.

—¿Qué significa todo esto, Alessandro? Explícame porque la verdad no comprendo, hace unos minutos estabas deseoso de tener sexo conmigo y ahora me dices que me largue de tu vida. ¿Es eso? —preguntó perpleja y molesta al mismo tiempo.

Él se sintió mal porque le había dicho que sería sincero, pero no actuaba así; por el contrario, se estaba excusando en esa tonta discusión para dar por terminada una relación de más de un año. Esa no era la manera de librarse de Romina para ir en busca de Samantha; se volvió dándole la espalda, no soportaba como su mirada lo taladraba, estaba seguro de que terminaría dándose cuenta de la verdad.

—¡Maldita sea, Alessandro, mírame! —le exigió, parándose delante de él—. ¿Estás terminando conmigo? —le preguntó una vez más.

—Sí —esbozó con firmeza, mirándola a los ojos.

Ella jadeó como si la hubiese golpeado, lo veía sin poder creer lo que acababa de escuchar, pero pudo ver en su mirada que él hablaba en serio. En su cabeza se agolparon las imágenes de sus encuentros en los últimos días, no estaba equivocada, él llevaba semanas queriendo terminar la relación y finalmente lo había hecho, pero estaba loco si creía que se desharía tan fácil de ella.

—¿A qué viene todo esto? Y no digas que son cosas que suceden o alguno de los discursos baratos que usabas con tus ex, no me vengas con esa sarta de estupideces que empiezan con «No eres tú, soy yo» porque te juro que haré tal escándalo que tus vecinos deberán llamar a la policía. A mí me miras a la cara y me dices lo que en verdad ocurre —exigió temblando de rabia y se alejó de él, pues sentía que sus latidos iban en aumento a cada instante y podía terminar golpeándolo.

—¿Qué quieres escuchar, Romina? —preguntó, mirándola.

—La verdad y la quiero ahora, no soy una tonta con la que puedas jugar, Alessandro, no puedes decirme de un momento a otro que te has cansado de mí y que vas a dejarme así sin más… Tú eres mío y ni creas que voy a dejarte ir sin luchar, así que dime ahora mismo el motivo real.

Alessandro se sentía acorralado, decir la verdad era quizás lo más sencillo, pero no podía adivinar cómo reaccionaría ella.

«¿Qué podía decirle?: Sigo enamorado de aquella misteriosa mujer que tanto odias y tengo la ligera sospecha de que también me ama, así que voy tras ella para rogarle por una nueva oportunidad»

Bueno esa era la verdad, pero sonaba tan patética que incluso reconocerla a sí mismo le resultaba vergonzoso. Además, sabía bien como era ella; haría que toda Italia se burlara de él, lo expondría como un estúpido que aún creía en el amor eterno, haría de su vida personal un circo, y quizá nada de eso le importaría si lograba recuperar a Samantha, porque sabía que lo ayudaría a superar cualquier adversidad, pero sin tenerla a su lado, quedaría humillado delante de todos.

Podía ver cómo la paciencia disminuía en la mirada celeste y era reemplazada por la ira, así que se llenó de valor y se disponía a abrir la boca cuando su móvil repicó. Ella le advirtió con la mirada que no se le ocurriese tomarlo, pero Alessandro desacató su orden porque había visto en esa llamada su salvación, al menos momentánea; aunque no solo fue eso. De repente, sus latidos se aceleraron y una extraña sensación se esparció por su pecho, llenándolo de una emoción que no sabía cómo explicar y que nada tenía que ver con el enfrentamiento que le esperaba, acortó la distancia y lo tomó.

Ella se tragó el repertorio de palabras nada decentes que llegó hasta su cabeza y se recordó que debía mantener la compostura, si se trataba de algún amigo de Alessandro y los escuchaba discutir, el rumor se correría rápidamente. Suspiró, armándose de paciencia se dio la vuelta para alejarse un par de pasos, sintiendo que la sangre en sus venas empezaba a enfriarse, eso tal vez no era muy bueno, necesitaba su furia para enfrentar a su novio y sacarle toda la verdad de lo que ocurría.

—Hola, Lucca… ¿Cómo anda todo?

—Hola, Alessandro, todo bien, aunque un poco ocupado, te llamaba precisamente por eso, empieza a hacer tus maletas, salimos dentro de tres días para Los Ángeles.

Alessandro sintió que todo su mundo se tambaleaba, algo dentro de su pecho estalló con una fuerza arrolladora, quiso gritar de felicidad, pero solo cerró los ojos y lo primero que llegó a su mente fue la imagen de Samantha. No le importaba nada quedarse con el papel protagónico, lo que realmente deseaba era tener la oportunidad de acercarse a ella y comprobar que seguía amándolo, ver aquello que tiempo atrás no vio porque fue un estúpido ciego.

—¿Alessandro? ¿Alessandro me escuchaste? ¿Estás ahí? —inquirió Lucca al otro lado con un toque de preocupación.

—¡Sí! Sí, aquí estoy… Por favor, cuéntame, ¿cuándo recibiste la noticia y quién la envió? —preguntó sin poder ocultar la sonrisa que afloró en sus labios, ni el brillo en su mirada.

Sabía que Samantha en persona no le escribiría para convocarlo a las audiciones, pero le animaba tan solo imaginarse que ella estaba al tanto que se había propuesto como candidato y que eso significaba un futuro encuentro entre ambos, después de casi cuatro años.

—Lo recibí esta mañana, el correo lo envío Martha Wilson, es la encargada de crear el reparto. Quise darles una respuesta afirmativa antes de avisarte, suponía que no tendrías ninguna objeción.

—No, hiciste bien, sabes que ahora mismo este proyecto ocupa toda mi atención. Hoy mismo preparo las maletas y le aviso a mis padres… ¿Y no te dijeron si la autora está al tanto de mi participación? —No quiso sonar muy interesado, pero se moría por saberlo.

—No lo especificaron, pero supongo que sí, ya que ella también estará presente en las audiciones… Lo que sí me dijeron es que están encantados por tu candidatura, que tienes

potencial y te acercas a las características que piden para interpretar a Franco Donatti, que solo restaría ver tu desempeño del personaje y tu interacción con las actrices aspirantes al rol de la protagonista, ya sabes cosas de rutina. —contestó Lucca, podía sentir la ansiedad de Alessandro incluso a través de la línea, confirmando de esa manera que sus sospechas.

—No hay problema, les demostraré que soy el indicado. Gracias por avisarme, Lucca, cualquier novedad por favor no dudes en llamarme, estaré atento —dijo con una gran sonrisa.

—No te preocupes, me haré cargo de todo… Y puedes dar casi por seguro que el papel será tuyo. Igual no está de más que leas algunas escenas del libro, concéntrate en eso y nos vemos mañana.

Alessandro se quedó mirando la pantalla del móvil hasta que quedó negra, su alegría no se había esfumado, pero no la sentía de la misma manera que en principio, no escuchar nada relacionado con Samantha lo había decepcionado; deseaba que al menos Lucca mencionara que ella había sido quien había votado a favor para que lo llamase, o que se había sentido complacida por su postulación y que estaba ansiosa por tenerlo en las audiciones. Después de todo, ellos no habían quedado tan mal; además, fue ella quien le insistió para que probar suerte en Hollywood, qué mejor que hacerlo de su mano, en una película basada en su historia, Samantha debería estar feliz.

—¿Piensas quedarte toda la vida, pensando porqué los americanos te aceptaron para hacer la estúpida audición o me dirás de una vez qué demonios ocurre contigo? —preguntó en un tono bastante grosero.

—Ya no aguanto que siempre estés menospreciando lo que hago, en esa eterna lucha de querer ser mejor que todos, en tu empeño por surgir sin importarte a quién pises; eres una mujer mezquina y arrogante, Romina… Te juro que intenté enfocarme en lo bueno que tienes, sin importar lo poco que era, pensé que cambiarías cuando la fama se esfumara de tu cabeza y te dejara ver más allá, pero nada de eso ha sucedido, sigues empeñada en pavonearte como si fuese mejor que los demás… —Fue cortado por una sonora carcajada de ella.

—¡No lo puedo creer! Discúlpame, pero no escuché bien… Tú acusándome de ser arrogante, mezquina y que quiero siempre resaltar, tus excusas son tan baratas que no sé si llorar o reír. Le puedes vender a todos la imagen del hombre maduro y cambiado, pero no a mí, las personas como nosotros no cambian, Alessandro… Muestra de ello es lo que acabas de decirle a Lucca, aseguraste que conseguirías el papel de Franco Donatti, sin tomar en cuenta el desempeño que puedan tener los demás actores; eso es lo mismo que hago yo, sé quién soy, sé cuánto valgo y si eso te molesta entonces deberías odiarte todos los días cuando te ves en el espejo porque tú y yo somos iguales —dijo de manera triunfal, mirándolo a los ojos.

—No, Romina, no lo somos, nuestras visiones de la vida son completamente opuestas y creía que eso era lo que me hacía falta para mantener una relación de pareja, pero estaba equivocado, no soy lo que tú quieres y tú no eres lo que quiero, siento tener que decírtelo de esta manera, pero es la verdad, me pediste que fuese sincero, bueno allí lo tienes —Sintió que un peso lo abandonaba, vio que ella se preparaba para contraatacar, pero él no la dejó—. En cuanto a lo que le acabo de decir a Lucca, me da igual si obtengo el papel o no, pero sé que lo haré y no tiene nada que ver con el desempeño de los demás actores, puede que ellos sean muy buenos en lo que hacen, pero yo soy Franco Donatti. Querías explicaciones, pues allí las tienes, saca tus propias conclusiones ahora —mencionó con determinación.

—Ve a tu maldita audición, aunque vas a perder tu tiempo porque ellos jamás elegirán a un completo desconocido, y tú aquí eres un rey, pero allá no eres nadie. Tenlo en cuenta porque cuando regreses y me busques para pedirme perdón por esto que estás haciendo, puede que sea

muy tarde —dijo desbordando rabia y dolor.

Romina al ver que él no decía nada sintió la ira apoderarse de su pecho, caminó al baño para recoger las prendas que habían quedado tiradas allá, con rapidez se vistió quedando lo más presentable que pudo. Antes de salir se paró delante de Alessandro, a la espera de que dijese algo, pero se mantuvo en silencio.

—Te vas a arrepentir, nadie me humilla de esta manera, ni siquiera tú —espetó con rabia y salió de allí, lanzando la puerta.

Ese carácter indomable había cautivado a Alessandro en un principio, pero después que vio lo que le había mostrado solo fue una fachada, le había montado una trampa para atraparlo y luego todo cambió. Así que estaba seguro no la echaría de menos y tampoco le preocupaban sus amenazas, después de todo no había sido la única en declararle la guerra cuando él decidía terminar una relación.

Capítulo 4

Chicago, EE. UU - marzo 2013.

Había pasado casi dos horas conduciendo por las calles de la ciudad sin ningún rumbo, solo había salido para intentar dejar de lado el tema de Alessandro, ya que Jaqueline la había hecho ver la entrevista completa, esta vez no se perturbó tanto como la primera, pero le sucedió algo peor, empezó a sentir que el encanto de Alessandro la atrapaba una vez más. Desde que le confirmasen que él había sido convocado para las audiciones, su cabeza era un torbellino y su corazón seguía corriendo como un caballo salvaje, sus emociones estaban descontroladas, y lo peor de todo, era que ni siquiera lo había visto.

Dentro de dos días saldría hacia Los Ángeles para reunirse con el equipo de producción de la película, tendría que estar presente en las largas jornadas de pruebas de los actores principales, las mismas durarían varios días pues se habían anotado varios. Para ella todo sería una cuestión de rutina si entre ellos no estuviese Alessandro; había perdido la cuenta de las veces que se había repetido que nada de eso debía afectarla, que podía manejar sus emociones a cabalidad.

Sin embargo, cuando pensaba en Alessandro todo su autocontrol fallaba desastrosamente, sabía que no saldría corriendo y se lanzaría en sus brazos. No estaba tan mal para llegar a ese punto, pero tampoco podía asegurar que saldría ilesa de ese encuentro.

—¡Oh por favor, Samantha! Tienes que empezar por calmarte, no es tan difícil… Además, ustedes terminaron como amigos, no existe razón alguna para que este encuentro sea algo peligroso. No olvides que él tiene pareja, aunque es una rubia espantosa y toda rígida… ¡Ya, basta! Deja de criticarla, que Alessandro tenga pésimos gustos no es asunto tuyo… Concéntrate en recordar que ahora eres distinta a la chica que se lanzó a una aventura, que tienes la vida que siempre deseaste y a un hombre maravilloso a tu lado… Lo tienes todo y eso debe bastar, tiene que bastar —se recordó dejando libre un suspiro.

Accionó el botón de *play* que estaba en el volante de su auto para encender la música, siempre la ayudaba a distraerse y en ese instante era lo que más necesitaba, sacar de su cabeza la imagen de Alessandro sonriéndole, seduciéndola; no podía seguir así, debía controlarse si quería salir con bien de todo eso, tenía que hacerlo. La voz de *Kelly Clarkson* cantando *Never Again* inundó el interior del auto y Samantha se sintió llena de energía, fue como si de pronto pudiera controlarlo todo y nada lograría desestabilizar sus planes.

—***Never again will I hear you. Never again will I miss you… never again will I fall to you… Never*** —cantaba a todo pulmón mientras esperaba a que el semáforo cambiase de luz.

Haría que Rendición fuese un éxito mayor del que había sido hasta el momento, seguiría junto a Dylan, incluso podía pensar en casarse con él. Lo harían después de su regreso de Italia, solo para no apresurar las cosas, no quería que esa decisión fuese tomada bajo presiones.

Cuando llegó a su apartamento ya la noche había caído. Su madre había llamado preguntando por ella, Samantha había dejado su teléfono móvil, tenía siete llamadas pérdidas y dos mensajes de voz donde le pedía que atendiera el aparato o al menos tuviese la consideración de devolverle las llamadas. Suspiró después de escucharlos y se llenó de paciencia antes de discar el número de su madre.

—¿Se puede saber por qué no contestas el móvil y dónde estabas?

—Hola, mamá, no ha sido mi intención angustiarte… Solo salí un rato y olvidé llevar el teléfono, necesitaba distraerme de tanto trabajo. ¿Cómo han estado tú y papá? —preguntó con tono sumiso.

—Bien, pero me sorprende que lo preguntes, hace semanas que no vienes a visitarnos, Samantha, estamos a unos cuantos minutos de tu casa y es muy desconsiderado de tu parte no venir para compartir una comida con nosotros. De Walter lo comprendemos pues entre su familia y su trabajo las cosas se le complican, a Nick también podemos excusarlo pues su carrera le quita mucho tiempo, pero Diana y tú no tienen pretexto, aunque ella ya es un caso perdido.

Su madre hablaba como si fuese una contestadora que venden anuncios o notifican de alguna cuenta pendiente, era tan mecánica que ni siquiera debía prestarle atención para saber lo que decía.

—¿Me estas escuchando? —Inquirió con tono autoritario.

—Por supuesto, madre y tienes razón, sabes que siempre que puedo voy a visitarlos, pero últimamente he estado muy ocupada, dentro de dos días salgo hacia L.A. y debo preparar unas cuantas cosas antes del viaje, te prometo que en cuanto regrese iré a visitarlos y podremos planear una comida todos juntos, estaré de regreso en un par de semanas —contestó dejándose caer en el sillón de su estudio, conversar con ella la agotaba física y emocionalmente.

—Con respecto a eso tenemos una conversación pendiente. Ya sé que es tu trabajo y que como tu familia decidimos apoyarte y respetar tus decisiones, pero siempre existen límites y creo que es hora de recordarlos. No estoy muy empapada del tema, pero por lo poco que he escuchado vas a estar presente en las grabaciones que se llevarán a cabo en Italia, eso significa que debes viajar allá de nuevo ¿No es así? —La interrogó y aunque su tono ya no era de reproche, tampoco la llenó de confianza; todo lo contrario, la hizo tensarse.

—Es algo de lo que debemos hablar, soy consciente de ello, tienes razón madre…—esbozó cerrando los ojos.

«Nuevamente… ¡Y como siempre, madre!»

En ese momento sintió que alguien llamaba a la puerta y fue como ser salvada por la campana, al menos unos segundos, pues si se trataba de Rose o Inés debía atenderlas rápidamente, su madre era más importante que cualquiera y más cuando le decía «Tenemos una conversación pendiente». Para su suerte quien llamó fue su novio, entró con una sonrisa de alivio, seguro al verla sana y salva, sospechó que su madre también lo había llamado a él para saber si estaban juntos. Definitivamente, Susan Steinberg, jamás terminaría de aceptar que ella había crecido, que era una mujer adulta, que podía ir y venir a donde le diese la gana y salir con quien quisiese sin tener que darle explicaciones.

—Hola… ¿Estás ocupada? —preguntó Dylan en un susurro.

—Hola, es mi madre —respondió, poniendo los ojos en blanco, pues su novio sabía cuánto la exasperaba a veces.

Él dejó ver una sonrisa y asintió, se disponía a retirarse, pero Samantha se lo impidió haciéndole un ademán para que se acercara, él lo hizo y besó su mejilla mientras le acariciaba el cabello.

—Samantha, estas cosas me gusta hablarlas en persona, la reunión que organizaré a tu regreso será perfecta, creo que es una decisión que debe hacerse en familia, toma el tiempo que debas para dejar todo listo, yo le diré a tu padre que vendrás a vernos en unas semanas. —Indicó dando todo por sentado como siempre hacía.

—Bien, madre… Dylan acaba de llegar, debo dejarte porque quedé en que cenaríamos

juntos. Por favor discúlpame por angustiarte, la próxima vez seré más cuidadosa. Dile a papá que lo quiero y lo extraño mucho, a ti también, cuando regrese iré a verlos, besos y abrazos.

—Se lo diré, cuídate mucho… Saluda a Dylan de mi parte y atiéndelo, mira que si lo tienes igual de abandonado que a nosotros va a terminar aburriéndose de la relación y perderás a un hombre maravilloso. Te llamaré dentro de unos días para saber que has llegado bien, besos y abrazos a ti y a mi yerno. —Su tono cambió por completo, siempre era así cuando se trataba de sus pretendientes, claro está, con aquellos que eran el prospecto ideal para formar una familia.

—Estaré pendiente, adiós, madre —esbozó y después colgó.

—Espero que tu madre esté más tranquila —preguntó él apoyándose en el escritorio. Su mirada se posó en las carpetas que guardaban los datos de los actores que se habían postulado para estar en las audiciones de Rendición, su curiosidad lo llevó a tomar una.

—Está bien, solo me llamó para reprocharme que no los he visitado y para anunciarme que debemos tratar en familia el asunto de mi viaje a Italia, supongo que tendremos votaciones a mi regreso de L.A. —contestó, cerrando los ojos y relajándose en el sillón.

—A mí también me llamó para saber si estabas conmigo, dijo que se sentía muy apenada, pero que si tuviese una hija más considerada no se vería en tal necesidad, debo confesar que me preocupó, desaparecer de esa manera no es algo muy frecuente en ti… pero al menos tuve la sensatez suficiente para no ir con la policía a poner la denuncia —indicó divertido y se sintió feliz al ver que ella esbozaba una sonrisa.

Aunque seguía con los ojos cerrados y se estaba masajeando las sienes, seguro le dolía la cabeza, últimamente Samantha había estado bajo mucha presión, por eso le daba su espacio, pero procurando hacerle sentir que siempre estaba allí por si lo necesitaba. Su mirada se desvió una vez más a la carpeta en sus manos, la ficha era de un hombre que no conocía, seguramente porque era italiano y todos sus trabajos habían sido en ese país, contaba con una amplia trayectoria, hablaba cinco idiomas y según la descripción física que había hecho Samantha de su personaje, ese hombre se le asemejaba mucho.

—Van a tener mucho trabajo en estas audiciones, aunque al parecer hay actores de gran calidad; por ejemplo, este es joven, pero lleva muchos años en el medio, casi la mitad de su vida —esbozó de manera casual, leyendo algunas de las obras en las que había participado.

Samantha sintió que su estómago se encogía al escuchar las palabras de Dylan, abrió los ojos y vio que él tenía en sus manos la carpeta con la ficha de Alessandro. Se puso de pie con rapidez y se la quitó para dejarla caer sobre el escritorio, cerrándola con manos trémulas al notar que había quedado abierta y desde la fotografía, él parecía mirarla. Su novio la miró sorprendido, frunciendo el ceño y buscó sus ojos para saber qué había sucedido, ella nunca se había mostrado tan recelosa con su trabajo; por el contrario, siempre lo compartía con él.

—Por favor no hablemos de trabajo ahora… Te juro que estoy a punto de volverme loca y empiezo a odiar la palabra «audiciones» —se excusó al ver que él percibió su arranque—. Estas carpetas son de Jaqueline, está empeñada en que escojamos a nuestros favoritos, pero no puedo dejarme llevar solo por una imagen y unos pocos datos; además, la responsabilidad de escoger a los actores recae en la encargada de la audición, los productores y el director.

—Comprendo… pero no creo que esté de más que los revises; después de todo, los personajes fueron creados por ti, salieron de tu imaginación y eres la más indicada para encontrarles un rostro entre los aspirantes —evadiendo la negativa de Samantha de evaluar a los actores, tomó otra de las carpetas y empezó a revisarla.

Samantha estaba tensa y buscaba mantener a Dylan alejado de la carpeta de Alessandro, incluso tomó un par y pasó las hojas sin siquiera detallar la información, lo que quería era dejar

la del italiano tan debajo como le fuera posible, para que su novio no volviese a tomarla, intentó cambiar de tema, pero de manera sutil.

—Si estás buscando las de las actrices, lamento informarte que Jackie no las trajo —mencionó con indiferencia.

—¡Tan egoísta como siempre! —exclamó él poniendo mala cara.

Ella lo miró con reproche y Dylan soltó una carcajada, lo había hecho precisamente con esa intención, Samantha nunca se mostraba celosa con él y debía confesar que le gustaría que de vez en cuando lo hiciera; saber que le afectaba que su interés se desviara a otras mujeres, incluso aunque fuese en plan de broma. Se acercó y la rodeó con sus brazos para después darle un par de besos.

—Sabes que solo tengo ojos para ti, para mí no existe una mujer más hermosa y perfecta que la que tengo entre mis brazos en este momento, ni ficticia ni real, ninguna se puede comparar contigo —le dijo mirándola a los ojos y después la besó.

Samantha agradeció el beso pues no podía responder a sus palabras de la misma manera, le gustaría poder hacerlo, pero siempre se había sentido limitada a la hora de expresar sus sentimientos, era como si no quisiese mostrarse tan expuesta. Aunque podía responder a los besos y a las caricias, entregar su cuerpo, pero su voz nunca lograba expresar un amor absoluto como ese que le ofrecía Dylan, incluso con Alessandro fue de esa manera y cuando se dio cuenta de que estaba enamorada de él, se sentía tan dolida y decepcionada, que prefirió nunca haber experimentado ese sentimiento.

Dylan acariciaba con la lengua el interior de su boca, mientras sus manos se abrían en la espalda para atraerla a su cuerpo, deslizó una hasta la parte baja, rozando el nacimiento de su trasero en una caricia lenta, pero con la presión exacta para provocar el gemido que ella le entregó y él ahogó con su lengua. Se inclinó hacia adelante para hacer que sus pelvis se tocaran; adoraba tener el cuerpo de Samantha de esa manera y sentirla tan suya.

—Soy tuyo, Samantha… sabes que te amo, sabes que todo lo que tengo te pertenece y que solo quiero entregártelo, hoy… mañana, y siempre… siempre, princesa —susurró deslizando sus labios por el cuello terso y cálido, embriagándose con su perfume.

Samantha se estremeció, más por el sentimiento impreso en las palabras de Dylan que por sus caricias, deseaba entregarse como su novio lo merecía y como mujer reaccionaba a esos estímulos, podía corresponderle acariciándolo y besándolo. Sin embargo, su mente siempre buscaba la imagen de Alessandro cada vez que llegaba a ese punto, la traicionaba trayendo recuerdos de aquél que la excitaba.

Solo que no dejaría que esta vez lo hiciera, si se entregaba a Dylan sería en cuerpo y mente, debía ser consciente que el hombre que la tomaba era su novio, que era a quien pertenecía, así como él le aseguraba que era suyo, que lo sería para siempre y no por unos meses como lo fue Alessandro, debía dejarlo ir de una vez por todas.

—Hazme el amor, Dylan —le pidió, mirándolo a los ojos.

Él sonrió emocionado ante esa petición; por lo general, Samantha no tomaba la iniciativa, siempre era él quien, entre besos y caricias le insinuaba sus deseos de hacerle el amor, así que verla tan dispuesta lo sorprendió gratamente. La sujetó de la mano para llevarla a la habitación, pero ella no lo dejó avanzar, así que él se volvió a mirarla para descubrir qué pasaba, vio que negaba con la cabeza dejando ver una sonrisa traviesa y sensual ante su desconcierto.

—Quedémonos aquí… hazme tuya aquí.

Le acarició el pecho hasta llevar la mano a su cuello y posó la mirada en sus labios. Se acercó y lo besó con intensidad, saqueando la boca de Dylan como no lo había hecho, quería sentirse

desinhibida y libre como lo hizo tiempo atrás, sentirse sensual, poderosa, saber que tenía las armas para enloquecer a un hombre como lo hizo con…

«¡Basta! ¡Ya, Samantha, concéntrate en Dylan! Es en tu novio en quien debes pensar, únicamente en él, que sea quien te encienda la piel»

Se recordó que no debía darle oportunidad a sus pensamientos para que cambiaran de dirección, esa noche les ganaría la partida. Se dio la vuelta y lanzó al piso las carpetas que estaba sobre el escritorio, sin importarle qué destino tuviesen, para ella que era una maniática del orden eso era casi un sacrilegio, pero había aprendido que hay momentos en los que se debe romper el orden de algunas cosas.

Dylan la miraba realmente sorprendido, nunca había visto a Samantha de esa manera y la verdad era que no sabía cómo reaccionar. La vio subir y quedar sentada en el escritorio, después lo jaló por la corbata para acercarlo y lo encerró entre sus piernas, que se le mostraron seductoramente cuando la falda se subió hasta sus muslos.

—No está participando mucho señor Howard. —dijo al tiempo que le quitaba la corbata, dejándola caer sobre el escritorio, abrió los primeros botones de la camisa para besarle el cuello y subir hasta su oreja, dejando su aliento allí al tiempo que llevaba las manos hasta sus hombros para meterlas bajo el saco y quitárselo.

—Lo siento… es que… ¡Vaya, princesa, me tienes asombrado! —esbozó, acariciándole la cintura y exponiendo un poco más su cuello para que ella tuviese mayor libertad.

—¿Sorprendido para bien o para mal? —Lo miró a los ojos.

—¡Para bien! ¡Por supuesto para bien! —contestó, llevando las manos a su cuello en una caricia tierna y sensual—. ¿De verdad deseas que nos quedemos aquí? Es decir… ¿Te sientes cómoda sobre el escritorio? —preguntó, recibiendo el toque de labios que Samantha le daba y se veía tan sensual que su cuerpo comenzaba a despertarse.

—Estoy perfectamente Dylan, pero estaría mejor si me besas y me acaricias. —respondió abriéndole la camisa por completo.

Él no esperó a que le repitiese la orden, comenzó a besarla con premura y deslizó las manos por sus senos, para luego pasar a su espalda y bajar hasta la cintura buscando los botones de la falta, los deshojó con lentitud para sacar la blusa. No se la quitó en un loco arrebato, sino que poco a poco la fue subiendo mientras le acariciaba el torso, siempre se había esmerado en ser tierno con Samantha, sabía que era una mujer sensible y delicada.

Ella sentía que eso no estaba saliendo como esperaba, necesitaba de la fuerza y la pasión que debía desbordar un momento como ese, quería que fuese loco, erótico, sensual, deseaba sentirse atrevida y deseada. No ser tocada como una muñeca de cristal que podía romperse, enredó sus manos en el cabello de Dylan para hacer el beso más intenso mientras se movía sobre la madera pulida y lo buscaba.

—Dylan, háblame… bésame, necesito sentir tu fuerza, tu arrebato… Apriétame, no me voy a quebrar —pidió, abandonando su boca para besarle su cuello y hombros—. Necesito desearte como deseé a… —Se interrumpió de golpe, suprimiendo el nombre de Alessandro que se quedó atravesado en su garganta.

Sintió como sufría un gran bajón y entró en pánico porque eso último no debía decirlo en voz alta, solo estaba dándole ánimos a su novio en pensamientos, no era algo que él debía escuchar, pero lo había hecho, eso era obvio por la tensión que invadió su cuerpo.

—¿Qué es lo que necesitas, Samantha? ¿Cómo quién se supone debo actuar para que me desees? —cuestionó, mirándola a los ojos, con un semblante completamente distinto al de un minuto atrás.

—Dylan… yo… —intentó dar una excusa, pero su mente se había quedado en blanco, solo pudo morderse el labio y bajó la mirada.

—¿Sabes algo? Creo que ha llegado el momento de que seas realmente sincera, porque tengo la penosa sensación de que no lo eres… Antes no le daba importancia, intentaba comprenderte, pues yo también tenía un pasado escabroso, pero ahora ¡Dios, no puedo creer que esto continúe! Por favor mírame a los ojos.

Las palabras de su novia le habían bajado la libido por completo, como si lo hubiesen lanzado al lago Michigan, y su actitud solo empeoraba lo que sentía; solo quería que le dijese cualquier cosa que lo convenciese de que esas palabras no tenían el sentido que sospechaba. Dos veces escuchó a Samantha murmurar el nombre de un hombre mientras dormían juntos; en aquel entonces no le hizo ningún reproche, porque a él aún le quedaban vestigios del amor que sintió por su exmujer, pensó que a esas alturas ambos habían logrado superar a esas personas del pasado, al parecer solo hablaba por él y no por ella.

«¿Acaso Samantha se había entregado a él pensando en otro? ¿Era como a ese hombre que ella necesitaba desearlo? ¿Ése la hacía sentir más placer que él?» Se preguntó en pensamientos al ver cómo sus labios temblaban, como si ella estuviese reteniendo sus emociones.

—Dylan… por favor no pienses que…te estoy engañando, tú eres el hombre junto al que he estado durante los últimos dos años, el único con el que he dormido en este tiempo… Soy una estúpida, mi comentario no fue con la intención de herirte… solo estaba pensando en algo más, ya sabes cómo es mi cabeza, mi mente nunca descansa…—su tono de voz delataba el nerviosismo que la invadía.

—Soy el único con el que has estado en el plano físico, pero ¿qué hay de tu cabeza, Samantha? ¿Puedes asegurarme de que solo yo he estado allí? —La cuestionó, recordando cómo ella pocas veces lo había llamado por su nombre cuando hacían el amor.

Samantha se quedó en silencio, era obvio que ella se debatía entre responder con la verdad o quedarse callada y evitar lastimarlo, pero ya lo había hecho. Se alejó y tomó la corbata de encima del escritorio, después se dobló para recoger su saco y acomodarlo en su ante brazo. Podía sentir la mirada de Samantha siguiendo sus movimientos; sin embargo, en ningún momento habló para detenerlo, posó su mirada en ella sin decir nada, no hacía falta ya que cada gesto hablaba por sí solo.

El calor que había colmado el estudio fue reemplazado por un frío tan despiadado, que caló a Samantha hasta los huesos, haciéndola estremecer y de inmediato rompió en llanto. No podía creer que las cosas se le hubiesen salido de las manos de esa manera y que hubiese lastimado a Dylan; se había esforzado tanto tiempo en cuidarlo, en hacerlo sentir amado, pero sus palabras le indicaban, que él siempre había sentido la sombra de alguien más y eso la llenó de dolor porque aparentemente todos sus esfuerzos habían sido inútiles.

Capítulo 5

Roma, Italia – marzo 2013.

La familia Bonanzierri llegó hasta el Aeropuerto Internacional Fiumicino, que estaba colmado de personas que iban de un lugar a otro a un ritmo acelerado, típico de los días entre semana; en su mayoría los pasajeros eran turistas y ejecutivos. Alessandro miraba a través de los inmensos ventanales la fila de aviones ubicados en la pista a la espera de su hora de salida; su madre lo guiaba del brazo por la terminal y tras ellos su padre y hermana los seguían.

—Bueno, madre, creo que de aquí no me perderé, ya puede dejarme caminar solo, me hace sentir como un niño de cinco años —le dijo, viendo cómo varias mujeres los miraban y sonreían ante el cuadro.

—Aless, no seas tan hosco, ya sé que no eres un niño de cinco años, qué no daría por tenerte así otra vez, pero has crecido lo sé y demasiado rápido para mi mala suerte; sin embargo, no puedes privar a una madre de querer consentir a su hijo de vez en cuando —indicó con una sonrisa, al notar las miradas y los gestos que hacían las mujeres, que la veían pasar con su hijo de ganchete.

—Sobre todo si se trata de hacerlo con tu hijo más consentido ¿no es así, madre? —inquirió Paula con sarcasmo, mirando con rabia a las mujeres que la ignoraban a ella y a su padre como siempre.

Paula había cambiado mucho desde que dejó la preparatoria, se había vuelto muy retraída y obstinada, siempre parecía estar enfadada con sus padres, sus hermanos, sus vecinos; en realidad parecía estar molesta con el mundo en general y no perdía ocasiones para dejarles sentir a todos, la amargura que la embargaba, apenas contaba con un par de amigas y no le habían conocido ningún novio. Eso no les extrañaba pues con su carácter no había un solo chico que se acercara a ella atraído por su belleza, pero que no saliera despavorido después.

—Paula ese comentario no viene al caso, sabes que adoro a todos mis hijos por igual, no hago distinciones entre ninguno de los tres, pero deseo estar estos últimos minutos más cerca de Aless, hacerle saber que cuenta con todo nuestro apoyo en esta nueva etapa de su vida…

—Madre, tampoco me voy para siempre o al fin del mundo, si las cosas no resultan estaré de regreso en una semana…

—Resultarán, de eso no te queden dudas, sabes bien que no existe nadie más perfecto que tú para meterse en la piel de Franco Donatti.

—¡Exacto, hermanito! No lo dudes; después de todo, eres muy parecido al protagonista de la novela rosa, si has perdido práctica seguramente no te costará nada volver a ser un arrogante que jugaba con todos. —esbozó haciendo gala de su amargura.

—Paula…—la reprendió Octavio de manera discreta pero firme.

—Déjela padre, al fin y al cabo, mi hermana tiene razón, no soy un ejemplo que seguir, aunque cada día me esmero por reparar lo que les hice pasar, lamento que ella siga estancada en su amargura y su odio hacia mí. —dijo Alessandro, mirando a su hermana.

—Ella no te odia… —aseguró Emilia, pero la mirada de su hija la desmintió; sin embargo, se esforzó por salvar la situación, suspiró y se acercó a su hija—. Paula, en la vida las personas

comenten errores, pero no debemos negarles la oportunidad de sanar las heridas que causan, tu hermano lo merece y ni tú ni nadie tiene el derecho a negárselo porque no estarías actuando de manera correcta, recuerda que nadie es perfecto, princesa…—intentó hacerla entrar en razón.

—Eso lo tengo muy claro, nadie es perfecto y le aseguro que yo menos que los demás, pero al menos tengo la valentía de asumirlo, así que no pierda su tiempo con discursos, ya bastante hice con venir y actuar como si fuésemos la familia feliz. —señaló con desdén.

—Paula Bonanzierri, haz el favor de no expresarte así con tu madre, ella solo intenta hacerte ver que estás equivocada y que tu hermano no merece que te muestres tan hosca con él ¿acaso es mucho pedir que seas amable? De verdad no comprendo tu manera de proceder, antes adorabas a Alessandro y de la noche a la mañana comenzaste a odiarlo a muerte, también dejaste de ser esa chica dulce y alegre que era la luz de nuestra casa… siendo sincero dudo que todo ello tenga que ver con lo que ocurrió años atrás. —le cuestionó su padre.

—Papá, tampoco juegues al extraordinario abogado conmigo, no estamos en un juicio y yo no soy una acusada que deba responder a tus interrogatorios, mejor vayamos de una vez a los controles para despedir al querido Alessandro y terminemos con esta farsa. —contestó escudándose en el sarcasmo.

—¡Ya tuve suficiente! Si quieres irte puedes hacerlo, por mí no te detengas, pero te prohíbo que le hables a nuestros padres de esa manera, ¿quién te has creído? Apenas eres una chiquilla que no conoce nada de la vida y piensas que puedes andar por allí dando lecciones de moral, pues te equivocas, solo eres una niña caprichosa que busca llamar la atención, si tienes algo que reprocharme hazlo de una vez, sácalo, continúa con tu vida y déjanos a los demás hacerlo también. Nadie tiene la culpa de tus problemas, nadie tiene la culpa que no desees hablar de éstos, somos una familia y buscamos apoyarnos unos a otros, nuestros padres hacen lo mejor que pueden y ni tú ni Lisandro o yo tenemos derecho a reprocharles nada, así que ahora mismo le pides disculpas a ambos —le exigió Alessandro, saliendo de sus cabales.

—El equivocado eres tú, que crees que puedes darme órdenes, yo hago lo que quiera y digo lo que quiera; después de todo, tú comenzaste a hacerlo cuando tenías menos edad que yo. Ya soy una mujer adulta, si tengo problemas es asunto mío, si todo en mi vida es un misterio también es algo mío, no te gusta que se entrometan en tu vida, entonces no lo hagas en la mía —sentenció, mirándolo con rabia.

—Aquí estamos de nuevo, a ver ¿por cuál asalto vamos? Creo que ya llevan varios y yo me he perdido la mitad —dijo Lisandro, tomándose las cosas a la ligera, en lugar de poner mala cara como todos.

—Deja de lado los chistes en este momento, Lisandro, esto ya está pasando de castaño a oscuro, lo mejor será que se controlen, Paula tienes razón, eres una mujer adulta y puedes mantener tus cosas en privado si así lo deseas, pero no se te olvide que mientras dependas de nosotros debes respetar nuestras decisiones te gusten o no. Hemos decidido despedir a tu hermano como la familia que somos, hacerle sentir todo nuestro apoyo en este nuevo proyecto que emprende y cómo te dije antes tú eres parte de esta familia y le debes consideración y respeto —sentenció Flavio mirando a su hija con semblante serio.

—Perfecto empecemos entonces con el teatro, a ver hermanito ¿estás nervioso? ¿Emocionado? ¿De verdad crees que tienes chance para obtener el papel de Franco Donatti? ¿Si logras hacerlo, nos librarás de tu presencia por varios meses? Incluso podrían ser años en caso de que decidas irte a América ¿verdad? —preguntó con una sonrisa falsa.

—Definitivamente, no tienes arreglo, Paula, no te imaginas cuánto me entristece ver lo amargada que te has puesto, una chica tan hermosa e inteligente —esbozó su madre con tristeza.

—Quizás si utilizara algo de esa belleza e inteligencia que posee para conseguir novio dejaría de ser tan amargada —acotó Lisandro.

—Tan ocurrente como siempre, pero créeme, es precisamente por mi inteligencia que no busco a ningún hombre; sobre todo, porque la mayoría son igual a ustedes dos… Ya me cansé de esta conversación, voy a buscar algo de tomar mientras anuncian el vuelo que se llevará a nuestro querido Alessandro al encuentro con su destino… por cierto, hermanito ¿deseas algo de beber? Con gusto te lo traeré —indicó con una gran sonrisa fingida, mientras acomodaba sus anteojos.

—No, gracias, una de las peores maneras de morir es envenenado por arsénico o cianuro —respondió Alessandro en tono serio.

Ella su sonrisa se volvió más amplia, pero esta vez no era fingida sino de satisfacción, le hizo una leve reverencia haciendo más evidente su burla; después salió del lugar con paso seguro y la barbilla elevada en esa actitud que desbordaba arrogancia.

—La verdad no entiendo por qué Paula ha cambiado tanto, con el tiempo parece que las cosas empeoran, no le presté mucha atención cuando todo inició y no se imaginan cuánto me lamento por ello, ahora siento que no puedo controlarla, se me ha salido de las manos —se lamentó Emilia sintiendo cómo sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Cálmate, mujer, no eres la responsable de su comportamiento, es la edad, ya verás que en cuanto madure actuará de otra manera, se pone celosa de la atención que le brindas a Aless, y es lógico, siendo la única hembra piensa que todo el mundo debe desvivirse solo por ella, además que pasó mucho tiempo arreglándoselas sola cuando… —Flavio casi traía al presente un asunto que prometieron olvidar—. Bueno no viene al caso ahora, ella debe dejar atrás el pasado como hicimos todos. Recuerda que nuestro deber es prepararla para lo que la vida le ponga en el camino, pero no podemos hacer nada más, si seguimos intentando arreglar las cosas por ella no llegará a ser una mujer responsable.

—Mi padre tiene razón, lo mejor es darle su tiempo, no se preocupe por mí, en el fondo sé que Paula no me odia, solo está resentida y está en su derecho, no la pasó nada bien cuando me fui, yo era su cómplice y la abandoné de un día para otro, en su lugar… también me odiaría —mencionó Alessandro, acercándose a su madre para abrazarla.

—Creo que nos hemos puesto muy emotivos —dijo Lisandro con una sonrisa y le acarició la mejilla para secar una lágrima—. No llore, madre, ya Paula madurará y si no, nada más déjemela a mí y verá cómo se la pongo derechita. Aunque algo me dice que también está sufriendo por este, peor no se preocupe, lo está poniendo en buenas manos…

—Sí, sobre todo las tuyas, hablando de eso, ¿qué haces así vestido? Este mes no tenías asignado vuelos internacionales hasta donde supe. —Alessandro interrogó a su hermano elevando una ceja.

—¿Qué crees que hago? La verdad es que me gusta mucho el uniforme y, además, atrae muchas miradas femeninas —contestó con una sonrisa—. Te voy a llevar a América, me aseguraré de que llegues con bien al país de las estrellas —agregó sonriendo.

—¿Serás mi niñera? —preguntó entre molesto y pasmado.

—¡No! Jamás vuelvas a usar ese término para referirte a mí, yo solo seré el piloto que comandara el avión hasta L.A… Como dicen los americanos. Bueno y también el que te traiga de regreso, si no lo hago nuestra madre no dejará de molestarme por ello —explicó mirándolo.

—¡Lisandro! —le reprochó la dama por dejarla en evidencia.

—Madre, dígame que no estoy en lo cierto —le pidió.

—Bueno… sí, me sentiré más tranquila si eres el que lleva a Aless hasta América, pero no

fue mi idea, no me responsabilices a mí por ello —señaló paseando su mirada por cada uno de los hombres.

—Bien lo admito fue mi idea, pero no voy en plan de niñera. Solo quiero asegurarme de que llegues con bien al encuentro con tu destino —mencionó dándole un carácter teatral a las últimas palabras.

Alessandro sonrió ante la broma de su hermano, si supiera que justamente a eso iba, o al menos, se reuniría con quien quería que fuera su destino, su compañera, su mujer. Desde que Romina salió de su departamento, se convirtió en un hombre libre y podía luchar por la mujer que amaba, aunque era consciente que ella estaba con alguien más, no consideraba eso un obstáculo, se esforzaría en reconquistarla y demostrarle que estaban destinados a estar juntos, y que podían hacer que las cosas fueran como antes, cuando fueron felices.

Lucca llegó minutos después y fue recibido por todos los miembros de la familia que ya estaban frente a las puertas de los controles; como era de esperarse, Emilia le encargó a su amigo que cuidara mucho de su hijo. Se vio tentada a pedirle que le contara con detalles lo que sucediera en las audiciones, pero desistió al ver que dejaría a Alessandro en evidencia y no quería revelar a nadie el secreto que le había confiado.

Cuando llegó el momento de despedirse, su padre solo le dedicó algunas palabras, no debía darle un sermón para que comprendiese lo que esperaba de él. Le dio un gran abrazo confirmándole que podía confiar en él; después de eso, Alessandro se acercó a su hermana que miraba por el ventanal los aviones que llegaban y salían.

—Paula… —la llamó y la vio sobresaltarse, se volvió a mirarlo sin decir nada, pero su semblante no era el mismo de minutos atrás, se le notaba taciturna, él se aclaró la garganta y continuó—. No quiero irme y que quedemos peleados, por favor podrías…

—No tenemos que hacer una escena, Alessandro, tampoco es que te vas para siempre, en unas semanas a lo mucho, estarás de regreso.

—Es probable, pero también puede ocurrir lo contrario, y al fin te librarás de mí como tanto deseas —dijo, mirándola a los ojos.

—¿Por qué dices eso? Aún si llegas a quedarte con el papel, la película se rodará en La Toscana, lo que inevitablemente te traerá de regreso a Italia —resumió, intentando mostrarse indiferente.

—O puede que decida quedarme en América —acotó sin énfasis.

Ella se volvió a mirarlo y la apatía de minutos atrás había desaparecido; ahora toda su atención estaba puesta en Alessandro, seguía en silencio, pero su mirada le hacía varias preguntas, aunque luchó no pudo evitar esbozar una de esas que la atormentaban.

—¿Eres capaz de hacer algo así? Irte de nuevo y dejarnos a todos como hiciste años atrás… ¿Lo harías, Alessandro? —cuestionó, mirándolo llena de dolor y rabia.

—Lo que hice, años atrás debía hacerlo, Paula, no fue mi intención herir a nadie y menos a ti, sabes que te adoro, aunque me odies.

—Yo no te odio… Es decir, las cosas ya no son como antes… pero tampoco te odio, solo no me pidas que vuelva a confiar en ti o que me muestre como tiempo atrás, ya no soy la misma, Alessandro —esbozó, regresando la mirada al ventanal.

—Ninguno de los dos lo somos, pero me duele mucho que tu cambio haya sido para peor; daría lo que fuera por tener de nuevo a aquella chiquilla que eras y no a la mujer amargada en la que te convertiste, igual no puedo dejarte de querer, tenlo presente siempre… Bueno, ya debo irme… —Quiso decir algo más, pero no sabía qué.

—Por supuesto, que te vaya bien… suerte —esbozó ella menos huraña que antes, pero no se

volvió a mirarlo.

—Gracias —contestó y dio un par de pasos para alejarse, pero se acercó de nuevo a ella, armándose de valor—. Ven aquí —dijo y la amarró en un abrazo muy estrecho.

Paula se tensó en un principio y no compartió el abrazo, pero después de unos segundos se rindió al cariño que su hermano le entregaba. Lo envolvió con sus brazos y se elevó un poco para hacer la unión más cercana, apoyando la barbilla en su hombro, Alessandro era mucho más alto que ella, pero igual se propuso alcanzarlo.

Él al ver que al fin cedía, le acarició la espalda con ternura y sonrió, se sentía feliz al tenerla así una vez más. Paula sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas y un cúmulo de emociones azotaba su pecho; lo extrañaba muchísimo y quería volver a tener la unión de tiempo atrás, pero las cosas ya no eran iguales. Lo que más la alejaba de su hermano, era que todas sus frustraciones estaban relacionadas de una u otra forma con él; por lo tanto, no podía reparar ese lazo que se había roto.

—Te dije que no quería una escena —susurró ella con la voz ronca por las lágrimas que colmaban su garganta.

—Te prometo que cuando regrese, lucharé por recuperarte a ti también, volveremos a ser los hermanos inseparables… Cuídate mucho por favor, te quiero —esbozó dándole un beso en la frente.

Ella se alejó asintiendo, su voz había desaparecido, se volvió hacia el ventanal y lo sintió alejarse, después de eso dejó que las lágrimas rodaran por sus mejillas, liberó un suspiro trémulo y cerró los ojos para contener la avalancha que crecía a cada minuto en su pecho.

Alessandro llegó hasta la puerta de los controles donde lo esperaba su madre, quien lo abrazó llena de emoción y casi llorando por la escena que acababa de presenciar, le besó varias veces la mejilla.

—Sabes que ella te quiere muchísimo, solo que está… como dice tu padre, atravesando una etapa difícil, pero confío en que volverá a ser la chica de antes, te prometo que intentaré acercarme más a ella y tratar de entender por qué actúa de esa manera —le aseguró, mirándolo.

—No debe prometerme nada, madre, hace lo que puede y no quiero que se exponga a malos ratos con Paula por mi causa. Presiento que las cosas irán mejorando de a poco, solo debemos darle tiempo… Bueno ahora debo irme o haré que Lisandro se retrase —dijo, mirando a su hermano que ya lo esperaba.

—Tienes razón… Aless… quisiera decirte tantas cosas, darte toda la confianza que necesitas para enfrentar lo que te espera en América, pero no tengo las palabras… Es tan complicado cuando se trata de mis hijos, con mis pacientes siempre parezco tener las adecuadas, pero cuando se refiere a ustedes… —dijo llena de nervios.

—No tiene nada que decir, ya me ha ayudado bastante, sin su apoyo jamás me hubiera animado, solo deséeme suerte.

—Suerte… mucha suerte, mi cielo y confía en tus sentimientos, no vayas a rendirte si ves que las cosas se ponen difíciles, ella te ama… y si te dio la oportunidad de acercarte es porque desea tenerte en su vida, recuerda eso cuando la tengas frente a ti —pronunció con la mirada brillante y una gran sonrisa, después de eso le dio otro abrazo.

—Se le agradece al señor pasajero, Alessandro Bonanzierri, darse prisa pues el vuelo a Los Ángeles no se puede retrasar, no esperaremos toda la vida por usted… Madre ya déjelo ir.

La voz de Lisandro retumbó en el lugar, provocando las risas de su familia y del personal de la aerolínea que ya estaba junto a él, pues pasarían juntos los controles para evitar las largas filas en migración; aunque igual a Alessandro siempre le daban prioridad, era una política de todos los

aeropuertos con los famosos, para evitar los tumultos que podían hacer los fanáticos. Él se sonrojó levemente y juró que lo golpearía en cuanto pusiera un pie en América; se acercó a su madre una vez más y le dio un beso en la mejilla, después abrazó a su padre y por último posó su mirada en Paula, suspiró y caminó hacia el grupo.

—Vamos, pareces un niño en su primer día de colegio —dijo Lisandro, notando que ciertamente, parecía nervioso—. Llegarás sano y salvo a Los Ángeles, y estoy seguro de que cuando regresemos tendré que llamarte Franco Donatti —murmuró para no alertar a nadie.

Sabía que los productores eran muy celosos con sus proyectos y más los americanos; además, Alessandro también odiaba que la gente se enterara de sus participaciones antes que estuvieran confirmadas de manera oficial. Su hermano dejó ver una sonrisa de medio lado y asintió, mostrándose más seguro y eso le gustó, era la actitud que debía tener. Después de diez minutos, ya estaban en el avión.

—¿Listo para conquistar Hollywood? —preguntó Lucca con una sonrisa cuando Alessandro se acomodó en su asiento.

—Por supuesto, completamente listo —le dijo con seguridad.

«Estoy listo para reconquistar a Samantha, quiero decirle lo que siento y demostrarle que estoy dispuesto a todo por tenerla de nuevo a mi lado y esta vez será para siempre.»

Se puso los auriculares y la voz de uno de sus cantantes favoritos y amigo, llenó sus oídos, aunque lo sentía mucho por Tiziano, pero *Sere Nere* no era la canción más adecuada para ese momento. Se había martirizado con esta mientras lloraba por no tener a Samantha; en ese momento necesitaba algo distinto, que lo llenara de esperanzas y después de pasar unas tres canciones, encontró una con la que podía identificarse muy bien, una que sin reparos le dedicaría a ella…

Ho passato tanti anni in una gabbia d' oro
Sì, forse bellissimo, ma sempre in gabbia ero
ora dipenderò sempre dalla tua allegria
Che dipenderà sempre solo dalla mia

Che parlerà di te

E parlerà di te…

Una sonrisa afloró en sus labios mientras sentía su corazón llenarse de emoción y esperanza al ser consciente que dentro de poco se encontraría con Samantha. Habían pasado casi cuatro años desde que se separaron y lo que más quería era verse en los hermosos ojos ámbar que lo hechizaron, escuchar su risa, poder abrazarla, sería maravilloso estrecharla entre sus brazos, hacerlo muy fuerte para demostrarle a ella que lo que sentía seguía vivo, que estaba allí latente.

El avión despegó y la sonrisa se esfumó de sus labios, tensó la mandíbula y contuvo la respiración, alejando su mirada de la ventanilla. Solo cuando el tono dorado de la tarde inundo el interior del avión pudo relajarse de nuevo. Lo sorprendió ver un hermoso arcoíris que se formaba en medio de las nubes, la sonrisa apareció de nuevo, así como esa sensación de felicidad que a cada instante se hacía más grande.

Capítulo 6

Chicago, EE. UU - marzo de 2013.

Samantha, Diana y Jaqueline llegaron con bastante tiempo a la terminal de vuelos nacionales del Aeropuerto O'Hare, por lo que luego de entregar sus equipajes, decidieron entrar a una cafetería para tomar algo antes de ir a la sala de embarques. Samantha se compró un café grande, aunque sabía que probablemente no lo bebería completo, porque sentía un nudo en su garganta; sin embargo, lo intentó y recibió con una sonrisa el pastel de chocolate que le ofreció su hermana.

Buscó distraerse para olvidar que dentro de poco vería a Alessandro de nuevo; entró a sus redes sociales y revisó sus correos, pero todo lo que veía estaba relacionado con la película y eso la ponía más ansiosa. Las cerró con un suspiro y agarró un buen trozo del ponqué, suspiró pues estaba delicioso e inevitable esa sensación le trajo el recuerdo de otro pastel que había disfrutado años atrás y también de la manera en la que lo había hecho.

—¡Demonios! —exclamó, alejando la torta como si la odiase.

—¿Qué sucede? ¿Está malo? —preguntó Diana, asombrada.

—No… no, es solo que recordé que me puse a dieta esta semana.

—¡Por Dios, Samantha! Tú eres la única mujer que se pone a dieta cuando se va de viaje —se quejó Diana, mirándola—. Además, ni siquiera sé para qué lo haces si estás espectacular.

—Opino lo mismo que Di… Olvídate de la dieta y disfruta de esa torta de chocolate —comentó Jaqueline con una sonrisa ladina.

Ella conocía tan bien a Samantha, que estaba segura de que no rechazaba el postre porque fuese a engordarla, sino porque le recordó algo y sospechaba saber lo que era. Desde que se enteró que la historia en Rendición era real, se dio a la tarea de releer el libro y tenía muy fresca en su memoria una escena que incluía una torta de chocolate como esa que su amiga se negaba a comer.

—Está bien, pero mejor dame la de zanahoria, me gusta más —dijo cambiando con Diana y escuchó a Jaqueline reír.

Después pensarlo, llegó a la conclusión que no había una razón concreta para que rechazase un encuentro con Alessandro; después de todo, se habían despedido en buenos términos, sino lo habían hecho como amigos, tampoco lo hicieron odiándose. A lo mejor, solo venía siguiendo el consejo que le dio y lo había hecho precisamente en ese proyecto que también era de ella; suspiró y cerró los ojos.

—Si no dejas de darle vueltas a ese hombre en tu cabeza, vas a terminar loca antes de verlo —comentó Jaqueline de manera casual, cuando Diana se alejó para atender una llamada.

—No estoy pensando en él…—contestó, pero la sonrisa de Jaqueline le hizo ver que no le creía—. Bueno sí, he estado pensando bien y concluí que quizás Alessandro no tenga en mente ningún asunto romántico, es probable que solo venga pensando en aprovechar esta oportunidad… Entrar a Hollywood en una producción con la calidad y la expectativa que ha generado Rendición es hacer un debut por la puerta grande, y desde ya se asegura legiones de admiradoras… —al decir eso no pudo evitar fruncir el ceño y sentirse celosa.

—Y también una legión de actrices, porque muchas irán detrás de él… Imagínate, obtiene el papel más cotizado del momento, es toda una novedad en Hollywood, italiano, hermoso, con ese acento tan sensual que tiene, talentoso, soltero… —Estaba resaltando las cualidades de él a propósito para que ella picara el azuelo y lo había hecho, la detuvo mirándola con molestia.

—Soltero no está, así que esas mujeres no la tendrán fácil, por lo poco que he visto, la novia es todo un chicle y se pega a él en cada evento al que lo invitan, siempre buscando dejar en claro que es suyo, algunos medios en Italia la han apodado «La Sombra» —esbozó sin darse cuenta de que se estaba exponiendo delante de su amiga.

—No sabía que estabas tan interesada en la pareja de Alessandro Bonanzierri —dijo disimulando una sonrisa.

—No lo estoy, simplemente… busqué algunas notas sobre él y ella salió a relucir, te dije que la apodan de esa manera porque jamás lo deja.

—Por supuesto, aunque te expresas de ella como si estuvieras celosa —dijo con una sonrisa mientras la miraba a los ojos.

—¡Claro que no! —exclamó y varias personas se volvieron a mirarla sorprendidos. Samantha sintió cómo sus mejillas se encendían, les dedicó una sonrisa pidiéndoles disculpas y continuó modulando su voz a un tono bajo—. No estoy celosa de nadie, no tengo motivos para estarlo… Lo que Alessandro y yo tuvimos fue hace mucho, ambos decidimos seguir con nuestros caminos por separado, realizar nuestras vidas dejando ese tiempo como un recuerdo y nada más… Él ahora está con esa mujer y yo estoy con Dylan —explicó queriendo sonar convincente, pero no miraba a Jaqueline a los ojos.

—Corrijo, estabas con Dylan, porque supongo que después de esa actitud tan inmadura que ha tenido, lo vas a mandar a volar, ¿o me equivoco? —inquirió elevando una ceja y acomodándose en el sillón.

—No lo sé —contestó, frunciendo los labios.

Habían pasado dos días desde su discusión y ella había intentado de varias maneras comunicarse con él; fue hasta su apartamento, lo llamó decenas de veces al móvil, marcó a su oficina, pero hasta el momento no había logrado nada. Sabía que estaba herido, pero mientras él mantuviera esa posición y no le diera la oportunidad para reparar lo que había hecho, no tenía caso que siguiera humillándose.

—Bueno, quizás merezca una oportunidad —mencionó, indicándole con la mirada que viera tras ella.

Samantha lo hizo con disimulo, pero no pudo ocultar su sorpresa cuando su mirada captó a Dylan que entraba en el lugar, se le notaba cabizbajo y su imagen que siempre lucía impecable estaba un tanto desarreglada. La corbata floja, el cabello ligeramente desordenado, la barba de dos días y tenía sombras bajo sus ojos; se podía decir que distanciaba mucho del hombre que habitualmente era.

—Hola —susurró con voz áspera, pero sumisa.

—Hola —lo saludó Samantha, sin un atisbo de reproche.

Después de eso un silencio incómodo se apoderó de ellos. Jaqueline vio que Diana regresaba para saludar a su cuñado, pero era evidente que él no estaba para ser cortés en esos momentos; así que, antes que llegara, ella se puso de pie y agarró su bolso.

—Será mejor que los deje solos, ustedes necesitan hablar, fue grato verte Dylan —mencionó, dedicándole una sonrisa amable.

—Disculpa, Jaqueline, no te saludé… también me agrada verte.

—Descuida, entiendo… Aún falta para que empecemos a abordar, estaré con Di, viendo las

tiendas. Ustedes conversen, nos vemos después —indicó teniendo más control de la situación.

Le dedicó una mirada a Samantha que claramente le dejaba saber que debía estar tranquila y no apresurar las cosas, ni con confesiones, ni mucho menos con compromisos y promesas. En ese momento ella estaba en una cuerda floja, cualquier cosa que dijera podía traerle consecuencias que más adelante tendrían complicaciones. Ella entendió y le respondió con un leve gesto que ambas conocían bien, no en vano tenían años siendo amigas. Después de eso, Jaqueline caminó hasta Diana y prácticamente la arrastró en dirección opuesta.

—Acompáñame a ver las tiendas —le pidió mirándola.

—Espera, déjame saludar a Dylan, dirá que soy una grosera —mencionó intentando regresar.

—No dirá nada, ellos necesitan hablar a solas en este momento —dijo, reteniéndola para después retomar su camino.

Diana se volvió a mirarlos sin ningún disimulo, pero ellos no se percataron de su acción, ciertamente se notaba a leguas que algo les sucedía. Dylan permanecía de pie frente a Samantha, solo mirándola y su hermana no se atrevía a levantarse para abrazarlo como siempre hacía, parecía que un abismo se hubiese abierto entre ambos.

—¿Qué ocurre con ellos? Porque es obvio que les sucede algo, puedo pasar una navaja en medio y cortar el aire de tanta tensión que se percibe, y creo que no he sido la única que lo ha notado —indicó, viendo cómo varias miradas interesadas se habían clavado en los dos.

—Eso es algo que solo les concierne a ellos, Diana… Además, no puedo decirte nada porque es muy poco lo que sé, solo que al parecer tuvieron una discusión, ahora no me preguntes los motivos —respondió para saciar un poco su curiosidad.

Jaqueline sabía que, si no le ofrecía al menos eso, Diana era capaz de plantarse en medio de los dos para enterarse de lo que ocurría, así que consideró prudente darle algo con lo que entretenerse. Ella le había prometido a Samantha mantener su secreto a salvo y así tuviera que enfrentarse al mismísimo FBI, cumpliría su promesa.

—Eso sí que es toda una novedad, creo que es la primera vez que discuten, bueno ya era hora, la relación de Sam y Dylan es tan perfecta que aburre. Yo no hubiera durado ni tres meses con él; es un chico adorable, guapo, inteligente, un caballero de los que quedan pocos, pero definitivamente le falta pasión, le falta impulsividad, todo en él es tan ordenado y predecible —mencionó casi exasperada.

—En eso se parece mucho a Samantha, se podría decir que es su otra mitad —comentó Jaqueline sin mucho énfasis.

—¡Exacto! Precisamente eso es lo que hace que su relación sea tan aburrida, para que dos personas lleguen a compenetrarse de verdad debe existir un mínimo de diversidad, el otro no debe ser tu igual sino tu complemento, que tenga todo aquello que a ti te falta y que tú poseas lo que él no, eso es lo que hace que una mujer se interese de verdad por un hombre. ¿Qué gracia tiene despertarte todas las mañanas junto a alguien de quien conoces todo, de quien no tendrás nada inesperado, sin algo que despierte esa curiosidad femenina que todas poseemos? No sé, que un día te sorprenda invitándote a una aventura como acampar en la base del Himalaya, irse de mochileros a Tailandia o a la selva amazónica —preguntó con esa energía que parecía fluir por todo su cuerpo cada vez que hablaba de esos temas.

—No sabía que fueras experta en relaciones de pareja, bueno experiencia tienes, pero no una que pueda ser ejemplo de estabilidad —acotó con una sonrisa al ver que estuvo a punto de sacarle la lengua, suspiró para continuar—. Pero tienes razón en mucho de lo que has dicho, Samantha se esfuerza todo el tiempo por complacer a los demás y termina actuando como otra persona y no como quien es en realidad; al menos, es lo que siento a veces. Estoy segura de que

hay mucho más dentro de tu hermana, y necesita desesperadamente de un hombre que la libere de esa cárcel donde ella misma se ha mantenido cautiva durante toda su vida… En algo estoy de acuerdo contigo, y es en que Dylan no es ese hombre, por mucho que me pese admitirlo porque de verdad él es una maravilla, pero no es lo que Sam, necesita.

Jaqueline posó la mirada en la pareja, notando con tristeza que parecían dos extraños. Diana también lo hizo y se sintió mal por la situación que estaba atravesando su hermana, lo que más deseaba era verla feliz, ya fuese con alguien junto a ella o no, pero feliz y libre.

∞∞∞∞

Dylan se quedó de pie frente, mientras miraba a Samantha y sentía que las palabras se le habían agolpado todas en la garganta lo estaban ahogando; así como el dolor en el pecho por verla a ella tan lejana, silenciosa, como si entre los dos no hubiese nada que salvar. De pronto la vio tenderle la mano y dedicarle una sonrisa amable mientras lo miraba, él no dudó en tomarla en un suave apretón que le demostraba al mismo tiempo a ella cuánto le urgía tocarla, sentirla suya.

—Siéntate junto a mí, por favor, Dylan —le pidió Samantha, acariciándole los nudillos.

—Quiero que sepas que lo siento, de verdad, yo… me porté como un imbécil, debí darte la oportunidad de hablar, de explicarte… pero me sentía tan dolido. No tengo derecho a reprocharte por tu pasado, sé que siempre has intentado mantenerlo al margen para no crear conflictos entre nosotros y valoro muchísimo tu iniciativa, pero a veces… Necesito que me digas que todo eso es pasado y no vendrá a atormentarnos, que lo has superado, así como yo superé mi pasado con Olivia… ¿Podrías hablarme de ese hombre y asegurarme que ya no sientes nada por él? —preguntó y la urgencia en su voz era casi palpable, así como la tormenta en su mirada hazel.

Samantha no podía hacerlo hasta que no viera a Alessandro, tenía que comprobar teniéndolo en frente que ya no sentía nada por él; mientras tuviera ese lío en su cabeza todo se le hacía demasiado confuso. Cerró los ojos un instante y tomó aire.

—Necesito que me des un poco de tiempo, ya sé que fui quien insistió para hablar contigo y explicarte, pero justo en este momento no tengo cabeza para esta conversación, Dylan. Igual, deseo que quedemos bien, por favor… Estaré de regreso en unos días y te prometo que hablaremos y te contaré todo… —se detuvo, sintiendo sus piernas temblar y un hueco formarse en su estómago.

«¿Cómo le diría a Dylan, que el hombre que aún la perturba y del que se sentía todavía enamorada será probablemente quien interpretaría a Franco Donatti? ¿Cómo haría para hacerle saber que existía la posibilidad de tal vez debería viajar con él por seis meses a Italia y que pasarían días y noches en el mismo lugar donde tiempo atrás se entregaron sin medidas a un placer tan extraordinario y al amor?»

Estaba a punto de gritar llena de frustración, cuando Jaqueline le hizo una seña, mostrándole la hora en su reloj, para que supiera que debían ir hasta la sala de embarque. Dylan también notó el gesto de la representante de su novia, así que se puso de pie y le extendió la mano para ayudarla a levantarse, después la amarró en un abrazo.

—Tranquila, no tienes que hacerlo si no deseas, tu pasado es solo tuyo, solo te pido que seas consciente de que quiero que tu presente también sea mío… Anhelo ser quien esté a tu lado para siempre y no quiero compartirlo con nadie más, porque tú no tendrás que hacerlo, sabes que soy solo tuyo, por favor no lo olvides —le susurró al oído, conteniendo las lágrimas que anegaban sus ojos—. Ahora vamos, se te hace tarde para abordar, te acompaño hasta la puerta de

controles.

Samantha asintió sin mirarlo, sus palabras le habían provocado un dolor agudo en el pecho, tomó su cartera y el bolso donde llevaba la portátil, pues nunca viajaba sin esta. Dylan le dio un suave beso en la mejilla para después hundir el rostro en su cabellera y aspirar su perfume, sintiendo cómo su corazón se encogía lleno de dolor, algo le decía que ella se le escurría entre los dedos.

—Gracias —esbozó ella con la voz más grave de lo habitual.

Las lágrimas se acumulaban en su garganta y estaba luchando por no derramarlas, pero no era fácil pues podía sentir las dudas y la pena que embargaban a Dylan en cada uno de sus gestos. Caminaron hasta la puerta que llevaba a los controles de seguridad, encontrándose a Diana y Jaqueline, quienes ya los esperaban.

—Hola, Dylan —dijo con una sonrisa, abrazándolo.

—Hola, Di, ¿cómo estás? —expuso más formal que la chica.

—Bien, gracias ¿y tú, nos acompañas a L.A? —inquirió con interés, mientras sonreía esperando que su respuesta fuera afirmativa.

Samantha se tensó un poco ante la sola mención de tener a Dylan en Los Ángeles, ya suficiente tenía con Alessandro, como para que también estuviera su actual pareja. Sería un desastre y la premonición de Jaqueline de terminar en un psiquiátrico, de seguro se haría realidad.

—No, lamentablemente esta vez no podré acompañarlas, pero me hubiera gustado, tengo algunos asuntos que atender aquí que me impiden ausentarme, espero que disfruten su estadía y que logren encontrar a los actores perfectos para Rendición —contestó con amabilidad, mirando a Diana y después a Samantha.

—Es una verdadera lástima, pero en otra ocasión será… Bueno, Jackie y yo nos vamos adelantando para que ustedes puedan despedirse, nos vemos —esbozó, dándole otro abrazo y luego se marchó.

Él no deseaba dejarla ir, pero tampoco podía retenerla, la miró a los ojos como buscando algo en ellos, después le dio un abrazo y se separó para que entrara al lugar. Sin embargo, antes de que Samantha diera un par de pasos, la detuvo una vez más, amarrándola en un abrazo y sin previo aviso se apoderó de su boca. El beso estaba cargado de urgencia, de desesperación, tomándole el rostro entre las manos para no dejarla ir, deseando quedarse así por siempre.

Ella sintió cada una de las emociones que lo atormentaban y no pudo negarle ese beso, quería darle consuelo; sus labios se abrieron y dejó que la besara con total libertad, al tiempo que intentaba devolverle tanto como podía, obligándose a hacerlo con la misma devoción.

—Te estaré esperando —expresó al fin, con la respiración agitada, la soltó para que avanzara mientras su mirada la seguía.

Sentía como el suelo bajo sus pies parecía temblar y el espacio se hacía cada vez más pequeño, algo dentro de su pecho que sin importar lo que hiciera, estaba perdiendo a Samantha. Sin embargo, reunió el valor para sonreírle cuando la vio atravesar las puertas de cristal; ella respondió de la misma manera, aunque estaba llorando también.

Luego de pasar los controles, Samantha escapó hasta el baño y se desahogó allí con absoluta libertad, sentía que los sollozos la estaban ahogando y el dolor en su pecho cada vez era más intenso. Trató de calmarse, pues sabía que si su hermana la veía así comenzaría a hacerle preguntas, y en ese momento no deseaba responder a ninguna.

Casi cinco horas después, luces doradas y naranjas envolvían al avión cuando entró al espacio aéreo de la ciudad de las estrellas; a lo lejos se podía apreciar letrero de Hollywood,

mientras la voz incorpórea de la aeromoza anunciaba la bienvenida al aeropuerto de LAX.

Samantha se había tomado unas pastillas para intentar dormir, pero no lo consiguió, aunque el medicamento sí la había dejado un poco aletargada. Veía a través de la ventanilla la larga fila de aviones de diferentes aerolíneas, pero no les prestaba mucha atención; lo único que deseaba era llegar al hotel y descansar, olvidarse por un momento de todo lo que sentía y la torturaba sin piedad.

El adormecimiento le pasó de golpe cuando vio un avión de Alitalia que al parecer acababa de arribar también a la terminal internacional. Todo su cuerpo se tensó y después se convirtió en una masa trémula al ser consciente de que ya no tenía escapatoria; su corazón le gritó que Alessandro estaba a metros de ella, después de tantos años ya nada impediría ese encuentro que les deparaba el destino.

Capítulo 7

Los Ángeles, EE. UU. - marzo de 2013

Samantha sabía que no corría peligro de encontrarse con Alessandro, en la terminal de vuelos nacionales; sin embargo, no podía evitar sentirse exaltada, ni que su cuerpo fuese presa de un ligero temblor. Intentaba hacer respiraciones profundas para calmar sus emociones, mientras contaba mentalmente y caminaba junto a Jaqueline y Diana por el pasillo para recoger su equipaje.

—Señoritas Steinberg, señora Hudson, bienvenidas a la ciudad, mi nombre es Kevin Moore y seré el encargado de trasladarla a donde desee durante su estadía aquí, es un placer conocerlas.

—Encantada, señor Moore —contestó, recibiendo el saludo—. La verdad me sorprende un poco este recibimiento, las otras veces que he venido siempre me he desenvuelto por mi cuenta, ¿a qué se debe este cambio? —inquirió, observando la credencial del hombre.

—El señor Reynolds, ha decidido que a partir de este momento todos sus traslados y gastos estén a cargo de la productora, según nos explicó los trabajos de preproducción empiezan desde hoy mismo. Por favor si son tan amables de acompañarme a su transporte, el chofer me informó que ha conseguido un poco de tráfico, pero no debe tardar —explicó, haciendo un ademán para guiarlas.

—Me parece genial la iniciativa del señor Reynolds; después de todo, una vez que empiezan las audiciones, ya es un hecho que la filmación se llevará a cabo… Pero antes debemos ir hasta la correa para retirar nuestros equipajes —señaló Jaqueline, más dueña del momento.

—Sus equipajes serán retirados por mi compañero, señora Hudson, por favor entréguenme sus tiques de avión y él se encargará de esto, mientras podemos esperar hasta que llegue la furgoneta.

—¡Eso es perfecto! Nos ahorraremos las molestas cintas, ¿el trato hacia mi hermana también me incluye a mí, señor Moore? —preguntó Diana mientras le entregaba una amplia sonrisa al hombre.

—Por supuesto, va dirigido a todo el equipo que acompaña a la señorita Steinberg y usted es parte del equipo.

—Maravilloso, muchas gracias —dijo, extendiéndole su boleto para que retirara sus maletas, mirando al hombre a los ojos—. Disculpe mi curiosidad, pero tengo una pregunta más.

—Usted dirá —indicó para que continuara.

—Cuando dice que la productora cubrirá todos los gastos, ¿a cuáles se refiere? —lo interrogó con picardía.

—¡Di, por favor! —Samantha la reprendió en un susurro.

—Diana Steinberg, no estás actuando de manera profesional, ni cuentes con irte de fiestas a todos los clubes de L.A, a costa del dinero del señor Reynolds —indicó Jaqueline, poniendo mala cara.

—No hablaba de clubes nocturnos, ¿por qué tiene que ser eso lo primero que siempre te viene a la cabeza? —inquirió molesta.

—Será porque tengo muchos años conociéndote y sé exactamente cómo piensas —respondió

de inmediato.

Samantha y el señor Moore, miraban divertidos la escena entre las dos, aunque un poco apenada, ella agradecía esa distracción pues no solo alejaba a Alessandro por el momento de su cabeza, sino que además le daba tiempo para que, si él aún estaba en el aeropuerto, pudiera marcharse y evitar un encuentro. El señor Moore le entregó los boletos del equipaje a otro hombre que también tenía una credencial de la productora, mientras retomaban el hilo de la conversación.

—Para saciar su curiosidad, señorita Steinberg, los gastos no incluyen visitas a clubes nocturnos, a menos que estén dentro del itinerario, tampoco compras en centros comerciales; sin embargo, sus traslados y estadía están cubiertos por la productora —mencionó con una sonrisa.

—Es una lástima, pero al menos espero que el señor Reynolds guste de las fiestas y nos invite a algunas durante esta semana.

Los presentes sonrieron ante la acotación y después salieron hacia donde los esperaba la camioneta que los llevaría al hotel; presenciaron todo el revuelo que causaron dos de los actores de moda que habían llegado también para las audiciones, y aprovecharon eso para pasar desapercibidas, mientras esperaban por su equipaje y el transporte.

∞∞∞

Los hermanos Bonanzierri en compañía de Lucca optaron por trasladarse en un taxi hasta el hotel donde habían reservado, declinando la oferta de hacerlo en la furgoneta que ponía la aerolínea a disposición de la tripulación. Por suerte, no tuvieron que esperar mucho para encontrar uno libre, Alessandro agradeció el gesto de su hermano, ya que después de tantas horas de vuelo estaba realmente agotado.

Habían hecho uno directo que solo duraba diez horas, pero fue poco lo que descansó; porque no dejaba de pensar en Samantha y en que su encuentro cada vez estaba más cerca. Aunque la ansiedad le tenía los nervios alterados, luchaba por estar calmado y no dejarles ver a sus acompañantes lo que sentía; en cuanto se subió al automóvil, suspiró y cerró los ojos, apoyando su cabeza en el espaldar del asiento.

El auto se detuvo ante la terminal de vuelos nacionales debido a los embotellamientos que nunca faltaban, abrió los ojos y alcanzó a ver un par de camionetas GMC Denali negras, alrededor estaban cuatro hombres que lucían como guardaespaldas y parecían aguardar por alguien importante. De pronto, un grupo de personas se conglomeró frente a las puertas de la terminal cortándole la visión, para segundos después escuchar que una especie de histeria colectiva se apoderaba del lugar cuando algunas mujeres comenzaron a gritar los nombres de dos de los actores que eran favoritos para el papel de Franco Donatti.

Alessandro dejó libre un suspiro que mostraba más que cansancio, decepción; finalmente, el taxi avanzó, pero fue trancado por una furgoneta Mercedes Benz negra. Su corazón se sobresaltó al ver que tenía pegado en el vidrio un distintivo que la relacionaba con la productora a la que Samantha le vendió los derechos de su obra; quiso ver más, pero el auto avanzó hacia la entrada de la terminal.

Alessandro tenía el presentimiento de que su preciosa escritora se trasladaría en esa SUV, se volvió rápidamente para mirar por el cristal de atrás y ver donde se estacionaba; cuando lo hizo un hombre bajó para abrirles y otros dos llegaban en compañía de tres mujeres para abordarla. No pudo distinguirlas con claridad, pero su corazón le gritaba que una de ellas era Samantha; en

un acto impulsivo, su mano buscó la manilla de la puerta para abrir, pero estaba cerrada con seguro.

—¿Sucede algo? —preguntó Lisandro con algo de desconcierto.

—No… no, no es nada, solo… pensé que había visto a alguien conocido —contestó cuando logró procesar la pregunta en su cabeza y tuvo las ideas ordenadas para responder.

—¿Y por ello ibas a saltar del taxi estando en marcha? —inquirió de nuevo y esta vez mucho más intrigado.

—No… yo, fue un acto reflejo, pero no iba a saltar no seas exagerado, con el cansancio que tengo lo último que deseo es entablar una conversación más —contestó en un tono de voz que no mostraba mucho interés, pero su corazón seguía latiendo de prisa.

Lisandro asintió, manteniendo su mirada fija en él, escudriñándolo sin la menor de las sutilezas, hasta que Alessandro cerró los ojos ignorándolo por completo y liberó un suspiro que sorprendió a sus acompañantes, después de eso dejó ver una sonrisa que despertó la curiosidad de los dos hombres.

Ambos conocían muy bien su carácter, así que no se plantearon ni siquiera preguntarle a qué se debía su actitud, porque estaban seguros de que no conseguirían una respuesta que los dejara satisfechos. Y después de un vuelo tan largo lo que más deseaban era llegar a descansar y organizar todo para la audición del día siguiente.

—Señor, por favor, llévenos al 900 West Olympic Boulevard —le indicó Lisandro al chofer, luego de verificar la dirección en el comprobante de reservación que le había llegado a su correo.

Después de casi dos horas, debido al tráfico pesado de la ciudad a esa hora, al fin llegaron frente al hotel. Como era de esperarse su llegada pasó completamente desapercibida, aunque a las puertas del lugar estaban un grupo de chicas que de seguro eran fans de los actores que debían estar hospedándose allí.

Algunas hasta eran huéspedes, pues vio en sus muñecas cintas que las identificaban con el logotipo de hotel; en realidad, no deseaba toda esa atención exagerada, pero al menos le hubiera gustado que alguien lo reconociera, pero no fue así y un sentimiento de molestia y duda se apoderó de su pecho. Justo en ese momento comprendía que su competencia sería bastante dura porque era un completo desconocido en ese lugar; sin embargo, en cuanto entró al vestíbulo, las chicas se volvieron hacia él y más de una le dedicó sonrisas coquetas.

Alessandro respondió con esa de medio lado que se le daba tan natural y las saludó con un movimiento de su cabeza, pero para crear un poco más de revuelo, le habló a su hermano en inglés para las que estaban más cerca pudiesen escuchar su acento, consciente que Lisandro le respondería en italiano y él le respondería en su lengua natal. Así fue y el efecto fue el esperado, exclamaciones ahogadas y risas nerviosas se dejaron escuchar a su paso, seguida de murmullos y de inmediato las palabras que deseaba escuchar llegaron hasta sus oídos.

—Creo que ese hombre también es actor, seguramente viene para la audición, es muy guapo —susurró con emoción.

—¿Eso crees?... Pero uno de ellos lleva un uniforme de aerolínea, puede que no… Aunque si lo es, espero que venga por las audiciones, es muy apuesto y tiene los rasgos de Franco. ¿Lo vieron? Sus ojos son azules y el cabello es castaño, su piel tiene ese tono que describe Samantha —mencionó más emocionada.

—Es muy guapo, nunca lo había visto, pero vaya que atrae miradas… Además, es italiano. ¿Lo escucharon hablar? Tiene una voz tan fuerte, sentí mi corazón dar un brinco —esbozó otra riendo.

—Lástima que no sepamos el nombre, sino lo buscamos en Google, algo debemos encontrar

—dijo la primera que habló.

—Déjenmelo a mí, enseguida lo averiguo —indicó la que lo asoció con Franco y se encaminó hacia recepción.

Alessandro había dejado de escuchar la conversación cuando habló la segunda chica, el hecho que lo compararan con Franco Donatti lo había llenado de confianza. Si las fans comenzaban a verlo como el personaje, tendría la mitad del trabajo ganado, eso lo hizo sonreír y suponer que darle el papel a un completo desconocido, no sería rechazado tajantemente como le había anunciado Romina.

—Buenas tardes, señorita, tenemos reservación a nombre de Lisandro Bonanzierri, mi hermano, el señor Alessandro Bonanzierri y otra para su agente, el señor Lucca Puccini —le indicó mirándola a los ojos.

—Por supuesto, me permiten por favor sus identificaciones para hacer el registro —pidió la mujer con una sonrisa amable.

—Claro —dijo, sacando el pasaporte de su bolsillo y entregándoselo a la mujer con una sonrisa de esas que usaba para conquistar.

Alessandro apenas fue consciente de la escena debido al cansancio, pero estuvo a punto de poner los ojos en blanco mientras sacaba el pasaporte del bolsillo de su chaqueta Ralph Laurent azul marino; definitivamente su hermano jamás maduraría ni dejaría de jugar al Casanova. Le entregó su documentación a la mujer quien la recibió con una sonrisa; en ese instante se percató de la presencia de una de las chicas, que conversaban instantes atrás sobre él.

Pensó que era el momento de empezar a correr el rumor de su participación en de las audiciones, al menos entre las fans; por los medios no se preocupaba, mejor si para ellos era un desconocido, harían de las suyas por la novedad. Al parecer la joven ya llevaba varios minutos esperando que le hicieran entrega de un supuesto paquete que vendría de Detroit, pero era evidente que solo buscaba enterarse de algo concreto sobre él, pues no dejaba de mirarlo de soslayo.

Alessandro quiso ponérsela más fácil y cuando la recepcionista le egresó su documentación, la dejó sobre la pieza de mármol mientras fingía buscar algo en su móvil y tecleaba un mensaje de regreso. Recibió la llave electrónica de su habitación y caminó con su hermano y Lucca dejando olvidado su pasaporte, sabía que la chica lo tomaría e iría tras él para devolvérselo pues la recepcionista se había dado la vuelta.

—Señor, disculpe, ha olvidado esto —escuchó, segundos después.

Se volvió para descubrir a la chica que estaba en la recepción, justo como había planeado que sucediera. La miró a los ojos y después posó la mirada en su mano que le ofrecían su pasaporte, le dedicó una amplia sonrisa al tiempo que lo tomaba.

—Muchas gracias, es usted muy amable, que descuido el mío. Es que el viaje fue muy largo y estoy realmente agotado, pero me ha salvado de quedarme aquí varado —mencionó, revisándolo y guardándolo de nuevo.

—No se preocupe, a todos nos pasa, pero por favor no me llame de usted, apenas tengo veinte años, ¿viene de Italia? —inquirió de manera casual, mirándolo con más detenimiento mientras sonreía.

—Sí, acabo de llegar de Roma, encantado, Alessandro Bonanzierri —dijo, extendiéndole la mano con una sonrisa radiante.

—Es un placer, señor Bonanzierri, Katherine Phillips… Disculpé mi curiosidad, pero escuché que viene con su agente, ¿es usted artista o deportista? Me gustaría verlo si tiene planeado presentarse en algún espacio de la ciudad —expuso, queriendo retenerlo un poco más,

pero sabía que el hombre deseaba marcharse, se le notaba cansado.

—Soy actor, pero no tengo planeado hacer algún tipo de presentación, he venido para unas audiciones, solo eso —contestó sin darle mucha información, quería elevar la expectativa y el interés en ella; por supuesto, también en el grupo que la acompañaba.

—¿Viene para la audición de Rendición? —preguntó sin poder ocultar la emoción y su mirada se iluminó.

—Se supone que no debo hablar mucho de ello —respondió, regalándole media sonrisa, pero después se acercó un poco más a ella y en un tono de voz más cómplice continuó—. Pero tú me has hecho un favor, así que supongo que puedo contarte sin que nadie más se entere, ¿no es así? —le dijo, mirándola fijamente.

—Por supuesto, puedes confiar en mí, no se lo diré a nadie… bueno solo a mis amigas si no te molesta —señaló sonriente, mientras a cada minuto que pasaba sentía que ese hombre le atraía más.

—Puedes hacerlo, no hay problema, solo trata de no ventilarlo mucho. He venido a la audición de Rendición; fui el único italiano que decidió postularse para el papel de Franco Donatti, solo para probar suerte, es probable que ni siquiera me consideren, pero igual no se pierde nada con intentarlo —esbozó sin mostrar mucho interés, encogiéndose de hombros ligeramente.

—En lo absoluto y bueno… Yo pensaba en otro actor para representarlo, pero viéndote, creo que tú quedarías muy bien, además tienes el acento y eres italiano al igual que Franco… Una última pregunta, ¿te gusta el vino? ¿Conoces de ellos? —lo interrogó con interés, le agradaba que él fuese tan sencillo y asequible.

—Adoro el vino; en realidad, paso mucho tiempo en los viñedos de la región de La Toscana, que la autora menciona en el libro… Bueno ya debo irme, me están esperando y yo aquí tan entretenido hablando contigo… Fue un placer, Katherine, nos vemos, saluda a tus amigas —se despidió con esa sonrisa que sabía tenía un poder especial.

—Muchas gracias por responder a mis preguntas, eres muy agradable. Espero que nos veamos más adelante y suerte mañana en la audición, me encantaría decir que conocí al actor que será Franco Donatti… Una cosa más, Alessandro, según sé, Samantha tiene la última palabra con relación a los actores, intenta convencerla a ella y seguro tendrás el papel —le sugirió a modo cómplice.

—Gracias, precisamente he venido a convencerla —expresó y para agradecer sus palabras le dio un abrazo, después se marchó.

Ella suspiró cuando lo vio alejarse, ciertamente era el hombre más espectacular que había visto en su vida, su mirada parecía hechizar y su voz era tan masculina, fuerte, sensual, ya empezaba a considerarlo como su favorito para ser el protagonista de la película. No era que sus gustos cambiaran como la dirección del viento, era solo que debía ser sincera y objetiva, ese hombre tenía todo para llevarse el papel, solo hacía falta verlo actuando a ver qué tan bueno era.

Casi corrió a donde su grupo de amigas la esperaban, les contó con detalles la conversación que mantuvo con el italiano, incluso le agregó algunos más que por supuesto la beneficiaran. Muchas se sorprendieron al saber que él había viajado desde Italia solo para estar en la audición; eso despertó aún más su interés y de inmediato se dispusieron a navegar por la web para conocer más sobre el actor, después de unos minutos viendo sus videos, sus fotografías y su carrera, terminaron por asegurar que era perfecto para el papel.

—¡Hasta que al fin! —Lisandro estaba a punto de ir a buscarlo y traerlo a rastras, pero afortunadamente se apareció antes que lo hiciese, mostrando una sonrisa que Lucca y él conocían

muy bien—. ¿Se puede saber qué tanto hablabas con esa chica? Si querías invitarla a salir con unas cuantas palabras tenías para conseguirlo.

—No era ese mi objetivo. Deseaba que el rumor de mi postulación para el papel de Franco Donatti empezara a correr y lo he conseguido, ya sabes lo bien que se me da aquello de poner a volar chismes en torno a mí —respondió sin mucho énfasis.

—¿Qué le dijiste? —preguntó Lucca, interesado.

—Lo que quería que supiese para dar desde ya la pelea, ya ves cómo llegaron aquellos dos fanfarrones creyendo que tienen el papel ganado… Pero se llevarán una sorpresa, yo vine por ese papel, así que me aseguraré de tenerlo y esas chicas me ayudarán, ya lo verás —respondió mientras sonreía.

—Sí, genio, mejor vayámonos que estoy que me duermo aquí mismo… Por cierto, ¿cómo hiciste para que ella te siguiera y todo pareciera tan casual? —le cuestionó Lisandro con curiosidad.

—Hermano, creo que olvidas que soy actor, solo un evento que a cualquiera le puede pasar, como; por ejemplo, dejar el pasaporte olvidado cerca de la mujer cuya atención deseas captar… es un viejo truco, Lisandro, no puedo creer que no lo conozcas —se mofó de él que se creía un experto en mujeres.

—¡Por supuesto que lo conozco! Ni que fuese un adolescente inexperto, para tu información tengo mucho más camino que tú, jovencito —se defendió, elevando la barbilla con altivez.

—Eso lo dudo —esbozó apenas, Alessandro, mostrándole media sonrisa y la picardía brillaba en su mirada.

—No entraré en una competencia de este estilo contigo; sobre todo, porque sé que ganaré, pero no quiero herir tu ego porque justo en este momento debes tenerlo muy en alto para representar al experto en vinos… Pero deja de hacer trampas robándote las fans de otros actores, eso es ser un desgraciado —indicó, frunciendo el ceño.

—En la guerra y en el amor todo se vale, es así como dicen muchos, bueno considera esto como tal… Y solo fueron unas pocas, apenas cinco chicas —acotó riendo.

Lisandro murmuró algunas palabras nada amables para su hermano, él soltó una carcajada que retumbó en el ascensor, que afortunadamente estaba ocupado solo por ellos tres. Lucca disfrutaba del humor de los hermanos, para él los chicos eran como sus hijos; sobre todo, disfrutaba del optimismo que se había despertado en Alessandro, lo había visto dudar mucho en las últimas horas, pero al parecer la crisis había pasado.

∞∞∞∞

El transporte donde estaban Samantha y las chicas las llevó hasta la sede principal de The Planet, allí las esperaban las demás personas que estarían presentes en la audición para seleccionar a los actores principales del filme. Tuvieron una merienda que sirvió para ultimar detalles, también para presentarles la selección de los actores y las actrices que habían clasificado y a los que ya se les había notificado de su participación al día siguiente; Samantha apenas les echó un vistazo solo por protocolo y no lo hizo con los masculinos por miedo.

De camino al hotel todo a su alrededor vibraba lleno de vida, el mismo estaba en el epicentro del entretenimiento por decirlo de algún modo, en plena 900 W. Olympic Boulevard, con acceso a los principales puntos de interés de la ciudad. Ella había viajado con mucha frecuencia en los últimos meses a ese lugar, pero nunca se había hospedado en esa zona ya que prefería algo más

tranquilo.

El Staples Center se mostró imponente ante su mirada, luego la concurrida plaza Nokia llena de turistas, que aprovechaban para tomar alguna fotografía que capturara en una imagen el recuerdo de ese momento. Después le siguió el museo del Grammy y decenas de clubes nocturnos, restaurantes y teatros que conformaban el famoso Complejo Live, donde se reunía lo más selecto de Los Ángeles.

Diana se sintió en el paraíso; por supuesto, al igual que Jaqueline quien estaba sorprendida por la generosidad del señor Reynolds. Samantha también estaba un poco asombrada por todo eso, esperaba algo más sencillo como en sus visitas anteriores; sin embargo, lo único que deseaba era subir para estar en la paz, la seguridad y la soledad de su habitación e intentar descansar aún a sabiendas que sería imposible.

∞∞∞∞

La noche había caído y tanto Alessandro como Samantha intentaron distraerse cada uno por su lado, pero no lograron sacar de sus cabezas los recuerdos de su tiempo en La Toscana, ni de sus pechos esa mezcla de sensaciones que los colmaban y que a cada segundo aumentaba. La expectativa y la ansiedad por lo que sucedería al día siguiente los mantuvo dando vueltas en la cama y mirando el techo, intentando imaginar cómo sería su encuentro.

Ni siquiera el cansancio en el caso de Alessandro, logró alejarlo del todo de su realidad; cuando finalmente lo hizo, sus sueños fueron ocupados por Samantha, su corazón le decía que la mujer que amaba y a la que había ido a buscar, ya estaba en esa ciudad.

Se habían resignado ante su imposibilidad para conciliar el sueño después que ambos despertaron a media madrugada; el sol los encontró con sus miradas clavadas en algún punto lejano de la ciudad en el caso de Samantha o en el techo de su habitación en el de Alessandro. Sintiendo los latidos de sus corazones tan rápidos como pesados, que les anunciaban que el reencuentro al que tanto les habían temido y anhelado con la misma intensidad, al fin se daría.

Capítulo 8

Se había parado ante el espejo al menos unas diez veces, lanzaba una chaqueta y se ponía otra, cambiaba su blusa, sus zapatos, sus accesorios, nada parecía satisfacerla y comenzaba a frustrarse. Inconscientemente, quería era evitar el encuentro que tendría lugar ese día, sus sentimientos eran una marejada que la llevaban de un estado a otro. Tenía miedo de que Alessandro se le acercase y mostrarse algún tipo de interés romántico de nuevo, pues algo había cambiado desde la confesión que él hiciera en aquella entrevista y la suya a través del libro, se habían expuesto por completo, como no lo hicieron en Toscana.

Sintió ese nudo que se iba formando en su estómago y cada vez se hacía más insoportable, incluso había llegado a sentir náuseas ante tanta tensión. Se miró una vez más en el espejo y el reflejo que le mostró no era el mismo de hace dos días en Chicago. El maquillaje había hecho milagros al ocultar las ojeras que tenía esa mañana, incluso lucía más delgada, pero era que no le provocaba nada, si seguía así y no se controlaba terminaría enfermándose; cerró los ojos y negó resistiéndose a continuar pensando en Alessandro.

Caminó hasta la consola donde había dejado su iPod la noche anterior, buscando distraerse y esperar que el sueño llegase hasta ella, pero no lo consiguió del todo y quizás por ello se sentía agotada no solo emocional sino también físicamente. Pasó su dedo por la pantalla táctil y sin hacer una selección especial lo puso en orden aleatorio, la voz de Alicia Keys inundó el lugar.

I keep on fallin' in and out of love with you
Sometimes I love you
Sometimes you make me blue
Sometimes I feel good
At times I feel used
Loving you darling
Makes me so confused.

Samanta liberó un grito cargado de frustración y quiso salir corriendo, siempre que buscaba alejarse de Alessandro todo parecía empeñarse en acercarla a él, en mantenerlo arraigado a su mente, ciertamente ya no soportaba esa situación, con un movimiento calló la voz de una de sus cantantes favoritas y prefirió el silencio a tener que toparse a cada diez minutos con una canción que le recordase a su examante. Caminó hasta el armario de nuevo y esta vez sin esmerarse mucho escogió lo primero que encontró.

Liberó un suspiro, comprobando su atuendo una vez más, el mismo era clásico; una blusa sin mangas en color blanco con un escote que no era muy revelador lo que le pareció adecuado. Un pantalón también blanco que marcaba perfectamente sus piernas y su trasero, pero como llevaría chaqueta y estaría sentada todo el tiempo, eso no le importó mucho; sus zapatos eran altos para darle un toque elegante.

Dejó su cabello suelto, sabía que Alessandro probablemente tardaría en reconocerla porque lo llevaba diferente, se lo había aclarado un par de tonos y también lo había cortado, aunque quizás ya la había visto con su estilo actual, así como ella a él. La verdad debía reconocer que

lucía tan guapo como siempre, un poco más maduro, interesante y enigmático; además, esa barba recortada a la perfección que la hacía temblar al solo recordar lo maravillosa que se sentía cuando rozaba el interior de sus piernas o sus senos cada vez que dormía sobre ellos.

—Samantha, por favor, ya contrólate, se supone que estabas clara en cómo llevarías este encuentro con Alessandro, todo debe ser profesional y dentro de una relación cordial pero distante, ustedes quedaron como amigos, recuérdalo, no existe motivo alguno para que te sientas como una quinceañera en su primera cita…

Llamaron a la puerta y el golpe la hizo sobresaltarse, los nervios se dispararon dentro de su cuerpo y su corazón empezó a latir de manera desesperada, cerró los ojos y respiró hondo para calmarse. Escuchó el segundo toque, por lo que se dirigió hasta la entrada, cuando abrió era su hermana que llegaba con su equipo en mano y vistiendo casual.

—¡Vaya cuanta elegancia! Sam, viéndote ahora siento como si yo llevase una facha espantosa —dijo entrando a la habitación.

—Te ves bien como siempre, Di, gracias por el cumplido, pero solo llevo la ropa adecuada a la ocasión. Ya verás que en cuanto Jaqueline entre por esa puerta nos deja a las dos como indigentes —mencionó con una sonrisa mientras la invitaba al pequeño salón.

—Si no ha llegado aún es porque debe estar arreglándose hasta más no poder como siempre. Igual pierde su tiempo porque la dueña de todas las miradas hoy serás tú; de verdad, hermanita siento hasta envidia de cuántos galanes tendrás a tus pies —esbozó con la mirada brillante y una sonrisa—. Nada más imaginarlo me lleno de emoción, ayer dejaste la carpeta con las fichas de los candidatos en el auto y le eché un vistazo, aquí la traigo, por cierto, creo que debes verlos una vez más para cuando llegue el momento no estés tan perdida.

—Gracias, Di… debo confesar que estoy un poco nerviosa —mencionó mientras su mirada se anclaba en la carpeta.

—No tienes motivos para estarlo, todo saldrá bien, contigo al frente de este proyecto estoy segura de que será un éxito y más si el elegido es uno de esos galanes. Todos están muy guapos, claro existen sus excepciones al menos para mí, algunos no son mi tipo y adivina qué, hasta tienes a un italiano…Creo que eso es maravilloso…

—Lo sé… es decir, Jaqueline y yo hablamos de él, es muy talentoso y para todos ha sido una sorpresa contar con su presencia, tendremos que verlo hoy en las audiciones para saber qué tal le calza el personaje —acotó intentando parecer casual y le esquivó la mirada.

—Yo me conformaré con verlo y tomarle algunas fotos, de verdad es muy guapo, incluso diría que el más hermoso de todos los que se presentarán, definitivamente si algún día llego a sentar cabeza será junto a un italiano —esbozó con tono soñador.

—No exageres —la reprendió sintiendo una extraña punzada ante sus palabras, después suspiró para controlarse—. Tampoco es que sea el más apuesto… es decir, sí tiene todo ese porte europeo tan seductor y galante, su mirada es… es cautivadora al igual que su sonrisa, pero… —se detuvo al caer en cuenta que se estaba poniendo en evidencia, procuró tener más cuidado y pensó en decir algo casual—. Créeme en Italia hay muchos como él.

—Eso lo debes saber tú que viviste durante tantos meses allá, pero alguien que apenas ha visitado Roma durante una escala de avión como yo, necesita de algo más para asegurarlo. Una de las cosas que más me emociona de todo esto es el festín de italianos que me daré —esbozó con total ligereza y una sonrisa que iluminaba sus ojos grises, su hermana la miró asombrada—. La verdad, Sam, a veces me pregunto, ¿por qué te quedaste tanto tiempo en ese lugar? O, mejor dicho, ¿con quién te quedaste? —inquirió con picardía, mirándola.

Samantha abrió y cerró la boca intentando dar una respuesta, pero no logró esbozarla, eso la

hizo ponerse nerviosa y sin poder evitarlo la carpeta en sus manos escapó y fue a parar al piso; mostrando casualmente la ficha de Alessandro, y desde la fotografía él la miraba como diciéndole que, aunque tratase de evitarlo, la verdad saldría a la luz, ella se puso de cuclillas con rapidez y la tomó cerrándola.

Sabía que Diana no dejaría de lado el interrogatorio y se devanaba los sesos buscando una respuesta que la dejase satisfecha, un toque en la puerta se presentó como su salvación, cerró los ojos y dejó libre un suspiro, dándole gracias a Dios por esa intervención.

Diana se puso de pie para ir a atender a quien llamaba, por la hora debía ser el señor Moore que venía a recogerlas o Jaqueline que al fin había quedado conforme con su imagen y se dignaba a llegar para preparar todo junto a su hermana.

—Perdonen la tardanza, pero este cabello amaneció insoportable el día de hoy… —dijo, entrando a la habitación.

—Bueno, tampoco fue que lograste dominarlo mucho.

—Gracias, Diana, tan agradable como siempre, pero la verdad no me importa nada lo que opines, antes de ello deberías verte en el espejo, tu cabello luce tan insulso, liso y sin forma —contraatacó.

—Diana, Jaqueline, por favor, no vayan a empezar, parecen un par de niñas ¿cuándo dejarán de competir de esta manera? ¿Acaso no ven que su actitud solo las deja en vergüenza a ambas? Yo estoy acostumbrada a este tipo de situaciones y puedo tolerarlas, pero las personas con las que estamos trabajando no, así que, si quieren ser tomadas en serio, deberán empezar a actuar como mujeres adultas —las regañó, pues era lo que se merecían.

Después de unos minutos se presentó Kevin Moore para llevarlas hasta la sede de The Planet, ya todo estaba listo para la audición y según le habían informado, varios de los actores ya estaban en el lugar; sobre todo, los menos reconocidos, por supuesto las grandes estrellas se harían esperar para llegar en el momento justo y demostrar que podían cumplir con las exigencias del equipo y obtener los protagónicos.

∞∞∞∞

Alessandro se había visto en el espejo, al menos, una docena de veces y ya empezaba a cansar a Lisandro, se había vestido elegante, pero pensó que estaba exagerando y que enviaría el mensaje equivocado, después optó por algo completamente informal, pero también llegó a la conclusión que con esa ropa no captaría la atención de la producción, así que finalmente se decidió por irse con algo más de su estilo, casual y elegante, un conjunto que sencillamente lo hiciese sentirse cómodo.

Un jean gris plomo que mostraba sus largas y ejercitadas piernas; una camiseta blanca de algodón con cuello redondo, que dejaba ver su clavícula y algunos vellos de los que adornaban su pecho. Una cazadora de cuero negra y las botas media caña que casi siempre usaba; mirándose en el espejo, sonrió satisfecho con el resultado.

—¿Será que el señorito ha terminado? —inquirió Lisandro que se estaba tendido en la cama mientras leía una revista de turismo y lo miraba de vez en cuando con exasperación—. Te cambias de nuevo y te juro que llegarás a la audición en ambulancia porque te aventaré por la ventana.

—Ya estoy listo… No entiendo cuál es tu prisa, las audiciones serán todo el día, además, ¿por qué tanto interés? ¿No me digas que tú también te apuntaste para competir por el papel de

Franco Donatti?

—¡Estás loco! Yo me siento bien con mi trabajo, nunca me subiría a esa montaña rusa, así que no, gracias. Aquí el único que ha perdido la cabeza eres tú… Y solo digo que debes ser puntual. Lucca sugirió que sería bueno que te fueras dando a conocer con el equipo de producción, que eso te puede beneficiar —le recordó, mirándolo.

—No voy a ir a esperar durante horas como hacen los novatos, fui convocado… —Lisandro abrió la boca para interrumpirlo, pero no dejó que lo hiciera—. Ya sé, igual que todos ellos, pero la diferencia está en que yo les mostraré calidad y los otros no. Dejaré que vayan descartando y me presentaré junto a los grandes, aunque sea en Italia tengo más trayectoria que muchos de los que estarán allí y la haré valer, debo dejarles claro que están tratando con un actor profesional.

—Me gusta escucharte hablar así. Bueno si no vas a ir desde ya a las audiciones, ¿qué hacemos? Seguramente, Lucca debe estar en la recepción esperándonos; además, tanto arreglo para sentarte aquí hasta que creas conveniente es un desperdicio, mejor bajemos al lobby quizás veamos a algunas de tus nuevas admiradoras.

—Si quieres háganlo ustedes, me quedaré aquí para repasar algunas posibles escenas que utilicen los productores en las audiciones o quizás busque información sobre las candidatas al papel de Priscila, ya he visto a la mayoría, pero quiero enfocarme un poco más en ellas —respondió mirando una vez más la hora en su reloj de pulsera.

—Como quieras, bueno igual si me las veo les daré saludos de tu parte, voy a la piscina a tomar algo, estar encerrado no es lo mío, arrastraré a Lucca conmigo si no te importa —dijo, levantándose.

—No hay problema, intenta distraerlo que últimamente lo he visto muy tenso. —Se acercó al escritorio donde estaba su portátil.

—¿Será que él también se apuntó para las audiciones? —preguntó con diversión, vio a Alessandro negar y sonreír—. Cualquier cosa llamas a recepción para que te comuniquen con nosotros o bajas a buscarnos. Deléitate con todas esas bellezas que están compitiendo para ser Priscila, mira qué belleza de mujer esa Kim Dawson. Hombre qué trabajo tan duro el tuyo, si al menos yo hubiese tenido la mitad de tu talento.

Alessandro soltó una carcajada ante el dramatismo de su hermano. Lisandro estuvo a punto de vengarse desordenándole el cabello, pero sabía que no era momento para esos juegos; él debía presentarse impecable ante los americanos y mostrarles de qué madera estaba hecho, salió del lugar dejándolo concentrado.

∞∞∞

Samantha llegó hasta el edificio de la productora, uno de los salones había sido acondicionado para ver el desenvolvimiento de los actores, una de las escenas seleccionada para las pruebas era la de cuando se conocieron. Ella había cambiado el escenario y algunas cosas, pero lo acontecido era igual; la otra sería una de esas tantas veces cuando más que amantes y amigos, eran cómplices. Los productores deseaban tocar la escena de la discusión que dio lugar a su separación, pero de manera sutil se aseguró que eso no ocurriese, no quería revivir aquello y menos en manos del mismo Alessandro; sería muy incómodo.

Se enfocó en ofrecerles una más dinámica, con más acciones que diálogos porque sabía que a Thomas y a Marcus les gustaba ver el desempeño de los actores en ese ámbito. Cualquiera podía

pararse ante ellos y decir las líneas, pero muy pocos lograban dominar el espacio de manera adecuada; ese era el punto que la producción deseaba tocar y Samantha les dio justo lo que querían.

Cuando dieron el primer receso, estuvo a punto de salir y buscarlo entre las filas para terminar con esa espera que la estaba torturando, podía pedirle a Jaqueline que lo llevase a uno de los salones que no estaban en uso, y que el encuentro se diese primero en privado para evitar que sus emociones los dejaran en evidencia delante de los demás. Estaba segura de que estando solos podía tratarlo como un amigo.

¡Alessandro, que alegría verte! ¿Cómo has estado? Cuéntame de tus cosas, tu familia, ¡Vaya sorpresa tenerte de candidato para Franco! Esperaba a cualquiera excepto a ti; por cierto, que linda tu novia.

Al llegar a ese punto se detuvo, suspiró y negó; podía intentar parecer casual y comportarse con él como si solo hubiese significado una etapa que fue maravillosa en su vida y nada más. Sin embargo, de allí a mentirle tan descaradamente, sería exigirse demasiado y ni siquiera por resguardar su estabilidad emocional lograría hacerlo. Su idea de recurrir a Jaqueline había pasado a segundo plano, prefirió ir ella quien lo buscase, pero se detuvo antes de cometer semejante locura. Vio su mano aferrada a la barra de la puerta y un extraño temor le recorrió el cuerpo, soltó la manilla como si la hubiera quemado.

—¿En qué estás pensando, Samantha? Tú no puedes tener ningún acercamiento con los actores, mucho menos el día de la audición. Alessandro, te está robando además de la tranquilidad… La razón —susurró negando y se frotó sus manos para aligerar la tensión que sentía, reprendió sus impulsos y se dirigió de nuevo al salón.

∞∞∞

Alessandro llegó hasta el lugar y ya no quedaban novatos, todos eran profesionales, los reconoció porque había investigado a cada uno; eran siete contándose él. Las audiciones continuaban, así que era un hecho que vería a Samantha ese día, para ser más precisos en unos cuantos minutos y esa sola certeza hacía que su corazón latiese emocionado. Procuró mantenerse relajado y se sentó junto a Lucca, en el lugar que le asignó la mujer que los organizó, pero al cabo de unos minutos se puso de pie y buscó distraerse con las fotografías colgadas en la pared.

Las mismas eran de grandes estrellas del cine junto a los dueños de la productora, iban desde blanco y negro, mostrando a los actores y actrices de la época dorada de Hollywood, hasta las de colores brillantes con profesionales más recientes, también había músicos y bailarines, le emocionó ver a Rodolfo Valentino y a Marcello Mastroianni, dos de sus grandes inspiraciones. El sonido de la puerta al abrirse captó su atención, se volvió sintiendo su corazón latir frenéticamente.

∞∞∞

Nuevamente le hicieron entrega de un lote de fichas, esa sería la tercera tanda, donde probablemente estaban los actores con más trayectoria, ya los conocía así que no se molestó en revisarlas; incluso refrenó sus deseos de ver si entre ellos estaba él, quizás no había viajado, a lo

mejor se arrepintió a último momento, o solo había hecho todo eso para retarla como siempre hacía, ver qué tan dispuesta estaba. Pensaba mientras dibujaba un círculo perfecto en la última hoja de su libreta y repasaba la línea una y otra vez, ese tipo de cosas la relajaban.

Sintió a Jaqueline pasar tras ella y sentarse a su lado, al tiempo que tomaba sus fichas y las ordenaba, en ese instante la voz que anunciaba a los actores se dejó escuchar llenando una vez más el salón, ni siquiera alzó la vista para ver quién entraba, estaba tan distraída y tensa que hasta sus modales más básicos se habían esfumado, solo dejó libre un suspiro a la espera del nombre.

—El señor Alessandro Bonanzierri…

Capítulo 9

La fuerza de la sensación que cubrió a Samantha fue tan poderosa que la paralizó y no pudo elevar su mirada para verlo, aunque lo deseaba con todas sus fuerzas; una serie de imágenes de aquellos días que pasaron juntos en La Toscana, desfilaron por su cabeza con tal claridad que era como estar allí de nuevo. Le estaba costando respirar y sabía que era por el nudo de lágrimas que se había formado en su garganta; cerró los ojos e intentó concentrarse, pero el latido de su corazón parecía un zumbido y apenas podía controlar el temblor que la recorría, pues era consciente de la intensa mirada de Alessandro sobre ella.

—Respira… Y toma un poco de agua, Samantha —dijo en voz baja Jaqueline, mientras le acercaba un vaso.

—Gracias —susurró y lo tomó, pero de inmediato lo dejó pues temía que su mano trémula no pudiera soportarlo.

—No hay de qué, ahora intenta calmarte, sé que puedes hacerlo —mencionó para darle ánimos, pero su voz sonaba distinta.

Alessandro tuvo que recurrir a toda su fortaleza para controlar sus emociones y que sus pasos fueran firmes; debía esconder el temblor que se adueñó de sus piernas en cuanto le anunciaron que sería el próximo. Entró al salón y su mirada de inmediato buscó a Samantha entre los presentes, la encontró en un extremo de la gran mesa.

Su corazón se desbocó en cuanto su mirada se posó en ella y no pudo evitar sonreír. Aunque su imagen no era como la recordaba, pues se había hecho algunos cambios; seguía conservando esa belleza que lo cautivó, ver cómo sus labios temblaban, despertó el deseo de querer llegar hasta ella para abrazarla y besarla hasta que no pudiera más.

—Bienvenido, señor Bonanzierri.

La voz de una mujer con cabello corto y de un negro azabache, que lo miraba con atención, lo sacó de golpe de su ensoñación, se concentró en ella y la miró a los ojos, aclarándose un poco la garganta.

—Muchas gracias, es un placer estar aquí —respondió en un tono de voz que odió pues le salió demasiado flojo, no nítido y fuerte como esperaba, tenía que dejarles una buena impresión.

—Suponemos que es así ya que ha decidido trasladarse desde tan lejos para asistir —indicó Thomas, percibiendo que el italiano estaba algo distraído, se acomodó los anteojos y siguió—. Señor Bonanzierri, como ya debe saber ha sido usted el único italiano en postularse para el papel de Franco Donatti, ¿me podría decir por favor qué lo motivó a ello? —lo interrogó, mirándolo fijamente.

Samantha escuchaba las voces y todas le parecían tan lejanas que apenas las entendía, ni siquiera pudo distinguir la de Alessandro, si era que él ya había hablado, se sentía envuelta en una burbuja que la alejaba de todo a su alrededor. Era como estar en un sueño, denso e irreal, pero la voz de Thomas consiguió traspasar y llegar hasta sus oídos, le hizo una pregunta a Alessandro que no le formuló a los demás y era precisamente esa que la atormentaba desde que se enteró de sus intenciones de presentar en la audición, el pánico la cubrió pues no sabía si estaba preparada para escuchar la respuesta.

—Para responder a su pregunta, creo que solo bastaría con decirle, que mi principal motivo

para venir y hacer las audiciones es que admiro mucho el trabajo de la señorita Steinberg, incluso podía declararme su fanático… —dijo y no pudo evitar desviar la mirada hacia ella, pero luego se obligó a posarla en el director de nuevo—. Al igual que a muchos, el salto de género me sorprendió, aunque gratamente cabe acotar; creo que el papel de Franco Donatti debe ser llevado por alguien que tenga pleno conocimiento de la obra, de las costumbres y las formas que en ella se manejan.

El equipo evaluaba no solo las palabras sino también la actitud del actor italiano, no deseaban solo dejarse llevar por su aspecto físico; que obviamente, calzaba a la perfección con la del personaje descrito en Rendición, pues actores apuestos habían visto varios.

—Es obvio que un buen actor con el suficiente interés y entrega podría realizarlo sin ningún problema, si se compromete a investigar y crear el personaje de tal forma que sea fiel al libro, sin importar que sea o no italiano, pero considero que nuestro carácter es algo innato y es muy difícil de simular por mucho que se lo estudie —explicó mostrándose calmado, al menos eso aparentaba.

Alessandro se sentía más asustado que en sus primeras audiciones cuando apenas era un chico, su corazón latía tan rápido que le dolía, pero nada de eso tenía que ver con su interés por tener el protagónico, sino con Samantha. Ella lucía tan hermosa que sus recuerdos no le habían hecho justicia, ninguno se podía comparar con verla frente a él una vez más, aunque no había levantado la mirada para verlo hasta el momento y se notaba lejana, tanto que ni siquiera parecía estar escuchándolo, era como si no lo conociese o al menos lo recordase, eso lo hizo sentir confundido e incluso dolido.

—Tiene usted mucha razón; sin embargo, el origen de un actor no debe limitar su desempeño en algún papel, como acaba de mencionar un buen actor y comprometido con su trabajo, bien puede interpretar al personaje que desee… Es un ejemplo de ello, según leímos en su ficha, ha representado a un español, un alemán e incluso a un argentino, su hoja de vida es; podríamos decir, una de las más completas que tenemos hoy, pero eso no nos asegura que pueda cargar sobre sus hombros con el personaje de Franco Donatti, ni siquiera por el hecho de ser italiano, el talento no depende de una nacionalidad, señor Bonanzierri —mencionó Thomas, mirándolo fijamente, había sentido algo de prepotencia en el tono de voz del italiano.

—Soy perfectamente consciente de ello, como dice yo soy una muestra al interpretar personajes cuya nacionalidad no poseo, pero le aseguro que no fue nada sencillo y que quizás a un alemán, un español o un argentino le hubiese calzado mejor. Y no estoy aquí solo por ser italiano al igual que el personaje de la historia, también tengo el talento para cargar con él y si no tienen ningún inconveniente estoy dispuesto a demostrárselos —indicó con tono seguro y semblante serio.

Sentía dentro de su pecho una mezcla de rabia y dolor, había viajado hasta ahí por ella, le había hecho frente a una situación de la que siempre renegó, fue el objeto de burlas de aquellos estúpidos actores que se creían dioses, solo porque habían grabado unas cuantas películas en ese lugar, y para terminar de arruinar su día, el director del proyecto cuestionaba su presencia allí, como queriendo decir que ese no era su lugar, que perdía su tiempo. Aun así, ella se mantenía sin inmutarse, si no podía hablar para no ir contra las órdenes de Whitman, que al menos le dedicase una mirada que lo hiciese sentirse apoyado; a no ser que ella no lo quisiese allí y solo hubiese aceptado por sentirse obligada.

Samantha sentía que el pecho se le hundía en medio del dolor al ver cómo prácticamente el director le estaba cerrando las puertas a Alessandro, solo por ser un actor desconocido para ellos. Estaba sucediendo justo lo que le dijo durante su discusión; Thomas estaba menospreciando su

talento sin siquiera haberlo visto. A los otros les permitió leer algunas líneas antes de hacer una señal a Martha, para que dijera el famoso «Nosotros nos comunicaremos con usted»

Mientras que, a Alessandro, desde el mismo momento que entró al salón le cuestionó el motivo que lo había llevado a presentarse a las audiciones. Sabía que él le había contestado con esa arrogancia que lo caracterizaba, pero nada de lo que hacía era motivo suficiente para que no lo dejase al menos hacer una demostración. En ese momento, elevó la mirada para enfocarla en él, pudo ver su hermoso rostro tenso y la rabia contenida en su mirada, pero había algo más, algo que la hizo sentir culpable y miserable.

—Yo deseo escucharlo… ver su desempeño, él ha viajado hasta aquí para demostrarnos que puede con el papel y yo… quiero darle una oportunidad —susurró con el corazón latiendo muy de prisa.

No miró a ninguno de los presentes, solo podía verlo a él y desear ponerse de pie para llegar a su lado y abrazarlo, justo en ese instante se dio cuenta que lo había extrañado como a nadie más en su vida. La mirada de Alessandro se posó en la suya y todo lo demás desapareció, solo quedó suspendida en el aire esa última frase que en el fondo sabía implicaba mucho más, que había sido casi una sentencia.

—Yo, también, Thomas, la verdad es que me ha causado bastante expectativa desde el mismo momento que recibimos su solicitud para entrar a la audición —agregó Martha, mirando al director.

—Cuenta a tres, conmigo, he visto el material de este chico y la verdad es que tiene mucho talento, habla cinco idiomas… Ninguno de los que han pasado por este lugar lo hace, cuando mucho dos y solo uno de ellos tiene conocimiento básico del italiano, ya sé que la película será grabada en inglés, pero creo que sería interesante mantener algunas frases tal y como Samantha las plantea en el libro; además, tendríamos al público italiano metido en el bolsillo —señaló Patricia, la guionista que trabajaba con Samantha.

—No he pensado negarle la oportunidad de enseñarnos de qué madera está hecho, pero necesitaba dejarle en claro que este papel debe ser tomado con seriedad, no quiero que por pensar que es solo moda termine arruinándolo, deseo que Rendición sea un éxito en todos los aspectos y mi principal objetivo es tener actuaciones de calidad y comprometidas —esbozó Thomas suavizando su tono.

Alessandro sintió que una luz de felicidad se encendía dentro de su pecho cuando vio que Samantha movía los labios, no pudo escuchar lo que dijo, pero por el semblante de los demás, comprendió que lo estaba apoyando. Se sintió aliviado pues empezaba a sentir que había llegado hasta allí para hacer el ridículo; estaba a punto de mandarlo todo al diablo, cuando sus miradas se cruzaron y vio tantos sentimientos en esos ojos miel que lo enamoraron.

Se sintió confundido cuando pudo identificar el miedo, no había llegado hasta allí para perjudicarla de algún modo, él solo quería demostrarle que la amaba y que lucharía por hacerla feliz, que estaba vez estaba dispuesto a quedarse a su lado para siempre. De pronto, la mirada de Samantha se iluminó y aunque no sonreía, había algo especial que lo llenó de esperanzas, supo que sin importar lo que pasase buscaría la forma de hablar con ella, debía hacerlo, lo necesitaba.

—Señor Bonanzierri, si es tan amable de leer por favor lo escrito en la página ciento treinta y siete del guion en sus manos —le pidió mirándolo a los ojos, para que viese que tenía captada su atención.

Martha había leído Rendición unas tres veces y se sabía casi de memoria las características de los personajes, no solo físicas sino también muchos de sus ademanes y en esos escasos minutos que había visto al italiano, descubrió al menos tres en él que tenía el personaje de

Samantha. La seguridad para defender sus ideas, la misma que en ocasiones podía ser confundida con arrogancia, cómo fruncía el ceño y la intensidad de su mirada, por no mencionar ese acento que era tal como había imaginado el de Franco Donatti.

Suspiro, sintiéndose casi como una quinceañera, comprobando que era ciertamente un hombre muy guapo, podía asegurar que incluso el más parecido al personaje de los que habían entrado hasta el momento. Eso le gustaba pues no se llevaba muy bien con aquello de moldear físicamente a un actor para un personaje, le gustaba más que luciesen lo más natural posible, pues eso también influenciaba mucho en el desempeño a la hora de actuar.

Alessandro buscó la página indicada, pero más o menos sabía a qué escena se refería la mujer, había leído el libro varias veces, no para prepararse para la audición sino para revivir su historia con Samantha y para buscar indicios más concretos de lo que ella aún sentía por él. Respiró profundamente para calmar los latidos de su corazón y se concentró en las líneas, solo las leyó una vez y lo demás cobró vida con tanta naturalidad que sorprendió a todos, menos a Samantha.

—«Me encanta que seas una mujer inteligente y que siempre pienses las cosas antes de decirlas, que cuentes con un criterio propio y muy bien formado… —se detuvo posando su mirada en Samantha, sus latidos eran rápidos y su voz tomó un tinte más íntimo—. Pero en ocasiones debemos dejarnos llevar, ser menos dogmáticos, más naturales… decirle a nuestro lado racional que guarde silencio y le permita expresarse al otro… Ese que me mostraste hoy en la colina, te quiero así, libre y alegre, no te pido que no pienses, solo que no lo hagas con tanto ahínco cuando estamos así, cuando te tenga en mis brazos desnuda y hermosa, te quiero sintiendo, no pensando…» —finalizó sintiendo cómo su corazón parecía galopar.

Recordar precisamente ese instante cuando la tuvo entre sus brazos, esa primera entrega que fue maravillosa y tan intensa, lo hizo incluso tener que luchar contra su propia excitación y que Dios se apiadara de él, pues todo su cuerpo pidió a gritos tener a Samantha justamente así, desnuda y hermosa entre sus brazos. No hablaba el personaje sino él, por ello omitió el nombre de la protagonista al final, sabía que eso no representaría un problema pues siguió las líneas sin siquiera mirar el libreto, lo que había dejado a todo el equipo algo asombrado; sin embargo, toda su atención estaba puesta en Samantha.

La respuesta que Samantha le dio en aquella ocasión retumbó en su cabeza, eso la hizo soltar un jadeo apenas perceptible, pero supo que Jaqueline lo escuchó porque la miró de soslayo. Había elevado su vista desde el mismo instante que él comenzó y cada palabra que Alessandro dijo se metió dentro de su cuerpo, recorriendo cada espacio, haciéndola temblar, tocándole el alma y el corazón.

«¿Por qué justo ahora? ¿Por qué has regresado? No tienes derecho, Alessandro, no lo tienes… ¡Oh, por favor no lo hagas! ¡No de nuevo!»

Pensaba, sintiendo cómo las lágrimas colmaban sus ojos, cerró los párpados y bajó el rostro para que él no viese hasta qué grado la había afectado. Respiró profundamente para pasar la molesta sensación que le oprimía el pecho y se enfocó de nuevo en su libreta, fingió hacer una anotación al igual que todos los demás.

El resto del equipo había quedado sorprendido al ver la emotividad y la perfección con la que el italiano había representado lo que le había pedido Martha; la mayoría ni siquiera se había acercado al deseo, la ternura y la exigencia que debía demostrar el personaje, esa era una de las escenas con mayor carga emotiva y de las que Thomas deseaba plasmar conservando la misma esencia del libro. Después de ver su desempeño, tuvo que tragarse sus palabras y aceptar que el hombre tenía razón, no hablaba por hablar, sin siquiera tener el papel parecía haberse

comprometido a ser un perfecto Franco Donatti.

—Señor Bonanzierri, vaya a la página treinta y ocho por favor, al inicio de esta y siga el dialogo como si estuviese frente a la actriz que representara a Priscila y ella dijese sus líneas —le pidió Patricia Jitrik, la guionista que había colaborado con Samantha.

Alessandro asintió y sus manos buscaron con rapidez la página que le indicaba la mujer, cuando se detuvo pudo ver que estaba temblando un poco. Inspiró lentamente para calmarse y actuar como un profesional, su mirada se paseó por los diálogos escritos en la hoja y sin poder evitarlo dejó ver una sonrisa.

—«Dar un paseo como hace usted, disfrutar del paisaje, del aire fresco de la mañana, de la vista… —usó el tono justo que debía emplear, pero no porque lo hubiese planeado sino porque había recordado ese episodio, dejó ver media sonrisa y continuó—. Eso lo dudo señorita, la encuentro a usted mucho más interesante, pero por favor no se interrumpa por mí, continúe… —Alzó la mirada y lo animó ver que Samantha lo veía atentamente y cuando sus miradas se encontraron intentó disimular su sonrisa, pero ya él había captado ese gesto y su corazón latió mucho más rápido, respiró y saltó a su parte de nuevo—. ¿La incomodo, acaso? —esbozó justo como hiciera en aquel momento y miró a las mujeres frente a él, emulando el mismo gesto que usó con Samantha, de las cinco en la mesa todas le sonrieron a excepción de la que él deseaba, pero eso más que desanimarlo hizo todo lo contrario porque en aquella ocasión ella estaba furiosa, posó su mirada de nuevo en el libreto—. No disfruto incomodarla, pero no puedo decir que no lo haga intimidándola. —Fue consciente de una risa nerviosa que se le había escapado a alguna de las mujeres, no dejó que lo distrajera y prosiguió—. Ni el uno, ni el otro… pero… debe admitir que la pongo nerviosa, siempre está tratando de huir de mí, no ha salido de la casa que ocupa desde que llegué y lo hizo esta mañana muy temprano para evitar un encuentro, es demasiado evidente, señorita Hamilton… ahora mi pregunta es, ¿a qué le teme?»

La voz de Alessandro a esas alturas era un susurro ronco y seductor, que se le dio con naturalidad porque solo tuvo que recordar ese episodio, no podía decir siquiera que estuviera actuando y aunque eso lo hizo sentir extraño, no fue para nada incómodo; por el contrario, era novedoso y se sentía bien. Sonrió al recordar lo que sucedió después; ahora le resultaba gracioso, pero en aquel momento lo enfureció.

Samantha no se atrevía a mirarlo, pero podía sentir que él sí estaba completamente enfocado en ella; incluso podía adivinar que debía tener esa sonrisa ladeada que tanto le gustaba en ocasiones y en otras la enfurecía. El reto en su voz era tan claro que se sentía realmente tentada a contestar, aunque sabía que aquello era una locura.

Marcus y Thomas admitían que estaba dándoles una buena demostración; la entonación de su voz, su actitud arrogante y segura eran dos de las principales características del personaje, su don para dominar a una mujer con solo mirarla y hablarle. El hombre parecía tener todo lo que habían estado buscando, por no mencionar lo de su acento que le daba mayor ventaja, aunque el hecho de ser un desconocido en Hollywood podía significar un cuchillo de doble filo, él estaba dejando claro que bien valía la pena arriesgarse.

—Señor Bonanzierri, debo admitir que ha demostrado que este papel no le queda grande, usted nos ha dado una excelente muestra de que puede llevar en buenos términos a Franco Donatti.

Samantha sintió que un temblor se apoderaba de ella y buscó el vaso de agua, pero el líquido apenas tocó sus labios, sentía la garganta cerrada y le estaba costando un mundo respirar. Percibió el toque de Jaqueline en la espalda para tranquilizarla, pero no se volvió a mirarla porque veía a Alessandro, estudiando cada una de sus actitudes.

Él fijó su mirada en Thomas Whitman y asintió, esta vez mostrándose menos altanero, las palabras del hombre habían dejado de lado esa primera impresión que le dio. Sabía cuán estrictos y exigentes podían ser los directores, incluso había llegado a odiar a algunos en Italia, pero debía admitir que justamente a cargo de esos había tenido algunas de sus mejores actuaciones.

—Sin embargo, aún quedan algunos actores a los que debemos evaluar, además de discutir en términos generales su desempeño. Ahora si es tan amable de pasar junto con la señorita Diana Steinberg para que le haga unas fotografías, la señora Wilson se estará comunicando con usted en cuanto tengamos todos los resultados —indicó Thomas, mirándolo por encima de los cristales de sus anteojos.

—Gracias, director Whitman, también a los demás miembros del equipo y a la señorita Steinberg, estaré esperando su llamada, ha sido un placer, con su permiso —esbozó él acercándose a la mesa a su derecha y dejó sobre esta el libreto.

Luchó para no buscar con la mirada de nuevo a Samantha, no quería perjudicarla de algún modo o perjudicarse él, podía arruinarlo todo si descubrían que ellos ya se conocían. Reconoció a la joven, pues Samantha se la había presentado en las fotos que llevaba en su portátil; ella le dedicó una gran sonrisa y él respondió de igual manera, sentía que la conocía por todas las referencias que Samantha le había dado.

—Encantado, señorita, Alessandro Bonanzierri —se presentó.

—Es un placer, señor Bonanzierri, Diana Steinberg… Por favor si es tan amable póngase frente a esta pared y actué de forma natural.

Diana intentó controlar sus latidos que se aceleraron al tenerlo cerca, ese hombre tenía una personalidad imponente y era de esos difíciles de ignorar. Sus ojos de ese azul intenso, lo grave de su voz, su sonrisa y su elegancia; todo en él, era mejor de lo que se imaginaba. Además, le había encantado su seguridad y la manera en cómo le respondió al director, sería una pena que no lo escogieran, aunque para ella ya era su Franco Donatti personal.

—Por supuesto, seguiré sus instrucciones al pie de la letra, por cierto, es usted la hermana de la escritora, ¿no es así? —inquirió él.

—Sí, soy su hermana menor, por favor póngase de perfil —contestó y le dio la indicación.

—Tienen cierto parecido, aunque sus ojos son claros y los de ella no, pero igual de hermosos en ambas —la halagó y ella le dedicó una sonrisa, mientras seguía sacándole fotos.

Él llevó sus manos hasta los bolsillos de su pantalón para darle una pose más casual y después le mostró su otro perfil, sonreía y fruncía el ceño para darles otras expresiones. No era la primera vez que posaba para unas audiciones y Italia o allí, todas eran iguales; ella se tomó su tiempo aprovechando cada ángulo que Alessandro le ofrecía.

—Supongo que ha leído el libro, por lo que me dijo el señor Whitman, tuve un buen desempeño, pero me gustaría tener su opinión; ya que es obvio, que su hermana no puede hacerlo, ni el resto del equipo hasta que no tengan las demostraciones de los demás —susurró, tomando asiento en la silla que ella le señaló.

—Está en lo correcto, se supone que no debemos hablar de ello y en cuanto a si he leído el libro; por supuesto, lo hice tres veces, el personaje de Franco es tan fascinante, los anteriores protagonistas de Sam eran maravillosos, pero este italiano no tiene comparación —esbozó respondiendo con una sonrisa a aquella que él le entregó y se sintió un poco tonta, pero rápidamente se enfocó de nuevo en la conversación—. No en vano la novela ha tenido el éxito que tiene, mi hermana verdaderamente se lució con él, es tan real, complejo, tanto que parece mentira cuando se muestra ante Priscila tan vulnerable y sensible. Yo lo adoré y estaría encantada que quien obtuviese el papel le diese la esencia correcta… Usted; por ejemplo, lo ha

hecho mejor que todos los que han pasado hasta ahora y… ¡Bah! Se suponía que no debía decir nada relacionado, pero es solo mi opinión, me encantó su desempeño, señor Bonanzierri —confesó con una sonrisa.

—Gracias, señorita Steinberg, me encantó conocerla y aunque solo sea su opinión, la valoro muchísimo. Espero no haberle quitado mucho de su tiempo. Por favor, dele saludos a su hermana de mi parte y dígale que estoy muy feliz de su éxito y que espero verla pronto —se despidió extendiéndole la mano mientras sonreía.

Ella la recibió sintiendo que le caía bien porque no se había mostrado vanidoso ni arrogante como algunos de los que habían pasado, tampoco había mostrado un interés desmedido por saber si podía ponerlo en contacto con Samantha o influenciar de algún modo para que le diesen el papel; por el contrario, se mostró bastante relajado.

—Hasta luego, señor Bonanzierri, también espero verlo de nuevo —mencionó con una sonrisa. Después lo vio salir por donde le indicaba la encargada de la organización.

Samantha no podía dejar de mirar al lugar donde Alessandro y Diana estaban, se sentía sumamente nerviosa por lo que él pudiera decirle a ella, y hasta intentó leer sus labios, pero el tiro le salió por la culata porque terminó deseándolos con la misma intensidad de años atrás. Apenas si prestaba atención a la conversación que tenían en la mesa, aunque de lo poco que logró escuchar todos eran halagos y venían de parte de las mujeres; incluso le pareció que Jaqueline mencionaba algo sobre los rasgos perfectos de Alessandro y su semejanza con el personaje, en ese instante la miró sin saber si reprocharle o apoyarla.

Capítulo 10

Después de que Alessandro abandonó el salón, Samantha quedó tan alterada que apenas sí les prestó atención a los demás actores, intentaba concentrarse pues sabía que era una falta de respeto no apreciar sus demostraciones. Sin embargo, el italiano se metía en sus pensamientos, desplazando cualquier actitud que pudiese resaltar en los demás, y le diese la excusa perfecta para decir que alguno lo había hecho mejor.

Era consciente que eso significaría ser deshonesta, porque nadie lo haría mejor que Alessandro, sencillamente porque Franco era realmente él, y a cada minuto crecían sus miedos a lo que pudiera suceder si se quedaba con el papel. Cuando el equipo le preguntó sobre el desempeño de los otros actores, solo atinó a dar su opinión general, no podía puntualizar como hacía antes de ver a Alessandro.

No pudo controlar la ola de halagos que recibió Alessandro y que fueron lideradas por su hermana, por Martha y Patricia, incluso Thomas que era tan exigente estuvo de acuerdo con ellas, al decir que su actitud había sobresalido a la de los otros actores. Al final se seleccionaron los cinco mejores que quedarían a la espera de las actrices que escogerían de las audiciones del día siguiente.

Samantha llegó a su habitación, sintiéndose exhausta, tanto física como emocionalmente, apenas cerró la puerta, se quitó los zapatos, la chaqueta y la dejó en el perchero, lanzó su cartera en uno de los sillones y luego caminó hasta el minibar del salón. Se dobló para buscar una botella de agua, pero su vista fue captada por las versiones en miniatura de todas las botellas de licor, se vio tentada a tomar una, pero negó y apartó su mano de las tentadoras botellas para tomar una de agua.

Se irguió y le dio un gran sorbo, cerró los ojos y nuevamente la imagen de Alessandro desbordando sensualidad se mostró ante ella, haciéndola temblar y su corazón se aceleró, recordando lo mucho que deseó besarlo. Se estaba esforzando en negar lo que sentía, pero sabía que no podía luchar contra eso, él estaba desatando las mismas sensaciones de antes, lo que sentía era deseo en estado puro.

Sintió el mismo miedo de esa mañana, necesitaba aferrarse a algo para no ser arrastrada por la tempestad que él representaba. Dejó la botella de agua a un lado y sin analizarlo se puso de cuclillas; tomó una de las botellas de vodka, la abrió y bebió casi la mitad de un trago, el licor seco y fuerte se esparció por todo su pecho, haciéndola estremecer mientras sus ojos se llenaban de lágrimas y empezó a toser.

—¡Oh, Dios! Había olvidado lo fuerte que era —Su voz se tornó ronca por el efecto del alcohol.

Cerró los ojos una vez más al tiempo que liberaba el aire que salía caliente de su boca, abrió los párpados y buscó la botella de agua tomándola toda, necesitaba que le ayudase a pasar el efecto del vodka. Después de eso se quedó unos minutos viendo a través del gran ventanal la hermosa vista que le mostraba el letrero de Hollywood a lo lejos, mientras era bañado por los últimos rayos del sol de ese día.

∞∞∞

Alessandro sació la curiosidad de Lucca y Lisandro, con respecto a su desempeño en las audiciones y declarando que era probable que lo llamasen para hacer las pruebas con las actrices seleccionadas; luego se excusó alegando que estaba un poco cansado y se retiró a su habitación. En su mente no había cabida para nada más que no fuera Samantha; lucía tan hermosa a como la recordaba, aunque un poco más madura, le quedaba bien el cabello corto y en otro tono, pero sin duda extrañaría esa larga y oscura melena que tantas veces acarició.

La había notado algo distante con él, pero se decía que solo estaba actuando de manera profesional, que no debía mostrar preferencia hacia ningún actor. Sin embargo, durante todo el proceso solo lo miró una vez a los ojos y aunque eso le bastó para sentir que la esperanza crecía en su pecho, no fue suficiente. Había hecho ese viaje por ella, para verla y hablarle, deseaba tener mucho más que una mirada y unas palabras que ni siquiera esbozó en un tono que él pudiese escucharlo.

—¿O acaso estabas pidiendo que me rechazaran? ¿No quieres tenerme cerca y por eso te mostraste tan fría conmigo? De nuevo los miedos y las dudas… Temes que venga a volcar una vez más tu mundo perfecto… Cómo te gusta aferrarte a lo rutinario, pues veremos cuánto me tomará esta vez demostrarte que no estás hecha para eso —dijo con la seguridad de que él podía hacer que saliera de esa coraza de nuevo.

Aunque recordó que no debía presionarla, su madre se lo dijo; que quizás estaría a la defensiva. La mayoría de las mujeres cuando llegaban a la edad de Samantha, buscaban estabilidad en sus vidas y no se permitían arriesgarse, no cuando toda su vida había estado marcada por cumplir con «el deber ser» y hacer lo que los demás esperaban.

—Solo dame una oportunidad más y te daré la vida que realmente deseas, conmigo no tendrás lo que debe estar ofreciendo tu flamante novio, yo te ofrezco todo y cuando digo todo, sabes que es todo, de extremo a extremo —dijo con determinación.

Trajo de nuevo la imagen de Samantha a su cabeza, reafirmándose el objetivo que lo había llevado hasta allí. Se había prometido recuperarla y lo haría, juraba que la tendría de nuevo junto a él, y serían felices como lo fueron durante su tiempo en La Toscana.

∞∞∞

Jaqueline se apareció en la habitación de Samantha, cerca de las siete de la noche, deseaba invitarla a cenar y distraerla porque sabía que su amiga lo necesitaba después del día que había tenido. En realidad, su objetivo era saber lo que sentía con respecto a la actuación de Alessandro Bonanzierri y el hecho que quedara como el favorito entre los actores. No era curiosidad morbosa, solo buscaba que Samantha aclarara sus sentimientos, pues la había notado muy perturbada por la presencia del italiano; tal vez si lo conversaban, podía ver las cosas con mayor objetividad y no terminaría ahogada en un vaso de agua.

—Hola, Sam, ¿cómo va todo? —la saludó en cuanto le abrió.

—Todo bien, ¿por qué la pregunta? —inquirió a la defensiva.

—Relájate, solo preguntaba por cortesía, no tienes que estar a la defensiva conmigo, sabes que estoy para apoyarte y comprenderte.

—Lo sé… lo siento, Jackie, es solo que me siento tan presionada, las audiciones, las fanáticas pujando por sus actores favoritos… La presencia de Alessandro, que me altera… Y por si eso fuese poco, también está Dylan pidiéndome respuestas que no estoy preparada para darle. Por no mencionar la famosa reunión que hará mi madre y tendrá seguramente por objetivo impedir mi viaje a Italia; que, a la larga, no sé si me estaría haciendo un bien, pues de quedarse Alessandro con el papel, será una tortura para mí, si con verlo unos minutos destrozó mis nervios, no quiero ni imaginar lo que le haría a mi estabilidad emocional si paso seis meses a su lado —soltó en un torrente de palabras.

—Sam… quizás te vaya a sonar demasiado despreocupado de mi parte, pero creo que te estás ahogando en un vaso de agua. —Tal como había imaginado, la miró con reproche—. No, no hagas eso, no me mires como si te hubiese golpeado, hablo en serio… Lo primero que debes hacer es tener prioridades y la principal eres tú. Olvídate de tu madre antes que todo, siempre que metes a Susan en tus cosas terminas haciendo lo que ella dice y no lo que realmente deseas.

—Lo sé, pero me cuesta mucho no ceder ante ella, y en este caso creo que lo mejor sería escucharla y seguir su sugerencia…

—Perdóname, pero lo suyo no son sugerencias, son imposiciones y ella no tiene ningún derecho a limitarte, ni a decidir a dónde vas y a dónde no, esa debe ser tu decisión, no eres su clon, eres su hija, un ser completamente independiente —indicó con firmeza y antes de que Samantha hablase para refutar sus palabras, elevó una mano deteniéndola y continuó—. En cuanto a Dylan, en este momento, no lo tienes tras de ti presionándote por respuestas que; a decir verdad, no estás obligada a darle y si él de verdad te ama, debe respetar tu silencio. Es el único hombre que desea que su pareja le cuente su pasado amoroso, la mayoría son tan celosos que ni siquiera quieren escucharlo, aunque sea por error, ¿o por qué crees que la mayoría de los novios odian a las mejores amigas? Sencillo, porque somos como esa caja de Pandora que guarda todos esos oscuros secretos del pasado —acotó con una sonrisa y la mirada llena de picardía, eso hizo que Samantha sonriera también.

—Ya ves que él no te odia; por el contrario, le caes muy bien… Y seguramente no teme enterarse de mis oscuros secretos del pasado… El problema con todo esto, es que mi pasado ha regresado y parece estar dispuesto a apoderarse de mi presente, ya ves lo que le dijo a Di… no comprendo por qué está actuando así. —Se dejó caer en el sillón.

—Es evidente que busca un acercamiento y lo más probable es que lo consiga, de seguir como hasta ahora es casi seguro que se quede con el papel —confirmó, ocupando el otro sillón —. Sam es que escribiste a ese personaje basándote completamente en él, cada rasgo, cada ademán, sus sonrisas, sus miradas; todo está plasmado con tal exactitud que no me sorprende que haya dejado al equipo asombrado, parecía que apenas le costase actuar, todo le resultaba tan natural. —No quería agregar más preocupaciones, pero debía ser sincera con ella.

—Fui una estúpida, lo sé, pero qué iba a saber que Rendición tendría el éxito que tiene, que llegaría a manos de Alessandro y que tendríamos la oportunidad de vernos de nuevo gracias a esto de la película —se detuvo llevándose las manos a la cabeza y negó—. Solo quería darle un buen final y sentir de esta manera, que, aunque lo nuestro no pudo ser en el plano real, en el ficticio sí fue posible, que allí nos amamos y fuimos felices… ¡Dios, me escucho y me sorprendo! ¿Puedo llegar a ser tan idiota? —inquirió, cerrando los ojos y dejando caer su cabeza hacia el respaldo, se sentía tan avergonzada.

—No eres estúpida, Sam, solo estás enamorada. —Nunca pensó que se emocionaría por verla tan confundida, la ponía feliz saber que su mejor amiga se había enamorado verdaderamente.

Samantha abrió de inmediato los ojos, aterrada ante la sola idea de haber sido tan evidente,

no podía permitirse eso, si Alessandro veía cuando la afectaba, sería un completo desastre.

—Bueno, digamos que no estás enamorada de él en estos momentos, pero lo estuviste y eso te hizo plasmarlo de esa manera tan hermosa como lo hiciste, lo mostraste de tal modo que no solo tú pudiste ver cómo es en realidad cuando se enamora, hiciste que todas nosotras también lo viésemos y siendo sincera, que hasta tengamos mucha envidia de ti —comentó, haciendo su sonrisa más amplia.

—Tal vez no haya sido así y yo lo veía de esa manera porque estaba enamorada, es probable que él hubiese actuado como lo hacía con todas las demás y caí creyendo que sentía lo mismo. Para Alessandro, lo nuestro fue algo a todo lo que tuvo antes… ¿Acaso no viste lo relajado que estaba? Yo muriéndome, sintiendo que apenas lograba respirar por contener las lágrimas, mientras él se mostraba tan casual, leyendo las líneas con tanta facilidad… Si de verdad hubiese significado la mitad de lo que fue él para mí, te aseguro que no hubiese estado tan tranquilo —se quejó, frunciendo el ceño.

—La verdad, no lo vi tan calmado, puede que muchos lo hayan adjudicado a los nervios por la prueba, pero sentía que había algo más. Además, dejó en claro que su principal motivo para presentarse eras tú… Recuerdo cuando respondió a la odiosa pregunta de Whitman y me siento feliz: «Soy fanático de la señorita Steinberg» —Intentó modular la voz como Alessandro, dándole un toque sensual.

—No dijo que fuese mi fanático, dijo que lo era de mi trabajo…

—¡Ah, por favor, Sam! No te hagas la tonta que no lo eres, sabes perfectamente que ese hombre te prefiere a ti sobre tus escritos, el tono de su voz cuando dijo «Señorita Steinberg» fue muy elocuente, al menos para mí —sentenció, mirándola a los ojos para que no se le ocurriese negarlo o decir alguna estupidez.

—Puede que… que sí haya tenido un matiz diferente al que usó para todo lo demás, pero igual eso no significa mucho, lo encontré normal; sobre todo, si lo comparo con el que usaba en otras ocasiones cuando me llamaba de esa manera… o cuando me decía «Señora escritora» —acotó, sin notar que estaba hablando de más.

—Ya por favor, suficiente información, ahórrate los detalles que bastante tengo con lo que leí en la novela… No sé cómo voy a hacer para ver a ese hombre de nuevo a los ojos y no imaginarlo en…

—¡Jackie, basta! —exclamó, sonrojándose.

—Pues tú empezaste, así que no te quejes, quién te manda ser tan exhibicionista y poner todo en un libro —la culpó, sonriendo.

—Tampoco fue que lo puse todo… En el libro no está ni la mitad de lo que hicimos, de haberlo hecho mi madre hubiese tenido un ataque —esbozó de manera casual, la charla la había relajado.

—¿Quieres decir que el señor Bonanzierri, era mejor amante y más creativo que Franco? —inquirió con interés.

—Mucho más, en el libro describo en términos generales nuestros encuentros, pero en la realidad muchos de los que tuvimos hubiesen escandalizado a mi familia. Bueno al menos a mis padres, a Di le hubiese encantado, Nick me hubiera mirado sin poder creérselo y Walter habría terminado pidiéndome consejos —expuso, riendo como tenía tiempo sin hacerlo, los dos tragos de vodka parecían estar haciendo efecto—. Para Alessandro, eran situaciones normales, pero para mí no, yo tenía un concepto muy distinto de lo que era tener relaciones. Lo que había vivido antes de él fue muy formal, una habitación, una cama, sábanas, privacidad, mesura y pasión en su justa medida. —Dejó a su mente viajar en el tiempo y su cuerpo se tensaba añorando todo lo

que tuvo.

Jaqueline había apoyado una mano en su mejilla y la miraba entretenida, Samantha y ella habían sido confidentes desde hacía mucho y podían hablar de ese tipo de temas sin reservas.

—Con él existía la diversidad, no nos limitábamos a un mismo lugar ni a una hora exacta, no importaba si habíamos estado juntos durante la noche, si nos despertábamos y teníamos deseo, lo saciábamos. Igual si era en medio del campo, en el río… en la cocina, el salón o bañábamos juntos, incluso con él cumplí la fantasía de tener relaciones en una piscina… ¡Alessandro, me dio tanto! A él me le entregué por completo y hasta rompí mi regla de oro en el sexo…

—¡Samantha Steinberg! ¿Lo hiciste sin preservativo con él? —preguntó tan emocionada y asombrada como cuando Samantha le contó que había dejado de ser virgen.

—Sí… visité una clínica en Florencia y me puse un anticonceptivo, le planteé la idea a la ginecóloga que me atendió y ella despejó muchas de mis dudas… Además, quería experimentar todo con él, me animaba la idea de hacerlo —esbozó en tono cómplice.

—¡Tenemos que hacerle un altar a ese hombre! —exclamó, riendo y su mirada de pronto se llenó de picardía—. Y… ¿Experimentaste todo? ¿Tuviste sexo anal con él? —preguntó con naturalidad, como si le estuviera pidiéndole la hora.

—¡Jaqueline Hudson! —esbozó asombrada ante la pregunta tan directa, su amiga se encogió de hombros y le hizo un ademán para que respondiera, prosiguió sonrojándose—. No, no se dio el momento… Aunque él me había dejado claro que lo deseaba y yo también lo hacía, pero aún tenía en mi cabeza el episodio que viví con Francis y eso hacía me que cohibiera —susurró sin mirarla a los ojos.

—Francis era un estúpido, no debes dejar que sus palabras y su actitud te siga atormentando… Estoy segura de que con Alessandro todo habría sido distinto porque si lo deseabas… Y siempre les queda una nueva oportunidad ahora que se han reencontrado…

—Definitivamente te has vuelto loca, se supone que estás aquí para apoyarme y evitar que caiga de nuevo en los brazos del seductor más grande de toda Italia, no para sugerirme que tenga sexo con él y haga todo lo que nos quedó pendiente —le reprochó, frunciendo el ceño.

—Samantha, hay deseos en esta vida que debes satisfacer; de lo contrario, vivirás lamentándote por no haberlo hecho —dijo con total convicción y una sonrisa radiante.

Samantha se quedó reflexionando sobre sus palabras y encontró una gran verdad, esa que se negaba a aceptar. Comprendió que lo que sentía por Alessandro seguía siendo muy fuerte, estaba enamorada de él y lo deseaba igual que antes. El sentimiento era contundente y le exigía que se rindiese, pero su parte racional le decía lo contrario y optó por seguirla, al menos mientras pudiese se mantendría en su posición.

∞∞∞∞

El día siguiente fue todo lo contrario del anterior para ella, esta vez la tensión había desaparecido y se concentró en su trabajo, tomando detalle de cada una de las actrices aspirantes al papel de Priscila. Fue seleccionando con las se sentía más identificada, pero no debía guiarse solo por ello, así que también escogió a dos que, aunque no le caían muy bien porque tenían cierto aire de divas, eran talentosas y habían conseguido cumplir con las expectativas de todos.

Al final de la tarde, tenían a las cinco actrices, la dinámica era que empezarían con los últimos para así ir descartando hasta llegar a los primeros en la lista; los nombres que la

lideraban eran el de Alessandro y Kimberly Dawson. Ella era una actriz que tenía poco en el mundo del cine, pero que había mostrado mucho talento y los directores deseaban tenerla entre sus elencos, la misma había propuesto su candidatura al papel de Priscila, no tuvo que ser convocada por ninguno de los productores, lo que asombro a muchos.

∞∞∞∞

Las pruebas en pareja habían llegado, de nuevo vería a Alessandro y esta vez debía estar atenta a su desempeño; o los demás notarían que algo sucedía, había aprovechado que las pruebas serían después de las diez de la mañana para salir a correr y distraerse.

—Pensé que habías escapado de vuelta a Chicago —dijo Jaqueline, cuando al fin la encontró en su habitación—. Es la tercera vez que llamo a tu puerta Samantha Steinberg, no te imaginas lo preocupada que estaba, la próxima vez por favor ten la gentileza de avisar o dejar al menos un mensaje en la recepción —le reclamó.

—Buenos días, Jackie, lo siento, necesitaba correr para organizar mis ideas, así que salí… Ya estoy casi lista solo debo vestirme.

Estaba en una bata de paño, pero su cabello lucía arreglado y se había maquillado. Corrió hasta su habitación porque en media hora pasarían por ellas, así que debía darse prisa.

—Lista, lo hice en tiempo récord, ¿cómo me veo? —preguntó con una sonrisa mientras posaba para su amiga.

—Bellísima como siempre… Disculpa mi pregunta, pero. ¿Y ese cambio de ánimo? ¿A qué se debe tanto entusiasmo? —inquirió levantando una ceja y cruzándose de brazos.

—He decidido tomar prioridades como mencionaste, solo actuaré de acuerdo con lo que me haga sentir bien, ya basta de andar llorando por los rincones y lamentándome de todo lo que está sucediendo. Desde hace mucho tomé las riendas de mi vida y no pienso perderlas en este momento, tienes ante ti a una nueva Samantha Steinberg —contestó con tono triunfal y después de eso se retocó el labial.

—¡Vaya! No sé qué decirte, solo que espero que esta nueva actitud se mantenga y sea para mejor, te sienta muy bien la nueva Samantha Steinberg —esbozó mostrando una sonrisa.

Salieron y en el pasillo se encontraron con Diana, quien se sentía agotada, pues había estado trabajando hasta mucho más tarde por las sesiones de fotografía, pero aún mantenía el entusiasmo; se sorprendió al ver tan animada a Samantha ese día, y le hizo bromas referentes a Dylan, intuyendo que el cambio se debía a él.

La verdad era que Samantha había analizado las cosas durante su rutina esa mañana en el parque, y había llegado a la conclusión que era estúpido estar todo el tiempo con pánico, que si Alessandro se había mostrado tan casual ella también podía hacerlo.

Capítulo 11

Su mirada se perdía entre las calles de la ciudad a medida que el taxi avanzaba, había recibido el día anterior la llamada de Martha Wilson, que lo convocaba para hacer las pruebas con las actrices seleccionadas. No fue una sorpresa para él, pero no podía decir lo mismo de la actitud de Samantha, quien no había tenido la iniciativa de buscarlo o intentar comunicarse con él, al menos por teléfono.

No había nada que la excusase pues todos los datos para contactarlo estaban en su carpeta, pero evidentemente ella no estaba interesada en buscarlo. Tampoco era tan iluso como para pensar que caería rendida a sus pies en cuanto lo viese, ni que lo llamaría pidiéndole su número de habitación para ir a pasar la noche con él.

Aunque al despertar lo hubiese deseado al imaginarla tendida a su lado, desnuda, hermosa y deseable como se le mostró en aquellos amaneceres que recibieron juntos. En ese momento, se sentía molesto y comenzaba a desencantarse de todo; o, mejor dicho, a enfrentarse a la realidad que tanto temía, Samantha le estaba dejando claro que su presencia en ese lugar no era deseada y que sus esfuerzos por acercarse a ella solo eran una pérdida de tiempo.

—Alessandro, hemos llegado —dijo Lucca, sacándolo de sus pensamientos, mientras abría la puerta del auto—. ¿Ocurre algo? Te noto distraído, taciturno —indicó, mirándolo fijamente.

—Estoy bien, Lucca, solo pensaba en Italia —contestó lo primero que se le vino a la mente y que no estaba muy lejos de la verdad.

—Entiendo, es normal que te sientas un poco desubicado en este ambiente, no es dónde estás acostumbrado a manejarte, pero ya verás que todo sale bien. Tengo la certeza que conseguirás el papel y una vez ocurra eso, solo será cuestión de papeleos, el anuncio oficial para los medios y volveremos a casa porque las grabaciones serán en La Toscana; por lo que logré averiguar, ya las locaciones fueron escogidas hace un par de semanas, la misma escritora propuso un conjunto de casas que serían ideales para la filmación… Es algo curioso, ¿no?

—¿Qué es lo curioso? —contestó con otra interrogante.

—Que ella conozca esos lugares con tanto detalle, que hasta le mostró a la gente de producción el lugar indicado para rodar la película. Conozco de pocas casas que se prestan para estas cosas, sabes cómo son los lugareños de celosos con sus hogares, aunque claro siempre cabe la posibilidad que el escogido sea utilizado para alquilar.

—Sí es probable, igual supongo que la señorita Steinberg tuvo que viajar por Italia para poder escribir su novela, sus descripciones del paisaje y las costumbres son bastante fieles a la realidad; es parte de su trabajo, así como un actor estudia al personaje y se pasa semanas moldeando su carácter, ella también está en la obligación de informarse acerca de lo que va a escribir —mencionó resaltando sin poder evitarlo el profesionalismo de Samantha, aunque estuviese molesto con ella, no podía restarle méritos a su trabajo.

Llegaron al salón y todas las miradas se volvieron hacia ellos; la mayoría no lograron ocultar la sorpresa al verlo; sobre todo, por parte de los otros actores más reconocidos, que seguramente pensaron que él no tendría ningún chance. Mientras que por el lado de las actrices las miradas pasaron de la sorpresa al coqueteo, incluso muchas le regalaron radiantes sonrisas; él estaba con un humor poco amigable y solo inclinó su cabeza en señal de saludo y luego de eso tomaron

asiento.

∞∞∞

El equipo de producción estaba en el salón preparándose para las pruebas, Samantha bromeó con Patricia y con Martha sobre irse de compras después que terminase todo el proceso para liberar tensión; aunque su hermana y Jaqueline habían sugerido algo más entretenido como ir a algún club de moda. Sin embargo, Thomas y Marcus les anunciaron que Gary Reynolds daría una fiesta en su mansión de Santa Mónica, ese sábado para el anuncio de la pareja protagónica.

Samantha sintió que un peso se alojaba en su estómago al escucharla la noticia, eso significaba que ya no podía seguir postergando su encuentro con Alessandro, porque su corazón le gritaba que él sería seleccionado para encarnar a Franco en la película. Los comentarios del equipo así lo indicaban; lo peor fue que ella también lo apoyó cuando le preguntaron qué le parecía y mencionó «Es él.»

En ese instante su subconsciente la había traicionado, pero buscó dar una explicación más coherente alegando que era italiano, que tenía un gran parecido con el personaje y lo más importante que tenía mucho talento. Los demás aceptaron su explicación, pero Jaqueline la miró con una sonrisa burlona que la hizo sonrojarse; siguieron con las pruebas y todo marchaba según lo acordado.

—Ingrid, por favor, pasa al señor Bonanzierri y a la señorita Dawson, necesito algo que me despierte, estas personas están bien… pero no terminan de convencerme. Vamos a poner a prueba a los principales, primero entrarán ellos y después continuaremos con los demás, si nos quedan algunas dudas sobre cómo encajan los dos, entonces empezaremos a intercalar parejas… Gary necesita a los protagonistas para este fin de semana y no podemos darnos el lujo de fallar —sentenció, mirando al equipo.

Samantha sintió que Thomas le lanzaba un balde de agua fría, ya había asimilado que no vería a Alessandro hasta dentro de un par de horas y se había relajado casi por completo. Ahora la tensión se apoderaba de su cuerpo una vez más; sin embargo, intentó calmarse, respiró hondo y se obligó a ser profesional.

—¿Todo bien? —inquirió Jaqueline en un susurro.

—Perfectamente —le confirmó al tiempo que relajaba su postura en la silla y enfocaba su mirada en la puerta.

Esta vez no se portaría como una cobarde ni le rehuiría la mirada a Alessandro; podía actuar tan natural como lo hacía él, inspiró cuando vio que la puerta comenzaba a abrirse y fue soltando el aire de a poco, mientras en su cabeza se repetía una y otra vez.

«Tranquila, tranquila… solo debes actuar como si nada… respira, tranquila, él entrará y tú no sentirás nada… nada en absoluto…»

Cuando su mirada captó la figura de Alessandro, el mantra se fue al demonio; su respiración se detuvo y su corazón también pareció hacerlo solo un segundo, pero después se lanzó en una carrera alocada; todo su cuerpo tembló y tuvo que luchar contra el suspiro que revoloteaba desesperado por escapar de su pecho. Él lucía tan guapo, incluso más que hacía dos días. Su cuerpo reaccionó ante esa imagen y algo muy profundo en su interior se tensó, al recordar que ese hombre había sido su amante y le había dado un placer maravilloso.

Alessandro se había propuesto ignorar a Samantha, le haría sentir lo mismo que había vivido

en los últimos dos días; sabía que había llegado a ese lugar con el firme objetivo de recuperarla y demostrarle que la amaba, pero su orgullo era uno de sus mayores defectos y no podía dominarlo tan fácilmente. Sin embargo, cuando entró al salón no pudo evitar que su mirada la buscara y se sorprendió al ver que ella lo veía fijamente, que había en sus ojos algo parecido al reconocimiento y su corazón se agitó, preso de la emoción de ver una vez más esos hermosos ojos marrones que tanto había extrañado.

Un leve suspiro escapó de sus labios y después de eso una sonrisa empezó a aflorar, pero cuando se percató de lo que estaba a punto de hacer, desvió el rostro y cortó todo contacto con ella; eso le dolió pues deseaba seguir mirándola, pero no podía actuar como si nada hubiese ocurrido. Ella lo había ignorado desde el momento en que él hizo el intento de acercarse, no se puso en contacto ni cuando se enteró de su deseo de estar en las audiciones, ni sabiendo que estaba allí.

—Buenos días, señorita Dawson, buenos días, señor Bonanzierri, sean bienvenidos de vuelta… Como ya les explicó la señora Wilson, ambos han sido seleccionados para esta prueba, como deben conocer por su experiencia, el desempeño que tengan como pareja es vital para obtener el protagónico dentro de un proyecto. Hoy evaluaremos eso tomándolos a los dos como un conjunto, serán equipo y al mismo tiempo contra parte, necesitamos que nos demuestren que pueden cumplir con los roles de Franco y Priscila… seguirán las instrucciones que les pidamos y el resultado dependerá solo de ambos… por favor, Patricia, indícales a nuestros actores la primera escena —mencionó Thomas, mientras se acomodaba los anteojos.

—Por supuesto… Como saben hay escenas claves dentro de todo guion, una de ellas es cuando se conocen, me gustaría que esa fuese la primera que representen, si son tan amables de ubicarla en la página número cuatro, tienen cinco minutos para iniciar… contando a partir de ahora —indicó la mujer ajustando el cronometro sobre la mesa.

Alessandro aún tenía su mente ocupada por la imagen de Samantha, así que se quedó mirando la caratula del guion varios segundos, hasta que fue consciente de lo que debía hacer. Frunció el ceño molesto por el poder que ella tenía sobre él, pero se obligó a no dejarlo avanzar más, concentrándose en ser profesional ubicó rápidamente la escena que había señalado la guionista y no habían pasado tres minutos cuando levantó la mirada y le habló a su compañera.

—Señorita Dawson, cuando usted desee podemos empezar.

—¡Vaya! ¿Ya lo tienes? Eso es algo asombroso, pero si debemos mostrarnos como una pareja lo mejor es que empieces a tutearme, desde ahora llámame, Kim… y yo te llamaré Alessandro. Si no tienes problema con ello —mencionó, dedicándole una sonrisa.

—Perfecto, entonces cuando te sientas lista, Kim… Solo recuerda que en esta escena me odias a muerte, acabo de arruinar uno de tus lienzos —dijo, mostrando media sonrisa.

—Por supuesto, lo tengo… bueno, Franco, me verás realmente furiosa —esbozó en tono coqueto y después se volvió hacia la mesa donde estaba el equipo de producción.

Ambos adoptaron las posturas que el guion indicaba, metiéndose de lleno en el papel, para Alessandro no resultó nada difícil, se sentía tan molesto con Samantha como lo estuvo la primera vez que la vio, cuando lo acusó de casi haberla atropellado, solo que esa parte ella la había cambiado para hacerla más apegada al personaje de Priscila que había inventado, pero la esencia en sí era idéntica a lo que vivieron.

Kimberly Dawson también se metió en la piel de Priscila, hizo gala de una excelente actuación, lo retó igual como lo hiciese Samantha, lo culpó y después lo dejó a mitad de una batalla que amenazaba con ser campal, pero que terminó nada más por el placer de hacerle sentir a Franco, que valoraba mucho su tiempo como para perderlo con él. El equipo de producción

quedó satisfecho con esa primera demostración, pero solicitaron otras. Cada escena traía recuerdos hasta Samantha, como si fuesen olas que se desvanecían en la playa, dejando tras ellas el rastro de haber existido, pero pasaban muy rápido, se sentía confundida y abrumada al escuchar de labios de Alessandro todas esas palabras que intercambiase con ella y que ahora esbozaba para otra mujer.

Las miradas, las sonrisas, cada gesto eran idéntico, pero no era ella quien los recibía, era otra y un espantoso sentimiento de impotencia empezaba a alojarse dentro de su pecho; ver todo como espectadora era hasta cierto punto perturbador, y en más de una ocasión quiso salir de allí. Afortunadamente, nadie del equipo solicitó una escena de besos, eso habría sido la gota que derramaría el vaso; después de eso no supo mucho de lo que ocurrió, solo que ambos actores se retiraron y que Kim Dawson se había colgado del brazo de Alessandro, mientras le sonreía como si fuesen íntimos amigos.

—Me disculpan un momento, necesito estirar las piernas y un poco de aire fresco —dijo Samantha, sintiendo que estaba a punto de gritar.

—Descuida, creo que todos necesitamos un descanso ¿qué dices, Thomas? ¿Le pido a Ingrid que les anuncie a los otros actores que tendremos un receso de una hora? —preguntó Martha.

—Sí, me muero de hambre… Creo que ya vimos todo lo que teníamos que ver; sin embargo, debemos darle la oportunidad a los que quedan, diles que en hora y media retomamos las pruebas —contestó mientras agarraba su móvil para llamar a Gary Reynolds.

Samantha caminó hacia la terraza y se apoyó con ambas manos en la barandilla, al tiempo que soltaba un pesado suspiro y cerraba los ojos e intentaba apaciguar el volcán que bullía en su interior. No podía creer que Alessandro la hubiese ignorado de esa manera; y lo que era peor, que actuara como lo hizo con Kim Dawson, no hablaba de las pruebas sino de su actitud cuando salió.

—¿Todo bien? —preguntó Jaqueline a su espalda.

—Sí, Jackie, todo perfectamente… ¿Por qué no habría de estarlo? —contestó con otra interrogante en tono de pocos amigos.

—Sí, se nota… ¿Sabes algo? Creo que deberías hablar con él, enfrentarlo y preguntarle qué ha venido a buscar, qué quiere…

—¿Te has vuelto loca? ¡No voy a hacer eso! No tengo nada que hablar con él… y menos en este momento —mencionó con rabia.

—Claro, menos en este momento en que solo deseas golpearlo.

—Yo no deseo… —se detuvo viendo cómo contenía la risa—. Ni se te ocurra reírte, Jaqueline Hudson… ¡Se supone que eres mi amiga y estás aquí para apoyarme! No para burlarte de mí —se quejó.

—Soy tu amiga y estoy aquí para ayudarte en todo lo que necesites, si deseas podemos llevar al italiano a uno de los salones que están solos y yo lo sostengo mientras tú lo golpeas —le dijo en tono de broma.

—Creo que mejor dejamos este tema de lado o terminaré aceptando tu ofrecimiento… ¿Qué demonios voy a hacer? Es casi un hecho que se quedará con el papel y para mi desgracia también lo es que Kim Dawson, tendrá el de Priscila… Maravillosa aventura en la que me embarqué, creo me hubiese resultado mejor ser condenada de brujería en la época de La Inquisición. —Cerró los ojos ante tanta frustración.

—Perdón, pero creo que exageras… Y el problema aquí no es que Kimberly Dawson sea Priscila, habrías reaccionado así con cualquier actriz que hubiese hecho las pruebas junto a Alessandro Bonanzierri, no intentes engañarte Samantha… —intentó hacerla reaccionar para que

no entrase en pánico—. Mira, este proyecto es tuyo, has puesto demasiado empeño en todo salga bien y no voy a permitir que ahora quieras abandonarlo solo porque no soportas ver cómo ese hombre coquetea con otra mujer, sé que es difícil y un precio quizás muy alto que pagar… pero puedes hacerlo; además, recuerda que solo se trata de actuación, él solo hizo lo que se suponía debía hacer, justo así se mostró Franco en el libro —agregó en tono sereno.

—Pues la manera en que salieron del lugar no era parte de las audiciones, ¿o sí? —preguntó con amargura.

—Amiga… siento tener que decirte esto, pero hasta yo, en el caso que estuviese ignorante de toda la historia entre el italiano y tú, me hubiese colgado de ese hombre… Sam, creo que tenemos un pequeño problema aquí… Hasta donde me cuentas, se conocieron en aquel conjunto de casas donde estaban prácticamente solos, lo que quiere decir que jamás tuviste que enfrentarte a las insinuaciones que otras mujeres le podían hacer, no tuviste que luchar contra ninguna rival, pero lamento decirte que ahora las cosas son distintas, ese hombre es todo un monumento; y lo quieras o no, vas a tener que ver escenas como estas con mucha frecuencia en adelante, qué decir de las fanáticas en cuanto se enteren que es el escogido para ser Franco Donatti… si crees que esto que estás viviendo es horrible, créeme no se va a comparar con lo que sigue —explicó, mirándola a los ojos.

—¡Maldita sea! —exclamó Samantha sin poder evitarlo—. ¿Cómo se supone que voy a lidiar con todo esto? Está bien que ya no sienta por Alessandro, lo que sentí tiempo atrás… pero… no es fácil, no es nada fácil —confesó, sintiendo que un nudo se formaba en su garganta y sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Créeme, Samantha, lo sé perfectamente, pero debes intentarlo, quizás esta sea la prueba que necesitas para que veas las cosas con claridad, a lo mejor terminas dándote cuenta de que lo que sentías por Alessandro ya es pasado —señaló, rodeándole los hombros con un brazo para atraerla hacia ella y consolarla.

Samantha suspiró y negó con la cabeza, se disponía a decir algo cuando escuchó que unos pasos se acercaban; se tensó al pensar que quizás Alessandro había pedido hablar con ella, o tal vez alguien del equipo se había percatado de su reacción.

—¿Ustedes no piensan venir a comer? —preguntó Diana con tono imperativo, mientras se llevaba las manos a la cintura.

—Sí, vamos en un momento, Diana… solo necesitábamos un poco de aire, empiecen sin nosotras —respondió Jaqueline.

—Jackie, vayan ustedes, yo no tengo apetito… estaré bien.

—Sam, debes comer algo… Además, no te dejaré aquí para que sigas angustiándote por cada detalle de las audiciones.

—No te preocupes, desayuné bien esta mañana, necesito relajarme y despejar mi mente… Por favor —pidió, mirándola a los ojos.

—Está bien, pero cualquier cosa ya sabes dónde estamos.

Samantha se obligó a contener las lágrimas, pero una vez que supo que estaba sola, rompió en un sollozo amargo y cargado de dolor; respiró hondo e intentó calmarse, pero la rabia, la frustración y el dolor hacían estragos en su interior. Nunca había sentido unos celos tan fuertes como en ese momento; odiaba la idea de ver a Alessandro junto a otra mujer y eso solo significaba una cosa: seguía enamorada.

∞∞∞

Al final de la tarde, el equipo de producción hizo pasar de nuevo a Alessandro y a Kimberly, para darles la noticia de que habían sido seleccionados. Martha se entendería con sus agentes y aprovechó para felicitarlos, así uno a uno hasta que le llegó el turno a Samantha.

—Señorita Dawson su desempeño fue excelente, sé qué hará una gran labor encarnando a Priscila, la felicito —dijo, mirándola, después posó su vista en Alessandro—. Señor Bonanzierri, usted también ha demostrado un gran despliegue de talento, estoy segura de que lo hará muy bien, felicidades… —Estaba por decir algo más, cuando sintió que su móvil vibraba y la pantalla se iluminaba mostrando la imagen de Dylan en una llamada entrante—. Discúlpenme un segundo, es una llamada de mi novio —mencionó a sus compañeros.

Alessandro pudo escuchar y sintió como si le hubiese pateado las pelotas, tensó la mandíbula con fuerza, haciendo evidente el latir de la vena al lado izquierdo, al tiempo que el color de sus ojos se oscurecía.

—Muchas gracias a todos por la oportunidad y por sus felicitaciones, si no necesitan nada más, me gustaría retirarme, estoy algo agotado. Cualquier inquietud que tengan, por favor no duden en comunicarse con mi agente, con su permiso —indicó y antes que le diesen respuesta comenzó a caminar para salir del lugar.

Todas las miradas se posaron en el italiano, pues pasó de un estado de ánimo amable a uno totalmente contrario, parecía que se hubiese convertido en un témpano. Su actitud fue tan intimidante que ni siquiera, Whitman, se atrevió a detenerlo, solo asintió mientras lo veía salir y Martha alcanzó a decirle que se comunicaría con su mánager.

Samantha salió a la terraza y a través de las paredes de cristal vio cómo Alessandro abandonaba el salón, dejando detrás a la actriz; su andar era forzado y recordó esa actitud, pues varias veces lo vio darle la espalda y caminar así cuando estuvieron en la villa.

«¿Qué había hecho ahora? ¿Por qué estaba enfadado? ¡La molesta aquí era ella! No tenía que ser él ¿qué demonios le pasaba?»

La voz de Dylan al otro lado de la línea le dio de inmediato la respuesta, al parecer él había escuchado cuando mencionó que era su novio quien la llamaba y eso había herido su orgullo, bueno estaban a mano y en lugar de sentirse mal, se sintió vengada.

Jaqueline no pudo evitar esbozar una sonrisa y después suspiró mientras se relajaba en su silla, sabía que ese par aún sentía algo. Samantha se lo había dejado más que claro esa tarde y el italiano acababa de hacerlo, la cuestión estaba en quién de los dos terminaría rindiéndose, daría el primer paso para confesar que seguía sintiendo lo mismo que años atrás.

Capítulo 12

Los días siguientes fueron un ir y venir de emociones y recuerdos que estaban a punto de volverlos locos, se despertaban a medianoche queriendo correr para encontrarse y hacer todas esas preguntas que los atormentaba; querían odiarse y amarse al mismo tiempo, querían tomar un avión y olvidarse de todo. No se habían visto después de las pruebas, pero todo lo que habían vivido estaba allí latente, esperando la más pequeña fisura en su autocontrol para trastocarlos y llevarlos a un mar de miedos, dudas y frustraciones.

Alessandro se reunió con Martha Wilson y Lucca para acordar lo de su contrato, los italianos sabían que la suma para representar a Franco Donatti sería bastante generosa; tratándose de una de las casas productoras más grandes del país y tomando en cuenta las expectativas que había generado ese proyecto. Sin embargo, no esperaban el monto reflejado en la cláusula que hablaba del pago, claro está, que esa era casi duplicada por la cifra que debía pagar el actor si incumplía con algunas de las exigencias a las que accedía al firmar el contrato.

Alessandro era consciente que esa cantidad jamás había sido pagada a ningún actor extranjero y mucho menos desconocido en Hollywood, como lo era él, pero no demostró su sorpresa; por el contrario, su semblante se mantuvo impasible mientras leía la copia que le habían entregado, la misma que tenía Lucca en sus manos, vio cómo su agente sí titubeó un poco ante el monto escrito en el papel. Él no se había presentado por el dinero, eso le daba igual, tenía lo suficiente para vivir cómodamente hasta el último de sus días, incluso si decidía internarse en el campo como los ancianos que se jubilaban.

—Señor Bonanzierri, supongo que debe discutir con el señor Puccini nuestro contrato, pero nos gustaría que nos diese una respuesta cuanto antes, ya sabe, para ultimar detalles antes del anuncio. Como le dije antes, el señor Reynolds vio su desempeño y ha quedado gratamente sorprendido, así como el resto del equipo…

—¿Lo está, Samantha Steinberg? —inquirió con un tono de voz que era casi demandante.

—Por… por supuesto, ella está muy satisfecha con la selección que hemos hecho, usted mismo pudo comprobarlo cuando se le anunció que había obtenido el papel —contestó nerviosa, el carácter del italiano la hacían sentir como una adolescente enamorada y no como una mujer de cuarenta y cinco años, inspiró para calmarse—. La señorita Steinberg no es muy dada a mostrar sus emociones, pero estoy segura de que se sentía feliz, señor Bonanzierri, Rendición es su primera obra que será llevada al cine, ella se ha dedicado día y noche a este proyecto y desea tanto como nosotros que todo salga bien; está bajo mucha presión y quizás por ello la haya notado algo distante. —Le parecía algo raro el interés que él mostraba con respecto a la opinión de la escritora.

—Entiendo —murmuró, aunque esa explicación no disminuía la molestia que se había apoderado de él ante el silencio de Samantha.

—Estoy segura de que una vez que pasen más tiempo juntos se llevarán de maravilla, pueden empezar mañana en la fiesta que dará el señor Reynolds en su casa para el anuncio… Si ha venido acompañado por su novia, puede traerla también —agregó Martha.

—No tengo pareja en este momento, señora Wilson, he terminado con ella semanas antes de viajar; solo me acompaña mi agente y mi hermano Lisandro, si no tiene problema en que vayan,

estaríamos encantados de asistir —esbozó con una sonrisa amable, vislumbrando en ese evento su posibilidad de acercarse a Samantha.

—Será maravilloso contar con la presencia de los tres en la fiesta, esta tarde les estaré haciendo llegar las invitaciones.

—Muchas gracias, no deseo quitarle más tiempo, sé que tiene muchas cosas que atender. Le aseguro que mañana tendrá una respuesta, ha sido muy amable, señora Wilson —dijo, levantándose.

—Ha sido un placer señor Bonanzierri y por favor llámeme, Martha, quedo a la espera de su respuesta, muchas gracias por haber venido, hasta pronto —mencionó Martha, levantándose y recibió su apretón firme y cálido, con una sonrisa más efusiva que la de él.

—Estamos a su disposición, muchas gracias por la invitación —dijo Lucca, también le extendió la mano con una sonrisa amable.

Los dos caballeros salieron y se dirigieron de inmediato hasta el hotel, durante el trayecto ninguno mencionó nada sobre el contrato, la fiesta, o de la ansiedad que había mostrado Alessandro por conocer la opinión de Samantha Steinberg sobre su actuación.

Cuando llegaron hasta la habitación de Alessandro, se encontraron a su hermano que estaba entretenido en algún juego de la web, él se volvió para mirarlos mientras le extendía la mano pidiéndole la carpeta, donde sabía que estaba el contrato.

—Y bueno… ¿Cómo les fue? ¿Firmaste? ¿Ya eres oficialmente Franco Donatti? —le preguntó emocionado por él.

—No, lo traje para leerlo con calma, les daré una respuesta mañana en la fiesta; por cierto, nos han invitado a la mansión de Gary Reynolds en Santa Mónica. Hará una fiesta para anunciar a los protagonistas de Rendición, puedo apostar que estará lleno de posibles patrocinadores y periodistas —respondió entregándole el contrato a su hermano.

—¡Genial! Me estaba muriendo de aburrimiento encerrado aquí, nunca he estado en una fiesta de Hollywood, pero creo que serán iguales a las que hemos ido en Roma, afortunadamente siempre llevo conmigo un traje formal —dijo mientras hojeaba el contrato saltándose las cláusulas aburridas sobre confidencialidad.

—Yo debo buscar uno, no tenía pensado asistir a una fiesta y no traje nada tan elegante, seguramente el personal del hotel me podrá indicar dónde alquilar algo, no pienso gastar una fortuna en un traje que solo usaré una noche —expuso Lucca, aflojándose la corbata.

Alessandro sonrió ante el comentario, era consciente que Lucca estaba haciendo un gran esfuerzo al mostrarse como el agente pulcro y elegante de un actor de su talla, siendo un hombre de gustos simples sabía que le resultaba difícil. Él lo apreciaba y lo admiraba sin importar que prefiriese una cazadora *Timberland* a una chaqueta Ralph Laurent, después de todo el hombre valía no por lo que se ponía sino por quién era realmente, un gran amigo de la familia y casi un padre para él.

Alessandro sabía que ese apego de Lucca para con él, era a debido a su único hijo, que fue su mejor amigo y que había muerto atropellado por un miserable borracho cuando apenas tenía diez años, eso los había marcado a ambos y también los había unido. Desde el instante que Alessandro le pidió que lo dejara ser su hijo, que lo dejara llenar en parte el vacío que había dejado Leonardo. El hombre se conmovió tanto ante ese gesto que aceptó y lloró como Alessandro nunca lo había visto, y como no lo volvió a ver después de aquel día.

Suspiró, alejando la pena que todo eso le causaba; abrió el armario y sacó el guarda traje donde transportaba el último de noche que había adquirido de la firma *Dolce y Gabbana*, un diseño exclusivo para él.

—Espera… ¿Nosotros nos vamos a poner trajes alquilados y tú te vestirás con ese? —preguntó Lisandro, elevando una ceja.

—Creo que es una buena ocasión para estrenarlo, llamaré a recepción para que envíen a alguien a buscarlo y lo dejen listo para mañana en la noche —contestó sin darle importancia al reproche tan infantil que implicaba la pregunta de su hermano.

—Ya veo, bueno Lucca, tendré que ir contigo a ver qué encuentro, ni loco me presento en esa fiesta con el traje de tres cuartos que he usado hasta para ir al supermercado —dijo, poniéndose de pie y alzó la barbilla en un gesto arrogante al ver la sonrisa burlona de su hermano, pero se detuvo antes de salir, justo al llegar a la página del contrato que le interesaba—. ¡Santa madre de Dios! ¡No, olvídate de alquilar! Tendremos trajes nuevos y los pagará Alessandro, con esta cantidad de dinero que obtendrá por representar al famoso Franco Donatti, tendrá hasta para pagarnos las vacaciones en Ibiza —acotó, dejando ver una sonrisa que desbordaba maldad.

—Lisandro, pero si ni siquiera ha firmado el contrato, mucho menos ha recibido el pago por este trabajo…

—Eso no es problema, préstame una pluma por favor… Y tú jovencito ven aquí de inmediato para que estampes tu rúbrica aquí, por esta cantidad de dinero, yo interpreto hasta al mismo demonio, así que no te hagas de rogar de esta gente ni de tu pobre hermano y mánager, igual vas a terminar aceptando, no creo que haya mucha diferencia entre hoy y mañana —mencionó, poniendo el contrato sobre la mesa de noche mientras golpeaba con el dedo en la línea para la firma.

—Lo haré mañana, no antes, así que no me presiones. Y si quieren comprar trajes nuevos por mí no hay problema, Lucca utiliza la tarjeta de gastos para viajes, hay lo suficiente para comprar todo lo que necesiten y no repares en ello, como ves… Los norteamericanos están siendo bastante generosos con el pago.

—Hombre, pero si aún no has firmado el fulano contrato y hasta que no lo hagas no tienes nada seguro, además la cláusula del pago habla de un porcentaje al empezar a rodar, otro cuando termine la película y el resto después de la gira que te llevará a promocionarla —señaló en la copia que él tenía entre sus manos.

—¡Vamos, Lucca! Tampoco voy a arruinarme por un par de trajes, ve hombre… eso sí, controla a Lisandro, ya sabes que tiene alma de adolescente, no vaya a terminar hasta alquilando un auto solo para ir de compras —dijo, mirando a su hermano a los ojos.

—La verdad… estaba pensando en alquilar uno para mañana, pero no una limusina, eso es muy anticuado, me gustaría algo más propio de nosotros, ¿qué me dices de un Ferrari o un Lamborghini? Estoy seguro de que aquí tendrán modelos del año —esbozó con entusiasmo.

—Lo dicho, contrólalo, Lucca, por favor y no te preocupes por el transporte, seguro la productora enviará a alguien, ahora si no les importa me gustaría descansar un rato —pidió, masajeándose el cuello.

—Hazlo, te ves agotado y no te preocupes por este jovencito, yo me encargo de él —mencionó, Lucca con una sonrisa.

—¿Cuál jovencito? Por si no lo recuerdas soy mayor que ese idiota, tengo treinta y tres años, pero como es quien paga, finjamos que le hacemos caso, duerme pequeñín, regresamos en un par de horas.

Se despidieron y Alessandro sonreía al recordar la actitud de su hermano, cada vez le quedaba más claro que los treinta y tres años de los que alardeaba habían pasado por él sin dejar la menor huella. Caminó hasta el baño mientras desabotonaba su camisa, se sacó los zapatos y después los calcetines, estaba por quitarse el pantalón cuando escuchó un par de golpes en la

puerta, suspiró suponiendo que quizás Lisandro o Lucca habían olvidado algo.

—A ver hermano, ¿qué olvidaste ahora? —inquirió, abriendo la puerta de un jalón, pero cuando lo hizo no había nadie allí.

Sacó medio cuerpo y buscó con la mirada en el pasillo, primero lo hizo en dirección a las habitaciones de su hermano y mánager, pero de inmediato se volvió al escuchar el sonido de unas pisadas que eran amortiguadas por la alfombra y venían de la dirección contraria. Su sorpresa fue mayúscula cuando descubrió que pertenecían a una mujer que él reconocería entre cientos. Su corazón se desbocó y apenas si lograba respirar con normalidad, se había quedado congelado mientras la veía alejarse y para su desgracia su voz había desaparecido, pero al ver que las puertas del ascensor se abrían, salió del trance.

—¡Espera! ¡Samantha, espera! —gritó, corriendo hacia ella.

Samantha entró al elevador sintiendo que su cuerpo se había convertido en una especie de masa temblorosa, no lograba coordinar las cosas, ni siquiera había sido consciente de cómo había llegado hasta ese lugar y mucho menos cuando había llamado a la puerta. Solo cuándo escuchó que alguien se acercaba para abrirle, fue consciente de lo que estaba a punto de hacer, se llenó de pánico y pensó en huir enseguida, pero al parecer había reaccionado muy tarde.

—Por favor, Samantha… espera, tengo que hablar contigo —rogó Alessandro a pocos pasos de ella, con la respiración agitada.

—Lo siento… yo… no sé qué hago aquí, lo siento —susurró mientras sus ojos se llenaban de lágrimas por tener que alejarse.

Él corrió e intentó detenerlas, pero ya no podía hacer nada, presa de la desesperación, golpeó un par de veces las puertas metálicas; no podía dejarla ir, no otra vez. Presionó con insistencia el botón de llamada de los dos ascensores, mientras luchaba por normalizar su respiración, de pronto vio como los números en el otro marcaba que se acercaban al piso donde él estaba y su pecho se llenó de esperanzas.

—¿Baja, señor? —le preguntó el empleado del hotel.

En el interior del ascensor también estaban tres mujeres que lo admiraban mostrando un descarado interés. Hasta el momento no había caído en cuenta que estaba descalzo y llevaba la camisa abierta; su mente se debatía entre bajar y correr para encontrar a Samantha o quedarse allí y esperar a verla de nuevo en la fiesta.

—Disculpe, señor… ¿Desea bajar? —inquirió una vez más el hombre que mantenía presionado el botón de las puertas.

—No, lo siento… alguien llamó a mi puerta y… no es nada, seguramente se confundió, por favor perdonen las molestias.

—No ha sido ninguna en absoluto —mencionó una de las mujeres, por su acento él pudo concluir que era inglesa.

—Si desea puedo enviar a alguien de seguridad para que revise el lugar, hemos tenido algunos episodios del mismo tipo en otros pisos, ya sabe todo este revuelo de los actores…

—Descuide, no hace falta, una vez más perdonen por las molestias, que tengan buenas tardes —contestó, mirando apenas a las personas en el ascensor y después de eso se dio la vuelta.

Samantha había estado frente a su puerta, había ido a buscarlo, no lo había interceptado en las pruebas, no le había enviado un mensaje para verse en algún restaurante o sitio de la ciudad. No, ella llegó hasta la puerta de su habitación, pero, así como llegó también salió huyendo, esa mujer quería volverlo loco, no le quedaba la menor duda de ello.

∞∞∞

Samantha salió casi corriendo del ascensor, estaba perturbada y con la respiración agitada, los latidos acelerados de su corazón pulsaban en su garganta y sus sienes mientras el cuerpo le temblaba. Bajó en el piso donde estaba el restaurante que era compartido por ambos hoteles. El Marriot era donde se estaba quedando Alessandro y el Ritz donde estaba ella; definitivamente el destino se había empeñado en jugarle sucio; de todos los hoteles en Los Ángeles, habían acertado a hospedarse en los únicos que tenían espacios compartidos.

«¿En qué demonios estabas pensando Steinberg? ¿Acaso has perdido la razón? ¿Cómo se te ocurre ir a buscarlo en su habitación? ¿Puedes imaginar lo que él estará pensando ahora? ¡Eres una estúpida, Samantha, eres una estúpida! ¡Ir a su habitación! Solo te faltaba el cartel que dijera «He venido porque te necesito desesperadamente» ¡Oh, Dios qué vergüenza! ¿Por qué tengo que ser como soy? ¿Por qué?»

Se reprochó mientras caminaba por el pasillo que la llevaba a su habitación, allí estaría a salvo, sabía que Alessandro no la seguiría hasta ese lugar o al menos eso rogaba.

—¡Samantha! ¿Dónde te has metido? Te hemos estado buscando para ir de compras, tenemos que conseguir algo para la fiesta de mañana —dijo Jaqueline, que justo en ese momento salía de su habitación en compañía de Diana.

—Yo… yo estaba… —Ella se quedó muda, no sabía cómo responder a esa pregunta sin delatarse.

—¿Estás bien hermanita? Parece que hubieses visto a un fantasma.

—Sí, claro, estoy bien… es solo que salí a caminar un rato, subí al último piso para apreciar la vista… Y creo que me dio un poco de vértigo… eso es todo —contestó, dándose la vuelta para abrir.

—¿Vértigo? ¡Samantha vives en un Pent-house de la torre Trump en Chicago! Esta altura comparada con aquella está en pañales ¿segura estás bien? ¿No habrás enfermado por tanto trabajo? —Diana posó las manos en sus mejillas para tomarle la temperatura—. Estás helada y hasta estás temblando, será mejor que llamemos al médico del hotel para que venga a hacerte un chequeo —indicó asustada.

—Di, estoy bien… ya te dije que solo fue un leve mareo, no es necesario molestar a nadie por un malestar sin importancia, a lo mejor tanto trabajo que me ha afectado —respondió en tono amable, pero se alejó porque no quería que su hermana viese la mentira en su mirada.

—Sam tiene razón, Diana, seguramente es a causa de tanto estrés, mejor entremos para que tomes un poco de agua y descanses un rato, las compras pueden esperar —dijo Jaqueline, que había guardado silencio mientras escuchaba la explicación de su amiga y la observó con disimulo para que no se sintiese acorralada.

No tenía que ser adivina para descubrir la verdadera razón del porqué Samantha estaba de esa manera, era evidente que todo se relacionaba con Alessandro Bonanzierri; claro que, estando Diana ignorante de la historia entre ese par, no podía llegar a esa conclusión, pero para ella estaba más que claro.

—Bueno… sigo preocupada e insisto, deberíamos llamar al doctor, a lo mejor esos malestares son clara señal de alguna… —se interrumpió y de pronto abrió mucho los ojos—. ¡Sam! ¿No estarás embarazada? —preguntó emocionada.

—¡No! —exclamaron su hermana y Jaqueline al unísono.

Samantha sintió verdadero vértigo en ese instante; pero se calmó al recordar que hacía semanas que no tenía relaciones con Dylan, y días después de la última vez había visto su período, así que eso descartaba la idea de un embarazo. Además, que siempre tomaban

precauciones, él con preservativos y ella con anticonceptivos, no cabía la más remota posibilidad que algo como eso sucediese.

—Bueno… solo decía, además ¿qué vas a saber Jaqueline? ¿Acaso también te encargas de cuidar que mi hermana no quede embarazada?

—Algo por el estilo, su ginecóloga es también la mía y siempre le recuerdo a tu hermana sus citas y ambas utilizamos el mismo método, las inyecciones son mucho más eficaces que las pastillas, así que puedo casi asegurar que ese malestar de Samantha no tiene nada que ver con un embarazo —respondió.

—No estoy embarazada, Diana, fue solo un leve malestar, ya sé que te mueres por ser tía de nuevo y me encantaría complacerte, es solo que en estos momentos no me siento en la capacidad de asumir un compromiso tan grande como lo es traer a un bebé al mundo —mencionó, acercándose a su hermana para darle un abrazo.

Diana dejó de lado el puchero que había formado en sus labios y le dedicó una sonrisa, la abrazó con fuerza para demostrarle que la entendía perfectamente y además la apoyaba; después de todo, ya tenía una sobrina a la que adoraba y estaba segura de que cuando viniesen los de Samantha, también sería muy feliz, pero solo cuando estuviese completamente preparada, no antes y menos bajo presiones.

Durante su salida esa misma tarde en compañía de Jaqueline y su hermana a las tiendas, Samantha no logró sacarse de la cabeza su casi encuentro con Alessandro. Recordaba su voz llamándola, y no podía cerrar los ojos porque su mirada desesperada llegaba a su memoria, estremeciéndole el alma.

Se sentía culpable por haberlo dejado así, pero todo había sido una locura, no era el lugar ni el momento adecuado, había actuado de manera impulsiva y eso podía terminar perjudicándolos, si alguien se enteraba que se habían visto y además en su habitación, el escándalo que se desataría sería de proporciones épicas.

Capítulo 13

Alessandro se puso los zapatos con rapidez y abotonó su camisa, para bajar al vestíbulo con la esperanza de encontrar a Samantha; quizás se había reunido con la gente de producción en un salón o hasta podía estar hospedándose allí. Se acercó a la recepción para ver si podía sacarle algo de información a la chica que los recibió el primer día, pero ella lanzó sus esperanzas por el suelo al decirle que su escritora no se quedaba allí y que tampoco la había visto en ese lugar.

Sintiéndose decepcionado, regresó a su habitación y cada dos minutos revisaba su correo, obviamente a la espera de algún mensaje de Samantha. Caminaba de un lado a otro, atento a cualquier ruido proveniente del exterior, parecía un cazador y eso empezaba a hacerlo sentir ridículo, así que optó por ducharse y luego por hacer una rutina de ejercicios para liberar un poco la tensión de sus músculos.

Entre abdominales, flexiones de pecho y sentadillas se le fueron pasando los minutos, estaba tan concentrado que apenas se percató cuando la puerta se abrió y Lucca entró junto a Lisandro en el salón donde él estaba haciendo una combinación de flexiones de pecho que también le hacía trabajar los músculos de la espalda y las piernas.

—¿Qué haces allí tirado? —preguntó Lisandro en tono divertido.

—No estoy tirado… hago flexiones —respondió de manera entre cortada por el esfuerzo que el ejercicio requería.

—¿Sabes que el hotel tiene un gimnasio totalmente equipado?

—Lo sé… pero no quería ir al gimnasio del hotel… estas rutinas puedo hacerlas en cualquier espacio —respondió, terminando la sesión de cincuenta que siempre hacía de esas combinaciones y se puso de pie, tomó una toalla que tenía cerca y se secó el sudor de la frente.

—Aless, a veces eres tan raro —esbozó su hermano, mirándolo.

—Gracias, tengo a quien salir —dijo con media sonrisa—. ¿Cómo les fue? Imagino que encontraron algo, después de casi cuatro horas de tiendas como mínimo tendrán un traje de alfombra roja —agregó caminando para tomar una botella de agua del minibar.

—¡Última vez que salgo de compras con Lisandro! —exclamó Lucca, completamente agotado—. Se queja porque tú te demoras vistiéndote, pero él es una pesadilla escogiendo ropa, se probó más de veinte trajes… Caminamos un montón de tiendas, yo escogí uno en la primera que visitamos y me hizo dejarlo pues según él debía ver más opciones, todo era un pretexto para arrastrarme hasta la última —se quejó, dejando sobre el sillón las bolsas.

—Por favor, Lucca, no seas tan exagerado, tampoco es que fue un martirio. Bien contento que estabas con las vendedoras, todas se volvían locas cuando nos escuchaban y le confirmábamos que éramos italianos; al parecer, toda la fama de Franco Donatti se extiende a cualquier hombre que venga de nuestro país, las mujeres aquí están locas por conocer La Toscana —pronunció con picardía.

Alessandro dejó ver media sonrisa consciente de que era lo que las mujeres deseaban, no era solo conocer ese lugar, sino hacer y deshacer tanto como los protagonistas de Rendición. Si supieran que Samantha no puso ni la mitad de todas las cosas que ellos vivieron, que quizás consciente de que ese libro iba a ser leído por su familia y amigos, o porque le resultase un poco difícil exponerlo todo tal cual sucedió. Había omitido muchos de sus encuentros más excitantes,

aquellos que de solo recordarlos le calentaban la sangre y hacían que la deseara con locura, que muriese por repetir todos y cada uno.

—Bien, lo admito, hicieron más agradable la espera, pero aun así eso no justifica las cuatro horas que perdimos entre tiendas.

—Claro que se justifican, mañana iremos a esa fiesta acordes con la ocasión y con el protagonista de la cinta, así que deja de quejarte.

—Solo espero que no me hayas arruinado —pronunció Alessandro, queriendo jugarle una broma a su hermano.

—¡Por supuesto que no! Lucca no me dejó, pero encontramos dos buenos trajes de diseñador a un precio razonable y para que veas que tu hermano siempre se acuerda de ti, también te he traído algo —le dijo buscando en las bolsas—. Creo que esta corbata quedará perfecta con el traje que piensas usar mañana…

—Te doy mi tarjeta para que te vayas de compras, ¿y me traes una corbata? ¿Te has vuelto Julia Roberts en *Mujer Bonita*? —preguntó elevando una ceja y conteniendo la risa al ver la cara de Lisandro, estaba para mandar a enmarcar.

—Muy gracioso, pues ahora no te doy nada por malagradecido, igual también combina con mi traje —contestó, alejándola de él.

—Solo fue una broma, deja de quejarte que yo siempre soporto las tuyas, a ver dame… —Se la pidió con una mirada de inocencia que ni él se creía—. Tienes razón, me quedará perfecta, muchas gracias.

Se tomaron unos minutos para ver lo que habían comprado y después cada uno se retiró a su habitación, debían descansar pues el día siguiente estaría lleno de muchas emociones; sobre todo, para Alessandro, que sabía perfectamente sería la mejor de todas.

∞∞∞∞

Al día siguiente, cuando Samantha arribó a la mansión de Gary Reynolds en compañía de su hermana Diana y su amiga Jaqueline, los nervios recorrían todo su cuerpo como el caudal de un río a punto de desbordarse. Kevin Moore había pasado por ellas cerca de las siete de la noche, pero tuvo que esperar unos veinte minutos en el salón de su suite, pues Samantha después de verse en el espejo casi se echa a correr para quitarse el vestido.

Por supuesto Diana y Jaqueline se lo impidieron y así era como estaba en ese lugar, luciendo espléndida pero igual de tensa que las cuerdas de un violín. Los recuerdos de aquel momento llegaron hasta su mente mientras esperaban a que la fila de autos que se había congregado a las afueras de la mansión avanzase.

Sus compañeras se habían apostado frente a las puertas del guardarropa para evitar que ella buscara algo más que ponerse, estaban empeñadas en que luciera el vestido que llevaba y que prácticamente la habían obligado a comprar el día anterior.

—Di, por favor ve a entretener al señor Moore, mientras yo busco algo para drogar a tu hermana —siseó Jaqueline con los dientes apretados, mientras bloqueaba el armario.

—Ok, si necesitas algo me avisas, creo que tengo algunas pastillas por allí que podrían servirte —respondió en tono de broma y después de eso salió de la habitación.

—Por favor, Jackie, todo esto es ridículo…

—¡Sí, es ridículo! Samantha Steinberg te estás comportando como una chica de quince

años… no, qué digo de quince, ni siquiera Tiffany actúa de esta manera, ¿acaso no eres una mujer adulta? Porque no lo parece, te ves preciosa, sensual y sofisticada, pero para nada segura y si quieres demostrarle a Alessandro que no tiene ningún poder sobre ti, pues no lo estás haciendo, es más déjame decirte que si continúas así le darás la imagen equivocada —le recriminó, mirándola a los ojos.

—Y si voy vestida así entonces dirá que lo hice para él. —Se defendió intentando no levantar la voz.

—¿Y qué si lo hace? Déjalo que piense lo que quiera, igual terminará dándose cuenta de que no es así. Tú te sentiste mal por lo que hizo él con Kim Dawson, pues haz que sienta lo mismo hoy, no será el único hombre en esa fiesta, y te puedo asegurar que más de uno se acercará a ti esta noche. Luces como una reina, pero tienes que comportarte como tal, deja de lado los nervios, olvídate de todo y concéntrate en disfrutar de este logro que es solo tuyo, no dejes que él arruine tu momento —le pidió, mirándola a los ojos y tomándole las manos.

Ella asintió al tiempo que dejaba escapar una lágrima, Jaqueline se acercó y la abrazó con fuerza para llenarla de confianza; después de cinco minutos, Samantha salió luciendo sencillamente espectacular, sus ojos marrones resaltaban con el ahumado de las sombras oscuras y sus tupidas pestañas, que parecían el doble de largas gracias al rímel. Había acentuado el rosa natural de sus labios con un poco de brillo que los hacía lucir sumamente voluptuosos y el cabello se lo había recogido en lo alto de su cabeza, un peinado natural pero sofisticado y que dejaba a la vista su delgado y largo cuello.

El toque final lo daban sus pequeños pendientes de diamantes y el anillo de la misma piedra que llevaba en su dedo medio, para evitar que lo confundieran con un posible anillo de compromiso. Sabía que la prensa estaría esa noche y no dejaría de tomarle fotografías; solo lo hacía por eso, no por lo que pudiese pensar Alessandro, al menos eso se decía, pero en el fondo de su corazón no quería lastimarlo y sabía que algo así podía hacerlo, quizás.

El vestido de Samantha era blanco, de líneas rectas que caían de manera natural resaltando las curvas de su cuerpo, con dos cortes a la altura de sus caderas que las acentuaban y al mismo tiempo mostraban la estrechez de su cintura, sin escote en la parte frontal del mismo y las mangas le llegaban hasta las muñecas, dando la impresión de ser un vestido elegante y muy conservador. Sin embargo, el escote en su espalda dejaba a más de uno con la boca abierta, llegaba justo hasta el final, mostrando la tersa y blanca piel salpicada por sutiles pecas que la hacían lucir muy tentadora. Su trasero lucía realmente despampanante gracias a la caída del vestido; por supuesto, seguía siendo una de las cualidades de su cuerpo que más atraía las miradas de los hombres.

Regresó de sus recuerdos cuando un caballero que daba la impresión de ser de seguridad llegó hasta el auto y abrió la puerta para ayudarlas a bajar. Ella respiró profundo, se armó de valor y fue la última en hacerlo, sintiendo de inmediato que las miradas de muchas de las personas que la rodeaban se habían enfocado en ella.

—Buenas noches, bienvenidas señoritas Steinberg, señora Hudson, por favor acompáñenme, el señor Reynolds hará acto de presencia en un momento —les pidió la mujer que las recibió en el vestíbulo.

La casa del señor Reynolds era todo eso que habían visto en revistas y mucho más, era sencillamente espléndida, derrochaba buen gusto y glamur por doquier, aunque ellas estaban acostumbradas a ese tipo de lugares por el medio en el que se movían; sobre todo, Diana que había cubierto varios eventos de ese tipo. Igual todas tuvieron que admitir que el hombre no había escatimado en gastos para preparar la celebración, la misma estaba a la altura de las

grandes fiestas de Hollywood.

Todo se desarrollaba en un salón en forma de cúpula que estaba rodeado por varias terrazas, las que daban al jardín estaban iluminadas por luces indirectas que le daban un aspecto mucho más íntimo y tenue, mientras las que se abrían hacia el océano, tenían mayor luminosidad y al parecer la fiesta se había extendido también hasta allí.

Samantha podía sentir cómo las personas se volvían a su paso, podía parecer exagerada, pero era como si todas las miradas se clavaran en ella a medida que avanzaba por el salón. Las sonrisas de los caballeros la hicieron sentir un poco cohibida, se tensó, pero logró mantener su postura erguida; intentaba responderles con cortesía y conservar su andar decidido y natural, aunque por dentro temblaba.

—Buenas noches, Samantha, Jaqueline, Diana —las saludó Patricia, estaba junto a Martha y Marcus—. ¡Qué felicidad verlas!, lucen magníficas —agregó, dándoles abrazos.

—Buenas noches, gracias, Patricia, tú también luces muy hermosa, igual Martha y usted señor Stevenson se ve muy elegante esta noche —mencionó Samantha con una sonrisa.

—Gracias, señorita Steinberg, pero es evidente que todas las miradas se las está llevando usted, creo que incluso ha causado más revuelo que la misma Kimberly Dawson; llegó hace unos minutos y ya se anda pavoneando por todo el lugar. Aunque el señor Reynolds aún no ha hecho su anuncio oficial como la protagonista de Rendición —comentó con su habitual seriedad y bebió de su copa.

—Imagino que estaban esperando por Samantha, es que nos retrasamos unos minutos —se disculpó Jaqueline.

—Está todo bien, el anunció se hará en una hora… Claro si conseguimos la firma que nos falta —respondió Martha y su tono mostró algo parecido a la preocupación.

—¿Les falta una firma? No entiendo… ¿Qué quieres decir con ello? —la interrogó Samantha, sintiendo una extraña presión en el pecho.

—El italiano aún no se ha dignado a firmar, al parecer al señor le gusta mucho eso de darse importancia —respondió Marcus dejando ver su molestia por la actitud del extranjero.

—Fue ayer hasta mi oficina, hablamos del contrato en general y ni él ni su agente mostraron ninguna objeción; aun así, como es habitual les dije que podía tomarse un tiempo para analizarlo, pero dejando claro que debían darme una respuesta lo antes posible, pues Gary deseaba anunciar a los protagonistas esta noche…

—Pero hasta ahora, el señor Bonanzierri no ha dado una respuesta y eso nos tiene un poco estresados a todos como podrás imaginar.

Samantha sintió que su corazón se aceleraba, ¿qué significaba todo eso, por qué Alessandro estaba actuando de esa manera? Había llegado hasta allí por el papel de Franco, lo había obtenido, y ahora se negaba a firmar. ¿Acaso estaba poniéndole una prueba? ¿Se atrevería a rechazar el papel? Los nervios comenzaron a ser desplazados por un sentimiento de rabia, ella no dejaría que él viniese a arruinar su proyecto.

—¿Dónde está? ¿Ya llegó o aún no lo ha hecho? —el tono apacible y mesurado que siempre usaba había desaparecido.

—¿Quién? —contestó Martha con otra pregunta, estaba un poco aturdida por todo, pero más por el cambio de la escritora.

—Alessandro Bonanzierri, ¿dónde está? —inquirió de nuevo.

—Llegó hace unos minutos, pero como es un completo desconocido no me sorprende que esté parado en un rincón, asombrado ante todo el derroche de lujo; seguramente, es la primera vez en su vida que ve algo así —respondió Marcus con burla.

A Samantha no le gustó nada el comentario, había sido tan peyorativo que la hizo sentirse ofendida, aunque no estuviese dirigido a ella. Sin embargo, estaba demasiado furiosa con la actitud de Alessandro para defenderlo en ese momento; si lo que estaba buscando con todo eso era llamar su atención, pues lo había conseguido y no de buena manera, si lo que quería era un encuentro, lo tendría y que se atuviese a las consecuencias.

∞∞∞

Desde el mismo momento en que se percató de la presencia de la escritora en ese lugar y de lo hermosa que lucía esa noche, su mirada no consiguió apartarse de su figura. La siguió mientras caminaba en compañía de su hermana y su agente, mientras las personas a su alrededor seguían una conversación en la que participaba escuetamente. Por fin tuvo la oportunidad para excusarse con ellos y caminó muy despacio, pero sin perderla de vista.

Samantha Steinberg tenía la espalda más atractiva que hubiese visto en años y vaya que había visto muchas, pero esa tenía algo que lo hechizaba, que hacía que desease tocarla. Se sentía tentado mientras caminaba hacia ella, deleitándose con las curvas que adornaban el magnífico cuerpo de la afamada autora de su próximo proyecto.

Las personas en torno a Samantha estaban perplejas por el cambio que había dado, y era que apenas sí podía ocultar la rabia que se había apoderado de ella. Jaqueline intentó distraerla, pero fue poco lo que eso hizo en su estado de ánimo, lo único que deseaba en ese instante era encontrar a Alessandro y decirle unas cuantas cosas.

—Quizás nos estamos preocupando de más, es probable que el señor Bonanzierri ya haya firmado. Sin embargo, no es fácil asumir el modo en que cambiará su vida, este protagónico ha sido uno de los más cotizados este año y supongo que él no debe estar acostumbrado a una avalancha así, pero es ante todo un profesional y no creo que se intimide, estoy segura de ello —dijo Jaqueline mirándolos a todos, pero en especial a su amiga que parecía haber sido poseída.

—Yo pienso igual, la verdad se le notaba bastante calmado ayer, lo que me hace imaginar que no nos dejará colgados con el papel, pero hay que reconocer que es un paso muy grande para alguien como él… De verdad se le notaba comprometido en las audiciones, no creo que ahora que ha conseguido lo que deseaba cambie de parecer; además, parecía tan interesado en tu opinión, Samantha, que dudo que se esté tomando todo esto a manera de juego —dijo Martha.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué quería saber? —preguntó nerviosa.

—Pues su única preocupación parecía ser, si te sentías satisfecha con su desempeño, cuando le mencioné que todo el equipo estaba contento por la selección que habíamos hecho, él solo me pregunto si tú también lo estabas —contestó un poco desconcertada por la actitud de ambos, pues él le dio incluso más valor a la opinión de Samantha que a la de Gary Reynolds, se obligó a centrarse en el momento y prosiguió—. Por supuesto, le hice saber que tú también estabas muy contenta. Después se despidió y me aseguró que hoy tendríamos su respuesta, pero como ves, hasta el momento no me la ha dado.

Samantha sintió que el fuego que colmaba su interior comenzaba a apagarse, pero no acababa de extinguirse, seguía latente como un volcán que dormía, pero que de un momento a otro podía entrar en erupción. La mezcla de sentimientos la hacía sentirse confundida, y a cada minuto se desesperaba un poco más, quería encontrarse con Alessandro y que ocurriese lo que tenía que pasar.

—Necesito algo de tomar. —Se disponía a dar media vuelta, cuando alguien se detuvo tras ella y le ofreció una copa de champagne.

—Qué suerte ser tan oportuno —susurró con un tono seductor.

Samantha se volvió para mirar al hombre a su espalda, sin atreverse a recibir la copa, pero lo hizo por cortesía al ver que esperaba, su mirada se encontró con una aguamarina que le sonreía. Era un hombre alto y rubio, de facciones suaves y masculinas a la vez, nariz recta y labios finos pero que encajaban a la perfección con su rostro, llevaba una barba perfectamente recortada.

—Es un placer conocerla en persona, señorita Steinberg, permítame presentarme, Gary Reynolds —mencionó, extendiéndole la mano.

—Encantada, señor Reynolds, Samantha Steinberg —fue lo único que logró esbozar, aquel hombre la había perturbado por la manera en que la abordó. Le estrechó la mano y el toque era cálido y firme.

—Acabo de llegar de Italia y quería anunciarle que logramos alquilar la propiedad que mencionó para las grabaciones. Debo confesar que es un lugar de una belleza increíble y la verdad no se me hace difícil imaginar lo sencillo que debió resultar para usted, inspirarse para escribir una historia como Rendición; por cierto, déjeme felicitarla, es una gran novela —indicó con una sonrisa encantadora.

—Me hace muy feliz escuchar esa noticia, le agradezco que haya tomado en cuenta mi sugerencia, señor Reynolds…

—Por favor, llámeme, Gary, y no tiene nada que agradecer, para mí fue un placer hacerlo —esbozó, mirándola con intensidad, pero sin dejar de sonreírle y después de eso le dio un sorbo a su copa.

Samantha hizo lo mismo, pero no para quedar en bien con él, sino porque de pronto sintió que los nervios regresaron a ella; secando su garganta, fue como si algo en ese hombre despertara sus alarmas.

Capítulo 14

Alessandro llegó a la fiesta y su presencia apenas si causó algunos comentarios, eso no lo sorprendía y hasta esperaba algo así. Él no tenía conocidos en ese lugar por lo tanto no tendría a nadie a quien saludar; sin embargo, varias miradas femeninas se mostraron interesadas en el trío. De inmediato su mirada recorrió el salón en busca de Samantha, pero no logró dar con ella. Fingió seguir la conversación casual que llevaba con Lucca y su hermano, mientras algunas personas pasaban a su lado y podía percibir el interés en sus miradas, pero no se atrevía a acercarse para preguntarle algo y a él le resultaba mejor así.

Al fin encontró a la causante de la mezcla de sentimientos que lo colmaban, notó que apenas estaba llegando a la fiesta, ya que la misma mujer que los recibió a ellos venía con ella, su hermana y su agente. Las dejó junto al grupo de la producción que disfrutaban de la velada, la vio sonreírles y abrazar a las mujeres. Lucía verdaderamente hermosa, el vestido moldeaba su silueta a la perfección y sabía que no podía ser de otra forma, ella tenía el cuerpo más exquisito que hubiese visto.

De pronto vio cómo su semblante cambiaba, su mirada y sus gestos evidenciaban que algo la había irritado y allí estaba de nuevo esa fuerza y pasión que él conocía tan bien, haciéndola lucir como tanto le gustaba. No le gustaba la Samantha sumisa y controlada, no era a la que había venido a buscar, sino a la que justo en ese instante tenía ante sus ojos.

—Lucca, dame el contrato, ha llegado el momento de entregarlo.

La voz de Alessandro sorprendió a sus acompañantes, quienes se habían resignado a observar a los invitados en vista de lo poco comunicativo que estaba él. Comprendían que no pudiese hablar de nada que estuviese relacionado con la película; y estando en ese lugar no se aventuraban a hacerlo en italiano, porque sabían que en cuanto alguien los escuchase, no les sería difícil sacar conclusiones.

—Por supuesto… ¿Sucede algo? —preguntó intrigado, siguiendo la mirada de su representado; la persona en la que la tenía enfocada, le dio la respuesta—. Al parecer están un poco tensos, quizás sea por tu causa —comentó para que Alessandro estuviese preparado.

—Es probable, por ello no los haré esperar más —señaló sin mucho énfasis y dio un par de pasos, cuando se detuvo en seco.

Su mirada captó a un hombre que veía descaradamente a Samantha, sabía perfectamente que era a ella pues el tipo estaba siendo muy evidente; además como cazador, Alessandro sabía perfectamente como reconocer a otro y ese hombre lo era. Su lenguaje corporal se lo dejaba claro, pero estaba loco si pensaba que lo dejaría salirse con la suya.

No se había percatado de ello, pero cuando recorrió el salón con la vista, pudo ver que el rubio no era el único que tenía la mirada puesta sobre su mujer, muchos más también lo hacían y ni siquiera disimulaban. Eso hizo que una hoguera cobrara vida dentro de su pecho y retomó su marcha con paso decidido, se tensó aún más al ver que el hombre había llegado hasta ella y le ofrecía una copa de champagne; lo que no sabía era que tenía una gran ventaja sobre él y sobre toda la cuerda de miserables que la deseaban; ella había sido suya y podía jurar que seguía siéndolo.

—Buenas noches —saludó al llegar y de inmediato todas las miradas se posaron en él, pero

la suya solo lo hizo en Samantha, en ese lugar no existía nadie más para él.

—¡Señor Bonanzierri! Buenas noches… Es grato verlo.

—Digo lo mismo, señora Wilson, es un placer encontrarlos a todos —contestó desviando apenas la mirada—. Permítanme presentarles a mi hermano, a mi agente el señor Puccini, ya lo conocen —indicó señalando a su acompañante.

—Encantado, Lisandro Bonanzierri —por cortesía saludó primero a la mujer que su hermano había nombrado, pero después su mano buscó la de la escritora—. Señorita Steinberg, es un placer conocerla, permítame expresarle mi admiración no solo por su gran trabajo sino también por su belleza —dijo, mostrando una sonrisa.

—Muchas gracias, señor Bonanzierri, yo también estoy encantada de conocerlo —mencionó Samantha, recibiendo la mano del hermano de Alessandro mientras se obligaba a no temblar.

Se sentía perturbada primero por la manera en la que él había hecho acto de presencia, pero todo empeoró al ver que venía junto a su hermano. Podía jurar que todo quedaría al descubierto en ese momento; pero para su fortuna, o Lisandro Bonanzierri era tan buen actor como su hermano, o no la había reconocido.

Alessandro pudo ver cierta veta de miedo en la mirada de Samantha cuando lo vio llegar y se sintió extrañado ante esa reacción, así como ese saludo tan mecánico que le dio a Lisandro; esperaba que ella sintiera lo mismo que percibió él cuando conoció a Diana. Aunque, quizá el culpable fue su hermano por usar la misma estrategia que con todas las mujeres que conocía, halagar algo que fuese importante para ellas y después lanzarse con un cumplido, eso provocó que quisiera golpearlo por querer jugar al Casanova.

Samantha estaba tajantemente prohibida para él y se lo hizo saber de manera sutil, dedicándole una mirada, vio el desconcierto reflejado en su semblante, y cayó en cuenta que no estaba al tanto de nada; ya después buscaría la manera de dejárselo claro. Uno a uno se fue presentando hasta que llegó el turno para el rubio, quien antes que Lisandro lo hiciese, se dirigió al actor y le extendió la mano.

—Así que usted es el famoso, Alessandro Bonanzierri…

—Famoso en mi país, porque aquí soy un completo desconocido, como se habrá dado cuenta —esbozó, dándole un apretón firme.

—Aquí es solo cuestión de minutos, diría yo… Pero soy consciente de que en su país es una especie de ídolo de generaciones, catorce años siendo considerado uno de los mejores actores italianos, supongo que no es algo sencillo de mantener; sin embargo, usted lo ha conseguido —acotó, mirándolo a los ojos.

—Parece estar usted muy bien informado, señor…—se detuvo para hacerle saber que aún no había dicho su nombre.

—Que descuido el mío, perdone no me he presentado, soy Gary Reynolds —dijo, mostrando una amplia sonrisa.

La sorpresa se reflejó de inmediato en el rostro de Alessandro, él no se había interesado en buscar información sobre el dueño de la productora que había comprado los derechos de Rendición, pero lo imaginaba completamente distinto al hombre que tenía ante él. Lucca que, si lo había hecho, miraba desconcertado al rubio que no debía tener más de treinta y cinco años, ese no era el Gary Reynolds que él conocía, se disponía a hablar cuando el rubio vio sus intenciones.

—Mi padre es el presidente de la productora, llevamos el mismo nombre y esto se presta a confusiones, pero cuando habla conmigo es como si lo estuviese haciendo con él… Justo le mencionaba a la señorita Steinberg, que acabo de llegar de su país y logré firmar un contrato con el señor Davide Codazzi, para utilizar su propiedad como escenario para Rendición… Es un

lugar realmente hermoso, en pleno corazón de la región de La Toscana…

—Conozco la propiedad de los Codazzi… —dijo Alessandro, sin poder evitarlo al sentir que su rechazo hacia ese hombre crecía. ¿Cómo pretendía darle referencias sobre su propio país? Vio cómo Samantha bajaba la mirada y se tensaba, no deseaba incomodarla así que buscó la forma de aclarar su comentario—. Nuestros abuelos tienen una propiedad cerca, pero se dedican a la crianza de caballos, un negocio de generaciones que empezó desde hace dos siglos, un tío abuelo de mi padre era amante de los caballos pura sangre y logró sacar grandes cruces, pero esa es otra historia. Como le decía, he tenido la oportunidad de visitar la misma en algunas ocasiones y me parece un lugar perfecto —acotó de manera casual.

—Así que usted también lo ha visitado, que coincidencia, la señorita Steinberg también pasó una temporada allí hasta donde tengo entendido, contaremos entonces con dos personas que conocen bien la propiedad, eso es maravilloso —indicó Marcus con un rictus en los labios que se suponía era una sonrisa—. Aunque creo que me estoy adelantando a los hechos, ya que usted no nos ha dado una respuesta aún —agregó intentando no mostrarse urgido por esta.

—Tiene razón, ha sido una actitud completamente desconsiderada de mi parte, les pido disculpas por ello, pero cuente con esas dos personas para guiarlos dentro de la propiedad de los Codazzi —contestó Alessandro, mirando al hombre, podía sentir que él no le caía bien y el sentimiento comenzaba a ser mutuo, le mostró una sonrisa arrogante y después se volvió hacia Samantha—. Lucca, ¿podrías pasarme el contrato, por favor?

—Por supuesto, aquí lo tienes —respondió, entregándoselo.

—Gracias —mencionó, sin siquiera mirar a su agente, pues no apartó su vista de la escritora —. Samantha —la llamó y la mirada marrón encontró de inmediato la azul—. Será un placer trabajar con usted y ser su Franco Donatti, señorita Steinberg —pronunció en un tono suave y sumamente atrayente, haciéndole entrega a ella del contrato y sorprendiendo a todos en el lugar.

Un silencio incómodo se apoderó de los presentes porque Alessandro debía entregarle el contrato a Martha, era a quien le correspondía; no a la escritora, ella no tenía nada que ver con la audición, su participación solo era para dar su visto bueno a los candidatos y nada más. Una vez más, Alessandro estaba dejando claro que la opinión de ella era la única que realmente le interesaba, apenas si se inmutó ante las miradas que le dedicaban las demás personas, la suya estaba clavada en la dueña de su alma.

Samantha sentía que su corazón latía demasiado de prisa, escuchar a Alessandro llamarla por su nombre otra vez, había sido como un detonante para que cientos de emociones estallaran dentro de su pecho. Estaba conteniendo la respiración y temblando al mismo tiempo, su mirada no podía escapar de la de él, fue como si todo a su alrededor desapareciera y el tiempo se hubiera detenido. Apenas notó cómo su mano salió en busca de la de él y se topó con la carpeta, pero la manera en cómo la sostenía hizo que inevitablemente sus dedos se rozaran.

—Gracias —esbozó, su voz era igual de suave.

Sus dedos temblaron ante el cálido roce con los de Alessandro, una hermosa sonrisa se dibujó en sus labios cuando esa calidez subió por todo su cuerpo en cuestión de segundos y colmó su pecho; al tiempo que sus ojos se iluminaban. Él solo asintió, pero le regaló una sonrisa que llegó hasta sus hermosos ojos azules, la misma sensación que había cubierto a Samantha también lo envolvía a él, fue como si ese roce de pieles y el intercambio de palabras, encerraran mucho más que el acuerdo que los demás creían, bueno al menos en su mayoría.

Jaqueline estaba que aplaudía ante la escena, sentía su corazón latir tan rápido, desbordando felicidad por su amiga, Samantha estaba enamorada de ese hombre, podía empeñarse en negarlo, pero era evidente que aún lo amaba. Nada más había que ver cómo se iluminó su mirada; además

debía resaltar la manera de proceder de Alessandro Bonanzierri, si hasta a ella la había cautivado con esa declaración y el tono de su voz había sido tan íntimo y sutil, que tuvo que suprimir un suspiro para no parecer una quinceañera o arruinar la escena.

—Supongo… que esto quiere decir que ya tenemos protagonista de manera oficial —mencionó Patricia, rompiendo el silencio.

Y por supuesto, también la burbuja que se había creado en torno a Samantha y Alessandro, ambos sintieron como si los acabasen de despertar de un sueño muy placentero. Ella se irguió dándose cuenta de que al parecer se había inclinado hacia él; aún su corazón latía con mucha prisa y sus manos eran presa del temblor, respiró para llenar sus pulmones, intentando hacerlo de manera disimulada y después de eso posó su mirada en la carpeta con el logo de The Planet.

—Aún no, falta que Thomas y el señor Reynolds reciban el contrato y hagan el anuncio —señaló Marcus con su tono glacial.

—En ese caso, mi padre estará feliz de recibir el contrato en este preciso momento, creo que debería entregársela a Martha y que sea ella quien se la haga llegar. ¿No le parece, Samantha? —inquirió Gary, mirándola mientras le sonreía.

La sonrisa se había desvanecido de los labios de Alessandro cuando la guionista retomó la conversación, pero mantenía su felicidad interna al comprobar que no le era completamente indiferente a Samantha. Sin embargo, cuando escuchó a ese hombre llamarla por su nombre, sintió que lo golpeaba en la cara, tensó la mandíbula y su mirada se volvió fiera. Samantha estaba tan abrumada por todas las sensaciones que la recorrían, que no cayó en cuenta de lo que debía hacer, apenada se la entregó a la encargada de la audición.

—Por supuesto… perdón, toma, Martha. —Mostró una sonrisa amable que intentaba ocultar los nervios que sentía.

—No te preocupes, Samantha, bienvenido al equipo y a este proyecto, señor Bonanzierri, ahora si no es mucha molestia le importaría acompañarme a ver al señor Reynolds, por favor —pidió mirando con seriedad al actor. Se había sentido un poco dolida por cómo la ignoró, entregándole la carpeta a Samantha.

—Gracias, Martha, será un placer acompañarla —contestó, mirando a la mujer a los ojos, podía sentir la tensión en ella, así que le dedicó una sonrisa y le ofreció su brazo para compensarla por lo que había hecho. Antes de salir de allí miró a sus acompañantes y estaba por decir algo cuando su hermano lo hizo.

—Ve tranquilo, nosotros seguiremos disfrutando de la velada —mencionó y le entregó una mirada que ambos conocían bien.

—Perfecto, nos vemos dentro de un rato, con su permiso —dijo observando una vez más a Samantha.

—Esperen, nosotros también los acompañaremos, supongo que aún no ha saludado a mi padre, ¿no es así? —le preguntó a la escritora mientras le ofrecía su brazo.

—No, la verdad aún no he tenido la oportunidad —contestó ella sin saber qué hacer ante el gesto del hombre.

Se sentía cohibida por la presencia de Alessandro, pero una mirada fugaz a Jaqueline sirvió para que se decidiera, ella le había indicado de manera disimulada que aceptara la invitación de Reynolds.

—Permítame llevarla con él para que pueda hacerlo, estoy seguro de que estará feliz de verla —le dijo con una sonrisa.

Caminó con ella dejando detrás al actor y Martha, para ser él quien los guiara al despacho de su padre. Cuando Alessandro pudo apreciar el escote del vestido de Samantha en todo su

esplendor, la rabia que sentía por las libertades que se estaba tomando el americano, fueron reemplazadas de inmediato por un deseo contundente, dejó ver una sonrisa ladeada y curvó una ceja.

Pensó que después de todo no le había ido tan mal al quedar detrás de ellos, tenía la mejor vista de la que podía disfrutar esa noche y ni siquiera se esforzó por disimular, clavó su mirada en la espalda de Samantha y más allá, deleitándose con el andar suave y sensual de ella, ese que era tan natural como hermoso y que él había visto infinidad de veces, incluso mejor que ese, pues él la había visto caminar así, pero completamente desnuda y solo para su placer.

La reunión dentro del despacho de Gary Reynolds padre, se podría resumir como amena y enfocada al éxito que le deparaban a Rendición, el hombre se mostró complacido con Alessandro y le hizo saber que había visto su trabajo en general, no solo las cintas de las audiciones; por lo tanto, confiaba en su talento para darle vida al hombre que tenía a la mitad de las mujeres en el mundo rendidas a sus pies.

Alessandro agradeció la confianza y la oportunidad, se sentía satisfecho con lo que había logrado en el plano profesional, debía reconocerlo, pero su principal objetivo era recuperar Samantha; al parecer, la magia de minutos atrás se había desvanecido. Ella se mostraba cortés pero distante, lo que lo confundía y frustraba, se esforzó por parecer feliz, pero la buscaba con la mirada para hacerle ver que debían hablar, no podía seguir dándole largas a ese asunto.

«Me estoy muriendo por besarte, por tocarte, tengo que hacerlo, tiene que ser hoy… ¡Por un demonio, Samantha, mírame!»

Así pasaron varios minutos hasta que el presidente envió por la actriz que compartiría el principal con él, deseaba tenerlos a los dos allí y darles un discurso antes de hacer su presentación oficial.

—Bueno, señorita Steinberg, aquí los tiene —mencionó, poniéndose de pie y avanzando hacia ellos cuando vio a Kim Dawson entrar al lugar—. Su Priscila Hamilton y su Franco Donatti en persona.

Todos sonrieron con efusividad, a excepción de Samantha y Alessandro, que apenas esbozaron una por cortesía, pues ambos eran conscientes de que la realidad era otra y que esa mujer solo era una intrusa. Lamentablemente era una que había entrado con permiso de todos y nada se podía hacer a esas alturas.

—¡Oh, Gary! Tú tan genial como siempre, será un placer trabajar de nuevo junto a ti y por supuesto con todo este maravilloso equipo que has creado, no podía ser de otra manera, siempre ofreces lo mejor —expuso, mientras se acercaba a él para abrazarlo.

—Por supuesto hermosa, sabes que me caracterizo por la calidad, solo esta da buenos resultados, muestra de ello es la cantidad de premios que hemos conseguido; los otros apuestan al azar, yo juego seguro y por eso he decidido llevar a Rendición a la gran pantalla. Estoy seguro de que rebasará todo éxito conseguido hasta ahora, no le sorprenda, Samantha, que el próximo año estemos siendo nominados para los premios de la Academia —esbozó sonriente.

Era tal la seguridad que mostraba que tanto a Alessandro como a Samantha les pareció demasiado presuntuoso. Sin embargo, no pudieron evitar emocionarse ante esas palabras y hacerse ilusiones, él porque ella obtuviese el reconocimiento que merecía y ella porque la entrada de Alessandro a ese mundo fuese por la puerta grande.

∞∞∞∞

Después de unos minutos, subieron a la tarima en el centro del salón, la orquesta se había retirado para descansar y brindarle el espacio que Gary Reynolds necesitaba para pronunciar su discurso. Mientras Kimberly Dawson y todos los demás se mostraban felices y haciendo gala de sus dotes de estrellas de Hollywood, Samantha y Alessandro sentían que los nervios hacían estragos en ambos.

Ella por la cercanía de él, pero también porque empezaba a ver como una realidad todo eso que le esperaba, era como si estuviera despertando de un sueño y descubriese que el sueño seguía allí. La mezcla de sentimientos era tan grande, que apenas podía definir unos cuantos, su corazón latía de prisa, sus manos estaban frías y sudaban, sus piernas temblaban y le estaba costando respirar, pero aun así mantenía su sonrisa, algo le decía que Alessandro estaba igual, estaba junto a ella y la tensión que lo cubría era palpable.

Samantha estaba en lo cierto, la situación no era muy distinta para Alessandro, había pensado que estaba preparado para todo eso, pero la verdad era que no, solo se había lanzado confiando en el amor que ella le tenía. Sin analizar que su vida cambiaría por completo después que diese ese paso, sin ser consciente hasta qué punto volvería a entrar a las fauces del lobo y esta vez un lobo mucho más voraz y peligroso que aquel que tuvo que enfrentar años atrás, cerró sus párpados un instante y pensó en su familia y todas las promesas que les había hecho.

—Alessandro —susurró solo para que él escuchara, comprendió que había sido así cuando lo vio abrir los párpados—. Todo estará bien… va a salir bien —susurró, mirándolo.

—Lo sé… —dijo él en el mismo tono, viéndola a los ojos.

Aprovechando que todos estaban concentrados en el discurso de Reynolds, tomó la mano de Samantha y entrelazó sus dedos con los de ella, sintiendo de inmediato que el miedo se esfumaba, la seguridad que su preciosa escritora le brindaba lo lanzó lejos de él.

—Tú estarás a mi lado y solo eso me basta para saber que todo estará bien… Tú me trajiste aquí, Samantha —confesó con la voz ronca y la mirada cargada de un brillo especial.

Una vez más todo desaparecía y solo quedaban ellos con ese amor que era imposible de ocultar, sus miradas lo gritaban, el toque de sus manos también y sus labios estuvieron a punto de esbozarlo. Sin embargo, una vez más la burbuja había sido reventada y el momento había pasado, dejándolos a la deriva.

Capítulo 15

Gary Reynolds anunciaba lleno de satisfacción a todos, que Rendición era prácticamente un hecho, ya tenía protagonistas y locaciones; además, que las grabaciones empezarían en pocas semanas, planeaban estar presentando la película a finales de año, pues contaban con el mejor equipo del mundo para hacer que eso fuese posible.

—A nuestra querida, Kim Dawson, ustedes ya la conocen, es una de sus consentidas, ven aquí, cariño —le pidió a la mujer mientras le extendía la mano y mostraba una gran sonrisa.

Ella no se hizo esperar, caminó hasta él con ese andar desenvuelto que le daba el ser una de las estrellas del momento, llena de seguridad y elegancia se ubicó junto al presidente de la productora. Recibió la mano que él le ofrecía con una espléndida sonrisa y después posó su mirada en la gran cantidad de reporteros que se habían apostado frente al escenario y comenzaron a fotografiarlos.

Samantha sabía que al próximo en llamar sería a Alessandro, así que le dedicó una sonrisa y le apretó suavemente la mano para llenarlo de confianza, después desenlazó sus dedos despacio. No quería separarse de él, pero sabía que debía hacerlo antes que las personas se volviesen hacia ambos y los viesen tomados de manos.

Él comprendió el gesto de ella, le dio las gracias con una mirada y también le dedicó una sonrisa, tuvo que luchar con todas sus fuerzas para no amarrarla en un abrazo y besarla hasta sentir que se llenaba el vacío que ella le había dejado cuando se marchó de La Toscana.

—Hermosa como siempre, ¿no es así? —preguntó Gary al público, orgulloso de la mujer que tenía a su lado—. Pero también es mi deseo presentarles a un caballero, y estoy seguro de que su nombre será el que encabezará los titulares de los diarios mañana, no solo aquí, también lo hará con mucho orgullo en su natal Italia, por favor, amigo, acompáñanos. —Se volvió para invitarlo a unirse a ellos.

Alessandro acortó la distancia con un andar seguro y elegante, su cuerpo erguido les demostraba a los demás que no había una pizca de nervios dentro de él, solo desbordaba arrogancia y sensualidad, como si se tratase de un exótico felino, vestido completamente de oscuro, traje Dolce y Gabbana azul marino, camisa y corbata de seda negra, contrastaban a la perfección con su piel blanca, sus ojos azul zafiro, sus rasgos estilizados y masculinos al mismo tiempo, tan perfecto, que no parecía real y que de inmediato atrajo todas las miradas.

Se detuvo al lado derecho de Gary Reynolds, dejándolo en medio de la actriz y de él, para no restarle protagonismo, miró a las personas que lo veían llenos de curiosidad, como si fuese el espectáculo de un circo, pero se limitó a mostrar media sonrisa, ya estaba acostumbrado a que reaccionaran de ese modo. El productor le dedicó una sonrisa amable, se le veía feliz ante las caras de desconcierto de todos los presentes, hizo un gesto con su mano para acallar un poco a la multitud que había colmado el lugar del sonido de sus murmullos.

—El señor que tengo a mi lado es un gran actor, un profesional de calidad, con trece años de carrera y estoy seguro les dará mucho de qué hablar, permítanme presentarles a Alessandro Bonanzierri… —hizo una pausa mientras el público lo detallaba y después de ello le puso una mano en la espalda a él y a la actriz para acercarlos—. Damas y caballeros es un placer traerles a Priscila Hamilton y Franco Donatti, los protagonistas de la versión cinematográfica de Rendición

—finalizó con una sonrisa que casi dividía su rostro en dos.

El silencio solo duró un segundo, después de eso la ola de murmullos que se desató fue ensordecedora, los flases de las cámaras comenzaron a dispararse dejando casi ciego a Alessandro. Tuvo que poner toda su concentración en mantener los ojos abiertos ante la avalancha de luces que se estrellaban en sus pupilas. Apenas fue consciente cuando Gary Reynolds se retiró dejándolo junto a Kimberly Dawson, ella de inmediato pasó su brazo alrededor de su cintura y comenzó a posar para los fotógrafos. Él siguió su ejemplo y también le rodeó la cintura, al tiempo que esbozaba una sonrisa.

—Y por supuesto, los encargados de crear la magia y hacer que este par queden completamente rendidos y enamorados, la señorita Samantha Steinberg y mi gran amigo el señor Thomas Whitman —enunció Gary un par de minutos después.

Samantha dejó ver una sonrisa a todas luces forzada o al menos eso percibió Alessandro, él sabía que ese comentario del productor no le había caído en gracia, pues a él tampoco; sin embargo, también era consciente que ambos estaban atados de manos y no podían hacer nada más que continuar con la actuación. Para darle el puesto que merecía, le hizo un lugar entre la actriz y su persona, pidiéndole con la mirada a Kimberly que hiciera lo mismo con el director para dar la imagen del perfecto equipo, la actriz era inteligente y comprendió su punto.

Los aplausos en el salón no se hicieron esperar y Gary parecía que iba a reventar de orgullo, los años en ese negocio le habían enseñado que un producto debía mostrarse atractivo desde sus mismos inicios, debía crear expectativa en los demás, seducirlos hasta el punto de que todos quisieran tener un poco, por ello había aceptado sin titubear a los protagonistas que habían quedado en la audición. No solo eran buenos actores, también eran de los que volvían locos a hombres y mujeres por igual, así que tenía en sus manos la fórmula perfecta para crear una historia que todos quisieran ver. Y todo gracias al buen tino de su hijo mayor, que no dejó de fastidiarlo hasta que logró que leyese la historia de Samantha Steinberg, y le propusiese hacer una película.

—Gary… ven con nosotros —le pidió con una sonrisa que desbordaba orgullo—. Les presento al mayor responsable de todo esto, mi querido hijo. Gracias a él estamos reunidos en este lugar, Rendición será su primer proyecto, desde ya le auguro la mejor de las suertes.

El anuncio del hombre fue una sorpresa para muchos; sobre todo, para Samantha, que pensaba que todo eso lo había hecho él, no su hijo. El rubio tenía una gran sonrisa y la vista en el público, pero al parecer sintió la suya, pues se volvió para verla haciendo el gesto más amplio. De pronto sintió como la mano de Alessandro que estaba en su espalda se tensaba y bajaba hasta su cadera, agarrándola con posesión, ella lo miró desconcertada, y notó que, aunque sonreía su mirada era seria.

Después de unas cuantas palabras más por parte del director y el dueño de la productora, culminó el anuncio y dieron paso a los músicos una vez más. El equipo de producción fue trasladado hasta la mesa que ocuparían esa noche para continuar disfrutando de la velada. A los periodistas se les dejó claro que ninguno de los actores estaba en libertad de dar declaraciones acerca del proyecto, así que no insistieron y solo se limitaron a pedir algunas fotografías.

—Es la primera vez que se causa tanto alboroto para el anuncio de unos protagónicos, es evidente que Gary desea hacer de Rendición la película más sonada desde ya —comentó Marcus de manera casual.

Viendo donde estaba el italiano y Kim Dawson, junto a Samantha y Gary hijo posando para el lente de los periodistas, mientras que Thomas y el presidente de la productora ya estaban cazando posibles patrocinadores, eso era un negocio por donde lo viesen.

—Él sabe lo que hace, no en vano The Planet es una de las productoras más grandes del país y se ha mantenido tantos años entre las más prestigiosas. Todo se trata de publicidad, y no olvides que Reynolds tiene una maestría en Harvard —expuso Martha, observando también el cuadro ante sus ojos.

—Yo estoy segura de que todos conseguiremos lo que deseamos con este proyecto, solo debemos enfocarnos a trabajar en equipo para conseguirlo —mencionó Jaqueline.

Sentía la amargura en el tono del productor, podía ser muy profesional, pero también un idiota cuando quería.

Minutos después ya todos estaban en la mesa, aunque Samantha y Alessandro hubiesen deseado seguir juntos como minutos atrás, no pudieron hacerlo; ella tuvo que ocupar el asiento junto a Gary y el italiano al lado de Kimberly. Ambos fingían que escuchaban la conversación en la mesa, pero estaban muy lejos de allí, llevados por las emociones que los recorrían y los recuerdos que los colmaban.

La atención de todos fue captada una vez más por el anfitrión de la velada quien esta vez anunciaba a la famosa agrupación *Bon Jovi*. Como era de esperarse, el público estalló en aplausos cuando la misma se hizo presente, evidentemente era una de las consentidas de Hollywood, de inmediato el cantante se adueñó del escenario interpretando algunas de sus canciones más famosas, entre las que por supuesto se encontraban la infaltable *Always*.

—¿Puede haber algo más cursi y masoquista que esa canción? —le preguntó Lisandro a su hermano.

Lo hizo en italiano y usando un tono de voz bajo para que los demás que parecían adorar la canción, pues la cantaban como si se tratase del himno nacional, no lo sacrificaran allí mismo.

Alessandro que no la seguía en voz alta, pero si en su mente, solo dejó ver media sonrisa ante el comentario de su hermano, pues debía admitir que tenía razón, la letra era todo lo que había dicho. Solo que así se sentía el amor, él lo sabía muy bien, ya que desde que la misma empezara, prácticamente se la estaba dedicando a Samantha y ella lo descubrió cuando sus miradas se encontraron a mitad del coro.

—Espera un momento… ¿A ti también te gusta? —inquirió de nuevo, mirándolo sin poder ocultar su asombro.

—Es buena —contestó, mirando a Samantha, mientras la banda hacía un solo de guitarra para entrar a la parte más emotiva.

—Por supuesto, si deseas utilizarla para cortarte las venas, Romeo —confirmó con media sonrisa, pero sin salir de su sorpresa.

Samantha escuchaba la conversación de los hermanos y la entendía perfectamente, por lo cual dejó ver una sonrisa ante los comentarios de Lisandro, él era exactamente igual a como lo había descrito Alessandro cuando hablaron de sus familias estando en La Toscana. Divertido, relajado, un adolescente encerrado en el cuerpo de un hombre adulto; se volvió para mirarlos y el actor puso los ojos en blanco.

La sonrisa en ella se hizo más amplia y hermosa, llegando hasta sus ojos, lo vio responderle de igual manera, su pecho se llenó de calidez y no pudo evitar recordar cuánto amaba verlo sonreír. La letra de la canción hizo que la mirada de Alessandro se llenara de intensidad y esbozara la petición que sus labios no podían hacer en ese momento. Samantha sintió como sus latidos se desbocaban; se llenó de miedo ante lo que su mirada podía responder y la bajó como una cobarde.

Alessandro suspiró sin preocuparse siquiera por hacerlo en silencio, preguntándose por qué todo tenía que ser tan complicado, por qué ella no terminaba de dejarle ver que estaba igual,

deseando tenerlo cerca, que también se moría por estar junto a él, por besarlo. ¿O acaso ya no sentía lo mismo? Se cuestionaba llenándose de dudas, pero la voz de su madre pidiéndole paciencia y comprensión lo hizo sentirse confiado.

Sin embargo, no se lo estaban poniendo nada fácil; sobre todo, el aventajado de Gary Reynolds hijo, que se había instalado junto a ella y la miraba como si estuviese allí solamente para él, para entretenerlo, apenas tenía horas conociéndolo y ya sentía que lo detestaba. La tensión llegó a su punto máximo cuando lo vio poner el brazo por encima del espaldar de la silla que ocupaba Samantha, tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol para no levantarse y alejarlo de un empujón, pues podía ver que la incomodaba o al menos eso deseaba creer él.

Las notas de una nueva canción inundaron el lugar, esta vez fue la no menos famosa, *Bed of Roses,* una vez más el público estallaba en aplausos y vítores para la famosa agrupación, para después seguirla acompañando a Jon, que disfrutaba compartiendo con ellos.

—Bueno, ésta me gusta más; sobre todo, por lo de la rubia —esbozó Lisandro de nuevo.

—Sí, seguramente se la cantas a Vittoria cada vez que regresas de un viaje —comentó Alessandro, con sarcasmo.

—Pues no, la verdad no lo he hecho, pero saltándome algunas partes, bien podría hacerlo —respondió con picardía.

Alessandro solo negó y volvió a sonreír, Lisandro tenía el poder de mejorar su humor, aun así, seguía tenso por la cercanía de Samantha y el productor. Se devanaba los sesos intentando encontrar la manera de separarlo ella, pero no daba con ninguna que no fuese tan obvia como para no suscitar comentarios. Sabía que su acto al entregarle a ella el contrato en lugar de a Martha Wilson, no había pasado desapercibido y no quería hacer algo más que perjudicara a Samantha.

Estaba en medio de esas cavilaciones cuando vio que el vocalista se acercaba hasta la mesa donde estaban ellos; su corazón comenzó a golpear contra sus costillas. Conocía esa rutina, había ido a dos conciertos y sabía con qué propósito bajó Jon del escenario.

«¡Maldita sea! ¿Me puede estar pasando esto a mí?»

Se preguntó en pensamientos, cuando el hombre le extendió la mano a Samantha con una gran sonrisa y ella se quedó inmóvil. Sabía que ella también conocía la rutina pues era fanática de la banda; sin embargo, el alivio lo golpeó de lleno cuando vio que Jaqueline Hudson salió al rescate de su escritora, recibiendo la mano del músico por ella.

—Jon no seas malvado, sabes que ella está comprometida —mencionó mientras sonreía.

Comenzó a bailar con el cantante que sonreía con picardía; como era de esperarse, después de un minuto le dio un beso en los labios, ella lo recibió feliz y fue guiada de regreso a la mesa. El cantante posó una rodilla en el suelo y miró a Samantha mientras le dedicaba el coro, ella sonreía nerviosa y halagada, sorprendiéndose cuando sintió el beso en su mejilla, se animó y le entregó uno también.

Alessandro sintió que lo había pateado en las pelotas, le importaba un carajo que fuera una simple puesta en escena, Samantha era suya y lo jodía que alguien le coqueteara. Solo lo alivió descubrir que Gary Reynolds también mostraba cierta incomodidad por la osadía que había mostrado el músico. Eso apenas empezaba, que tragara bilis desde ya, porque el próximo golpe se lo daría él.

Se dejaría de rodeos; después de todo, nunca le había preocupado mucho los rumores que se podían crear a su alrededor, y si por lo que estaba a punto de hacer encendía la llama, bueno que fuese de una vez. Él había llegado con el objetivo de reconquistar a Samantha, así que actuaría antes que otro llegase a querer quitarle a su mujer. Las notas de la siguiente canción empezaron a

sonar y por la melodía supo que sería la adecuada, sin siquiera analizarlo se puso de pie.

—Señorita Steinberg, ¿sería tan amable de bailar conmigo? —le pidió, mirándola a los ojos y extendiéndole la mano.

Tal como predijo la bomba estalló, todos los presentes clavaron sus miradas en él primero y después en ella, a la espera de una respuesta.

Samantha no podía creer que Alessandro se estuviera arriesgando de esa manera ¿acaso se había vuelto loco? ¿O cuántas copas de champagne había tomado? Se preguntó, mirando su mano frente a ella. Esta vez Jaqueline no salió en su auxilio, así que elevó la mirada consciente que él esperaba, había extrañado tanto el azul de sus ojos, que le habían parecido siglos en lugar de años.

Una vez más su corazón y su cuerpo actuaban por ella, posó su mano sobre la de él, que la encerró de inmediato en la suya y despacio la ayudó a ponerse de pie, para luego salir hacia la pista de baile que para su fortuna estaba ocupada por varias parejas.

Jaqueline y Lucca cruzaron miradas, intentaron disimular lo que era evidente, pero fue muy tarde para ocultar que estaban al tanto del secreto entre Alessandro y Samantha. Ella no pudo ocultar su sonrisa de satisfacción ante el acto del italiano, empezaba a sentir que le caía muy bien, no era de los que se quedaban en un rincón dando las cosas por seguras, él salía a conquistarlas, como buen romano que era.

—El escote en tu vestido no me permite tener un lugar decente donde poner la mano. —Fue lo primero que le dijo, mientras sonreía y se ubicaba con ella en un espacio de la pista.

—Culpa de ello a mi agente, fue quien lo escogió —dijo mordaz.

El sonrió feliz de que le replicara como antes, no podía apartar su mirada de ella, sentía como si hubiera demasiado tiempo lejos, pero al mismo tiempo podía percibir que sus pieles se reconocían. La suavidad y la calidez que solo ella le brindó estaba allí una vez más, la felicidad lo iba llenando de a poco, más al ser consciente que en instante, Samantha era suya de nuevo.

Ella se esforzaba para que no notara que estaba temblando o que su corazón parecía una locomotora; si cuando posaron para las cámaras había sido una tortura y había logrado la hazaña de no morir de deseo por Alessandro, estaba segura de que salir ilesa de ese baile sería casi un milagro. Su calor, su poderosa presencia, su voz, sus manos que parecían quemarla, todo en él la estaba llevando hacia un abismo.

—Tu mánager empieza a caerme bien… —respondió de manera casual, al tiempo que le dedicaba una sonrisa.

Con suavidad le acarició la espalda hasta posar su mano en la cintura, poco antes del final del escote, sintiendo cómo la calidez de sus pieles se mezclaba creando un fuego que empezó a recorrer su cuerpo, su necesidad por tocarla no había menguado en todos esos años; por el contrario, se había hecho más intensa. Samantha suspiró y él por instinto y deseo la atrajo más a su cuerpo, dejando sus rostros muy cerca, sintiendo el suave aliento de ella en su cuello.

Samantha podía sentir su cálida respiración sobre la mejilla, el calor que le brindaban sus manos, esa sensación de haber hecho eso tantas veces, de que fuese tan natural como lo era respirar; su mano también se deslizó por la espalda de Alessandro, sintiendo los músculos bajo la suave tela, esos a los que tantas veces se aferró mientras disfrutaba del extraordinario placer que solo él le entregó. Sintió su cuerpo palpitar ante los recuerdos y tuvo que luchar para no morderse el labio, o terminaría mostrándole cuánto la afectaba. Lo escuchó suspirar y su corazón comenzó a latir más de prisa, no se atrevía a verlo a los ojos, sabía que si lo hacía estaría perdida, no le importaría nada más que él y terminaría besándolo en medio de todas esas personas.

—No había escuchado esta canción —dijo él, prestando atención a la letra, sorprendido al ver

cómo podía adecuar ese instante.

—Yo sí —respondió, sabía por qué había hecho ese comentario.

—Es hermosa… ¿Cómo se llama? —le preguntó con la voz ronca por las emociones que lo invadían y buscó los ojos de Samantha.

—*Make a memory*… —respondió y se tensó por tener que contener lo que estaba sintiendo, quería abrazarlo y llorar de felicidad.

Pensó que nunca más lo vería y sufrió tanto por su ausencia que tenerlo allí era sencillamente abrumador, aún no podía creerlo y la letra de la canción solo removía más y más sentimientos dentro de su ser, estaba jugándose la cordura en ese instante.

Alessandro notó las emociones en ella y le dolió verla tan triste y confundida, apretó con suavidad la unión de sus manos para reconfortarla, atrapando su mirada le hizo saber que todo estaría bien, que no se derrumbase en ese momento. Aunque, él también luchaba con sus lágrimas y con esa emoción que estaba a punto de desbordarlo.

El tiempo corría en su contra anunciándoles que debían hablar, pero no sabían por dónde empezar y el silencio los arropó de nuevo; siguieron bailando y escuchando la canción, dejando que poco a poco fuese despertando emociones dentro de ellos, llenándolos como si fuesen un recipiente que había permanecido vacío por mucho tiempo.

—¿Quieres? —preguntó él, mirándola a los ojos después de un minuto, entendiendo el significado completo de la letra.

—¿Qué? —contestó ella con otra pregunta y una mezcla de miedo y esperanza en la mirada.

—¿Recordar? ¿Robarte un poco de tiempo? ¿Quieres hacerlo junto a mí, Samantha? —inquirió, aunque era más una petición, una súplica, le estaba rogando por una oportunidad.

Ella se quedó mirándolo, sintiéndose perdida en esos maravillosos ojos azules que seguía amando; tan liviana y libre que podía asegurar que flotaba, sentía cómo poco a poco Alessandro la envolvía en esa magia que desbordaba. La misma que la había cautivado años atrás, quiso recapacitar y aferrarse a algo seguro, pero lo único que podían tocar sus manos era a él, lo único que podían ver sus ojos era a él.

Sentía todo su cuerpo vibrar ligeramente ante las emociones que iba despertando, quería responderle, pero no daba con su voz, no podía hacer nada más que mirarlo y sentir que el tiempo se detenía creando un instante perfecto, uno que deseaba fuera eterno. Él recorría con su mirada el hermoso rostro de Samantha, aferrándose a la poca cordura que le quedaba para no saciar sus deseos desesperados de besarla.

La música cesó y ellos se quedaron como detenidos en el tiempo, en medio de las parejas que aplaudían el desempeño de la agrupación. Samantha sabía que debía alejarse en ese momento antes que fuera demasiado tarde; de lo contrario, terminaría haciendo algo que lamentaría. Luchó contra su cuerpo que les pedía a gritos permanecer entre los brazos de Alessandro, se obligó a dejar de mirarlo y despacio deslizó la mano que tenían en su espalda, se disponía a liberarse de la otra, pero se lo impidió, ella le suplicó con la mirada que la dejara ir.

Alessandro se sintió como un estúpido por presionarla, pero no quería separarse de ella, no después de tantos años alejados, de dolores y ausencias. No quería seguir esperando, sabía que debían hablar y confesar todo aquello que no se dieron en La Toscana, pero necesitaba mucho más sentir su cuerpo, hacerle el amor; el miedo en la mirada de Samantha se hizo casi palpable y cedió aun contra su voluntad.

—Necesito que hablemos a solas —le pidió en italiano para que las personas a su alrededor no los entendiesen.

—Lo sé… pero no podemos ahora, Alessandro… —respondió en el mismo idioma, sintiendo

como sus nervios estaban a punto de colapsar al ver que algunas personas los miraban.

—Tiene que ser esta noche, no voy a esperar un día más… por favor, Samantha, solo unos minutos —le suplicó con la voz ronca por el cúmulo de emociones que lo embargaban.

—Buscaré el momento… te lo prometo —contestó, mirándolo a los ojos y esta vez no podía ocultar que temblaba.

Él asintió y antes de soltar su mano, se la llevó a los labios para darle un suave y prologado beso mientras la miraba a los ojos, confirmándole que confiaba en su palabra y también para aliviar un poco la frustración de no poder besarla en los labios como tanto deseaba. Ella asintió, liberando un suspiro ante el gesto de él y reafirmándole una vez más que cumpliría con su promesa.

Capítulo 16

El público de pie aplaudía la actuación de la banda que se despedía en ese momento, Samantha y Alessandro también se unieron a los demás, agradeciendo la distracción que les hacía ganar un poco de tiempo antes de tener que enfrentarse a la ola de especulaciones que seguramente se generó en su mesa; al parecer no había sido solamente en esa, a medida que avanzaban entre los demás invitados, podían ver cómo les sonreían y les dedicaban miradas cargadas de curiosidad.

—Una gran presentación de Bon Jovi, lástima que tuvieran que terminar tan pronto y que no haya tenido la oportunidad para bailar contigo… Debo reconocer que me ganó la mano, señor Bonanzierri —dijo Gary, viéndolos llegar a la mesa.

De inmediato le ofreció la silla a Samantha para que ocupara su lugar junto a él, no sabía por qué, pero sentía como si el italiano estuviese empeñado en atraer su atención y no estaba dispuesto a cedérsela, no ahora que tenía una oportunidad para conquistarla.

—No sabía que estuviésemos compitiendo por algo, señor Reynolds, simplemente me nació compartir una pieza con la señorita Steinberg y tuve la suerte que ella aceptara; además, de un gran placer ya que es una bailarina excelente —esbozó, mirando primero al hombre con seriedad y después a ella, a quien le dedicó una sonrisa de esas que deslumbraban.

—Gracias por su halago, señor Bonanzierri, también ha sido un placer para mí. Sin embargo, no deberían ignorar de esa manera a las demás damas presentes, seguramente también estarán gustosas de compartir alguna pieza con ustedes o con cualquier otro de los caballeros en la mesa —indicó Samantha en tono serio, de pronto se sintió como una pelota de tenis en medio de esos dos y no le gustó para nada.

—Mi amiga tiene razón caballeros, recuerden que nosotras también estamos aquí —les reprochó Jaqueline, mirando a ambos—. Por lo pronto, Thomas, levántate de esa silla y ven a bailar conmigo… —indicó al tiempo que le extendía la mano con una gran sonrisa—. Aquello de esperar a que un hombre te invite a bailar se quedó en el siglo XVIII y como yo me considero una mujer de este tiempo, no tengo ningún problema en invitarte, así que vamos —finalizó, poniéndose de pie y el director la siguió con una sonrisa.

—Bueno, en vista que esto es una fiesta y hemos venido a aquí a disfrutar —habló Lisandro, sorprendiendo a los presentes, aunque se había mostrado amable y buen conversador, nadie se imaginó que sería uno de los que sacarían a bailar a las damas—. ¿Le gustaría bailar conmigo, señorita Diana? —preguntó, poniéndose de pie.

—Sí, claro… ¿No tiene problema en que lo llame Lisandro? —inquirió con una sonrisa recibiendo la mano que él le ofrecía.

—En lo absoluto; es más, estoy en contra de todo trato de señor a un hombre menor de cincuenta años, cuando estamos entre amigos —contestó sonriendo de manera coqueta.

—Me parece genial, entonces usted ahórrese el «señorita» y llámeme solo, Diana, por favor, ahora vamos antes que nos dejen sin espacio en la pista —dijo mucho más animada.

Así uno a uno fue saliendo en compañía de su pareja y aunque a Gary no le resultó agradable tener que dejar a Samantha a solas con el actor, no le quedó más remedio que invitar a bailar a Patricia, pero rogaba que su padre, Kim o Marcus, regresaran a la mesa lo antes posible y evitar

que el italiano le ganase de nuevo la partida.

Alessandro sentía que al fin el momento de hablar con Samantha había llegado, la mezcla de sentimientos que lo invadió minutos atrás regreso hasta él. Respiró hondo para calmar los latidos de su corazón y concentrarse en lo que le diría, sabía que el tiempo una vez más corría en su contra; y que, de un momento a otro, los demás regresarían.

Samantha también sintió cómo regresaban los nervios; fingió que toda su atención estaba en las personas que bailaban, sin querer ser consciente de que estaban solos en la mesa. Podía sentir la fuerza de la mirada de Alessandro sobre ella, exigiéndole que se volviese a verlo, pero tenía miedo de lo que podía suceder si lo veía; finalmente, se rindió a lo que su corazón deseaba y luego de soltar un suspiró, giró el rostro para mirarlo.

Alessandro le regaló una sonrisa amplia y sincera; quería hacerla sentir confiada, alejar toda esa tensión que parecía estar a punto de quebrarla. Extendió su mano por encima de la mesa para tomar la de Samantha, que simulaba alisar el mantel, era evidente que estaba tan nerviosa como él.

—Esta fiesta es grandiosa, ¿no les parece?

Escucharon a Kimberly, que se acercaba a la mesa; ambos se sobresaltaron y se volvieron a mirar a la mujer que les sonreía con esa actitud desenfadada que la caracterizaba. Se sentó junto a Alessandro y después le hizo una seña al camarero que pasaba frente a ellos con una bandeja repleta de copas de champagne.

Alessandro recibió las bebidas, le dio una a la actriz, le ofreció otra a Samantha y tomó una para él. Bebió un gran trago para pasar la molestia que le había causado esa nueva interrupción, se había prometido ser paciente, pero esa no era una de sus cualidades, quería levantarse y llevarse a Samantha con él a un lugar donde nadie pudiera molestarlos.

—Sí, es una fiesta maravillosa, señorita Dawson —contestó Samantha que sentía haber sido salvada una vez más.

—Por favor, Samantha, no me llames así, es algo anticuado; además, ambas sabemos que no lo somos, dejemos de lado el protocolo y los conceptos que nos impone la sociedad; después de todo, tú serás mi mentora para hacer de Priscila Hamilton mi mejor interpretación… estoy segura de que seremos grandes amigas —esbozó con una gran sonrisa.

—No lo hago por esos motivos, sino porque me parece lo correcto, es el trato que deben darse dos personas que apenas se conocen…

—Gary y tú apenas se conocen, pero él ya te llama por tu nombre. Pedirnos a nosotros que te tratemos con tanta distancia es un poco hipócrita, bueno es mi forma de ver las cosas, si vamos a ser un equipo, todos debemos recibir el mismo trato ¿no te parece, Alessandro? —preguntó volviéndose hacia él con una ceja perfectamente arqueada.

—Me parece que es justo que todos tengamos el mismo trato, eso hará que el equipo funcione como tal. Sin embargo, si no es del gusto de la señorita Steinberg que la llamemos por su nombre y que otras personas sí, creo que está en todo su derecho —dijo, fingiéndose casual.

—No tengo problema en que me llame por mi nombre, solo consideraba adecuado hacerlo de esa manera en tanto nos conocíamos mejor, pero si lo desea puede llamarme Samantha, igual Kimberly, no tengo ningún tipo de preferencia por alguien del equipo —señaló mirando a Alessandro a los ojos y después a esa mujer que tan mal le caía.

—Perfecto, ahora que ya estamos en confianza ¿Alessandro me invita a bailar? Lo hiciste con Samantha, pero siendo nosotros los protagonistas debimos ser los primeros en hacerlo —dijo, extendiéndole la mano.

—No sabía que ese fuese un requisito estipulado en el contrato; es decir, que debía bailar

primero contigo… No soy de los hombres a los que le gustan las imposiciones, Kimberly, siempre me he regido por mis propias reglas, sin quitarles el derecho a los demás a establecer las suyas y de llegar a un acuerdo que nos deje conforme a todos, me gustaría que lo tuvieses claro —expuso serio.

—¡Vaya! Te escucho hablar y es como si estuviese en medio de una discusión con Franco Donatti, inquebrantable e imponente… ¿Acaso todos los italianos son iguales al que mostró Samantha en su libro? —preguntó intrigada, mirándolos a ambos.

—No, solo el que ella conoció —esbozó sin poder evitarlo y se arrepintió cuando vio cómo Samantha se tensaba; una vez más quiso golpearse, no debía exponerla de esa manera.

Samantha sintió cómo sus latidos se desbocaban una vez más, apenas había logrado sosegarlos un poco, pero esa declaración de Alessandro la puso a temblar una vez más. Sin embargo, luchó por mostrarse casual y buscó rápidamente una respuesta para darle a la actriz, ya que la veía muy interesada en el tema.

—Supongo que debió conocer a alguien que le inspirase para crear a un personaje tan parecido a los italianos, no todos somos como Franco, pero en su mayoría tenemos ese carácter del demonio que muestra el personaje —explicó sin mucho énfasis, después se puso de pie y le ofreció su mano a la actriz—. Ya te irás dando cuenta cuando viajemos a Italia y tengas la oportunidad de conocernos mejor, estoy seguro de que después de seis meses tendrás tus propias conclusiones.

—Créeme, estoy ansiosa por hacerlo, ver qué tanto hay de cierto en todas esas cosas que se supone han hecho del personaje de Franco, el hombre más deseado del momento… Y tú serás el encargado de enseñármelo —comentó con total desfachatez.

—O bien puedes preguntárselo a Samantha; después de todo, fue quien creó al personaje… Yo tengo una perspectiva distinta de este, pero no es mi trabajo cuestionar la visión de la escritora, sino buscar la manera de darle vida al personaje desde mi apreciación de este, e intentar que esta sea del agrado del equipo y del público, solo eso —comentó como si no le importase mucho. Debía desligarse de Franco tanto como pudiese o volvería a cometer el error de hacía un momento.

—Me gusta y me parece muy interesante tu planteamiento. Creo que han tomado la decisión acertada al darnos este protagónico —dijo con una sonrisa y se puso de pie—. Estoy segura de que nos llevaremos muy bien, Alessandro… No hagamos esperar más a nuestro público, que seguro está desesperado por vernos juntos.

—Volvemos en un momento, Samantha —mencionó Alessandro, viéndola a los ojos para que supiera que lamentaba su comentario anterior, pero tuvo que hacerlo para cuidarla.

—No hay problema, vayan a deleitar a su público —esbozó de manera despreocupada, desviándole la mirada.

Samantha sentía que poco a poco se adentraba a un mundo para el que no estaba preparada; o lo que era peor, sería parte de una situación que tal vez no pudiese controlar. Cada vez que Kimberly Dawson se mostraba descaradamente interesada en Alessandro, a ella le hervía la sangre y una sensación horrible se apoderaba de su pecho, haciéndole difícil respirar; ahora sabía cómo se sentían los celos.

—Hemos regresado —anunció Jaqueline con una sonrisa, estaba agitada después de bailar cuatro piezas con Thomas Whitman.

—Jackie, acompáñame al baño por favor —le pidió después que la viera beberse una copa de champagne de un trago.

—Por supuesto, necesito ir —contestó, poniéndose de pie.

—Jackie, necesito que me ayudes… tengo que hablar con Alessandro, pero debe ser en un lugar donde nadie nos vea.

—Estoy de acuerdo, no puedes hacerlo delante de todos. ¿Dónde quieres que sea? ¿Te parece bien una de las habitaciones de invitados?

—¡Jaqueline no estoy para bromas! —Se quejó, mirándola.

—Está bien… está bien, era solo una sugerencia; es decir, por la forma en cómo se muestran…

—¿La forma en cómo nos mostramos? ¿Qué quieres decir? —inquirió desconcertada y nerviosa.

—Samantha, ese hombre prácticamente te come con la mirada… Y tú, pues… Tú estás que apenas puedes resistirte. Claro no te culpo, en otras circunstancias y siendo yo; la verdad, me hubiera escapado con él, pero sé que jamás harías algo así y que toda esta situación te trae con los nervios de punta, entiendo que te sientas intimidada ante la actitud de Bonanzierri —expuso, mientras se retocaba el maquillaje.

—Él no me intimida… —dijo, pero la mirada de Jaqueline la hizo detenerse, suspiró y continuó—. Está bien, sí lo hace, pero no puedo dejar que me descontrole, tú sabes perfectamente el tipo de desastre que ocurría si nos dejamos llevar, si mostramos más de lo que debemos —su tono de voz mostraba su urgencia por tenerlo todo bajo control.

—¿Tienes miedo de no poder resistirte? Eso es natural, Samantha, aún deseas a ese hombre y él te desea de igual manera…

—Jackie, no hablo de eso, ya sé que el traidor de mi cuerpo se muere por tenerlo cerca, pero créeme, lograré resistirme. El problema aquí es otro mucho más grave. Hace un momento, Kim Dawson, le dijo que era idéntico a Franco, que podía jurar que era con él con quien hablaba… Y Alessandro le respondió que seguramente yo había conocido a un hombre en Italia y que fue quien me inspiró para escribir al personaje; si seguimos de esa manera, vamos a terminar delatándonos.

—Es lo más probable, y estoy contigo en que nadie debe enterarse de lo de ustedes, al menos no hasta que podamos prepararnos para manejar una situación así. Ambos deben llegar a un acuerdo y elaborar una versión que no vaya a perjudicarlos… Deben hablar ahora mismo.

—Bien… ¿Qué propones? —preguntó, sintiéndose aliviada.

—Tiene que ser un lugar donde puedan tener privacidad, pero no tanta para que no vayan a suscitar rumores si alguien llega a verlos. Puede ser una de las terrazas que tienen vista al jardín; no he visto a nadie dirigirse hacia allá, la fiesta está concentrada en el lado opuesto.

—Sí, lo noté desde que llegamos… Bueno, ya tenemos el lugar, solo falta avisarle a Alessandro para que acuda al encuentro… claro si logra librarse de Kimberly —esbozó sin ocultar su molestia.

—Yo me encargo de ello, también de vigilar por si alguien decide tener también una reunión privada en el mismo lugar —comentó con media sonrisa ante la cara de reproche de Samantha.

—¿Qué harás? —la interrogó al ver que sacaba su móvil.

—Voy a enviarle un correo, vi que su agente tenía dos teléfonos y uno debe ser de Alessandro —contestó, posando su dedo en la pantalla táctil.

—Jackie, espera… ¿Crees que sea seguro? Es decir, si el señor Puccini lee el mensaje podría darse cuenta de todo…

—No te preocupes por eso, ya lo ha hecho, pero no creo que vaya a exponer a Alessandro de alguna manera.

—¿Qué quieres decir con que ya lo ha hecho? —preguntó alarmada.

—Pude notarlo en su expresión cuando Alessandro te invitó a bailar… Y también descubrió que estoy al tanto.

—¡Por Dios, Jackie! —Se sintió tan expuesta, que quiso llorar.

—Te juro que intenté disimular mi emoción al verlos juntos, pero no pude… hacen linda pareja —acotó un poco apenada.

—Bueno… confiemos en que el hombre sea prudente, pero intenta no ser tan explícita en el mensaje, no quiero que se preste para malentendidos… solo dile que necesito hablar con él urgentemente.

—Tranquila, lo enviaré al correo personal de Bonanzierri, ahora intenta calmarte, Samantha, parece que estuvieras a punto de un colapso.

Ella asintió y respiró hondo mientras ponía sus manos bajó el grifo y las dejaba empaparse, miró su reflejo en el espejo y ciertamente lucía trastornada. Jaqueline tenía razón, debía calmarse.

—Listo… En unos minutos podrán reunirse y hablar, ahora vamos antes que te arrepientas —dijo, al ver el terror en la mirada de su amiga.

Salieron del baño y saludaron a las mujeres que entraban, estaban algo tomadas como la mayoría y le pidieron fotos a Samantha, posó luchando por sonreír, pues los nerviosa la torturaban. Finalmente, llegaron a la terraza y estaban por entrar cuando Jaqueline la detuvo.

—Espera —esbozó mientras le hacía señas a un mesero—. Me da dos por favor —le pidió con una sonrisa, él se las entregó con el mismo gesto—. Esta es para ti y esta para mí, muchas gracias, señor, es muy amable —dijo despidiéndolo mientras sostenía las dos copas.

—No quiero tomar, Jackie, me pondrá los nervios peor.

—Por el contrario, te ayuda a relajarte, vamos tómala —indicó y al ver que le daba un sorbo, resopló—. Bébela toda, Samantha Steinberg y deja de comportarte como una adolescente. ¿Es esta la imagen que le quieres mostrar a tu examante? —preguntó, mirándola a los ojos.

—No. —Samantha negó y terminó la copa de un trago, suspiró y cerró los párpados para concentrarse y actuar como una mujer adulta.

∞∞∞

Alessandro estaba una vez más en su silla, después de haber bailado un par de piezas con Kimberly y tener una charla a la que apenas si le prestó atención, pues estaba concentrado en Samantha. Desde que la vio abandonar la mesa en compañía de su agente, quiso ir tras ella, temía que fuera a irse de la fiesta sin antes hablar con él.

—Aless, tu teléfono vibró —dijo Lucca, entregándoselo.

—Gracias —contestó, pero no le dio importancia.

Quizá eran sus padres o algún amigo en Italia que se había enterado de que sería el protagonista de Rendición, y querían felicitarlo. Sin embargo, su corazón empezó a latir más rápido, como si presintiese que podía ser ese mensaje por el que tanto había estado esperando. La notificación era de un correo electrónico, rápidamente la deslizó y al ver el remitente, abrió los ojos con sorpresa.

De: Jaqueline Hudson
Para: Alessandro Bonanzierri.

Asunto: Sea discreto.

Señor Bonanzierri necesitan hablar con usted, por favor diríjase hasta la terraza que da al jardín y evite que alguien lo siga. Yo lo estaré esperando en el pasillo.

Jaqueline Hudson.

Alessandro apenas podía contener su emoción, Samantha le había prometido que hablarían y lo había cumplido, aunque el mensaje lo había enviado su agente, pero sabía que fue ella quien le pidió que lo hiciera, al parecer la rubia estaba al tanto de todo. Ahora entendía algunas de sus actitudes; sobre todo, el entusiasmo que mostró cuando lo felicitó por obtener el papel; empezaba a ver a una aliada en Jaqueline Hudson.

—Regreso ahora, Lucca, tengo que ir… al baño —dijo la primera excusa que se le vino a la mente.

—Ve tranquilo, yo me encargo si alguien pregunta por ti —contestó sin mirarlo a los ojos, porque sabía que, si lo hacía, Alessandro notaría que había descubierto que algo pasaba con Samantha Steinberg.

Le bastó con verlos mientras bailaban para confirmar lo que ya sospechaba, la escritora era esa misteriosa mujer de la que Alessandro se enamoró durante su estadía en La Toscana. Y todo parecía indicar que ella también se había enamorado de él, por la forma en que se mostraba cuando lo tenía cerca; incluso, era más evidente ambos seguían teniendo poderosos sentimientos que los unían, pero no sabía qué tan conveniente era que esa relación quedara al descubierto en ese momento.

Alessandro caminaba procurando no llamar mucho la atención, apenas entregaba sonrisas amables a las mujeres que se cruzaban en su camino. Se fingió agotado cuando un grupo intentó retenerlo en su mesa, solo se tomó algunas fotografías y luego se excusó siendo lo más cortés posible; valoraba mucho el apoyo del público, pero en ese momento lo único que deseaba era llegar hasta donde lo esperaba Samantha.

—Señor Bonanzierri. —La voz de Jaqueline lo detuvo—. Sígame por favor, Samantha lo está esperando.

—Gracias —mencionó con una sonrisa e hizo lo que le pidió.

—No tiene de qué… Solo recuerde que lo que está en juego aquí es muy importante para todos; sobre todo, para Samantha, así que por favor escúchela, compréndala y colaboré en todo lo que le pida —indicó, mirándolo a los ojos. Él era guapo y podía derretir a cualquier mujer, pero cuando se trataba de proteger a Samantha se convertía en un témpano.

Alessandro fue consciente de inmediato que la rubia no le estaba pidiendo que fuese razonable; era claro que se lo estaba exigiendo. Y aunque no le gustó mucho el tono, sabía que solo estaba protegiendo a Samantha, como era el deber de un buen agente artístico.

—No se preocupe, soy consciente de todo y le aseguro que jamás haría algo que perjudicara a Samantha; todo lo contrario, me propongo cuidar de ella tanto como me lo permita —señaló, mirándola a los ojos para que viera que hablaba en serio.

Ella era bastante buena analizando las actitudes de las personas y descubriendo sus intenciones; Alessandro Bonanzierri le pareció sincero, así que continuó con lo planeado. Le indicó con la mano una puerta de cristal que estaba abierta y lo invitó a seguir, mientras ella se quedaba afuera para darles privacidad y vigilar por si alguien se acercaba.

Capítulo 17

Samantha estaba apoyada con sus antebrazos en el balaustre que separaba la terraza del hermoso jardín de la propiedad de los Reynolds; mientras inspiraba despacio para llenar sus pulmones, buscando relajarse con ese ejercicio, dejando que el dulce aroma de las exuberantes y exóticas flores la envolvieran. De pronto sintió como el ambiente se cargase de una energía distinta y supo que él estaba allí, podía sentir su poderosa presencia sin tener que volverse. Se recordó que debía mantener sus nervios a raya o todo terminaría en un desastre, cerró los ojos y rogó a Dios para que le diera también la fortaleza de no dejarse llevar por sus sentimientos, debía mostrarse segura ante él.

Alessandro vio la figura de Samantha, y pensó que bien podía ser la de una hermosa ninfa en medio de ese lugar, la luz de la luna la pintaba de plata, mientras el hermoso y sensual vestido se movía al compás de la suave brisa, que impregnaba con el aroma de las flores todo el lugar. De pronto, tuvo miedo de que si liberaba ese suspiro que revoloteaba en su pecho, ella desapareciera como ya le había pasado antes.

Sin embargo, se llenó de valor y comenzó a caminar hacia ella, aunque sabía que no podía llegar como deseaba; envolverla en sus brazos, pegarla a su cuerpo y hundir su rostro en el suave y níveo cuello, sentirla temblar al tiempo que él también lo hacía. No debía hacerlo así, no sin que antes hablaran y aclararan las cosas; pensó que lo mejor era actuar casual, para que ella se sintiera en confianza.

—Jamás pensé que me enteraría que me amabas a través de una de tus novelas —esbozó mientras le sonreía y se paraba a su lado.

Samantha se sintió contra la espada y la pared, no esperaba que él la abordarse de ese modo tan directo; sus nervios se multiplicaron al sentirse sin escapatoria y el pánico intentó apoderarse de ella. Sin embargo, supo actuar con rapidez y les dio la vuelta a sus palabras, sonriendo para hacerle creer que no la habían afectado, podía mostrarse tan casual como él.

—Y yo jamás pensé que lo haría por una entrevista y menos que fuera en señal abierta para todo tu país —le devolvió la estocada y su sonrisa se hizo más amplia cuando la sorpresa se reflejó en su hermoso rostro.

—Bueno… Al menos, yo lo hice para los millones de italianos que me veían esa noche… O los que se enteraron después cuando el canal tuvo la brillante idea de repetir la entrevista —indicó sonriendo también, él era mejor actor que ella y podía controlar con mayor facilidad sus emociones. Vio que Samantha sonreía de nuevo y continuó—. Sin embargo, usted lo hizo para muchos más, señora escritora… ¿Cuántos millones de libros ha vendido? ¿Cincuenta? ¿Sesenta? ¿Cien? —preguntó, mirándola al tiempo que elevaba ambas cejas.

—Cerca de cien, sin tomar en cuenta los que se han colado por la red que no tengo idea de cuántos serán, pero que también están al tanto de… —Se detuvo antes de hablar de más y pensó que lo mejor era zanjar ese tema—. ¡Vaya manera de hacer confesiones! —acotó intentando parecer divertida por la situación, pero le desvió la mirada.

—Sí, creo que hemos innovado en ese aspecto, nada mal —comentó mostrando el mismo ánimo de ella.

—No, nada mal; sobre todo, si obtienes el título de «La mujer que le rompió el corazón al

mayor rompecorazones de Italia» —dijo, mirándolo y fingiendo diversión, pero sintió una extraña punzada en el pecho cuando él dejó ver solo media sonrisa y le esquivó la mirada.

—¡Qué título más largo! Pero supongo que tienes razón, eres la heroína de muchas mujeres en Italia y la envidia de otras tantas —dijo queriendo parecer divertido, pero le había dolido su actitud al decir esas palabras, aunque no se lo dejaría ver.

Samantha se sintió extraña y quiso agregar algo más; en principio, quiso consolarlo y decirle que lamentaba haberlo hecho sufrir, pero recordó que ella también había sufrido, que había llorado mares por él y eso había sido su culpa. Fue quien se negó a todo lo que le propuso para mantener la relación; además, que no tenía por qué traer a acotación la cantidad de examantes que había tenido.

Él vio que ella se tensaba, tal vez recordando algo; una voz dentro de su cabeza le gritó que una vez más estaba levantando una muralla entre los dos; así que, antes de que lo consiguiese, prosiguió con un comentario que lo hiciera retomar la actitud relajada de antes.

—Aunque debo reconocer que el mío me gusta mucho, después de todo sabes que adoro que me levanten el ego y ser «El hombre más deseado del momento» es verdaderamente notable —esbozó, tomando las palabras que utilizase la actriz minutos atrás.

Ella le rodó los ojos ante su mención y él soltó una carcajada, le encantó ese gesto tan espontáneo de Samantha, le gustaba mucho más esa que tenía ante sus ojos y no la que había encontrado días atrás en las audiciones, la distante y fría que le parecía una extraña.

Samantha también comenzó a reír contagiada por el humor de Alessandro, sentía que su cuerpo se relajaba y le agradecía que no hubiera llegado con intenciones de besarla o algo así. Bueno eso la hizo sentir un poco decepcionada, no podía negarlo, pero sabía que era lo mejor, mantenerse en un terreno que fuera seguro.

Samantha vio cómo se ponía de espalda al jardín, apoyándose en la barandilla que le llegaba apenas a la cintura y quedaba frente a ella, dejándola sin espacio para desviar la mirada a ningún lugar. La verdad era que tampoco podía hacerlo, ni siquiera si lo hubiese querido, igual que años atrás, Alessandro había atrapado su mirada.

Un silencio se apoderó del espacio mientras sus miradas estaban ancladas la una en la otra, por primera vez desde que se reencontraron se atrevían a mirarse de esa manera, a permitirse ese tipo de intimidad. No tenían motivos para seguir actuando como dos extraños; en ese instante podían ser ellos mismos como lo fueron en La Toscana, nadie juzgaría su comportamiento, incluso podían dejarse llevar por ese deseo que colmaba a sus cuerpos y que les pedía a gritos ser liberado.

¿Quién podía reprocharles algo? Sus únicos jueces serían ellos, y debían decidir si seguir a sus consciencias o rendirse ante lo que sus corazones anhelaban, y creer una vez más en sus sentimientos.

Las emociones abrumaban a Samantha, sentía que debía decir algo; después de todo, fue quien lo citó en ese lugar y era a quien le correspondía poner las cartas sobre la mesa y dejarle claro que las cosas no podían ser como antes, por si acaso era eso lo que él pretendía.

—Alessandro, yo…—dijo para iniciar la conversación.

—Samantha, quería… —mencionó él al mismo tiempo.

Se detuvieron, dejando ver sonrisas nerviosas, ella suspiró y desvió su rostro hacia el jardín, debía escapar de la intensa mirada de Alessandro, antes de que hacer algo de lo que podía arrepentirse. Él comprendió que ella también estaba nerviosa; además, sabía que odiaba que la presionara, así que espero un momento, mientras buscaba las palabras adecuadas para hacerla sentir cómoda y confiada. Le dio libertad a su corazón para que fuera quien finalmente hablara.

—Te extrañé —esbozó con su mirada clavada en ella, sintiendo que su corazón hacía sus latidos lentos, pero fuertes.

Samantha se volvió a mirarlo, mientras su cuerpo era recorrido por un sinfín de emociones, solo una frase y ya Alessandro la tenía a sus pies; sus ojos se llenaron de lágrimas, sus piernas temblaron y su pecho se llenó de una sensación que la estaba ahogando. Cerró los ojos y antes de darse cuenta de lo que hacía, separaba sus labios para responderle.

—Yo también. —Fue su corazón el que habló, no la razón.

Él sintió que el sol salía en ese instante y llenaba de luz cada rincón de ese lugar, o al menos así sintió la calidez que lo bañó cuando esa poderosa frase, salió de los labios de Samantha, una sonrisa afloró en los suyos y pudo jurar que su mirada se cristalizó. Extendió su mano llevándola hasta donde estaba apoyada la de ella, con suavidad rozó los nudillos; ese toque era tan pequeño y significativo al mismo tiempo, quizás muchos pensarían que después de amarse como lo hicieron, eso no representaría nada para ninguno de los dos, pero fue todo lo contrario.

Un torrente de emociones se desbordó dentro de ambos, miedos y esperanza, dolor y alegría, dudas; esas eran quizás las que tenían mayor protagonismo, porque lo quisieran o no, hacía falta mucho más que una confesión para recobrar lo que tenían. Esa mezcla tan contradictoria estaba a punto de quebrarlos, tenían tanto que decir; sin embargo, no salía una sola palabra de sus labios, pero sus pieles se reconocían, no habían olvidado la sensación que despertaba en ellos cuando se tocaban, ese desearse con locura, ese saber que nadie les haría sentir igual; sus miradas se posaron en la unión, buscando en ella el valor para continuar.

—Casi cuatros años… Pero no he logrado olvidar esto. Hace un momento, cuando te tomé de la mano antes de que el señor Reynolds anunciara que había obtenido el papel, tu toque hizo que todo el miedo que sentía se esfumase… sigues teniendo ese poder sobre mí, sigues teniendo mucho más que eso —mencionó, acercándose a ella.

—Ha pasado mucho tiempo… Alessandro, las cosas son tan distintas ahora, nosotros estamos en mundos completamente lejanos, no solo por la distancia que nos separa, hablo en general, lo que vivimos en la Toscana fue… maravilloso, pero es pasado —dijo, intentando alejarse de él.

Samantha sentía que estaba al borde de un precipicio y la poderosa fuerza que desbordaba Alessandro la empujaba con fuerza, acercándola cada vez más, sus palabras le hicieron temblar no solo el cuerpo sino también el alma, cuánto deseaba creerle y entregarse, pero sabía que no podía hacerlo, debía evitar caer en sus encantos otra vez.

—¿Lo es? —le cuestionó buscando su mirada.

Alessandro sabía que Samantha intentaba protegerse porque tenía miedo, él también estaba aterrado por todo lo que podía resultar de ese encuentro, pero había llegado hasta allí sin importarle cuánto debía arriesgar con tal de tenerla de nuevo y no se rendiría tan fácil, menos porque ella le dijese que todo era pasado, cuando sus gestos le decían que aún sentía algo por él.

—¿Qué deseas que te responda? ¿Qué quieres escuchar? —preguntó molesta con él; pero, sobre todo, con ella por estar temblando.

—Primero que dejes de hablar como si tú y yo solo hubiésemos compartido una tarde en algún café de Florencia. Quiero que me mires a los ojos y me digas que has olvidado todo… Eso que acabas de decir repítelo, pero mirándome a los ojos, Samantha —le exigió con la voz más grave de lo que era habitual en él.

—Soy completamente consciente de lo que compartimos, no tienes que hacer un resumen de nuestra historia —dijo exasperada.

—¡No, por supuesto! Ya tú lo hiciste por los dos, te aplaudo el esfuerzo, no te pudo quedar mejor —replicó, sintiéndose muy molesto con ella por mostrarse tan renuente a hablar.

—Deja el sarcasmo para alguien más, Alessandro, sabes que lo odio… Ya sé que no te gustó el libro y que piensas que el personaje que creé basándome en ti, está completamente fuera de contexto. Bueno, discúlpame ¡Eso fue todo lo que me dejaste ver! No soy adivina para saber lo que pensabas —esbozó furiosa, con las lágrimas haciéndole girones la garganta, quería escapar de allí.

—Lo sabías…en el fondo lo sabías, Samantha… ¿Qué me faltó decirte? Lo que tú tampoco quisiste expresar, porque para ser sinceros las culpas deberían estar repartidas de igual manera… ¿O acaso yo sí soy adivino? —inquirió, mirándola a los ojos, impidiéndole escapar de su mirada y cuando vio que ella intentó hacerlo le tomó el mentón con una mano—. Mírame —le ordenó, aunque era más una súplica—. Tú no me dijiste nada, y yo tampoco lo hice, asumo mi parte de responsabilidad, ahora has tú lo mismo —indicó con su mirada clavada en ella, sintiendo cómo su corazón latía pesadamente a la espera de su respuesta.

—Yo… no tengo… Te lo demostré tantas veces —expresó, sintiéndose dolida y acorralada, su voz se quebró al intentar contener las lágrimas que estaban a punto de rebasarla.

—¿Por qué siempre tenemos que estar discutiendo? —cuestionó con pesar al ver el dolor reflejado en sus hermosos ojos marrones.

Le acarició la mejilla con suavidad, un gesto para consolarla pues odiaba verla de esa manera; deslizó el pulgar sobre su perfecto y voluptuoso labio inferior, que tembló ante su caricia. La vio cerrar los ojos, sintiendo el suspiro que liberó y se estrelló contra su dedo, repitió la acción y Samantha tembló de nuevo.

—Ven aquí —dijo, atrayéndola a su cuerpo, pero ella se tensó.

—Alessandro, no… esto no puede ser… —Intentó negarse y puso sus manos como barrera para evitar que él continuara.

—Solo déjame abrazarte, Samantha… antes que volvamos a discutir y a portarnos como dos tontos orgullosos, deja que te abrace como lo he deseado desde que me subí al avión en Roma —le rogó, mirándola con intensidad, mostrándole la urgencia que lo embargaba.

Samantha no podía resistirse cuando Alessandro le hablaba y la mirada de esa manera, ni siquiera el tiempo lejos de él había logrado que construyera una coraza lo suficientemente fuerte para evitar que le tocase el corazón cuando se mostraba así. Suspiró y deslizó las manos hasta sus constados mientras lo miraba a los ojos, sumergida en su mar favorito, lo sintió acariciarle la espalda con ambas manos y el roce cálido e íntimo sobre su piel desnuda la hizo estremecer.

Alessandro la envolvió entre sus brazos, acercándola de tal manera que no quedara espacio entre los dos, gimió al sentir la suavidad del cuerpo de Samantha apretado al suyo y de inmediato la calidez que se desprendía de ella lo colmó. La sensación era exactamente la misma de años atrás, sencillamente perfecta y maravillosa, como si hubieran nacido para acoplarse de esa manera, pero había algo más y era que ahora tenía la certeza que la amaba y que lucharía por recuperarla.

Hundió su rostro en el delgado y terso cuello, dejando que su nariz dibujara un camino hasta su oído para embriagarse del dulce perfume a flores que ella usaba. Se arrepintió muchas veces de no haberle preguntado cómo se llamaba, pues lo hubiese comprado y no habría pasado casi cuatro años sin sentir de nuevo ese aroma que lo enloquecía, llevó sus labios hasta la oreja de Samantha.

—Sigues usando el mismo perfume —susurró, mientras deslizaba sus dedos por la delicada piel de la espalda femenina.

Ella tardó en comprender sus palabras, su cerebro había quedado en segundo plano en el instante que sintió el tibio aliento de él estrellarse con la sensible piel de su oreja. No pudo

controlar el temblor que la recorrió cuando sus dedos se deslizaron por su columna llegando hasta el final de su escote, jadeó al sentir que su otra mano se apoderaba de su nuca con una caricia lenta y sensual que encendió una llama en su interior.

No se había atrevido a tocarlo de la misma manera, mantenía las suyas apoyadas ligeramente en la fuerte espalda; aferrándose a la poca cordura que le quedaba. Sabía que, si él notaba la más mínima muestra de deseo por su parte, la seduciría como lo hizo años atrás y no estaba segura de tener la voluntad para resistirse.

—Tú también —susurró, intentando que ese comentario sonara casual, necesitaba demostrarle que ya no tenía el poder para afectarla.

—No creí que lo recordaras —esbozó con una sonrisa.

Samantha cerró los ojos con fuerza, reprochándose por haber sido tan estúpida, se suponía que debía hacerle ver que lo había olvidado, que tuvo la voluntad y la madurez para dejar atrás aquella aventura de verano; pero contrario a eso, solo le dejaba ver lo que aún sentía.

—Algunas cosas se quedaron en mi memoria… pero he olvidado la mayoría —mintió descaradamente, y supo que él lo había notado.

—¿Sí? La verdad no lo parece, digo, por la manera tan detallada en que describiste cada escena dentro del libro… Por el contrario, pensaría que recuerdas todo perfectamente —dijo con arrogancia.

—Lo escribí… hace mucho tiempo, después que nos separamos, no lo había publicado porque pensaba que no gustaría —dijo una mentira más, disfrutando de la deliciosa exploración de sus manos.

Él sonrió contra su cuello y deslizó una vez más la mano hasta su delgada cintura, sintiendo bajo sus dedos cómo se erizaba. Samantha podía mentir todo lo que quisiera, pero su cuerpo la dejaba al descubierto y le gritaba que aún lo seguía deseando, que no lo había olvidado.

—¿Ya te sientes satisfecho? Es que te envié a buscar para que habláramos de algo muy importante. —Se obligó a decir al ver que él no tenía intenciones de soltarla, en el fondo ella tampoco quería que lo hiciera, pero debía anteponer lo que deseaba a lo que debía hacer.

—¿Satisfecho? —preguntó e intentó alejarse, pero él la apretó más contra su cuerpo, arrancándole un gemido al sentir su dureza.

—No. En lo absoluto, Samantha —contestó, moviendo el rostro para mirarla a los ojos, pero sin llegar a separarse—. Sabes muy bien que mis instintos no se pueden saciar solo con un abrazo —susurró mientras deslizaba la mano por el esbelto torso y lo apoyaba en su cadera.

—No estás tomando las cosas en serio, Alessandro —le reprochó.

Minutos atrás, le había desconcertado que él no se mostrara de esa manera, y ahora que lo hacía no sabía si deseaba que se detuviera; o, por el contrario, que continuara. La sensación de la seda deslizándose entre la mano fuerte de él y su piel era tan exquisita, que le trajo los recuerdos de una extraordinaria noche en Varese.

—Alessandro, necesitamos hablar —exigió, retomando su postura.

—Sí, claro, debemos hablar, preciosa… pero antes deseo hacer algo más —pidió con una sonrisa y mirándola a los ojos.

—¿Qué? —preguntó, expectante mientras lo miraba.

—Esto… —Él atrapó sus labios en un beso intenso, que buscaba persuadirla de dejarse llevar por el deseo que sentía.

Ella intentó negarse y apretó sus labios, pero solo bastó con que él los acariciara con su lengua y envolviera con sus cálidas manos su cuello, para que todas sus defensas cayeran al suelo como fichas de dominó. Se aferró a la espalda de Alessandro al sentir que sus piernas

flaqueaban, y cuando él rozó por segunda vez sus labios, no pudo resistirse más; cedió a la petición que le hacía, separándolos y gimió cuando el pesado y ágil músculo entró de lleno en su boca y de inmediato comenzó a acariciar su lengua, desatando de esa manera todos sus deseos.

Alessandro gimió al sentirse su conquistador, había extrañado tanto sus labios que le parecían siglos en lugar de años desde la última vez que los besó. En un principio ejerció presión para hacer que ella cediera, pero fue suavizando poco a poco sus roces, bajó los brazos hasta su cintura y la envolvió, pegándola a su cuerpo, deseaba sentirla como años atrás cuando sus cuerpos se unían casi hasta ser uno solo con un abrazo, aunque justo en ese momento deseaba mucho más de ella.

—Alessandro… espera… —dijo sin dejar de responder a los toques de labios que él le daba, suspirando y gimiendo cuando su experta lengua acariciaba lugares que la hacían estremecer.

Él no deseaba escucharla en ese momento, solo quería sentirla y saberla suya una vez más, así como lo fue antes; sentía cómo esa maravillosa felicidad que lo recorría llenaba el vacío en su pecho que había sentido por más de tres años. Era tan palpable el deseo en Samantha, que ya no le quedaban dudas, lo que sintió por él aún seguía allí latente, no era parte del pasado como había dicho.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella con la voz ahogada y los párpados cerrados, ni siquiera se atrevía a mirarlo.

—¿Qué crees que estamos haciendo, Samantha? —contestó con otra interrogante y su tono dejaba sentir la risa contenida.

—Algo que no debemos —respondió, intentando centrarse de nuevo, abrió los ojos y todo fue peor, pues él se veía tan hermoso que le robó el aliento y se aferró a los brazos masculinos para no caer.

—Algo que deseamos, no metas al estúpido deber en esto —respondió con determinación y retomó de nuevo el beso.

Ella jadeó ante el contundente asalto y no pudo más que dejarse llevar por la pasión que él había desatado, sus labios se abrieron una vez más para recibir todo lo que Alessandro le ofrecía, y al mismo tiempo para entregarle lo que había estado por tanto tiempo guardado dentro de ella. Se pegó más a su cuerpo, llevando las manos a su nuca para colgarse y no terminar en el suelo; gimieron de placer ante el contacto tan íntimo que tenían sus caderas; de pronto, todo se llenó de luces y calidez, el sentimiento que los envolvió fue perfecto.

Alessandro se sintió feliz al ver que ella al fin se había entregado a eso que sentía, gimió dentro de su boca, haciendo el beso más profundo y se deleitó recorrieron la hermosa espalda que tantos sueños le había robado; deslizó los dedos por la suave línea de su columna hasta llegar al final del escote y se aventuró a ir más allá, rebasando la frontera que le había puesto la seda. Samantha se tensó cuando él tocó el encaje de su ropa interior, pero la persuadió con sus besos para que dejara de pensar y se dedicara solo a sentir, masajeó su lengua con la suya, lo hizo a conciencia y con suavidad, disfrutando de su sabor y su calidez, entregándole gemidos para que supiera cuánto estaba disfrutando todo eso.

La sangre se le calentó mucho más al imaginar cómo sería la braga que llevaba, seguramente era de esas sensuales con encajes que le encantaban, quería verla, quitársela y respirar el aroma que debía tener impregnado, el de la excitación de su mujer. Tembló ante la imagen que se formó en su cabeza; ella separando sus piernas para él, ofreciéndole su paraíso.

Samantha no podía contener el deseo que corría a través de sus venas, era tan intenso que sentía que su cuerpo se quemaba, desesperado por sentir a Alessandro en su interior. El tiempo no había hecho mella en esa necesidad que él despertaba en ella; por el contrario, sentía que era

mucho más fuerte. Quería tenerlo desnudo para besarlo, lamerlo y morderlo, mientras él se hundía en su interior una y otra vez, dándole todo ese placer que le entregó, quería que la hiciera volar de nuevo

Alessandro sentía el deseo bullir dentro de su cuerpo y la idea de subir a Samantha al balaustre y hacerla suya allí mismo, cada vez tomaba mayor fuerza. Sabía que ella no se negaría pues era evidente que lo deseaba tanto como él a ella; sus gemidos, sus temblores y ese par de hermosos y sensuales pezones erguidos, le dejaban ver que estaba muy excitada.

—¡Alessandro! —exclamó cuando él le apretó el trasero con ambas manos y luego se pegó a ella, haciéndole sentir su fuerte erección.

—¡Mujer, me sigues enloqueciendo! —expresó con el deseo vibrando en su voz, mientras masajeaba su hermoso trasero.

—Debemos parar… ahora —suplicó, encontrado un resquicio por donde recuperar la cordura —. Debemos hacerlo… esto no está bien.

—¿Qué no está bien, Samantha?... ¿Qué nos estemos muriendo por hacer el amor? ¿Qué sintamos como si nada hubiese cambiado? ¿En verdad quieres que nos detengamos? — cuestionó, sin dejarla de tocarla.

Samantha no supo cómo responder a esas preguntas, su mente estaba nublada por el deseo y todo su cuerpo vibraba al tenerlo tan cerca, no se había sentido de esa manera desde que él la tuvo entre sus brazos. Eso le dolía, pero también la llenaba de rabia e impotencia, porque justo en ese momento, comprendía no había conseguido olvidar lo que le hacía sentir y que seguía enamorada de él.

Alessandro seguía manejando los hilos de su placer, despertando su deseo y que Dios se apiadara de ella, porque solo tenía una respuesta a sus preguntas, no quería parar, no quería dejar de sentir sus besos y sus caricias, no quería que ese momento acabase nunca. En un arrebato de locura y deseo, se colgó de su cuello para subir y atrapar esos labios que la enloquecían, lo besó con anhelo e incluso algo de rudeza cuando tiró de su cabello y hundió su cuerpo contra él, rozando su miembro.

Alessandro gruñó dentro de su boca y el beso se hizo voraz, la envolvió entre sus brazos y empujó su pelvis para que ella lo sintiera; eso era extraordinario, pero al mismo tiempo era una tortura. Una vez más sus labios se fundieron con poderío y su mundo fue perfecto de nuevo, pues solo existían ellos dos, y ese sentimiento que compartían, que no había menguado en todos esos años distanciados.

Capítulo 18

Jaqueline comenzaba a impacientarse, su amiga y el italiano llevaban un buen rato allí y desde hacía varios minutos no escuchaba nada; de pronto estaban riendo y hablando como amigos; de un momento a otro, estaban discutiendo sobre algo que no logró escuchar con claridad, y después de eso se sumieron en un silencio absoluto. Tuvo que luchar contra su curiosidad para no volverse y espiarlos, no era una chismosa y; además, debía respetar la intimidad de Samantha.

Sintió su teléfono móvil vibrar dentro de su bolso de mano, le pareció extraño que alguien la estuviera llamando a la una de la madrugada; los nervios la embargaron al pensar que podía tratarse de su hija y con manos trémulas sacó el aparato. El alivio la llenó de golpe cuando vio en la pantalla el rostro de Diana y no el de su madre; sin embargo, le resultó raro que la estuviera llamando; hasta donde recordaba, estaba muy animada bailando con Lisandro, deslizó el dedo para atenderla.

—¿Por qué me estás llamando? —preguntó a quemarropa.

—¿Dónde están ustedes? ¿Acaso ya se fueron de la fiesta?

La voz al otro lado casi la deja sorda, era evidente que Diana estaba a punto de perder los estribos, había bebido mucho o se sentía aterrada de quedarse sola en medio de una glamurosa fiesta hollywoodense.

—No aún seguimos aquí… Necesitaba ir al tocador y le pedí a Samantha que me acompañara, aprovechamos para tomar un poco de aire, sabes que a tu hermana la sofocan estas reuniones.

—Gary Reynolds lleva varios minutos preguntándome por Samantha; le dije que quizás estaba en el baño, pero de eso ya pasó mucho… Y volvió a preguntarme al ver que no regresaba; es evidente que desea tener toda la atención de mi hermana, aunque pierde su tiempo pues ella no tiene ojos para nadie más que no sea Dylan, igual no soporto que me pregunte de nuevo, así que regresen de inmediato.

La exigencia de Diana la exasperó, pero en los pocos minutos que llevaba conociendo a Gary Reynolds podía notar que era un hombre perseverante, así que lo mejor era volver antes que sospechara algo al ver que Samantha y Alessandro habían desaparecido, bueno también faltaba ella, pero esos dos ya habían dejado ver mucho y era mejor no arriesgarse.

—Ya vamos, danos cinco minutos y estaremos allí.

—Cinco minutos… ¡Por Dios, allí viene de nuevo!

Jaqueline sonrió ante las palabras de Diana, era evidente que no le gustaba para nada la actitud del rubio; era extraño, pues cualquiera pensaría que le parecería un maravilloso candidato para cuñado. Se tensó al escuchar la voz del hombre anunciando que iría a buscarlas, una vez más los nervios se apoderaron de su cuerpo.

—¡Di, detenlo! No dejes que venga —casi le gritó a Diana

—¿Por qué? ¿Qué está sucediendo, Jaqueline? —preguntó molesta y preocupada a la vez, mientras salía corriendo tras el hombre.

—No ocurre nada, pero es vergonzoso que venga a buscarnos como si fuésemos unas chiquillas… Dile que ya va en camino —dijo, abriendo la puerta para buscar a su amiga y

regresar—. ¡Cielo santo! —exclamó al ver la situación en la que estaban Samantha y el italiano.

—¿Qué sucedió? Jackie habla —le exigió Diana al otro lado de la línea y la escuchó después llamar claramente al productor.

—Nada, solo acabo de ver a un actor guapísimo —respondió, sonriendo con emoción, al ver por primera vez a su amiga compartiendo un beso de verdad, esos dos parecía que fueran a devorarse; sus cuerpos casi se fundían y las manos del actor masajeaban descaradamente el trasero de Samantha—. Intenta entretener a Gary, nosotras vamos en camino —mencionó una vez que logró centrarse en el momento y colgó.

No sabía ni siquiera cómo acercarse a la pareja e interrumpirlos, Dios sabía que no quería hacerlo, pero el metiche de Gary Reynolds podía llegar en cualquier momento; de encontrarse con el cuadro que veía, todo terminaría en un desastre.

—Sam… Samantha… ¡Hey, ustedes dos! —Chocó las palmas de sus manos para atraer su atención al ver que no se inmutaban.

Alessandro estaba completamente entregado a los besos y las caricias que compartía con Samantha, su excitación cada vez era más intensa y estaba a punto de sugerirse que se escapasen de la fiesta. De repente se sintió sacado de la burbuja por una voz que le resultó extraña y molesta, se negaba a detener el beso, pero al sentir la insistencia no le quedó de otra que comenzar a bajar el ritmo.

—Samantha Steinberg te estoy hablando… —le advirtió Jaqueline, que comenzaba a molestarse al ver cómo la ignoraban.

Samantha apenas escuchaba la voz de su amiga como un leve rumor, como si estuviese muy lejos, mientras ella seguía inmersa en el placer que los labios y las manos de Alessandro le brindaban. Sintió que sus besos se volvían más pausados, pero esos toques de labios eran igual de excitantes que aquellos besos que le robaban el aire.

—Ok, perfecto… no me presten atención… ¡Gary Reynolds se dirige hacia acá en este preciso momento! —les gritó a ver si de esa manera reaccionaban y pareció funcionar pues vio a Samantha se tensaba.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Samantha, sintiéndose aterrada.

—Samantha… mírame —Alessandro también se había tensado, pero era más dueño de la situación, le tomó el rostro y la obligó a mirarlo a los ojos—. Respira… y tranquilízate, no se darán cuenta de nada… Yo saldré y ustedes se quedarán aquí —explicó, la vio asentir y aprovechó para darle un toque de labios y otro en la frente.

Sonrió y luego se alejó de ella, aunque no deseaba hacerlo, se disponía a salir cuando vio que su agente entraba de nuevo casi corriendo y le hacía una seña con la mano para que se detuviera.

—Ya vienen por el pasillo, así que no tiene caso que salga ahora, si lo ven igual sabrán que estaban juntos, será mejor actuar con naturalidad… Podemos decir que nos encontrábamos en el pasillo, que yo quise saber más sobre usted y lo invité a que nos acompañara un rato —esbozó Jaqueline mientras sacaba un pañuelo de su bolso y se lo extendía a Samantha junto a su labial —. Toma, intenta arréglate un poco —dijo, mirándola y después se volvió a ver al italiano con reproche—. Y usted también debería hacerse algo… a menos que le vaya a decir a Gary Reynolds que estaba maquillándose para hacer alguna audición de payaso —indicó con molestia, pues lo hacía responsable de todo eso.

—¡Jackie! —la reprendió Samantha por su osadía.

—Tú no hables —le advirtió, apretando los dientes.

Alessandro estaba tan feliz que pasó por alto el regaño que le diera Jaqueline Hudson, sacó un pañuelo de seda del bolsillo de su chaqueta; aunque renuente, se limpió la marca de lápiz

labial que tenía, si fuera por él jamás se borraría uno solo de los besos que había recibido de su mujer esa noche. Vio cómo ella tímidamente también se acomodaba, él le guiñó un ojo, recibiendo como respuesta una encantadora sonrisa que le llenó el pecho de satisfacción y calidez.

Gary llegó al lugar donde le había dicho Diana Steinberg, que estaba su hermana; y lo último que esperó ver fue a Alessandro Bonanzierri junto a ella, aunque tenía la sospecha de algo así, pues el actor italiano también había desaparecido desde hacía un buen rato.

Él se había propuesto conquistar a Samantha, y ya había asumido que debía medirse con Dylan Howard, no con ese recién llegado que; por muy talentoso que fuera, no tendría oportunidad con ella, era evidente que no era su tipo; incluso, parecía incomodarla.

—¡Oh, Gary! No tenías que haberte molestado en venir, le dije a Diana que estábamos por regresar a la fiesta… Es que necesitábamos un poco de aire, nos encontramos con el señor Bonanzierri y quisimos charlar un poco, pero se nos pasó el tiempo escuchándolo hablar de su carrera… Es algo alucinante ¿verdad Samantha? —esbozó Jaqueline con una sonrisa merecedora de un Oscar.

—Es… impresionante, en verdad —esbozó ella como pudo.

—Solo es algo que me apasiona y me invita a entregarme por completo —mencionó Alessandro, mirándola a los ojos.

Samantha tuvo que luchar por no temblar o sonrojarse, pues algo le decía que no hablaban de su carrera, sino de los besos y las caricias que acababan de compartir, esos que todavía sentía le quemaban los labios y el cuerpo entero, que la hacían desear más y más.

—No ha sido ninguna molestia, Jaqueline, yo también necesitaba salir un momento, el ambiente en la fiesta se ha tornado un poco sofocante… La mayoría de los invitados ni siquiera recuerdan sus nombres de lo ebrios que están —indicó Gary con una sonrisa, queriendo mostrarse relajado, pero no dejaba de mirar a Samantha.

—Tienes razón… también me siento agotada y quizás va siendo hora de que regresemos al hotel —señaló Jaqueline con una sonrisa, mirando de manera disimulada a Samantha para que la apoyara.

—Jaqueline, tiene razón… Ha sido una semana agotadora y creo que por hoy ha sido más que suficiente. —Samantha pudo ver que Alessandro aprobaba la idea. Tal vez pensaba que se iría con él, pero su momento de locura había pasado—. Iré a despedirme de los demás.

—Si desean pueden quedarse a dormir aquí esta noche —pronunció con una gran sonrisa, mirando nada más a la escritora.

Alessandro tuvo que amarrar con cadenas a la fiera en su interior que clamaba por salir para darle una paliza a ese imbécil, que planeaba seducir a Samantha delante de él, apretó la mandíbula con tal fuerza que no le sorprendería si terminaba desencajándosela.

—No nos gustaría causar molestias, señor Reynolds; además, todas nuestras cosas están en el hotel —se negó con amabilidad.

«Eso es, Samantha, recuerda tu cepillo de dientes, no has traído uno y eso para ti es insustituible. Además, primero muerto antes que dejar que te quedes aquí, confío en ti, pero no en ese miserable.»

Alessandro intentaba que su postura estuviera relajada, aunque sus músculos estaban tan tensos como la cuerda de un violín, mientras mantenía la mirada fija en el productor. Intentó disimular un poco su actitud al ver que Jaqueline le pedía con un gesto que lo hiciera; también al notar que Diana lo miraba como si lo estuviera analizando.

—Llámame, Gary, por favor, Samantha… Y, en primer lugar, no sería ninguna molestia; por

el contrario, sería un verdadero placer tenerte como mi invitada —esbozó con esa sonrisa radiante.

«¿Invitada? ¡Invitada, mis pelotas! Será mejor que te calles si no quieres terminar perdiendo varios dientes.»

Los pensamientos de Alessandro eran bastante elocuentes, así como el músculo que se contraía en el lado derecho de su mandíbula.

—Y segundo… —indicó Gary, antes que Samantha fuera a poner una nueva objeción—. Podemos enviar a alguien al hotel a buscar todo lo que necesites y problema resuelto, deja que yo me encargue de ello —esbozó triunfante, mientras se acercaba a ella para apoyar una mano en su espalda, con toda la intención de alejarla del italiano.

Alessandro sintió como la fiera en su interior asomaba los dientes, deseosa de arrancarle la yugular a aquel miserable, pero antes que pudiera hacer algo, vio que Samantha reaccionaba.

—Perdone, Gary, pero no es necesario que moleste a alguien por nuestra causa. Las tres regresaremos al hotel en este preciso instante, gracias por la invitación, pero no podemos aceptarla.

Samantha se negó a la petición no solo para evitar un conflicto entre Alessandro y él, pues ya había notado la ira contenida de su examante; también lo hizo porque odiaba que tomaran decisiones por ella; y que, además, las acatara cual sumisa. El productor estaba muy equivocado si creía que podía tratarla de esa manera.

«¡Allí tienes, novato! Sigue queriendo imponerte y acabarás ganándote todo su rechazo. Comenzaba a extrañarme que no hubieras reaccionado, conmigo eras más rápida y mordaz, Samantha.»

Tuvo que morderse el interior de la mejilla para no sonreír al ver su cara, parecía como si ella lo hubiera abofeteado. Se relajó al ver que su escritora se alejaba, dejándolo con un palmo de narices.

—Samantha… por favor, disculpe si la he ofendido…

—No lo ha hecho, Gary. Pero me gustaría dejarle claro algo, ahora que trabajaremos juntos. Odio que me presionen y que decidan por mí, no vuelva a hacerlo y le aseguro que nos entenderemos perfectamente… Fue un placer conocerlo —esbozó, mirándolo a los ojos, después desvió su mirada a Alessandro que mostraba una sonrisa burlona, a él también le advirtió que no abusara de su suerte.

Diana y Jaqueline estaban absolutamente anonadadas ante la reacción de Samantha, esa no era la mujer que ellas conocían; por el contrario, era una completamente distinta, pero no para mal sino para bien. Actuando cuales *Ángeles de Charlie*, salieron escoltándola.

—Una mujer con carácter —mencionó Alessandro sin ocultar el brillo en sus ojos que delataba la burla.

—Sí, así parece… —contestó Gary, sacado del trance, se volvió para mirar al italiano—. Justo el tipo de mujeres que pueden enloquecer a un hombre y por las que vale la pena jugárselo todo, ¿no le parece?

Alessandro estaba a punto de responderle, cuando Lisandro entró al lugar, impidiéndole poner a ese imbécil en su sitio y dejarle en claro que Samantha era suya. La rabia no lo dejaba pensar en las consecuencias que tendría hacer algo así, la fiera de los celos se había antepuesto a su lado racional, y aunque miró a su hermano con deseos de matarlo por interrumpirlo, más tarde le agradecería esa intervención.

Lisandro pudo sentir la tensión en el ambiente, y no le fue para nada difícil ver las miradas de reto que los dos hombres se lanzaban. Él conocía muy bien a su hermano y sabía que algo en la

actitud del americano lo había molestado, así que caminó hasta ellos para fungir de mediador antes que la situación se tornara más difícil.

—Alessandro… —se disponía a decir algo.

—Estaba por regresar con ustedes, creo que ha llegado el momento de marcharnos, ha sido una gran fiesta, señor Reynolds… espero que siga disfrutando de ella —mencionó, mirándolo a los ojos.

«Y que lo hagas solo imbécil; o mejor, búscate a alguna incauta a quien embaucar para cogerte esta noche, y olvídate de mi mujer si no quieres lamentar haberle puesto los ojos encima.»

—Lo haré… téngalo por seguro, la fiesta apenas empieza para mí, aunque es una lástima que no salió como había planeado, pero ya tendré otra oportunidad. Fue grato conocerlo, Alessandro, que descanse —dijo, haciéndole ver que su actitud no le importaba en absoluto, no era más que un actor entre millones que se creían dioses del Olimpo—. A usted también, Lisandro, iré a despedir a nuestra hermosa escritora —finalizó con media sonrisa y salió.

—¡Vamos! —Alessandro ni siquiera dejó que su hermano hablara.

Suprimió una maldición cuando vio al hombre salir, no dejaría que se acercara a Samantha; caminó dando largas y firmes zancadas, para buscarla, mientras sacaba su teléfono y tecleaba con rapidez.

—Siento que me he perdido de algo —pronunció Lisandro, intentando seguirle el paso mientras regresaban al salón.

—Estoy agotado y quiero descansar, eso es todo… Ya tuve suficiente por esta noche del glamur de Hollywood —indicó de manera casual, mirándolo por encima del hombro.

∞∞∞

Samantha acababa de despedirse de Patricia, cuando Jaqueline se acercó y le entregó su teléfono móvil. Ella seguía confundida por todo lo vivido en la terraza con Alessandro, se suponía que debían hablar y poner límites, recordarle que era una mujer comprometida y que él también lo estaba. No debían terminar como lo hicieron, en medio de ese beso que aún la hacía estremecer de solo recordarlo.

—Ya sé que todavía te debes sentir entre nubes después de los besos que te diste con el italiano, pero trata de disimular —dijo Jaqueline con sorna. Le señaló con la mirada el aparato—. Te ha enviado un mensaje, no lo he leído, pero apuesto lo que quieras a que es para pedirte que se vean en el hotel —agregó con una sonrisa y una mirada pícaras.

—Pues pierde su tiempo porque no pienso hacerlo, se suponía que debíamos hablar y llegar a un acuerdo…

—¿Y acaso no lo hicieron? Por lo que vi, ustedes dos se notaban bastante compenetrados y muy de acuerdo en lo que hacían.

—Basta, Jackie, admito que me porté como una grandísima tonta y que dejé que el traidor de mi cuerpo mandara sobre mi cabeza, pero he recuperado la cordura y sé que no fue una buena idea encontrarme con Alessandro en un lugar así. Debimos vernos en un sitio público, un café o en algunas de las áreas comunes del hotel, estando rodeada de personas jamás me hubiera dejado llevar —murmuró, avergonzada al recordar lo fácil que cedió ante él.

—¡Qué excusa tan barata, Samantha Steinberg! —exclamó y su amiga la vio horrorizada al

pensar que alguien las había escuchado, para su suerte la música y la algarabía ahogaron su voz —. Lo siento, pero debes darme la razón, los dos se morían por besarse…

—Pues no volverá a pasar —sentenció, pero no estaba segura.

—Si tú lo dices —dijo y se encogió de hombros—. Mira lo que dice el mensaje que me está matando la curiosidad —pidió con una sonrisa.

Samantha miró la pantalla del teléfono en negro, tomó aire y después lo soltó lentamente, conocía la clave de Jaqueline, así como ella la suya. Su cuerpo temblor al ver el nombre del remitente, pulsó encima.

De: Alessandro Bonanzierri
Para: Jaqueline Hudson
Asunto: Pendiente
Señora Hudson, por favor comuníquele a Samantha que aún tenemos una conversación pendiente, me gustaría que la misma se diese hoy. Dígale que la estaré esperando, ella sabe dónde encontrarme. Gracias.
Alessandro Bonanzierri.

Samantha sintió como una ola de calor le recorría el cuerpo y su intimidad se tensó, solo de imaginar un encuentro en su habitación de hotel. Después de lo que sucedió, eso sería una completa locura si quería mantener su postura no podía hacerlo.

—¿Y bien qué dice? —preguntó Jaqueline, mirándola expectante.

—Nada. —Borró el mensaje sin responder.

—Samantha no seas mentirosa, si no dijese nada no lo habrías borrado, por favor, no seas cruel conmigo y dime qué quería.

—Quiere que nos veamos, pero no iré… no es seguro, alguien podría vernos juntos y reconocerlo. Ahora que su rostro saldrá en primera plana de la sesión de espectáculos como el protagonista de Rendición, ya no será un hombre más —dijo con una presión en el pecho.

Jaqueline se quedó con ganas de decir algo más, e intentar convencerla para que se viera con Alessandro, pero debió dejar de lado el tema pues su amiga se estaba despidiendo de Marcus, Thomas y Gary padre, que reían muy animados por el champagne y el éxito que tuvo la presentación de los protagonistas de Rendición.

∞∞∞

Alessandro llegó al salón e intentó relajarse, no podía dejarle ver a sus acompañantes cuán desesperado estaba por ver a Samantha, aunque realmente lo estaba, su cuerpo seguía ansioso de continuar con lo que estaban haciendo. Todo iba tan bien, quizás mucho mejor de lo que hubiera esperado de ese primer encuentro, la manera como respondió a sus besos y sus caricias, cada vez que temblaba entre sus brazos y gemía en su oído, mientras sus manos la recorrían. Ella tenía el poder para hacer que su mundo fuera perfecto en un instante; pero tuvo que llegar el miserable de Gary Reynolds a arruinarlo todo.

Al fin la vio junto al director y los productores, se disponía a ir hasta ella cuando fue abordado por un grupo de mujeres que deseaban tomarse fotos con él. Sabía que lo mejor para lidiar con ellas era complacerlas posando rápidamente, lo hizo sin perder de vista a Samantha, cuando al fin se liberó, llegó hasta el grupo para despedirse, debía hacerle saber que regresaría al

hotel para esperar por ella.

Después de eso, los tres italianos salieron escoltando a las tres bellezas americanas. Gary tuvo que quedarse con las ganas de acompañar a Samantha, ya que su padre solicitó su presencia. Alessandro disfrutó de ganarle otra vez la mano, aunque no le dio mucha importancia a eso, pues toda su atención estaba centrada en que ella no se le escapara.

—¿Leíste el mensaje que te envié? —le preguntó en un susurró, mientras esperaban por los autos que los llevarían hasta el hotel.

—Sí —respondió, sin mirarlo y caminó para despedirse de Lisandro y Lucca—. Fue maravilloso compartir con ambos. —Le extendió la mano, primero al piloto—. Me encantó conocerte, Lisandro —intentó no temblar, no sabía cuál de los dos la intimidaba más.

—También fue todo un placer para mí, Samantha —esbozó Lisandro mientras sonreía y de repente una imagen regresó a su cabeza.

Samantha notó que su expresión cambiaba, se la quedó mirando como si la hubiera reconocido; eso aumentó los nervios en ella, así que con rapidez retiró su mano para ofrecerla al señor Puccini.

—Encantada de haber pasado la velada con usted señor… Lucca, perdón es la costumbre —dijo de manera nerviosa.

—No se preocupe, a mí también me cuesta entrar en confianza, digo lo mismo, Samantha, espero verla pronto.

Ella asintió con una sonrisa y huyó de la insistente mirada de Lisandro, que parecía observarla con mayor detenimiento, quizás había recordado su encuentro en el aeropuerto o cuando hablaron por teléfono. No deseaba exponerse a un nuevo acercamiento con Alessandro, pero sabía que provocaría rumores si se marchaba sin despedirse de él, se acercó y le extendió la mano mostrando una sonrisa amable, pero su mirada no mostraba calidez sino tensión.

—Una agradable velada, señor Bonanzierri…

—Deberías descartar esa palabra de tu vocabulario, cuando se trata de los dos —susurró y disfrutó del sonrojo que ella le entregó—. ¿Dónde nos encontramos? —inquirió, mirándola a los ojos, sin soltarle la mano.

Samantha estaba por responderle cuando llegó su auto y Jaqueline le hizo una seña para que subiera, vio que Alessandro se adelantaba al hombre de seguridad y le abría la puerta, sus miradas se encontraron y la de él hizo que el corazón se le encogiera.

—Yo te buscaré —dijo antes de entrar al auto.

Alessandro quedó satisfecho a medias con la respuesta y la actitud de Samantha, sabía que debían ser discretos, pero no le resultaba fácil tratarla como a una extraña después de todo lo que habían vivido. Sin embargo, no le quedaba de otra que fingir, muchos pensarían que siendo actor eso no era complicado, pero hacerlo con ella era una tortura y lo odiaba.

—Di, apresúrate, por favor —dijo Jaqueline, asomándose desde el asiento trasero, pero solo fue una excusa para ver a Alessandro, le hizo un guiño y le entregó una sonrisa cómplice.

—Ya voy… estos zapatos me están matando, sin duda no hay nada más cómodo que mis botas —refunfuñó, pero sonrió cuando se acercó a Alessandro para darle un abrazo—. Una fiesta genial, felicitaciones Franco Donatti —dijo mientras sonreía.

—Muchas gracias, Diana, será un placer trabajar contigo, que descanses —pronunció con el mismo gesto de ella.

—Igual tú, Lucca me debe un baile… Lisandro la pasé genial, espero lo repitamos en Roma —se despidió de cada uno con la alegría.

Alessandro esperó a que subiera, cerró la puerta con un golpe suave y el chofer se puso en

marcha; eso frustrara sus deseos de tener a Samantha a su lado por lo que restaba de noche. Sabía que no le quedaba más remedio que repetirse como un mantra, que debía ser paciente y darle su espacio, pero tampoco se quedaría de brazos cruzados por mucho.

El auto llegó y subieron, cada uno sumido en sus pensamientos, incluso, Lisandro que hablaba hasta por los codos, se mantuvo callado durante el trayecto. Caminaron hasta el ascensor, todo parecía ir normal hasta que llegaron al pasillo donde quedaban sus habitaciones.

—Alessandro necesito hablar contigo —dijo con semblante serio.

—Lisandro, me siento agotado… mejor dejémoslo para mañana, estoy seguro de que lo que sea, puede esperar —contestó con desgano, abriendo la puerta de su habitación.

—Esto no puede esperar, Alessandro Franco… —se interrumpió sintiéndose tan estúpido—. ¡Mierda! Si hasta eso está… todo fue tan evidente y yo como un imbécil no lo vi —dijo, mirándolo con reproche, se acercó a la puerta y la abrió con la palma de la mano—. Pasa, no me voy a ir de aquí sin que antes me cuentes lo que te traes con Samantha Steinberg —sentenció, mirándolo a los ojos.

Alessandro se tensó de inmediato al escuchar las palabras de su hermano, sabía que Lisandro de un momento a otro podría sacar sus propias conclusiones y llegar a la verdad. No pensó que pudiera suceder tan pronto, lo miró sintiéndose acorralado y como si fuera un chico de trece años al que estaban a punto de darle un sermón.

—Ustedes necesitan hablar, yo me retiro, que descansen —mencionó Lucca para librarse de ese momento de tensión.

—Buenas noches, Lucca, duerme bien —lo despidió Alessandro.

—Duerme, hombre… Ya no estás para estos trasnochos, después hablaremos los tres —dijo viéndolo desaparecer y después clavó su mirada en los ojos azules de su hermano—. Entra.

La orden no venía del Lisandro relajado y tranquilo que habitualmente era, sino del hermano mayor que inspiraba respeto y obediencia en Alessandro, quien intentó mostrarse tranquilo, entró cerrando la puerta de la habitación tras él.

Capítulo 19

Alessandro caminó hasta el minibar y tomó una botella de agua, debía tener la cabeza despejada para el interrogatorio que venía a continuación. Mientras veía a su hermano sentarse en uno de los sillones a la espera de toda su historia con Samantha; era evidente que había descubierto quién era la misteriosa mujer que le había roto el corazón. Caminó hasta el ventanal para dejar que su vista se perdiera entre la oscuridad salpicada por millones de diminutas luces que podía apreciar desde allí, no le resultaba tan molesto estar a esa altura mientras no fuese consciente de la distancia que lo separaba del suelo, cerró los ojos y liberó un suspiro buscando las palabras para dar comienzo a su confesión.

—Estoy esperando —le hizo saber Lisandro, impaciente.

—Lo sé… es imposible no sentir ese molesto golpeteo que haces con el pie, estoy a punto de lanzarte esta botella para que lo dejes quieto —contestó, y sonrió al escuchar que se detenía.

—Ayer en la fiesta, cuando Gary Reynolds dijo que acababa de llegar de Italia y que había conseguido la villa de los Codazzi para filmar la película… Recordé que ese fue el mismo lugar a donde te envió nuestra madre cuando… Bueno, ya sabes… Me sorprendió que fuese también el que, Samantha Steinberg, sugirió como locación, pero pensé: debe ser una casualidad. —Lisandro estaba poniendo sus pensamientos en voz alta, para ver si de esa manera no le parecían una locura—. Sin embargo, al ver tu actitud con ella cuando la invitaste a bailar y después cuando los dos desaparecieron, comencé a sospechar que algo había detrás de todo esto; recordé lo que me dijiste cuando te cuestioné por qué deseabas venir aquí y me dijiste que necesitabas estar en la película…, pero eso no era cierto, estás aquí por ella… Es la chica que conociste en La Toscana, la que fue tu novia y que ibas a presentarnos el día de tu cumpleaños cuando no pudimos viajar —concluyó Lisandro.

—Sí, Samantha es la mujer que conocí en la villa de los Codazzi —respondió con la voz ronca por el remolino de emociones en su pecho.

Lisandro ya esperaba una respuesta afirmativa a todo eso; aun así, la sorpresa lo dejó descolocado unos segundos. Sobre todo, cuando a su cabeza llegó la segunda pregunta que le haría a su hermano y la imagen de Samantha Steinberg acompañándola.

—Y ese libro… Rendición, no es algo ficticio que ella sacó de su cabeza sino la historia de ustedes dos, ¿cierto? —Veía la espalda de su hermano y era evidente que cada vez se tensaba más.

—Con algunas variantes... pero en esencia es lo mismo —contestó y seguía mirando a través del ventanal, mientras se preguntaba en qué rincón de esa ciudad estaba Samantha.

—Claro… como por ejemplo las profesiones de ambos, el motivo por el que estabas allí, que quizás ella no lo sepa, y por supuesto el final de la historia, tú nunca llegaste al aeropuerto a buscarla —mencionó con conocimiento de causa.

—Ella lo sabe todo, le conté la verdad de porqué estaba allí.

Las palabras de Alessandro lo sorprendieron aún más de lo que ya estaba. Su hermano había sido demasiado receloso con ese asunto, incluso a esas alturas su hermana Paula, seguía ignorante del verdadero motivo que lo llevó a estar lejos por tanto tiempo.

—¡Cuánta confianza! Ella debió ser muy especial para que te abrieras de esa manera y le

contaras; más, si tomamos en cuenta que en ese tiempo ni siquiera a mí, que te apoyaba en todo, me dijiste los problemas que te aquejaban y no me diste la oportunidad de ayudarte a salir de ese pozo de mierda… ¿Sabes algo? No comprendo cómo pudiste mantenernos al margen, y menos ahora cuando me dices que a una mujer a la que apenas conocías, sí le contaste todo —esbozó con rabia.

—Son dos situaciones muy distintas, Lisandro…

—¡Claro que son muy distintas! Nosotros somos tu familia y merecíamos que fueras sincero… Ella apenas estaba llegando a tu vida y no tuviste problemas para contarle todo. Paula aún sigue con ese resentimiento porque no sabe la verdad; cree que tú solo te fuiste a vacacionar y te olvidaste de todos —dijo realmente molesto.

—Paula no entendería la situación y se sentiría decepcionada de mí, prefiero que esté molesta, a que se entere que su hermano fue una gran mentira y que estuvo a punto de morir por adicto… Eso sería mucho peor —mencionó con el dolor que esos recuerdos le provocaban, todavía después de todos esos años, seguía cargando con esa pena.

—Ella ya no es una niña, Alessandro, sabes que te comprendería y se sentiría mucho mejor sabiendo que le eres sincero. Nuestra hermana siente que ya no confías en ella y eso es lo que le duele… por eso tampoco confía más en ti —acotó, sintiéndose molesto por su terquedad.

Alessandro se quedó en silencio, observándolo con resentimiento y dolor, su hermano parecía tener un don para herirlo donde más le dolía, sabía que no lo hacía por mal sino para hacerlo reaccionar, para recordarle lo que debía ser importante para él y quizás tenía razón.

—Habla con nuestra hermana, Alessandro, y cuéntale la verdad, dile lo que te motivó a irte dejando todo atrás… ella merece saberlo —dijo más comprensivo, sabía que sus palabras lo habían lastimado, pero no era su intención abrir viejas heridas, solo deseaba cuidar de él, pero a veces no sabía cómo—. Bueno… tampoco te dije esto como un reproche, aunque sonase así, pero debes comprender que no es fácil para mí andar descubriendo una sorpresa tras otra —excusó su actitud.

—Tranquilo, tienes razón en muchas cosas y soy consciente de ello, pero no culpes a Samantha de nada, ella solo me escuchó cuando lo necesité… Y sí, me resultó fácil hablarle de lo sucedido, pero porque sentía que no me juzgaría, después de todo ella no sufrió el daño que les causé a ustedes —contestó apenado y le esquivó la mirada.

—Ya dejemos eso de lado, que no sé ni siquiera cómo llegamos aquí, la cuestión ahora es otra. Según el libro ustedes estaban enamorados, y diría que todo lo que leí fue solo un juego de su imaginación, si no te hubiera visto confesarle a toda Italia que también la amaste. Mi pregunta entonces es ¿por qué se separaron y por qué ahora se tratan como dos extraños? —lo interrogó de nuevo, tenía demasiadas preguntas girando en su cabeza y no saldría de allí sin quedar satisfecho.

—Es algo complicado, Lisandro —esbozó con desgano, dejándole ver su cansancio e intentando escapar con eso del cuestionario.

—Sí, claro supongo que debió ser muy complicado para ustedes habernos visto la cara de idiotas. Mi madre lo sabe ¿verdad? ¿Es por ello por lo que te apoyó desde el inicio para que vinieras a la audición?

El reproche estaba impregnado en cada una de sus palabras, sentía que conocía todo de su hermano y le dolía que; de la noche a la mañana, le saliera con algo como eso, no era justo. Ya le había pasado lo de la confesión, pero que no le dijera que la mujer en cuestión era la escritora de Rendición y que él venía a América para buscarla, era demasiado.

—Nuestra madre sabe todo porque… —se interrumpió sin saber cómo continuar, pero vio la

exigencia en la mirada de su hermano, dejó escapar un bufido que drenara la tensión que sentía, no le quedaba más remedio que continuar—. Le conté todo cuando ella fue a La Toscana a buscarme. Samantha y yo acabábamos de separarnos, estaba hecho mierda… y en medio de la borrachera le conté todo, pero le pedí que nunca hablara de ello. —Bajo la mirada, apenado.

Recordó cómo lo consiguió su madre, había estado bebiendo dos días seguidos, tendido en su cama que aún conservaba el olor de Samantha, rodeado de las fotografías de ella que había guardado y llorando por una mujer que se marchó dejándolo sin siquiera mirarlo una última vez.

—Pero no me contaste a mí, se supone que confiamos el uno en el otro y ya van muchas cosas que me ocultas. No te pido que me cuentes toda tu vida privada porque hay cosas que son solo tuyas, pero me jode que me excluyas de esta manera.

—En verdad lo siento, Lisandro… pero me avergonzaba confesar que me había enamorado como un estúpido de una mujer, para que la que no signifiqué más que una aventura de verano.

—Pues ya ves que no fue así; ella también se enamoró de ti… ¿Cuándo pensabas decirme el verdadero motivo por el que estás aquí? —cuestionó, mirándolo a los ojos.

—Después de que hablara con ella y pudiéramos aclarar las cosas; eso era lo que realmente deseaba y hoy pude hacerlo —esbozó con una sonrisa que iluminaba su mirada.

—Y deduzco por tu expresión de felicidad, que todo salió tal como esperabas… pero tengo una interrogante más; mejor dicho, dos. ¿Sabes que ella tiene novio en estos momentos y que lleva dos años de relación con él? Al menos eso me dijo su hermana Diana —mencionó en tono serio, no quería hacerlo sentir mal, pero debía dejarle claro cómo estaban las cosas con relación a Samantha Steinberg.

—Lo sé —contestó con un tono que lo hizo parecer un perro rabioso, el comentario de su hermano fue como una patada justo a su entrepierna y le borró la sonrisa de un tajo—. Lo sabía antes de venir aquí.

—Bien, ¿y qué piensas hacer respecto a ello? —lo interrogó una vez más y lo miraba fijamente para que no se le escapara.

Sin embargo, Alessandro se puso de pie y caminó una vez más hacia el ventanal, mientras se masajeaba la nuca, buscando de nuevo entre los millones de luces, aquella que estuviera iluminando a su escritora.

—Samantha aún me ama, pude sentirlo esta noche, Lisandro… Ella al igual que yo, no ha conseguido olvidar este sentimiento que nos une, precisamente por ello escribió ese libro, porque a lo mejor necesitaba hacérmelo saber y no encontró otra manera de hacerlo. —Se volvió para mirarlo, sintiéndose confiado en lo que sentía.

—Puede que eso sea cierto, pero aún queda el novio…

—Samantha no lo mencionó en ningún momento; además, si todavía estuvieran juntos, ¿dónde estaba él hoy? ¿Por qué no estuvo presente en un día tan importante para ella? —inquirió con rabia y al ver que Lisandro se quedaba callado, continuó—. ¡Me importa un carajo ese hombre, he venido por Samantha y voy a llevármela! —sentenció, mirándolo.

—Te sientes muy seguro de ti mismo y das todo por sentado, ¿acaso ya se lo dijiste a ella? me vas a perdonar, Alessandro, pero la actitud que percibí hoy en Samantha Steinberg no fue la de una mujer que ha recuperado al amor de su vida, sino la de una chica muerta de miedo y que estaba a punto de quebrarse de tanta tensión. En un principio pensé que era por todo esto de la película, pero ahora lo veo claramente, ella no está lista para afrontar lo que le pides…

—¿Desde cuándo eres psicólogo o desde cuándo crees que puedes entender a Samantha mejor que yo, si apenas la viste hoy? —preguntó con molestia, plantándose frente a Lisandro.

—Primero, cálmate y deja de verme como tu enemigo, solo intento hacerte ver las cosas tal

cual son, como siempre te estoy protegiendo de que te lleves una desilusión, idiota, así que siéntate allí y escúchame atentamente —le ordenó con su autoridad de hermano mayor, lo vio hacerlo a regañadientes. Así que, suspiró llenándose de paciencia porque iba a necesitarla—. Segundo, no necesito conocer a Samantha Steinberg para saber cómo actuará, todas las mujeres hacen lo mismo cuando se ven presionadas… Se van con aquel que le dé más libertad y tú no se la estás dando; por el contrario, pretendes presionarla para que se vaya contigo y haga tu voluntad… Y si ella es como se mostró en el libro, te estás ganando que te mande a la mierda.

Alessandro se quedó en silencio, analizando las palabras de su hermano, quizás tenía razón y él estaba actuando demasiado de prisa, pero ser paciente no era una de sus cualidades, Samantha lo sabía bien.

—Pues no me quedaré de brazos cruzamos como lo hice antes. Quedamos en vernos de nuevo y cuando lo hagamos le diré por qué estoy aquí y le pediré que nos demos una nueva oportunidad —mencionó en tono calmado, pero que dejaba clara su determinación.

—Está bien, pero intenta no forzar la situación y evita que tus planes se vengan abajo; sabes que te voy a apoyar como siempre. Ella es muy hermosa y me cae bien… Y ya la conocía, aunque apenas intercambiamos un saludo hace años —Alessandro se levantó como un resorte.

—¿Cómo? ¿Dónde la viste? ¿Qué te dijo ella? —le lanzó un torrente de preguntas, mientras lo miraba con asombro.

—Fue… algo casual, en el Fiumicino —esbozó mientras dudaba en decirle exactamente lo que había sucedido.

—¿Y? —inquirió impaciente, la actitud de su hermano lo intrigaba.

—Y nada… —Se rascó la nuca con nerviosismo—. Ella iba saliendo de la sala VIP de la terminal internacional; al parecer, había tomado un par de tragos y tropezamos, la sostuve para evitar que se cayera, pero sus papeles si lo hicieron, así que los tomé… leí su nombre y me presenté para ser caballeroso —dijo con un tono inocente.

—¿Y eso fue todo? —preguntó Alessandro con desconfianza.

—Bueno… puede que haya coqueteado con ella, le sugerí que de haber sido quien llevara el vuelo a América, quizás podíamos quedar para tomar un café o una copa… —Se interrumpió al ver que su hermano cerraba los ojos y tensaba la mandíbula—. ¡No vengas a culparme! Yo no sabía quién era —se defendió, irguiéndose en el sillón.

—¡Claro! Y como siempre debes estar jugando al Casanova con cuanta mujer se te pasa por enfrente —señaló mirándolo con reproche y se pasó las manos por el cabello.

—Bueno, igual ella me puso en mi lugar, le pregunté si algún italiano le había roto el corazón, lo que supuse era cierto por su actitud de despechada, se giró y me dijo que sí, que te hiciera llegar sus saludos —dijo mostrando la misma confusión de entonces.

Alessandro se lo quedó mirando primero con rabia, pero al imaginarse a Samantha en su pose de altanera dejando a su hermano, que se las daba de ser un experto con las mujeres, con un palmo de narices, no pudo evitar reír y se relajó de nuevo, caminó hasta el sillón negro en medio del salón de la suite y se dejó caer.

Lisandro al ver que la tensión de minutos atrás había pasado también se relajó, se puso de pie y se dirigió hasta el bar, miró entre todas las bebidas y tomó una de las miniaturas de *Jack Daniels*. Necesitaba algo que le despejase la cabeza porque sentía que tantas revelaciones lo volverían loco, vació el líquido ámbar en un vaso y le puso dos cubos de hielo, después de girarlo un par de veces le dio un gran sorbo.

—¿En verdad te hizo esperar tanto? —preguntó, tendiéndose en el sillón, recordando la historia que había escrito Samantha Steinberg, no podía creer que su hermano hubiera soportado

los desplantes de la americana, al ver que él no respondía continuó—. Iba casi por la mitad del libro y el protagonista no le había visto ni un pezón, tampoco le había agarrado nada ni le había dado un beso ¡Llegué a pensar que al tipo no le gustaban las mujeres! —dijo y soltó una carcajada.

Alessandro intentó ignorarlo en principio, pues sabía lo pesado que podía ser Lisandro cuando se ponía en ese plan; sin embargo, como siempre terminó cayendo en sus provocaciones.

—Mi paciencia y mi perseverancia fueron recompensadas, solo eso te diré; lo demás es parte de mi vida privada que no necesitas conocer —dijo controlándose para no mandarlo a la mierda por burlarse de él.

—Y ni quiero… ya bastante información tengo al respecto, aunque tampoco es que sea nada del otro mundo, todo bastante básico —indicó restándole importancia, pues como siempre deseaba hacerle creer que él tenía mucha más experiencia con las mujeres.

—Samantha no plasmó ni la mitad de lo que vivimos en La Toscana —dijo con media sonrisa que gritaba que había mucho más—. Recuerda que ese libro iba a ser leído por su familia y a la larga también por la mía… aunque eso ella no lo supiera —acotó, pues sabía perfectamente cuál era el juego de su hermano.

—Pero lo del cumpleaños sí fue verdad, porque recuerdo haber visto el Fedora en tu casa después que regresaste —mencionó en tono cómplice y dejó ver media sonrisa.

Alessandro tenía los ojos cerrados con la cabeza apoyada en el espaldar del sillón y su sonrisa fue más efusiva, cuando la imagen hermosa y sensual de Samantha, en aquel exquisito conjunto de lencería llegó hasta su mente. Recordó cómo había disfrutado de aquel pastel de chocolate sobre su cuerpo desnudo, y como después le hizo el amor con desenfreno, se estremeció cuando el deseo invadió su cuerpo.

Las ansias que ella despertaba en él seguían siendo tan poderosas como años atrás, esa noche pudo comprobarlo cuando con sus besos y sus caricias provocó que la deseara, como no había deseado a ninguna de las mujeres que pasaron por cama, con aquellas solo tuvo un desahogo, pero con Samantha era la pasión, la lujuria, el deseo y el amor. Ella podía dominarlo con una mirada, una caricia y un beso, podía elevarlo al cielo mientras surcaba dentro de su cuerpo y la besaba con locura. Ella era la única mujer capaz de hacerle sentir todo eso y juraba que lo tendría de nuevo, Samantha sería suya y esta vez sería para siempre.

—Fue uno de los mejores cumpleaños que haya tenido… —dijo con una felicidad que apenas le cabía dentro del pecho. De pronto, recordó que le había pedido que lo buscara en ese lugar, así que sería mejor que se estuviese—. Pero ya es tarde y nosotros no somos quinceañeras que se cuentan sus aventuras amorosas. Levántate de allí y ve a tu habitación, necesito descansar —dijo Alessandro, poniéndose de pie, sabía que la ansiedad no lo dejaría dormir, pero debía echar a su hermano.

—Estaba entretenida la fiesta de pijama —esbozó, sonriendo y terminó su trago de whisky, antes de ponerse de pie—. ¿Qué harás mañana? —le preguntó, caminando hacia la puerta.

—No lo sé, lo más probable es que la gente de la productora no retome las actividades hasta el lunes… Y Samantha, quedó en buscarme —contestó con tono esperanzado ante esa última frase.

—Supongo que desaparecerás todo el día… Digo, después de cuatro años separados es mucho lo que tienen que hablar —pronunció con sorna y no le hizo caso a la advertencia en la mirada de Alessandro; por el contrario, eso lo hizo continuar—. ¿Tengo que comprarte otra vez preservativos o trajiste suficientes? —inquirió con malicia y toda la intención de molestarlo, pero estaba feliz por él.

—¡Lárgate de una buena vez! —Le lanzó con fuerza uno de los cojines del sillón, pero hermano contó con la agilidad para escapar.

—¡Hey, guarda tus energías para la escritora! —exclamó riendo y salió rápidamente antes de que le lanzara otro.

Lisandro era insoportable a veces, se comportaba como un adolescente, pero debía admitir que su actitud en ese momento lo había divertido mucho y lo agradecía porque necesitaba de eso para relajarse. Aunque la noche había salido mejor de lo que esperaba; era cierto lo que él le dijo, no podía dar nada por sentado, sabía que tenía una conversación pendiente con Samantha y de esta dependerían muchas cosas.

Capítulo 20

Samantha llegó a su habitación y lo primero que hizo fue despojarse de su vestido y las joyas, luego caminó hasta el baño y mientras se recogía el cabello, vio que el espejo le devolvía una imagen distinta a la que había mostrado días atrás. Eso le provocaba una mezcla de sentimientos que la atormentaban; sabía que ese brillo en su mirada era por Alessandro, era inútil seguir negando que todavía sentía algo por él.

La ducha caliente no logró liberarla de la tensión, aunque no deseaba reconocerlo, debía admitir que quizás se debía a todas las ansias que había despertado Alessandro en su cuerpo, pero que se vieron frustradas por la llegada de Gary Reynolds. No sabía si la intervención del productor había sido para bien o para mal, aunque era consciente que de haber continuado con ese beso no sabía dónde estaría en esos momentos, también deseaba creer que ella hubiera tenido la voluntad para resistirse a Alessandro y haberle dejado las cosas en claro.

Después de pasar horas dando vueltas en su cama sin poder sacar de su cabeza los recuerdos de los besos y las caricias que compartió con Alessandro, optó por levantarse cuando vio que la luz del sol comenzaba a inundar la habitación. Tenía algo pendiente y sabía que entre más lo postergase más complicado le resultaría; además, no soportaba la tortura de no saber qué estaba pensando él, a lo mejor creía que todo entre ellos volvería a ser como antes, que lo que pasó lo arreglaría.

—Confieso que tú aún sigues teniendo poder sobre mí, pero no dejaré que me envuelvas como antes, esta vez las cosas no serán iguales, Alessandro —sentenció, mirando por el gran ventanal que le entregaba una panorámica muy hermosa de la ciudad.

Se puso de pie para cambiarse de ropa, debía terminar con esa situación de una vez por todos; solo tardó veinte minutos en estar lista, pues no se esmeró en su arreglo, se miró en el espejo infundiéndose seguridad y salió rumbo a la habitación de su examante.

La confianza que la había acompañado hasta ese lugar se esfumó en cuanto elevó su mano para golpear la hoja de madera, se detuvo a pocos centímetros de que sus nudillos la tocaran. Cerró los ojos e intentó calmar el latido de su corazón que se había disparado, hizo respiraciones profundas mientras contaba hasta el cien.

—¡Demonios, Samantha! Tienes que calmarte… tienes que ser la dueña de la situación y hacer lo que viniste a hacer, nada más. Tú puedes hacerlo, sé que puedes hacerlo —se dijo para infundirse valor mientras abría los ojos nuevamente, esta vez no dudó en llamar a la puerta.

∞∞∞∞

Alessandro estaba tendido en la cama, aunque tenía los ojos cerrados no dormía, la sonrisa en sus labios delataba que estaba despierto y también los sentimientos que lo embargaban. Se sentía algo agotado, pero no deseaba dormir y perder los recuerdos de lo que vivió con Samantha horas atrás, le seguía costando asimilar que su reencuentro había sido mejor de lo que había ansiado.

Aunque; a decir verdad, pudieron llegar más allá, tal vez se habrían dejado llevar por la pasión y acabarían amándose como tanto deseaban, si no hubiera sido por la llegada del impertinente de Gary Reynolds. Quizás se hubiesen escapado de la fiesta y estarán allí en ese momento, haciendo el amor y recuperando todo el tiempo perdido; ese sin duda habría sido el mejor reencuentro de todos, pensó sonriendo.

—Siempre me sorprendes, preciosa, era cierto que deseaba con todas mis fuerzas tenerte entre mis brazos como te tuve, pero no me espera una respuesta como la esa, Samantha… —dijo y soltó un suspiro soñador—. Pensé que estarías más renuente, que me reprocharías el haber venido e incluso que me pedirías que me largara y te dejara en paz. Sin embargo, no hiciste nada de eso; por el contrario, me diste una maravillosa bienvenida, me hiciste sentir que esto que sentimos es real y permanece en nosotros —esbozó, recordando ese beso que había encendido una hoguera en su pecho y había colmado de placer todo su cuerpo despertando una vez más su deseo más profundo.

Escuchó un par de golpes que le sonaron lejanos, no quería salir de ese estado de ensueño, pero al escuchar que los toques se repetían y que eran en la puerta de su suite, se irguió con rapidez. El movimiento le provocó un leve mareo del que se recuperó al instante, buscó su teléfono que estaba sobre la mesa de noche, con movimientos ágiles lo desbloqueó para comprobar si tenía alguna notificación.

Tenía muchos mensajes de sus amigos, felicitándolo, pero les respondería después, en ese momento solo buscaba el que le interesaba. Los golpes en la puerta lo hicieron saltar de la cama, parecía estúpido buscando algún mensaje de Samantha, cuando probablemente era ella quien estaba llamando a su puerta mientras él la hacía esperar.

—¡Alessandro, cálmate! —se exigió al sentir como estaba temblando.

Se miró en el espejo y su semblante mostraba un poco de cansancio, así que con rapidez se dirigió al baño para lavarlo, luego se pasó las manos por el cabello para acomodarlo, respiró hondo y caminó con premura para atender a quien llamaba, abrió la puerta y era ella. Se quedó mirándola, reconociendo en la hermosa mujer frente a él, a esa chica que lo enamoró años atrás, no lucía glamurosa como la noche anterior, sino como la Samantha que él recordaba, aquella que mostrándosele tan natural como una flor, poseía la misma belleza, que lograba atrapar su mirada y hacer que la deseara con una intensidad asombrosa.

—Hola —mencionó al ver que ella no decía nada, solo lo veía.

Samantha quedó cautivada por la imagen de Alessandro, seguía llevando la ropa de la noche anterior, pero su camisa estaba abierta, dejando al descubierto ese extraordinario torso que poseía y que puso a temblar sus piernas. No podía despegar su mirada de él, por mucho que una parte de su cerebro le advirtiera que estaba acercándose a un terreno peligro, siguió el camino de vellos que se hacía más espeso debajo del ombligo y se perdía tras la pretina del pantalón azul oscuro.

Inspiró con fuerza cuando a su mente llegó el recuerdo con una perfección asombrosa del miembro de Alessandro; el deseo estalló con fuerza en su interior, desbocando los latidos de su corazón. Sintió que todos los rincones de su cuerpo eran recorridos por un intenso temblor y supo de inmediato que ir hasta allí no había sido una buena idea, que nada de eso debería estar ocurriendo.

—Hola… lo siento, te desperté —respondió, obligándose a enfocarse en lo que la había llevado hasta ese lugar.

—Tranquila, no dormía… te estaba esperando —dijo, sonriendo.

—Necesitamos hablar. —Samantha sentía que su lucha contra el deseo cada vez era más difícil, así que lo mejor era decir lo que tenía que decirle y acabar con esa situación de una vez.

—Por supuesto, pasa. —Se hizo a un lado para invitarla a entrar.

No le había pasado desapercibida la reacción de Samantha al verlo con la camisa abierta, pudo identificar el deseo en ella y aunque intentó disimularlo era muy tarde. Eso hizo que su cuerpo también despertara, pues sabía que esta vez no habría nadie que los interrumpiera; le entregó una gran sonrisa para hacerla sentir bienvenida y confiada.

—No —esbozó ella, negando con la cabeza, vio el desconcierto que cubrió el semblante de su examante y se apresuró a hablar—. Será mejor que hablemos en aquel rincón, lo que he venido a decirte es rápido.

Alessandro la vio alejarse hacia un pequeño espacio ubicado al final del pasillo, donde dos sillones blancos separados por una moderna mesa de vidrio y acero, que apenas podía con el peso del inmenso florero, creaban un ambiente íntimo y acogedor, pero que para él resultó completamente distante y frío, pues era evidente que la intención de Samantha era mantenerlo lejos de ella.

La siguió sin importarle ir descalzo, pero para complacerla y tener una conversación sin tensiones, se abotonó la camisa, la vio sentarse y frotar las palmas de sus manos un par de veces sobre sus rodillas, esa era una clara señal que siempre mostraba cuando se sentía nerviosa o preocupada. Dejó escapar un suspiro para armarse de paciencia, pues algo le decía que la necesitaría, mientras recordaba las palabras de su madre y su hermano, no debía presionarla porque podía terminar alejándola de él.

—Puedes sentarte, por favor —le pidió sin mirarlo a la cara.

—Claro —contestó en tono amable y lo hizo sin dejar de mirarla.

Samantha tomó aire y se armó de valor para mirarlo a los ojos, necesitaba mostrarse segura y que sus palabras fueran respaldadas por su mirada. Sabía que, si Alessandro la veía dudar, intentaría convencerla de ceder ante él, como lo hizo horas atrás y eso no podía volver a pasar.

—Yo… no sé por qué de la noche a la mañana decidiste tragarte todas tus palabras y venir a este lugar que juraste jamás pisar, tampoco me interesa saberlo porque nada de lo que digas o hagas cambiará lo que sucedió hace más de tres años… pero ha sido tu decisión y la respeto, intentaré apoyarte tanto como me sea posible porque en verdad te deseo lo mejor; sin embargo, no me pidas nada más fuera de eso, solo debemos trabajar juntos como un equipo por el bien del proyecto. —Soltó con rapidez para evitar que las dudas la hicieran perder el valor, creyendo que ya lo había dicho todo, se movió para ponerse de pie.

—Espera —pidió él con voz calmada y la tomó del brazo para pedirle que continuara sentada —. Ya tú hablaste, ¿puedes dejar que yo también lo haga? —preguntó, buscando su mirada.

—Solo perderás tu tiempo —contestó, quitando la mano de él que sostenía su brazo, pues sentía que la quemaba.

—Es mi tiempo, así que puedo hacer lo que se me venga en gana —mencionó sin poder disimular la molestia en su voz.

—También me harás perder el mío y no puedo hacerlo. Regresaré esta noche a Chicago, lo que tenía que decirte ya lo dije y no me importa lo que hagas tú con ello —dijo, él no pudo evitar que se levantara.

—¿Y crees que con decir eso ya se acaba todo? —preguntó con rabia, poniéndose de pie también.

En un movimiento rápido la tomó de la cintura y la arrinconó en un reducido espacio, que le impediría a las personas que salieran al pasillo llegar a verlos; o al menos, a ella que era más pequeña.

—¿Qué haces? ¡Suéltame, Alessandro! —exigió, intentando zafarse.

—Viajé durante doce interminables horas desde Roma hasta aquí, soporté tu indiferencia en las audiciones y esperé una semana para hablar contigo, así que lo quieras o no, me vas a escuchar —sentenció, mirándola a los ojos con fiereza, sujetándola para que no se escapara.

—No puedes obligarme a hacer algo que no quiero ¡Quítame las manos de encima! —decía mientras forcejeaba con él—. Alessandro Bonanzierri suéltame en éste preciso instante o de lo contrario —lo amenazó, sintiéndose sofocada por su poderosa presencia.

—¿O de lo contrario? —inquirió, elevando una ceja con arrogancia y se acercó más, dejando sus labios a un suspiro de los de Samantha.

Ese intercambio de palabras trajo el recuerdo del día cuando se conocieron, fue como si algo dentro de sus pechos se iluminara y la emoción estalló, haciéndolos temblar. Alessandro supo de inmediato que el destino los había reunido en La Toscana con un propósito, que se enamoraran, tal como lo hicieron, pues habían nacido para estar juntos, si antes había tenido dudas sobre su deseo de pasar su vida al lado de Samantha, justo en ese instante acababan de esfumarse.

Ella no pudo ocultarle el temblor que la recorrió y sintió cómo se ahogaba en su océano favorito, en ese par de ojos azules que seguían siendo su más hermosa perdición. Lo vio acercarse con toda la intención de besarla, tuvo una lucha feroz que duró apenas unos segundos entre su razón y su corazón que pujaban cada uno para su lado.

—Gritaré —dijo, mirando fijamente los labios de Alessandro.

—Hazlo —la retó, mostrando ese gesto tan provocador que se dibujaba en sus labios, y disfrutó de ver cómo los de ella temblaban.

Samantha intentó decir algo, pero solo logró separar sus labios y eso fue todo lo que él necesitó para dejar libre sus deseos; se adueñó de esa exquisita boca que era una de sus más grandes debilidades. Sus labios presionaron los de Samantha justo el espacio de tiempo suficiente para evitar que ella los cerrara y su lengua se deslizó en ese húmedo y cálido paraíso que era la boca de la mujer que amaba.

Ella gimió, sintiendo como todo su cuerpo se tensaba ante ese gesto inesperado, pero después se relajaba contra la pared a su espalda, él seguía manteniendo sus brazos encerrados por lo que no podía tocarlo como tanto deseaba; así que, le hizo saber que necesitaba hacerlo cuando se puso de puntillas para participar más del beso. No dejaba de asombrarla ver cómo Alessandro podía dominarla de esa manera y con solo un roce de sus labios despertar todos sus deseos.

Él le soltó los brazos para que pudiera acariciarlo, pero no se alejó de ella, llevó sus manos hasta su rostro y acunó mientras la seguía besando; sintió cómo ella lo abrazaba, pegándolo a su cuerpo suave y cálido, la sensación fue exquisita, animándolo a prologar más el beso. Un minuto después, apenas tenía oxígeno para respirar, todo lo había dejado en esa caricia que compartía con ella, sintió la necesidad en Samantha por tomar aire, se separó, apoyando su frente contra la de ella.

—Dime que esto que sentimos no es real, que este deseo que nos está quemando por dentro es algo que me estoy inventando, Samantha… ¡Mujer, no me pidas que no te desee como lo hago!

—Alessandro —susurró, viendo cómo la angustia transformaba su hermoso rostro y eso le dolió. No quería hacerlo sufrir.

—Samantha… Me estoy muriendo por tenerte, siento como si hubiesen pasado siglos desde la última vez que te tuve entre mis brazos, desnuda y completamente entregada a mí… y sé que me deseas también, danos una oportunidad —rogó, mirándola a los ojos, mientras sentía su corazón abierto de par en par a la espera de una respuesta.

—Alessandro, no puedo darte lo que me pides… Soy una mujer comprometida —mencionó,

luchando por no llorar.

—¡Por Dios, Samantha, no mientas! Si es así ¿Dónde estaba él anoche? ¿Por qué no vino a este viaje contigo? —la cuestionó molesto y dolido por su negativa, le estaba suplicando y a ella no le importaba.

—Dylan tiene cosas que atender, otros compromisos y no tiene que vivir todo el tiempo encima de mí, como una sombra —contestó, sintiendo cómo la rabia se apoderaba de ella al recordar que él tenía novia; aun así, estaba allí pidiéndole una oportunidad. Aprovechó que no la sujetaba y se alejó, dándole la espalda.

—¿Lo amas? —preguntó Alessandro en un acto sumamente masoquista, sintiendo que el corazón casi se le detenía.

—Es un hombre maravilloso, que me adora y al que no tengo nada que reprocharle —respondió, volviendo medio cuerpo para mirarlo.

—¡Por supuesto! Imagino que debe ser tan correcto y perfecto como tú… No tienes nada que reprocharle, dices… Tal vez sea un santo o un miserable mentiroso que te tiene engañada. —El rencor marcaba cada una de sus palabras y se acercó a ella una vez más.

—No te atrevas a juzgarlo porque no lo conocemos… Y si lo que deseas saber es si lo considero mejor persona que tú ¡Pues sí! Es mejor y me ha dado todo lo que tú me negaste, me dio seguridad, estabilidad, comprensión, cariño… —esbozó sacando todo su resentimiento.

—¿Y te hace sentir más mujer de lo que te hice sentir yo? —cuestionó, cerrándole la cintura con un brazo para pegarla a su cuerpo, los celos que Samantha había despertado en él lo torturaban.

—Yo soy mucho más que un cuerpo para Dylan —espetó y se soltó de su agarre con la fuerza que la rabia le daba.

La pregunta no solo la hizo sentir ofendida, sino que le dolió profundamente, pues a eso se resumía todo lo que Alessandro deseaba; tenerla de nuevo como el juguete que podía usar para satisfacer sus ansias y nada más, todo eso de buscarla y pedirle una oportunidad no había sido más que una treta; saber que estuvo a punto de caer, la enfureció.

Samantha caminó con rapidez para evitar que las lágrimas la desbordaran, se sentía tan dolida y decepcionada, que hubiera preferido no verlo de nuevo y quedarse con los recuerdos que había guardado en su corazón durante años. Se giró cuando entró al ascensor y pudo verlo al final del pasillo, mirándola como si le resultase increíble que lo estuviera dejando; al fin las puertas se cerraron y ella le dio riendas sueltas al dolor que le laceraba el pecho, dejando que las lágrimas bajaran con libertad.

Respiró profundamente e intentó calmarse pues no podía seguir así, si alguien entraba y la veía de esa manera empezaría a hacerle preguntas y los rumores no tardarían en desatarse. Al fin, el elevador abrió sus puertas en el pasillo donde quedaba el piso compartido por ambos hoteles, salió y caminó con la cabeza en alto, saludando con una sonrisa a las personas que se encontraba y la reconocían, incluso se vio posando para un par de fotografías.

Cuando llegó a su habitación lo hizo con la férrea idea de comenzar a hacer sus maletas y marcharse de allí, estaba harta de vivir en esa perenne angustia, pensando que en cualquier momento su historia con Alessandro se descubriría o que él estaría en cada rincón, acechándola.

Encendió el iPod para animarse un poco pues odiaba el silencio que reinaba en su habitación, hizo un par de llamadas a Patricia y a Thomas para informarles que regresaría a Chicago, alegando que debía atender algunos asuntos familiares y por eso se marchaba, solo quedaba a la espera de los próximos compromisos a cumplir.

—Está todo hecho, no pienso jugar tu juego de nuevo Alessandro, mi error hace tres años fue

aceptar el reto y continuar sin hacerle caso a todo lo que me advertía que debía alejarme de ti. Bueno, aprendí la lección y no cometeré las mismas equivocaciones —dijo, buscando las maletas en el armario, las puso sobre la cama para comenzar a empacar.

Y como si el cosmos se pusiera de su lado, la canción que comenzó a sonar en ese momento terminó por darle la razón y abrirle los ojos; estaba haciendo lo correcto para mantenerse a salvo. Se aseguró, doblando las prendas mientras la potente voz de Adele inundaba el lugar.

So, I won't let you close enough to hurt me.
No, I won't ask you, you to just desert me.
I can't give you what you think you gave me.
It's time to say goodbye to turning tables.
To turning tables.

Sintió ganas de llorar una vez más, pero luchó contra las lágrimas, tenía que darle la batalla a ese sentimiento que la embargaba y debía vencerlo; había pasado demasiado tiempo llorando por Alessandro Bonanzierri y se negaba a seguir haciéndolo. Tomó aire y se concentró en la tarea que hacía, a la espera que fuese un poco más tarde para notificarle a Jaqueline y a Diana que regresaría a su casa ese mismo día, ya no tenía nada más que hacer allí.

Capítulo 21

Alessandro se quedó viendo el espacio vacío que había dejado Samantha, mientras una mezcla de sentimientos que iban desde la rabia hasta el dolor barría por completo su cuerpo. Cuando al fin salió de ese estado, caminó hasta la habitación de Lucca y llamó con golpes enérgicos, luego siguió a la de su hermano e hizo lo mismo; después de un minuto, el primero en abrir fue su agente.

—¿Qué sucede, Alessandro? —inquirió alarmado al ver su estado.

—Nos regresamos —contestó con tono adusto y vio que su hermano también se asomaba en su puerta.

—No he dormido ni cinco horas. ¿Se puede saber qué carajos quieres? ¿Por qué tocas de esa manera? —preguntó molesto, con el ceño fruncido y el cabello desordenado.

—Volvemos a Roma, hagan sus maletas mientras yo busco tres boletos en el próximo vuelo —dijo sin importarle el gesto de perplejidad de sus compañeros y les dio la espalda.

Lisandro dejó libre un bufido y se llevó la mano a la cara con fastidio, pasándola varias veces para alejar la sensación de sueño que sentía, solo llevaba el pantalón del pijama, pero igual salió y siguió a Alessandro a su habitación para saber a ciencia cierta lo que pasaba.

Lucca conocía al actor como si fuera su hijo y muchas veces había presenciado esos arranques de él, pero no desde que tomó las riendas de su carrera, pensaba que nunca más vería al Alessandro impulsivo y poco tolerante de años atrás. Imitó la acción de Lisandro y caminó para enterarse de lo que había sucedido, debía hacerlo entrar en razón, pues al parecer no estaba evaluando que tenía un compromiso.

—Ok, dinos lo que sucedió para que desees regresar a Italia… —dijo Lisandro cuando su hermano se volvió a mirarlo.

—No ocurrió nada, solo entendí que estoy perdiendo mi tiempo en este lugar —contestó, tomando su celular para marcar el número de la aerolínea y pedir los pasajes a Roma.

—Alessandro, podrías mirarnos, no somos parte del decorado y te recuerdo que también podemos opinar —dijo Lisandro y comenzaba a exasperarse por la actitud tan infantil de su hermano; de pronto, todo encajó perfectamente—. Hablaste con Samantha Steinberg. —No hizo falta que le respondiera, solo bastó con ver cómo su gesto se endurecía y marcaba con mayor insistencia el número en su teléfono móvil, eso lo molestó aún más—. ¡Carajo ya deja eso! —indicó, arrebatándoselo.

—Lisandro, dámelo… Si ustedes quieren quedarse pueden hacerlo, pero yo me voy —sentenció, caminando hasta el armario para tomar las maletas, las puso sobre la cama para llenarlas.

—Alessandro, no quiero atormentarte y tendrás tus razones para estar así, pero creo que estás olvidando que tienes un compromiso, has firmado un contrato para trabajar en Rendición y si lo incumples te pueden demandar por una cantidad considerable de dinero…

—¡Que me demanden! Que hagan lo que se les dé la gana, yo me regreso a Italia y es mi última palabra —esbozó furioso.

Lisandro encontraba muy entretenido el berrinche de su hermano, por lo que no pudo seguir controlándose y estalló en una carcajada que resonó en la habitación, aunque intentó contenerse,

al ver la mirada asesina que le dio Alessandro, no pudo parar, se llevó una mano al estómago y otra a los lagrimales.

—¿Se puede saber qué mierda te causa tanta gracia? —inquirió molesto, plantándosele en frente, estaba harto de ser la burla de todos.

—Esta actitud de niño malcriado que tienes, déjame adivinar… Samantha Steinberg te escribió diciéndote que no podía venir a verte o que no dejaría a su novio porque él no se merecía una traición, quizás hasta te pidió que te fueras… Aunque no, eso no porque si no te lo hubiera exigido antes y tú sintiéndote ofendido y decepcionado te das por vencido así nada más… La verdad yo soy quien se siente completamente defraudado con tu actitud Alessandro —mencionó.

—Me importa un carajo lo que sientas, he dicho que me voy y me voy —dijo con determinación y comenzó a lanzar sus cosas en la maleta.

—¡Hey! Un poquito más de respeto que le estás hablando a tu hermano mayor —señaló Lisandro tornándose serio.

—Lo tendría si mi hermano mayor se comportara como tal y dejara de estar burlándose de mí —le hizo saber y le pidió su teléfono.

—Está bien, tomemos las cosas en serio. ¿Qué fue lo que te dijo Samantha que te puso así? —preguntó, mirándolo e ignoró su mano.

—Eso no viene al caso ahora —contestó con tono hosco.

—Yo diría que sí —acotó Lucca, tomando asiento en uno de los sillones junto al ventanal, pues esa conversación tenía muestras de ser bastante larga—. Alessandro, no puedes dejar que tu vida personal interfiera en tu carrera de esta manera, en Italia ya se conoce la noticia que serás el protagonista de Rendición, tuve que apagar el móvil pues no dejaban de entrar mensajes y llamadas de todos los diarios pidiendo entrevistas, todos quieren tener una exclusiva. Has dado un paso muy importante en tu carrera y creo que aún no has caído en cuenta de la magnitud que este tiene… —indicó, mirándolo con seriedad.

Los hermanos guardaban silencio y él supo que había sido una buena estrategia tomar la palabra, pues de continuar Lisandro, lo más probable era que solo empeoraría las cosas. Esa manía que tenía de comportarse como un chico de preparatoria, no era la más indicada para el momento, era evidente que Alessandro estaba muy susceptible y si seguía burlándose lo sacaría de sus cabales.

—Tu mánager es un hombre sensato, escúchalo —le ordenó el mayor mientras se apoyaba en el gran ventanal, confiado en el vidrio.

—Aléjate de allí… es peligroso —esbozó Alessandro, sintiéndose nervioso nada más de verlo en ese lugar.

—Esto es resistente no te preocupes, mejor siéntate para que escuches lo que Lucca tiene que decirte.

Al ver que Alessandro estaba palideciendo, se alejó del ventanal y se apoyó en el escritorio, cruzándose de brazos. Él sabía que su hermano les tenía cierta fobia a las alturas, aunque nunca se lo había confesado, tampoco era tan buen actor para ocultarlo. No quería agregar más tensión al momento así que cedió a su petición.

—Me da igual el papel o lo que signifique para mi carrera, yo no necesito de esta fama y no vine aquí por eso, Lucca…

—Lo sé, has venido por ella. Pero no podías pretender que te aceptara de la noche a la mañana, como si los años que pasaron alejados no hubieran transcurrido. —Le indicó que se sentara—. Alessandro, las cosas no son así de fáciles, las mujeres no son como los hombres que

tomamos decisiones sin darles muchas vueltas, ellas analizan todo demasiado; más cuando se trata de un paso tan importante… Mira, no conozco mucho a Samantha Steinberg, pero si es parecida al personaje que describió en Rendición, su actitud es completamente normal. Olvida que va a recibirte con los brazos abiertos y a dejarlo todo, simplemente porque tú le digas que deseas retomar lo que tuvieron, primero debes darle tiempo para que asimile esta situación y pueda decidir qué hacer… sin presiones —explicó, mirándolo a los ojos como si fuera su padre.

—Exactamente eso le dije… que debía tener paciencia con ella y no presionarla —señaló Lisandro, viéndolo con reproche.

—Yo no la presioné, ella fue la que vino aquí y ni siquiera me dejó hablarle… me negó toda posibilidad de entrada y cuando le dije que nos diéramos una oportunidad, me salió con que no podía porque era una mujer comprometida —pronunció sintiéndose furioso.

—¿Y acaso no lo es? —preguntó Lucca, mirándolo con severidad.

—A mi hermano no le importa el novio, dice que ella no está enamorada de él, que quizá está a su lado por tener una relación cómoda y estable, pero que no lo quiere —contestó Lisandro, al ver que Alessandro intentaba controlar su rabia, pero su semblante endurecido lo delataba—. Igual el caso aquí no es lo que ella siente por el otro, sino lo que aún siente por ti, es allí donde debes enfocarte; siendo sincero, anoche estuve analizando algunas de las reacciones que tuvo contigo, y puedo asegurar que no le eres indiferente. Pero eso no te asegura nada, debes reconquistarla, hacerlo esta vez como se debe; sobre todo, tener en cuenta que hay demasiadas cosas entre los dos que deben aclarar ¡No puedo creer que todavía a estas alturas, tenga que estar dándote consejos! Casi tienes treinta años, Alessandro Franco —dijo con una sonrisa burlona al ver la cara de niño regañado de su hermano.

—Lisandro tiene razón, y tampoco pensé que, dentro de mi contrato de mánager, debía cumplir la función de celestino —esbozó Lucca en tono divertido para relajar al menor de los Bonanzierri.

—Tomaré sus consejos, le daré espacio y tiempo para que pueda analizar las cosas, pero no me quedaré de brazos cruzados. —Se puso de pie y comenzó a reorganizar la maleta, dándoles la impresión de que ordenaría todo en el armario, pero sus intenciones habían cambiado.

—¿Qué haces metiendo más prendas en tu equipaje? —preguntó Lisandro, desconcertado.

—Voy a viajar, por favor, habla con alguno de tus conocidos, necesito un pasaje de avión a Chicago que salga hoy mismo… —dijo, pero recordó que, si deseaba darle espacio a Samantha, no podía ir tras ella, esa misma noche, debía hacer que todo pareciera una casualidad—. No, mejor que sean tres boletos para Nueva York, visitaremos esa ciudad un par de días y después iremos hasta Chicago.

—Alessandro… ¿Qué parte de «no presionarla» no entendiste?

—No la estoy presionando, pero tampoco bajaré la guardia, ya viste que el miserable de Gary Reynolds, puso los ojos sobre ella y no dejaré que gane terreno. Si tengo que medirme con alguien, será solo con Dylan Howard, iré hasta Chicago para no perderla de vista y porque quiero ver qué tan perfecto es ese hombre para que Samantha lo tenga en un altar —mencionó con determinación y continuó con las maletas.

—Perfecto, esa es una excelente estrategia, al enemigo hay que tenerlo cerca y conocerlo muy bien. Pero tengo que regresar a Roma dentro de tres días, así que solo te acompañaré hasta Nueva York. —Lisandro sonrió ante la astucia de su hermano, le gustaba más esa actitud—. Será mejor que haga esa llamada al aeropuerto, pero te aviso desde ya, tomaremos el último vuelo de hoy, odio viajar de día cuando no piloteo yo —agregó y marcó un número que se sabía de memoria.

—También tenía planeado regresar a Roma en tres días, Alessandro, se lo comenté ayer a Martha Wilson, ella dijo que no había problema, pues las grabaciones empezarán dentro de quince días, veinte a lo sumo; antes de eso debo atender los pendientes que nos quedan…

—¿Quince días? Bueno, me quedaré aquí hasta entonces y viajaré junto al equipo de producción, cancela todo lo que tenía pendiente y diles que el contrato me obliga a alejarme de los medios por estos meses —indicó, organizando todo en su cabeza.

Lucca vio la determinación en Alessandro y no le quedó de otra que hacer lo que le pedía; además, deseaba apoyarlo. Lisandro les informó que ya todo estaba listo para su viaje a Nueva York, saldrían en el vuelo de las nueve de la noche, así que le quedaba todo el día para dormir, lo que no pensó dos veces y se marchó a su habitación.

∞∞∞∞

Habían pasado cuatro días desde que Samantha dejara Los Ángeles; desde entonces, no había tenido noticias de Alessandro, no le envió un mensaje a través de Jaqueline, pidiéndole que se quedara, que debían hablar, simplemente se rindió, como lo hizo cuando estuvieron en La Toscana. Lo peor fue que esperó que él llegara al aeropuerto, como lo había hecho en Florencia, pero tampoco llegó, y ella se reprochó por poner sus esperanzas en algo sin sentido, no había aprendido la lección.

—Samantha.

La llamó Rose, sacándola de sus pensamientos, cerró los ojos, recriminándose de nuevo por el rumbo de sus pensamientos, los abrió y mantuvo su mirada en la hermosa vista que tenía desde su estudio. El cielo lucía un azul intenso y resplandeciente, que una vez más la llevó a recordar a Alessandro, olvidándose de la mujer tras ella.

—Samantha, la señora Susan está al teléfono y me pidió que la atendieras… que llama a tu celular y no respondes.

Desde que volviera de Los Ángeles había estado así, taciturna y distraída todo el tiempo, se paseaba por la casa hasta altas horas de la madrugada, incluso la había escuchado llorando un par de veces. No le gustaba verla tan triste, y no tenía que ser adivina para saber que todo eso era debido al italiano, pensó que estaría feliz al regresar.

Era evidente que ese encuentro con él, le había hecho más mal que bien, pues ella estaba desconsolada por su culpa; a veces deseaba poder darle algún consejo, pero eso sería revelarle que sabía su secreto.

—Está bien, dile que enseguida le regreso la llamada… que me estoy preparando para ir al almuerzo, seguro quiere confirmar si voy —respondió dándole apenas un vistazo.

La mirada de Rose la hacía sentir como si su alma estuviera expuesta, y todo el mundo pudiera ver la pena que la embargaba.

—Claro, no te preocupes, le diré que estabas en la ducha, ve y relájate, te preparé la tina porque sabía que debías ir hoy a casa de tus padres y justo venía a avisarte —le hizo saber con una sonrisa.

—Gracias, Rose, la verdad no sé qué haría sin ti y sin Inés. —Se obligó a sonreír, luego salió, dejando a la mujer en el estudio.

Mientras caminaba se repetía que debía dejar de pensar en Alessandro, o terminaría dejándole ver a todos que algo le ocurría. Lo mejor era retomar su vida y dar prioridad a quien en

verdad la merecía: Dylan.

∞∞∞

Alessandro estaba en el vestíbulo de la lujosa torre Trump en Chicago, sentado como cualquier turista, mientras fingía leer una revista, pero su mirada apenas se apartaba de las puertas dobles que servían de entrada principal al lugar. Ubicado estratégicamente, entre estas y los ascensores, tenía acceso a todo aquel que entrara o saliese, ese había sido el único plan que logró idear para acercarse a Samantha, sabía que no era uno muy brillante, pero no le quedaba de otra.

Había pasado dos días como un turista más, en la fascinantemente caótica y acelerada ciudad de Nueva York; contó con la suerte de estar acompañado de su hermano y de Lucca, para pasar desapercibido en más de una ocasión, pues la gente de The Planet, se había encargado de distribuir su imagen en cuanta revista y periódico existía en ese país. Aunque igual se sintió un poco más relajado, pues los artistas abundaban y se les veía caminando por las calles o grabando escenas en exteriores; además, como toda urbe cosmopolita, su vida ajetreada evitaba que las personas se fijaran mucho las unas en las otras.

Aunque había planeado ir hasta Chicago, no sabía cómo haría para encontrar a Samantha, la llamada ciudad de los vientos no era pequeña y él no tenía su dirección. Así que, se le ocurrió llamar a Martha Wilson, era la única del equipo con quien tenía contacto, pues si le escribía a Jaqueline Hudson, podría sobre aviso a Samantha y no era lo que deseaba.

En cuando le dijo a la directora del reparto, que tenía planeado visitar Chicago, la mujer le comentó que tal vez podía encontrarse con las Steinberg, ya que vivían en esa ciudad; más específicamente, le dijo que Samantha tenía su residencia en la Torre Trump. Claro, no le dio la dirección exacta y él tampoco se la pidió para no ser tan evidente; sin embargo, eso reducía su búsqueda considerablemente, y aprovechando que en ese lugar también funcionaba un hotel, se hospedó allí.

—Samantha, por favor aparece… Llevo horas esperándote ¿Acaso ya no sales a correr? —murmuró, pasando las páginas de la revista.

Deseaba verla, pero al mismo tiempo sentía un gran miedo de que ella estuviera acompañada, sabía que el golpe para su corazón no sería fácil; mucho menos, si como sospechaba, ella estaba viviendo con ese hombre. En cuanto vio el lujo de ese lugar, fue en lo primero que pensó, sabía que Samantha había cosechado una fortuna considerable con su trabajo, pero no sabía si al grado de pagar por un piso en ese lugar, eso lo llevaba a pensar que quizás lo compartía con Dylan Howard. Estaba en medio de esos pensamientos, cuando vio pasar a Diana, si no podía ver a Samantha; al menos, haría todo lo posible para que su hermana le diera la información que necesitaba y quizás hasta podía llevarlo a verla.

Se puso de pie y caminó tras ella, pero no la interceptó para hacerle creer que su encuentro sería algo casual, cuando la vio entrar al elevador, apresuró el paso y detuvo la puerta con la mano antes que se cerrara, entró fingiendo que buscaba algo en su teléfono.

—¿Alessandro? —Diana se sorprendió mucho al verlo.

—Hola, Diana… ¡Vaya que sorpresa! ¿Cómo estás? —preguntó y se acercó para darle un beso en cada mejilla, actuando sorprendido.

—Muy bien… no sabía que estabas en Chicago —dijo mirándolo, le costaba apartar la

mirada de él, pues era realmente apuesto.

—Me tomé un par de semanas para visitar algunas ciudades; algo así como unas vacaciones antes de comenzar las grabaciones —contestó con naturalidad y para reforzar su teoría continuó —: Estuve dos días en Nueva York, tengo pensado ir a Nueva Orleans, y tal vez visite Las Vegas o San Francisco, antes de regresar a Los Ángeles y viajar junto al equipo de producción a Roma —mintió con una maestría asombrosa gracias a sus dotes de actor, mientras la veía marcar uno de los últimos pisos.

—¡Vaya! Eso es un tour impresionante; sobre todo, si planeas hacerlo en poco tiempo, espero que no pases la mayor parte en los aeropuertos —señaló con una sonrisa y vio que él también marcaba un piso.

—También espero lo mismo —indicó, encogiéndose ligeramente de hombros, al tiempo que sonreía.

—¿Y se están quedando aquí? —inquirió Diana, mirándolo.

—Lucca y Lisandro tuvieron que regresar a Italia para atender sus cosas, me estaban acompañando por lo de las audiciones y pasaron unos días conmigo en Nueva York, pero el resto del viaje lo haré solo —respondió mientras veía avanzar los números en el tablero.

—¿No te resulta un poco aburrido de esa manera? —preguntó con curiosidad, ese hombre tenía algo misterioso que la invitaba a descubrirlo.

—La verdad, sí. Pero no me queda de otra —contestó, sonriendo.

—¿No tienes una novia o una amiga que te acompañe? —preguntó, pero al ver la sonrisa ladeada que le dedicó, supo que se había extralimitado—. Lo siento, debes estar pensando que soy una entrometida, pero es solo curiosidad —se excusó, sonriendo apenada.

La sonrisa en Alessandro se hizo más amplia, al parecer ese era un mal de familia, ella en cierto modo le recordaba a Samantha, justo así era su escritora cuando la conoció, no paraba de hacer preguntas cuando tuvo la confianza suficiente. También le recordaba a Paula, solo era dos años mayor y estaba seguro de que su hermana tendría la misma chispa si no hubiera cambiado tanto.

—No tengo novia, terminamos hace un mes —pronunció.

—Lo siento —mintió, pues un hombre como él, libre en el mercado era algo maravilloso.

—Está bien, era algo que no tenía solución, diferencias de horarios e ideas nos llevaron a ello, era lo mejor —habló sin darle importancia. Ya estaba por llegar a su piso—. Fue un placer verte de nuevo, Diana. —Alessandro guardó en su memoria el número del piso de Samantha; en verdad era amante de alturas para vivir en una planta ochenta y siete.

—Espera… Alessandro —dijo cuando las puertas del elevador se abrieron—. Hagamos algo, como tú estás solo y yo no tengo mucho que hacer, me ofrezco a ser tu guía en la ciudad. ¿Qué te parece si empezamos por el apartamento de la famosa escritora local, Samantha Steinberg? —preguntó, mirándolo a los ojos con verdadero entusiasmo.

Alessandro contuvo sus ganas de darle un abrazo en agradecimiento por lo que estaba haciendo, aunque ella no lo supiera, la sonrisa que afloró en sus labios ante esa propuesta fue imposible de disimular. Sin embargo, hizo como si dudara antes de aceptar, para no ser tan evidente, al final asintió, dando un paso atrás y las puertas se cerraron de nuevo.

—Espera… ¿Tu hermana no tendrá problema en que me lleves allá sin decirle nada antes? —preguntó, cumpliendo con el protocolo.

—No, para nada. Sam es genial; además, ya te conoce, serás su Franco Donatti… En L.A. estaba un poco tensa por todo lo de las audiciones y lo de la presentación a la prensa, pero verás que aquí es otra cosa, este es su mundo perfecto… así le dice a su departamento, aunque yo lo he

nombrado «la cima del cielo» porque sinceramente lo es, parece que estuviera todo el tiempo justo allí, pero inalcanzable.

La última palabra provocó una mezcla de sentimientos en Alessandro, inalcanzable era un adjetivo que no deseaba asociar a Samantha, pues para él siempre sería suya, era así como quería que fuera en adelante. Vio el largo pasillo, una estructura de firme concreto blanco que aportaba cierto sentido de seguridad y estabilidad, pero al otro los paneles de cristal templado en un tono azulado que iban de techo a piso daban la sensación de estar caminando a cientos de metros del suelo.

Cerró los ojos y buscó en su interior todo el valor del que disponía, lo reunió y dio un paso hacia adelante, aferrándose a la imagen de Samantha para poder atravesar ese pasillo, sin que el pánico lo venciera. Su mirada estaba al frente y apenas escuchaba lo que Diana decía acerca de la impresionante vista, para él era aterradora. Al fin, llegaron a las puertas que lo separaban de la mujer que amaba; todo el aire que había contendido salió de golpe y su corazón mantuvo el ritmo acelerado, pero la emoción que lo embargada era distinta a la de segundos atrás.

Capítulo 22

Samantha estaba una vez más con la mirada perdida en la hermosa panorámica que tenía desde su estudio, viendo el tráfico de los barcos que navegaban el río Chicago hasta su desembocadura en el Lago Michigan. Fue sacada de su estado de letargo por el par de golpes que dieron en la puerta y retumbaron en el lugar, reconoció de inmediato de quién se trataba, pues tenía la particular cualidad de identificar el modo en que lo hacía cada uno de sus conocidos.

—Entra Diana —dijo, sonriendo y se volvió para recibirla.

—Hola, Sam, pasé a visitarte y adivina qué —esbozó con una gran sonrisa—. Traje a un amigo, pasa. —Le hizo un ademán.

Alessandro entró con ese andar seguro que lo caracterizaba y fijó su mirada en Samantha, que pareció palideció en cuanto lo vio; sin embargo, su corazón apenas fue consciente de esa reacción, pues de inmediato se desbocó en latidos al verla, ella se veía extraordinaria. Llevaba un delicado vestido rosa que le llagaba hasta las rodillas, con escote en V profundo y un cruce de telas en la cintura que la hacía lucir más estrecha; todavía le costaba acostumbrarse a verla con el cabello corto y de un tono más claro, aunque lucía hermosa, la prefería luciendo su larga cabellera castaña.

Samantha no podía creer que Alessandro estuviera en Chicago, en su apartamento; además, luciendo tan apuesto, no llevaba nada especial, un traje azul oscuro y camisa blanca, pero la ausencia de corbata y el peinado ligeramente desordenado, le daban un toque tan atractivo, que su corazón se aceleró y las piernas comenzaron a temblar.

—Alessandro está visitando Chicago, lo encontré por casualidad en el ascensor porque se queda en el hotel de la Torre y lo invité a venir —comentó Diana de manera casual, ante el pesado silencio.

—Hola, Samantha, espero no causarle molestias con mi presencia aquí —dijo Alessandro, mientras seguía deleitándose con ella.

—En lo absoluto… —Samantha se sentía abrumada al verlo allí, pero no podía decirle eso; menos delante de su hermana—. Tome asiento por favor, voy a pedirle a Rose que nos traiga unas bebidas… ¿Desea algo en especial? —preguntó, pero hubiera preferido no hacerlo, pues la mirada que él le dedicó, la puso a temblar aún más, lo esquivó para caminar hacia la puerta—. ¿Agua, un jugo o tal vez algo más fuerte? ¿Un trago?

—¿De casualidad tendrá un Chianti? —preguntó con media sonrisa.

Samantha lo miró sin poder creer lo que estaba haciendo, era un infeliz que deseaba atormentarla hasta que se postrara a sus pies de nuevo, pero estaba realmente equivocado si creía que algo como eso sucedería.

—No, lo lamento, pero no tengo vinos en este lugar —contestó en un tono amable, pero su mirada quería asesinarlo.

—¿No? Es un poco extraño que alguien que sepa tanto de vinos, no tenga una buena colección en su casa —señaló mientras le sonreía para provocarla, sintiéndose emocionado como años atrás.

—Alessandro tiene razón, ahora que lo dice también me parece extraño, Samantha, en el libro haces que Franco parezca un especialista en vinos, pero no he visto nunca una botella aquí

—comentó Diana un poco contrariada ante el descubrimiento.

—Escribo ficción, Diana, todo eso lo saqué de la web —mintió y esquivó la mirada de Alessandro—. Igual puedo hacer que le traigan un trago de vodka si prefiere algo fuerte —sugirió con naturalidad.

—No, muchas gracias, así estoy bien —contestó amable.

—Como prefiera —respondió ella con desdén.

«Eres un desgraciado provocador, aprovecha mientras puedas porque te aseguro que este jueguito te va a durar poco»

—Bueno, si ustedes no desean nada, yo sí, vine a disfrutar de un inmenso tazón de la gelatina que hace Rose, me prometió que hoy tendría y atravesé la ciudad por ello —dijo Diana, levantándose.

—Le pediré que te la traiga —dijo Samantha, viendo en eso su vía de escape, no soportaba estar cerca de Alessandro y sentir su mirada.

—Tranquila, yo iré a buscarla, mientras ustedes pueden hablar del libro, estoy segura de que Alessandro tiene muchas preguntas sobre el personaje… Regreso en un rato —indicó y salió dejándolos solos.

Samantha se sintió acorralada y el aire a su alrededor comenzó a resultarle sofocante, caminó hasta el ventanal para alejarse de Alessandro, necesitaba poner distancia entre ambos.

—Me siento muy decepcionado… Ni una sola botella de vino, ¿en serio? —preguntó, levantándose del sillón para caminar hacia ella, estaba loca si pensaba que podía eludirlo de nuevo.

—Perdí el gusto por ellos —respondió en tono hosco.

Él sonrió con malicia y se acercó más, pero cuando por error posó su mirada en el paisaje que le ofrecía el ventanal, sintió que un escalofrío le recorrió la columna y se mantuvo a dos pasos de Samantha.

—¿No pudiste comprar uno en un piso más bajo? —preguntó, obligándose a mantener la mirada en ella.

Samantha se sintió contrariada por esa interrogante, pero de inmediato recordó que Alessandro sufría de miedo a las alturas; su instinto protector se despertó como años atrás, así que, caminó para alejarse de allí y no exponerlo a la tortura de estar junto al ventanal.

—No tenía motivos para hacerlo —mencionó para no darle la impresión de que le importaba lo que él sintiera.

—Supongo que no… muchas cosas han cambiado —esbozó, mirando el perfil de Samantha, ella no se atrevía a verlo a los ojos.

—Muchísimas… por ejemplo, mis gustos por lo italiano, ya nada que venga de ese país me atrae, creo que me saturé de todo ello —comentó, deseaba herirlo para que se marchara.

Alessandro dejó ver media sonrisa, sabía a lo que Samantha estaba jugando, pero tenía mejores cartas y estaba dispuesto a destaparlas; después de todo, quien no arriesgaba ni perdía ni ganaba.

—Eso es algo que debo poner en duda; sobre todo, porque sé que aún existe algo de Italia que deseas con intensidad… Alguien que te sigue volviendo loca, Samantha —susurró, posando la mano en su suave y cálida mejilla, al tiempo que deslizaba su pulgar por esos exquisitos labios que temblaron bajo su toque.

—Alessandro —susurró, entrecerrando los párpados, no podía luchar contra el poder de seducción que él tenía.

—Sí, justo a mí, es a quien deseas, y el cielo sabe que también te deseo con la misma

intensidad de hace años, quizás más —susurró, mirándole los labios mientras se acercaba para besarla.

—Por favor —fue lo único que logró esbozar al sentir que él posaba la mano sobre su cadera —. Solo… —Samantha luchó para que su cuerpo la obedeciera y alejó su boca del pulgar de Alessandro.

—Por favor, ¿qué? —Le cuestionó, mirándola a los ojos y se acercó un poco más—. Dímelo, Samantha, dime que me aleje porque no sientes lo mismo que yo… porque no deseas esto —susurró, mientras le acariciaba de nuevo el labio y la miraba a los ojos.

Ella sintió todo su cuerpo estremecerse al tiempo que una llama pequeña, pero poderosa se encendía dentro de su pecho, cerró los ojos rindiéndose a él una vez más. Podía sentir el calor de su piel, su respiración pesada, su cálido aliento que cubría sus labios, sabía que él estaba a punto de besarla, pero no tenía la voluntad para escapar.

De pronto, unos pasos que se acercaban hicieron eco fuera del estudio, y un par de voces que ella reconoció, la hicieron alejarse de Alessandro como si la hubiera quemado. Casi entró en pánico, pero tuvo la cordura para caminar hacia el ventanal y poner distancia entre los dos, mientras sentía que su cuerpo se había transformado en una masa trémula cargada de nervios que apenas la dejaban coordinar.

Alessandro se sentía desconcertado e intentaba controlar el cúmulo de emociones que lo embargaban, fue consciente del miedo en Samantha al escuchar a las personas en el pasillo, que seguramente entrarían en cualquier momento; eso lo hizo justificar su actitud, pero la frustración que le había dejado ese casi beso, no podía superarla y eso provocaba una molesta sensación en su pecho.

Dio un par de pasos para acercarse a ella, esperando que su cercanía aliviara el vacío que sentía, escuchó la puerta abrirse y vio que el cuerpo de su escritora se tornaba rígido como una piedra. Entonces descubrió que Samantha había distinguido las voces, sabía quiénes eran las personas que entrarían, eso activó una alerta en él y se giró, presintiendo de quién se trataba, incluso antes de que lo viera.

—Buenas tardes —saludó con cortesía, dirigiéndose al invitado.

Su mirada se topó con un par de ojos de un azul intenso que lo veían fijamente, un ceño ligeramente fruncido y una mandíbula tensa que denotaban algo de molestia, lo que le resultó desconcertante.

—Mucho gusto, Dylan Howard —se presentó, extendiéndole la mano, al tiempo que mostraba una sonrisa amable.

Sin embargo, una sensación de rechazo y desconfianza se despertaron de inmediato dentro de su pecho. Algo en ese hombre le resultaba peligroso, no del tipo de peligro que pudiera causarle daño físico, sino de uno emocional, pero se obligó a apartar esos pensamientos de su cabeza, nunca había sido un tipo paranoico.

—Alessandro Bonanzierri —contestó, dándole un apretón firme mientras le sostenía la mirada y no respondió a la sonrisa de su rival.

Samantha se giró cuando encontró el valor para hacerlo, ellos aún se estrechaban las manos y la imagen le provocó un leve mareo, respiró hondo y caminó mostrando la mejor de sus sonrisas actuadas. En cuanto Dylan la vio, se aproximó a ella y sin importarle la presencia al actor, que para él era un completo extraño, le rodeó la cintura con los brazos y la pegó a su cuerpo, mirándola a los ojos.

—Hola, princesa. —Posó sus labios sobre los de ella, un toque suave como los que acostumbraba, pero que duró un poco más, la sintió temblar y eso lo complació, por lo que le dio

un par más—. Cada día estás más hermosa y me enamoras más, sigues haciéndome el hombre más feliz sobre la tierra, Samantha —agregó, sin deshacer el abrazo.

—Dylan… —susurró, dedicándole una mirada para recordarle que había otras personas en ese lugar.

Alessandro aún no lograba entender cómo estaba controlando a la fiera de los celos, que aullaba en su interior y pedía la cabeza de ese hombre. Su parte lógica sabía que; por el momento, no podía hacer nada, incluso se había planteado varias veces cuál debía ser su reacción ante una escena como esa. Sin embargo, nada lo preparó para el infierno que se desató en su pecho al ver cómo actuaba ese imbécil, como si ella le perteneciera, como si en verdad lo hiciera.

Tener el título de novio no significaba nada, no le daba ningún poder sobre ella, pues sabía que Samantha no lo amaba, su lenguaje corporal lo gritaba y si no se daba cuenta era porque en verdad era un imbécil o no le importaba que la mujer que decía suya, estuviera enamorada de otro. Esquivó la mirada cuando vio el primer beso, no era un maldito masoquista para presenciar algo así; además, que no respondía del animal en su interior que luchaba contra las cadenas y los candados que le había puesto, para no terminar dando un espectáculo en ese lugar, y no lo hacía por Howard, pues muy poco le importaba lo que pudiera sentir, se estaba controlando solo por Samantha.

—Es injusto que hagan eso delante de los pobres necesitados —les reprochó Diana, fingiendo una cara de reproche.

—Lo siento —esbozó Samantha, alejándose del abrazo con sutileza, pero Dylan no la dejó que lo hiciera del todo.

Ella no dijo esas palabras por excusar su actitud delante de Diana, sabía que su hermana bromeaba, y que; por el contrario, siempre la animaba que fuera más abierta en dar y recibir muestras de cariño en público. Lo hizo por él, aunque no le debiera nada a Alessandro, tampoco deseaba hacerlo sentir mal y ver la tensión que lo embargaba, le dolió, podía parecer una estúpida pues de ser otra la situación quizás él no se limitaría, pero ella sencillamente no soportaba verlo incómodo.

—¿Así que usted será Franco Donatti? —inquirió Dylan, mirándolo con detenimiento, encontrado los rasgos del personaje de Samantha, muy bien delineados en el italiano.

—Sí, ya es un hecho… comenzamos las grabaciones en dos semanas, según nos informó la encargada del reparto —contestó Alessandro.

«Lo que significa que me llevaré a Samantha a Italia, y en mis manos está que nunca vuelvas a ponerle un dedo encima.»

Pensaba Alessandro mostrando esa sonrisa arrogante que ahora no era actuada, sino natural, pues con alegría veía que su rival ni siquiera merecía ser llamado así, era tan gris y ordinario, que hasta lástima le daba, aunque, no por ello se dormiría en los laureles.

—Yo me siento tan emocionada con ese viaje, lo máximo que he estado en Italia, han sido doce horas durante la escala de un vuelo que iba a Hong Kong, y apenas pude disfrutar de un breve paseo por Roma —comentó Diana, sonriendo.

—Prometo devolverte el favor siendo tu guía allá, Diana —acotó Alessandro, mirándola y después se volvió—. Por supuesto, también seré el suyo, Samantha —agregó con una sonrisa.

—Muchas gracias… aunque ya conozco la ciudad, la visité hace algunos años y puedo desenvolverme muy bien —contestó sin la intención de ser grosera, pero debía detener el juego de Alessandro, pues sintió que su propuesta tensó a Dylan.

—¡Por favor, Sam! No la conocerás mejor que Alessandro, que nació allá —cuestionó, Diana, sorprendida por la frialdad con que lo trataba.

—Tu hermana tiene razón, princesa, yo viví en Inglaterra durante diez años, y cinco en Canadá, pero no te diría que tengo más experiencia en estos países, que alguien que haya nacido allá —mencionó siendo sincero y para demostrarle que estaba bien.

No podía negar que la manera en la que se ofreció el actor le había sonado a insinuación, pero conocía la fama de los italianos de Casanova, eso era algo que no podían desligar de su esencia, así que no le dio importancia. Después de todo, Samantha no era de las que se dejaba deslumbrar por las artes de un mujeriego, ella distanciaba mucho de las chicas alocadas como su hermana Diana.

—No se diga más, desde ya te acepto como mi guía oficial en Italia; además, te prometo redoblar mis esfuerzos para hacerte sentir muy satisfecho con mi desempeño mientras estés en Chicago —dijo Diana, mirándolo con una sonrisa que iluminaba sus ojos grises.

Samantha miró a su hermana con asombro, no podía creer que estuviera coqueteándole, apenas lo conocía, lo había visto unas tres veces y además… ¡Era Alessandro! Sintió una llama encenderse en su pecho, y tuvo que luchar para que su rostro no reflejara la rabia que la embargó, al ver que él le respondía con una sonrisa.

—Trato hecho —respondió Alessandro, ofreciéndole la mano. Aunque no le pasó desapercibida la insinuación en su propuesta, él no podía verla como una posible conquista, la sentía como una hermana.

—Perfecto, empezaremos hoy mismo —esbozó emocionada.

—Diana, creo que has olvidado que tenemos un almuerzo en casa de nuestros padres hoy —le recordó Samantha, mirándola con reproche.

—¡Demonios! lo olvidé por completo… Seguramente puedes excusarme, diciéndoles que estoy hasta el cuello de trabajo.

—¡Olvídalo! No haré algo así —dijo, determinante.

«Y menos para que te vayas a quién sabe dónde con ese miserable italiano mujeriego y pervertido. Alessandro, te estás buscando una muerte segura en mis manos, como sigas con tu maldito juego.»

Pensó mirándola con seriedad, aunque no veía a Alessandro, esperaba dejarle clara su postura, no lo quería cerca de Diana.

—Sam, por favor… mira la ropa que traigo, si nuestra madre me ve así, comenzará a molestarme desde que ponga un pie en la casa —se quejó, mirando el jean negro, la camiseta morada y la gabardina.

—Yo te prestaré un vestido —dijo Samantha, acercándose a ella.

—Sí… ¿Y se puede saber qué haremos con las botas? ¿También combinarán con tu delicado vestido? —inquirió furiosa.

—Diana, ya Susan está acostumbrada a verte así, luces hermosa y no veo problema en que vayas con esa ropa —comentó Dylan.

Alessandro encontró muy divertido el duelo entre hermanas, eran en verdad dos polos opuestos. Él no quería ser la manzana de la discordia entre ellas, así que le pondría fin a esa situación.

—Diana, cumple con el compromiso con tu familia hoy, podemos salir mañana a pasear por la ciudad…

—Es que no es solo por ti, no soporto ir a casa de mis padres y menos sin antes haberme preparado psicológicamente para ello.

—¿Podrías intentar ser más discreta? —la reprendió Samantha.

Diana se disponía a protestar, pues desconocía a su hermana, no sabía lo que le pasaba, nunca

había tenido problema con que expresara su sentir. Admitía que quizás no debía estar bombardeando a Alessandro con esa información y quizás estaban dando un espectáculo vergonzoso, pero tampoco era para que se volviera una «Susan Steinberg»

—Chicas, será mejor que se pongan de acuerdo, o se nos hará tarde y saben que el coronel odia tener que esperar para comer —pronunció Dylan en tono conciliatorio.

—Bien, iré con ustedes… pero llevaré a Alessandro. —Se mostró de manera altanera, mirando a Samantha.

—No… Diana, te agradezco mucho el gesto, pero no quiero hacer sentir incómodo a nadie, es una reunión familiar y no estoy invitado —señaló, sintiéndose extraño con la situación.

Samantha vio el semblante contrariado de Alessandro, tal vez estaba exagerando con su actitud tan desposta y eso la hizo sentir mal; recordó lo lindo que fue cuando se la presentó a su familia y cómo ellos la trataron. Sabía que los suyos no eran para nada parecidos a los Bonanzierri, pero al menos podía intentar que pasara un rato agradable; después de todo, Nick y Walter eran geniales y quizás terminaban llevándose bien.

—Yo lo invito —esbozó, sorprendiéndolos a todos.

Alessandro intentó esconder su sorpresa, pero su mirada lo delató. Ella tampoco pudo disimular la sonrisa que afloró en sus labios por haberlo sorprendido, pero igual que él, la disimuló de inmediato.

—Diana, sé cuánto te cuesta ir a casa de nuestros padres, pero es solo un almuerzo; además, estarán Nick, Walter y su familia. También el señor Bonanzierri, claro si desea acompañarnos —dijo, mirándolo.

—Hombre, por favor diga que sí, antes que mi suegro nos reciba a balazos por hacerlo esperar —esbozó Dylan, uniéndose a la invitación.

Alessandro se quedó en silencio mientras evaluaba la situación, no esperaba conocer a la familia de Samantha ese día, solo quería verla y poder hablar de una vez por todas. Pero la invitación que le hacía era una oportunidad, si de verdad no lo quisiera en su vida, no hubiera cedido tan fácilmente; por el contrario, se hubiese mantenido en su postura, pues tenía todas las de ganar; pero abrió una fisura en la muralla a su alrededor y él la aprovecharía, como que se llamaba Alessandro Bonanzierri.

—Acepto encantado —dijo, mirándola con una sonrisa y después se volvió hacia Diana—. Gracias, ya me había resignado a ir a encerrarme en la habitación —agregó en tono cómplice.

—Pues ya ves que no será necesario, y así me salvas de morirme de aburrimiento —respondió, sonriente.

—Bueno, ahora sí vamos o llegaremos tarde, no quiero hacer esperar a mis suegros —expresó Dylan y le rodeó la cintura a Samantha con el brazo para guiarla a la salida.

Alessandro apretó la mandíbula, mientras lo torturaba el deseo de alejarlo de ella, pero logró dominarse y evitar arruinar el avance que había conseguido. Caminó junto a Diana, igual había encontrado sus ventajas a caminar detrás de Samantha, ese andar que lo enloquecía seguía siendo el mismo, y bendito vestido de seda que le quedaba tan bien.

El viaje en el *Rolls-Royce Ghost Six Senses* descapotable de Dylan Howard, se estaba convirtiendo en una completa tortura para Alessandro, en más de una ocasión había estado tentando de decirle que parara y bajar. Apenas soportaba ver cómo miraba y le sonreía a Samantha, cómo le tomaba la mano, llevándosela a los labios para besarla y luego ver que ella le respondía con una caricia, por discreta que fuera, odiaba que tocara a otro hombre, sentía que el fuego en su interior estaba calcinándolo y apenas pudo mantener el hilo de la conversación con Diana.

—Pongamos un poco de música, o nuestro invitado terminará durmiéndose —esbozó Dylan, mirándolo por el retrovisor.

—Solo veía el camino, pero si es de su gusto, por mí no hay problema —contestó, esforzándose por ser amable.

—Los padres de Samantha viven en la localidad de Glencoe, está casi a una hora en auto, pero vale la pena el viaje, es un gran lugar libre de todo el bullicio y el tráfico de la urbe; además, Susan lo adora —mencionó Dylan, aprovechando la luz roja del semáforo para poner la música.

—Mi madre lo adora porque es una esnobista, solo a ella y a mi padre se les ocurre tomar como residencia permanente, una casa en una zona de veraneo —señaló Diana, que no tenía pelos en la lengua.

—A mí también me gustaba mucho, Di —dijo Samantha para no darle una imagen tan mala de su familia a Alessandro.

—A papá le gusta porque tiene el campo de golf, prácticamente al lado, y porque ningún vecino lo denunciará cuando se ponga de loco a hacer tiro al blanco en el jardín —respondió, divertida.

Samantha rodó los ojos al ver que su hermana frustraba todos sus intentos, decidió que lo mejor era quedarse callada, o Diana terminaría revelándole a Alessandro, hasta el más mínimo de los defectos que tenía su familia. Se relajó en el asiento de cuero blanco al escuchar las primeras notas de *Another day in Paradise*, miró a Dylan y le dedicó una sonrisa.

—Lo único maravilloso de Glencoe, es la playa que tiene la casa de nuestros padres —acotó Diana—. Es una lástima que no hayamos traído trajes de baño —agregó, mirando a Alessandro.

Él solo le entregó una sonrisa amable, ni siquiera el gusto que le heredó su padre, por la música del británico, disminuía el malestar que sentía. Tener que compartir de esa manera con Dylan Howard, era algo que no se había planteado y comenzaba a sentir que estaba más allá de lo que pudiera soportar, si Lisandro lo viera en ese momento, seguramente, se burlaría de él o lo golpearía por masoquista.

«¿Dónde carajos has dejado tu orgullo, Alessandro Bonanzierri?»

Se preguntó furioso con él mismo; de pronto, las notas de una nueva canción dieron inicio, *Against All Odds,* la conocía muy bien pues fue una de las tantas que hizo su himno cuando Samantha lo dejó. Una loca idea atravesó su cabeza, podía estar sufriendo la tortura de verla sonreírle y acariciar a otro hombre, pero no dejaría que lo siguiera ignorando.

—***I wish I could just make you turn around. Turn around and see me cry…there's so much I need to say to you so many reasons why… you're the only one who really knew me at all*** —su voz ligeramente ronca por los sentimientos que lo invadían, sorprendió a todos dentro del auto. Pudo ver cómo Samantha se tensaba, pero eso no le dio la satisfacción que esperaba.

—Había leído entre tus cualidades, que también cantabas, pero nunca imaginé que lo hicieras tan bien, pensé que apenas cumplías con el mínimo que exigen los directores —dijo Diana con una sonrisa.

—Apenas ha sido una estrofa —contestó Alessandro, sin querer mostrarse pretencioso y su mirada estaba en Samantha.

—Pues lo hace muy bien, Alessandro —acotó Dylan, mirándolo por el retrovisor, y al ver donde estaba la mirada del italiano, buscó a su novia—. ¿No te parece, amor? —le preguntó, mirándola.

—Sí… sí, lo hace excelente, Alessandro.

Samantha dio gracias a Dios que pudo hablar, pues luchaba por contener las lágrimas, no era justo lo que Alessandro estaba haciéndole. Debía comprender el momento tan difícil que estaba

viviendo, pues si él se sentía incómodo, ella también y no tenía que torturarla así.

¿Acaso qué esperaba? Que le dijera a Dylan de buena a primera quién era él y lo que ambos habían vivido. O quizás que ella se lanzara en sus brazos sin pensar nada más, sin evaluar las consecuencias que todo eso traería. Al parecer, estaba olvidando que fue quien la dejó ir y se negó a cualquier posibilidad que le planteó, tal vez necesitaba que se lo recordara para que dejara de hacerse la víctima. Apretó los dientes con fuerza para evitar que las lágrimas la desbordaran, y se volvió a mirar por la ventanilla, juraba que, si él seguía con ese juego, iba a enviarla a un manicomio, pero antes le lanzaría todos los reproches que había guardado.

La casa de sus padres se mostró ante su mirada y se sorprendió, había estado tan absorta en sus pensamientos, que no notó cuando atravesaron el portal de hierro forjado que servía de entrada. Dylan detuvo el auto cerca de la rotonda, y ella apenas esperó que apagara el motor para bajar, necesitaba alejarse de Alessandro y callar su voz que seguía repitiendo la canción una y otra vez, dentro de su cabeza, moviendo cada uno de sus sentimientos a su antojo.

Capítulo 23

La mansión de piedra caliza y grandes ventanales se mostró intimidante ante la mirada de Alessandro, nada tenía que ver con su tamaño o con el aspecto frío que podía apreciar en la misma; sino al saber que él entraría como un completo extraño, mientras que Dylan Howard sería el yerno modelo de los esposos Steinberg.

—Ven, Alessandro —dijo Diana con una sonrisa—. La casa puede tener un aspecto sepulcral desde afuera, pero es linda por dentro, y mis padres… tampoco es que sean los peores del mundo, simplemente no comulgamos en las mismas ideas, pero son buenas personas.

Alessandro le dedicó una sonrisa para agradecerle el gesto; ya que, Samantha bajó del auto y caminó hacia la entrada sin siquiera volverse a mirarlo o invitarlo a seguirla por mera cortesía.

Fueron recibidos por el ama de llaves, una mujer que trató a las chicas con familiaridad, pero guardando las distancias, también saludó a Dylan con una sonrisa, pero a él lo miró con algo de desconcierto. Alessandro paseó su mirada por el salón de paredes blancas y ventanales; tal como había dicho, Diana, el interior parecía más cálido, pero esa sensación desapareció casi por completo, cuando los esposos entraron al lugar.

—Buenas tardes, Samantha, te ves tan hermosa como siempre —esbozó Susan, acercándose para abrazar a su hija.

—Gracias, mamá, tú también luces muy linda —dijo con una sonrisa.

—Diana, que grata sorpresa tenerte aquí. —La miró de pies a cabeza, disimulando la molestia que le provocaba verla con esa facha espantosa.

—Hola, madre, también me alegra verte —dijo sin mucha emoción, pero cumplió con darle un abrazo.

Alessandro y Dylan se quedaron detrás mientras la dueña de la casa saludaba a sus hijas; en cuanto la mujer se separó de Diana, caminó directo hacia su yerno, aunque al italiano no le pasó desapercibida la mirada rápida y desconcertada que le dedicó.

—Dylan, qué maravilla verte de nuevo… ¿Cuánto pasó desde la última vez que viniste con Samantha? —inquirió, después de abrazarlo.

—Susan, tú estás tan bella como siempre… Creo que dos meses.

—¡Dos meses! Eso es demasiado tiempo, espero que cuando al fin logres llevar a mi hija al altar, las visitas sean más frecuentes.

Alessandro sintió como si la elegante señora Steinberg, le hubiera dado una patada justo en la entrepierna, intentó mantener una expresión impasible, pero por dentro sentía que la rabia lo estaba consumiendo, y le exigió todo a sus dotes de actor para no demostrarlo.

Samantha se separó del brazo de su padre con una sonrisa, pero en cuanto notó que su madre estaba junto a Dylan y Alessandro, los nervios la invadieron y comenzó a temblar; aun así, tuvo la fortaleza suficiente para caminar hasta ellos y hacer las presentaciones.

—Mamá… te presento a…

—Encantada, Susan Steinberg —habló, mirando fijamente al hombre frente a ella, que por una extraña razón la hacía estar alerta.

—Un placer, señora Steinberg, Alessandro Bonanzierri —se presentó, extendiéndole la mano, mientras la miraba a los ojos y le sonreía con amabilidad. No debía dejarse llevar por su

actitud para con Dylan.

La miró detalladamente, apreciando su parecido con Samantha; no podía decir que fueran dos gotas de agua, incluso el color de ojos se lo había heredado a Diana y no a su escritora. La voz de la mujer le delató algo que Samantha nunca le dijo; era británica.

—Bienvenido a nuestra casa, señor Bonanzierri, los amigos de mi yerno también tienen las puertas abiertas —comentó con una sonrisa.

—Mi querida Susan, el señor Bonanzierri y yo no somos amigos, pero estoy seguro de que lo seremos muy pronto —informó Dylan, mirándola con una sonrisa y le apoyó una mano en el hombro a Alessandro—. Él será el protagonista de Rendición y está visitando la ciudad, vino desde Italia para la audición —agregó, mirando al actor.

—Mamá, el señor Bonanzierri y Kimberly Dawson obtuvieron los papeles de la adaptación de mi libro al cine —acotó Samantha, que comenzaba a sentirse mareada por esa situación.

—Comprendo… Igual sea bienvenido a nuestra casa —comentó Susan con una sonrisa fingida.

Su mirada detallaba al italiano y su sexto sentido se activó de inmediato, no le parecía una casualidad que estuviera en la ciudad, si las audiciones fueron en Los Ángeles, había viajado hasta Chicago detrás de alguien. No quería ser paranoica, pero el nerviosismo que veía en Samantha despertó su suspicacia, si algo había ocurrido entre ellos, se encargaría de averiguarlo y poner un alto a esa situación.

—Dylan, que bueno verte de nuevo, le pregunté a tu padre por ti, cuando jugamos golf —dijo Joseph, con algo parecido a una sonrisa.

—Lamento no haberlo visitado antes, coronel, el trabajo me ha tenido bastante ocupado, pero sé que tengo un compromiso pendiente con usted para entrenarlo, y que pueda participar junto a mi equipo de regata, el próximo verano —se excusó, tendiéndole la mano a su suegro. Después de años conociéndolo y tratando con él, todavía lo seguía intimidando y haciéndolo sentir como un chico.

—Tranquilo, nos queda tiempo… Solo no lo olvides, porque odiaría ser un estorbo por no estar preparado, mi desempeño tiene que estar a la altura de todos los demás —indicó con tono amable, pero su mirada claramente le hacía una exigencia. Después se volvió para mirar al hombre que los acompañaba—. Veo que tenemos otro invitado… Joseph Steinberg. —Se presentó, extendiéndole la mano.

—Alessandro Bonanzierri. —Recibió la mano del coronel con un fuerte apretón, era justo como se había imaginado al padre de Samantha, sentía que ya lo conocía y quizás por ello no se intimidó.

—Bienvenido, señor Bonanzierri, así que es actor… ¿De padres italianos o nacido allá? —inquirió sin dejar de mirarlo.

—Nacido y criado en Roma, señor Steinberg —contestó con orgullo.

—Papá, su acento lo delata, ¿no lo notaste? —preguntó Diana, sonriendo mientras se acercaba a su invitado—. Está de visita en Chicago, y yo me ofrecí para ser su guía; a cambio, él será el mío en Roma.

—Ya veo —pronunció, llegando a la conclusión de que, seguramente, el italiano sería una más de las conquistas de su hija menor.

Comenzaba a sospechar que Diana había tenido más amoríos de los que podían alardear sus hijos varones. Sus pensamientos parecieron atraerlos, pues justo en ese momento entraban; Nicholas era su mayor orgullo, cada vez adoptaba más la actitud de un hombre del mundo militar, mientras que Walter, aunque fue un dolor de cabeza años atrás por revelársele, se había

convertido en un gran doctor y un hombre de familia que también lo hacía sentir satisfecho de él.

—Espero que nos hayan dejado al menos un poco de postre.

—Se saluda primero, Nicholas —lo reprendió Susan, manteniendo su sonrisa para no quedar mal delante de su yerno y del italiano.

—Buenas tardes, madre, perdone el retraso —dijo Walter.

Alessandro vio al hombre que llevaba en brazos a una pequeña que no podía tener más de siete años, cabello rubio oscuro y ojos grises, tenía el ceño ligeramente fruncido como si estuviera malhumorada. A su lado, estaba una hermosa mujer, tenía grandes ojos azules que resaltaban en su pálido rostro, haciéndola lucir como una muñeca de porcelana.

Supuso que el hombre era el hermano mayor de Samantha, y lo veía como si le exigiera que justificara su presencia allí. Alessandro se sintió algo extraño, pues no se había sentido intimidado ante la actitud del señor Steinberg, pero sí con la de su hijo mayor.

—Yo me desvelé ayer porque salí con algunos compañeros, tenemos que aprovechar antes que nos envíen a alguna misión —comentó Nicholas y se acercó a su madre—. Ya no me reprenda, solo acépteme como soy, pues sabe que de igual manera la quiero mucho. —Le besó la mejilla para borrar ese gesto de dureza en su rostro, luego buscó a su hermana—. Y aquí está la mujer de mi vida —expresó emocionado y camino hasta Samantha, para amarrarla en un abrazo.

—¡Nicholas, me vas a romper la espalda! —se quejó, mientras sonreía y recibía con alegría los dos besos que le dio en las mejillas.

—Tengo casi dos meses sin verte, así que soporta, que tú puedes.

—Yo también tengo dos meses sin verte y estoy aquí. —Diana reclamó la atención, elevando una mano para que la mirara.

Ella no se molestaba en absoluto cuando su hermano la abrazaba de esa manera; por el contrario, le encantaba y rompiendo el protocolo casi corrió hasta él, que apenas tuvo el tiempo para separarse de Samantha, antes que su hermana menor se le colgara del cuello.

—A ti también te extrañé enana —susurró para que su madre no lo escuchara, pues sabía que odiaba los apodos.

Alessandro se sentía emocionado, era como si estuviera conociendo al fin a esa familia que alguna vez deseó compartir con Samantha, ella se notaba distinta por en presencia de su hermano menor, sabía que llevaban una relación muy estrecha pues era de quien más hablaba. Sus miradas se encontraron, y ella le dedicó una sonrisa que hizo que una agradable sensación de calidez lo embargara, despertando en él un anhelo urgente por abrazarla y besarla, dejarle saber lo que sentía en ese momento estando en su casa y junto a su familia.

—Susan, perdona la tardanza, salimos tarde del apartamento y nos atrapó el tráfico —se excusó Linda con su suegra.

—No hay problema, querida, estamos bien de tiempo —contestó, recibió el beso de su hijo mayor y le dio uno a su nieta—. Walter, deberías bajarla o le arrugaras el vestido, Emily está en edad de caminar sola desde hace mucho, la estás malcriando —dijo, mirándolo con reproche.

—Déjeme hacerlo, madre… Ella aún sigue siendo mi pequeñita, ¿verdad? —preguntó, buscando la mirada de su hija.

—Dijiste que siempre lo sería —esbozó con un puchero.

Susan no dijo nada más para no contradecirlo delante de su hija, pero después le haría saber que no le estaba haciendo un bien sino un mal a Emily. De pronto recordó que tenían un invitado, Dylan se podía desenvolver con naturalidad porque era parte de la familia, pero el otro era un completo extraño; aunque a ella la había tomado por sorpresa su presencia allí, era su obligación como anfitriona presentarlo.

—Nicholas, Walter y Linda… Permítanme presentarles al señor Bonanzierri. —Lo señaló, mostrando una sonrisa.

—Un placer, Alessandro Bonanzierri —saludó primero a la dama, como correspondía.

—Mucho gusto, señor Bonanzierri… Linda Steinberg ¡Vaya! Samantha hicieron la selección perfecta, bueno tengo que verlo actuando, pero el parecido con la descripción que tú haces en el libro es sencillamente impresionante —comentó con entusiasmo.

—Muchas gracias, espero no defraudarla —contestó, sonriendo de manera amable y vio a su esposo acercarse.

—Walter Steinberg —se presentó sin mucho protocolo, pues no le gustó mucho lo efusiva que fue su esposa con el italiano.

—Alessandro Bonanzierri, encanto —respondió, intentando ser más amable que el doctor y le estrechó la mano con firmeza.

—Igual —dijo Walter, mirándolo a los ojos, después se volvió hacia su hija y el semblante duro, desapareció por completo cuando le dedicó una sonrisa—. Ella es mi hija… preséntate princesa —dijo, animándola.

—Encantada, Emily Sophia Steinberg —esbozó con una sonrisa tímida, mientras lo miraba.

—Es un placer, Emily, Alessandro… Bonanzierri.

Hizo una pausa al ser consciente que estuvo a punto de mencionar su segundo nombre para emular a la niña, sabía que eso podía despertar las sospechas en muchos. Aunque por la manera en la que lo veían Susan Steinberg y Walter, podía casi asegurar que ya ellos lo hacían. Nicholas se detuvo delante de él y lo miró elevando una ceja, como si estuviese evaluando a un rival, después le extendió la mano.

—¿Así que serás Franco Donatti? —Fueron las primeras palabras que le dedicó al actor, mientras lo miraba con curiosidad.

—Todo parece indicar eso, Sargento —respondió, recibiendo su mano, mientras elevaba una ceja y lo miraba con diversión.

Le causó gracia la actitud de Nicholas al tutearlo, eso lo ayudó a relajarse y lo animó a seguirle el juego; después de todo, se podía decir que ellos ya se conocían; o, por lo menos se habían escuchado.

—¿Tú lo escogiste? —Walter se volvió para mirar a Samantha.

—Sí… es decir, todo el equipo participó en la selección de los actores —contestó de manera nerviosa y sintió un calor apoderarse de su rostro.

—Si ella estuvo de acuerdo, yo también lo apruebo, encantado de conocerte, Alessandro —señaló en un tono más cómplice.

—Digo lo mismo. Nicholas, y espero no defraudarte tampoco.

—¡No! Por mí no te preocupes, hombre, a quienes tienes que convencer es a millones de fanáticas que ya te ganaste gracias a mi hermana… Aunque no lo creas pueden ser muy exigentes.

Nicholas había desarrollado muy bien su instinto en el mundo militar; así que, desde que supo que ese hombre era italiano, que vio su parecido con Franco Donatti y al final la reacción de Samantha, empezó a encajar piezas como si ellos fueran parte de un rompecabezas. Fue el primero en leer Rendición, incluso antes que se publicara, pues su hermana siempre buscaba su opinión; lo sorprendió el salto de género, sabía que eso había sido motivado por algo, o mejor dicho por alguien; aquel hombre que conoció estando en La Toscana, pero del que nunca quiso hablar.

Continuaron con la conversación, haciéndola general para que todos participaran, aunque

Alessandro intervenía poco, disfrutaba escuchar a Samantha hablar sobre sus expectativas respecto a Rendición, pero ella no mencionó que estaría en las grabaciones y eso lo angustiaba.

Pasaron a la mesa y Susan se encargó de ubicar a cada uno en sus puestos, su sexto sentido seguía diciéndole que debía estar alerta con el italiano y alejarlo de Samantha, así que los hizo ocupar lugares en los extremos opuestos de la larga mesa para doce personas.

—Entonces, Alessandro, eres de Italia ¿De dónde? —preguntó Nicholas para iniciar una conversación que pareciera casual, y ocultar sus verdaderas intenciones.

—De Roma —contestó con amabilidad, el marine era el único; a aparte de Diana, que parecía interesado en conocerlo mejor.

—Romano… Pero supongo que conoces la región de La Toscana, donde se filmará la película ¿verdad? —inquirió de nuevo, mirándolo.

Samantha le dio gracias al cielo por impedir que la cucharilla resbalara de su mano y cayera en la crema de papas. Miró a su hermano con reproche, aunque supuso que solo quería entablar una conversación con Alessandro, no podía sospechar quién era realmente, ¿verdad?

—Sí, conozco bien la zona que describe la señorita Steinberg en el libro, podría jurar que queda en los alrededores de Montefioralle. Es un pequeño y pintoresco pueblo que fue declarado la capital de Chianti, porque está rodeado de los más famosos y antiguos viñedos de la región —dijo Alessandro, sin ser muy específico para no levantar sospechas.

—Debe ser fascinante visitar todos esos lugares, presenciar las vendimias, participar del proceso de elaboración de los vinos… Yo me declaro una fanática de todo eso y me sentí hechizada por el personaje de Franco —esbozó Linda, mirando con embeleso al italiano.

Sentía como si hubiera ocurrido un milagro y el personaje del enólogo hubiese escapado del libro, y estuviese sentado frente a ella como un hombre de carne y hueso. Ciertamente le resultaba muy guapo, pero no era solo eso, también percibía un tipo de misterio atrayente en él.

Walter se aclaró la garganta para captar la atención de su mujer, ella le acarició la pierna, pidiéndole disculpas con ese gesto y él no pudo más que sonreírle. Sabía que cuando Linda se apasionaba por un tema podía olvidarse de todo; incluso de él, la verdad no le molestaría en lo absoluto si estuviera hablando de viñedos con un anciano de ochenta años, pero ese hombre tenía algo que le causaba cierto recelo, tenía la sensación de que ocultaba algo, que no estaba allí por una simple casualidad.

—Eres todo un experto en la región, Alessandro. —Diana mostró su entusiasmo, mirándolo igual de fascinada que su cuñada.

—La verdad, es poco lo que la visito, mi trabajo me mantiene en Roma; la mayor parte del tiempo, solo conozco lo que cualquier otro italiano —mencionó para desviar la conversación.

—Pero de seguro conocerás esas villas que rentan para vacacionar, he pensado en ir alguna, mi hermana dice que son hermosas —dijo Nicholas, mirándolo con astucia y antes que pudiera evadirlo, lanzó una nueva interrogante—. ¿Sabías que Samantha pasó un tiempo en Italia?

—Nicholas, es probable que el señor Bonanzierri no esté interesado en ello —intervino Susan, dedicándole una sonrisa amable, pero su mirada era seria. Podía sentir que buscaba algo con ese interrogatorio.

—Yo creo que sí; o al menos, debería si desea formar un equipo con mi hermana… Le convendría conocer cada detalle de su estadía allá, los lugares que visitó y todo eso, quizás hasta hayan coincidido en alguno sin darse cuenta —indicó, mirándolo fijamente.

—Lo supuse por la manera en cómo describía los lugares y algunas costumbres de mi país —contestó Alessandro, fingiendo poco interés, pues las preguntas del marine lo estaban poniendo tenso.

Samantha había perdido el apetito, aunque seguía comiendo para no levantar sospechas, pero lo que en realidad deseaba, era salir corriendo de allí y ponerse a llorar para liberar la presión que sentía en el pecho. Escuchar a Alessandro hablar de esa región que había sido su paraíso, la hacía sentir extraña, se moría por opinar también, pero estaba segura de que, si lo hacía, terminaría poniéndose en evidencia.

—Sí, pasó mucho tiempo allá… ¿Cuántos meses fueron, Samantha? —inquirió Diana, mirándola con una sonrisa.

—Casi cuatro meses —contestó y su voz sonó estrangulada, pero culpó a la comida y tomó la copa de agua para darle un sorbo.

—¡Cuatro meses! Tiene razón, Nicholas, fue mucho tiempo, pero si es como lo describes en el libro, hasta yo pensaría en quedarme un buen tiempo en ese lugar. Sobre todo, si puedo secuestrar a mi adorado esposo y alejarlo del hospital por esos meses —comentó Linda con una sonrisa, mirando a su cuñada y después a Walter.

—Seguro encontró algo que la cautivó y la hizo quedarse todo ese tiempo —mencionó Alessandro, no pudo evitarlo.

—Comencé a escribir… Había estado bloqueada durante un tiempo, y en ese lugar logré recuperar mi habilidad para poner por escrito las historias que estaban en mi cabeza —respondió, antes que a alguien más se le diera por sugerir que había tenido un romance o algo por el estilo, al parecer se habían olvidado de que Dylan estaba en la mesa.

—Sí, recuerdo que regresaste con **Miedos**, lista para ser publicada, la lanzaste a finales de ese mismo año… Pero te juro que llegué a pensar que te habías casado en Italia —comentó Nicholas con malicia.

—Afortunadamente eso no fue así, cuñado —intervino Dylan.

Alessandro mostró media sonrisa y su mirada se iluminó, aunque hubiera luchado por permanecer impasible, no pudo hacerlo. De cierto modo, Nicholas tenía razón, Samantha y él habían vivido una placentera luna de miel en la villa de los Codazzi. Se llevó la copa de merlot a los labios para ocultar su sonrisa de satisfacción.

Samantha; por su parte, quiso lanzarle la bandeja de panes a Nicholas en la cabeza, no podía creer que la estuviera exponiendo de esa manera; si acaso, sospechaba algo, lo más sensato era que se quedara callado, no que la torturara así ¿O acaso no se había dado cuenta, que estaba luchando por mantener en secreto su relación con Alessandro? Hablaría con él muy seriamente en cuanto tuviera oportunidad. Tomó la mano de su novio y le dio un suave apretón para alejar la tensión que lo embargaba, podía ser que ella no amara profundamente a Dylan, pero no dejaría que otros lo lastimaran, ni siquiera si se trataba de su hermano.

Nicholas asintió y le entregó una sonrisa a modo de disculpas a su cuñado, no era que Dylan que le cayese mal, tampoco deseaba hacerle pasar un mal rato. Solo que debía recabar más pistas para fundamentar su teoría, y bueno admitía que se había extralimitado.

Sin embargo, el resultado fue justo el que esperaba, ese hombre era el italiano que Samantha había conocido en La Toscana; aunque intentaran ocultarlo, a él no le quedaban dudas de ello. Alessandro Bonanzierri era el famoso «vecino» del que su hermana nunca quiso hablarle cuando regresó de su viaje; suponía que fue porque las cosas no acabaron bien, pero por algo estaba ese hombre allí y lo averiguaría.

Los esposos Steinberg fueron los encargados de cambiar de tema, aprovecharon el silencio que se instaló en la mesa después de la acotación de su yerno. Comenzaron a hablar de lo que serían las próximas vacaciones de verano, como era de suponerse centraron toda su atención en las regatas y en el equipo que las lideraba, que no era otro que el de la familia Howard

Woodrow.

Capítulo 24

Minutos después, estaban en el salón compartiendo entre un montón de comentarios banales por parte de la madre de Samantha, y algunas ocurrencias de Diana y Nicholas que buscaban restarle pomposidad a la ocasión. De repente, Walter se puso de pie con una sonrisa nerviosa.

—Toda la atención de hoy se la ha llevado, nuestra querida y talentosa Samantha, con su proyecto, un logro que me hace sentir muy orgulloso, pues les ha demostrado a los que no creyeron en su vocación que, con esfuerzo, dedicación y entrega, todo es posible —pronunció, mirando a su hermana con admiración, la vio entregarle una sonrisa y respondió igual. Después se volvió a mirar a su mujer y le extendió la mano para invitarla a ponerse de pie junto a él—. Sin embargo, nosotros deseamos entregarles otro motivo para celebrar hoy… —hizo una pausa, creando expectativa y su sonrisa se hizo más amplia—. Linda y yo seremos padres nuevamente —anunció, rebosante de orgullo.

—¡Esa sí es una verdadera noticia para celebrar! —esbozó Susan uniendo sus manos con emoción y una gran sonrisa.

Alessandro pudo ver cómo la sonrisa que adornaba los labios de Samantha se congeló ante las palabras de su madre; supo que la había herido; pues incluso a él, le resultó chocante el comentario. Sin embargo, ella le demostraba la maravillosa mujer que era, al ponerse de pie y acercarse a su hermano y cuñada para felicitarlos.

Samantha no dejó que la actitud de su madre la afectara más de lo normal; después de todo, ya estaba acostumbrada a que menospreciara su trabajo, y su hermano no merecía que nada empañara su felicidad.

—Felicidades, Walter, estoy tan feliz por ti… Y claro, por ti también Linda, un nuevo bebé qué emoción —esbozó, abrazándolos.

Los esposos recibieron las felicitaciones de sus familiares, e incluso de Alessandro, que se acercó a ellos y estrechó sus manos; y fue el único que se percató de la actitud de Emily. Se aproximó pues conocía muy bien lo que sentía, ya que cuando él se enteró de la llegada de Paula, no pudo evitar sentir celos y sabía que justo eso era lo que le ocurría a ella.

—¿Sabes algo, Emily?... Yo también tengo una hermana menor, se llama Paula y es uno de los mejores regalos que la vida me ha dado, fue... es más que mi hermana mi cómplice y ¿Sabes qué es lo mejor? Que tú puedes ser quien le enseñe todo, porque antes de ir con los grandes, ese bebé que espera tu mamá irá contigo y confiará en ti más que en cualquier otra persona en el mundo… Tú serás a quien más admire —comentó, viéndola a los ojos y cuando la mirada de la pequeña se iluminó por sus palabras, le dedicó una sonrisa.

De pronto, la nostalgia lo invadió y fue como si escuchara las palabras de Lisandro donde le exigía hablar con Paula, casi pudo verla en la hermosa niña ante sus ojos, le dio una tierna caricia en la mejilla y después regresó a su lugar.

Walter era consciente de los celos de Emily ante la noticia del bebé, y no hubiera encontrado mejores palabras para animarla, que esas que le dedicó el italiano. Su mirada se cruzó con la del actor y le agradeció el gesto con un asentimiento de cabeza, recibiendo por respuesta una amable sonrisa. Eso hizo que la desconfianza que le inspiró en un principio comenzara a disiparse, tomó a su hija en brazos y le guiñó un ojo, feliz al ver que su semblante había cambiado por uno

esperanzador.

Samantha se vio tentada a unirse a Alessandro y Emily en esa escena, era como si los años no hubieran pasado, podía percibir ese mismo amor que siempre le dedicaba a su hermana Paula. Seguramente volvieron a ser igual de unidos cuando regresó a Roma; no quería darles alas a sus fantasías, pero verlo junto a Emily le provocó mucha ternura.

Las comidas de los domingos en la casa de los Steinberg se volvían visitas de largas horas, en las que intentaban ponerse al día de lo que cada uno hacía, pues pasaban mucho tiempo sin verse. Así que eso le sirvió a Alessandro para hacerse una idea general de la familia de Samantha.

—Espero que no te estés aburriendo —comentó Diana, al notar que parecía algo meditabundo y miraba hacia el jardín.

—En lo absoluto… Gracias por traerme —respondió, volviéndose a mirarla con una sonrisa.

Estaba viendo a Samantha que había salido junto a su sobrina, para pedirle al jardinero unas manzanas del huerto, aprovechando que su madre estaba hablando con su cuñada sobre su embarazo. Mientras que los otros hombres charlaban de deportes o del mundo militar, temas de los que él no tenía mucho que opinar, así que escapó para verla a ella.

Se volvió para mirar a Diana, cuando una idea cruzó su cabeza, estaba seguro de que ella le podía dar la información que necesita.

—¿Hace mucho que no vives con tus padres? —inquirió, mirándola.

—Me fui de este lugar apenas cumplí los dieciocho. Mi madre y yo siempre hemos tenido puntos de vistas diferentes, pero el quiebre de nuestra relación fue cuando se negó a mi idea de estudiar fotografía. Decía que esa no era una profesión respetable… que, en realidad, no era una profesión y que lo único que lograría con ello sería convertirme en la vergüenza de la familia —contestó sin disimular el rencor que aún le provocaban esos recuerdos.

—Al parecer tu madre no es muy fanática de las artes, por lo que pude ver, tampoco le da mucha importancia a la profesión de tu hermana. —Había encontrado la manera de llevar la conversación a Samantha.

—Las únicas artes que mi madre valora son las que vienen de otros y no las que pueden crear sus hijas; jamás dejará de reprocharnos no seguir sus pasos y haber estudiado Leyes. A mí no me afectó mucho porque le dejé claro que esa no era mi vocación, pero en el caso de Sam es distinto porque mi hermana es más sumisa con ella, aún deja que menosprecie su trabajo. Conmigo lo intentó una vez, pero le dije que no lo hiciera de nuevo si quería volver a verme —se detuvo mirando a su hermana que compartía sonrisas cómplices con Emily.

—Yo adoro a Samantha, gracias a su apoyo logré liberarme del yugo de mi madre, pude ser una mujer libre de tomar mis decisiones, de actuar como me diera la gana y dedicarme a la fotografía. Fue ella quien pagó mi carrera, ya que la implacable, Susan Steinberg, se negó a darme un centavo para costearla —dijo sin importarle que hablaba con un desconocido; la verdad era que, por alguna extraña razón, no podía sentir a Alessandro de esa manera, él le inspiraba confianza.

—Samantha es una mujer maravillosa y debería ser valorada como merece, no puedo comprender cómo tu madre no lo ve… Es tan fácil que ella inspire admiración en los demás —expresó, recordando cómo había sido de sencillo para él ver la gran mujer que era su escritora.

—No desea hacerlo, en el fondo pienso que no soporta la idea de que Samantha y yo hayamos conseguido hacer nuestras vidas, mientras ella tuvo que dejar de lado sus sueños por cumplir con lo que la sociedad le exigía… —calló, tornándose inusualmente seria y luego se volvió para mirarlo a los ojos—. A veces me gustaría comprenderla e intentar tener la relación que se supone deben llevar madre e hija, pero entonces se cierra y jamás deja que lleguen a su

corazón… ¿Sabes algo, Alessandro? Hubo un tiempo en el que temí que Samantha estuviera volviéndose igual, fue antes de irse de viaje —expresó con tristeza.

—¿Por qué lo dices? —preguntó intrigado y buscó en su memoria a aquella Samantha que conoció a su llegada a La Toscana.

Los recuerdos le dieron la respuesta, Samantha en un principio era muy cerrada, orgullosa y desconfiada. No le permitía acercarse a ella; por el contrario, cada vez que él hacía el intento, lo rechazaba sin ninguna sutileza, aunque sin perder la compostura, ciertamente fue una versión de lo que había visto en Susan Steinberg.

—Por algunas de sus actitudes en aquel entonces… Pero eso no viene al caso ahora; por fortuna, todo cambió en ese viaje, regresó mostrándose mucho más segura e hizo lo que jamás pensé que haría —pronunció con tono cómplice y una gran sonrisa—. Se reveló contra mi madre, le hizo saber que nunca renunciaría a sus sueños y seguiría escribiendo porque eso era lo que deseaba y no formar una familia como pretendía imponerle. Además, le dejó claro que se encargaría de los gastos que generaran mis estudios. Eso fue increíble, aunque mi padre se mantuvo neutral, algo me decía que poco le faltó para aplaudirla por la valentía que mostró.

Alessandro estaba tan rebosante de orgullo, que tuvo que aferrarse a todo su autocontrol para no correr a buscar a Samantha, amarrarla en un abrazo, besarla y decirle lo feliz que lo hacía saber que al fin había hecho lo que su corazón le dictaba. Se concentró tanto en la conversación con Diana, que no vio cuando Samantha se levantó de la banca, su mirada la buscó de nuevo, pero no logró dar con ella y pensó que quizás había caminado hasta la playa con su sobrina; estaba por decirle a Diana que salieran a caminar por el jardín para buscarla.

Samantha fue consciente de que había pasado mucho tiempo fuera y que su madre no tardaría en preguntar por ella, así que regresó a la casa, al entrar al salón vio a Alessandro junto a Diana, esa imagen le provocó una desagradable sensación en el pecho. Esa cercanía entre los dos comenzaba a resultarte molesta; aunque luchó por mostrarse impasible, su rostro no pudo ocultar la rabia que sentía.

—Di, voy a buscar a Dylan para irnos… ¿Vienes con nosotros o te quedarás? —preguntó, ignorando a Alessandro a propósito.

—Tú me trajiste casi que obligada, sabes perfectamente que no veo la hora de marcharme —contestó, rodando los ojos.

—Bien. —Le dio la espalda y se alejó con andar altivo.

Después de unos minutos, estaba en la entrada de la gran mansión, despidiéndose de sus padres y sus hermanos, Walter y su familia también se marcharían porque él tendría una intervención bastante complicada al día siguiente y necesitaba descansar. Nicholas al fin atendió a la persona que lo había llamado con tanta insistencia durante la visita, el nombre de Debbie y la sonrisa que afloró en sus labios cuando subió a su Hummer, resolvió el misterio para todos, una más de sus conquistas.

—Samantha, todavía nos queda una conversación pendiente, te espero entre semana para que hablemos —dijo Susan, mirándola a los ojos con seriedad; después le dio un beso en la mejilla.

—Lo tendré presente, mamá —respondió, entregándole el mismo gesto, acompañado de un abrazo.

Susan se separó de su hija notando que estaba algo tensa, desvió la mirada a su yerno para ver si estaba igual, pero Dylan lucía relajado como siempre. Giró el rostro hacia la derecha y pudo ver al italiano parado junto a Diana, aunque tenía la vista fija en Samantha, se acercó a él con una gran sonrisa, mientras su mirada le hacía una advertencia.

—Fue un placer tenerlo como invitado en nuestra casa, señor Bonanzierri —mencionó,

extendiéndole la mano.

—El placer fue todo mío, señora Steinberg, encantado de conocerla y por supuesto a su familia —pronunció con amabilidad.

—Tiene las puertas abiertas —su tono fue cordial, pero frío.

—Muchas gracias —dijo él con una sonrisa, pero no era una natural sino una actuada, podía sentir que ella estaba fingiendo.

—Me gustaría ir detrás, si no le molesta —dijo Samantha, cuando Alessandro abrió la puerta trasera del auto.

—¿Sucede algo, mi amor? —inquirió Dylan, sorprendido.

—No, es solo que tengo un poco de dolor de cabeza, me gustaría ir en el asiento de atrás para recostarme —contestó con una sonrisa a su novio, pero cuando se volvió para mirar a Alessandro, no ocultó su molestia—. Podría ir adelante, por favor —le pidió fingiendo un tono amable, para que los demás no notaran su rabia.

—Por supuesto, no tengo inconveniente —respondió Alessandro, mirándola desconcertado por ese cambio.

—Gracias —dijo con parquedad.

—Samantha… Pero puedo mover el asiento para que estés más cómoda, princesa —indicó Dylan, desconcertado por esa actitud.

—No es necesario, iré con Diana… Por favor, pongámonos en marcha antes de que mi madre se dé cuenta, nos haga quedar y llame a Walter con urgencia por un simple dolor de cabeza —pronunció con determinación, ocupando el asiento trasero junto a su hermana.

Los Diana y Dylan estaban confundidos ante el cambio que había dado Samantha, pero Alessandro que estaba más acostumbrado a ese tipo de arranques caprichosos de su examante, no sabía si molestarse o alegrarse, pues esa actitud solo podía indicar una cosa: estaba celosa de su cercanía con Diana, aunque eran unos celos tontos, igual le provocaron una satisfactoria emoción en el pecho.

—Ven… recuéstate en mis piernas —dijo Diana, intentando mostrarse casual, aunque era evidente que algo la había molestado, quizás había sido su madre, pues siempre era su madre.

—No hace falta, Di… es solo un pequeño malestar, así voy cómoda —respondió, apoyando su cabeza hacia atrás y cerrando los ojos.

—Tienes demasiada presión encima, Sam, debes relajarte —comentó, acariciándole la sien —. Creo que mi querido cuñado debería tomarse unos días y escaparse los dos a la alguna isla del Caribe —agregó con emoción, mirando a Dylan por el retrovisor.

—Sería genial, y los masajes corren por mi cuenta —acotó él, guiñándole un ojo para agradecerle la sugerencia.

Alessandro y Samantha se habían tensado tanto, que parecían estatuas en lugar de personas; él tenía la mirada clavada en el paisaje y los dientes apretados, para evitar que todas las palabras que se agolpaban en su garganta salieran dejando libre la furia que sentía.

Samantha se fingió dormida y agradeció que Diana no insistiera más en el tema; no por Alessandro, pues poco le importaba que se sintiera incómodo o que se revolviera en el veneno de los celos; después de todo, se lo merecía por andar coqueteando con su hermana.

Alessandro fue el primero en bajar cuando llegaron, sentía que el viaje había sido un infierno, mientras las palabras de Dylan Howard seguían calándole en los oídos. Esforzándose por no demostrar su rabia, caminó hasta la puerta trasera y abrió para que Samantha bajara, le ofreció su mano, apretando sus dedos ligeramente, pero con determinación, y aunque le rehuía la mirada no dejaría que lo ignorara.

—Muchas gracias por la invitación, señorita Steinberg —pronunció con tono cortés pero frío.

—No tiene nada que agradecer. —Fue su respuesta y se soltó de su agarre, caminando para alejarse de él.

—Te prohíbo que, a mí, me llames de esa manera —dijo Diana sonriendo y salió del auto, dejándose ayudar por él, aunque no lo necesitara—. No entiendo, hoy temprano llamabas a Sam por su nombre y ahora vuelves a los formalismos —señaló, mirándolo.

—Me parece que ella se siente más cómoda de esa manera.

—Claro que no, Sam es una chica muy sencilla y te aseguro que se sentirá más en confianza si la llamas por su nombre, incluso si la tuteas, no seas tonto y empieza a hacerlo —le dijo para animarlo—. Por cierto, ¿qué te gustaría hacer esta noche? Conozco los mejores clubes de la ciudad, quizás podamos ir a alguno y pasarla bien, quitarnos todo este acartonamiento que nos dejó la visita a casa de mis padres —sugirió y rogaba que él dijera que sí, en verdad quería salir esa noche.

—Muchas gracias por la invitación, Diana… pero la verdad me siento un poco agotado, ¿qué dices si mejor lo dejamos para mañana? —inquirió, posando su mirada en ella, quería borrar la imagen de Howard besando a Samantha en la frente mientras le acariciaba el rostro.

—Bueno, ir a un club en lunes no es muy divertido que se diga —intentó persuadirlo con sutileza, pero al ver que él no respondía supo que tenía la batalla perdida, así que se resignó—. Pero tú eres el turista, será cuando digas… yo estoy a tus órdenes.

—Eres muy amable…

—Di, ¿subes con nosotros? —preguntó, mirándola.

«¿Qué carajos le pasaba a Samantha? ¿Por qué quería alejar a Diana de él como si fuera un leproso? ¿Acaso en serio pensaba que planeaba seducir a su hermana?» La miró con seriedad.

—No, regresaré a mi apartamento —contestó, desconcertada por esa urgencia que parecía tener Samantha por tenerla a su lado.

—¿Te parece bien si desayunamos mañana juntos? —preguntó Alessandro, controlando la rabia que comenzaba a sentir.

—¡Claro! sería genial… pasaré por ti a las nueve de la mañana, no me pidas que sea antes porque soy una persona de costumbres nocturnas.

Él le dedicó una sonrisa ante el comentario, pero se guardó decirle que él también lo era, no quería avivar más la esperanza que veía en Diana. Caminó con ella hasta donde estaba Samantha con Howard, la vio despedirse de ambos con besos y abrazos, lo mismo hizo con él y le confirmó su cita para el día siguiente. Después de eso se alejó hacia una hermosa motocicleta *Harley–Davidson Iron 883* negra, hizo rugir el motor, se despidió con un ademán y salió del lugar.

—Pensé que irían a algún club de moda esta noche —mencionó Dylan y oprimió el botón para llamar al ascensor.

—No, me siento cansado; lo último que deseo es tener que lidiar con mi fama recién adquirida en este país —comentó sin ánimos de ser maleducado, pero no podía evitar se cortante con ese tipo.

—Claro, comprendo —contestó, entrando al elevador después de Samantha, mantuvo las puertas abiertas para el italiano—. Aunque supongo que, con tantos años en el medio, ya debe estar acostumbrado.

—Sí, lo estoy… pero hace mucho aprendí que no hay nada que agradezca más que el anonimato, poder disfrutar de un tiempo siendo yo mismo… sin poses ni máscaras. Seguramente, la señorita Steinberg sabrá a lo que me refiero —señaló, mirándola fijamente.

—La verdad es que me llevo bien con mis seguidores, no me siento acosada, como quizás le

pase a usted —dijo, apenas mirándolo.

—Me alegra escuchar eso… Por mi parte, solo soy acosado por la prensa; por suerte, todavía no ha entrado a mi apartamento, ninguna mujer que no haya invitado —respondió con arrogancia.

Samantha no pudo controlar la mirada asesina que le dedicó, Alessandro estaba jugando sucio y lo peor es que ella se sentía atada de manos por estar en presencia de Dylan, pero no le faltaron ganas de decirle que al suyo tampoco había entrado ningún hombre que no hubiera invitado, a ver si le gustaba probar su propia medicina.

Dylan sentía en su pecho una extraña opresión al ver como Samantha y ese hombre, parecían retarse, era como si estuvieran jugando a algo que él no comprendía o quizás no quería hacerlo. Era completamente inverosímil, su novia jamás se pondría en un duelo de palabras con un hombre al que apenas conocía y que no tenía nada en común con ella.

—Yo me quedo en el piso veintiocho —mencionó Alessandro.

Pulsó el botón al ver que Howard solo marcó el piso de Samantha; también para hacerle saber a ella dónde se estaba quedando, aunque por su semblante impasible, no supo si había recibido la indirecta, se había molestado por su comentario; la verdad no le importaba, que supiera que él también tenía su orgullo y no dejaría que ella lo pisoteara.

—Fue un placer conocerlo, Alessandro, que descanse —lo despidió Dylan, al ver que estaban cerca del piso.

—Digo lo mismo, Dylan… Samantha —la llamó por su nombre.

Ella elevó el rostro y lo miró a los ojos, lucían un tono más oscuro, pero no era ese que pintaba el deseo sino aquel que provocaba la rabia.

—Que pase buena noche —esbozó casi de manera mecánica, sin poder escapar de la mirada de él.

Alessandro asintió y salió, dándole la espalda porque no quería verla alejarse junto a ese hombre, solo rogaba que su malhumor mantuviera a Dylan Howard lejos de ella también. A mitad del pasillo se vio tentando a tomar el ascensor de nuevo e ir hasta el piso de Samantha para acabar con toda esa falsa, arrancarla de los brazos de aquel intruso y hacerle saber que ella era su mujer, que sin importar lo que hubiera pasado o los años lejos, seguían sintiendo lo mismo, se seguían deseando y amando como tiempo atrás. Quería tomarla a ella y confirmarle con palabras, con besos y caricias que ninguna otra mujer había ocupado su lugar; solo deseaba tener la certeza que no dejaría que Howard la tocara de nuevo.

∞∞∞∞

Samantha se sumió en un completo silencio en cuanto Alessandro bajó del ascensor, una mezcla de rabia y dolor le colmaban el pecho mientras luchaba contra las lágrimas que se agolpaban en su garganta y apenas la dejaban respirar. Se sintió salvada cuando las puertas se abrieron y vio el largo pasillo que la llevaría a su refugio; sin embargo, la mano de Dylan en su cintura, la hizo consciente de que debería esperar para poder desahogarse como necesitaba.

Rose los recibió con una sonrisa, había quedado muy preocupada al verlos irse en compañía del actor italiano; temía que ese hombre hubiera llegado con la intención de dejar todo al descubierto y perjudicar a Samantha, se sintió aliviada al ver que regresaban juntos.

—¿Aún te duele la cabeza? —preguntó Dylan cuando vio que ella se tendía en el chaise longue, y cerraba los ojos.

—Solo un poco —respondió masajeándose las sienes.

—Le voy a pedir un calmante a Rose —mencionó y salió.

Samantha mantuvo los ojos cerrados mientras hacía respiraciones lentas para ir liberando la presión que sentía en el pecho, se negaba a creer que Alessandro en serio buscaba tener una aventura con su hermana, solo para castigarla a ella por no haber cedido a lo que deseaba. Eso sería muy vil de su parte y no lo consideraba un hombre cruel.

—Espero que esto te ayude —dijo Dylan, entregándole el Advil.

—Gracias —dijo con una sonrisa, recibiéndola junto al vaso de agua.

—No tienes que agradecer, princesa, sabes que odio verte mal.

Samantha le acarició la mejilla con ternura y al ver que él deseaba sentarse, le hizo espacio recogiendo sus piernas mientras se dejaba caer hacia atrás, cerrando los ojos. Sintió que Dylan tomaba sus piernas y las apoyó en las suyas para quitarle los zapatos; después comenzó a darle suaves masajes y subiendo hasta sus rodillas.

—Estás muy tensa, creo que Diana tiene razón, necesitas descansar un par de días… Podría dejar todo en orden en la oficina y llevarte a donde desees… ¿Qué te parece las Bahamas o Quintana Roo? —preguntó, presionando suavemente las pantorrillas.

—Dylan… sabes que no me puedo ausentar en estos momentos, créeme, soy consciente de la falta que me hacen unas vacaciones, pero tomarlas ahora es imposible —contestó, poniéndose de pie.

Se alejó hacia el ventanal para escapar de las intenciones de su novio, sabía perfectamente a donde iban esos masajes, casi siempre terminaban teniendo relaciones. Si había algo que no deseaba esa noche, era acostarse con él, no podía sacar a Alessandro de su cabeza y mientras estuviera en esa situación, corría un gran riesgo, aprendió la lección la última vez.

—No creo que el proyecto se vaya a caer porque viajes un fin de semana para descansar… Ya ves que hasta el protagonista que debería estar preparándose para el papel, lo único que está haciendo es recorrer el país y viendo cuántas conquistas puede sumar a su lista —comentó un tanto molesto por la negativa de Samantha.

—Lo que él haga no es asunto mío, hablo de mi responsabilidad —indicó sin poder controlar la molestia que le provocó el comentario.

—Pues debería importarte al menos un poco; después de todo, su posible conquista aquí podría ser tu hermana y es evidente que Diana está encantada con ello. Si acaban mal, podría perjudicar el proyecto —mencionó sin levantarse, intentando ser paciente con ella.

—Eso no va a suceder… Alessandro Bonanzierri y Diana no tendrán nada —aseguró e internamente se obligó a creer en sus palabras, no soportaría que algo así ocurriera.

—Bueno, dejemos de hablar de ellos y concentrémonos mejor en nosotros… Acepto tu negativa a realizar un viaje en estos momentos, pero al menos déjame consentirte esta noche —dijo, poniéndose de pie y caminó hasta ella para envolverla entre sus brazos y besarla.

—Dylan… estoy agotada y lo que más necesito es descansar.

—Entonces deja que me haga cargo de ti, sabes bien que conozco la manera perfecta para relajarte. —Deslizó los labios por el cuello de Samantha y le acarició el seno, gimiendo de satisfacción al sentirla temblar—. Cada vez que hacemos el amor terminamos renovados, te prometo dedicarme exclusivamente a ti, besaré todo tu cuerpo… te daré masajes en la espalda —susurró mientras continuaba con sus caricias; le resultó extraño que no se apoyara en su cuerpo como siempre hacía.

—Esta noche no… hoy solo necesito descansar, por favor —pidió, liberándose con delicadeza del abrazo.

—¿Esta noche no?... A ver, Samantha, ¿cuándo puedes o cuándo deseas que estemos juntos? —inquirió sin poder disimular su molestia, ella no respondió y él continuó—. Hace más de un mes que no tenemos relaciones, y en serio esto empieza a preocuparme, ni siquiera cuando estás en tus procesos creativos, me excluyes de esta manera… Lo máximo que pasamos sin tener sexo fueron diez días, porque estabas en tu gira; aun así, buscábamos la manera de reunirnos en alguna ciudad y nunca me dijiste que estabas cansada, eso que tenías más motivos que ahora.

Todos los reproches salieron de Dylan en un torrente de palabras, la presa que mantenía sus emociones y aquello que se había callado durante ese tiempo, salía a flote de una manera muy dolorosa, se acercó tomándola por los brazos, necesitaba sentir que aún era suya.

—Dime lo que está sucediendo, Samantha, por favor, habla conmigo o voy a terminar volviéndome loco —rogó, mirándola con ojos llorosos.

—Dylan necesito que me des tiempo, por favor… solo… necesito tiempo —pidió, sintiendo que estaba a punto de llorar.

—Bien —masculló con rabia y después la soltó.

Le dio la espalda y caminó con paso apresurado para salir del estudio, una vez más Samantha sentía que su relación con Dylan estaba pendiendo de un hilo; todo por culpa de Alessandro y esa tortura psicológica a la que la tenía sometida. No podía dejar de pensar en él, aunque se esforzara por hacerlo, ni tampoco de compararlos, ambos eran tan distintos, Dylan se fue sin más, respetando su decisión; en cambio, Alessandro no se habría marchado hasta hacer que se expusiera por completo.

Capítulo 25

Samantha apenas pudo dormir durante la noche, caminaba sintiendo que llevaba el peso del mundo en su espalda, odiaba cuando todo a su alrededor se volvía un caos, y ella no tenía en sus manos la manera de ordenarlo de nuevo. Quería tener una solución o que alguien le dijera cómo actuar, pensó en Jaqueline, pero recordó que ella estaba en un retiro con su hija que había organizado la escuela, donde les prohibían el uso de aparatos electrónicos, pues se trataba de compartir en familia.

Intentó distraerse entrando a sus redes sociales, pero todos los mensajes y menciones que tenía estaban relacionadas con Alessandro; todas las fans de Rendición estaban pletóricas con su elección para el papel de Franco Donatti. Eso la hizo peor, las cerró y gritó de frustración, mientras consideraba la idea de no participar en el rodaje.

El agotamiento físico y mental terminó derrumbándola, se quedó dormida en el sillón del estudio, después de ver *Los puentes de Madison*; solo a ella se le ocurría ver esa película en su estado emocional. Siempre le había reprochado a Francesca no arriesgarse a vivir un amor de verdad junto a Robert, en lugar de quedarse con su esposo que nunca le daría la misma felicidad. Sin embargo, estando en una situación parecida, su percepción había cambiado, a veces era mejor quedarse en el lado seguro para evitar salir lastimada, sabía que su lado seguro era Dylan.

Minutos después estaba en la bañera y se relajaba con el dulce aroma de las esencias que puso en el agua, tenía los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el borde. Sin proponérselo, acarició sus senos con suavidad y después fue ejerciendo más presión para intentar emular aquella que le brindaba Alessandro, liberó un gemido y movió sus caderas, buscándolo, pero al no sentirlo, deslizó la mano sobre su vientre y la imagen del italiano se apoderó de su cabeza con una nitidez impresionante.

Lo imaginaba dentro de la bañera, desnudo y listo para tomarla, con su torso perfecto que se movía al ritmo de su respiración agitada, los labios ligeramente separados y la mirada oscura de deseo mientras se acercaba lentamente. Samantha gimió al sentir el leve roce sobre el nudo de nervios entre sus piernas y luego se estremeció cuando uno de sus dedos invadió su interior, llegando tan profundo como podía.

—Alessandro —esbozó con la voz ronca y el rostro sonrojado.

El recuerdo del actor junto a las caricias que se brindaba, comenzaba a elevarla, sus latidos se aceleraban a cada segundo y su cuerpo empezaba a tensarse, pidiendo a gritos esa liberación que revolucionaba todos sus sentidos, cuando era inspirada por él. Sus dedos rozaban con intensidad su sexo para darse placer, mientras su mente recreaba la imagen de Alessandro, deseando sentir su respiración cálida en el cuello y el roce de su barba, sus labios y su lengua deslizándose con exquisita maestría a sus labios, dándole uno de esos besos que la dejaban jadeando.

—¡Sam, vine a visitarte! ¿Estás ahí?

La voz de su hermana rompió de golpe su plácido estado y el placer fue reemplazado por un torrente de nervios, que la cubrió de pies a cabeza. Resbaló y se hundió en la bañera, sentía las piernas débiles por ese orgasmo que apenas logró rozar con la punta de los dedos.

—¿Sam? —Al no recibir respuesta comenzó a preocuparse—. Dios que no se haya quedado dormida en la bañera —rogó, llamando.

—Ya salgo, Di, me estoy bañando —gritó mientras corría a la ducha.

Abrió la regadera y tembló ante el coche de agua fría; por suerte, no demoró en salir caliente. Lavó su cuerpo con rapidez, deslizando el gel con una esponja, intentando sosegar los latidos de su corazón, tenía la piel muy sensible y los pezones duros por las caricias.

—Todo esto es culpa tuya, vas a terminar por volverme loca —reprochó en voz baja al recuerdo de Alessandro.

Salió con el cuerpo chorreando agua, buscó un albornoz y se envolvió mientras caminaba hacía la bañera, jaló el tapón para que se vaciara, luego se envolvió una toalla en la cabeza y se miró en el espejo. Todavía sus mejillas lucían sonrojadas y tenía la mirada brillante.

—Bien, aquí estoy —dijo, saliendo y la encontró en su cama.

—Siento haberte molestado, es solo que estaba aquí mismo y quise pasar a saludarte; además, contarte mi aventura de hoy.

—No me molestas, sabes que adoro verte. —Sonrió mientras se quitaba de la toalla de la cabeza—. ¿Qué hacías en la torre? —preguntó, tomando el cepillo para desenredarse el cabello.

—Vine por Alessandro, pasamos todo el día juntos y nos acabamos de despedir en el ascensor —contestó sin darle mucha importancia.

Samantha dejó caer el cepillo, sintiendo que su mundo se había desestabilizado en un segundo y la presión en su pecho fue tan poderosa, que tuvo que cerrar los ojos para no caer al suelo.

—La pasamos muy bien, es un hombre extraordinario… es inteligente, amable, divertido, es increíblemente parecido a Franco, pero… —Se dejó caer en la cama con un gesto teatral.

—¿Pero? —inquirió Samantha con una voz que no parecía la suya.

—Temo que te tengo una mala noticia… —Miró a su hermana a los ojos y al ver que tenía su atención, suspiró preparándose, solo pensar en decirlo en voz alta le dolía—. Creo que tu protagonista es gay.

Samantha abrió mucho los ojos, pero después rompió en una carcajada, Diana no tenía ni idea de cuán definidos estaban los gustos sexuales de Alessandro. Lo más cerca que había estado de una relación homosexual, fue cuando tuvo aquella extraña con Giovanna y Alexia; bueno hasta donde sabía, pero ciertamente no podía decir que fuese gay, menos después de la legión de mujeres que había tenido.

—¡Samantha Steinberg! No te rías, esto es serio… ¿Te imaginas lo que pasaría si mis sospechas son ciertas? Si esto llega a descubrirse sería un completo desastre, habría millones de fanáticas decepcionadas e incluso, podría fracasar la película —indicó un tanto molesta.

—A ver… dime, ¿por qué llegaste a esa conclusión? —preguntó y respiró profundamente para evitar reír de nuevo.

—Porque me le insinué ¡Cinco veces y no hizo nada! Siempre me rehuía o cambiaba de tema. —Hizo un puchero.

—¿Y eso te lleva a asegurar que es gay? —inquirió aún divertida.

—¡Por supuesto! ¿Qué hombre hoy en día deja pasar una oportunidad como la que le estaba ofreciendo? —preguntó sorprendida, no esperó a que ella respondiera—. La respuesta es sencilla ¡Ninguno! A menos que sea gay… Y si él lo es, sería una gran pérdida para el género femenino, aunque claro, una enorme ganancia para el masculino, porque Alessandro es realmente guapo, me tenía completamente idiotizada… Su mirada es tan intensa que te deja sin habla y quieres descubrir todo lo que esconde, porque sabes que lo hace… Casi no habla de su familia, ni de su vida personal y el tema de conversación más largo que tuvimos fue sobre ti.

—¿Por qué lo dices? ¿Qué hablaron de mí? —La diversión se esfumó de su semblante y fue

reemplazada por el miedo.

—Nada en particular —contestó, pero al ver la mirada de su hermana, sabía que esperaba algo más específico—. Hablamos de tu carrera, de nuestra familia y de Dylan —agregó, encogiéndose de hombros.

—¿De Dylan? —inquirió, palideciendo, Diana asintió sin darle mucha importancia—. Espero que no le hayas contado nada, él no tiene porqué saber de Dylan ni de mi vida privada… Alessandro Bonanzierri es un extraño y tú tampoco deberías andar con él —dijo, alarmada por lo que pudiera hacer con la información que su hermana le ofreció.

—¡Por favor, Sam! No existe nada que el mundo no sepa de ti, eres famosa y al igual que él, tu vida también está expuesta. Además, Alessandro me parece un buen tipo y se nota que te admira, así que dudo que busque perjudicarte, últimamente estás muy paranoica e irritable.

Samantha comprendió que se estaba extralimitando y buscó la manera de reparar lo que había dicho, pero no sabía cómo hacerlo. Si Diana supiera que había muchas cosas que el mundo no sabía de ella, pero de todas, una en especial era la que más la atemorizaba si llegaba a descubrirse, se puso de pie para caminar hacia el armario y buscar algo con que vestirse, eso le serviría de excusa para organizar sus ideas.

—Lo siento… Es solo que todo esto me toma por sorpresa, sabes que odio que se metan en mi vida —dijo con un tono conciliatorio.

Se vistió con algo sencillo y cómodo ya que no tenía planeado salir a ningún lugar, se quedaría en el apartamento por lo que restaba del día, después se encargó de su cabello, mirándose en el espejo.

—Bien, pero no debes estar todo el tiempo en esa actitud, ayer también fuiste muy descortés con él, cuando regresábamos de casa de nuestros padres… en realidad te mostraste extraña con todos.

—Me sentía cansada, Diana —dijo sin mirarla.

—Pues últimamente parece que todo el tiempo estuvieras cansada, de mal humor, incluso te noto pálida y más delgada… —Caminó y se detuvo junto a su hermana, mirándola por el espejo —. Ya sé que me dijiste el otro día que no existe la posibilidad de que estés embarazada, pero… creo que deberías salir de dudas haciéndote una prueba.

—Di, no es nada de eso… mira, Dylan y yo nos cuidamos muy bien; además… —Se detuvo al caer en cuenta de lo que estaba a punto de decir, vio que su hermana le exigía con la mirada continuar y no le quedó de otra—. Hace más de un mes que no estamos juntos…

—¡Por Dios! No puedo creerlo ¿Estás hablando en serio?

—Sí y no hagas un drama de esto, hemos estado muy ocupados; en realidad, yo lo he estado —respondió, rehuyéndole la mirada.

—Samantha, ninguna ocupación en el mundo le impide a una mujer tener sexo con su novio, eso es… es… no tengo palabras, con razón estás tan irritable, yo en tu lugar andaría subiéndome por las paredes.

—Diana, por favor, tampoco es la primera vez que paso tanto tiempo sin tener relaciones, para tu información nací virgen… y tú también —señaló con seriedad, pero no pudo evitar sonreír ante su puchero.

—Sí, pero desde que supe de lo que me había estado perdiendo, me negué rotundamente a dejar de hacerlo y menos durante un mes completo —esbozó con una sonrisa y después se puso triste—. Lo que me recuerda, que la última vez fue hace unos quince días, justo antes del viaje a L.A. Así que tengo que seducir a Alessandro a como dé lugar y eso no puede pasar de mañana, pues piensa irse pronto.

La verdad era que no lo planeaba en serio, pero disfrutaba de ver cómo Samantha se alarmaba ante sus ideas, se caracterizaba por ser una mujer inteligente y muy intuitiva; así que, sabía que no lo lograría. Ahora que comenzaba a encajar piezas en ese rompecabezas que era Alessandro Bonanzierri, la idea de que él fuera gay comenzaba a disiparse, pero algo le decía que estaba detrás de alguien más, de inmediato miró a Samantha.

—¡No harás nada de eso! Diana Steinberg te prohíbo que te acerques a ese hombre de nuevo —ordenó Samantha, mirándola con severidad.

—Sabes que lo prohibido es más tentador para mí y no pierdo nada con intentarlo… pero ganaría mucho si lo consigo —indicó con una sonrisa pícara y esta vez hablaba de confirmar su nueva teoría.

Samantha la miró con asombro, ni siquiera podía soportar la idea de que Diana tuviera una aventura con Alessandro; debía de tener toda esa locura y sabía que solo había una manera. Estaba perdiendo el tiempo discutiendo con ella, tenía que atacar la verdadera fuente del problema, buscaría a Alessandro y le exigiría que se alejara de Diana.

—Bueno, solo te advierto que, si tu teoría de que es gay llega a ser cierta, el golpe para tu ego sería demasiado grande. Yo lo pensaría dos veces antes de arriesgarme. —Intentó jugándose esa última carta, pero Diana ni se inmutó—. Debo ir a… hacer algunas cosas que tengo pendientes, Rose aún tiene algo de gelatina, si deseas puedes esperarme aquí, solo tardaré unos minutos —comentó, mientras se ponía algo de maquillaje, un ligero cárdigan negro y después buscó su cartera.

—Comeré la gelatina y me iré, la verdad estoy algo cansada y todavía me queda un día como guía turística —dijo con una sonrisa.

—Bueno como quieras, nos vemos mañana —mencionó para despedirse, le dio un beso en la mejilla y un abrazo.

—No sé a dónde vas con tanta prisa, pero me encantaría que fuera a la torre Howard Woodrow y que secuestraras a Dylan por tres días… creo que él te lo agradecería mucho —indicó con una sonrisa—. En serio el hombre es un santo… o gay —comentó con sorna.

Samantha rodó los ojos con fastidio, pero la actitud de Diana la hizo sonreír, o quizás era esa emoción, no podía negar que la emocionaba saber que vería a Alessandro en cuestión de minutos. Corrió de nuevo hasta ella y la abrazó para al fin despedirse.

Si supiera que se disponía a salvarla de acabar de una manera desastrosa, no permitiría que su hermana se convirtiera en el juguete de Alessandro, ni que la usara como chivo expiatorio o para chantajearla de ceder ante sus peticiones. Le dejaría claro que sin importar lo que hiciera, ella seguiría manteniendo el mando de las cosas.

Entró al ascensor marcando de inmediato el número veintiocho en el panel y no pudo evitar mirarse en el espejo para acomodar su cabello. Cuando las puertas se abrieron, todos sus planes se vinieron abajo al darse cuenta de que no sabía el número de habitación de Alessandro.

—¡Perfecto! ¿Y ahora qué piensas hacer? —se preguntó en voz alta, mirando el largo pasillo y algunas de las puertas a ambos lados—. Ok, no puedes ir llamando a cada puerta hasta dar con él, imagina la cara que pondrían los demás huéspedes cuando te vean… esa es una pésima idea. Así que, ¿en qué punto te deja esto Samantha? —inquirió golpeándose el labio inferior con el dedo índice.

Solo existía una manera de conseguir esa información sin quedar muy expuesta, cerró las puertas del ascensor marcando esta vez el botón de la planta baja, mientras el aparato descendía, intentó crear un discurso creíble para obtener el número de la habitación, antes le había resultado fácil pues estaba en su ficha, pero ya no contaba con ello.

—Buenas tardes, Allan, ¿cómo has estado? —saludó con una gran sonrisa al chico detrás del mostrador en la recepción.

—Buenas tardes, señorita Steinberg, muy bien muchas gracias, ¿usted cómo se encuentra? —respondió, mirándola con admiración.

—De maravilla, te he dicho muchas veces que puedes tutearme, nos conocemos desde hace tiempo—comentó para entrar en confianza.

—Me encantaría, pero sabe que debo acatar las normas… Fuera de aquí, la volveré a molestar para que me firme los libros.

—Por favor, no es ninguna molestia, me agrada hablar contigo y escuchar tus teorías… Por lo pronto, necesito que me ayudes en algo.

—Por supuesto, usted dirá —contestó de inmediato.

—Quizás sepas que el actor que se escogió para Rendición se está quedando aquí —dijo y esperó a que mencionara algo, como no lo hizo decidió continuar—. El caso es que debo entregarle algo, ayer pasamos toda la tarde en casa de mis padres ya que lo invité a un almuerzo, pero lo olvidé y ahora no sé cómo hacérselo llegar.

—El señor Bonanzierri, sí lo registré el sábado cuando llegó, si lo desea puede dejarme el paquete aquí y lo enviaré a su habitación.

—Eso sería genial, pero… si existe la posibilidad de que sea yo quien lo haga, ya sé que debes regirte por las normas del hotel, pero te aseguro que no te meteré en problemas… Sabes que no soy una fan obsesionada.

—Por supuesto, señorita Steinberg, permítame un minuto —contestó desviando su mirada al ordenador e ingresó el apellido del actor.

—Muchas gracias, Allan, me haces un gran favor.

—No tiene nada que agradecer, la habitación del señor Bonanzierri es la 2810 —mencionó con una sonrisa.

—2810, perfecto. Gracias de nuevo, Allan, que tengas una tarde agradable —pronunció para despedirse.

∞∞∞

Alessandro acababa de salir de la ducha y se estaba vistiendo cuando escuchó que llamaban a la puerta, eso lo extrañó mucho pues no había pedido ningún servicio de habitación. Se puso con rapidez un jean gris plomo y sin preocuparse por cubrir su torso, salió para atender a quien llamaba. Había perdido todas las esperanzas de que fuera Samantha, sabía que ella no cedería tan rápido y menos si seguía manteniendo la estúpida idea de que él deseaba seducir a Diana.

Pero al abrir la puerta y verla en el pasillo, su corazón se olvidó de toda la molestia que había sentido contra ella, casi vio su mundo iluminarse y una sonrisa afloró en sus labios.

—Necesito que hablemos —comentó ella, temblando una vez más, ante el espectáculo que era el cuerpo de Alessandro.

—Se te está haciendo una manía esto —dijo, intentando no sonreír.

—Y a ti abrir la puerta medio vestido —esbozó y se arrepintió de inmediato, al ver su sonrisa hermosa y arrogante.

—Bueno, sabes bien que no tengo problema con la desnudez. —Disfrutó al ver que ella se sonrojaba—. ¿Quieres que hablemos dentro o salgo medio vestido al pasillo? —inquirió provocándola.

—Lo haremos dentro —contestó, cayendo ante su reto.

—Me parece perfecto, no queremos provocar un escándalo haciéndolo afuera; además, no traes un vestido, eso habría mucho más apropiado —pronunció en el mismo tono seductor y la invitó a pasar con un ademán, mientras la miraba descaradamente.

—Deja de lado los juegos, Alessandro, lo que he venido a decirte es serio —indicó, volviéndose a mirarlo y se cruzó de brazos.

—Bien, habla —dijo, cerrando la puerta y se apoyó de espalda en esta.

—He venido a exigirte que te alejes de Diana —demandó, mirándolo.

—Has venido a exigirme... ¿Y desde cuándo hago lo que me exiges? O mejor dicho ¿Desde cuándo cumplo con tus exigencias si no son teniéndote desnuda entre mis brazos? —inquirió, elevando una ceja.

—¡Maldita sea, Alessandro, deja ya eso! Esto es serio… Diana es apenas una chica, puede parecer que ha recorrido mundo y que tiene mucha experiencia, pero en el fondo es solo una niña jugando a ser grande… es apenas tres años mayor que Paula —dijo desesperada.

Las palabras de él la perturbaban hasta el punto de sentir todo su cuerpo tenso y a la espera de que la tocara. Además, le hicieron recordar lo que vivió minutos atrás en su bañera porque las palabras «desnuda y Alessandro» eran un golpe para su estabilidad.

—Lo sé —contestó, tornándose serio.

—¿Y entonces por qué haces todo esto? ¿Por qué alimentas sus ilusiones? —preguntó, sintiéndose realmente molesta.

—¿En serio crees que estoy intentando seducir a Diana? —preguntó mientras la miraba y comenzaba a sentirse furioso. Ella se quedó en silencio, dándole mayores motivos para estar molesto—. Te dejaré claro esto solo una vez, Samantha. Cuando deseo a una mujer y veo que ella también me desea, la tengo sin importarme quién se oponga; el caso aquí es que no deseo a Diana, porque para mí es como ver a mi hermana Paula, porque así la concebí desde que tú me hablaste de ella. No planeo seducirla ni nada por el estilo, tu hermana sencillamente se ofreció a acompañarme para conocer la ciudad y me pareció de mal gusto rechazarla —mencionó, mirándola a los ojos.

—¡Por favor, Alessandro! No me trates como una estúpida, porque no lo soy, tú no estás aquí en plan de turista, tú viniste hasta Chicago con la única misión de atormentarme —le reprochó, sosteniéndole la mirada.

—O quizás sí tenga trazado un plan para seducir a una Steinberg —esbozó, acercándose y su sonrisa ladeada se hizo presente, cuando la vio retroceder dos pasos—. La que me interesa está justo frente a mí, es la que vino a buscarme a esta habitación donde estaríamos solos, consciente de la atracción que existe entre los dos y de las inmensas ganas que tenemos de recordar, de entregarnos como tiempo atrás —susurró, acercándose hasta sentir su respiración cálida y agitada.

—Alessandro Bonanzierri… deberías saber que este juego ya no te resulta conmigo —dijo, haciéndose hacia atrás, no podía empujarlo porque eso sería apoyar sus manos en ese pecho que la seguía tentando demasiado, inspiró hondo, irguiéndose para parecer más segura.

—¿En serio? ¿Será que estaré perdiendo mis habilidades? —inquirió elevando una ceja, llevó su mano hasta el nacimiento del trasero de Samantha para atraerla hacia él—. ¿O será que tú estás haciendo hasta lo imposible para no ceder, para no dejarte llevar? —preguntó, mirándole los labios mientras sentía el suave roce que le daban sus turgentes senos.

—Te sientes tan seguro de ti mismo, eres tan arrogante que piensas que ninguna mujer se puede resistir a ti, la verdad me da pena lo equivocado que estás —dijo sacando fuerzas de su

interior.

—No, no lo estoy, quizás no pueda hacer que todas las mujeres caigan a mis pies, pero sé de una a la que puedo enloquecer y hacerla rendirse a mí —contestó, llevando su otra mano a la nuca de Samantha.

—No tan rápido, señor Bonanzierri —le advirtió ella, apoyando sus manos en los hombros de él para intentar alejarse.

—Me encantaba cuando me llamabas así —mencionó y antes que Samantha pudiera protestar de nuevo, la calló con un beso.

Alessandro nunca había forzado a una mujer y no empezaría con la que amaba, así que fue suavizando el beso, persuadiéndola de dejarse llevar, acariciándole la cintura y dejando que su lengua rozara la de ella hasta hacerla gemir y temblar. Samantha relajó la presión que sus dedos le ejercían en los brazos, él se confió deslizando la mano de la nuca hasta el cabello, enredando sus dedos para atraerla, profundizando más ese beso que le despertaba el cuerpo y le calentaba la piel.

Samantha comenzaba a perderse en medio del placer que Alessandro le daba, pero al sentir que la mano de él abandonaba su cintura y subía buscando sus senos, supo que tenía que detenerlo.

—¡Eres un bruto! —le gritó, liberándose y le pegó en el hombro, pero al ver su sonrisa cargada de prepotencia, enfureció aún más, lo golpeó de nuevo, alegrándose del gesto de dolor que borró la arrogante sonrisa—. No vuelvas a tratarme así, ya van tres veces… Ni siquiera antes cuando te creía un patán engreído, te atreviste a robarme un beso y ahora…

—Ahora lo hago porque tú eres demasiado orgullosa para admitir que lo deseas, ¿no quieres que te robe más besos? ¡Pues bien! Entonces ofrécemelos, Samantha, recuerda todas esas veces en las que me pedías que no dejara de besarte, las veces en las que tú me tomabas cuando te provocaba, me besabas hasta dejarnos sin aire y nos olvidábamos de todo —expresó mirándola a los ojos con intensidad.

Samantha sentía que no podía soportar el poder que tenía su mirada, sabía que estaría completamente perdida si no escapaba, así que cerró los ojos, lo sintió acariciarle la mejilla y el gesto la hizo estremecer.

—Sé lo que sientes en este momento, quieres ser fuerte y luchar contra el deseo que llevas por dentro, pero no ganarás porque es más poderoso que tú… Puedo sentir como tiemblas, Samantha, tu piel está más caliente, tu olor es más intenso y puedo jurar que si te toco en este momento, descubriré que estás mojada; y todo eso lo sé, no porque solo te considere un cuerpo donde saciar mis deseos, sabes que siempre fuiste mucho más para mí… Lo sé porque te conozco mejor de lo que te ha conocido otro hombre, porque sé cómo despertar tu pasión.

—No es justo… —susurró casi con un sollozo, por la rabia y el dolor que le provocaban saber que él decía la verdad.

—No, puede que no lo sea… Pero esa es la verdad, así como lo es que ninguna mujer me conoce como tú, y que tienes el mismo poder sobre mí —se acercó para hacerla consciente de lo que había provocado. Ella jadeó al sentir su erección y lo miró, expectante—. Estoy poniendo todo de mi parte… estoy dispuesto a dártelo todo, solo tienes que decir que sí —pidió, apoyando su frente a la de ella.

—Las cosas no son así de sencillas —esbozó con un nudo en la garganta y sus labios temblaron al luchar por contener las lágrimas.

—Sí lo son, somos quienes las complicamos. —La contradijo.

—Nosotros tuvimos nuestra oportunidad, Alessandro… Y no la supimos aprovechar, ahora

es muy tarde —susurró llena de dolor.

—No lo es, déjame demostrarte que no lo es —mencionó y la amarró en sus brazos con fuerza para hacerla sentir segura.

Buscó los labios de Samantha para rozarlos, no intentó obtener un beso robado, quería que ella participara por voluntad propia, gimió de satisfacción cuando abrió su boca y con suavidad acarició con la punta de la lengua sus labios, haciéndolo estremecerse y desatando el deseo que colmaba todo su cuerpo. Le quitó el bolso y lo dejó caer en la alfombra, después le rodeó la delgada cintura con un brazo para levantarla, la sintió tensarse y supo que estaba yendo muy rápido. Necesitaba que Samantha se sintiera confiada para que pudiera entregarse por completo, no quería seducirla, deseaba amarla y que ella pudiera sentir que eso no era tan solo un arrebato, que no era una manera de satisfacer una necesidad, sino un acto tan vital como lo era para ambos respirar.

Capítulo 26

Le daría un preámbulo que ella merecía y que él deseaba, la acercó al sillón y lentamente la fue tendiendo, mientras seguía besándola y acariciándola, gimiendo en cada ir y venir de sus lenguas que se rozaban amoldándose con la misma perfección de años atrás. No podía darle tiempo a dudar, así que la cubrió con su cuerpo, pero sin llegar a recargar todo su peso para no hacerla sentir oprimida, solo quería que lo sintiera cerca y completamente suyo.

Samantha era consciente de todo lo que ocurría, pero no tenía la voluntad para detener a Alessandro, solo podía besarlo y rendirse a sus caricias, a esa emoción que iba despertando su cuerpo con una contundencia que la hacía estremecer y aferrarse a sus brazos. Sintiendo la calidez de su piel, la fuerza de sus músculos que se contraían ligeramente soportando el peso. Llevó una mano hasta su nuca y deslizó sus dedos en el cabello castaño, lo sintió temblar y eso la animó a acariciar también su espalda hasta anclarla en la pretina del jean.

Sentía que él la tenía completamente atrapada en ese torbellino de placer, su sentido común se había esfumado y en su lugar solo quedaba esa emoción que era locura y necesidad, que la estaba llevando a un lugar donde todo era perfecto. Y en ese lugar solo existía Alessandro, su presencia lo abarcaba todo, él era todo lo que sentía, lo que anhelaba, lo que necesitaba para sentirse tan plena y enamorada, que nuevas y viejas ilusiones comenzaban a hacer nido en su pecho.

Las caricias y los besos de Samantha estaban despertando su cuerpo, era como si el tiempo no hubiera pasado para ellos, la llama seguía más viva que nunca dentro de su pecho. Deslizó una de sus manos por la larga pierna femenina y la movió para apoyarla en su cadera, abriéndose espacio para que su pelvis rozara la de ella y quedar justo en ese lugar que lo volvía loco, en la calidez y la suavidad que albergaba Samantha en medio de sus piernas. Ahogó con su lengua el gemido que ella liberó cuando la hizo consciente de su innegable erección, movió sus caderas una vez más, gimiendo al sentirla temblar y su deseo de darle riendas sueltas a la pasión cada vez era más fuerte. Llevó su mano por debajo de la ligera blusa y le acarició primero el estómago, luego las costillas hasta llegar a su turgente seno, que abarcó por completo.

—Alessandro —susurró cuando él liberó sus labios para viajar hasta su cuello, dejando caer besos húmedos y cálidos, haciéndola sentir el calor de su respiración y su aliento justo lo que había deseado antes.

—Samantha —susurró contra la delicada piel de su garganta.

—No… no podemos… no me hagas esto, por favor —pidió con voz temblorosa, pero seguía acariciándole la espalda porque no podía estar sin tocarlo, necesitaba hacerlo, deseaba hacerlo.

—Lo deseas tanto como yo… te estás quemando al igual que me estoy quemando yo, solo abrázame, bésame… siénteme y hazme sentirte, preciosa, haznos arder como años atrás —susurró contra sus labios mientras la miraba a los ojos, rozó sus cuerpos y cuando la vio cerrar los ojos supo que se había rendido ante él una vez más.

Estaba a punto de besarla cuando una melodía llenó el ambiente, Samantha se tensó y abrió ojos de inmediato, mirándolo con una mezcla de miedo y culpa, que reemplazó la pasión que segundos atrás la dominaba. El sonido continuó y él buscó el lugar de donde provenía, su mirada se topó con el bolso de Samantha tirado cerca de ellos.

—Necesito responder —susurró, sintiéndose culpable y apenada.

—No lo hagas… déjalo, quien sea se cansará de llamar —dijo, buscando sus labios, pero ella lo esquivó.

—Alessandro, por favor —esbozó, moviéndose para liberarse.

—¿Es él? —preguntó, sintiendo que la llama de la pasión se transformaba en un infierno dentro de su pecho.

Ella no respondió, no hizo falta pues su mirada la delató y ese afán por responderle, lo enfureció aún más, se levantó quedando, sentando en una esquina del sillón para permitir que ella se pusiera de pie y buscara el maldito aparato que lo iba a volver loco. Vio cómo sus manos temblaban mientras hurgaba en su bolso, lo sacó y se quedó mirando la pantalla, Alessandro se odió por ponerla en una situación como esa, pero apenas podía controlar la rabia que lo embargaba.

—¿No piensas contestarle? —su voz contenía su furia.

—No sé lo que le diré… —confesó con voz trémula.

—¿Qué te parece la verdad? Deberías ser sincera de una vez por todas con él y decirle que no lo amabas, que solo estás a su lado porque es lo que tus padres desean que tengas, pero que no es lo que tú quieres —dijo convencido de sus palabras, pues lo había notado el día anterior.

—¿Por qué te crees con derecho a hablar de algo que no conoces? —preguntó furiosa y dolida, porque en el fondo sabía que decía, era en parte la verdad, pero eso era algo que no admitiría delante de él.

—Samantha puedes intentar engañarme todo lo que quieras, pero no lo conseguirás. No lo amas y puedo asegurar que tampoco lo deseas, junto a él te ves tan fría y opaca, pareces un maniquí… No eres ni la sombra de la chica que fuiste cuando estabas conmigo —se desahogó dejando que el dolor y la rabia salieran en sus palabras.

—Mi relación con Dylan no es asunto tuyo, no tengo que andar dando muestra de lo que siento por él en público, simplemente para demostrarte que estás equivocado… Y lo que haga con él en privado, es algo que solo nos concierne a los dos —dijo furiosa, pues una vez más cuestionaba su relación en un plano íntimo. ¿Acaso se creía que era el único hombre capaz de hacerla sentir placer? ¿Tan grande era su ego?

—Yo solo hablo de lo que vi ayer entre ustedes, y de lo que siento cuando te tengo en mis brazos, conmigo eres fuego y brillas, seduces con una mirada o una caricia —esbozó, mirándola con intensidad y se deleitó con el suave sonrojo que pintó ese bello rostro que ella tenía.

Samantha contuvo el suspiro que revoloteaba en su pecho, pues lo quisiera o no, sus palabras la habían emocionado; sin embargo, eso no bastaba para olvidarse del hombre con quien había compartido dos años. Estaba por responderle cuando, la imagen de Dylan y ella abrazados, apareció una vez más en la pantalla.

—O le contestas tú o lo hago yo —la amenazó, mirándola.

Ella lo miró entre molesta y aterrada, él parecía haberse vuelto loco, no dejaría que lastimara a Dylan, simplemente por capricho. Lo miró desafiante y deslizó su dedo por la pantalla para atender la llamada.

—Hola, cielo… Disculpa que no te respondiera, tenía el teléfono vibrando, que alegría escucharte —contestó, manteniéndole la mirada.

Alessandro tuvo que aferrarse a todo su autocontrol, para no arrancarle el teléfono y decirle al imbécil de Howard, dónde, con quién y lo que estaba haciendo realmente su perfecta novia. Caminó para alejarse y la maldita vista del ventanal lo hizo tensarse, pero la rabia no dejó que se paralizara; se dirigió hasta su habitación y cerró la puerta, estrellándola con fuerza, ya

comenzaba a cansarse de todo eso.

Samantha justificó el fuerte golpe, diciendo a Dylan que estaba en la terraza y la brisa cerró la puerta, por suerte su novio le creyó. La llamaba para disculparse por su actitud de la noche anterior y para compensarla invitándola a cenar. Ella quiso negarse, pero al ser consciente que podía darle mayores motivos para sospechar, terminó aceptando.

Se quedó mirando la pantalla en negro, cuando alzó la mirada se encontró con la fría y distante de Alessandro; desvió la suya y tomó su bolso, dispuesta a marcharse sin decirle una palabra. Sin embargo, cuando estaba por abrir la puerta, regresó hasta él y lo miró a los ojos.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Por qué me haces esto? ¿Por qué te empeñas en arruinar mi vida, Alessandro? ¿Para qué quieres otra oportunidad si sabes que no funcionará? —preguntó, dolida y furiosa.

—¿Por qué te cierras de esa manera, Samantha? ¿Y por qué estás tan segura de que esta vez no funcionará? Sé que aún sientes algo por mí, me lo acabas de demostrar en ese sillón, me lo has demostrado desde que nos vimos de nuevo… Me pediste un salto de fe y aquí estoy, dime qué más quieres y te lo daré —pronunció, mirándola con seriedad.

—Gracias, pero llegas muy tarde… esperé mucho tiempo y jamás recibí un mensaje de tu parte, no hiciste ningún intento por acercarte a mí… por el contrario, regresaste a tu mundo y me olvidaste por completo. ¡Pues bien! Yo también lo hice. Así que no tienes ningún derecho a reprocharme nada, es mi vida y hago con ella lo que mejor me parezca. —Se sentía furiosa al verlo tan impasible mientras ella se caía a pedazos por dentro y luchaba contra las lágrimas.

—Tú tampoco me escribiste o intentaste contactarme ¿Por qué tenía que ser quien se doblegara? —inquirió, molesto por sus acusaciones.

—¿Por qué? —preguntó asombrada por su cuestionamiento y su rabia aumentaba—. ¡Porque fuiste quien me dejó ir! Sabías que deseaba continuar con nuestra relación, aunque fuese a la distancia, pero rechazaste todo lo que te propuse… eras quien debía dar el primer paso.

—Lo estoy haciendo ahora, ¿o acaso crees que viajé hasta aquí por el protagónico de Rendición? —preguntó, mirándola furioso.

—Pues no vale de nada… En este momento tengo la vida que deseo, tengo a un hombre que me ama, que haría lo que fuera por verme feliz, para quien soy perfecta como soy y no intenta cambiarme… Lo que tú puedas ofrecerme no me interesa, así que no entiendo por qué sigues aquí —expresó con toda la rabia que corría a través de sus venas.

—No lo entiendes… ¿De verdad? Bueno déjame decir algo, Samantha… ¡Yo tampoco lo hago! ¡No entiendo qué carajo hago aquí! Yo podía decir adiós y dejar ir a una mujer sin tocarme el corazón y me sentía feliz siendo así. Fuerte, decidido, independiente… Pero llegaste tú y lo cambiaste todo, contigo todo es distinto, único. Nadie se parece a ti, nada de lo que haga con otras mujeres me llena como lo hacías tú, y te juro que no he deseado a ninguna otra como te deseo a ti, pero dime, ¿qué gano con todo eso? Ya no sientes lo mismo, la verdad ni siquiera puedo asegurar que lo hayas sentido, ya lo dijiste antes «Escribo ficción, nada de eso tiene que ver conmigo» —le reprochó aquello que tanto le había dolido cuando lo escuchó, pues había puesto todas sus esperanzas en lo que ella había escrito y tal vez era una mentira.

Samantha sintió que la golpeaba usando sus propias palabras, ella solo dijo eso porque no podía delatarse frente a su hermana, pero no porque fuese una mentira. Todo lo que había escrito en Rendición era real y él debería saberlo porque lo vivieron juntos.

—No estás siendo justo, sabes perfectamente porqué lo dije, pero eso ya pasó… No puedes exigirme que deje mi vida aquí para tener una nueva aventura, que seguramente terminará en un fracaso como la anterior —dijo, mirándolo con resentimiento—. Lo siento, Alessandro, pero si

viniste aquí creyendo que me lanzaría a tus brazos en cuanto te viera, te equivocaste, tu tiempo ya pasó, así que te aconsejo que cambies de dirección —esbozó llena de rencor porque él pretendía que todo fuera igual que antes, cuando fue quien lanzó a un barranco toda posibilidad.

—Sé que fallé y que no sería fácil tenerte junto a mí de nuevo, pero te escucho y es como hacerlo con una completa extraña, ¿sabes lo que deseo ahora? Quiero es irme de aquí y olvidarme de todo, tener la entereza que tuve antes para lanzarte al olvido como lo hice con las demás… —Dejó escapar un suspiro trémulo y negó con la cabeza, bajando el rostro para esconder sus emociones—. No te imaginas con cuánta fuerza lo deseo, Samantha Steinberg, pero tengo un problema, frente a ti me quedo sin fuerzas, sin voluntad… Mi vida no era perfecta era un desastre, pero era mía. No necesitaba que te metieras en mi corazón, en mi piel, en mi alma… que te volvieras mi debilidad… Porque ahora te veo y no puedo creer que seas la misma mujer que conocí en la villa, supongo que solo fuiste un espejismo —su voz se quebró y sus ojos derramaron las lágrimas con las que había estado luchando.

Ella se quedó en silencio mientras sentía las lágrimas bajar pesadamente por sus mejillas; las palabras de Alessandro le oprimieron el corazón y sintió que su garganta empezaba a cerrarse, haciéndole doloroso respirar. Le dolió verlo así y no supo qué impidió que se acercara a él para abrazarlo como estaba deseando; había tanto dolor y resentimiento entre los dos, se habían lastimado mucho y lo seguían haciendo, porque sus palabras contradecían su actitud, era evidente que a él no lo hacía feliz que ella tuviera ese poder sobre su vida.

—Una vez me dijiste que necesitabas a un hombre que no se rindiera a la primera y que lo apostara todo por ti, vine hasta aquí dispuesto a demostrarte que soy ese hombre… Pero tú no eres la misma mujer que me lo exigió —su voz ronca mostraba cuando estaba sufriendo, y ver que ella solo seguía en silencio, terminó por acabar con sus esperanzas, caminó hasta la puerta y la abrió—. Vete de aquí, Samantha… Regresa a tu vida de mentiras, regresa con él y complace a todos menos a ti, sigue engañándote… sigue siendo la cobarde que siempre has sido. Esto era todo lo que necesitaba para terminar contigo —finalizó, mirándola con más dolor que rabia.

Las palabras de Alessandro la hirieron profundamente, habían pasado muchos años desde que él la lastimara de esa manera y no podía creer que lo estuviera haciendo de nuevo, que ella le hubiera dado la libertad para afectarla así. Caminó tan rápido como sus piernas trémulas le permitieron, pero se detuvo con la esperanza que no la dejara irse, que la envolviera en sus brazos y le dijera la amaba, pues hasta el momento no lo había hecho, pero tal y como pasó antes, se quedó inmóvil.

Alessandro la vio salir, sintiendo que el corazón se le quebraba, la rabia y la decepción hizo que cerrara la puerta para no verla alejarse, apoyó la frente en la madera y cerró los ojos para evitar que las lágrimas lo rebasasen, pero al no poder hacerlo, descargó su furia en la puerta, dándole varios golpes. Ella se había ido una vez más de su lado y estaba seguro de que ya no habría segundas oportunidades para los dos.

∞∞∞

Samantha caminó por el pasillo con la cabeza en alto, sintiendo que eso también era lo que le hacía falta para terminar con él, para cerrar ese capítulo y continuar con su vida, ya nada le impediría ser feliz junto a Dylan. Eso se decía para armarse de valor y no derrumbarse en medio

del pasillo, pero al sentir que su lucha contra las lágrimas estaba perdida, corrió hasta el ascensor llevándose la mano a la boca para ahogar los sollozos que amenazaban con reventarle la garganta.

El elevador estaba solo; aun así, se obligó a controlarse, no podía seguir llorando ni dando espectáculos tan patéticos cada vez que Alessandro se le diese por trastocar su mundo, debía aprender a hacerse inmune a él y justo en ese momento tomó una decisión. No viajaría con el equipo de producción a Italia, no regresaría a ese lugar ni se expondría a la espantosa tortura de verlo revivir toda su historia con otra mujer, si aún existía algo entre los dos acababa de morir.

—Rose, me duele la cabeza voy a descansar… por favor, que nadie me moleste, ni siquiera mi madre si llama —dijo, sin mirarla.

Entró a su habitación y caminó hasta su armario para cambiarse de ropa, cuando se miró en el espejo comenzó a llorar de nuevo ante la imagen que daba y el recuerdo de los besos de Alessandro. Se dejó caer en el diván de cuero rojo que tenía allí, mientras su llanto correría con absoluta libertad, ya no le importaba si alguien la veía o escuchaba, estaba cansada de fingir, de controlarse, de todo.

Dos horas después, estaba en su cama, hecha un ovillo y seguía llorando, hacía años que no se sentí tan desolada, ni siquiera cuando meses después de su separación con Alessandro, sin recibir una señal de él, supo que su relación había terminado definitivamente. Comenzó a escribir Rendición para darle un final feliz a su historia, ese donde Franco llegaba al aeropuerto y le rogaba a Priscila que no lo dejara, porque no tendría la vida que deseaba sin ella, ese mismo donde ella renunció a todo por él, cuando se arriesgó a poner su vida en manos del hombre que le había enseñado a amar, que la había hecho inmensamente feliz.

—¡Maldita sea! Ya basta… deja de dolerme, Alessandro, déjame en paz, no puedo soportarlo más, no puedo —esbozó en medio de un llanto amargo que la hacía estremecer.

Hundió su rostro entre la almohada mientras sentía que el dolor en su pecho la estaba matando; se abrazó a sí misma con fuerza y cerró los ojos para intentar detener las lágrimas, pero solo salían más, era como si no tuvieran fin y en ese momento deseó jamás haber ido a Italia.

Minutos después, la fuente de sus lágrimas parecía haberse agotado, pues ya no lloraba, se sentía entumecida y vacía, le dolía demasiado afrontar que ese amor había acabado, lo deseó tantas veces, creyendo que eso la liberaría. Sin embargo, en lugar de alivio le había dejado desolación y amargura. Escuchó que abrían la puerta despacio, cerró los ojos y fingió que estaba dormida para que quien fuera se marchara y la dejara en paz.

—Samantha… amor, ¿te sientes mal?

La voz de Dylan la hizo tensarse hasta el punto de sentir que su cuerpo dolía, apretó más los ojos e intentó relajar su respiración para fingirse dormida. Sintió el peso de su novio cuando subió a la cama, y tuvo que luchar para no sollozar, no quería que estuviera allí en ese momento, los labios de Dylan le rozaron la mejilla hasta llegar a su sien y luego bajó para besar su hombro, ella no pudo controlar el temblor que la recorrió cuando reforzó sus barreras para evitar llorar.

—Yo estoy aquí y voy a cuidarte princesa —susurró en su oído, al sentir que se estremecía y repitió ese beso en el hombro.

Eso fue todo lo que ella pudo soportar, se rindió ante lo que sentía y dejó que el llanto se liberara, intentó hacerlo en silencio, pero un sollozo se atravesó en su garganta y la estaba ahogando; así que no le quedó más que soltarlo. Sintió que él se tensaba a su espalda, buscó la mano que estaba en su cintura y se la llevó a los labios para besarla.

Dylan se quedó en silencio ante ese gesto de ella, aunque tenía cientos de preguntas torturándolo, era mayor su miedo, quería saber el motivo que tenía a Samantha de esa manera,

pero al mismo tiempo le aterraban las respuestas que pudiera darle. La vio sufrir en silencio mientras sentía que a él también se le estaba derrumbando el mundo.

La abrazó con fuerza pegándola a su pecho, sintiéndola tan pequeña y frágil, eso lo llenó de dolor porque algo le decía que nada de lo que él hiciera lograría alejar su pena. Hundió el rostro en su cabello y la amarró en un abrazo, sintiéndose desesperado por quedarse así junto a la mujer que amaba, mientras se tragaba las lágrimas y su derrota para no hacerla sentir mal, sabía que Samantha se le estaba escapando y que sin importar lo que él hiciera ya no podría retenerla más a su lado.

Toda su vulnerabilidad quedó expuesta, no podía dejar de llorar ni de temblar mientras él intentaba envolverla con su cuerpo para consolarla; en ese momento, no pudo seguir cegándose ante su verdad, Dylan era un hombre maravilloso que estaba dispuesto hacer todo lo que estuviera a su alcance para hacerla feliz, pero ella no lograría entregarse como él merecía, todavía seguía enamorada de Alessandro y aunque se esforzase, no podía luchar contra su corazón.

Quedarse junto a Dylan sería engañarlo, se decía que deseaba cuidar de él, pero ella era la que más heridas podía causarle, debía tomar una decisión, aunque le doliera, porque sabía que le iba a doler demasiado dejar ir a quien podía ser su única opción de ser feliz.

—Dylan… —Ella se volvió lentamente para mirarlo.

Se sentía avergonzada al mostrarse tan afectada delante de él, aún su rostro mostraba la humedad de las lágrimas, sabía que su nariz y sus ojos debían estar enrojecidos e hinchados de tanto llorar. Bajó la mirada, pero después la elevó buscando la de Dylan, debía actuar en ese momento que había reunido el valor para hacerlo.

—No, no digas nada, Samantha —susurró, acariciándole las mejillas.

Se sentía temeroso de lo que pudiera decirle y más al ver la determinación en los hermosos ojos ámbar, que estaban opacos por las lágrimas derramadas. Le dolió mucho ver los estragos del dolor en ella, besó su frente y después fue secando con sus labios los rastros de la humedad que habían dejado el llanto, la escuchó suspirar con resignación y eso lo hirió en lo más profundo de su pecho.

—Tranquila, princesa… Mañana hablaremos, me quedaré contigo esta noche —dijo, dedicándole una sonrisa.

Sin embargo, su mirada no podía ocultar la tristeza que llevaba dentro del pecho en ese momento, por eso la desvió de la suya que lo estaba torturando. Se separó despacio de ella para quitarse la corbata, la dejó en la mesa de noche y se abrió dos botones de su camisa, también se recogió las mangas para estar más cómodo y se quitó los zapatos.

—En el armario hay varios pijamas tuyos, deberías cambiarte —sugirió Samantha más por costumbre que por algo práctico, intentó levantarse para buscar una.

—Estoy bien así, Sam, ven aquí y déjame dormirte —le pidió, tendiéndose de nuevo en la cama mientras se tocaba el pecho.

Samantha no dijo nada más y se tendió a su lado apoyando su cabeza en el pecho de Dylan; escuchaba el latido acompasado de su corazón mientras sentía los dedos de él deslizarse por su cabello y acariciar con suavidad su nuca. Comenzó a sentir los párpados pesados, los cerró sintiéndose en verdad agotada, poco a poco se dejó llevar al mundo de los sueños y no supo en qué momento terminó por quedarse dormida en los brazos de su novio.

Capítulo 27

Cuando despertó estaba sola, Dylan se había marchado sin despedirse, tampoco le dejó una nota como acostumbraba cuando ella quedaba dormida; en ese mismo instante supo que las cosas habían cambiado entre los dos. Aunque él no hubiese dicho nada por su actitud de la noche anterior, eso no significaba que su novio no hubiera sacado sus propias conclusiones al verla así. Aunque no tenía apetito, Rose, prácticamente la obligó a desayunar; después se internó en su estudio y revisaba su teléfono a la espera de algún mensaje de Dylan, le preocupaba su silencio.

—Buenos días, Sam… ¿Cómo amaneces? —Jaqueline entró con una gran sonrisa, pero en cuanto vio su semblante supo que algo andaba mal.

—Hola, no es necesario que me lo digas, sé que me veo fatal.

—¿Qué sucedió? Me voy un fin de semana y te encuentro de esta manera —esbozó preocupada, acercándose a ella.

—Alessandro está aquí —mencionó, sentándose.

—¡Aquí! ¿En tu apartamento? —inquirió, emocionada y sorprendida.

—¡No! Claro que no… En Chicago, se está quedando en la torre, en los pisos del hotel —contestó con desgano.

—¡Vaya! El hombre es impresionante… Seguirte hasta aquí, buscar tu dirección —dijo intentando no mostrarse muy entusiasmada.

—Aún no sé cómo se enteró, quizás por la gente de producción; el caso es que, se presentó el domingo con Diana, al parecer se encontraron por «casualidad» en el vestíbulo.

—Yo creo en las casualidades, pero definitivamente no en esta… ¿No habrá sido Di quien le dio tu dirección? —preguntó, mirándola.

—No, no creo… igual ya no importa, seguramente se habrá ido o lo hará pronto. —Bajó la mirada al sentir una punzada de dolor en su pecho.

—¿Qué te hizo? —la interrogó sin poder esconder su molestia.

—No tiene caso, Jackie… todo terminó; en realidad, acabó el día en que dejé La Toscana, debo hacerme a esa idea y continuar con mi vida… El problema es que no sé qué sucederá con Dylan después de lo de anoche —contestó intentando retener su llanto.

—¡Oh, por Dios! No me digas que se enteró que Franco Donatti, es en realidad Alessandro Bonanzierri y Rendición es el romance que ustedes tuvieron años atrás —lanzó todo en una avalancha.

—No, tengo que agradecer que eso no haya ocurrido… Es que fui tan estúpida, anoche estaba muy mal por la discusión que tuve con Alessandro, fui a buscarlo para exigirle que se alejará de Di porque la estaba usando para acercarse a mí… Intenté persuadirla, pero ya sabes cómo es mi hermana, estaba empeñada en salir con él.

—Querrás decir en acostarse con él —murmuró con molestia.

—Jackie, por favor… —la reprendió, aunque tenía razón.

—¿Qué? ¡Vamos, Sam! Ambas sabemos lo liberal que es Diana, rompió el récord de aventuras de tus dos hermanos juntos, tan solo tiene veintitrés años, pero te aseguro que ya ha tenido más sexo que yo en mis treinta —acotó, tomando asiento junto a ella.

—Bueno, pero el culpable de esta situación es Alessandro y no ella. Así que, fui a su

habitación para pedirle que terminara con este juego, pero… —se interrumpió, sonrojándose y desvió la mirada.

—¿Pero? —inquirió Jaqueline, buscando sus ojos.

—No sé cómo terminamos tumbados en el sofá, besándonos.

—¡Tuviste sexo con él! —no era una pregunta, sino una afirmación y no pudo ocultar la nota de felicidad en su voz.

—¡No! Y no veo por qué tenga que alegrarte que algo así suceda, se supone que eres amiga de Dylan —le reprochó, pues le dolió lo rápido que había llegado a esa conclusión, ella sabía que odiaba las traiciones.

—Lo sé, lo siento, es solo que… Samantha, aunque te empeñes en negarlo, sigues enamorada de Alessandro, y puede que yo aprecie mucho a Dylan, pero te quiero más a ti; por lo tanto, todo aquello que te haga feliz, también me hará feliz a mí —explicó, mirándola a los ojos.

—La felicidad que me puede dar Alessandro es demasiado efímera, Jackie… Ayer me quedó claro; y la verdad, ya estoy cansada.

—Sam… es lógico que tengan discusiones y terminen hiriéndose, ambos tienen demasiado guardado dentro de sus corazones, han pasado cuatro años llenándose de dudas y reproches, eso no es fácil de borrar en un par de semanas… Solo necesitan un poco de tiempo, pero más que nada hablar con la verdad —dijo, tomándole una mano.

—Se enfureció porque recibí una llamada de Dylan, me exigía que le contara todo y que terminara nuestra relación, como si fuese tan sencillo.

—Al parecer la paciencia y la sutileza no son cualidades del señor Bonanzierri… Tienes razón, él debe ser consciente que tu relación con Dylan no puede terminar así, no debería presionarte.

—Él sabe que odio que lo hagan, siempre se lo decía, pero es tan ¡Obstinado! Y ayer lo hizo tanto que terminé por quebrarme, ya no deseo verlo ni saber nada más, si toma la decisión de renunciar al papel será lo mejor; después de todo, sería un infierno enfrentarme a una situación como esa —mencionó y aunque ella en el fondo se sentía feliz de que él hubiese obtenido el papel, no sabía hasta dónde podría soportar tenerlo cerca de nuevo, ya que si se quedaba sería inevitable.

Continuaron con la conversación, Samantha puso a Jaqueline al tanto de todo lo que había acontecido, desde la llegada de Alessandro; su encuentro con Dylan, el almuerzo en casa de sus padres y la incómoda situación con Nicholas. Para empeorar su angustia, Jaqueline casi confirmó que él debía saber algo, su hermano siempre había sido muy intuitivo y todo ese interrogatorio fue con un motivo en específico.

Así llegó hasta la discusión del día anterior y apenas comenzó a contarle todo lo que dijo Alessandro, las emociones la desbordaron una vez más; no lograba entender, por qué la trató así si se suponía que deseaba recuperarla. Terminó siendo consolada por su amiga una vez más, quien le aseguró que Alessandro solo hablaba desde la rabia, el dolor y la frustración, pero que nada de lo que había dicho fue con la intención de herirla, sino en su desesperación por recuperarla.

Luego de eso, la animó a responder los miles de mensajes de sus seguidores; aunque renuente en un principio, porque la mayoría estaban relacionados con Alessandro, terminó por hacerlo. La mayoría confiaban en que ella estuviese presente en las grabaciones, eso la preocupaba, porque había decido que no iría, todavía no se lo había dicho a Jaqueline, pues sería la primera en poner el grito al cielo, pero no daría marcha atrás y le quedaban cinco días para notificarle a la producción.

∞∞∞

Dylan estaba en el sillón de su oficina, mientras giraba en sus manos el trago de whisky que se había servido hacía rato, aunque no era muy dado a la bebida. Solo tenía el bar por sugerencia de su padre, que deseaba heredarle prácticamente la vida, para que la amoldara a la suya.

—Adelante —mencionó al escuchar el suave golpe en la puerta.

Una hermosa rubia, alta y delgada, de ojos topacio entró a la oficina con el andar seguro de quien conoce ese lugar, se paró frente a él y lo miró con desaprobación.

—¿Por qué no le respondes las llamadas a Samantha? —demandó, abriendo su chaqueta y sentándose en la silla frente al escritorio.

—¿Quién te dijo eso? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Se lo acabo de escuchar a tu asistente —respondió, quitándole el vaso de whisky y le dio un sorbo, disfrutando del buen licor.

—Eso no es de tu incumbencia, Julianne —dijo, quitándole el vaso.

—Tu padre tiene un gusto excelente para los whiskies… Y tienes razón; no es mi asunto, solo lo escuché por casualidad. Al parecer hay problemas en el paraíso, digo, para que te escondas de «señorita perfección» —agregó. mirándolo con diversión.

—Deja de referirte a mi novia de esa manera, ella tiene su nombre.

—¡Claro! La famosa Samantha Steinberg, imposible olvidarlo cuando todo el mundo no hace más que hablar de ella y su libro; que, para agravar mi úlcera, llevarán al cine. —Elevó una ceja al ver el gesto de desagrado en el rostro de Dylan—. Suponía que estarías feliz, como no haces nada más que decirle a todos lo maravillosa y talentosa que es tu novia.

—¿Acaso no tienes nada que hacer en tu oficina? —preguntó, para no echarla directamente. Su colega era igual de excelente para los negocios, como para ser una verdadera molestia.

—No, ya quedé libre, pues resulta que yo sí me la pasé en reuniones todo el día, mientras tú estabas aquí lamentándote por… —Se sobresaltó al escuchar el golpe de Dylan sobre la mesa.

—¡Ya basta! No voy a permitir que te sigas metiendo en mi vida ni que sigas criticando a mi novia, lo que suceda entre Samantha y yo es asunto nuestro, así que sal de aquí —le exigió, furioso.

—¡Perfecto! Tampoco es que seas tan importante como para dedicarte mi tiempo, tengo mejores cosas en las que ocuparme que verte derrotado una vez más —dijo, poniéndose de pie, se irguió mostrando toda su altura y se alejó, pero antes de salir, se volvió para mirarlo, manteniendo la barra de acero en su mano—. ¿Sabes cuál es tu problema Dylan? —preguntó, mirándolo con rabia.

Él se mantuvo en silencio pues no le daría el gusto de caer en sus provocaciones, solo la miró con seriedad esperando que entendiera que no le importaba su opinión y la quería fuera de ese lugar.

—Que idealizas a las mujeres… Te empeñas en buscar figuras que puedan deslumbrarte y mantengan tu atención, buscas perfección, pero en el momento que ellas fallan, pierdes todo el interés y terminas aburriéndote, es por eso por lo que buscas estrellas. Actrices, cantantes, modelos… Creí que habías superado esa etapa con Olivia, pero entonces llegó Samantha Steinberg y allí estabas tú de nuevo, maravillado ante la inteligencia y el carisma de la escritora… Te confieso que pensé que tal vez con ella encontrarías lo que estabas buscando, pero viéndote ahora, me doy cuenta de que vas rumbo al mismo desfiladero —mencionó dejando libre esa verdad que se había guardado por mucho tiempo.

—Tú no sabes nada de mi vida, Julianne —esbozó con rabia, más hacia él mismo que a la mujer que le estaba diciendo esas dolorosas verdades, que se negaba a reconocer incluso a él mismo.

—Te equivocas, sé más de lo que puedas pensar —dijo sin poder ocultar su tristeza al ver lo ciego que estaba y salió.

Él se quedó mirando la puerta ébano sin saber cómo interpretar esas palabras de Julianne, era una mujer sarcástica, así que no sabía cuándo hablaba en serio y cuándo no. Además, las cosas entre ellos nunca habían pasado más allá de las ocasiones en que tuvieron sexo, primero llevado por sus deseos de adolescente y después por los despechos que sufrió.

∞∞∞

Samantha recorría el trayecto hacia casa de sus padres, no pudo seguir postergando la reunión con su madre; después de que la llamara dos veces el día anterior. Había accionado la función convertible de su Cadillac Ciel, aprovechando ese hermoso día de primavera; además, que le venía bien el aire fresco y sol, pues últimamente lucía como si estuviera enferma.

Entró a la I-94 donde el límite de velocidad le permitía ir más rápido, apretó un botón en el volante para accionar el reproductor, la pantalla que mostraba las listas de reproducción se encendió y de inmediato buscó algo animado. No quería toparse con ninguna canción que terminara haciéndola llorar una vez más, ya no tenía más lágrimas que derramar, pues entre la actitud distante de Dylan y lo que había sucedido con Alessandro, estaba a punto de secarse.

—¡Por Dios tengo que actualizar esto! —dijo buscando la adecuada, pero miraba el camino cada cinco segundos, si llegaba a verla un inspector de tránsito le podía ir muy mal—. Bueno esta es vieja, pero me gusta —escogió *Torn* de *Natalie Imbruglia* y elevó todo el volumen.

La música la envolvió desde sus primeros acordes y ella comenzó a seguirla en voz alta, lo hacía con pasión, sin darse cuenta de que se la estaba dedicando a Alessandro, pues era lo único que llegaba a su mente.

—***Illusion never changed… into something real, I'm wide awake and I can see the perfect sky is torn; you're a little late I'm already torn… Torn*** —cantó, acompañando a la intérprete.

Quince minutos después, estacionaba frente a la casa de sus padres, se sentía un poco tensa por el tema que seguramente tocaría su madre; hasta pensó en decirle que había tomado la decisión de no viajar a Italia, tal vez así se ahorraría el sermón y podía pasar un rato agradable.

—Hola, mamá, ¿cómo estás? —preguntó, entrado al estudio.

—Bien… Pasa y cierra la puerta, por favor —le ordenó con seriedad.

Samantha se sintió desconcertada por ese trato tan distante, era cierto que su madre no era muy afectuosa, pero se mostró tan fría que casi le pareció un témpano. Caminó presintiendo que algo no andaba bien, su corazón se aceleró y tomó asiento en el sillón frente al escritorio.

—Voy a preguntarte algo y deseo que seas absolutamente sincera conmigo, Samantha —mencionó, mirándola a los ojos.

Su hija tenía esa mirada de miedo que tantas veces había visto, pero eso no la hizo suavizar su semblante, debía ser dura pues era mucho lo que estaba en juego si sus sospechas eran ciertas, abrió la primera gaveta y sacó la última novela de Samantha, lanzándola sobre el escritorio.

—¿Dime cuánto de ficción hay en esta historia? —preguntó sin rodeos, clavando su mirada en ella para impedirle que le mintiera.

Samantha sintió que todo a su alrededor desaparecía, dejándola en un lugar cerrado y oscuro, nunca había tenido un ataque de claustrofobia, pero suponía que debía ser muy parecido a eso, un escalofrío la recorrió entera mientras miraba la portada de Rendición a centímetros de ella.

—Samantha, estoy esperando una respuesta —exigió Susan.

Ella no encontraba su voz, solo podía mirar la portada mientras cientos de excusas chocaban dentro de su cabeza, parpadeó y se obligó a concentrarse. Inhaló despacio, levantando el rostro para ver a su madre a los ojos, pero no pudo mantenerle la mirada.

—No sé a lo que te refieres… Todo es ficción —su salió voz trémula y se reprochó por ello —. Lo único que es real son las descripciones de los paisajes y algunas costumbres de Italia, pero nada más.

—¿Qué me dices de Franco Donatti? ¿Él también es ficción? —preguntó con semblante impasible, el mismo que usaba para no delatarse frente a las personas que eran culpables.

—Mamá… no entiendo a dónde quieres llegar con todo esto, pero me parece absurdo el tema. Yo escribo ficción, la historia allí es inventada al igual que todos los personajes —contestó, tensándose aún más.

—Estás mintiéndome, Samantha… Soy tu madre y puedo verlo tan claramente; la verdad, es que nunca pensé que algo así pudiera suceder, no te formé como lo hice ni invertí tanto esfuerzo en ti para esto —dijo con desdén y tomó el libro para ubicar una escena.

—Déjalo… Por favor —pidió, sintiendo que las lágrimas subían de golpe a su garganta, y bajó la mirada llena de vergüenza.

—Yo sabía que ese viaje era mala idea, te lo dije tantas veces, te advertí que no estabas preparada para el mundo y no me equivoqué, eras apenas una chiquilla de veintidós años —pronunció con rabia.

—Veintitrés, tenía veintitrés… Y si no estaba preparada para el mundo fue porque nunca me dejaste hacerlo, siempre me advertías sobre lo peligroso que era algo, pero nunca me dijiste cómo defenderme de ello… porque nunca confiaste en mí —mencionó con rencor.

No sabía de dónde estaba sacando las fuerzas para hablarle así a su madre, quizá se la daba haberse callado por tanto tiempo, que estuviera tratando de mancillar no solo su trabajo como siempre, sino también su historia con Alessandro, esa que en el libro había sido perfecta, o que no soportaba una presión más y no lo haría por parte de nadie.

—No me hables así, Samantha… Me he pasado la vida intentando protegértelos, no hice más que quedarme en esta casa y dedicarme a ustedes por completo, no aceptaré tus reproches de niña tonta —dijo, poniéndose de pie y la miró con seriedad.

—Ya deja de decirme la cantidad de sacrificios que tuviste que hacer por nosotros, has pasado años repitiendo lo mismo como si fuésemos los culpables, tú tomaste tus propias decisiones… Así como también tomé las mías, hice ese viaje y viví todo lo que tenía que vivir, ya fue y es pasado —mencionó mientras temblaba de rabia y miedo a la vez.

—Eres una malagradecida igual que Diana, que vergüenza… mis dos hijas comportándose como unas libertinas ¿Qué dirán las personas de mí? ¿Cuál ha sido el ejemplo que les he dado? —inquirió, mirándola con resentimiento y se movió para quedar delante de ella, tomó el libro de la mesa con un gesto de desagrado—. Esto es lo peor que has podido hacer en tu vida, y en lugar de avergonzarte de ello, tienes la desfachatez de publicarlo para que todo el mundo se entere de tu comportamiento. ¿Tienes idea de lo que sucedería si la verdad sale a luz? ¿La deshonra que le ocasionarías a la familia? —mencionó con dureza.

—Mamá… para por favor —rogó, sintiendo que esas palabras la habían herido profundamente, pues era lo que más había temido y en ese momento se estaba haciendo realidad.

—Mírame, Samantha —le exigió, alzándole la barbilla—. No volverás a ver a ese hombre nunca más, no me importa que esté en la película o no, renuncias a todo ello en este preciso instante; hablas con quien tengas que hacerlo, pero te quiero fuera de ese proyecto, te quedarás aquí y tomarás de una vez la decisión de casarte con Dylan —demandó y vio que Samantha negaba con la cabeza—. ¡Estás actuando como una estúpida! —le gritó sin poder contenerse.

Samantha se sobresaltó y dejó correr las lágrimas que colmaban sus ojos, mientras el temblor en su cuerpo se hizo más intenso, su madre jamás le había gritado, nunca lo había hecho con nadie.

—¿Acaso crees que él te ama? No vino hasta aquí por ti, vino buscando fama porque es un completo don nadie, es un gigoló que jugó contigo una vez y lo volverá a hacer si se lo permites —dijo furiosa.

—No sabes nada… ¡No lo conoces! —lo defendió con fiereza.

Las palabras de su madre la llevaron a recordar uno de los motivos por los que Alessandro no aceptó venir con ella a América. Ahora que escuchaba todo ese desprecio, sabía que él tenía razón, le dolió haber sido tan ciega y tratarlo como lo hizo aquella vez.

—No necesito enredarme con un tipo de su calaña para saber de lo que es capaz. Nada más tienes que verte, estás irreconocible, eres tan cínica, ¿cómo se te ocurre traerlo a esta casa? Hacer que compartiéramos la mesa con él y con Dylan, por Dios… ¿Hasta dónde has llegado por un poco de sexo? Porque de eso es de lo que se trata… ¿O acaso crees que esto es amor? —preguntó, mostrándole el libro y en un arranque de ira comenzó a arrancarle hojas—. ¡Esto no es más que basura!

—¡No! Mamá, no lo hagas… ¡No lo hagas! —rogó, llorando y se puso de rodillas para recoger las hojas esparcidas en la alfombra.

—Levántate de allí de inmediato y mírame a la cara… vas a hacer lo que te diga o de lo contrario… —la amenazó, tomándola del brazo.

—¡¿Qué?! —gritó, soltándose del agarre con brusquedad y terminó de recoger las páginas rotas—. ¿Le vas a decir la verdad a todos? ¡Pues hazlo! Ya no me importa… Estoy cansada de estar todo el tiempo fingiendo ser quien no soy para complacerlos, estoy harta de dar lo mejor de mí y que ni a papá ni a ti les importe. —Le arrancó el libro de las manos.

—Estás tan perdida, no tienes ni idea de lo que dices. Nosotros te hemos dado todo, aún a estas alturas estoy tratando de hacerte entrar en razón ¿y es así como me pagas? ¿Gritándome? —esbozó con un nudo en la garganta sin poder creer que su hija la tratara así.

—No, madre, no estoy perdida; por el contrario, nunca he estado más en mi centro que en este momento. Esta soy yo… la que tuve que esconder porque no la aprobabas. ¿Recuerdas cómo te pusiste cuando saqué mi primer libro y te dije que estudiaría literatura? ¿O cuando terminé con Francis y decidí irme de viaje? ¿Y qué me dices de aquella vez cuando te dije que me iría de la casa y apoyaría a Diana? Porque esa también era yo… Siempre que intenté mostrarte quien era realmente, me llenabas de reproches y de humillaciones, nunca creíste en mí… ni siquiera lees mi trabajo, solo tomaste este para comprobar lo que deseabas, nada más —soltó toda su rabia y su dolor.

—Qué bueno que hayas mencionado todo eso, porque cada una de esas ocasiones te han llevado a un error… Tu profesión no salva vidas, no es útil ni beneficia a nadie, es de tontos. Ese viaje te llevó a involucrarte con un hombre que se aprovechó de ti y ha regresado para perjudicarte… Y lo de apoyar a Diana; mejor ni me hables de eso, mira cómo está tu hermana por esa brillante idea. —La miró con resentimiento.

—Mi profesión me hace feliz, liberarme del estúpido de Francis Donovan y el compromiso

que deseabas imponerme, me hizo feliz… Haber conocido a Alessandro y vivir ese tiempo en La Toscana, es lo mejor que me ha pasado en la vida y me hizo inmensamente feliz. Apoyar a Diana fue lo más generoso que pude hacer por ella, me alegra saber que también ayudé para que fuera quien es hoy en día y no me avergüenzo de mi hermana —pronunció, manteniéndole la mirada.

—Escúchame bien, niña tonta y caprichosa… No permitiré que arruines tu vida lanzándote a los brazos de ese hombre. Primero me encargo de destruirlo; sabes que hablo en serio, ya una vez te salvé de aquel vago canadiense, así que haré todo lo que sea necesario para que te cases con Dylan y tengas una familia decente junto a él.

—Ya no soy una chica a la que puedas someter, soy una mujer y tomaré mis propias decisiones sin darle cuenta de ellas a nadie —dijo con determinación y tomó su bolso—. Y ni se te ocurra hacer algo para perjudicar a Alessandro, porque entonces sí te daré motivos para escandalizarte. Le contaré a todo el mundo que la historia en el libro es la nuestra… y me fugaré con él —mencionó, sorprendiéndose a sí misma, ante esa actitud llena de fortaleza y confianza que mostraba.

—Samantha no he terminado de hablar contigo, regresa aquí y siéntate —le ordenó, una vez que salió del estado de perplejidad donde la dejaron las palabras y la actitud de su hija.

—Yo sí terminé, tengo muchas cosas que hacer y no seguiré perdiendo el tiempo aquí —contestó, abriendo la puerta y se volvió a mirarla—. Y algo más, no me casaré con Dylan, porque no lo amo, no lo arrastraré a una relación tan gris y fría como la que llevas tú con mi padre, él se merece algo mejor y yo también… Adiós, madre —mencionó y cerró la puerta con un fuerte golpe tras ella.

Todo su cuerpo temblaba y apenas podía mantenerse en pie ante la subida de adrenalina que sentía recorriéndola, mientras apretaba el libro contra su pecho y la rabia que sentía le impedía llorar, aunque su garganta cada vez se cerraba más y su corazón parecía una locomotora.

—Samantha —la llamó Joseph, en cuanto la vio salir.

Vio a su hija entrar al estudio de su mujer y quiso pasar a saludarla, pero antes de abrir la puerta, escuchó una pregunta que le hiciera Susan y se quedó congelado. Había notado que llevaba dos días leyendo el último libro de Samantha con especial interés; era la primera vez que la veía hacerlo y pensó que quizás había descubierto el extraordinario talento que tenía su hija. Sin embargo, ahora comprendía que su objetivo había sino uno totalmente distinto y por demás despreciable, quiso entrar para acabar con el juicio que Susan le estaba haciendo a Samantha, pero cuando la escuchó reaccionar y defenderse, prefirió no hacerlo para dejar que ella mostrara su temple.

—¿Estás bien? —preguntó, acercándose y mirándola a los ojos.

—Sí, estoy bien padre… pero necesito irme, lo veré después.

—¿Ella hizo eso? —inquirió, mirando el libro.

—Ya no importa —susurró, bajando la mirada al monto de hojas.

Dio la vuelta dándole la espalda a su padre para ocultar su gesto de dolor, el coronel veía eso como una muestra de debilidad que no podía concebir en ninguno de sus hijos; a veces se preguntaba, si también esperaría que no llorasen el día que él muriera.

—Samantha… Yo quise… —dijo al verla tan triste.

Ella se volvió dejando libre sus lágrimas, así como no le importó enfrentarse a su madre, tampoco le importaba demostrar sus sentimientos delante de su padre, estaba destrozada y perdida como tantas otras veces se sintió, pero él una vez más se mantenía impasible.

—¿Por qué nunca me apoyaste? ¿Por qué dejaste que ella siempre impusiera su ley? No te imaginas cuánto me hubiera ayudado escucharte decir que estabas orgulloso de mí, al menos una

vez, o cuando mucho que me dijeras «Samantha, haz lo que creas correcto y que te haga feliz porque yo estaré aquí para lo que sea que necesites» —esbozó con tanto dolor que su voz sonaba ronca y las lágrimas bajaban copiosas por sus mejillas, dejó libre un sollozo y negó con la cabeza.

—Hija… yo… —intentó justificarse, pero sabía que no podía hacerlo, ella tenía el derecho de reprocharle su actitud durante años.

—No se preocupe, coronel, no tiene caso ya estoy acostumbrada —mencionó, secándose las mejillas con brusquedad—. Adiós, padre.

Se despidió caminando con la frente en alto y aunque sentía su corazón destrozado, una parte de ella estaba feliz por haberse liberado finalmente; sentía que ese peso que había llevado sobre sus espaldas la había abandonado para siempre. Se volvió una vez más para mirar la fachada de la mansión y ya no se mostraba intimidante, pero tampoco le causaba nostalgia, sencillamente no sentía nada; subió al auto, dejó el libro y su bolso en el asiento del copiloto, encendió el motor y salió de allí dejando muchos de sus miedos atrás.

Joseph la vio marcharse y de inmediato un intenso dolor acompañado de una sensación de vacío se instaló en su pecho, siempre se había sentido orgulloso por su manera de proceder en la vida, con una carrera impecable y una familia que cualquier hombre podía desear. Había vivido engañado; su hija acababa de lanzárselo en cara, dejándolo sin una estrategia para defenderse.

Él no era muy amante de la literatura, pero había leído por ella, porque esa era su forma de apoyarla, aunque no se lo dijera de forma abierta o la halagara como hacían los demás; el caso es que sentía que carecía de palabras para mostrarse afectuoso con sus hijos, a él le habían enseñado normas y reglas, no sentimentalismos.

Capítulo 28

Samantha ya no sentía miedo, había sido reemplazado por una gran sensación de seguridad, pero había otra que no lograba descifrar y que crecía dentro de su pecho; vio un desvío hacia uno de los hermosos parques con miradores del lago Michigan, y sintió la necesidad de visitarlo. Su mirada se topó con varias personas reunidas en grupos, madres llevando a sus hijos en coches y niños disfrutando de los juegos. Recordó que nunca había tenido un día así, su madre había mandado a construir un parque en su casa, porque según ella era más seguro.

De repente se sintió mal por algunas de las cosas que le había dicho, pero ya no pudo seguir callando, lo había hecho por demasiado tiempo, acumulando tantos reproches que cuando explotó, lo hizo con una fuerza que ella misma desconocía que poseía. Tomó el libro e intentó ordenarlo de nuevo, algunas hojas estaban rotas en varios pedazos así que le llevaría un tiempo repararlo, su mirada se paseó por las líneas escritas.

«¿Dónde está la niña mimada que es incapaz de vivir por su cuenta? Siendo sincero, no la veo por ningún lado ¿Quieres saber lo que yo veo? Veo a una mujer independiente, valiente, hermosa y decidida»

Sus ojos se llenaron de lágrimas de inmediato y sintió en el pecho un gran dolor, la nostalgia la invadió estremeciendo todos sus cimientos, terminó por derrumbarse sobre el volante y comenzar a llorar con fuerza, mientras imágenes Alessandro y ella le llegaban en oleadas. Todo fue mucho peor, cuando en el reproductor inició una canción que no podía más que volver su himno en ese momento.

I've got a right to be wrong I've been held down too long.
I've got to break free so I can finally breathe I've got a right to be wrong got to sing my own song I might be singing out of key.
But it sure feels good to me got a right to be wrong.
So just leave me alone.

Samantha se llevó las manos al rostro para cubrirlo y ahogar sus sollozos, mientras todo su cuerpo temblaba, sentía que algo en su interior se estaba quebrando, el mundo se le había venido encima en los últimos días y no sabía cómo seguir soportando todo eso. Le había dicho a su madre que estaba en su centro, pero era mentira, nunca se había sentido tan perdida como lo estaba en ese momento, no sabía cómo lidiar con lo que deseaba su corazón y lo que le exigía la razón. La música seguía sonando y la voz de Joss Stone que cantaba *Right to be wrong*, se confundía con su llanto desgarrador.

∞∞∞∞

La mirada de Alessandro se perdía ante la inmensidad del lago Míchigan y los distintos tonos de azules que iban desde el marino hasta el cristalino, la suave brisa movía sus cabellos y traía

hasta él las palabras de Samantha cuando la llevó a Varese; le había dicho que se sentía como estar cerca de su casa, ahora comprendía por qué. Luego de su discusión había asumido que todo estaba perdido; que lo mejor, era regresar a Italia y olvidarse de todo, estaba tan dolido que le importaba muy poco si lo demandaban, si debía entregar la mitad de su dinero en compensación por el incumplimiento del contrato, si con eso lograba olvidarse de Samantha, lo haría con gusto.

Sin embargo, luego de hablar con su madre, ella lo hizo desistir de la idea y le pidió que le diera un poco de tiempo, que comprendiera que todo lo que estaba viviendo era demasiado para asimilar tan pronto. Pensó que lo estaba haciendo, que Samantha comprendería su actitud; después de todo, lo conocía y sabía que no era de las personas que se quedaban de brazos cruzados, quizás la presionó con el tema de Howard, pero pudo controlarse, odiaba imaginar que ese hombre tenía derechos sobre ella, que podía besar y acariciarla a su antojo.

Samantha era suya y no le importaban los años que habían pasado separados, ella era suya porque así lo sentía cada vez que la tenía cerca, cada vez que respondía a sus besos y a sus caricias; podía jurar que no lo había olvidado, aunque le dijera que todo estaba acabado, él sabía que no era verdad. De pronto su corazón se aceleró, provocando esa sensación que viene cuando se tiene un presentimiento, movió la cabeza para mirar por encima del hombro a las personas en el parque, todo le resultó igual.

—Será mejor que regrese —se dijo y comenzó a caminar.

Cuando entró a la vereda junto al estacionamiento, uno de los autos le llamó la atención, resaltaba entre todas las SUV familiares; no creía que fuese de algunas de las personas en ese lugar. Era un hermoso Cadillac Ciel, modelo del año, su instinto amante de los autos, lo llevó a enfocar mejor la mirada en éste, pero su sorpresa fue mayúscula cuando vio a la mujer dentro de él.

—Es Samantha —susurró para sí mismo y se digirió hasta allí.

Llegó comprobando que su mente no le había jugado una mala pasada, era ella y estaba llorando; su corazón se encogió al verla tan devastada, y tocó la ventanilla con los nudillos. La vio limpiarse las mejillas con ambas manos y acomodarse un poco el cabello, luego se volvió para mirarlo, pudo ver que lo reconoció, pero al parecer estaba debatiéndose entre si él era real o un producto de su imaginación.

—Abre la puerta, Samantha —pronunció, haciéndole señas.

—No… necesito estar sola, por favor vete —pidió, pues no soportaría una discusión más ese día y siempre terminaban peleándose.

—No me voy a ir hasta que sepa lo que te sucedió para que estés de este modo, así que abre la puerta —mencionó, mirándola a los ojos.

—Estoy bien… no es nada —dijo, encendiendo el motor, no podía contarle todo, no sabía cómo reaccionaría él ante eso.

—Samantha, no seas terca y abre ya —ordenó, moviendo la manija.

—Aléjate, Alessandro, por favor o puedo lastimarte. —Desvió la mirada y movió la palanca de cambios.

—Perfecto. —Se alejó, pero no para permitirle salir sino para apostarse detrás del auto móvil —. No me voy a quitar, así que es tu decisión, o me abres la puerta o nos quedamos aquí todo el día… Y si quieres que me mueva apagarás el motor, no quiero sorpresas.

Se cruzó de brazos y elevó su ceja derecha mientras la miraba con seriedad, la vio negar con la cabeza y llevarse la mano al rostro, después apagó el motor y se movió para abrir la puerta del copiloto. Él caminó con rapidez antes que Samantha fuera a cambiar de idea, subió al auto y la miró, ella solo veía a las personas en el parque.

—Te advierto que no estoy dispuesta a recibir una sola presión más, ni un reproche o un juicio, ya he tenido suficiente por hoy… En realidad, he tenido suficiente en los últimos días —le advirtió, sin mirarlo.

—¿Puedo preguntar al menos qué sucedió para que estés así?

—Mi madre… se enteró de lo que tuvimos, no sé qué la hizo sospechar, pero leyó el libro y me pidió que fuera a hablar con ella, no me puso sobre aviso en ningún momento. —Su voz sonaba ronca por haber estado llorando, aunque deseó mostrarse como si eso no le afectara, sintió una vez más las lágrimas acumularse en sus ojos.

No se le pasó por la cabeza que ese fuera el motivo por el que ella estaba así, pero evidentemente la discusión con su madre tuvo que ser muy fuerte. Le dolió saber que él no estuvo presente para defenderla, aunque nadie tenía derecho a opinar y mucho menos a juzgarlos, si tenían que afrontar cualquier situación debían juntos.

—¿Qué te dijo? —preguntó y su tono evidenció la molestia.

—Ya qué caso tiene, Alessandro… no importa —respondió y seguía sin mirarlo, sabía que si lo hacía terminaría llorando.

—¿Ella hizo eso? —Miró el libro destrozado en las piernas de Samantha y un fuego se extendió por su pecho, desatando su furia.

—Sí. —La palabra salió acompañada de un sollozo.

—Samantha, mírame —le pidió, tomándola de la barbilla y cuando vio sus ojos llorosos, el dolor se unió a la rabia dentro de él.

—Me dijo que era lo peor que pude haber hecho… que no debí publicarlo; por el contrario, que tenía que estar avergonzada —expresó, dejaron correr las lágrimas, mientras intentaba controlar los sollozos.

Alessandro sintió que la furia le quemaba el estómago, tuvo que apretar con fuerza la mandíbula para mantener la boca cerrada y no mandar al Diablo a la madre de Samantha; se acercó a su escritora y llevó las manos hasta las suaves mejillas para retirar las lágrimas.

—No llores por favor, preciosa, no me gusta verte así —le dijo con la voz ronca, mientras la miraba a los ojos—. No tienes nada de lo que avergonzarte, Samantha, no cometiste ningún pecado ni has perjudicado a nadie con tu actitud… Y ella puede ser tu madre, pero no tiene ningún derecho a hablarte de esa manera ni mucho menos a hacer esto —mencionó con rabia, tomando el libro y le dolió verlo así.

—Me dijo cosas tan feas… Que era una cínica por haberte llevado a la casa y hacer que compartieras la mesa con ellos y con Dylan, dijo que estaba cegada, que hacía todo eso solo por un poco de… —calló porque le avergonzaba repetir sus palabras—. Discutimos muy fuerte, le dije tantas cosas que me tenía guardadas, se supone que debería sentirme feliz y liberada… pero se trata de mi madre. —No podía dejar de llorar.

—Lo sé, preciosa… lo sé, ya no llores más. Te juro que hubiera deseado enfrentar todo eso contigo, hacerle ver lo equivocada que está con respecto a ti y a ese tiempo que pasamos juntos.

—No, todo hubiera sido peor… Ella podía llegar a ser dura y fría, pero hoy rebasó todos los límites —esbozó con decepción.

—Me bastó verla una vez para saberlo y no puedo explicarme cómo has dejado que te trate de esa manera durante tanto tiempo. Pero eso va a cambiar, si me das la oportunidad de estar a tu lado, prometo que no volverás a verte expuesta a una situación así, cuidaré de ti y haré que te dé el valor que mereces; lo digo en serio, si quieres vamos hasta tu casa ahora, hablaré con ella y con tu padre, no les tengo miedo, Samantha.

—Alessandro, por favor… eso solo complicaría las cosas aún más, ella amenazó con

destruirte si no hacía lo que me pedía… —Él la detuvo posando dos dedos sobre sus labios.

—Ella no puede hacerme nada, Samantha… Sé cómo defenderme.

—Pero… se lo hizo a Charles, le hizo la vida imposible por mi culpa y casi hace que pierda su beca —señaló, mirándolo con miedo.

—Lo único que tu madre puede hacer para dañarme es alejarte de mí, nada me dolería más que eso, Samantha —expresó con su mirada anclada a la de ella, le dedicó una sonrisa y le acarició la mejilla—. Ella pudo dañar a Charles porque tenía poder sobre él, pero no lo tiene sobre nosotros, preciosa —dijo para hacerla sentir confiada.

—Tienes razón, no la dejaré que haga nada… Si se le ocurre intentar perjudicarte con la gente de la productora para que te saquen del proyecto, lo lamentará. Le advertí que le diría a todo el mundo la verdad y que me fugaría contigo… No dejaré que vuelva a controlar mi vida y mucho menos que te haga daño —dijo con determinación, sin predecir lo que sus palabras provocaban en él.

—Aquí está, tú eres la Samantha que conocí en La Toscana, gracias por ser tan valiente, preciosa —le acunó el rostro y sonrió emocionado.

Ella no pudo evitar sonrojarse ante ese cumplido y su mirada se perdió la de Alessandro, se quedó en silencio y no supo si él se acercó primero o si lo hizo ella. Tal vez su mirada se lo estaba pidiendo y cuando lo sintió rozar sus labios fue maravilloso, cerró los ojos, aferrándose a los fuertes brazos y abrió la boca para hacer el beso más profundo.

Alessandro aceptó gustoso la invitación y su lengua se deslizó en la boca de Samantha, deleitándose en sus formas, su humedad y calidez, mientras le acariciaba las mejillas con los pulgares. Bebiéndose todos los gemidos que le entregaba en ese beso, que ponía a latir su corazón con fuerza y a cantar la sangre que corría por sus venas, porque era uno compartido y no robado, era uno que ella le estaba ofreciendo.

—¿Qué haremos? —preguntó Samantha, cuando se separaron, tenía los ojos cerrados y la frente apoyada en sus labios, sintiéndose flotar.

—Lo que nos haga felices —contestó y se movió para buscar sus ojos, necesitaba verlos—. Haremos solo lo que deseemos, nada más.

Ella sabía que no era tan sencillo, pero no ganaría nada con decirlo, solo arruinar ese momento y era lo último que quería, pues se sentía muy bien estar así con Alessandro. La hacía sentir segura y confiada, llena de esperanzas; en el fondo, era como si supiera que sin importar lo que sobreviniera, siempre existiría una salida. Le dedicó una dulce sonrisa y después apoyó la cabeza en su hombro, disfrutando de la caricia que le daba en el cuello, y del suave beso que dejó en su cabello, suspiró pensando en todos los obstáculos que tenían delante de ellos. Samantha notó que un grupo de mujeres miraban con interés hacia su auto; una alerta se activó en su cabeza y se movió para separarse, Alessandro la miró sorprendido y ella le indicó con la mirada que viera.

—Tenemos que salir de aquí —le hizo saber, encendiendo el auto.

—¿Quieres que me esconda en el portaequipaje? —preguntó en tono serio, pero en sus ojos brillaba la picardía.

—¡Tonto! —exclamó y comenzó a reír. Quiso darle un beso, pero las mujeres cada vez estaban más cerca y podían reconocerlos.

Puso el auto en reversa y con destreza salió del estacionamiento, tomó la vía de regreso a Chicago; por alguna razón, le parecía que su corazón latía a mayor velocidad de la que llevaba el auto, mientras sentía la mirada de Alessandro sobre ella, buscó mostrarse de manera casual y activó el reproductor, la música llenaría perfectamente el silencio.

—Esta lista de reproducción es muy vieja —se excusó, cuando comenzó a sonar una canción.

—No hay problema, me gusta esa canción, Samantha —le hizo saber con una sonrisa, le encantaba saber que estaba nerviosa.

Ella le respondió con el mismo gesto y puso su mirada en el camino, intentando concentrarse en este para organizar sus ideas, no sabía lo que sucedería en cuanto llegaran a su destino y la tensión estaba matándola, suspiró para aliviar un poco la presión en su pecho.

Alessandro comenzó a seguir la canción en su cabeza y algo dentro de él pujaba para que lo hiciera en voz alta, miró el perfil de Samantha, sintiéndose tan profundamente enamorado de la mujer a su lado, por la que estaría dispuesto a todo si ella lo aceptaba, miró el libro destrozado en sus manos y eso lo llenó de valentía.

—I'm not a perfect person; I never meant to do those things to you and so… I have to say before, I go, that I just want you to know.

Ella pudo distinguir de inmediato la voz de Alessandro por encima de la del vocalista de *Hoobastank*, su corazón se estremeció ante esas palabras y lo que significaban para ella, viniendo de él.

—I've found a reason for me, to change who… I used to be a reason to start over new and the reason is you. —Su voz sonó ronca por la carga de sentimientos que estaba impresa en cada palabra.

Samantha aprovechó la luz roja del semáforo, se volvió a mirarlo sorprendida por su gesto y tan conmovida que sus ojos se llenaron de lágrimas una vez más, pero ya no eran de tristeza sino de felicidad, lo vio tomar su mano y llevársela a los labios para darle un beso.

—I've found a reason to show, a side of me you didn't know… a reason for all that I do and the reason is you —continuó la canción dejándole ver a través de esta parte lo que sentía por ella, limpió con su pulgar la lágrima que Samantha dejó correr por su mejilla.

—Dame un beso, Alessandro —le pidió mientras soltaba el cinturón de seguridad y se acercaba a él.

Alessandro no dudó ni por un segundo en complacerla, también se liberó y luego tomó el rostro de Samantha entre sus manos para besarla; sintió la caricia en su nuca y después viajar entre su cabello. Dentro de sus bocas estaban teniendo lugar esas maravillosas sensaciones que los hacían temblar y gemir, en las que sus lenguas eran las protagonistas y se acariciaban con suavidad, al tiempo que sus cuerpos iban ganando calor a medida que los besos se hacían más intensos.

El sonido de un claxon los sacó de la burbuja donde estaban, se sobresaltaron separándose, Samantha miró a través del retrovisor el auto que esperaba para avanzar, elevó la mano pidiéndole disculpas y se puso en marcha, mostrando una sonrisa radiante y cargada de picardía.

—La pueden arrestar y quitarle la licencia por esto, señorita Steinberg —esbozó juguetón, al tiempo que le acariciaba la pierna.

—Y si no deja su mano quieta, podemos terminar estrellándonos, señor Bonanzierri —contraatacó, mirándolo de reojo.

Ver cómo él se mordía el labio, provocó que algo en su interior se contrajera de manera deliciosa y dolorosa a la vez; no pudo evitar gemir. Alessandro movió su mano para ponerle el cinturón y ella le sonrió en agradecimiento, en respuesta él le entregó un guiño. Samantha se esforzó por retener el suspiro en su pecho, tenía que controlarse o quedaría como una tonta enamorada; y ciertamente lo era, pero aún quedaban asuntos pendientes por resolver.

Para distraerse buscó una lista de reproducción más actual, le hubiese gustado tener una de

heavy metal, para no estar deseando besar a Alessandro con cada canción, pero no tenía los mismos gustos de Nicholas. Finalmente, escogió a Pink y sonrió al ver que Alessandro rodaba los ojos, todavía no superaba su gusto por la irreverente cantante.

—Por lo menos, esa me gusta —dijo sonriendo, al escuchar Just give me a reason, miró a Samantha, sin poder creer que estuviesen juntos de nuevo; después de tanto tiempo—. Nosotros no tenemos una, sino cientos de razones para intentarlo de nuevo —susurró, acariciándole los nudillos de la mano que reposaba en el volante.

—Nunca nos rompimos… solo nos doblamos —usó esa frase porque era cierto, no había dejado de amarlo un solo instante desde que dejó La Toscana, aunque lo intentó muchas veces—. ¿Podemos volver a tener todo lo que tuvimos? —preguntó con miedo y esperanza también.

—Sí, todo esto —respondió, mostrándole el libro—. Y mucho más, Samantha, podemos tener todo lo que queramos —añadió, sonriendo.

Ella también sonrió y se acercó para darle un beso, se sentía feliz y esperanzada por ese futuro que podía tener junto a Alessandro; sabía que todavía les quedaba una conversación pendiente. También que debía sincerarse con Dylan; por extraño que pudiera parecer, la discusión con su madre había aclarado sus pensamientos y sentimientos.

—Llegamos. —Samantha estacionó en su plaza y supo había llegado el momento de decidir lo que harían, pero Alessandro negó con la cabeza.

—Vamos, no podemos quedarnos aquí… puede llegar alguno de tus conocidos y vernos —le hizo saber, mirándola.

—Claro, claro, tienes razón —dijo con una sonrisa nerviosa.

Bajaron del auto y caminaron hacia el ascensor, algunos hombres que parecían ejecutivos también subieron y marcaron el piso del restaurante, Samantha marcó su piso y Alessandro el suyo, lo que la desconcertó.

—Estaremos mejor en mi habitación —susurró, aprovechando que los hombres estaban entretenidos hablando de política.

Ella se tensó y sus latidos se desbocaron, de inmediato se reprochó por esa reacción tan exagerada, no sería la primera vez que estaría junto a Alessandro en un lugar a solas. Sin embargo, sintió que se mareaba cuando las puertas del ascensor se abrieron y él la agarró de la mano.

—Samantha… todo estará bien —expresó, al ver el pánico en ella.

Alessandro se las ingenió para extraer la llave magnética de su bolsillo, sin soltarla a ella ni al libro, que se había empeñado en traer, le abrió y la invitó a pasar, sonriendo para que confiara en él. Ella lo hizo y le dedicó una sonrisa que ocultaba sus nervios, sintió que Alessandro apoyaba su fuerte y cálida mano al final de su espalda para conducirla hacia el sofá, donde el otro día estuvieron a punto de hacer el amor.

Alessandro dejó el libro, la llave y su teléfono móvil sobre la mesa, luego se sentó dándole la espalda al ventanal y se quedó en silencio, mirándola. De pronto recordó algo y sonrió, mientras internamente le agradecía a su madre por ayudarlo aún desde la distancia.

—Dame cinco minutos… ya regreso. —Se puso de pie.

—¿A dónde vas? —preguntó desconcertada.

—No voy a ningún lado, solo haré algo para ti —contestó y le dio un suave beso en los labios, deseando más que eso, pero se contuvo.

Ella lo vio caminar hacia el armario donde estaba una cafetera, una tetera y el minibar, suspiró al ser consciente de que le prepararía algo para reconfortarla. Su mirada se topó con el libro y de nuevo su corazón se encogió, pensó que lo mejor sería echarlo a la basura; o no podría

olvidar ese amargo episodio con su madre, pero también le dolía hacerlo porque sería darle la razón; sus palabras la golpeaban de nuevo.

—Regresé —dijo Alessandro, acercándose con dos tazas de té—. ¿Estás llorando? —preguntó, al ver que ella se limpiaba una lágrima.

—Sí… pero no lo haré más, no puedo dejar que me siga afectando.

—No puedes permitir que te afecte; es cierto, pero si debes llorar hazlo, no quiero que te cohíbas porque estás conmigo, sabes que te entendería… Toma te hice un té —dijo con una sonrisa.

—¿Es el té que hacías en La Toscana? —inquirió, acercándolo a su rostro con cuidado para apreciar el aroma a limón, canela y miel.

—Sí —respondió con una sonrisa, al ver que ella lo recordaba, pues no lo puso dentro del libro y pensó que lo había olvidado.

—Me encanta… ¿lo acabas de hacer? —preguntó desconcertada.

—Tenía lo necesario aquí, el otro día hablé con mi madre y me hizo prometerle que me haría uno… porque lo necesitaba —dijo sin mirarla.

Samantha se mordió el labio y asintió, comprendiendo a lo que se refería, seguramente él también se sintió mal después de su discusión. Sopló el té para enfriarlo un poco y le dio un sorbo, no había olvidado ese delicioso sabor y no pudo evitar gemir de deleite, Alessandro la miró y le dedicó una sonrisa que la hizo sonrojarse.

—Muchas gracias… me encanta. —Mostró algo de timidez.

Puso la taza vacía en la mesa de centro, se quitó los zapatos para subir sus pies al sofá; por suerte, llevaba pantalones y podía moverse como quisiera, aunque esa postura delataba que estaba nerviosa por estar a solas con él; o lo que era más probable, por la conversación pendiente.

Él terminó su té y dejó la taza también en la mesa, se acomodó apoyando su codo en el espaldar del sillón y posó su mirada en Samantha mientras le sonreía al verla así. Sentada de esa manera al otro extremo del sillón daba la impresión de tener quince años y no los veintisiete.

—Ven aquí —susurró, ofreciéndole la mano y mirándola a los ojos.

Samantha deseaba volver a sentir la unión que tuvieron en su auto, así que no lo pensó dos veces y gateó hasta él, se acomodó quedando tendida y apoyó su cabeza en el pecho de Alessandro, dejándose arrullar por los latidos del corazón del hombre que amaba.

—Sé que tenemos que hablar, pero…

—No tenemos que hacerlo en este momento, has tenido un día muy complicado; además, me advertiste que no deseas más presiones, así que pienso respetar eso, mírame —pidió, tomándole la barbilla para subirle el rostro—. Sé que… me he portado como un idiota, te he acosado y solo he pensado en mí y en cuánto deseo tenerte a mi lado, pero no me he puesto en tu lugar, eso ha sido egoísta… Quiero que me perdones, preciosa. Prometo darte espacio, sé cuánto valoras que lo hagan, ya una vez me lo dijiste cuando estuvimos en Varese, así que lo haré.

—Gracias, Alessandro, por comprenderme y por estar aquí junto a mí en este momento. —Estaba perdida en sus hermosos ojos y por deseo llevó la mano hasta su mejilla para acariciarla.

—No tienes nada que agradecerme, estar a tu lado es lo que más deseo de ahora en adelante, Samantha —expresó con sinceridad.

Tomó la mano de ella para darle un beso en la palma, después entrelazó sus dedos y la apoyó en su pecho para que sintiera los latidos emocionados de su corazón, vio que iba a hablar de nuevo y posó un par de dedos en sus labios, al tiempo que negaba.

Ella le entregó una hermosa sonrisa que iluminó su mirada marrón y se acurrucó a su lado,

envolviéndole la cintura con un brazo, Alessandro le pasó uno por los hombros y se tendió en el sofá para estar más cómodos, luego comenzó a acariciarle el cabello, disfrutando del aroma y la suavidad de las hebras castañas, sintiendo que el tiempo no parecía haber pasado para ellos.

Después de unos minutos notó que Samantha se había quedado dormida, seguramente estaba agotada por toda la tensión que tenía encima y de la que él también era culpable. Quiso que descansara mejor, por ello se movió con cuidado para levantarse y llevarla en brazos hasta la habitación, ella se removió haciéndole pensar que despertaría, pero solo se pegó más a él, hundiendo el rostro en su pecho.

Capítulo 29

Entró a la habitación que estaba en penumbras, pues mantenía las persianas cerradas para no enfrentarse con la vista, con suavidad la dejó en la cama y verla así despertó en él un deseo inmenso de cuidarla, más allá del carnal; pues había soñado muchas veces con tener a Samantha en su cama de nuevo. Se acostó detrás de ella, deleitándose con su cercanía y su aroma, pero después de unos minutos eso estaba poniendo a prueba su cordura, al sentir la suavidad de su trasero rozándole la entrepierna, no pudo resistir la tentación y le acarició el seno, la escuchó gemir y pegarse más a él, provocando que el deseo lo recorriera como una ola.

—No voy a aguantar mucho más si me quedo aquí —se dijo, cerrando los ojos, se movió cuidando de no despertarla y después de mirarla embelesado por varios minutos, le dio un beso en la mejilla—. Descansa, preciosa —susurró y le dio otro beso, para salir al salón.

Tomó su teléfono de la mesa y vio varios mensajes de su madre, allá debía ser cerca de medianoche, le contestó que todo estaba bien y que se comunicaría con ella temprano. Vio el libro y la rabia regresó a él con la misma intensidad de horas atrás, lo agarró e intentó acomodarlo, pero parecía no tener remedio; deseaba estar frente a Susan Steinberg y decirle unas cuantas verdades. De pronto una idea llegó hasta su cabeza, llamó a la recepción y pidió que le enviaran los materiales que necesitaría para repararlo, seguramente le llevaría algunas horas, pero no le importaba, lo haría y le daría la sorpresa a Samantha.

Minutos después, estaba tan concentrado que se sobresaltó al sentir que algo comenzó a vibrar cerca de él, buscó el bolso de Samantha y supo que era su teléfono. La idea de que fueran Howard, le provocó una presión en el pecho, así que ni siquiera se molestó en mirarlo.

—¡Maldita sea, déjala en paz! —siseó furioso y buscó el teléfono para apagarlo, pero se detuvo al ver que las llamadas eran de Jaqueline.

La mujer parecía estar desesperada porque no solo le había dejado diez llamadas perdidas, sino también varios mensajes de voz y algunos por *WhatsApp*. Todo eso lo pudo ver por encima nada más, pensó en ir a despertar a Samantha para que respondiera, quizás se trataba de alguna emergencia, pero antes de ponerse de pie, notó que la luz de la pantalla del suyo se encendía, anunciando una llamada entrante.

—Hola —contestó en inglés al ver que era un número nacional.

—Buenas noches, señor Bonanzierri, soy Jaqueline Hudson, perdone que lo moleste, pero me gustaría saber si de casualidad usted sabe algo de Samantha, teníamos que almorzar hoy juntas y nunca se presentó.

—Ella está conmigo —respondió y estaba por agregar algo más.

—¡Maravilloso! Yo muerta de preocupación y ustedes dos… ¿Podría por favor decirle que conteste mis llamadas? Le he dejado varios mensajes y llevo horas intentando localizarla —su voz cambió de inmediato, reemplazando la angustia por una mezcla de alivio y reproche.

—No puede ahora, pero le daré su mensaje… No tiene que preocuparse, Jaqueline, ella está bien —dijo con tono amable.

—¿Por qué no puede atenderme? ¿Dónde están ustedes? —preguntó con desconfianza.

Alessandro notó el cambio que había dado su tono de voz, pensó en evadir las preguntas, pero sabía que ella era capaz de aparecerse allí y formar un escándalo, pensando que él tendría

secuestrada a Samantha.

—Está dormida… tuvo un día complicado y necesitaba descansar.

—¿Dormida? —preguntó sorprendida y luego susurró un «la mato».

Alessandro sonrió ante el comentario de la mujer, no tenía que ser adivino para saber lo que estaba pensando, y él tampoco iba a aclararlo.

—Ella está bien, Jaqueline, quizás olvidó la cita que tenían.

—Sí, supongo que estuvo muy ocupada. Se suponía que nos veríamos después del almuerzo, ella tenía una reunión con su madre.

—La tuvo —contestó, molesto al recordarlo—. Ya la pondrá al tanto, le daré su mensaje en cuanto despierte —mencionó en tono amable.

—Bien, le agradezco que lo haga… por favor cuide de ella.

—Lo haré, créame que, si en mis manos está, no dejaré que vuelvan a hacerle daño a Samantha, sea quien sea —sentenció.

—Gracias, Alessandro, estamos hablando.

—Hasta luego, Jaqueline.

Se quedó unos minutos analizando su conversación, era extraño que a Jaqueline no le resultara rara la noticia de que ellos estaban juntos, al parecer no tenía favoritismo hacia Howard, quizás el tipo no era el santo que Samantha creía; o a lo mejor, apostaba más por él. Quizás tendría en ella una gran aliada para reconquistar a su escritora, aunque después de lo que habían vivido esa tarde, suponía que las cosas entre ellos estaban bien, aunque no podía decir que fuera una reconciliación completa, su situación había dado un giro que indiscutiblemente lo favorecía.

∞∞∞

Samantha fue despertando lentamente del profundo y reparador sueño, rodó palpando el espacio a su lado en busca de Alessandro y le extrañó que no estuviera dormido a su lado. Se estiró para buscar la lámpara y la encendió, iluminando tenuemente el lugar, bajó de la cama y caminó hacia el baño. Su reflejo le mostraba los estragos que había dejado la discusión con su madre, pero también había una luz que resaltaba en su mirada oscura y triste. Se lavó la cara y vio el cepillo de dientes de Alessandro, lo tomó entre sus dedos, mientras se mordía el labio.

Minutos después, entró al salón y vio a Alessandro parado frente al ventanal, apreciando el espectáculo de fuegos artificiales que eran lanzados desde el muelle. Esa tradición la llevaban a cabo todos los jueves y era uno de los principales atractivos que tenía esa zona de Chicago, se acercó hasta él, abrazándolo desde atrás.

—Hola, preciosa —la saludó, mirándola por encima del hombro y le acarició los brazos, mientras sonreía.

—Hola… Tomé tu cepillo de dientes… espero no te importe —comentó, sintiendo que sus mejillas se encendían.

—No, en lo absoluto… —dijo, sonriendo y se volvió para mirarla.

—¿Por qué no te quedaste conmigo? —preguntó con timidez.

—Necesitabas descansar, por eso te dejé hacerlo… Si me quedaba nada me hubiera impedido desnudarte para hacerte el amor —confesó, mirándola con intensidad.

—Pensé que le seguías teniendo miedo. —Desvió la mirada hacia el ventanal, ocultando la reacción de su cuerpo con ese comentario.

Alessandro asintió mientras posaba su mirada en los voluptuosos y rojos labios de Samantha,

que lo invitaban a besarlos, deslizó la mano por su cuello y ella tembló. Samantha sintió que algo se derretía en su interior y se deslizaba por sus venas, era denso y caliente; su respiración también se agitó ante su despliegue de seducción y le ofreció sus labios.

Él no pudo resistirse al ver cómo su mirada se desbordaba en deseo, la tomó por la cintura para atraerla a su cuerpo y bajó para atrapar esa dulce boca en un beso profundo y cargado de pasión.

—Te deseo —susurró contra sus labios temblorosos.

—También te deseo —confesó y él estaba por besarla de nuevo, pero ella recordó que no podía dejarse llevar—. Alessandro… no hay nada que desee más que estar contigo, pero todavía existen algo que me lo impide.

Él respiró profundamente para evitar estallar en ese momento, se armó de paciencia y la miró intentando mostrarse comprensivo, pudo sentir cómo la tensión se apoderaba de Samantha de nuevo, así que intentó relajarla acariciándole la espalda.

—Ven, quiero entregarte algo. —Caminó con ella y la instó a sentarse junto a él, luego tomó el libro y se lo entregó—. Hice todo lo que pude para repararlo, no quedó igual, pero al menos está completo y cada parte en su lugar. —Mostró una mezcla de timidez y expectativa.

Samantha no sabía qué decir, solo pudo quedarse mirando la portada del libro, mientras su corazón latía rápidamente y sus ojos se llenaban de lágrimas, ese gesto había sido tan hermoso y significativo para ella, que no podía explicar lo que estaba sintiendo, elevó el rostro y miró a Alessandro a los ojos, ahogándose en ellos.

«¿Cómo no estar enamorada de ti? ¿Cómo no sentir todo esto cuando me tratas de esta manera? ¿Cuándo haces cosas así? Tú pareces ser la única persona que me conoce de verdad. Han pasado casi cuatro años y aún sigues moviendo mis sentimientos con tanta fuerza… ¿Cómo no amarte con todo mi ser, Alessandro Bonanzierri?»

Pensó, dejando correr sus lágrimas con total libertad, se llevó el libro al pecho y sollozó con fuerza, cerró los ojos y sintió que él le acariciaba el cabello, luego se acercaba para darle un beso en la mejilla.

—Ya sé que no tengo futuro como restaurador… pero puse todo mi esfuerzo en dejarlo bien —comentó, intentando sonar divertido, pero su voz estaba ronca por contener su llanto.

—Quedó perfecto… muchas gracias, Alessandro —susurró, mirándolo y después abrió el libro para ver el interior, ciertamente las huellas del daño que sufrió estaban allí, pero la cinta las había disimulado. Sin embargo, a ella le pareció igual de hermoso—. Tiene cicatrices… como la historia real —esbozó, acariciando las hojas.

—Samantha… yo sé, que he cometido muchas equivocaciones, sé que quizás no tenga derecho a la oportunidad que te pido, pero te aseguro que… —se detuvo, apretando entre sus manos y las suyas, el libro con su historia y que los había hecho reencontrarse—. Si me das otra oportunidad, voy a dar lo mejor de mí, para reparar esas cicatrices, las iré borrando una a una hasta hacer que todo el dolor que tuviste que pasar quede en el olvido… Samantha… he venido hasta aquí…

—Alessandro. —Ella también necesitaba sacar de su pecho lo que sentía, le acarició los dedos, mirando el libro y después a él—. Yo también quiero que me des una oportunidad, tú no fuiste el único responsable de nuestra separación, sé que fallé por no arriesgarme y decirte lo que sentía —confesó bajando el rostro y esquivándole la mirada.

Él supo que no estaban listos para exponer sus sentimientos del todo, debían darle bases sólidas a su amor, y solo lo conseguirían restableciendo la confianza y la amistad que existía entre ellos, antes de que el orgullo los hiciera actuar como dos tontos y los cegara. Ella deseaba

tener la destreza de él para expresar lo que sentía, pero no lo logró antes y dudaba que pudiera hacerlo ahora, así que, lo mejor sería hacerlo a su modo.

—Siempre ha sido más fácil para mí, escribir que hablar —admitió con una sonrisa tímida, pero se armó de valor para esbozar lo que había decidido esa tarde, en cuanto salió de casa de sus padres—. Estuve dándole muchas vueltas a esto, porque sé que no va a ser sencillo para mí, pero he decidido que me voy a Italia contigo.

Él apenas la dejó terminar la frase, la tomó por la cintura para sentarla en sus piernas y comenzó a besarle el rostro; antes de que Samantha pudiera protestar, se adueñó de su boca con un beso intenso, mezcla de devoción, ternura y deseo. Se separaron jadeantes, con sus corazones latiendo emocionados y unas sonrisas que iluminaban sus miradas, no necesitaban decir nada más para saber que ese era su pacto y que ambos darían lo mejor para hacer que esta vez sí funcionara. Y como si el tiempo no hubiera transcurrido ni la distancia los hubiera separado, nuevamente compartían como amigos, él sabía que ella no había comido en todo el día así que le sugirió pedir algo.

—¿Pizza? ¿Quieres comer pizza? —inquirió, mirándola divertido.

—Sí, quiero una pizza estilo Chicago —respondió, sonriendo.

—Pues no lo sé… Las pizzas americanas no son iguales a las nuestras —dijo mostrándose algo dudoso, pero se arriesgaría a probarla.

—Su origen es italiano también, así que estoy segura de que te gustará… pide la de Giordanos, es la mejor de la ciudad. —Samantha se sentía entusiasmada de compartir con él, una de sus comidas favoritas.

—Está bien… voy a complacerla, señorita Steinberg —dijo, llamando a recepción para que le hicieran el pedido.

Solo tardó un par de minutos y luego regresó con Samantha, pudo ver que su mirada casi lo devoraba, se sentó y ella se subió en sus piernas, encerrándolo entre las suyas mientras lo miraba a los ojos.

—Quiero que me complazcas en mucho más que pedir una pizza —susurró esas últimas palabras, acariciándole el pecho.

—Señora escritora, le aconsejo que deje quietas las manos o terminaré aprovechándome de usted —la amenazó, elevando una ceja.

—¿Y si deseo que se aproveche de mí, señor actor? —inquirió besándole el cuello, para después recorrer con sus labios el mentón.

—Samantha… mi cordura pende de un hilo y tú estás a punto de romperlo, preciosa —le advirtió, acariciándole la cintura.

—Lo sé… perdona, Alessandro, es que haces que me olvide de todo… —confesó, sonrojándose y luego suspiró—. Dylan no merece que lo engañe, estar contigo sin haber terminado con él es traicionarlo… mírame —pidió al ver que se había tensado—. Te prometo que hablaré con él en cuanto regrese mañana de Detroit, al parecer surgió algo de última hora… O quizás lo haya hecho para escapar…

—¿Escapar de qué? —preguntó, buscando sus ojos.

—De la situación que estamos atravesando, Dylan ha notado mi cambio y no desea enfrentar la situación, sino dejar que la crisis pase… Lo ha hecho otras veces… Sabes que no soy fácil de tratar, Alessandro, y a veces se necesita mucha paciencia conmigo —dijo apenada.

—¿Te puedo pedir algo de lealtad también? —preguntó con su mirada anclada a la de ella, la vio asentir a la espera de que continuara—. No dejes que él te toque de nuevo, por favor prométeme que no cederás ni siquiera si te lo pide como una despedida, porque me volveré loco

pensando que puede tenerte, mientras estoy deseándote sin poder hacerlo… prométemelo, Samantha —le rogó mientras le sujetaba el rostro para evitar que ella le rehuyera.

—Te lo prometo, Alessandro… Sin prometértelo ya lo había hecho… No tengo relaciones con él, desde que me enteré de que volvería a verte, pusiste mi mundo al revés y no he logrado sacarte de mi cabeza —confesó, sintiendo una imperiosa necesidad de hacer que él le creyera.

—*Amore mio* —susurró y dejó caer una lluvia de besos sobre sus labios, apenas toques que le demostraran cuánto le agradecía eso.

—De ahora en adelante solo seré tuya, Alessandro —le aseguró, mirándolo a los ojos.

Se sumieron en un beso cargado de pasión, mientras sus manos viajaban por sus cuerpos, buscando recuperar los años que habían perdido; de nuevo se olvidaban de que existía un mundo fuera de ese lugar. Todo habría sido perfecto como años atrás; si en ese momento, no hubiesen escuchado los golpes en la puerta que los sacaron de la burbuja donde estaba. Él suspiró pesadamente cuando se separó de Samantha, que corrió para alejarse del campo de visión que tenía la puerta.

Alessandro disfrutaba de la pizza y ella estaba feliz de que lo hiciera, después de varios días sin comer bien, el apetito de ambos había regresado, así que la devoraron. Un par de horas después llegó la inevitable despedida, aunque él intentó convencerla de que se quedara, al final terminó aceptando las razones de Samantha para regresar a su casa; se había prometido no presionarla y lo cumpliría. Luego de estar casi veinte minutos despidiéndose entre besos, la vio alejarse por el pasillo y la siguió con la mirada hasta que entró al ascensor, lanzándole un beso que él atajó en el aire y se lo llevó al pecho.

∞∞∞

Samantha se despertó sintiendo que flotaba en una nube, no podía creer que su mundo hubiese cambiado en cuestión de horas, pasó de ser un completo caos a un maravilloso paraíso; solo con saber que estaría junto a Alessandro y que estaban dispuestos a luchar por reparar los errores del pasado. Se puso de pie y tomó el mando para correr las persianas, la habitación se llenó de luz y ella se estiró para recibir toda la energía del sol, aunque debía lucir opaco comparado con ella.

Revisó su teléfono y tenía un mensaje de Alessandro, deseándole los buenos días, pero también uno de Dylan, diciéndole que llegaría esa tarde y esperaba verla en la noche, a ambos les respondió intentando mostrarse casual para que ninguno notase lo que sucedía. Tomó una ducha de casi una hora, salió envuelta en un albornoz y ahogó un grito cuando vio a Jaqueline en el sillón junto al ventanal.

—Buenos días, Jackie, casi me matas del susto —saludó y caminó hasta su armario para buscar algo que ponerse.

—Buenos días, aunque supongo que para ti son estupendos, creí que pasarías la noche fuera y me sorprendí cuando Rose me dijo que había dormido aquí —comentó, siguiéndola con la mirada y luchando por fingirse seria; en realidad, deseaba abrazarla.

—No, llegué casi a las diez —esbozó sin mucho énfasis.

—Así lo harías con el italiano que te dejó venir, seguramente el pobre hombre terminó para terapia intensiva —dijo con picardía y se levantó.

—Ahórrate esos comentarios, Jaqueline Hudson, porque no tuvimos sexo… Simplemente

hablamos. Recuerdo habértelo dicho cuando te llamé —dijo, paseándose en ropa interior, en busca de algo cómodo.

—Me debes una comida y pienso cobrártela ahora; así que ponte algo más formal para que bajemos al restaurante. —Abrió la parte donde estaban los vestidos y tomó uno naranja, con un escote discreto y el largo estaba por encima de las rodillas—. Este es perfecto, toma… Y en cuanto a lo otro, no me creas tonta, si no quieres entrar en detalles lo respeto. Pero una reconciliación sin sexo no es una reconciliación. Además, cuando lo llamé, me dijo que estabas dormida… Ahora, en resumen: ¿Sigue siendo el dueño de tus mejores orgasmos? —preguntó con picardía y la mirada brillante.

—Eres… —Samantha dejó ver una sonrisa radiante y le arrancó el vestido para ponérselo, sonrojándose cuando Jaqueline soltó una carcajada y aplaudió como una jovencita—. Lamento tener que quitarte la ilusión, pero estaba dormida cuando llamaste, porque me sentía tan agotada por todo lo que sucedió con mi madre que…

—¿Qué te hizo Susan, ahora? —preguntó, llevándose las manos a la cintura y su semblante había cambiado por completo.

Samantha suspiró con cansancio y se dispuso a contarle todo, sin saltarse los detalles porque sabía que se los exigiría; su amiga experimentó las mismas emociones que la asaltaron en cada episodio. Jaqueline apenas podía creer que Samantha hubiera reunido el valor para poner en su sitio a la bruja de su madre. Susan Steinberg era una completa arpía, y su amiga había soportado mucho durante años, pero lo que más la emocionó fue saber que defendió a Alessandro, que él había sido el motivo que la llevó a tomar de manera definitiva las riendas de su vida.

Ahora podía decir con absoluta certeza, que él era el hombre que necesitaba a su lado, alguien que la hiciera vivir de verdad. Casi muere de amor cuando Samantha le dijo que él había aparecido en ese mirador, que la obligó a dejar que la acompañara al verla tan mal; lo mejor de todo, fue cuando le cantó, hasta a ella la enamoró con ese gesto.

—Samantha Steinberg, dime por favor que al menos le diste un beso… Aunque ese hombre merecía el cielo —esbozó con la mirada brillante y una sonrisa que casi dividía su rostro en dos.

—No pude contener la emoción que me provocó ese gesto, fue demasiado para que pudiera quedarme impasible; además, ya nos habíamos besado… Aún no aclarábamos las cosas, pero no me importó esa conversación que teníamos pendiente. Lo único que deseaba era besarlo y sentir que todo era real, que Alessandro estaba allí, que en verdad había venido por mí —expresó, sintiéndose en una nube.

—Estoy tan feliz por ti, ustedes se merecen esta nueva oportunidad, ya sé que todavía les queda mucho por solucionar, pero tendrán tiempo durante las grabaciones de la película… porque supongo que olvidaste la estúpida idea de quedarte aquí ¿Verdad? —preguntó, mirándola.

—Sí, ya lo olvidé. Me iré a Italia con él… bueno con la gente de la producción —contestó y no pudo evitar sonrojarse.

Jaqueline se acercó para abrazarla, de verdad estaba muy emocionada, le pidió a Samantha que continuara con lo que vino cuando llegaron a la habitación del italiano, eso le interesaba muchísimo y allí descubriría si su mejor amiga le estaba ocultando algo o no. Los sentimientos desbordaron a Samantha una vez más, cuando le contó lo que hizo Alessandro con el libro, incluso vio cómo su amiga se esforzó por contener las suyas.

—En serio su historia es tan hermosa, no tiene nada que envidiarle a una ficticia, ojalá tuviera a un hombre que me amara como Alessandro te ama… Por favor, amiga, no dejes que vuelva a sucederles lo de antes, ese hombre te lo dijo, llegó dispuesto a darlo todo por ti, a ser quien necesitas para ser feliz… ¡Aprovéchalo! Haz que esto funcione y quédate junto a él para

siempre —dijo, dejando salir ese lado romántico que a veces tenía, y que el engaño de su exesposo no había matado.

Se abrazaron para sellar ese pacto en el que, Samantha le prometía luchar por su relación con Alessandro, se separaron cuando el teléfono de la escritora recibió una llamada. Reconoció el número de inmediato porque lo había guardado la noche anterior; sus manos comenzaron a temblar y su corazón se desbocó, deslizó el dedo y atendió.

Jaqueline tuvo que taparse la boca para que su risa no se escuchara, era increíble la imagen de esta nueva Samantha, parecía una adolescente recibiendo una llamada del chico que le gustaba; nunca la había visto así, ni siquiera con Charles que fue su primer amante, definitivamente, Alessandro debía tener algo muy especial.

—Invítalo a desayunar con nosotras —susurró, haciéndole señas.

Samantha negó con la cabeza sintiendo que no estaba preparada todavía para un encuentro así, su relación con Alessandro siempre había; sido de cierto modo, algo de ellos solamente, incluso en La Toscana los únicos que compartieron contadas ocasiones fueron Tina y Jacopo.

—¡Hazlo! —le ordenó con entusiasmo.

Samantha lo hizo con algo de timidez, pero como era de esperarse, Alessandro aceptó encantado y le dijo que la vería en media hora en el restaurante. Jaqueline presentía que ese desayuno sería muy interesante; así que, sin perder tiempo, sentó a su amiga en el tocador y le ayudó con su cabello, mientras ella se maquillaba, debía lucir hermosa para él.

Alessandro las esperaba en una mesa y se puso de pie para saludarlas, trataron de mostrarse casuales para no suscitar comentarios entre las personas que los miraban al reconocerlos, pero lo que deseaban era comerse a besos. La presencia de Jaqueline les ayudaría a evitar rumores, pues bien podía tratarse de un desayuno de trabajo; sin embargo, muchas veces sus miradas no podían esconder ese gran amor que sentía.

—Si siguen excluyéndome, les aseguro que me voy —intentó sonar seria, pero era muy mala actriz, la diversión en su mirada la delataba.

—Le pido disculpas, Jaqueline —dijo Alessandro, mirándola.

—Ya deja de tratarme de usted, que tampoco es que soy una anciana, tengo tu edad… Y te disculpo, si me consigues a un apuesto maestro de italiano para cuando vaya en el verano a acompañarlos, no puedo ir antes porque mi hija tiene escuela —explicó y comió más de su fruta.

—Será un placer tenerte en Italia, y seguro podré conseguirte a un profesor que se ajuste a tus exigencias —respondió, sonriendo.

—Cada vez me caes mejor —dijo Jaqueline con una gran sonrisa.

—¿Por qué siento como si ustedes dos estuvieran pactando algo? —inquirió Samantha, mirándolos con suspicacia.

—No estamos pactando nada, solo que un hombre inteligente sabe que, para conquistar el corazón de una mujer, primero debe ganarse a su mejor amiga ¿no es así, Alessandro? —preguntó, mirándolo.

—Sobre todo, si la que se supone que será tu suegra, te odia —comentó de manera casual, pero de inmediato se dio cuenta que había sido muy directo—. Lo siento, preciosa —dijo, tomándole la mano.

—Susan odia a la mitad del planeta, así que no te preocupes por ello. Solo concéntrate en hacer feliz a Samantha… De lo contrario, conocerás una parte de mí que no te gustará, puedo ser peor que su madre. ¿De acuerdo? —le advirtió, mirándolo a los ojos.

—Jackie —susurró, algo apenada.

—Le prometí a Samantha que la compensaría por todo y siempre cumplo mis promesas,

Jaqueline, cuenta con que tu amiga será feliz.

—¡Perfecto! Ahora sí tenemos un pacto. —Le extendió la mano.

Alessandro la recibió entregándole el mismo gesto, su actitud no lo había molestado; por el contrario, sabía que se estaba conteniendo, pero que de un momento a otro llegaría a ese punto. La invitación para desayunar no había sido casual, Jaqueline Hudson lo había hecho con un propósito, uno válido, que valoraba y respetaba, porque le estaba dejando ver que realmente quería a Samantha, al preocuparse así por ella.

Cuando salían del restaurante, fueron abordados por un grupo de fanáticas y tanto Samantha como Alessandro, se vieron posando para las fotografías junto a las chicas. Ellos se sentían felices de estar disfrutando de ese triunfo que era compartido y que ya nos les causaba nostalgia ni dolor; por el contrario, era algo de lo que sentían orgullosos.

—Samantha… Una pregunta… —Buscó la atención de la escritora, ella la miró y asintió para que continuara—. Cuando escribías Rendición y le dabas los rasgos a cada personaje. ¿Imaginaste a Franco, así como Alessandro? —preguntó emocionada.

Samantha se quedó muda ante esa pregunta, no sabía cómo responderla sin delatarse, buscó a Alessandro para que le ayudara, él sonrió divertido al verla en esa situación, pero quiso salvarla.

—Seguramente el personaje que, Samantha imaginó, era más apuesto —comentó con una sonrisa encantadora.

Todas las chicas rieron emocionadas ante la sencillez y picardía del actor; más de una se sonrojó, pero su distracción fue fugaz porque ellas esperaban la respuesta de Samantha.

—En realidad… Nunca vi a alguien que encajara tan bien con algunos de mis personajes hasta que conocí a Alessandro. —Mostró una sonrisa radiante para él—. Y su actuación terminó por convencerme, así que les aseguro que tienen ante ustedes a Franco Donatti.

Todas exclamaron con emoción y prácticamente se derritieron cuando Alessandro les entregó un guiño; aprovechó el embelesamiento de las fanáticas para despedirse de ellas, caminó escoltando a Samantha y cuando estuvieron frente al ascensor, la miró con una sonrisa que le agradecía por haber escrito esa historia y mantener su amor.

Jaqueline los miró con una mezcla de sorpresa y diversión, para después negar con la cabeza ante lo evidentes que eran, no le extrañaba para nada que la madre inquisidora que era Susan Steinberg notara que se traían algo. Cuando las puertas se abrieron, ella se excusó diciendo que debía buscar algo en la recepción y dejó que subieran primero, sabía que ellos se morían por unos minutos a solas, así que se los concedió.

Capítulo 30

Después de cuatro días sin ver a Samantha, sentía que estaba más calmado y listo para afrontar la situación que atravesaba con su novia, sabía que lo que estaba sucediendo solo era pasajero. El problema fue presionarla, era consciente de que ella odiaba que lo hiciera, así que se relajaría y dejaría que las cosas fluyeran a su ritmo.

—Buenas noches, Inés —saludó a la mujer con una sonrisa.

—Buenas noches, señor Howard —respondió con una sonrisa amable—. La señorita lo espera —añadió y lo llevó al salón.

Vio a Samantha parada junto al ventanal y de inmediato, su mundo que había carecido de colores y calidez durante cuatro días se llenó de todo eso, caminó hasta ella, haciendo su sonrisa más amplia.

—Hola, princesa —dijo, acercándose para darle un beso.

—Hola. —Samantha actuó con rapidez y lo besó en la mejilla.

Él la miró extrañado, obviamente no esperaba un recibimiento como ese, después de días sin verse, pero intentó no hacer tan evidente su decepción; la tomó de la mano para ir hasta el comedor.

—¿Cómo te fue? —preguntó Samantha con una sonrisa.

Tenía que iniciar un tema de conversación, algo que aligerara la tensión que sentía. Aunque estaba muy nerviosa, no podía echarse para atrás, había decidido hablar con él esa misma noche.

—Bien, todas las partes se sintieron complacidas y el negocio se cerró —contestó y rodó la silla para que se sentara—. Y a ti, ¿cómo te fue? ¿Qué hiciste en mi ausencia? —inquirió ocupando su lugar.

—Estuve ocupada… Organizando algunas cosas —se detuvo al ver que Rose, se acercaba con la bandeja de ensalada. Esperó hasta que se fuera para continuar—. Fui a casa de mi madre y hablé con ella…

—¿Qué era eso tan importante que quería hablar contigo?

Samantha le esquivó la mirada y tomó la copa con agua para darle un sorbo, necesitaba pasar el nudo que se le había formado en la garganta y estaba a punto de asfixiarla.

—Lo mismo de siempre —mintió porque no quería llegar a ese tema aún, necesitaba estar más calmada; además, sentía que él estaba alerta.

—¿Y la película? ¿Cómo van los planes? —una molesta sensación se apoderaba de su pecho al ver que Samantha lo esquivaba.

Ella sentía que estaba en medio de un interrogatorio y eso no mejoraba en lo absoluto sus nervios, apenas había probado la ensalada y una vez más recurrió a la copa con agua, en momentos como esos se odiaba por ser tan cobarde.

—La gente de la productora tiene previsto viajar a Italia el próximo lunes, desean comenzar las grabaciones cuanto antes. El señor Reynolds planea que la película esté lista este mismo año y compita en los premios de la Academia del próximo —contestó de manera casual.

Rose llegó con el plato principal y Samantha la vio cómo su salvadora, pensó que disfrutar de la cena sería la excusa perfecta para posponer la conversación, aunque fueran unos minutos.

—Bueno, espero que les vaya bien y que el señor Reynolds consiga su objetivo, por supuesto

que sea un éxito también por ti. Pero lo que realmente me hará feliz es que dentro de una semana te tendré de nuevo solo para mí —comentó esperanzado, mientras le tomaba la mano.

—Dylan… necesitaba decirte algo con respecto a eso.

Ese era el momento, debía decirle que se iría a Italia, empezar con eso y después hablar de su separación, tenía la excusa perfecta, ni siquiera tenía que mencionar a Alessandro o su pasado con él; simplemente le diría que no tenía caso seguir con una relación a distancia.

—Claro, dime, Samantha —la instó a continuar al ver su repentino silencio y fijó su mirada en ella.

—Yo… he decidido irme a Italia con el personal de producción, sabes que esa fue una de las principales condiciones del contrato cuando cedí los derechos de la obra; creo que es algo que ellos esperan que haga también. —Samantha sentía que ni ella misma lograba entender lo que decía, estaba demasiado nerviosa.

—¿Has decidido irte a Italia? —preguntó sin querer comprender lo que eso significaba para su relación.

—Sí… Lo estuve pensando y creo que es…

—¿Por cuánto tiempo, Samantha? —Sintió una presión en el pecho.

—Si todo marcha bien… El rodaje podría estar listo en unos cuatro o cinco meses, intentaremos grabar la mayoría durante el verano —comentó, intentando mostrar era una decisión profesional.

—¿Cinco meses? Si tú estarás cinco meses en Italia… ¿Qué se supone que haré yo? —preguntó y esa vez no pudo disimular su rabia.

Lanzó la servilleta sobre la mesa, se puso de pie y caminando hacia el salón, sintiendo que el pecho le ardía ante la furia y el dolor que lo invadían, incluso estaba a punto de llorar. No era justo lo que pretendía.

Samantha se sorprendió al ver la actitud de Dylan, nunca había actuado así; era la primera vez que lo veía salirse de sus cabales, siempre había sido un hombre muy mesurado, suponía que algo como esto, no podía ser tratado con la misma calma de siempre; de cierto modo, lo comprendía y se armó de valor para buscarlo.

—Cuando todo esto comenzó, asumí que deberías viajar algunas veces a Italia para verificar que todo marchara bien… Hasta pensé que podíamos aprovechar alguno de esos viajes para nosotros —pronunció, al sentir la presencia de Samantha detrás de él—. Pero ahora me dices que te irás por cinco meses; seguramente esperas que me quede aquí, aguardando a que todo termine para que estemos juntos de nuevo…

—No deseo eso, Dylan… sé que no tengo derecho a pedirte algo así.

—¿Qué demonios crees que soy? —cuestionó, volviéndose y su mirada estaba llena de dolor, amor y rabia; todo junto haciéndole girones dentro de él—. ¿Dime qué esperas que haga? porque ya no comprendo nada y juro que vas a volverme loco.

—Dylan, por favor —pidió ella con voz estrangulada.

—¡Mírame! ¡Soy un hombre, Samantha! —le gritó y se acercó—. Soy un hombre, maldita sea, no soy una estatua que no puede sentir. ¿Tienes idea de lo que me estás haciendo? —preguntó, tomándola por los brazos.

—Yo no quiero lastimarte... por favor, intenta calmarte y hablemos como dos personas civilizadas —dijo, viendo que estaba fuera de control y de pronto sintió miedo, nunca pensó que llegaría a tratarla así.

—Siento que te me escapas de las manos y me pides que me quede sin hacer nada —susurró, apoyando la frente contra la de ella.

Su respiración agitada se estrellaba en el rostro de Samantha, subió sus manos en una caricia lenta y posesiva hasta apoyarlas en el cuello, mientras liberaba un suspiro tembloroso, intentando contener sus lágrimas. Ella podía sentir el dolor en Dylan, pero eso no aliviaba el miedo que la embargaba, apoyó las manos en su pecho para intentar calmarlo, pero al sentir que sollozaba, dejó en libertad sus lágrimas.

—Dylan… yo… —intentó hablar aprovechando el silencio.

—Sabes que te amo Samantha, ¿lo sabes? —preguntó, abriendo los ojos y clavó su mirada atormentada en ella.

—Sé que me amas, Dylan —esbozó como pudo, mientras lo miraba.

—¿Entonces por qué me haces esto? —preguntó con más dolor que rabia, sintiendo que el corazón se le quebraba.

Samantha se quedó en silencio, percibiendo esa espantosa sensación de estar atrapada, siendo aplastada por el peso de saber que no tenía escapatoria. La angustia se apoderó de su cuerpo al no saber cómo responder a esa pregunta, no podía hacer nada más que llorar y mirarlo.

—Dime lo que deseas y te lo daré… te lo daré todo —susurró y se negó a dejarla ir, no podía perderla, no podía vivir sin ella.

Atrapó los labios de Samantha en un beso que no tuvo preámbulos, tampoco se mostró mesurado, quería sumergirla en la pasión para demostrarle cuánto la amaba y la deseaba; que ella era todo lo que anhelaba para ser feliz. La abrazó con fuerza, pegándola a su cuerpo, envolviéndola de tal manera que no pudiera escaparse de sus brazos, quería sentirla suya como nunca había sentido a ninguna otra mujer.

Samantha se tensó e intentó forcejear con él, no estaba acostumbrada a que la tratara de esa manera; además, le había hecho una promesa a Alessandro. Sin embargo, no quería lastimar más a su novio, así que no lo rechazó, solo se mantuvo inmóvil para que él notara que no deseaba eso, pero sintió que sus manos se dirigían al escote de su vestido.

—No… no, Dylan… por favor —pidió, liberándose del beso, pero él bajó para besarle el cuello, mientras intentaba subirle el vestido—. ¡Dylan basta! —le gritó, empujándolo para que la liberara.

—Tú eres mía, Samantha —pronunció, tomándola de la cintura.

—¡No! No soy tuya —dijo, mirándolo y le dolió profundamente ver el gesto en su rostro, como si lo hubiera golpeado—. Por favor, Dylan… No tenemos que llegar a esto, no quiero lastimarte. pero entiende que no vamos a ningún lado, no puedo darte lo que me pides porque…

—No puedes hacerme esto… por favor, Samantha, no nos hagas esto… Yo puedo hacerte feliz, déjame demostrarte que puedo darte todo lo que deseas —dijo con desesperación—. Si quieres irte a Italia, está bien… me iré contigo, haré todo lo que tenga que hacer para estar a tu lado —dijo, tomándole las manos, pero ella negó con la cabeza.

—No quiero que hagas algo así, Dylan… tú debes seguir con tu vida… No merezco que dejes todo de lado solo para estar junto a mí, eso no sería justo. —Lo miró a los ojos, intentando que entendiera.

—Lo que no sería justo es que dejemos que nuestro amor termine, me pasó una vez y no dejaré que vuelva a suceder… Princesa, podemos afrontar esta situación y salir victoriosos, mírame —le pidió, apoyando un dedo debajo de su barbilla—. Solo tienes que decirme «Dylan te quiero a mi lado para siempre» y te juro que nada en este mundo podrá separarme de ti —expresó, dejando expuestas sus emociones.

Samantha no soportó el peso de esas palabras y se dejó caer en el sillón, llorando y pensando que la vida era tan malditamente injusta, ella no podía romperle el corazón a Dylan. Se llevó las

manos al rostro ocultando su dolor al saber que, si no lo dañaba a él entonces lo haría con Alessandro y eso le causaba un mayor sufrimiento.

Dylan se arrodilló delante de ella, tomándole las manos para verla a la cara, no quería que ocultara sus sentimientos de él, le acarició el rostro con suavidad mientras sus manos temblaban. Cuando al fin ella le descubrió su mirada vio tanto dolor y tanta culpa en esas bellas gemas miel que sintió su corazón quebrarse en dos.

—Llegué tarde… ¿No es así? —inquirió.

No hizo falta que Samantha le respondiera, dejó ver una sonrisa cargada de tristeza y hundió el rostro su falda para dejar correr su llanto con libertad, estremeciéndose. Sintió que Samantha le acariciaba la espalda para consolarlo y dejaba caer varios besos en su cabello, incluso podía sentir cómo temblaba mientras lloraba, y quizás se sentía al igual que él la otra noche, consciente que no podía hacer nada.

—No hagas esto… —Se alejó de ella con rabia y se levantó, limpiándose la cara con brusquedad—. Mi única arma contra el amor que siento por ti es la rabia… necesito odiarte para poder sacarte de mi corazón, déjame hacerlo.

—Yo no quiero que me odies… —dijo con dolor.

—¡Pero tampoco puedo amarte, Samantha! —gritó el furioso, la vio sobresaltarse y se odió por asustarla, respiró hondo para calmarse.

—Por favor, Dylan, solo intenta comprenderme, no puedo seguir con esto porque sería injusto… No deseo herirte, pero si me quedo a tu lado voy a terminar haciéndolo; te juro que si pudiera amarte lo haría y lucharía para hacerte el hombre más feliz del mundo, porque lo mereces, pero… no puedo… no puedo porque amo a otro hombre —confesó y se sintió liberaba, pero también sabía le había dado un golpe demasiado fuerte.

Él no dijo nada porque el dolor no le permitió hacerlo, pero la rabia lo llevó a actuar. Caminó con rapidez hacia la habitación de Samantha y se digirió al armario, tomando la valija que había llevado cuando comenzó a quedarse a dormir junto a la mujer que creyó suya.

—Dylan —lo llamó entrando a la habitación.

—No es necesario que digas nada más —espetó, mientras lanzaba sus prendas en la maleta, luchando por no llorar delante de ella.

—No quiero que esto termine así, por favor.

—¿Qué esperas, Samantha? ¿Acaso que nos reunamos los tres para tomar el té? —preguntó con sarcasmo—. Lo siento, pero no puedo ser tan estúpido o según tú, civilizado… Tengo orgullo y no dejaré que ese maldito infeliz lo pisotee —agregó, cerrando la maleta.

—Lo siento. —Ella se siento horrible porque había hecho algo peor que eso, los había sentado en una mesa; además, junto a su familia.

—Solo me llevaré esto, echa a la basura todo lo demás.

Un vistazo a la cama donde le hizo el amor a Samantha, creyéndola suya, hizo que el dolor y la rabia crecieran con fuerza dentro de él, al darse cuenta de que todo no había sido más que una mentira.

—No te vayas de esta manera, Dylan. —le dolía mucho verlo marcharse, sabiendo que la odiaba.

—¿Para qué deseas que me quede? ¿Para seguir rompiéndome el corazón? —cuestionó desde la puerta, sin mirarla.

—No, sabes que no quiero hacerte daño —expresó, llorando.

—Ya es muy tarde para eso, adiós, Samantha —dijo y salió.

Pudo escuchar que ella sollozaba y le dolió mucho dejarla así, era tan estúpido que estuvo a

punto de regresar para consolarla, aunque quería odiarla, sabía que no lograría hacerlo; no se detuvo a mirar ningún rincón de la casa para que los recuerdos no lo hicieran desistir. Cuando se vio caminando por el pasillo que llevaba al ascensor, no pudo evitar que su memoria fuera invadida por el recuerdo de ese maravilloso día cuando conoció a Samantha y su mundo se iluminó gracias a ella.

Escena en Retrospectiva

Samantha había intentado conseguir un préstamo, pero no pudo entrevistándose con los asesores, pues carecía de uno de los requisitos; así que pidió verlo. Entró a su oficina llevando un hermoso vestido verde que se ajustaba a ella, resaltando su figura curvilínea, zapatos negros de tacones altos, y se cubría del imponente frío de mediados de otoño con un grueso, pero elegante abrigo negro. Él se puso de pie para recibirla, hechizado por su natural belleza y esa mezcla de seguridad y timidez que mostraba en sus movimientos.

—Buenos días, siga por favor —la invitó con una sonrisa.

—Buenos días, señor Howard, muchas gracias por recibirme —esbozó y extendió su mano —. Samantha Steinberg, encantada.

—Es un placer, señorita Steinberg, Dylan Howard. —Le dio un suave apretón, pudo sentir que estaba helada—. Tome asiento por favor, ¿desea algo de tomar? ¿Café, chocolate? —ofreció, mirándola.

Ella dudó unos segundos, pero aceptó el café con una bella sonrisa, puso la carpeta sobre el escritorio y la vio sentarse con la espalda erguida luciendo más alta, madura y distinguida, aunque apenas era una chica. Comenzó a hablar sobre el asunto que la había llevado allí, mostrándole todos los recaudos para el préstamo que solicitaba, también los certificados de derechos de autor de sus obras y las fotografías del apartamento que deseaba comprar con el dinero.

Él solo la miraba fascinado por la belleza y el entusiasmo que mostraba cuando hablaba de su trabajo, de lo importante y maravilloso que sería para ella, tener un lugar donde pudiera desarrollar su carrera; además, de su independencia en todos los aspectos.

—Yo sé que aún no tengo la edad para recibir ese préstamo y que son políticas del banco, solo le pido que haga una excepción conmigo —le pidió, mirándolo con esos hermosos ojos marrones—. Si usted me ayuda a conseguirlo, le prometo que no se arrepentirá, ni se verá en la obligación de hacer ningún embargo, trabajaré tanto como sea necesario para cubrir cada cuota a la fecha. —Tomó aire y después continuó—. Señor Howard, si lo aprueba me estaría haciendo la mujer más feliz del mundo.

Él se quedó en silencio, admirando no solo su innegable belleza sino también su compromiso. ¿Cómo podía negarle algo a esa mujer? Mandó al diablo el inquebrantable reglamento del banco, le daría lo que le pedía, incluso se agregaría como otro de sus fiadores. Levantó el teléfono para solicitar la presencia de uno de los asesores, cuando llegó le ordenó que gestionara el préstamo, ella se tapó la boca para ahogar un grito de felicidad y eso le encantó. Después que el préstamo fue depositado en la cuenta de Samantha y que ella firmara todos los documentos necesarios, ya no tenía más motivos para permanecer allí, así que él se arriesgó.

—Ahora, señorita Steinberg, ¿tendría la amabilidad de hacerme el hombre más feliz del mundo aceptando una invitación a cenar? —preguntó con la mejor de sus sonrisas, mientras la miraba.

Ella lo miró sorprendida, obviamente malinterpretando sus palabras, la sonrisa en su rostro se borró, abrió su cartera sacando la chequera y una pluma, con rapidez rellenó uno y elevó la

mirada.

—Le devolveré su dinero, señor Howard —mencionó con un tono más frío que el viento que soplaba en las calles.

Le llevó casi una hora convencerla de que no había sido su intención cobrarle el favor, lo hacía porque ella lo había cautivado apenas entró con la mirada llena de esperanza. Claro que tuvo que inventarle una excusa relacionada con sus libros, pero eso tampoco la convenció solo consiguió que aceptara el préstamo.

Un mes después regresó para hacer un abono a la deuda, gracias a un adelanto que había recibido de su último libro, la interceptó y le pidió que al menos lo dejara ser su amigo, que podían ir conociéndose sin compromisos, ella lo aceptó, pero poniendo una condición: No cenarían juntos hasta que cancelara la última cuota del préstamo.

En ese momento se sintió el hombre más idiota del mundo por ponerle un plazo de doce meses para pagar, tendría que esperar un año para salir con ella. Como buen negociante, intentó regatearlo a seis meses; sin embargo, ella no cedió uno solo así que él terminó aceptando, Samantha valía que la esperara cada uno de esos días.

Cada vez que llegaba al banco a cancelar la cuota del préstamo, lo hacía a través de algún coordinador, nunca volvió a su oficina, pero él no dejó que olvidara su promesa, como tenía la dirección de su residencia entre sus documentos, después que ella abandonaba el banco le pedía a su asistente que llamara a una floristería y encargaba rosas, le enviaba una por cada mes que iban sumando, con alguna frase casual.

El día que correspondía a la última, ella no solicitó ser atendida por un coordinador, sino que pidió verlo, la emoción que eso le causó fue indescriptible. Un hombre como él ilusionado porque una mujer pidiera hablarle era absurdo, aunque tratándose de la que se había apoderado de sus días, estaba justificado. Para su desilusión no fue mucho lo que hablaron, solo le hizo entrega del cheque por la cuota final y le dio las gracias, pero antes de irse se volvió para mirarlo con una sonrisa.

—Puede pasar por mí a las siete y lleve el ramo con las doce rosas, por cierto, me atrae más el damasco.

Lo que esas palabras significaban y la sonrisa en sus labios fue tan hermosa que lo dejaron mudo, solo pudo verla salir con ese andar tan maravilloso y seguro que poseía. En ese preciso instante lo supo, Samantha Steinberg era la mujer de su vida.

Final de la escena en retrospectiva.

Las puertas se abrieron y él salió del ascensor tropezando con varios hombres, ni siquiera les pidió disculpas, lo único que deseaba era salir de ese lugar antes que su orgullo y su valentía lo abandonara. Lanzó la maleta en la parte de atrás del auto, lo encendió quedándose cerca de un minuto mirando fijamente las puertas del elevador, con la remota esperanza que Samantha se apareciera en cualquier instante y le pidiera que olvidara todo, que ella también lo amaba. Nada de eso sucedió y la derrota lo aplastó con tanta fuerza que se marchó de allí.

∞∞∞∞

Alessandro no podía seguir soportando la espera, le había prometido a Samantha que se mantendría al margen para que pudiera hablar calmadamente con Howard, pero nunca pensó que

le resultara tan difícil. Era casi medianoche y ella no le había escrito, movía el teléfono entre sus manos y miraba por el ventanal, aprovechando la oscuridad.

—Por favor, Samantha, envíame un mensaje, llámame, dime algo. —No lo soportó más y se arriesgó a llamarla, escuchó tres veces el repique y después la contestadora—. ¡Mierda! Samantha, responde. —Intentó de nuevo y esta vez fue directo al buzón de voz.

Miró la pantalla de su móvil debatiéndose entre la idea de permanecer allí o ir hasta su apartamento, de pronto vio que una llamada de Samantha entraba y no tardó un segundo en responder.

—Preciosa… siento molestarte, solo quería saber si todo estaba bien —mencionó con preocupación.

—No, nada está bien… Todo es un desastre, Alessandro… y yo no sé… la verdad, no sé si vale la pena tanto sufrimiento.

—Samantha, ¿qué sucedió? Por favor, háblame ¿por qué estás así? —preguntó, sintiendo una presión en el pecho ante sus palabras.

—Lo siento, Alessandro, no puedo… Lo único que deseo es estar sola. —Fue todo lo que dijo y cortó la llamada.

Él se quedó un minuto sin saber qué sentido darles a sus palabras, mientras todo parecía estar balanceándose en una cuerda floja. Sabía lo que le había prometido, pero no podía quedarse sin hacer nada, salió con rapidez para buscarla. No pudo despegar su mirada de los números que avanzaban en el panel electrónico, mientras sentía que su corazón latía desbocado, presintiendo que podía perderlo todo. Al fin estuvo ante el pasillo Y sintió el maldito pánico intentar apoderarse de él, pero le dio la pelea y caminó con la mirada al frente, pues una cosa era ver las luces desde un piso veintiocho y otra distinta era caminar sobre ellas.

—Buenas noches, necesito ver a la señorita Steinberg, por favor —le pidió a la mujer que le abrió la puerta, no era misma del otro día.

—Ella no se encuentra en este momento, señor —respondió con un tono formal, pero su mirada reflejaba cierto rechazo.

—Acabo de hablar con ella hace unos minutos… Sé que está aquí —insistió, dando un paso al frente.

—La señorita dijo que no deseaba ver a nadie, así que le pido que se marche o me veré en la obligación de llamar a seguridad.

—Necesito hablar con ella, por favor… Solo serán unos minutos —intentó una vez más, mirándola a los ojos.

—Inés deja pasar al señor.

Alessandro vio a la otra mujer que identificó como Rose, fue quien lo recibió el primer día cuando llegó con Diana, la misma que no había dejado de mirarlo y lo hizo sentir como si lo conociera.

—Rose, este hombre es un extraño y es muy tarde para recibir visitas; además, la señorita Steinberg está indispuesta —dijo con autoridad.

—¿Indispuesta? ¿Qué quiere decir con indispuesta? —preguntó, sintiendo que la bilis se le revolvía, al pensar que Howard le había hecho algo a Samantha y por eso ella estaba tan perturbada cuando lo llamó—. Si le hizo algo, juro que lo mato, déjeme pasar —sentenció, apoyando su mano en la hoja de madera para forzar su entrada si era necesario.

—Váyase en este instante, señor —indicó Inés seriedad.

—No lo haré… —dijo y vio aparecer a Samantha.

—¿Qué sucede? —preguntó alarmada y llena de miedo—. Alessandro ¿qué haces aquí? —le

cuestionó, acercándose.

—Tengo que hablar contigo… y ya sé que me dijiste que querías estar sola, pero no puedo dejarte —contestó, mirándola a los ojos.

—Inés, déjalo pasar, por favor —pidió, mirando a la mujer.

—Por supuesto, señorita —refunfuñó y se alejó de la puerta.

—Pueden dejarnos a solas, por favor —solicitó Samantha.

Ellas asintieron y se retiraron a sus habitaciones, tal como hicieron cuando comenzó a discutir con Dylan.

—¿Por qué les pediste que te negaran? —preguntó un tanto molesto.

—No les pedí que lo hicieran, no sabía que vendrías, pero debí suponerlo —contestó, caminando con él hacia el salón.

—¿Qué ocurrió, Samantha? —la interrogó suavizando el tono de su voz, aliviado al saber que estaba bien, al menos físicamente.

—Terminé con Dylan —contestó sin más, no quería hablar.

—¿Él te hizo algo, te maltrató? —Se acercó a ella.

—No, Dylan, no es un hombre violento, se puso furioso como era de esperarse, pero si hablamos de daños, yo fui quien más hizo.

—Samantha, ambos sabíamos que esto no iba a ser sencillo.

—¿Sencillo? ¿Tienes idea siquiera de lo que estoy sintiendo en este momento? —cuestionó, mirándolo llena de rabia contra ella misma.

—Comprendo… Solo quería ver que estuvieses bien. Que descanses, Samantha —dijo con tono adusto y le dio la espalda.

—Solo dime por favor, que todo esto que estamos haciendo vale la pena, necesito saberlo, Alessandro —le pidió, llorando de nuevo.

Él caminó hasta ella y la agarró con suavidad de los hombros, mientras se perdía en ese par de ojos que amaba y últimamente había visto llorar tanto, le secó las lágrimas con sus pulgares.

—No sé qué hacer, nunca quise lastimar a nadie… Siempre he intentado complacerlos a todos para verlos felices, pero termino fallando y estoy tan cansada, no soy perfecta… no lo soy —expresó con dolor.

—Yo no necesito a una mujer perfecta, no quiero a alguien que diga que sí a todo ni que hagas las cosas por complacerme, quiero que hagas solo lo que desees, que seas tú misma. —Se detuvo, sintiendo su corazón latir rápidamente—. Es tu decisión, si quieres que me vaya, dímelo ahora y dejaré que sigas con tu vida, pero si no lo haces, si tu silencio significa que deseas lo mismo que yo, te juro que no habrá nada que me impida recuperarte… Todo depende de ti. ¿Me quedo o me voy? —preguntó, acunándole el rostro, sintiendo que temblaba tanto como ella.

—Abrázame, Alessandro… Por favor, abrázame y no me sueltes nunca —rogó, viéndolo como su única esperanza de ser feliz.

Él la envolvió entre sus brazos con fuerza para mantenerla en pie y evitar que se derrumbara ante sus ojos, la sostuvo mientras sollozaba y la consoló dándole suaves besos en el cabello, aguantando sus ganas de llorar al verla de esa manera.

No quería dejarla sola y ella tampoco quería estarlo, a pesar de lo que le había dicho; así que, solo se sentaron y se quedaron en silencio, ella no quiso contarle lo que ocurrió con Dylan porque seguía resultándole doloroso. Alessandro lo respetó y solo le hizo compañía, la abrazó para hacerla consciente de que estaba allí para ella; después de una hora, se había quedado dormida entre sus brazos.

Rose había quedado preocupada por toda esa situación, se mantuvo despierta y cuando notó

que hacía rato no escuchaba voces, se levantó para ir al salón. Vio al actor acostado en el sillón y a Samantha durmiendo encima de él, la imagen le provocó ternura, sabía que entre los dos seguía existiendo un sentimiento fuerte y hermoso.

Él sintió su presencia y abrió los ojos, Rose se acercó mostrándose casual y le indicó dónde quedaba la habitación de Samantha, el hombre le agradeció y llevó en brazos a su jefa. La recostó en la cama para que descansara, se quedó mirándola por varios minutos; luego le escribió una nota recordándole que siempre estaría a su lado y que lo que sentía por ella era lo más valioso que tenía en la vida; después de eso, se marchó.

Capítulo 31

Durante los tres días que transcurrieron antes de su partida para Italia, Samantha intentó reforzar la idea de que su decisión era la correcta, deseaba ser feliz junto a Alessandro y aunque eso implicara el sacrificio de terceros, había asumido que así fuera. Sabía que era algo egoísta y quizás muchas personas la criticarían si se enteraban de la verdad, pero era eso o pasar el resto de su vida reprochándose por ser una cobarde.

—¿Todo listo? —preguntó Jaqueline a su espalda y la abrazó desde atrás, apoyando la barbilla en su hombro.

—Sí, estoy lista para esto —contestó, intentando sonreír.

—Él estará bien, Samantha… Deja de reprocharte lo que pasó, en algún momento tenía que suceder —pronunció para consolarla.

Jaqueline la escuchó desahogarse al día siguiente de su discusión con Dylan, la verdad era que sentía pena por él, pero Samantha necesitaba algo más y eso lo tenía Alessandro, solo les bastó verlos durante el desayuno para confirmarlo; además, un amor que se había mantenido a pesar de la distancia y los años merecía una segunda oportunidad.

—Lo sé… —respondió, suspirando con desgano.

A veces la culpa luchaba con la emoción que sentía por volver a Italia junto a Alessandro, las cosas entre los dos estaban bien, aunque no pudieron compartir mucho porque fueron convocados por la producción. Tuvieron que mantener su actuación cuando se vieron en las instalaciones de The Planet, pero en la primera ocasión de estar a solas, casi se devoraron a besos, el deseo estuvo latente, pero él se prometió darle tiempo y esperar a que estuviesen en Italia para entregarse de nuevo.

Una hora después entraban al aeropuerto. Jaqueline no viajaría con el equipo de producción, debía ir a México para atender una negociación que tenían pendiente por una publicidad que deseaban que Samantha hiciera, así que podía estar con ellos en el área de embarque internacional.

Samantha buscó con la mirada a Alessandro, lo vio de espalda a ella, pero al parecer pudo sentir su presencia porque enseguida se volvió para verla. La sonrisa que le dedicó puso a latir su corazón de una manera que podía jurar todo el mundo podía escucharlo, se puso un mechón de cabello tras la oreja y bajó la mirada al sentir sus mejillas arder, no era posible que a su edad él todavía siguiera haciéndola sonrojarse.

—Bienvenidas. —Gary fue el primero en acercarse a ellas y como ya se había tomado la atribución de saludar de beso a todas, empezó por Samantha—. Luces tan hermosa como siempre ¿cómo te sientes? Ya casi estamos por embarcarnos en esta aventura juntos —dijo, mirándola a los ojos con una sonrisa de anuncio de pasta de dientes.

—Gracias… Me siento bien, quizás un poco nerviosa.

—No tienes por qué estarlo, ya verás que todo saldrá de maravilla, te he reunido a un equipo perfecto, grandes actores, las mejores locaciones, por si fuera poco, tú que fuiste la mente que creó la historia estarás con nosotros —comentó con entusiasmo, mientras la miraba.

—Buenas tardes, Samantha —mencionó Alessandro para atraer su atención, ella de inmediato lo miró.

—Buenas tardes, Alessandro, veo que solo faltábamos nosotras —indicó con una sonrisa que pedía disculpas por el retraso.

—Kimberly no llega aún… seguramente no ha terminado de empacar las veinte maletas que debe traer —comentó Marcus con su humor ácido.

—Lisandro que guapo te ves con tu uniforme —comentó Diana, saludándolo con un beso en cada mejilla.

—Muchas gracias, pero no tengo nada que hacer ante tu belleza —expresó, mirándola con una sonrisa y después miró a Samantha.

La detalló mejor y ciertamente se veía distinta a la chica que él conoció en el aeropuerto, su belleza lucía más madura y el cabello corto la hacía ver más alta y distinguida. Sin embargo, eran esas pecas que el maquillaje no lograba ocultar del todo, las que le daban ese toque juvenil que consideraba atrayente en muchas mujeres, quizás por eso llamó su atención cuando la conoció; además, de lo divertida de la situación que vivieron, incluso borracha, su futura cuñada era hermosa.

—Hola, señor Bonanzierri —lo saludó con una sonrisa amable.

—Si no recuerdo mal, quedamos en tutearnos, Samantha —comentó, acercándose para saludarla con besos.

—Tienes razón… tendré que acostumbrarme —comentó, mirándolo.

—Ya lo creo; por lo pronto, ¿aceptarías que te invite un café?

—Yo… sí, claro —contestó, sintiéndose en medio de un dejavú.

—Perfecto, aún falta para que tenga que ir a revisar el avión. Jaqueline, Diana ¿les gustaría venir y hacerme el honor de ser el hombre más envidiado de este lugar? —pidió, mirándolas con una sonrisa.

Alessandro lo veía sin poder creer que esas técnicas de conquista aún le funcionaran, sabía que Lisandro no estaba jugando al Casanova con Samantha, quizás estaba armando todo un teatro para lograr sacarlos de allí y alejar a su mujer de Reynolds.

—Por supuesto —mencionó Diana, entusiasmada.

—Me encantaría Lisandro, pero creo que le faltaría un brazo —comentó Jaqueline con picardía—. Imagino que a Alessandro le gustaría venir con nosotras ¿verdad? —inquirió, viendo al actor.

—Claro, será un placer. —Caminó y le ofreció su brazo—. Salgamos de aquí antes que alguien más decida unírsenos —murmuró, refiriéndose a Gary Reynolds, por supuesto.

El productor había sido llamado por su padre, para tener una reunión de último minuto con el resto del equipo de producción, pero cuando vio alejarse a Samantha junto a los italianos maldijo internamente.

Tomaron asiento en unos sillones de piel en tono terracota, con forma de U, en el centro una mesa de madera y cristal con un discreto florero que tenía un hermoso girasol. Las miradas de Alessandro y Samantha se encontraron, ambos sonrieron compartiendo el mismo recuerdo; su atención fue atraída por el mesero que llegó a atenderlos.

—Alessandro ¿cómo te terminó de ir en tus visitas por las demás ciudades? —preguntó Diana, mirándolo con una sonrisa.

—La verdad no pude visitar más porque me convocaron para venir hasta Los Ángeles, necesitaban que hiciéramos unas pruebas, cosas de rutina —respondió y le dio un sorbo a su café expreso.

—Es que tuviste muy poco tiempo, pero debes prometerme que volverás después que terminemos las grabaciones… Y Lisandro, haremos un grupo… a Sam también le gusta viajar

mucho —mencionó de manera casual, pero estaba atenta a las reacciones de ambos.

—Sería un placer, Diana —contestó Alessandro, después desvió la mirada hacia Samantha.

—Cuenta conmigo también… aunque tendríamos que buscar a otro caballero porque yo tendría que hacerlo con Vittoria o correr el riesgo de ser capado —dijo Lisandro con la desfachatez que lo caracterizaba.

—Perdón… pero creo que me están excluyendo —esbozó Jaqueline, mirándolos—. Primero no me invitan, luego dicen que deben agregar a otro caballero ¿por qué no puede ser una dama?

—Bueno, si deseas bailar con alguna de las dos cuando nos toque ir a algún club, puedes ocupar el puesto del caballero —contestó Diana.

—Creo que me perdí de algo… ¿Cuándo llegamos a que sería un viaje de parejas? —inquirió Samantha, que no podía alejar la idea de que Diana seguía empeñada en Alessandro.

—No necesariamente tendría que ser de parejas, pero si Lisandro va a llevar a su novia, lo más lógico es que nosotras llevemos también algún acompañante… Si algo surge, ya queda de nuestra parte cómo lo asumamos; o sea, somos personas adultas —indicó Diana con naturalidad y le dio un sorbo a su café helado.

Todos la miraron entre divertidos y sorprendidos, incluso Lisandro sintió que estaba en pañales a su lado, había encontrado a una mujer más astuta que él. Samantha estaba al tanto que el hermano de Alessandro sabía la verdad, Jaqueline también lo hacía; solo faltaba Diana, así que se vio tentada a contarle todo y cerrar el tema.

—¡Hola! Estoy tan agitada, necesito algo de tomar con urgencia.

Los presentes se volvieron para ver a Kimberly que llegaba mostrando una gran sonrisa, con su ropa algo desordenada, pero con la pose de diva que la caracterizaba. Tomó asiento en el espacio vacío junto a Alessandro, dedicándole una sonrisa y después miró al piloto.

—¡Vaya! Existen hombres que se ven muy sexys en uniforme, pero has colgado el estandarte bien alto, Lisandro —comentó con una sonrisa.

—Muchas gracias, Kimberly, viniendo de una mujer tan hermosa, harás que mi ego vaya hoy por encima del avión —dijo, sonriendo y elevó su mano para llamar al mesonero—. ¿Qué deseas de tomar? ¿Agua, una soda, un trago? —inquirió, mirándola.

—Algo que me refresque… —se detuvo pensando.

«Un balde a agua helada te puede ir de maravilla, eso podría refrescarte y te aseguro que estás a punto de obtenerlo como sigas moviendo tu blusa de esa manera delante de Alessandro. Y tú ¡mírame! Ni se te ocurra verla ni siquiera de reojo o verás lo que te espera.»

La cara de Samantha comenzaba a ganar rubor mientras sus pensamientos que eran bastante elocuentes, expresando aquello que en voz alta no podía, pero se aclaró la garganta para atraer la atención de Alessandro y se alegró al ver que él captó su mensaje.

—Me traes un *Monster zero ultra*, por favor —pidió al chico.

—Pareces algo descompuesta, Kimberly… ¿Te sientes bien? —preguntó Jaqueline, mirándola con detenimiento.

—¡Sí! Por supuesto… es solo que no dormí bien anoche… «despedida de novios» ya saben —comentó con naturalidad.

Kimberly no tuvo que decir una palabra más para que comprendieran su punto y por su aspecto la «despedida» parecía haberse extendido hasta hacía poco. Samantha la miró intentando descubrir si no mentía, la verdad no estaba al tanto que tuviera pareja, pero viéndola mejor se le notaba sonriente y extasiada, así que a lo mejor no tenía que preocuparse por ella; si estaba enamorada no se metería con Alessandro.

La charla continuó por varios minutos donde hablaron de cosas triviales, hasta que cayeron

de nuevo en el viaje en parejas que deseaba emprender Diana, quizás podían empezar en cuanto estuvieran en Italia, no era necesario esperar a que las grabaciones terminaran para tener un fin de semana divertido en alguna de las bellas playas italianas.

Llegaron a un tema que sacó más de una carcajada y como siempre quien llevaba la batuta era la menor de las Steinberg, que aprovechó para cambiar de lugar cuando Kimberly se fue al baño y se sentó junto a Alessandro dejándolo entre Samantha y ella.

—Es en serio, no se rían… El problema es muy grave, muchas personas piensan que soy promiscua o algo así, pero es que es demasiado difícil conservar una pareja en el medio donde me desenvuelvo.

—Por favor, Diana… el problema no son los chicos sino tú, siempre eres quien terminas dejándolos —comentó Jaqueline.

—Pero es porque son demasiado complicados… Miren, conseguir un heterosexual en el mundo del modelaje es casi como encontrar un unicornio. Y cuando logras hacerlo debes aprovechar la oportunidad... —dijo defendiendo su argumento.

—O sea, tener sexo con él —acotó Kimberly y le dio un sorbo a su bebida mientras la miraba como si fuera una alumna.

—¡Exacto! —expuso Diana con entusiasmo viendo que captó su idea.

Samantha se tapó el rostro con las manos mientras negaba con la cabeza, no podía creer que su hermana estuviera hablando de sexo delante de Alessandro y Lisandro, que para ella eran dos completos desconocidos, en verdad Diana no tenía límites.

Los hermanos solo reían al verla hablar como si fuera una de esas sexólogas de los *talk show* que daban consejos de parejas; la mirada azul de Alessandro se posó en Samantha, sintiéndose realmente divertido al ver su actitud y el sonrojo que pintaban sus mejillas, quiso sacar una carta para hacerla entrar en el juego.

—Déjame adivinar algo, Diana ¿Eres la asesora de Samantha para las escenas sexuales de sus libros? —preguntó con fingida inocencia.

Samantha casi se ahoga con el agua que tomaba y Lisandro estuvo a punto de derramarse el café encima, mientras que las demás clavaron sus miradas en él, un tanto sorprendidas por la pregunta.

—No —contestó Samantha con tono sofocado e intentó decir algo más, pero se ahogó de nuevo y tuvo que recurrir a la botella con agua.

—Me encantaría, Alessandro, pero Samantha es muy celosa con sus libros; al menos, con esas escenas… Supongo que es porque muchas no son solo productos de su imaginación —dijo con picardía, obviando la mirada de advertencia de su hermana.

—Las de Rendición son muy hermosas y parecen muy reales también, bueno supongo que un escritor al igual que un actor se nutre de su entorno —mencionó Kimberly, interesada en el tema.

—Creo que, si son reales o no, es un asunto que solo concierne a Samantha —dijo Jaqueline para cerrar el tema.

—¡Habló la abogada, señores! —exclamó Diana burlándose.

—Tiene razón, Jaqueline, lamento si la incomodó el tema, Samantha —expresó Alessandro mostrando una sonrisa a modo de disculpa.

—En lo absoluto, no tengo inconvenientes en hablar de las escenas sexuales que escribo, Alessandro, así que cuando desees podemos hacerlo —contestó ella mirándolo a los ojos y le entregó una sonrisa que él conocía muy bien, tímida y provocativa a la vez.

Él fue víctima de ese golpe bajo y la hermosa sonrisa que lo retaba al igual que años atrás, cuando aceptó que leyera una escena de Ronda Mortal para ella. Una sensación de calor lo

recorrió al igual que aquella vez, buscó su reloj para ver si contaba con el tiempo suficiente de encerrarse con Samantha en alguno de los baños y calmar su deseo.

Todos se quedaron mudos ante las palabras de Samantha que fueron como la explosión de una bomba, las damas no pudieron evitar sonreír con picardía al ver que el italiano había quedado en una pieza y ella mostraba un lado que no conocía, ni siquiera Diana o Jaqueline; incluso Lisandro, sintió pena por su hermano pues había salido de cacería y terminó cazado, su sonrisa fue más amplia mientras observaba a Samantha y ahora sabía que su cuñada se las traía.

—Bueno; en resumen, lo que digo es que cuando a una se le presenta una oportunidad debe aprovecharla, claro… siendo responsable y consciente de cuánto debes entregar de ti en cada relación; si sabes que algo es pasajero, tenerlo claro desde el principio y así te ahorras dramas —pronunció Diana para llenar el silencio que quedó después de las palabras de su hermana y ese intercambio de miradas con Alessandro.

—Y por ello que Di, tiene hasta un himno —informó Jaqueline, mostrando una sonrisa pícara.

—¡Ah, por favor! No empieces, Jackie —pidió, apenada.

—Samantha comienza tú que tienes mejor voz —la invitó.

—¡Ah, no! No haré nada de eso —dijo para evitar unirse a ese juego.

—Dime cuál es, Jackie, yo les ayudo —pidió Kimberly entusiasmada.

—Perfecto, Kim… comienzo y tú sigues —respondió, sonriendo.

—Esto es ridículo —comentó Diana, pero no pudo evitar reír.

—***I threw a wish in the well, don't ask me, I'll never tell I looked to you as it fell, and now you're in my way.***

Inició la canción y Kimberly la reconoció, riendo emocionada pues había sido un éxito el año pasado. Samantha solo se reía al verlas tan entusiasmadas como si fueran colegialas y cuando Diana empezó a cantar también con gesto teatrales, no le quedó de otra que unirse.

Where you think you're going, baby?
Hey, I just met you,
and this is crazy,
but here's my number,
so call me, maybe

Lisandro se unió al grupo y aunque no se sabía la canción al pie de la letra, intentó seguirlas al tiempo que movía sus hombros como si estuviera bailando y empujaba a su hermano para que lo hiciera también, Alessandro no podía más que reír emocionado al ver a Samantha tan libre de poses; soltó una carcajada cuando todas se sobresaltaron al escuchar que la melodía salía desde los altavoces del lugar y descubrieron a las chicas que atendían en las cajas registradoras, cantando también.

—Pensaba que eso solo ocurría en los musicales —comentó Lisandro, mientras sonreía mirando a su hermano.

—Bueno, estamos en Hollywood —esbozó con una sonrisa.

Miró a Samantha al escuchar esa risa cantarina que era su favorita y le llenaba el pecho de una felicidad que hacía mucho no sentía, la veía y justo en ese momento comenzaba a comprender lo afortunado que era al tenerla de nuevo. Se prometió dar lo mejor para hacerla feliz y que nunca dejara de reír; fue como si ella escuchara sus pensamientos porque en ese momento se volvió a mirarlo y le dedicó una de las estrofas de la canción.

—***Before you came into my life, I missed you so bad and you should know that I missed***

you so, so bad.

La canción terminó y todos ellos reían contagiados por la alegría del ritmo y lo divertida de la letra; además, de la complicidad que mostraron los empleados del lugar que los acompañaron hasta el final. Ni siquiera fueron conscientes del montón de miradas y cámaras de teléfonos que se posaron sobre ellos mientras hacían su performance.

—El final de ese vídeo es espantoso —se quejó Kimberly.

—Sí, pero es muy realista… Al menos, es la por la que me ha tocado pasar muchas veces —indicó Diana con desgano.

—Por eso es tu himno, hermosa —esbozó Jaqueline, dándole un beso en el cabello, pocas veces se mostraban cariñosas, pero se adoraban.

—Bueno mis hermosas damas, tengo que dejarlas, debo ir a preparar todo para poder llevarlas sanas y salvas hasta mi bella Italia —mencionó Lisandro poniéndose de pie—. Nos vemos en unos minutos.

—Yo me despido aquí, Lisandro —dijo Jaqueline, levantándose para despedirlo—. Mi hija tiene escuela y no puedo ausentarme por tanto tiempo sino hasta el verano. —Se acercó y le dio un abrazo.

—Comprendo, fue un placer compartir contigo y serás bienvenida cuando puedas visitarnos —expresó, besándole las mejillas.

—Gracias, igual tú estás invitado a Chicago y trae a Vittoria, no queremos que sufras un atentado —dijo en voz baja, sonriendo.

Él le guiñó un ojo y negó con la cabeza para después despedirse, se alejó con el andar elegante y a la vez desenvuelto que lo caracterizaba, atrayendo más de una mirada gracias a eso; y por supuesto, al uniforme de piloto que representaba para muchas una fantasía.

—Bueno, mi vuelo para México sale en una hora, ya chequeé todo, pero es mejor estar en mi puerta y ustedes deben ir abordando —indicó mirándolos y caminó hasta Samantha—. Todo saldrá de maravilla, estoy segura de eso —dijo mirándola y la abrazó.

—Gracias, Jackie —mencionó con la voz ronca por la emoción que la invadió, sabía muy bien a lo que se refería su amiga, no era solo a la película sino a su relación con Alessandro—. Espero tenerte allá en cuanto Tiffany salga de la escuela —agregó con una sonrisa.

—Lo haré, eso dalo por hecho. —Se volvió para mirar a Diana y se acercó a ella—. Pórtate bien, no le des tu número a la mitad de la población masculina de Italia y has magia con esa cámara y el don que tienes —expresó, mirándola a los ojos y después la abrazó.

—Gracias, Jackie, intentaré ambas cosas… pero no prometo nada, cuídate mucho y también a Tiffy —pronunció con una sonrisa.

—Kimberly tienes en tus manos un personaje maravilloso, da lo mejor de ti para que salga perfecto y consigas lo que tanto deseas.

—Gracias, Jackie, te esperamos en Italia para el verano —mencionó con una sonrisa y se animó a acercarse para abrazarla.

—Alessandro —llamó al italiano para que se aproximara—. Ya sabes lo que tienes que hacer, así que no es mucho lo que tengo que decirte —esbozó englobándolo todo, le dio un abrazo y lo mantuvo para decirle algo más—. Cuida mucho de ella, por favor; sobre todo, hazla feliz… lo digo en serio —le exigió al oído solo para que él escuchara.

—Lo sé, Jaqueline, no tienes que preocuparte por nada, esta vez haré las cosas bien —confirmó en el mismo tono y se separaron.

—Bien, feliz viaje —les deseó y caminó a la puerta de su vuelo.

Alessandro se quedó rezagado con Samantha, con la excusa de ayudarla con su portátil, pero

su verdadero objetivo era estar a su lado mientras caminaban por ese pasillo que los llevaría al avión que los regresaría juntos a Italia, aprovechó un pequeño instante en el que no hubo personas a su alrededor para rozarle con suavidad la mano.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó, buscando su mirada.

—Sí, un poco —confesó, buscando seguridad en los ojos zafiro.

—No tienes porqué, todo saldrá bien, Samantha —expresó con confianza y le dedicó una sonrisa.

—Lo sé… tú estarás conmigo, tú me llevas de vuelta, Alessandro —esbozó con una sonrisa que le iluminaba la mirada.

Esas fueron casi las mismas palabras que él le dijera antes de ser presentado como Franco Donatti, por lo que las reconoció y el pecho casi le estalla de emoción. Sabía que no podía abrazarla ni besarla allí, pero nada impidió que la tomara de la mano y entrelazara sus dedos a los de ella, miró comprobando que estaban solos para darle un beso en el dorso mientras sus miradas se perdían la una en la otra.

Capítulo 32

Samantha le dio su pase de abordar a la azafata y estaba por seguir a Diana, cuando la mujer le indicó que su puesto era el primero de la fila a su derecha. Se sintió desconcertada, pero cuando le indicaron a Alessandro que ocuparía el que estaba junto al suyo, supo de inmediato lo que había sucedido.

—Lisandro —esbozaron al mismo tiempo mientras sonreían

Como dice el refrán «nombre al Diablo y aparecerá» El piloto hizo acto de presencia, y la sonrisa en su rostro mostraba claramente quién había sido el responsable de esa asignación de puestos.

—Espero que vayan cómodos… Y tú, espera a que lleguemos a tierra para que puedas hablar sobre cualquier escena que desees con mi linda cuñada, eso que está allí es una cámara y las chicas pueden ver si alguien se le ocurre ocupar el baño al mismo tiempo —comentó en voz baja.

—Muy gracioso, será mejor que te vayas ahora o viajaremos con piloto automático —lo amenazó Alessandro, frunciendo el ceño.

—Que disfruten del viaje —pronunció y regresó a la cabina con una gran sonrisa, mientras silbaba una canción de los Rolling Stone.

—Es un idiota —dijo Alessandro, disculpándose con Samantha.

—Es tal como me lo describiste —esbozó ella, sonriendo.

—Sí, un idiota —repitió riendo.

Alessandro se quitó la americana azul marino y la guardó en el cajón frente a su asiento, le pidió la de Samantha al ver que también se quitaba la suya y la acomodó disfrutando del olor de su perfume.

—Perdonen… Samantha me gustaría que te sentaras junto a mí, tenemos algunas cosas que conversar y en el aeropuerto no pudimos hacerlo —mencionó Gary, de pie en el pasillo.

—¿No puede esperar hasta que lleguemos? —preguntó ella.

—Es importante… solo debes cambiar puesto con Thomas —contestó, mirándola fijamente sin intenciones de ceder.

Alessandro se estaba controlando para no mandar a ese imbécil a ocupar su asiento y dejar en paz a Samantha, comenzaba a exasperarlo, estaba a punto de hablar cuando vio a la azafata acercarse a ellos con esa sonrisa amable detrás de la que ocultaba una orden.

—Señor, necesito que por favor tome asiento, estamos por despegar.

—Solo un minuto, hubo una equivocación en la asignación de puestos y estoy solucionándolo —le dijo sin mirarla.

«Estás jodido en serio si crees que me harás levantar de aquí y darte mi puesto para que vayas junto a Samantha.»

—Me facilita su pase de abordar por favor, así le ayudo a encontrar su asiento —se ofreció la mujer con una sonrisa.

—No es mi tiquete, sino el de la señorita… Necesito que vaya junto a mí, porque tenemos algunos asuntos que tratar —dijo, señalando a Samantha y comenzaba a molestarse.

—Señor, una vez que los puestos son asignados por el sistema no podemos hacer nada, cada pasajero debe ir donde le corresponde por cuestiones de seguridad y control —contestó con

profesionalismo.

—Además, yo no deseo cambiarme de lugar, por favor, Gary… No tenemos que crear un retraso a cientos de pasajeros por una conversación que puede esperar, regresa a tu puesto y hablaremos mañana —dijo Samantha, comenzaba a sentirse apenada por esa situación.

Gary asintió y se retiró sin insistir más o le ocurriría igual que en la fiesta, había aprendido la lección y no era de los que cometían el mismo error dos veces. Sin embargo, se prometió que una vez en Italia, pondría toda su artillería en el frente y le enseñaría a Alessandro Bonanzierri, que él también tenía varias cartas bajo la manga.

En cuanto Gary se marchó, Samantha intentó alejar la tensión que veía en Alessandro y le acarició el dorso de la mano, ahora que conocía el sentimiento de los celos, podía comprenderlo y sabía lo horrible que era; sobre todo, la frustración al no poder actuar con libertad.

—Juro que me estoy controlando, pero no sé cuánto pueda soportarlo —esbozó, relajando un poco su semblante y atrapó los dedos de Samantha para acariciarlos con el pulgar.

—Confía en mí, Alessandro, no dejaré que avance —susurró y le dedicó una sonrisa, aunque lo que deseaba era besarlo.

El avión despegó y durante la primera hora de vuelo, Alessandro y Samantha se enfrascaron en una conversación casual, teniendo como tema principal el libro, para que el resto del equipo no sospecharan nada, pero a momentos se susurraban y compartían miradas cómplices. Después de la cena, recibieron la visita de Diana y de Kimberly, quienes ya estaban haciendo planes para ir algún club antes de viajar a la Toscana para las grabaciones y vinieron a pedirle una recomendación a él; sin embargo, a Alessandro se le ocurrió algo más y quiso compartirlo primero con Samantha, pues se había prometido no presionarla.

—Paula cumpleaños mañana y mis padres le harán una pequeña reunión para celebrarlo, no estaba muy animada con la idea, pero lograron convencerla. ¿Te gustaría ir, preciosa? —preguntó, mirándola.

—Por supuesto, sabes que siempre he querido conocer a tus padres —contestó con entusiasmo y una hermosa sonrisa.

—Mi madre te adora… Y creo que ya puedes contar a mi padre entre tus fanáticos —comentó, sintiéndose feliz por sorprenderla.

—Ellos… ¿Ellos conocen nuestra historia? —preguntó nerviosa.

—En principio, fue solo mi madre, pero no le guarda secretos a mi padre y me dijo que hace una semana le contó todo, que comprendiera que no podía seguir ocultándole lo que había ocurrido entre nosotros. Incluso leyó el libro… —Mostró una sonrisa traviesa ante su sonrojo—. Excepto «esas partes», me aseguró que no las había leído y le creo.

—Gracias a Dios —susurró aliviada.

—Pero yo sí las leí —mencionó con su sonrisa ladeada.

—Ya sé que tú sí lo hiciste —esbozó sin darle mucha importancia.

—Y además… —Se acercó para susurrarle al oído—. Me masturbé recordándote —gimió para despertar el deseo en ella.

Samantha no supo cómo consiguió seguir en el asiento y no lanzársele a Alessandro en ese instante, sintió todo su cuerpo ser recorrido por una ola de calor que estalló justo en su intimidad y cerró los ojos, tragándose el jadeo que pedía a gritos ser liberado.

—Eres un desgraciado —susurró, sintiéndose frustrada.

—¿Por qué? —preguntó con inocencia mientras sonreía.

—Me dices eso en este instante cuando sabes que no podemos hacer nada —contestó, mirándolo de soslayo.

Él liberó una carcajada que se escuchó en todo el compartimento y ella sintió su cara prenderse en llamas, lo pellizcó en la pierna por venganza, de seguir así los descubrirían antes de llegar a Roma.

—Bueno, siempre nos queda el baño —sugirió, conteniendo la risa.

—Parece que olvidaste la cámara —dijo molesta.

—Son inventos de Lisandro, eso no es ninguna cámara y si lo es, las azafatas no tienen control sobre estas —le informó mirándola.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó con suspicacia.

—Porque conozco a mi hermano, solo lo hizo para molestarnos… Pero si no lo deseas, siempre nos queda esperar a que apaguen las luces y usar las mantas, debiste ponerte un vestido, así me hubiera resultado más sencillo darte sexo oral —mencionó como si le ofreciera un café.

—¡Maldición! —susurró Samantha, mientras cerraba los ojos ante el temblor que la recorrió —. Ya cállate, Alessandro… y dame permiso —le dijo, moviéndose para ponerse de pie.

—¿A dónde vas? —inquirió feliz de ver cuánto la seguía afectando.

—¡Al baño! —respondió, mirándolo con reproche.

—¿Quieres que te acompañe? —susurró antes de recoger sus piernas.

La mirada que le dirigió Samantha era una clara advertencia, pero eso solo hizo que él sonriera de manera perversa, le dio el espacio para salir y fijó la mirada en su perfecto trasero, en respuesta a su acción, sintió cómo le propinó un golpe con el bolso en el estómago, apenas lo sintió, pero fingió que le había dolido para hacerse la víctima.

Samantha tuvo que lavarse la cara para intentar bajar el fuego que se había apoderado de su cuerpo, mientras se obligaba a olvidar las palabras de Alessandro, tenía que hacerlo; de lo contrario, terminaría aceptando cualquiera de sus proposiciones y sabía en lo que acabaría todo: Ella gritado su nombre cuando alcanzase un orgasmo, revelándole a todos que estaba perdidamente enamorada de él.

Cuando salió del baño las luces estaban apagadas y muchos de los pasajeros ya dormían, con cuidado caminó de regreso a su asiento, le tocó el hombro a Alessandro para hacerle saber que había regresado, él le dedicó una sonrisa y recogió las piernas para dejarla pasar.

—Saqué tu manta y el cojín —dijo, entregándoselas y retiró el posabrazos que los separaba —. Ven, recuéstate en mi pecho quiero que escuches una canción… —La vio dudar—. Tranquila, no encenderán las luces hasta que estemos por llegar, así que nadie nos verá.

Sus deseos de estar cerca de Alessandro la hicieron rendirse, acomodó sus piernas, dejando una en medio de las de él y apoyó la cabeza en su fuerte pecho, escuchando sus latidos y le rodeó la cintura con un brazo.

—Para ti —esbozó Alessandro, poniéndole con suavidad el auricular en el oído y le dio un beso en la frente.

Samantha se relajó, dejándose envolver por la calidez y el aroma que brotaba del cuerpo de Alessandro, sintiendo la acompasada respiración que se estrellaba en su cabello. Vio que él movía su pulgar para activar la canción y ella solo se concentró en escuchar la letra, lo primero que la cautivó fue la voz de Tiziano Ferro, la reconoció de inmediato.

Non ho ali ma... ma so proteggerti
dalle intemperie o per assurdo dalle armonie
Perchè sa far paura anche la felicità
Ma so, ma so... proteggerti.

Ella elevó el rostro para buscar la mirada de Alessandro y se sumergió en ese extraordinario

azul, que lucía tan hermoso y enigmático siendo apenas iluminado por la tenue luz del reproductor de música.

Una lágrima escapó rodando por su mejilla y él la atrapó con su pulgar, dándole una caricia tan sutil que la hizo suspirar, mientras su mirada le gritaba que lo amaba, que él era el hombre más maravilloso que había conocido en su vida. Con cada palabra que entraba a sus oídos acompañada de esa melodía, su corazón se llenaba de felicidad y de certeza al saber que había tomado la decisión correcta.

Alessandro tenía las palabras atoradas en la garganta, esas que había deseado decirle tantas veces y en ese momento que tenía la oportunidad su voz había desaparecido, sonrió sintiéndose nervioso, sin saber a ciencia cierta porqué y acarició con su nariz la de Samantha para después secar con sus labios ese par de lágrimas.

Samantha quería demostrarle cuánto lo amaba, pero las palabras parecían empeñadas en no salir, dándose por vencida, dejó que fuesen sus gestos los que expresaran lo que estaba sintiendo, con suavidad comenzó a pasear sus labios por la mandíbula y la mejilla de Alessandro, sintiendo la áspera y excitante sensación de la barba.

—Gracias —consiguió esbozar cerca de su oído, mientras le besaba la sien y continuó por la poblada y perfilada ceja, se elevó un poco para alcanzar su frente, dejando caer suaves besos y comenzó el camino de regreso—. Es hermosa… me encantó, Alessandro, te prometo que buscaré una para ti —dijo con una sonrisa y le ofreció sus labios.

Él respondió con el mismo gesto antes de unir sus bocas, acariciando primero su lengua para dar paso a un beso de esos que los hacían temblar, intentando ser silenciosos. Samantha se sentía tan maravillosamente bien, que no notó cuando la mano de Alessandro abandonó su cintura, para apoderarse de su seno, no pudo evitar que de sus labios se escapara un suave y excitante gemido, que por suerte ahogó en el cuello de él.

—Por favor, Alessandro… detente —le pidió, temblando al sentir el leve roce del pulgar sobre su pezón.

—Me estoy muriendo por hacerte mía —murmuró él y le dio un par de besos en la garganta, dibujando un camino hacia sus senos que se movían al compás de su respiración agitada, era consciente que debía detenerse o terminaría haciéndole el amor en ese lugar; suspiró liberando su frustración—. Apenas lleguemos a Roma te voy a secuestrar y te encerraré en mi apartamento hasta que tengamos que ir a la villa para las grabaciones —aseguró, mirándola a los ojos—. Ahora dame mi beso de buenas noches y durmamos antes de que pierda la cabeza.

Ella le regaló una sonrisa, agradeciendo que él tuviera la cordura para detenerse; al fin, se quedaron dormidos, manteniendo el abrazo, no les importaba si los veían porque había cosas que no se podían ocultar.

Cuando Samantha abrió los ojos a la mañana siguiente, lo primero que hizo fue buscarlo, elevó el rostro encontrándose con el perfecto perfil de Alessandro que aún dormía, pero la mantenía pegada a él, rodeándole los hombros con un brazo, mientras su mano se apoyaba de manera posesiva sobre la pierna que ella tenía en medio de las de él.

—Buenos días —susurró al ver que él comenzaba a despertar.

—Buenos días, preciosa —esbozó con una sonrisa y le dio un tierno beso en los labios, mientras le acariciaba la mejilla.

—Debemos estar por aterrizar… Voy al baño para acomodarme un poco, seguramente habrá periodistas esperando en el aeropuerto —dijo, moviéndose para liberarse de ese enredo de piernas y brazos.

—Te ves hermosa, pero ve… Te alcanzo en unos minutos —contestó con picardía,

recordando su juego de la noche anterior.

Ella no le reprochó, esta vez le dio un beso que casi era una invitación para que la siguiera, aunque sabía que no podían, le gustaba jugar con él.

Minutos después, la tripulación les ofrecía un ligero desayuno y cada uno de los miembros del equipo se ponía de acuerdo en lo que harían, las órdenes las daba Thomas como el director. Sin embargo, Gary tenía mucho peso en las votaciones y era evidente que no dejaría que nadie lo contradijera, al parecer no había pasado muy buena noche.

—Nos trasladaremos hasta el hotel para descansar, y después nos reuniremos para el almuerzo. Los actores pueden tomarse el día, la reunión será solo de producción —señaló en tono de pocos amigos.

Samantha sintió la molestia instalarse en su pecho ante la actitud del productor, pero no podía hacer nada, eso era un trabajo y ella debía cumplir con lo que se había acordado. Miró a Alessandro consciente que a él tampoco le había agradado, sencillamente porque sus planes de escaparse juntos quedaban aniquilados.

Finalmente aterrizaron en el Aeropuerto Internacional Leonardo Da Vinci y todos se sentían emocionados; en la fila de migración, Alessandro, al ser italiano, pasó más rápido que el resto del equipo. Las normas de seguridad no le permitían quedarse allí, así que caminó hasta el pasillo que llevaba a las cintas donde recogían el equipaje.

Minutos después llegaron los demás, él se acercó a Samantha, feliz porque al fin tendrían tiempo para ellos dos, no sabía cómo lo haría, pero su idea era salir de ese lugar juntos e ir directo a su apartamento. Sin embargo, podía ver que Gary Reynols la seguía a todos lados y en un momento, les hizo una seña para reunirlos.

—Tenemos a los medios italianos esperándonos, varios vídeos tomados ayer en el aeropuerto de L.A. los alertaron de nuestra llegada —dijo, mostrándoles el iPad, en el mismo aparecían las chicas cantando *Call me maybe*, mientras los hombres reían y llevaba por título «La química del equipo de Rendición es asombrosa»—. Mi padre está feliz con la publicidad, pero nosotros debemos lidiar ahora con los paparazis, supongo que también vendrán por Alessandro.

—Seguramente, es la primera vez que me presento ante ellos después de ser escogido para el papel de Franco —contestó sin darle mucha importancia, pero su actitud desbordaba arrogancia.

—Bueno, tenemos que salir de aquí lo más rápido que podamos, nuestros transportes están afuera. Espero que no tenga problemas en tomar un taxi, Alessandro, no podemos desviarnos para llevarlo hasta su casa —comentó Gary, sin mirarlo.

—No puedes dejar que se vaya en un taxi —comentó Samantha, asombrada por la humillación que deseaba hacerle.

—No será necesario, mi familia vino a recogernos —mencionó Alessandro, negándose a darle el gusto de pisotearlo.

—Bueno, mucho mejor… salgamos —dijo sin más.

Emilia y Flavio vieron a su hijo saliendo por la puerta de llegadas, enseguida le hicieron señas para mientras sonrían emocionados.

—Aless, que maravilloso tenerte aquí. —Emilia lo abrazó con fuerza y después le besó ambas mejillas.

—La extrañé tanto, no se imagina cuánto, madre —dijo, dándole un montón de besos en la mejilla, envolviéndola con sus brazos.

—Alessandro, que bueno tenerte en casa hijo, felicitaciones por el papel —mencionó Flavio con una sonrisa y lo abrazó.

—Gracias padre, a usted también lo extrañé —dijo, abrazándolo.

—¿Y ella? ¿Dónde está? —preguntó Emilia con una sonrisa.

—Debe estar por salir —contestó, volviéndose hacia la puerta.

Samantha le había pedido que se adelantara para no suscitar más tensión entre Gary y él; ambos sabían que el productor estaba haciendo eso en represalia porque se negaron a cambiar de asientos. Ella salió junto a su hermana y lo vio junto a sus padres, la sensación de reconocimiento se apoderó de su pecho y les sonrió con calidez.

—Déjame ayudarte, debe estar pesado —mencionó Alessandro, acercándose para quitarle el bolso donde llevaba la portátil.

—No, no te preocupes es liviana —comentó, sintiéndose nerviosa.

—Así tendré una excusa para llevarte con mis padres sin que el idiota de Reynolds haga un espectáculo —indicó, mirándola.

—Pues no necesitamos de excusas, quiero saludarlos —dijo con determinación y caminó hacia ellos, intentando controlar ese temblor que se había apoderado de sus piernas, mostrando una gran sonrisa.

—Madre, padre, les presento a Samantha Steinberg —la presentó y sentía que el pecho le iba a estallar de orgullo.

—Encantada de conocerlo, señor Bonanzierri —dijo, sonriéndole.

—Es un placer conocerla, señorita Steinberg, tiene un gran talento, me gusta su trabajo —mencionó de manera formal, evitando parecer un fanático, eso no iba bien con un hombre de su edad.

Ya estaba al tanto de la relación que unía a su hijo con la escritora, pero no sabía muy bien cómo mostrarse, ya que su mujer le había dicho que debían disimular porque el resto del equipo no sabía.

—Que emoción que nos conozcamos finalmente —dijo Emilia.

—También me emociona mucho conocerla, señora Bonanzierri —expresó ella con una gran sonrisa y se sorprendió cuando la abrazó.

—Hace más de tres años me prometí que si llegaba a encontrarme contigo, te daría un abrazo y me niego a dejar de hacerlo.

—Yo… no sé qué decir —murmuró, su corazón se aceleró y una oleada de lágrimas inundó sus ojos, realmente se había conmovido.

—Perdonen que interrumpa este emotivo momento, pero debemos irnos, Samantha —mencionó Gary, sorprendido ante la escena.

Las dos mujeres se separaron y Emilia se acercó a su hijo al ver la tensión que se apoderó de su semblante, le acarició el brazo para relajarlo mientras detallaba al productor, ya estaba al tanto de la antipatía de Alessandro por el hombre y motivos le sobraban.

—¿Puedes darnos dos minutos, por favor? —pidió Samantha.

—Los autos esperan por nosotros, la seguridad apenas puede controlar a los periodistas y a las fanáticas.

—Bien, pues salgan ustedes, eso los distraerá… Yo tomaré un taxi —indicó dejando claro que no aceptaría que le impusiera nada.

—Sabes perfectamente que no puedo hacer eso —mencionó con seriedad y miró al resto del equipo que los esperaba.

—Pues pensabas hacerlo con Alessandro que corre más riesgos que yo, así que no te preocupes puedo arreglármelas sola —indicó sin desviarle la mirada un solo instante.

—¡Oh, por favor! No queremos causar problemas, señor. —Emilia intervino al ver que la situación se estaba tornando tensa.

—Gary, no debe preocuparse, si ustedes deben irse ya, háganlo. Yo me encargaré de llevar a Samantha hasta el hotel —dijo Alessandro.

Le encantó que su mujer le dejara las cosas en claro a la imitación de Ken; además, el idiota estaba poniéndole todo en bandeja de plata. Sí, él llevaría a Samantha, pero después de hacer una escala en su casa.

—Hola… ¿Son los padres de Alessandro? —preguntó Diana, llegando a la escena con esa sonrisa radiante que siempre mostraba.

—Encantado, señorita, Flavio Bonanzierri —se presentó, extendiéndole la mano con una sonrisa.

—Es un placer, soy Diana Steinberg, la hermana menor de Samantha. —dijo, recibiendo la mano y después se acercó a la dama—. Es maravilloso conocerla señora, Alessandro me dijo que era una dama excepcional, y yo diría que muy hermosa, además —comentó, mirando a la mujer y se acercó a ella para saludarla de beso en la mejilla.

—Gracias señorita, Emilia Bonanzierri —dijo feliz por su entusiasmo, cuando se separaron vio el semblante contrariado del rubio.

—Ha sido un placer conocerlos, pero como comprenderán, debemos retirarnos, ha sido un viaje muy largo y todos estamos agotados, podemos acordar para vernos más adelante, señores Bonanzierri. —Gary intentó no quedar delante de Samantha como un ogro.

—El placer ha sido nuestro señor… —Emilia le hizo saber que no se había presentado como debía, poniéndolo en evidencia.

—Soy Gary Reynolds, mi estimada señora Bonanzierri —mencionó, extendiéndole la mano con una sonrisa—. Les daría todo el tiempo del mundo si estuviéramos en una situación distinta.

—No se preocupe, lo entendemos perfectamente, llevamos años sufriendo de esto a causa del maravilloso talento de nuestro Aless —contestó con una sonrisa y se acercó a Samantha—. Ha sido un inmenso placer conocerla, señorita Steinberg, me gustaría tener más adelante una conversación con usted —indicó, mirándola a los ojos.

—Estaría encantada, por favor llámeme, Samantha —dijo sonriendo, se aproximó y le dio un beso en la mejilla mientras la abrazaba. También se acercó al padre de Alessandro; aunque él se notaba más distante, la sonrisa que le dedicó la animó a abrazarlo—. Ha sido maravilloso conocerlo —esbozó y después se separó de su futuro suegro.

Ella apenas pudo despedirse de Alessandro, quien en un susurro le confirmó que tenían una cita esa noche para la fiesta de Paula, pasaría por ella a las siete y para no levantar sospechas le dijo que llevara también a Diana y a Kimberly. Ella le aseguró que iría, aunque le tocase tener una charla bastante seria con Gary, no iba a permitir que la limitase de ningún modo, ella ya era la mujer adulta y podía hacer con su tiempo lo que quisiera sin tener que darle explicaciones nadie.

Alessandro no se sentía muy contento por tener que separarse de Samantha, pero viendo el panorama no podía hacer mucho, su apartamento debía estar rodeada de periodistas. Si lo veían llegar juntos, el rumor se correría por toda Roma en minutos; y eso no le importaría en absoluto, si no fuese consciente que podía terminar desatando una ola de rumores que la perjudicaría, así que resignado la vio marcharse.

Capítulo 33

Samantha le comentó a Diana sobre la invitación, y aunque no se sentía muy contenta de llevar a Kimberly, sabía que era lo mejor; de lo contrario, se intensificarían los rumores que andaban corriendo, por el breve encuentro que había tenido con los esposos Bonanzierri.

—Ya estoy lista… este fue uno de los pocos vestidos que empaqué, no esperaba tener que asistir a una fiesta formal tan pronto —mencionó Diana, entrando al baño donde estaba su hermana.

Samantha la miró y le dedicó una sonrisa, su hermana era hermosa pero pocas veces usaba vestidos; porque según ella, porque no tenía una figura agraciada para llevarlos, pero cuando se ponía uno, dejaba salir esa delicada y elegante mujercita que vivía en ella. Dejó el labial para tomarle la mano y hacer que diera una vuelta.

—Te ves hermosa… Los padres de Alessandro no dijeron que fuera un evento de etiqueta, es solo una pequeña reunión —indicó para hacerla sentir confiada y tomó el rímel para continuar con su tarea.

—Espero no desentonar… es solo eso, sabes que no me siento tan cómoda llevando vestidos. Nuestra madre te heredó toda su elegancia a ti —comentó, mirándose una vez más en el espejo.

—Tú también eres elegante, aunque vayas de jeans… Y para tu información, no eres la una única con dudas… la verdad es que no sé si estoy bien. —Podía jurar que sus nervios eran mayores que los de su hermana, los anfitriones de esa reunión eran sus nuevos suegros.

—No tienes de qué preocuparte Sam, te ves bellísima, ese color te queda muy bien y el diseño del vestido es hermoso… Resalta todas tus curvas, creo que vas a tener que quitarte a más de un italiano de encima hoy —dijo con picardía, mirándole el trasero.

Su hermana se había esmerado en su arreglo, se veía hermosa en ese vestido rosado, el escote imperio hacía lucir sus senos tan perfectos y sensuales. Samantha no tenían nada que envidiarles a las estrellas de cine. Si ella tuviera por lo menos la mitad de las curvas que poseía su hermana, sería la mujer más feliz de la tierra; pero la naturaleza solo le dio unos hermosos ojos grises y un cuerpo escuálido.

Samantha solo quería tener a un italiano encima esa noche y eso lo deseaba en el sentido más literal de la palabra, no pudo evitar sonrojarse ante sus pensamientos y el deseo que se despertó en su cuerpo al ser consciente de lo que sucedería esa noche entre Alessandro y ella. Aun no sabía cómo se las ingeniarían, pero era seguro que ellos dos se entregarían igual que años atrás, sin cohibiciones ni dudas.

Una vez que estuvieron listas, bajaron a la recepción donde habían quedado en verse con Kimberly, pues Alessandro había quedado en pasar por ellas a las siete. La actriz apareció luciendo un hermoso sencillo negro de puntos blancos, sencillo pero elegante a la vez.

—Hola… lucen bellísimas —las saludó con una sonrisa.

—Gracias, Kimberly —respondió Samantha—. Tú también te ves genial, tu vestido es precioso —comentó con una sonrisa.

—Bueno, queda claro quiénes son las famosas y quién la fotógrafa —dijo Diana con una sonrisa que intentaba ocultar su inconformidad.

—Pero eres una fotógrafa a la última moda, me encanta tu vestido, Di, es fresco y libre como

tú —acotó Kimberly con una sonrisa.

—Se lo he dicho varias veces. —Samantha, sintió su teléfono vibrar.

Lo sacó encontrándose con un mensaje de Alessandro, le decía que estaba cerca. Les dijo a sus acompañantes y le respondió que ya esperaban por él; recibió otro que la hizo sonreír como una chiquilla enamorada, respondió sí llevaba un vestido esa noche, la reacción de Alessandro fue inmediata, le escribió reduciendo el tiempo en que llegaría.

—Buenas noches, que hermosas lucen todas, no estaba al tanto que saldrían a algún club —mencionó Gary, que entraba al lobby—. Quizás sería prudente que alguien del equipo las acompañara, ya vieron cómo estaba la prensa hoy cuando llegamos.

—No lo necesitaremos, Gary, vamos a la casa de los padres de Alessandro, tienen una reunión por el cumpleaños de su hermana y nos han invitado —mencionó Samantha, mirándolo a los ojos.

—Entiendo… pero igual, deberían llevar a alguien. Si me dan media hora, puedo acompañarlas, le diré a Thomas que también venga con nosotros o bien puede ser el resto del equipo —dijo con su mirada fija en Samantha, no podía creer que estuviera interesada en el actor.

—Alessandro viene en camino a buscarnos, así que ustedes pueden llegar después de nosotras —contestó sin dar su brazo a torcer, Gary estaba muy equivocado si creía que podía decirle qué hacer.

Diana y Kimberly veían el intercambio de palabras y podían sentir la tensión que se iba acumulando en el ambiente, la actriz quiso intervenir y salvar la situación con algún comentario casual.

—Samantha… ¿Podrías acompañarme un momento por favor?

—Por supuesto —respondió y caminó hasta donde se detuvo.

—¿Existe algo con relación a Alessandro Bonanzierri de lo que yo deba enterarme? —su pregunta fue directa, no era hombre de rodeos.

—¿A qué te refieres? —contestó Samantha con otra interrogante y los nervios comenzaron a bullir en su interior.

—No lo sé, tú dímelo —cuestionó, mirándola a los ojos y al ver que no respondía, decidió continuar—. ¿Sabes algo? Me resulta un tanto extraña esa reacción que tuviste con sus padres… Además, esta invitación a su casa y la manera en cómo me retaste delante de todos.

—Yo no te reté, simplemente te hice caer en cuenta de la locura que decías. Alessandro es el protagonista de Rendición, y no tengo que decirte lo importante que es para el proyecto porque se supone que ya lo sabes, al igual como lo es Kimberly… La prensa está al pendiente y si deseas que sigamos manteniendo la imagen que dimos en el vídeo de L.A. y en la fiesta de presentación, entonces deberías tener presente que somos un equipo —señaló mostrándose segura mientras le mantenía la mirada.

—Eso lo tengo muy claro, Samantha, este es mi proyecto; por lo tanto, cuando doy una orden espero que se cumpla, hoy cuando te pedí que subieras a la camioneta debiste hacerlo sin protestar…

—¿Disculpa? Yo firmé un contrato con tu padre no contigo, y en ningún momento leí que me sometería a tus órdenes, estoy aquí para dar mi opinión y supervisar que la adaptación sea lo más fiel posible al libro y al guion, no para ser una de tus empleadas —expuso furiosa y estaba dispuesta a irse, pero recordó algo más—. Y lo que haga con mi tiempo es cosa mía, a donde voy, con quién o cuándo… solo lo decido yo y quiero que eso te quede claro. Que tengas buenas noches.

Gary se quedó mirándola sin poder creer que se atreviera a hablarle así, creía que todo sería sencillo y le sobrarían oportunidades para conquistarla, pero se había equivocado y odiaba cuando eso sucedía. Antepuso sus deseos de hacerle ver a Samantha, que él no estaba jugando, solo se dijo que debía ser inteligente y esperar a que ella bajara la guardia, había fallado en su estrategia y perdido esa batalla, pero juraba que al final terminaría victorioso, esa mujer sería suya.

∞∞∞

Después de tener que lidiar varios minutos con el tráfico de Roma, al fin vio la enorme fachada del *The Saint Regis*, aparcó en el área permitida y bajó de su *Maserati Kubang*, modelo al que le había hecho publicidad recientemente. Se acomodó la americana negra mientras caminaba al vestíbulo, buscó con la mirada a Samantha encontrándola junto a su hermana y Kimberly. Su escritora lo embelesó de inmediato, lucía tan bella esa noche que puso a su corazón a latir de manera desbocada.

—Buenas noches, chicas —saludó, captando las miradas de todas.

—Hola, Alessandro, creo que todos nos pusimos de acuerdo para deslumbrar esta noche, te ves guapísimo —mencionó Kimberly.

—Kim, tiene toda la razón, te ves genial —indicó Diana, sonriendo.

—Gracias, pero ustedes me han opacado por completo —dijo él, mirando a Samantha que lo veía como si no fuera real.

—Buenas noches, Alessandro —mencionó al fin, pues la había dejado sin habla, no podía comprender cómo cada vez que lo veía le parecía más guapo a como lo recordaba—. Gracias por el cumplido, te ves muy bien.

Él le dedicó una sonrisa de esas que arrancaban suspiros y tuvo que contenerse para no amarrarla entre sus brazos y besarla delante de Diana y Kimberly, lucía tan hermosa que parecía irradiar luz.

—¿Les parece bien si nos vamos ya? El tráfico a esta hora se pone algo pesado y mis padres viven en Olgiata, eso queda en Lazio y con suerte estaremos allí en cuarenta minutos —informó, mirándolas.

—Viven a las afueras de la ciudad como nuestros padres —comentó Diana con una sonrisa mientras caminaban.

—Así es, Diana, es un circuito cerrado, tiene un club de golf y un centro hípico, pero lo mejor es que les da tranquilidad.

—¿Es decir que tú eres un niño rico romano? —indagó, mirándolo.

—Diana —la reprendió Samantha por ser tan confiada.

—Contrario a lo que puedan decir las apariencias, no lo soy. Mis padres son dos profesionales como tantos otros, que han visto los frutos de su trabajo recompensados. Antes vivían cerca de la Fontana di Trevi, a pocas calles de donde vivo… pero se cansaron del acoso de la prensa y decidieron mudarse hace tres años —explicó, sin dar muchos destalles.

—Contrario a lo que puedan decir las apariencias —esbozó Diana, viendo la preciosa Maserati Kubang.

Alessandro sonrió mientras le abría la puerta del copiloto a Samantha y la trasera a ella y a Kimberly, después caminó con esa elegancia que lo caracterizaba para ocupar su asiento, se puso el cinturón de seguridad y miró a Diana por el retrovisor.

—Bueno, también he cosechado los frutos de mi trabajo, tengo trece años de carrera y la única vez que tomé unas vacaciones prolongadas, fue hace poco más de tres años —comentó, encendiendo el motor y se sintió feliz al ver la sonrisa de Samantha.

—¿No has tomado vacaciones desde entonces? —inquirió Kimberly asombrada—. Yo después de cada película me voy a alguna playa paradisíaca, y apenas tengo siete años en el mundo del cine.

—Al menos no unas tan largas y que haya disfrutado tanto como aquellas, Kimberly —respondió, sonriendo.

Encendió el reproductor de sonido que tenía su iPod instalado, dejó que la misma lista de reproducción siguiera. La voz de *Eros Ramazzotti* inundó el interior del auto y segundos después se le unió la de *Anastasia* para cantar a dúo *Belong to you*.

—Amo esa canción —esbozó Kimberly entusiasmada—. Tuve que buscar los subtítulos de las partes en italiano y me encantó aún más.

—Pues los tres tienen ventaja sobre mí… yo la he escuchado, pero no he buscado lo que significan. Samantha, seguramente la entiendes perfectamente al igual que Alessandro —indicó Diana, mirándola.

—Sí, es muy hermosa… ¿Saben algo? El compositor está buscando una canción como ésta que una los dos idiomas, los dos mundos dentro de Rendición —comentó, moviéndose para sentarse de lado y mirar mejor a Alessandro—. ¿Qué les parece si se la sugiero? —preguntó, mirándolos a todos para no quedar al descubierto.

—Sería fantástico, Samantha —expresó Kimberly con una sonrisa.

—Si a ustedes les gusta, voto a favor y de seguro podré aprendérmela de aquí a que salga la película —contestó Diana.

—¿Tú qué dices, Alessandro? —inquirió Samantha, usando sin darse cuenta un tono más íntimo.

—Me parece perfecto, y me alegra que vayamos identificando el sentimiento que ambos comparten —respondió, mirándola a los ojos.

Una mirada que para Samantha tenía un significado mucho más poderoso, que le expresaba un inmenso amor y la esperanza de tener una vida juntos, perteneciéndose uno del otro como decía la canción. Le entregó una de sus mejores sonrisas y tuvo que controlar el suspiro que revoloteaba en su pecho, así como las ganas de besarlo.

—¿Puedes repetirla, por favor? —pidió, buscando que sus palabras le trasmitieran parte del sentimiento que tenía dentro del pecho.

—Claro, todo para complacerte e inspirarte —expresó con una sonrisa que iluminaba su mirada, casi tanto como la de ella.

Diana y Kimberly intercambiaron una mirada de desconcierto, pero después compartieron una sonrisa cómplice, mientras en sus cabezas la idea del nacimiento de una posible relación amorosa entre Alessandro y Samantha se concretaba. Durante el vuelo habían mencionado algo al respecto e incluso Kimberly mencionó que él parecía tener más química con la escritora que con ella.

Diana que no pudo controlar su lengua y le habló sobre el interés que había mostrado Alessandro por saber más de Samantha y de su visita a Chicago. Ambas podían sentir que había algo más entre esos dos y ellas acababan de proponerse descubrirlo; fueron sacadas de sus cavilaciones cuando, para su sorpresa, los escucharon cantar una de las estrofas en italiano e inglés de la canción y lo hacían de maravilla.

Vincerò per te le paure che io sento,

quanto bruciano dentro le parole che non ho più detto, sai…
Want you, baby I want you and
I thought that you should know that I believe.
Lampi nel silenzio siamo noi
I belong to you, you belong to me.

Para Alessandro y Samantha cada vez les resultaba más complicado esconder el sentimiento que los unía, no podían evitar que las emociones los rebasaran y terminaran poniéndose en evidencia; por suerte, la música cambió dándoles la oportunidad de escapar de ese hechizo que parecía envolverlos, haciendo que sus corazones tomaran el control. Alessandro le subió el volumen y comenzó a cantar junto al vocalista de *One Republic*, una de sus canciones favoritas *Counting Stars.*

—***I couldn't lie, couldn't lie, couldn't lie… Everything that kills me makes me feel alive*** —esbozó y notó que Diana y Kimberly también lo hacían, incluso Samantha se unió quizás buscando disimular al igual que él, le guiñó un ojo y continuó con la canción.

Minutos después entraban a la hermosa mansión de dos plantas al más puro estilo italiano con techos de tejas y paredes de un cálido tono naranja, iluminada con luces blancas. El bullicio que provenía del interior les anticipaba que la fiesta había comenzado. Alessandro aprovechó que Diana y Kimberly se habían adelantado un par de pasos a ellos, para tomarle la mano a Samantha mientras la miraba a los ojos.

—Bienvenida, señorita Steinberg —susurró con una hermosa sonrisa.

Ella le respondió de la misma manera y se arriesgó a darle un rápido beso en los labios, la sonrisa de él se hizo más amplia y Samantha le guiñó un ojo, sentía que su mundo era perfecto una vez más. La reacción de los invitados y la familia de Alessandro los tomó por sorpresa, pues fueron recibidos por una ola de aplausos, las primeras en acercarse fueron las primas del actor, que se le colgaron del cuello para felicitarlo.

Alessandro se liberó de ellas con rapidez e hizo las presentaciones, de inmediato toda la atención se volcó en Samantha, pues todas deseaban preguntarle sobre el libro. Mostrando una sonrisa llena de orgullo, caminó hasta sus abuelos para abrazarlos, tenía dos meses sin verlos pues la edad pocas veces les permitía trasladarse hasta Roma.

—Mis niñas, necesito que dejen respirar a Samantha, por favor. —Emilia acudió en auxilio de la escritora.

—Estamos intentando convencerla para que haga una continuación de la historia, todas queremos saber más de Franco y Priscila —comentó Bianca con una sonrisa entusiasta.

—Creo que todas queremos saber más de ellos, Samantha es nuestra invitada, no está aquí por trabajo… Ven, querida, te presentaré al resto de la familia y también a mi pequeña Paula. —Se la llevó del brazo.

—Muchas gracias, señora Emilia —dijo Samantha, sonriéndole.

—No tienes nada que agradecer, estoy feliz de tenerte aquí… Además, si alguien debe dar las gracias soy yo. Tú me devolviste a mi Aless; en realidad, me diste uno mejor… No tienes idea de lo distinto que regresó de esa época en la villa —acotó, mirándola a los ojos y le dedicó una sonrisa al verla sorprendida, suspiró y continuó—: Incluso se quedó un par de meses viviendo con nosotros cuando nos mudamos aquí. La prensa no lo dejaba en paz y él en lugar de actuar como la mayoría esperábamos. Es decir, aprovechando eso para montar un espectáculo y resurgir como el Ave Fénix, no lo hizo. Simplemente se alejó para esperar que las aguas volvieran a su cauce.

—Yo… Supe que no regresó al mundo del espectáculo sino meses después, pero pensé que

estaba preparándose para hacerlo en grande, justo como lo hizo —comentó ella desconcertada.

—No le hizo falta alardear mucho, mi hijo tiene un don especial, Samantha, al igual que lo tienes tú y ahora que te conozco, comprendo más los motivos que los llevaron a separarse, era algo que ambos debían hacer… No estaban listos para comprometerse —dijo, mirándola y le posó una mano en la mejilla con ternura—. Pero ahora las circunstancias son distintas, ambos han madurado en esos aspectos de sus vidas que estaban incompletos, estoy segura de que esta vez harán las cosas de la manera correcta —agregó con una sonrisa.

—Siento que aún… Hay muchas cosas por aclarar, creo que ninguno de los dos ha querido ahondar mucho en nuestra separación, para no dañar el momento que vivimos, pero… —se interrumpió sin saber cómo explicarse y desvió la mirada buscando a Alessandro.

—El momento llegará, Samantha, no deben apresurarlo. Sé que no te gusta que te presionen y mi hijo carece de paciencia, pero estoy segura de que encontraran un equilibro. Ya lo tuvieron durante varios meses y algo me dice que esta vez pueden encontrarlo para toda la vida. Solo promete que no te darás por vencida ante el primer obstáculo que se les presente.

Samantha se mordió el labio inferior, un claro gesto de que estaba nerviosa, la madre de Alessandro tuvo que interpretarlo muy bien, porque cedió y negó con la cabeza mientras le sonreía.

—No me prometas nada a mí y tampoco sientas que tienes un compromiso conmigo, esto debe ser tu decisión, Samantha.

—Gracias —esbozó, sintiéndose aliviada.

—Ven, vamos a reunirnos con los demás; por cierto, debes firmarme todos los libros… Y por favor, con dedicatoria especial —pidió como si se tratase de una fanática más, en el fondo lo era.

—Estaría encantada —expresó, sonriendo y se acercó al grupo.

Diana y Kimberly habían sido presentadas al resto de la familia por Alessandro y Lisandro, junto a ellos estaban dos personas mayores que debían ser los abuelos, finalmente vio a Paula, la reconoció de inmediato pues la recordaba a de las fotografías, estaba igual de hermosa.

—Samantha, bienvenida a nuestra casa —la saludó Flavio.

—Muchas gracias, señor Bonanzierri, le he traído algo —pronunció, mostrando una sonrisa nerviosa y le extendió la bolsa de regalo.

—Gracias por el detalle, Samantha, no te hubieras molestado —dijo, sacando la elegante botella de *Barolo Rapet Gold*, mostrando una gran sonrisa—. ¡Mira esto!… Es uno de mis favoritos. —Vio el interés en la mirada de su hijo menor y se la extendió—. Veamos qué dice el experto, aunque es mía así que no te encariñes con ella.

Samantha sonrió al notar la sorpresa en el semblante de Alessandro, cuando tuvo la botella en sus manos, no podía creer que, en verdad, él recordara cada episodio del tiempo que vivieron juntos. Lo vio acariciar la etiqueta y después elevó el rostro para mirarla.

—Excelente elección, Samantha —esbozó con la mirada brillante.

Ella asintió dedicándole una sonrisa, feliz de haber saldado aquella deuda. No se percató de las miradas de su hermana y Kimberly, que habían activado sus alarmas al escuchar al padre de Alessandro llamarlo «experto» refiriéndose seguramente a su habilidad con los vinos.

—También le traje esto a Paula, feliz cumpleaños… Estoy encantada de conocerte —mencionó con una sonrisa, mientras la miraba.

—Gracias, es un placer —contestó de manera escueta.

Las tres invitadas tenían algo que le agradaba, a diferencia de muchas de sus amistades, no parecían ser arrogantes o hipócritas. Aunque por la amabilidad de su madre para con la escritora y las miradas que le dedicaba Alessandro, era a ella la que querían impresionar.

Emilia quiso aligerar la incomodidad que vio en Samantha, ante la actitud tan fría de Paula; hasta el momento se había portado bien, pero comenzaba a sospechar que la tensa calma que reinaba entre Alessandro y ella no duraría mucho. Así que ella continuó con las presentaciones.

Samantha por fin conocía a Vittoria, era una mujer bellísima; la verdad, no comprendía por qué Lisandro jugaba al Casanova, teniendo a su lado a una chica como ella. Sus ojos tenían una forma alargada que la hacía lucir como una gata, pero lo más impresionante era el azul topacio, el cabello era un rubio oscuro; además, de ser hermosa era muy amable, de inmediato la acogió como si fueran amigas.

∞∞∞

Romina llegó dispuesta a hacer una entrada triunfal y cobrarse la ofensa de que no la hubieran invitado, esperaba que Alessandro fuera a buscarla ese día, pero en vista de que no lo hizo, decidió tomar el asunto en sus manos. Y ahora que no solo era el hombre más deseado de Italia, sino de todo el mundo, no dejaría que se le escapara de las manos.

—Señorita Ciccone, buenas noches —la saludo el ama de llaves.

—Isabella, encárgate de esto… —Le hizo entrega de un abrigo.

Caminó hacia el grupo donde estaba Alessandro y su sorpresa fue mayúscula al ver a esa mujer allí. No quiso hacer caso a su sexto sentido, que le revelaba la verdad que se escondía tras las últimas palabras que le dijo su novio para justificar su interés por ir a la audición. Pero ver a la escritora despejó sus dudas y la llenó de rabia, se negaba a ser desplazada de esa manera y menos por una insípida como Samantha Steinberg.

—¡Alessandro, mi amor! —exclamó y se le colgó del cuello al tiempo que lo besaba en los labios repetidas veces—. Te extrañé tanto, estuve a punto de tomar un avión para ir a buscarte —agregó, mirándolo, sin darle importancia a su asombro, luego se giró para dedicarle una sonrisa a los demás—. Perdonen que llegue tarde, es que el vuelo desde París tuvo un retraso, pero no podía pasar este día lejos de mi hermosa Paula; además, de darle la bienvenida a mi adorado novio —dijo con una sonrisa.

Samantha no podía creer lo que estaba viendo, sintió su corazón hacerse un puño y golpear con fuerza dentro de su pecho, mientras un nudo se formó en su garganta, impidiéndole respirar de manera normal; podía jurar que sus ojos se habían colmado en lágrimas.

—¿Qué estás haciendo aquí? —inquirió Alessandro, mirándola con rabia e intentó alejarse de ella, pero Romina no cedió.

Él no supo cómo reaccionar en cuanto fue abordado por ella, su primera reacción fue mirar a Samantha; en lugar de quitarse de encima a su exnovia, lo que vio en la mirada marrón le causó miedo y dolor.

—¡Oh, por Dios! No puedo creerlo, debes ser la famosa Samantha Steinberg —ignoró a Alessandro y saludó a la escritora—. Encantada, Romina Ciccone… muy pronto de Bonanzierri —señaló con una sonrisa.

—Un placer —murmuró Samantha, recibiendo la mano.

—Tu libro es maravilloso —dijo, disfrazando su falsedad con una sonrisa, aferrándose a Alessandro para evitar que la sacará de allí. Luego miró a la actriz que la veía con algo de desagrado—. Felicitaciones han escogido a los actores perfectos… Kimberly. Te puedo tutear ¿verdad? Me encanta tu trabajo, solo te advierto que seas muy profesional con mi novio —indicó

en tono de broma mientras la miraba.

—Gracias, y sí puedes tutearme, pero no te preocupes que todo lo que hagamos Alessandro y yo será actuado. Somos profesionales —contestó con tono serio, la insinuación de esa rubia espantosa la había ofendido, no podía creer que el italiano tuviera tan malos gustos.

—Samantha, te molestaría si te pido que firmes mis libros ahora —habló Emilia para intentar salvar la situación.

—En lo absoluto, estaría encantada de hacerlo —comentó, dedicándole una sonrisa, aunque sus ojos mostraban un gran dolor.

Alessandro intentó hablar para detenerlas, pero su madre le indicó con la mirada que no lo hiciera, y que, en lugar de ello, sacara a Romina Ciccone de su casa. Esa mujer nunca le había caído bien, era una arribista que solo buscaba escalar posición valiéndose de la fama de su hijo.

Paula había estado aburrida, pero sintió que la velada comenzaba a animarse, era buena observadora y notó que algo sucedía entre la escritora y Alessandro, la actitud de su familia, así como la de la americana, los dejaron en evidencia.

—Necesito hablar contigo, ahora. —Alessandro casi arrastró a Romina fuera de la casa, una vez afuera, la soltó con brusquedad—. ¿Se puede saber qué demonios haces aquí? —preguntó, mirándola.

—Vine a la fiesta de cumpleaños de mi cuñada —contestó, alisándose el vestido y le dedicó una sonrisa falsa.

—No estabas invitada, Romina —indicó furioso.

—Ah, ¿no? ¿y quién lo estaba? ¿La estúpida de Samantha Steinberg? —inquirió sin poder ocultar más su molestia.

—Vuelves a llamarla de esa manera y…

—¿Y qué? ¿Acaso no es verdad? ¿No es tan poca cosa que tuvo que escribir una pésima novela para atraer tu atención de nuevo? de verdad me dan pena, no sé cuál de los dos es más patético si tú o ella…

—¡Cállate, Romina! Te vas ahora mismo de aquí —dijo, tomándola del brazo para llevarla al estacionamiento.

—Armaré un escándalo como se te ocurra sacarme de aquí. Yo soy tu novia y no dejaré que me humilles por esa… ¡Alessandro!

—Tú y yo terminamos, pensé que podíamos quedar como amigos, pero ya veo que esas no son tus intenciones, así que te quiero lejos —le dijo con severidad y abrió la puerta del auto para meterla.

—Ni sueñes que te vas a librar tan fácilmente, yo sé muchas cosas que te arruinarían. Empezando por la manera cómo conseguiste este maldito protagónico… Si la prensa se llega a enterar que lo hiciste acostándote con ella, estarás acabado y esa mujerzuela también.

—Te voy a decir esto una sola vez, Romina, no se te ocurra hacer nada para dañar a Samantha, porque vas a conocer una parte de mí que te juro no te gustará… ahora lárgate de aquí y no vuelvas a molestarnos —la amenazó mirándola a los ojos.

—Y yo te digo que el capricho no te va a durar mucho… Si ella llega a perdonar lo que acaba de ver —esbozó, riendo con sorna—. Dudo mucho que esté dispuesta a arriesgar su reputación por ti… Si sabe lo que le conviene, regresará a su país; de lo contrario, deberá atenerse a las consecuencias, y lo mismo va para ti.

Aceleró de manera amenazante antes de perderse en el camino, dejando un silencio que le provocó una extraña sensación en el estómago a Alessandro. Se obligó a creer que todas eran amenazas sin sentido, tenía que buscar a Samantha y hablar con ella, explicarle la situación antes

de que pudiera formarse una idea equivocada. Caminó de regreso a la casa ignorando las miradas cargadas de interés de sus familiares y se dirigió al estudio donde debía estar Samantha junto a su madre.

Capítulo 34

El silencio reinaba en el estudio de la casa de los Bonanzierri, pero dentro de su cabeza la voz de su madre la torturaban, reprochándole por haber creído en Alessandro; sin ninguna piedad repetía aquellas palabras que le dijo cuándo discutieron. Él no estaba enamorado, solo había ido a buscarla para que fuera la llave que le abriría todas las puertas, y en ese momento que estaba en la cima del mundo, podía acabar con el teatro.

«¿Tenías que hacerlo de esta manera tan cruel?» se preguntó en pensamientos mientras miraba la oscuridad que reinaba en el jardín.

Emilia no sabía qué palabras usar para aliviar la decepción que veía en Samantha, era evidente que estaba muy dolida con Alessandro; pensó en una manera de justificar lo sucedido, pero quizás eso solo provocaría que la humillación que sentía fuera más grande.

—¿Encontró los libros? —pregunto, volviéndose a mirarla con una gran sonrisa, la misma que buscaba esconder el dolor que sentía.

—No, no es necesario que lo hagas ahora… Samantha, estoy segura de que Aless no quiso que algo así sucediera —dijo con tono sincero.

—Por favor, no hablemos de ello, señora Bonanzierri, ya no importa.

Caminó intentando distraerse con los títulos en la biblioteca; sin embargo, la escena entre Alessandro y esa mujer seguía repitiéndose en su cabeza, así como las palabras que dijo. Se había presentado como su novia, la futura señora Bonanzierri y él no la desmintió; simplemente, dejó que ella alardeara delante de todos que era suyo. El dolor la estaba desgarrando y una vez más debía aguantarlo sin poder expresarse, sin derramar una lágrima. Escuchó la puerta abrirse y se volvió para ver quién entraba, aunque sabía que debía ser él que venía a seguir con su teatro.

—Los dejaré solos para que hablen —mencionó Emilia, se acercó a su hijo, acariciándole el brazo para darle ánimos.

—Samantha… —Alessandro necesitaba tocarla.

Ella dejó caer sus párpados, intentando encontrar un equilibrio entre lo que debía hacer y lo que deseaba, solo escucharlo llamándola hizo que su corazón comenzara a latir tan rápido. Sus ojos se llenaron de lágrimas, tantas ideas iban y venían dentro de su cabeza que estaban a punto de volverla loca, quería tener la fortaleza para salir de allí, pero su corazón la obligaba a permanecer e intentar creerle.

—Siento mucho lo que ha sucedido, no esperaba que ella apareciera aquí y actuara de esa manera —esbozó, hundió su rostro en el cabello, dándole un beso para pedirle disculpas.

Samantha sintió que la estaba desarmando y no podía permitirle que lo hiciera, si dejaba que las cosas pasaran sin más, en ese momento, después no tendría manera de reclamarle. Caminó hacia la ventana, mientras buscaba las palabras adecuadas para enfrentar esa situación.

—¿Hace cuánto que terminaste con ella? —preguntó sin mirarlo, necesitaba estar clara y firme en su postura.

—Una semana antes de ir a la audición —contestó con la verdad.

—¿Y por qué nadie lo sabe? Tu familia la recibió como si todo estuviera normal entre ustedes, y la prensa no ha reseñado nada acerca de su separación —le cuestionó, volviéndose a mirarlo.

—No me gusta dar detalles de mi vida privada a nadie, mucho menos a la prensa… No les interesa con quién salgo, solo debe importarles mi carrera como actor, nada más —respondió, caminando para estar más cerca de ella y que viera la verdad en su mirada.

Ese era un argumento válido y ella lo sabía, tampoco le gustaba que la prensa se inmiscuyera en su vida privada, lo miró intentando creer en él y callar la voz de su madre que le decía que solo quería sacar provecho de la situación. Él no era así ¡No podía serlo! Le había demostrado que la quería, no se lo había dicho, pero se lo había dejado ver muchas veces.

—¿Tienes idea de cuánto me dolió lo que acabo de ver, Alessandro? —preguntó con la voz estrangulada por retener el llanto.

—Algo parecido a lo que sentí cuando te vi junto a Dylan Howard —contestó mirándola a los ojos—. También me sentí en un infierno ese día y no por eso comencé a cuestionarte —agregó con rabia y dolor.

—Eran situaciones muy distintas, él era mi novio y entre mis planes no estaba retomar una relación contigo… Pero esto es distinto o quizás no, a lo mejor tú estabas esperando a tener algo seguro conmigo para terminar con ella —le reprochó, sintiendo que la rabia no la dejaba llorar.

—Siempre he estado seguro de lo que quería y lo que sigo queriendo.

—¿Siempre has estado seguro? ¡Por Dios, Alessandro! No tienes que mentir, hace años no tenías la más mínima idea de lo que querías…

—¿Cómo puedes saberlo? —inquirió molesto.

—¡Porque si lo hubieras estado no me habrías dejado marchar! —le gritó sin poder contenerse y dejó correr las lágrimas que la ahogaban.

Él se quedó en silencio pues no podía argumentar nada contra eso, ella tenía razón. Sin embargo, las cosas eran distintas ahora, él sabía lo que quería y no dejaría que el destino los separara de nuevo, no en ese momento que tenía la certeza de que se amaban.

—He cometido muchos errores y puede que sí, no tenía idea de lo que quería en ese entonces, mi mundo estaba patas arriba y arrastrarte a este habría sido injusto… No hubieras soportado tanta presión…

—No hables por mí, no lo hagas, Alessandro. No puedes decir lo que hubiera soportado y lo que no… ¿Por qué todos tienen la maldita manía de saber lo que es mejor para mí? ¿Por qué piensan que no tengo la suficiente fortaleza y madurez para asumir las pruebas que la vida me pone delante? —Le dolía al ver que él la trataba igual que su madre.

—¿Si estabas preparada por qué no lo hiciste, Samantha? ¿Por qué no regresaste a Italia y te arriesgaste a creer en ese amor que sentías, por qué no creíste en mí? —Dejó libre su rabia.

Hasta el momento se había callado que ella no hubiera reaccionado al leer la nota, ni siquiera la había mencionado y se preguntaba si al menos la recordaba, si la leyó; o si la lanzó a la basura junto a las fotografías.

—No me diste motivos para hacerlo… por el contrario, hiciste que me llenara de rencor, había cuatro meses cuando andabas pavoneándote por Roma con una mujer distinta cada semana. Volviste a ser quien siempre habías sido… Y yo… yo no podía creer que me hubieras olvidado tan rápido —expresó, el solo recuerdo le hacía daño, tembló intentando dejar de llorar, pero no podía hacerlo y tampoco quería.

—Tú también rehiciste tu vida. —No podía creer que estuviera reprochándole por eso, ellos no habían hecho votos ni promesas.

—Sí, claro… pero al menos tuve la decencia de respetar lo que sentía por ti. Pasó un año para que decidiera a salir con Dylan… y cinco meses más para acostarme con él. —Vio que tensaba la mandíbula, todavía tenía la desfachatez de molestarse. Negó, cada vez más decepcionada del

gran egoísta que era—. Y lo más estúpido fue que después de hacerlo me sentí tan mal… sentía que te había traicionado… Pero ¿Traicionado a quién? Al hombre que decía necesitarme y que a la primera oportunidad lanzó al piso todo lo que le había dado, que me hizo sentir tan insignificante, que podía ser reemplazada de la noche a la mañana sin el menor remordimiento —mencionó, dejando salir como una avalancha todo el dolor que se había acumulado por años dentro de ella, y no pudo seguir aguantando, porque de hacerlo terminaría quebrándose para siempre.

—Samantha… yo nunca quise… —dijo, mirándola con dolor.

—No, no intentes justificarte porque ya no me interesa —le advirtió y caminó para salir, ya no podía seguir allí.

—¿A dónde vas? —preguntó siguiéndola—. Samantha tenemos que hablar, por favor. —La tomó del brazo para detenerla—. Vamos a mi apartamento, nos calmaremos y conversaremos sobre lo que desees, hay muchas cosas pendientes entre los dos, lo sé y también que debemos aclararlas —pidió, buscando la mirada de ella.

—No voy a ir a ningún lado contigo —Intentó zafarse del agarre—. Suéltame —exigió al ver que no tenía intenciones de hacerlo.

—No, no lo haré hasta que me escuches y comprendas que ninguna de esas mujeres significó nada —dijo con determinación, podía entender su dolor, pero él merecía una oportunidad para explicarse.

—No seas cínico Alessandro, me traes a tu casa y me presentas a tu familia que está al tanto de nuestra relación, haces que me sienta tan estúpidamente importante. Después dejas que esa mujer me humille delante de ellos, y pretendes que me vaya contigo… Estás muy equivocado si crees que lo haré… ¡Jódete! —gritó, soltándose del agarré y caminó para alejarse. Su mirada se encontró con Lisandro y lo vio cómo su salvador, le pediría que le llamara un taxi.

—Samantha, estás siendo inmadura, vamos a hablar —pidió una vez más, se estaba quedando sin paciencia.

—Déjame en paz —dijo, apresurando el paso al sentirlo cerca.

Sin embargo, fue muy tarde, Alessandro la tomó por la cintura y la pegó a su cuerpo, ella no podía luchar contra su fuerza, pero lo intentó porque se moría de la vergüenza ante el espectáculo que daban.

—¡Lisandro, ayúdame! —apeló a su sentido común.

—Tú no te metas en esto —le advirtió, señalándolo con un dedo.

Lisandro solo elevó las manos y se encogió de hombros, no pudo evitar sonreír al ver la mirada acusadora de Samantha, se dio la vuelta para regresar por su camino y que ellos solucionaran sus asuntos.

—¡Mierda! —exclamó Alessandro con el poco oxígeno que le quedó, después del codazo que le propinó Samantha en el estómago.

—Parece que se te olvidó que soy hija y hermana de marines —le dijo con rabia, viendo cómo se le había pintado el rostro de carmín. Acortó la distancia entre Lisandro y ella—. Por favor, necesito que me consigas un taxi, quiero regresar al hotel —pidió con la respiración algo agitada y se metió un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Claro, ni loco me arriesgo a acabar como él —contestó, recurriendo como siempre a una broma en situaciones tensas.

—Gracias, estaré en el salón despidiéndome de tus padres. —Se alejó mientras Alessandro se recuperaba del golpe. Le dolió verlo así, pero ella también sufrió mucho por su causa.

—Samantha. —la llamó e intentó seguirla, pero Lisandro se atravesó—. Quítate, tengo que

hablar con ella.

—¡Hey! ¡Hey! Te quedas justo donde estás… Ella no va a escucharte ni que le hables en arameo. Está furiosa y tiene razón, Vittoria me dijo que de haber sido ella, te cortaba los huevos, así que siéntete afortunado por haber recibido solo ese golpe y no busques más —mencionó, apoyándole una mano en el pecho.

—Si dejo que se vaya ahora puedo perderla —expresó, sintiéndose desesperado ante la sola idea de que algo como eso ocurriese.

—No lo harás, no seas idiota… Samantha está dolida, pero se le pasará, debes dejar que se calme y después la buscas… Te explicaré de una manera más gráfica la situación en la que estás ahora. Acabas de pisar mierda, así que lo más sensato es quedarte justo donde estás o terminarás embarrándolo todo y empeorando las cosas —indicó, mirándolo a los ojos para que comprendiera. No era muy bueno con las metáforas, pero esperaba que su hermano entendiera, lo vio suspirar y comenzar a calmarse—. Bien, ahora me toca intentar negociar con esa fiera para que me deje llevarla hasta el hotel —esbozó, frunciendo el ceño.

—No creo que te deje, es demasiado terca —masculló, mostró una mueca de dolor cuando se apoyó la mano donde lo había golpeado.

—Ya veo qué es lo que los dos tienen en común; de todos modos, déjamelo a mí, sé cómo manejar este tipo de situaciones —comentó con conocimiento de causa, pues le había tocado lidiar muchas veces con los celos de su novia, le palmeó la espalda y lo dejó pasando el dolor.

Samantha llegó al salón e intentó mostrarse casual, mientras sentía todas las miradas sobre ella, buscó a Diana y a Kimberly que compartían con unos primos de Alessandro, con disimulo les pidió unos minutos para comunicarles que se iba. La noticia no les cayó muy bien, se estaban divirtiendo y lo último que deseaban era encerrarse en la habitación del hotel, así que llegaron al acuerdo que solo Samantha se marcharía.

Emilia y Flavio también intentaron convencerla para que se quedara, sentía que debían salvar la situación y hacerle ver que Alessandro no había previsto que la inoportuna de Romina aparecería. Sin embargo, la tensión que mostraba Samantha les hizo ver que necesitaba estar sola para pensar, así que cedieron y estuvieron más tranquilos al saber que sería Lisandro quien la regresaría al hotel.

Ella luchaba contra las ganas de llorar que la agobiaban a cada paso que daba, se sentía tan dolida y confundida que no sabía si eso que estaba haciendo era lo correcto; por el contrario, estaba arruinando todo lo ganado hasta ese momento con Alessandro. Subió al auto de Lisandro, un *Lancia Thema* plateado, dejando libre un suspiro y cerró los ojos mientras dejaba caer su cabeza hacia atrás, no quería ser consciente del caos que era su mundo una vez más.

Durante el trayecto ni Lisandro ni Vittoria comentaron nada con relación a lo sucedido, lo que ella agradeció mucho porque no quería hablar. Una vez frente a la fachada del hotel, se despidió rápidamente de la pareja, agradeciéndoles e intentó no sentirse peor por las miradas de lástima que le dedicaron. Entró al lobby, rogando que nadie del equipo de producción estuviera por allí, en especial Gary Reynolds, porque no estaba de humor para sus estúpidas exigencias.

Llegó a su habitación y comenzó a despojarse de todo, mientras las lágrimas bajaban por sus mejillas, al ser consciente que todo su arreglo de esa noche había sido para nada, dejó el vestido en el piso del baño y se envolvió en un albornoz, caminó hasta el minibar para tomar una botella de agua. Antes de regresar al baño escuchó el timbre de su móvil, lo sacó del bolso y vio que era Alessandro, suspiró sin saber qué hacer y mientras lo decidía la llamada se perdió, ya eran tres con esa, pensó que sería la última, pero una vez más el sonido llenaba la habitación.

«Eres una estúpida Samantha, la más grande de las estúpidas… Y la mujer más débil que

pueda existir sobre la tierra.» Pensó antes de deslizar el dedo por la pantalla para atender la llamada.

—Dime —esbozó con parquedad.

—Quería saber si habías llegado bien.

—Sí, llegué hace diez minutos —contestó y se quedó en silencio sin saber que más decir, pudo escuchar a Alessandro suspirar al otro lado.

—Bien… Samantha, nunca quise que esta noche terminara así.

—Supongo que no —pronunció con la voz ronca; una vez más estaba llorando porque ella tampoco deseó que acabara así.

—Dime por favor que te vas a quedar, que nada ha cambiado.

—No voy a ir a ningún lado, pero necesito un poco de tiempo.

—Está bien, intenta descansar, preciosa.

—Igual tú —fue lo único que logró decir antes de cortar la llamada y que un sollozo le rompiera la garganta.

Se dejó caer en el sillón, llorando después de esa última visión que tuvo de Alessandro en la fotografía que le había asignado, recordando que le había tomado muchas, ya que en todas salía haciéndole muecas y no quedaban como quería, lo había hecho para hacerla reír, al final consiguió esa donde su enigmática mirada azul y la radiante sonrisa la habían cautivado al punto de pasar horas viéndola.

—Samantha… ¿Qué vas a hacer? Estás tan perdidamente enamorada de Alessandro, sabes que no puedes estar sin él… ¿Por qué todo tiene que ser tan malditamente complicado? ¿Por qué no puede ser como antes cuando el mundo era perfecto y solo existíamos nosotros? —se preguntó, dejando que el dolor y la melancolía la invadieran una vez más.

Su mirada se perdió en la hermosa vista del centro de Roma, mientras escuchaba el sonido del agua en La fuente del Moisés, que se acompañaba al de los sollozos que a momentos escapaban de sus labios. Se tendió en la cama y dejó que su llanto corriera libremente.

∞∞∞∞

Dos días después miraba la misma fuente, a la luz del día se mostraba igual de hermosa, aunque también fría y gris. Justo como habían sido esos dos días sin noticias de Alessandro, parecía haberse olvidado de ella, no la había llamado y tampoco le había escrito.

—¡Ya basta! ¿Quién demonios te entiende? Le pides tiempo para pensar, él te lo da y ahora te quejas porque no ha intentado buscarte… Creo que vas a tener que pedir una cita en el consultorio de su madre, antes de que vayas a parar a un manicomio —dijo, cerrando los ojos.

Escuchó que llamaban a la puerta y caminó para abrir, seguramente era alguien de la producción que venía a buscarla; todo estaba listo para viajar hasta La Toscana y eso también la tenía tensa. No sabía cuál sería su reacción al estar en ese lugar de nuevo, solo esperaba tener la fortaleza para no ponerse a llorar.

—Hola, Sam, vine para irme con ustedes, Gary está dando órdenes como si fuera un sargento y me tiene con mucho estrés… Creo que tendremos que buscarle una novia a ver si se relaja —dijo Kimberly.

—Hola, Kim —la saludó con una sonrisa.

El recelo que le tenía había comenzado a desaparecer a medida que la conocía, no era cierto

que era una diva, tenía por supuesto algunas actitudes, pero la mayoría del tiempo era una chica como cualquier otra; además, estaba muy enamorada de Brandon Stenthon, su actual pareja. Y debía reconocer que estaba realmente interesada en hacer del papel de Priscila, su mejor representación.

—La verdad es que me está cayendo más pesado que Marcus —comentó Diana, entrando al salón.

—Hola, Di, te ves genial —dijo Kimberly, mirándola con una sonrisa.

—Al fin puedo usar un pantalón corto —esbozó con una sonrisa y luego agregó—. También me encanta tu vestido, es hermoso… La que no quiso ponerse algo más divertido fue mi hermana.

—Me siento cómoda llevando esto, Di —indicó Samantha.

Después de todo, no tenía a quién lucirle porque Alessandro se iría por su cuenta hasta donde supo, y ella viajaría con el resto del equipo.

—Me está llamando Alessandro.

La voz de Diana la sacó de sus cavilaciones, aunque en realidad fue el nombre que esbozó, sintió su corazón lanzarse a latir desbocado y tuvo que obligarse a quedarse quieta y no correr para quitarle el móvil.

—¡Hola! —lo saludó con su efusividad de siempre.

Samantha se volvió a mirar por la ventaba para no ser consciente de esa llamada; se negaba a dejar que la afectara que Alessandro llamara a Diana y no a ella, eso se decía, pero estaba atenta para ver si lograba escuchar algo de lo que hablaban.

—No puedo creerlo ¡Aless, eres genial! Sí, enseguida bajamos —esbozó con una gran sonrisa y después colgó.

—Di… ¿Es mi idea o quieres conquistar a Alessandro? —preguntó Kimberly con interés, mientras la miraba.

—Me encantaría, pero lo intenté y no se fijó en mí, creo que está interesado en alguien más —comentó, mirando la espalda de Samantha. Vio a Kimberly sonreír y asentir, entendiendo su punto, quiso añadir algo más para su hermana—. Por fortuna nos dejó claro que ya no tiene nada que ver con esa loca de su exnovia.

—Sí, que bueno porque esa mujer me pareció tan desagradable, me ofendió mucho lo que dijo, es una maleducada e insegura.

—Tienes toda la razón, se le notaba lo tóxica que era… Y a los padres de Alessandro tampoco parecía agradarles; lo bueno, es que nuestro amigo ahora es un hombre libre para estar con la mujer que desee y de seguro la que escoja será mucho mejor —añadió Diana con toda la intención que Samantha escuchara y ya no estuviese triste.

Sabía que algo había ocurrido en casa de los Bonanzierri, esa repentina decisión de Samantha de marcharse justo después de la aparición de la exnovia de Alessandro había afianzado su teoría. Además, la manera como la encontró cuando regresó, había estado llorando y aunque se excusó en su separación con Dylan, en el fondo algo le decía que su excuñado nada tenía que ver en eso.

—Bueno, me llamó para decirme que está abajo esperándonos, nos invitó a viajar con él hasta La Toscana ¿No es maravilloso? —inquirió entusiasmada y corrió a buscar su bolso de mano.

—Nosotras ya tenemos transporte —mencionó Samantha, dándose la vuelta para ver a su hermana y detenerla.

—Sí, claro, un transporte donde irá el arrogante de Gary Reynolds, hostigándonos —acotó

Diana, frunciendo el ceño—. Pues déjame decirte que lo siento mucho, pero declino su oferta, me iré con Alessandro. ¿Tú qué dices Kimberly? —preguntó, mirando a la actriz.

—Samantha ven con nosotras, Alessandro es genial y el otro día cuando íbamos a casa de sus padres la pasamos súper bien —pidió Kimberly, mirándola a los ojos.

Samantha se quedó en silencio mientras analizaba la situación, sabía que las chicas tenían razón y que viajar con Gary sería un suplicio, pues había estado de un humor de perros. Sin embargo, aceptar esa invitación de Alessandro la expondría a tener que ser consciente de su presencia durante las horas que duraría el viaje y no sabía si podía aguantar todas las cosas que estaba deseando decirle.

Capítulo 35

Alessandro estaba apoyado en su auto, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada puesta en la entrada principal del Regis; estaba ansioso por ver a Samantha. Esos dos días sin verla ni hablar con ella habían sido una tortura, pero lo hizo para respetar su espacio y darle tiempo; una sonrisa se dibujó en sus labios cuando la vio aparecer por la puerta en compañía de su hermana y Kimberly.

—Hola, Aless. —Diana casi corrió hasta él y le dio un abrazo.

—Me alegra verte —la saludó con una sonrisa.

—A mí también, ya estamos listas… bueno Kim y yo, porque Sam mantiene la estúpida idea de irse en el transporte con los demás —mencionó molesta con su hermana.

—Tranquila déjamelo a mí, la convenceré —habló con seguridad.

Saludó con un beso en cada mejilla a Kimberly y después caminó hasta donde estaba Samantha, tenía el ceño fruncido mientras miraba a otro lado, intentando que él creyera que lo ignoraba.

—Hola, preciosa —pronunció con una sonrisa.

—Hola, Alessandro —contestó y miró su reloj para no verlo.

—Me han dicho las chicas que no quieres venir con nosotros ¿Se puede saber por qué? —preguntó, buscando sus ojos.

—Porque ya tengo un transporte —respondió apenas disimulando su molestia, aunque se había dicho que no le reclamaría por su actitud, no pudo contenerse—. Te desapareces por dos días y hoy llegas aquí como si nada, creyendo que con que me sonrías y me llames «preciosa» voy a caer rendida a tus pies como si fuera una tonta…

—Déjame ver si entiendo —suspiró para armarse de paciencia—. Tú me pediste tiempo para pensar. Yo te lo di y ahora me reclamas porque lo hice. ¿Quién carajos te entiende, Samantha? —inquirió, mirándola con enojo, estuvo a punto de tomarla de los brazos y zarandearla para que reaccionara; o al menos, lo mirara a la cara—. Vas a entrar a mi auto si no quieres que te suba en mi hombro y te lleve cargada —la amenazó.

—No serías capaz de hacer algo así —expuso, parpadeando con nerviosismo y estuvo a punto de alejarse.

—Ponme a prueba y lo verás —mencionó, elevando una ceja, dejándole ver que hablaba muy en serio.

Samantha vio la determinación en su mirada y supo que lo haría, así que cedió para no arriesgarse a montar un espectáculo delante de todos. Definitivamente, Alessandro no tenía ningún temor a los rumores, pero ella debía cuidar su imagen; se alejó mostrando en su andar, la rabia que le provocaba haber sido obligada.

Alessandro dejó ver una gran sonrisa ante ese movimiento altanero y tan provocativo de Samantha, una vez más la rebelde que lo volvía loco se hacía presente. Corrió para abrirle la puerta, pero antes de hacerlo, acercó su rostro al de ella para hablar en susurros.

—Me encanta ver cómo se mueve tu trasero cuando caminas estando molesta —dijo con toda la intención de provocarla.

—Imbécil —espetó y llevó su mano a la manija, pero él fue más rápido y la abrió para ella,

mientras mostraba una sonrisa.

Diana y Kimberly que ya estaba en el interior del auto, vieron toda la conversación entre Alessandro y Samantha, aunque no la escucharon podían notar la tensión sexual entre los dos, parecían un par de novios discutiendo, eso las hizo sonreír pues cada vez les quedaba más claro cuanto se gustaban, era algo que no podían ocultar.

—¿Cómo lograste convencerla? —preguntó Diana divertida.

—Le dije que ella seleccionaría la lista de reproducción, pero mentí —contestó, encogiéndose de hombros mientras sonreía.

Samantha sintió su sangre hervir ante sus burlas y las risas de su hermana y Kimberly, pensó en cuánto tiempo le tomaría correr para llegar hasta la *Terrain Denali* donde viajarían Gary y Thomas, que estaba frente a ellos. Suspiró y desistió de la idea porque lo más probable era que Alessandro la alcanzaría y la traería de regreso, tratándola delante de todos como si estuvieran en la época de las cavernas.

Él giró la llave y el motor cobró vida de inmediato, también lo hizo el reproductor de música que estaba en una estación de radio.

—Alessandro no cambies la música, quiero escuchar algo de italiano, estamos en Roma y parece que siguiéramos en nuestro país, todos nos hablan en inglés —pidió Diana al ver que se disponía a quitar la emisora.

—Ok —contestó sonriendo—. ¿Quieres que te hable en italiano también? —preguntó, mirándola por el retrovisor.

—No, tampoco exageremos —respondió riendo.

—Quizás cuando terminemos las grabaciones, seremos unas expertas ¿verdad, Diana? —inquirió Kimberly, sonriendo también.

—Sí, aunque mi hermana ya lo es, ella habla cuatro idiomas.

—¡Vaya! ¿En serio, Samantha? —preguntó Kimberly asombrada.

—Me falta práctica con el español, pero puedo defenderme… —se interrumpió al ver la sonrisa odiosa de Alessandro—. Lo aprendí para poder interactuar con mis lectores de habla hispana.

—Alessandro también hablas varios según leí ¿Cuántos son? —preguntó Kimberly, ella lo había visto en su ficha.

—Hablo cinco, Kimberly, aunque no puedo decir que sea un experto en alemán, es muy complicado. Apenas lo estudié durante un año y cuando pasé quince días en Múnich, supe que me faltaba mucho —respondió, sonriendo al ver la sorpresa y después la molestia reflejarse en el rostro de su escritora. En verdad era hermosa la condenada—. A ver Samantha, dime algo en italiano —le pidió, sonriendo.

—*Stronzo* —esbozó con toda la intención de ofenderlo. Él dejó libre una carcajada para enfurecerla aún más.

—*Stronzo il mio cazzo* —mencionó con malicia, ella se sonrojó con una mezcla de rabia y vergüenza, quizás hasta excitación.

—Ok, ahora traduzcan —pidió Diana con el entusiasmo de una niña.

—Mejor escuchemos música y me comprometo a enseñarles después —contestó Alessandro cuando vio la mirada de terror de Samantha.

Movió el volumen para subirle y de inmediato las notas de una presentación en vivo de *Gocce di memoria*, interpretada por *Giorgia y Laura Pausinni,* llenaron el ambiente dentro del auto.

Le promesse sono infrante

come pioggia su di noi
le parole sono stanche
so che tu mi ascolterai (mi ascolterai)
aspettiamo un altro viaggio
un destino, una verità

La canción estaba calando muy dentro de Samantha, removiendo una vez más emociones del pasado que ya no deseaba recordar porque le hacían mucho daño; por suerte, terminó y la locutora envió a un espacio publicitario. Sin embargo, al regresar lo hizo con una canción que conocía muy bien, fue una de las tantas con la que se revolcó en su dolor; estaba por decirle a Alessandro que cambiara la música.

—A él sí lo conozco, tiene varias canciones en inglés también —dijo Diana entusiasmada, se concentró en intentar entender la letra.

Samantha sintió que se hundía en un pozo, no podía hacer nada sin quedar en evidencia delante de su hermana y Kimberly, ya suficiente con el espectáculo que había dado antes. Al menos, vio que a él también parecía afectarle, pues la sonrisa que le dedicó a Diana no era genuina; por el contrario, su mirada se tornó triste. Posó la suya en el paisaje para esconder lo que sentía, mientras Tiziano Ferro hacía gala de su voz.

La vista de Alessandro se nubló ante las lágrimas contra las que luchaba, desde el mismo inicio de la canción sintió cómo su corazón fue víctima de ese dolor que tantas veces lo golpeó en el pasado, heridas que aún no terminaban de sanar, se abrían dentro de su pecho. El nudo en su garganta cada vez se apretaba más, por lo que apretó los labios para evitar que ese sollozo que lo desgarraba; al fin, escapase.

E riconobbi il tuo sguardo in quello di un passante
Ma pure avendoti qui ti sentirei distante
Cosa può significare sentirsi piccolo
Quando sei il più grande sogno il più grande incubo.

Se limpió con rapidez una lágrima que logró escapar, ese no era ni el momento, ni mucho menos el lugar para dejar que sus sentimientos lo dominasen, así que una vez más se esforzó en guardarlos y mantuvo la mirada al frente, mientras apretaba los dientes con fuerza.

Samantha sentía que las lágrimas en su garganta estaban a punto de ahogarla, mientras la presión en su pecho estaba volviéndola loca. Cerró los párpados con fuerza y apretó los labios los sollozos que pujaban por salir, quería que la canción terminara, no podía soportarlo, no podía.

E ti scorderai di me
Quando piove i profili e le case ricordano te
E sarà bellissimo
Perché gioia e dolore han lo stesso sapore con te
Vorrei soltanto che la notte ora velocemente andasse
E tutto ciò che hai di me di colpo non tornasse
E voglio amore e tutte le attenzioni che sai dare
E voglio indifferenza semmai mi vorrai ferire...
Non basta più il ricordo
Ora voglio il tuo ritorno…

Esa última estrofa hizo añicos las barreras que contenían todos sus sentimientos, desbordándose dentro de ella como una avalancha que era incapaz de detener. Sollozó con fuerza y las lágrimas bajaron por sus mejillas, mientras sentía que el pecho se le abría, liberando su dolor, pero también ese amor que era tan poderoso que no podía seguir callando.

—Alessandro, detén el auto por favor —rogó con la voz estrangulada.

—¿Te sientes bien? —inquirió, volviéndose a mirarla y la angustia se apoderó de su ser al ver tanto dolor reflejado en Samantha.

—Necesito bajar. —Negó mientras luchaba contra su llanto.

—Sam… ¿Qué tienes? —preguntó Diana, también alarmada.

—¿Quieres que te lleve a un hospital? —indagó él, pesando que a lo mejor tenía un ataque de pánico, pero también bajó la velocidad.

—¡Solo para el auto! —gritó, consciente que estaba quebrándose.

Alessandro se orilló a un lado de la carretera y rápidamente se volvió para mirarla, quiso abrazarla para alejar de Samantha todo ese dolor que también sentía como suyo. Sin embargo, ella saltó del auto y corrió hacia uno de los cipreses que bordeaba el camino; él también salió para ir tras ella y descubrir el motivo que la hizo ponerse de esa manera.

Samantha corrió, queriendo escapar de lo que estaba sintiendo, de ese dolor que había estado guardado dentro de ella por tanto tiempo, que apenas lograba soportar sin romperse. Pero más allá de todo eso, necesitaba saber qué hacer con ese inmenso amor que sentía, que la envolvía, la aplastaba y la hacía depender de Alessandro como nunca lo había hecho de nadie más, lo amaba con tanta intensidad que le dolía.

Se dobló sintiendo que las piernas le fallaban y todos los sollozos salieron de ella de manera descontrolada, mientras las lágrimas bajaban copiosas por sus mejillas, se abrazó con fuerza a sí misma, consciente de que ya no tenía nada que esconder, lo había mostrado todo.

—Samantha… Mi amor, ¿qué te ocurre? ¿Por qué estás así?

Escuchó la voz de Alessandro, la preocupación y el amor impresos en su tono la hicieron estremecer, llorar más y hasta sonreír. Había perdido la razón o quizás eso era el amor, los poetas decían que era locura, pasión, éxtasis; todo se resumía en eso, lo que deseaba, lo que sentía y lo que era. Se volvió a mirarlo y la verdad la golpeó con la fuerza de un rayo, supo que había llegado el momento de rendirse.

Corrió hasta él sin querer perder un segundo más, había esperado demasiado para decirle a Alessandro lo que sentía, pero cuando estuvo frente a él no pudo hablar, la pasión le ganó la batalla al amor una vez más y le lanzó los brazos al cuello para besarlo. Sonrió al sentir que él estaba desconcertado y no respondió al beso; así que con suavidad deslizó su lengua por los labios del hombre que amaba y cuando al fin tuvo la libertad para apoderarse de su boca, fue como si alcanzase la gloria.

Alessandro no entendía lo que estaba sucediendo, pero se dejó llevar por ese beso que le entregaba, gimió al sentir la lengua de Samantha deslizarse sobre la suya y entrar a su boca, suave y tibia se paseaba por rincones que lo hacían estremecerse. Tomó el rostro de ella entre sus manos para unirse a esa extraordinaria danza que despertaba sus sentidos, dándole las mejores sensaciones que hubiera experimentado en su vida; de pronto, sintió que ella sonreía contra sus labios y él también lo hizo, aún se sentía sorprendido por ese arrebato.

—Te amo —susurró, separándose apenas para ahogarse en ese mar zafiro que adoraba, mientras su corazón latía muy de prisa, se sentía tan bien al poder expresarlo al fin, que lo hizo de nuevo—. Te amo Alessandro Bonanzierri, te amo con todo mi ser y ya no podía seguir callándolo… Te amo —esbozó riendo y lo besó de nuevo.

Él sentía que la felicidad no le cabía en el pecho, eran como fuegos artificiales que estallaban en su interior, enredó sus dedos en el cabello de Samantha para hacer de ese beso uno absoluto, para entregarle el alma y el corazón. Sin embargo, quería darle más, quería que ella lo tuviera todo y se separó despacio para mirarla a los ojos, por Dios estaba temblando como si fuese un chiquillo, o un hombre que estaba a punto de expresar la más grande de las verdades que guardaba dentro de él.

—Samantha, eres… todo lo que deseo, lo que me enloquece… lo que amo, eres la mujer que amo. Te metiste en mi piel, en mi alma y nada ni nadie logró sacarte de allí en todo este tiempo… —Le entregó la mejor de sus sonrisas y le apretó las mejillas con malicia para después deslizar sus pulgares y secar las lágrimas, aunque él estuviera derramando las suyas, apoyó su frente en la de ella—. Te amo Samantha Steinberg… te amo con cada parte de mí… Io ti amo amore mio. Tu sei la mia vita.

Samantha no podía dejar de llorar, ni de reír rebosante de felicidad, se puso de puntilla de nuevo para ofrecerle sus labios y Alessandro no se entretuvo en preámbulos, no fue un beso mesurado; ya no había dudas y la pasión tuvo riendas sueltas para galopar con libertad. Ese beso era distinto a cualquier otro que se hubieran dado, era uno que no intentaba ocultar sus sentimientos; por el contrario, los estaba liberando.

Diana nunca había llorado al ver a dos personas besándose, pero sin darse cuenta las lágrimas colmaron sus ojos y solo cuando las sintió bajar por sus mejillas fue consciente de ello. Sentía su corazón latir emocionado y la risa burbujear dentro de su pecho, lo último que pensó fue que ese arranque de su hermana tuviera un desenlace así.

Kimberly era una romántica nata y lloraba con total libertad, igual a como hiciera por cada escena de película de amor que veía, aunque en sus pocos años de carrera, no había tenido ocasión de ser la protagonista de un amor tan grande. Al menos, no hasta ese momento, pues lo que estaba a la vista no necesitaba anteojos, ese amor de Alessandro y Samantha tenía raíces sembradas desde hacía mucho tiempo.

Alessandro comenzó a secar con sus labios las lágrimas que humedecían las mejillas de Samantha, dejando caer suaves besos en cada espacio de ese hermoso rostro que adoraba. Su corazón se llenó de júbilo cuando ella imitó su actitud, besándolo igual, deslizando sus labios por su nariz, sus pómulos, subir a su frente y besarlo allí para luego regresar a su boca, perdiéndose una vez más en el placer compartido.

—¿Crees que deberíamos recordarles que estamos en plena vía pública? —preguntó Kimberly, mirando a Diana.

—¿Y acabar con este momento tan especial?… No lo creo —indicó ella con una hermosa sonrisa y estaba por regresar al auto—. Aunque pensándolo bien, quizás sí debamos decirles que dejen su reconciliación para otro momento o terminarán haciendo el amor allí —agregó con picardía, sonriendo al ver a Kimberly abrir mucho los ojos.

—Sería un desastre, la policía podría llevárselos detenidos; además, la caravana de la producción debe estar cerca… Lo mejor será decirles que esperen a llegar a la villa —señaló usando el sentido común.

—Ok, bueno tendré que hacerlo… ¡Hey, tórtolos! Me pesa en el alma tener que interrumpirlos, pero es necesario que retomemos el viaje, créanme, terminarán agradeciéndolo en cuanto estemos allá y ustedes tengan la libertad para estar solos —gritó para que la escucharan.

Alessandro y Samantha escucharon la voz, pero se negaban a romper el hechizo que los envolvía, había esperado demasiado para poder dejar en libertad todos sus sentimientos. Sin embargo, ella buscó un resquicio de cordura que le diera la fortaleza para hacerlo, lentamente fue

llevando el beso a sutiles toques de labios, mientras gemía y temblaba por las caricias que él le brindaba a su espalda.

—Debemos… Tenemos que retomar el viaje, Alessandro —susurró contra sus labios, aunque seguía con los ojos cerrados.

—Lo sé… pero me falta la voluntad para separarme de ti, aunque sea por un instante —expresó, acariciándole el cuello y abrió los ojos, encontrándose con ese par de gemas miel que lo miraban con amor.

—Si llegamos antes que el resto del equipo podremos escaparnos —acotó Samantha con una sonrisa radiante.

—Entonces no perdamos tiempo, ya sé a dónde te llevaré, preciosa —pronunció con una sonrisa enigmática.

En principio, pensó en el campo de girasoles a donde nunca pudo llevarla, pero luego recordó que quedaba bastante lejos de la villa y que él no tenía a Misterio, caminando les llevaría mucho tiempo. Entonces, llegó a su mente el lugar donde se había besado por primera vez, es colina estaba más cerca de las casas, pero no tanto como para no darles privacidad, le haría el amor allí hasta que cayera la noche y seguiría amándola bajo el hermoso cielo estrellado de La Toscana.

—¿A dónde? —preguntó con curiosidad, mirándolo a los ojos.

—Te llevaré a un lugar en donde verás las estrellas —susurró, dándole una caricia sugerente a sus caderas.

Samantha se estremeció ante su tono sensual y también por las caricias que le dio, pero lo hizo mucho más ante la promesa que guardaban sus palabras. No solo amaba con locura a Alessandro, también lo deseaba y anhelaba volver a vivir ese placer perfecto que solo él le había dado, ese donde ciertamente, llegaba a ver las estrellas.

Capítulo 36

Caminaron tomados de la mano para regresar al auto, sonriendo y compartiendo miradas cargadas de amor; no les importaba que su secreto hubiese quedado al descubierto. Después de todo, habían acordado contarles a Diana y a Kimberly, la noche de la fiesta de Paula, así que solo sonrieron ante las miradas inquisitivas de sus compañeras de viaje, luego ocuparon sus lugares y Alessandro se puso en marcha.

—Ya sé que ustedes dos están en una nube… Solo tengo una pregunta. —Diana no podía controlar su curiosidad. Su hermana le dedicó una sonrisa y Alessandro miró a través del retrovisor para instarla a continuar, ella tomó aire—. ¿La historia en Rendición es…? —no tuvo que seguir al ver las sonrisas que ambos esbozaban.

—Es la nuestra, con algunas variantes, pero en esencia fue lo que Alessandro y yo vivimos hace casi cuatro años en ese lugar al que vamos ahora —contestó Samantha, feliz de poder decirlo con libertad.

—¡Oh, por Dios! ¡Oh, por Dios! Me encantan… es… ¡Samantha Steinberg! ¿Por qué no me contaste nada? —preguntó, mirándola con reproche, pero no podía dejar de reír. La vio quedarse en silencio y el ambiente se hizo pesado—. No importa ya después hablaremos, pero de verdad me hace tan feliz… es decir, no sé cómo expresarme.

—Es maravilloso… pero ahora me siento como una intrusa —dijo Kimberly con desgano—. Tú debiste ser la Priscila real, Samantha.

—Yo no soy actriz, Kim —esbozó ella; de pronto, sintió pena por la chica y se movió en el asiento para verla—. Además, estoy segura de que tú serás una excelente Priscila, las dos nos encargaremos de ello —dijo, extendiéndole la mano para darle un suave apretón.

Alessandro la miró con tanto orgullo que casi se sintió flotar, ella pensó que le resultaría un infierno tener que verlo actuar junto a Kimberly. Quizás sería así llegado el momento, pero tener la certeza de que también la amaba, hacía que todo fuera menos difícil, a lo mejor era poder confiar plenamente en él y en ese sentimiento que compartían.

—Gracias, bueno… no puedo prometerte que mantendré las distancias con Alessandro, porque el papel me exige lo contrario, pero te aseguro que soy una profesional y no tendrás motivos de disgusto.

—Ambos somos profesionales y sabemos cómo manejarnos —esbozó él, mirando de nuevo a Samantha.

Ella asintió, confirmándole que confiaba en los dos; sobre todo en él porque lo amaba, se acercó y le dio un suave beso en la mejilla, luego la acarició con la nariz, sintiendo las cosquillas que le provocaba la barba perfectamente recortada.

Alessandro suspiró emocionado ante el gesto, se volvió para mirarla mostrando una gran sonrisa y como él no era de los que se paraba a pensar las cosas, sino que actuaba según lo que sentía. Subió su mano para acariciarle el cuello y la atrajo para besarla, un suave toque de labios que no pudo prolongar mucho por ir en una vía rápida, pero que calmó sus deseos de hacerlo.

—En serio, ya dejen de hacer eso… Siento que estoy en medio de la celebración de San Valentín y yo sola —esbozó Diana e hizo un puchero.

—No seas mala, Di, se ven tan lindos… Aunque discutiendo no se ven mal; por el contrario,

es como si estuvieran a punto de prenderlo todo en llamas —comentó, sonriendo y la picardía brillaba en su mirada.

Ellos comenzaron a reír, compartiendo una mirada cómplice, Diana se les unió al recordar los episodios del libro donde esas peleas cargadas de tensión sexual la hicieron emocionarse. No podía creer que en serio su hermana hubiera vivido algo tan hermoso, pero cada vez se convencía más al ver lo feliz que estaba.

El resto del camino disfrutaron de la música y los hermosos paisajes, se detuvieron en una estación de servicio para estirar las piernas, recargar combustible, ir al baño y comprar algo de beber. Aunque solo le quedaban dos horas de viaje, a Alessandro le gustaba disfrutar del mismo y hacerlo sin prisas, pues era una de sus maneras de relajarse.

Retomaron el trayecto y cuando en la lista de reproducción salió Crazy, Diana y Kimberly no pudieron evitar preguntarle a Samantha si en realidad ese episodio había ocurrido; ella lo confirmó, provocando las risas y las burlas de las dos sobre el pobre Alessandro. Pero él tenía una carta bajo la manga, y no era de los que se dejaba vencer fácilmente, así que le recordó a la altanera escritora algo que parecía haber olvidado.

—No la cantaste solo una vez para mí… recuerdo otra ocasión donde también lo hiciste y no una, sino dos veces seguidas, Samantha —su tono revelaba que escondía tras sus palabras, una verdad excitante.

Ella lo miró extrañada, pero luego recordó a lo que se refería y no pudo evitar estremecerse mientras sentía que la cara se le prendía en llamas y se mordió el labio, controlando sus deseos de gemir. El recuerdo de ese episodio llegó tan nítido que la excitó en cuestión de segundos. Como tantas otras veces, se estaban en el salón de la casa que Samantha ocupaba en la villa, intentando terminar un partido de ajedrez mientras la música sonaba, cuando inició Crazy, ella comenzó a reír, aunque se mordía el labio para evitarlo, pero al ver el ceño fruncido de Alessandro, estalló en una carcajada, él voló por encima de la mesa y la tomó de la cintura para tumbarla en el sofá, sometiéndola debajo de su cuerpo.

Él empezó a hacerle cosquillas para que pagara por su burla, y cuando le pidió clemencia, la sorprendió pidiéndole que se la cantara de nuevo, solo que esta vez sería para ella, pues Alessandro se dedicó a llevarla al borde del delirio entre besos y caricias, haciéndole el amor sin siquiera desnudarla por completo, solo aprovechó que llevaba una falda. Fue un encuentro rápido, certero y excitante que la dejó temblando, sudando, con la respiración agitada y los latidos de su corazón retumbado en cada rincón de su cuerpo, mientras la potente voz de Steven Tyler llenaba el ambiente y los gemidos que Alessandro ahogaba en su cuello, la hacían sentir la mujer más poderosa y sensual del mundo.

—Ok, ya entendimos —esbozó Diana con una sonrisa.

Sus palabras llenaron el silencio que había dejado la declaración de Alessandro, pues su hermana pareció sumergirse en un recuerdo y por su actitud debió ser uno extraordinario. Dejó que esos dos vivieran su momento, compartió una mirada y una sonrisa significativa con Kimberly, después volvió su vista al paisaje y suspiró, preguntándose si algún día a ella le pasaría algo igual a lo de Samantha.

Al fin el extenso paisaje que pertenecía a la familia Codazzi se presentó ante sus miradas, Alessandro tomó el camino que después de tres años habían asfaltado y pudo ver cómo el rostro de Samantha se iluminaba a medida que avanzaba. En el reproductor comenzó a sonar una canción que no podía ser mejor para ese momento, él dejó ver una radiante sonrisa y movió el botón del volumen para subirle.

—Bienvenida a tu paraíso, Samantha —esbozó, mirándola.

Ella se volvió hacia él y le entregó una sonrisa de esas que nacían de lo más profundo de su corazón, que mostraban una felicidad absoluta. Se acercó más y apoyó su cabeza en el hombro de Alessandro, mientras la voz del vocalista de Coldplay cantaba *Paradise*.

—Gracias por traerme de regreso —susurró, buscando sus ojos.

—Gracias a ti por querer hacerlo y estar junto a mí —expresó con la mirada brillante.

—Te amo —dijo, subiendo sus labios para pedirle un beso.

—Te amo —contestó él, antes de besarla.

La emoción que sentían era tan grande que ponerla en palabras les resultaba complicado, pero esa sola frase resumía todo lo que querían decir y no hizo falta nada más, se separaron para que él pudiera conducir.

This could be
Para-para-paradise
Para-para-paradise
Para-para-paradise
Oh, oh, oh, oh, oh, oh-oh-oh

Samantha volvió a sentir toda la magia que envolvía ese lugar apenas bajó del auto, su mirada se perdió en la inmensidad del paisaje, que le traía muchos recuerdos y sintió su corazón latir igual de emocionado que la primera vez, sus ojos se llenaron de lágrimas porque no podía creer aún que estuviera allí de nuevo.

—¡Samantha… Alessandro!

La voz de Tina llamándolos, le confirmó que todo era real y la sonrisa que afloró en sus labios iluminó también sus ojos. Se volvió para mirar a la mujer que, a pesar de sus años, intentaba correr hasta ellos mientras sonreía emocionada. Reaccionó de inmediato y acortó la distancia con rapidez, amarrando en un abrazo a aquella maravillosa mujer, que fue casi como una madre para ella mientras estuvo allí.

—Mi pequeña, que lindo tenerte aquí de nuevo —expresó riendo y se movió para mirarla—. Cuando esos hombres llegaron preguntando por el señor Codazzi, pensé que venían a comprar el viñedo, jamás imaginé que era para hacer tu película… estoy tan feliz, Samantha.

—Yo también me siento muy emocionada, Tina, es como si fuera un sueño —dijo, sonriendo y le dio un beso en la mejilla.

—Y lo mejor de esto es que estás de nuevo junto a Aless, Dios sabe cómo hace las cosas, yo sabía que ese amor de ustedes no podía quedarse en el pasado, es demasiado bonito y grande. Ven, vamos a la casa para que hablemos mejor, les prepararé unos ricos canelones.

—Después dices que no tienes preferencias, Tina Cannizzaro, pero apenas viste a la arrogante americana te olvidaste de mí —pronunció Alessandro con una gran sonrisa por el cuadro ante sus ojos.

—Ven acá y no vayan a empezar como perros y gatos de nuevo —dijo con una sonrisa, extendiéndole la mano y cuando Alessandro la tomó, lo atrajo hacia ella—. Qué bueno que no has crecido más, pero yo sí he bajado, así que dóblate para darte un beso —le pidió, esperó a que lo hiciera para besarle las mejillas y después desordenarle el cabello.

Samantha reía feliz ante la escena, sintiendo como si el tiempo no hubiera pasado, era como regresar a esas semanas cuando ellos eran novios y Tina siempre les jugaba bromas, recordándoles cómo habían empezado, suspiró sonriéndole y caminaron hasta la casa.

A ambos les sorprendió mucho ver que se dirigían a la casa que ocupó Alessandro cuando estuvieron allí y no a la casa grande, pero Tina les explicó que la producción la usaría para

recrear las escenas de la película y que ellos se habían mudado hacía un par de meses, por una lesión que tuvo Jacopo en una pierna y lo había dejado cojeando.

—Nos estamos quedando aquí porque tiene buenas habitaciones en la planta baja, es la más grande de la villa, después de la casona —comentó, invitándolos a pasar y vio a las dos chicas que habían llegado junto con ellos—. Una de ellas debe ser Diana.

—¡Oh, por Dios, las olvidé por completo! —exclamó Samantha, volviéndose para mirarlas —. Di, Kimberly, vengan.

—Este lugar es impresionante, las fotografías van a quedar… —se interrumpió sonriendo para presentarse a la mujer—. Perdón es que cuando me apasiono con algo me olvido de todo, mucho gusto, Diana Steinberg —dijo, extendiéndole la mano.

—Eres igual que tu hermana —acotó sonriendo—. Encantada, Tina Cannizzaro. —Le estrechó la mano.

—Su hogar es bellísimo, señora Cannizzaro, soy Kimberly Dawson, la actriz que trabajará con Alessandro —se presentó, sonriendo.

—Es un placer, por favor llámeme, Tina… todo el mundo lo hace y nunca me he acostumbrado a que me digan señora, pasen por aquí que les tengo preparado un delicioso almuerzo —dijo, abriendo la puerta.

De inmediato el exquisito aroma de la comida de Tina atrapó el olfato de todos y despertó sus apetitos; el recibimiento de Jacopo fue igual de efusivo que el de su mujer. Los invitó a pasar al comedor y le entregó a Alessandro una elegante botella negra, con una etiqueta en color pergamino que lo identificaban como Chianti *Placido*; su reacción fue inmediata, acarició la botella y agradeció el regalo con una sonrisa.

Samantha recibió una llamada de Gary, deseaba que se reunieran para almorzar; ella le dijo que ya habían llegado a la villa y eso provocó un cambió brusco en el tono del productor. Le ordenó que siguieran las indicaciones del personal y se instalaran, luego de eso colgó. Ella pasó la información a sus acompañantes y todos se relajaron. Alessandro y ella intercambiaron una mirada que gritaba «podemos escaparnos». Sonrieron de felicidad ante la idea de que por fin estarían juntos como deseaban.

Sin embargo, todos sus planes se complicaron cuando vieron la villa colmada de personas que preparaban el set en la casa principal, pero optaron por escabullirse a alguna de las habitaciones que les fueron asignadas; sin embargo, la encargada de vestuario abordó a Alessandro.

—¿Pruebas? Eso es absurdo… No hemos empezado a grabar. Además, qué de complicada puede tener la ropa que describe Samantha en el libro. Comprendería si me dices que es un proyecto de época.

—Yo pienso igual, Alessandro, pero fueron órdenes de Gary, me dijo que deseaba empezar a grabar mañana a primera hora, que adelantáramos aprovechando que Kimberly y tú estaban aquí para no perder tiempo —contestó, encogiéndose de hombros, después se fue.

—Voy a matar a ese miserable —dijo con los dientes apretados.

—Quizás lo haga yo antes… Recuerda que tengo más fama de asesina —acotó con el ceño fruncido, se acercó para acariciarle el pecho—. Sé que es lo mínimo que provoca, Alessandro, pero debemos tener paciencia, no quiero que tengas un enfrentamiento con él.

—Pues como siga valiéndose de su autoridad para jodernos, me voy a ver en la obligación de dejarle algunos puntos claros, Samantha.

—Esperemos no llegar a eso porque quiero que seas mi protagonista, y si te peleas con él, podría sacarte del proyecto e incluso demandarte.

—Eso no sucederá, intentaré contenerme —esbozó para aliviar la angustia en ella, tenía que ser inteligente y no caer en las provocaciones de Reynolds—. Prometo que agotaré todas mis reservas de paciencia con ese desgraciado para no causar problemas y evitar que consiga lo que quiere —pronunció, acariciándole los brazos.

—Gracias. —Aprovechó que no había nadie para besarlo, pero no pudo prolongar el beso como quería—. Ahora ve, ya te espera.

—¿No vienes conmigo? —inquirió al ver que ella se quedaba allí.

—¿Quieres que vaya y mire mientras te cambias de ropa? No, gracias, me niego a aceptar una tortura de esa magnitud.

Él acortó la distancia entre ambos con dos largas zancadas y cubrió el cuello de Samantha con sus manos para después apoderarse de su boca en un beso que los hizo temblar a ambos, se separaron jadeantes y él la miró a los ojos, no tuvo que esbozar palabras pues su mirada lo decía todo. Después de eso se resignó a dejarla, e ir a la bendita prueba de vestuario antes que la locura y el deseo lo dominaran.

∞∞∞

Diana caminaba hacia el lugar donde le dijeron que estaba su compañero, su mirada se topó con la figura del italiano, estaba en una de las colinas cerca a la casa grande, tenía una Canon EOS 60D, una verdadera belleza, pero la suya era posterior a esa y por lo tanto era mejor. Había sido un regalo de Samantha, se la entregó el día que le anunció que estaría dentro del proyecto, apenas cabía en sí por la emoción; estar justo en ese lugar hacía que todo siguiera pareciéndole un sueño.

Sonrió al comprobar que su compañero tenía un físico bastante atractivo, podía apreciar sus piernas musculosas debajo del jean, lo que más llamó su atención fue la espalda ancha y masculina, enfundada en una chaqueta de cuero que le daban un toque de rebeldía, su cabello estaba cortado en un estilo clásico y aunque no podía verle el rostro por completo, sospechaba que era bastante guapo.

—Hola, ¿cómo estás? —se presentó con una sonrisa efusiva.

Casi se cae sentada cuando hizo a un lado la cámara para volverse a mirarla, en verdad era apuesto. Tenía un perfil de esos que parecían tallados a mano, nariz recta con una punta que bajaba hacia el surco sobre su labio superior, muy propia de los nacidos en ese país. Los labios no eran muy anchos ni muy finos, justo como a ella le gustaban, buscó sus ojos y se encontró con unos verdes aceituna muy lindos.

—Soy Diana Steinberg y trabajaré contigo.

—¿Diana? —preguntó sin recordar de quién se trataba.

La vio fruncir el ceño, dándole un carácter más atractivo a su rostro que parecía de porcelana, pero no precisamente por lo perfecto, sino por lo pálido. Aunque debía reconocer que tenía unos hermosos ojos grises y también una linda sonrisa, pero nada del otro mundo. ¿Del otro mundo? Enseguida recordó quién era la chica frente a él.

—¡Claro, Diana! Encantado, Marcello Calvani. —Le extendió la mano y le entregó una sonrisa amable, mientras la miraba a los ojos.

—Un placer Marcello —contestó con una sonrisa radiante, le encantó el toque de su mano, era firme, cálido y su piel no era suave como la que acostumbraba a tocar, era varonil, áspera—.

Es una cámara hermosa… ¿Qué hacías? —preguntó, concentrándose en un tema profesional.

—Estaba captando algunos ángulos. Las grabaciones inician mañana; por lo general, esas primeras tomas siempre son usadas, ya he hecho trabajos aquí, pero el paisaje nunca es el mismo, así como tampoco las exigencias del cliente —dijo con conocimiento.

—Claro, yo voy llegando, pero enseguida busco mi cámara y me pongo a hacer algunas también —mencionó, dándole la espalda.

—No, no es necesario que vayas. Yo me encargaré de la selección y se la presentaré a Thomas Whitman —indicó, deteniéndola—. Si deseas ayudarme puedes encargarte de armar ese trípode e irme pasando los lentes que te pediré para cada toma —agregó, señalando su equipo y volvió a tomar la cámara para captar el paisaje.

—Seguro, aunque me gustaría hacer algo más… Después de todo, seremos compañeros y es bueno que vayas conociendo mi trabajo también —indicó, un tanto desconcertada por su actitud.

—¿Compañeros? Nadie me dijo eso… Yo trabajo solo, Diana.

—Espera un segundo porque no entiendo, tú no aceptas compañeros ¿Y entonces qué pretendes? ¿Qué sea tu asistente? —preguntó, llevándose las manos a la cintura mientras lo miraba con rabia.

—Es para eso que estás aquí, ¿o no? —contestó con una pregunta, mirándola a la cara, mostrando su autoridad a esa jovencita.

—¡Pues no! Yo soy una fotógrafa titulada y tengo tres años de experiencia —dijo, alzando la barbilla con orgullo.

—Tres años lo que en esta profesión equivalen a nada —dijo con sorna y continuó—. Mira, Diana, odio perder el tiempo y eso es lo que estoy haciendo contigo. Cuando me contrataron me dijeron que la hermana de la escritora también trabajaba con fotografía y que ella había pedido que estuvieras en el proyecto, yo acepté porque no tuve de otra, pero les dejé claro que trabajaría tal y como acostumbro —indicó mirándola, al ver que ella se disponía a protestar elevó la mano para callarla—. No seré tu guía, ni tu mentor ni mucho menos tu niñera… así que, si deseas trabajar conmigo, serás mi asistente y harás lo que te pida. Si no pues… fue un placer conocerte —finalizó, mirándola por cortesía.

—Te diré algo Marcello, yo no pasé cinco años en una facultad estudiando con excelentes y reconocidos fotógrafos, para venir hasta aquí a recibir clases de un completo desconocido. Y tampoco necesito una niñera, puedo desenvolverme por mí misma, por último, si quieres un asistente contrata uno, yo trabajaré por mi cuenta.

Le dio la espalda para dejarlo con la palabra en la boca y se alejó con andar enérgico hacia la casa, buscaría su cámara que era mejor que la de él y comenzaría a captar sus propios ángulos, pues para nada necesitaba a ese italiano amargado y arrogante dándole órdenes todo el día.

—Di… espera, ¿a dónde vas con tanta prisa? —preguntó Kimberly, que regresaba de las pruebas de vestuario.

—A buscar mi cámara —contestó sin detenerse.

—¿Ya conociste a tu compañero? —inquirió con interés mientras la seguía—. ¿Qué tal es? ¿Es joven, guapo, divertido? —la interrogó.

—Sí, lo conocí, y es un monumento de hombre… pero también es un maldito imbécil que cree que puede ponerme el pie encima ¡Y está completamente equivocado! Vine aquí a hacer lo que mejor sé, tomar fotografías y lo haré —mencionó sintiéndose furiosa.

—Ok, creo que ese primer encuentro no estuvo bien… Hagamos algo, primero respira, vamos por tu cámara y nos ubicamos en otro lugar, la propiedad es inmensa y tienes de tu lado a Alessandro y a Samantha que la conocen de maravilla, ellos te ayudarán y le darás una lección a

ese idiota. —No quería verla mal pues le había tomado mucho cariño.

Diana suspiró, intentando relajarse, aunque aún se sentía furiosa por la actitud tan machista del tal Marcello, decidió que pensaría con cabeza fría y no dejaría que la afectara, era una profesional y podía hacer su trabajo perfectamente, le demostraría que estaba igual de capacitada.

El resto de la tarde se fue en organizar todo para el día siguiente, Thomas Whitman hizo una reunión para hacer las presentaciones y dejar claras las reglas por las cuales se regirían. Las mujeres estarían ubicadas en la casa que ocupó Samantha cuando estuvo allí, los hombres de la producción se quedarían en otra; por supuesto, Alessandro también, por último, los técnicos y demás asistentes se quedarían en la tercera.

La casa principal se usaría para el set de interiores, mientras que la de los conserjes se mantendría fuera de las áreas que tendrían permitida, pues el propietario mencionó en el contrato que era únicamente para el uso de Tina y Jacopo. Alessandro y Samantha compartían miradas comprendiendo cuánto los afectaban esas decisiones, aunque el italiano estaba más que dispuesto a romper las reglas. Ellos eran adultos y eso no era un maldito internado para que estuvieran divididos de esa manera. El imbécil de Gary Reynolds no lo mantendría lejos de Samantha.

Capítulo 37

A la mañana siguiente todos despertaron muy temprano, se les había mencionado en la reunión que las grabaciones iniciarían a primera hora. Alessandro apenas pudo dormir debido a la molestia que le causaba tener a Samantha a pocos metros de él y no poder dormir con ella, se suponía que después de su reconciliación, por fin la haría su mujer, pero todo el mundo parecía empeñado en mantenerlos ocupados y alejados.

—¿Te sientes nervioso Alessandro? —preguntó Claudia.

La pelirroja era la encargada de la imagen de los actores, ya había trabajado antes con Kimberly y eran muy amigas, pero era la primera vez que lo hacía con el italiano, debía decir que el actor tenía un rostro perfecto, una piel suave pero fuerte y muy varonil, además de un cabello sedoso y muy manejable, si no fuera porque había aprendido a ser profesional al trabajar con tantos hombres guapos, estaría allí suspirando.

—No, solo un poco cansado —contestó siendo amable con la mujer.

—Sí, esas sombras bajo tus ojos me lo gritan… tranquilo, siempre pasa un día antes de iniciar —decía mientras le peinaba el cabello—. Pero debes prometerme que intentarás dormir mejor, tienes un rostro perfecto y no necesitas ningún tipo de maquillaje corrector… aunque hoy lo usaremos —mencionó parándose frente a él y sacó una paleta del cajón.

—Se supone que Franco debe lucir preocupado por la situación que atraviesa al inicio del libro —comentó de manera casual, cerrando los ojos para dejar a la mujer trabajar.

—Sí, pero también será la primera vez que Priscila lo vea y deberá quedar completamente impresionada con él, así que queremos a un guapo y preocupado Franco, no a uno demacrado —acotó sonriendo.

Él solo dejó ver una sonrisa ante las palabras de la mujer y dejó que continuara con su trabajo, mientras se dedicaba a pensar en la verdadera Priscila, y la manera de tenerla junto a él, aunque fuera un par de horas, pues no soportaba esos deseos que lo consumían. Sabía que al inicio del libro había muchas escenas que debería hacer Kimberly sola y mientras, él no haría nada, pero también que los directores muy pocas veces trabajaban siguiendo la línea de tiempo del guión, así que eso no le aseguraba nada, además, Samantha seguro desearía estar presente.

Samantha tampoco logró dormir muy bien, había pasado la noche pensando en Alessandro, deseándolo con intensidad y sintiéndose frustrada por tener que pasar la primera noche en ese lugar lejos de él. Al menos las cosas mejoraron durante las grabaciones y Alessandro hizo que el miedo que sentía al tener que enfrentarse a las primeras escenas, fuera menguando de a poco, no era tan complicado ver a Kimberly actuar como si fuera ella y con él le ocurría algo muy particular, porque actuaba como siempre, pero el simple hecho de que llevara el nombre de Franco, lo hacía lucir como otro hombre y no como su Alessandro.

Las primeras, fueron en el estudio de pintura donde se suponía Priscila trabajaba, Franco llegaba furioso porque le habían informado que el viñedo estaba a punto de irse a la quiebra y puesto en subasta para pagar la hipoteca del banco. Obviamente Samantha tuvo que cambiar las dos situaciones reales para el libro, pero lo demás en esencia se mantenía.

Alessandro y Samantha se sentaron juntos durante el almuerzo, invitando también a Kimberly y Diana para no levantar sospechas, pero delante de ellas se podían expresar con

mayor libertad, aunque podían sentir la mirada de Gary siguiendo cada una de sus acciones.

—Marcello se quedó sin puesto, quizás deberíamos invitarlo a esta mesa —sugirió Kimberly que deseaba molestar un poco a Diana.

—Lo haces y me levanto —comentó de inmediato.

—¿Me he perdido de algo? —inquirió Alessandro al ver las sonrisas de Samantha y Kimberly.

—Di no soporta a su compañero —contestó Samantha.

—Es un estúpido machista, arrogante… que se cree el mejor fotógrafo del mundo, menospreció mis conocimientos sin siquiera darme la oportunidad para demostrarle lo que puedo hacer —mencionó Diana clavando el tenedor con fuerza en la chuleta que tenía servida.

—Ya está muerta Di —esbozó Kimberly refiriéndose al pedazo de carne mientras tomaba parte de su ensalada.

—¿Hablaste hoy con él? —preguntó Samantha con amabilidad.

—¡No! Y entre más lejos lo tenga será mejor. Haré mi trabajo yo sola, sé que puedo hacerlo —respondió golpeando su puré.

—Marcello no es un mal tipo, tiene su carácter y le gusta trabajar solo es verdad, pero si hablan pueden llegar a un acuerdo…

—Pues él no me quiere de compañera sino de asistente y ya quemé esa etapa, no pienso recibir órdenes de nuevo… puedo aceptar sugerencias, pero no que me mande como si fuera una niña —expuso con seriedad y se bebió la mitad de su copa de vino, posteriormente miró a Alessandro interesada en su comentario—. ¿Tú lo conoces?

—Sí, ha trabajo para varios proyectos donde he estado, es bueno en verdad Diana, estoy seguro de que harían un gran equipo —contestó.

—Pero es demasiado amargado Aless, además me dijo que aceptó porque no le quedó de otra, pero que si quería estar a su lado sería como asistente… es decir, no tendría chance de hacer una sola toma. Me negó todas las posibilidades sin ver al menos mi trabajo… me niego a ser la compañera de un hombre así —puntualizó elevando la barbilla.

—Yo hablaré con él… —pronunciaba Samantha.

—No harás eso Sam, no me tomará en serio nunca si lo haces.

—Ok, pero debes hablar con él, ustedes son parte de un mismo equipo, no rivales y cuando Thomas les pida las primeras tomas y vea que están trabajando por separado se enfadará, ayer en la reunión lo dijo que no quería individualismo —sostuvo ella buscando los ojos de Diana.

—Pero… ¿Por qué tengo que ser yo quien se doblegue?

Todos se quedaron en silencio, Diana tenía razón ella había llegado con toda la disposición de ser la compañera del fotógrafo y él la había rechazado así que quien merecía una disculpa era ella. Pero Alessandro, que estaba al tanto de las causas que habían formado ese carácter recio y amargado de Marcello, sabía que quizás él no daría su brazo a torcer, se cuidaba de tener relaciones duraderas y más si eran con mujeres, después de haber perdido a dos esposas como lo hizo, no podía culparlo.

—Bien, lo haré yo… somos amigos y no creo que vea nada de malo en que lo invite a la mesa con nosotros, hay dos sillas vacías y él está de pie en la barra de la cocina —mencionó Alessandro captando la atención, vio que Diana iba a protestar y habló de nuevo—. No tienes que hablarle si no quieres, solo intentaremos entablar una conversación casual.

—Pues presiento que tendré una mala digestión —masculló.

Alessandro elevó la mano para invitar al fotógrafo a acercarse, lo vio dudar, pero al final terminó caminando hacia ellos.

—Hola, llegué tarde y no encontré lugar —saludó sin dirigirse a nadie en específico mientras tomaba asiento en una de las sillas vacías.

—Pues aquí había dos —señaló Alessandro con una sonrisa— ¿Cómo estuvo la mañana? —preguntó mientras seguía con su comida.

—Bien, hice varias tomas de ambos y también al amanecer, quedaron bien… pero eso solo lo veré cuando las revele —contestó.

—¿Revelado? —preguntó Diana con sorna sin poder evitarlo. Al ver que el italiano ponía mala cara, quiso vengarse por lo del día anterior—. Si todo el material para la película será presentado en digital. ¿Qué función tiene un revelado? Aunque claro, supongo que para usted que viene de la vieja escuela es algo lógico —lo retó, mirándolo.

—A ver si nos entendemos Diana, usted quiere trabajar conmigo, pero cuestiona mis métodos, quiere que la trate como una profesional, pero se excusa tras el sarcasmo para decirme que sigue ofendida por lo de ayer ¿Es esta su manera de entablar una relación de equipo?

—A ver si nos entendemos, Marcello, quien jamás quiso un equipo fue usted, quien cuestionó primero mi desempeño sin siquiera conocerlo fue usted… así que, dígame ¿Es esta su idea de un trabajo en conjunto? —cuestionó, cruzándose de brazos.

El silencio que se produjo en la mesa era abrumador mientras Diana y Marcello se miraban de forma retadora, él tenía la mandíbula tensa mientras contenía sus deseos de mandar al Diablo a esa chiquilla altanera y prepotente, solo porque era un caballero no lo haría, pero si lo que ella quería era comprobar quién era el mejor. Bien, se lo demostraría.

—Ayer hizo unas tomas desde la parte Este de la casa, enséñemelas y veamos qué es eso de lo que tanto alardea, así no irá por allí diciendo que la rechacé sin ver su trabajo, y entonces hablaremos de un equipo —indicó mirándola a los ojos.

—No tan rápido, usted también debe enseñarme las que hizo del lado Sur y entonces, puede que hablemos de un equipo… y otra cosa, no recibo órdenes, pero acepto sugerencias —contestó manteniéndole la mirada y se bebió lo que le quedaba de vino en la copa.

Alessandro, Kimberly y Samantha lucharon contra las sonrisas que luchaban por aflorar en sus labios, disimularon regresando a sus platos de comida, y a todos les quedó claro que esos dos podían terminar siendo un gran equipo o matándose, pero algo harían bien.

∞∞∞∞

Lo que parecía ser otra noche lejos de Samantha para Alessandro, cambió por completo cuando a media tarde, Tina le envió un mensaje para que fuera hasta su casa un momento. Él sabía que los esposos tenían planeado viajar por una semana a casa de Janina, en vista de que allí era muy poco lo que tenían que hacer, pues la producción había traído personal que se encargaría de todo.

Pensó que quizás deseaban dejarle alguna indicación especial o algunos de esos dulces que Tina hacía y le quedaban deliciosos, pero su sorpresa fue mucho mayor cuando la mujer le hizo entrega de una copia de las llaves de la casa, alegando que lo hacía para que estuviera al pendiente o en caso de algún siniestro, pero la sonrisa en sus labios y el brillo en su mirada revelaba su verdadera intención para hacerlo.

—Eres una mujer maravillosa Tina —expresó dándole un beso en la mejilla y la abrazó con fuerza elevándola del suelo.

—Jacopo en cambio dice que soy una Celestina —acotó sonriendo y le guiñó un ojo, después le palmó la mejilla con suavidad—. Hagan las cosas bien esta vez Aless, la vida pocas veces da segundas oportunidades —expresó mirándolo a los ojos.

—Te prometo que así lo haré, esta vez será mejor. Ahora que sé que Samantha me ama ya no habrá dudas, ni miedos… no me callaré nada.

—Eso es lo que quería oír, tu antigua habitación está lista, pero no subas hasta que estés con ella, ¿entendido? —preguntó mirándolo.

Él asintió moviendo la cabeza varias veces mientras mostraba una gran sonrisa, y la abrazó de nuevo dándole un par de besos en la mejilla.

—¡Hey tú! Ve a buscar a tu mujer y deja a la mía en paz —mencionó Jacopo entrando a la cocina, le costaba desplazarse, pero no desistía.

—No te preocupes, iré corriendo a buscarla en cuanto terminemos las grabaciones de hoy, gracias por ayudarnos —expresó sonriendo.

—No tienes nada que agradecer, fue esta vieja celestina quien me convenció, pero bueno como saben que los aprecio a ambos, también les traje esto —contestó extendiéndole una botella de Colli Fiorentini y sonrió al ver que las había reconocido—. Sí, fue la primera botella que ustedes bebieron, Samantha lo mencionó un día por casualidad y ya sabes la buena memoria que tengo.

—Ella se pondrá feliz, gracias a ambos… les prometo que encontrarán la casa en sus cimientos cuando regresen —acotó con una sonrisa pícara y les guiñó un ojo.

Después de eso los abrazó con fuerza y se ofreció para llevarlos hasta el auto de su yerno que los esperaba afuera, pero Tina le hizo ver que no era prudente, pues si deseaba mantener en secreto que él tendría la llave, lo mejor era que no los vieran juntos, así que Alessandro terminó por salir por la puerta de la cocina por donde había entrado y fue directo a la habitación que ocupaba para dejar la botella de vino y regresar al set.

Las grabaciones se extendieron casi hasta el anochecer, por suerte no tuvieron muchos fallos y eso puso de muy buen humor a Thomas, por lo que decidió que al día siguiente comenzarían después de las diez de la mañana ya que seguirían con las escenas dentro de la casa, él se mostró de manera casual y no le contó nada a Samantha para darle la sorpresa más tarde, cuando todos se retiraran la llamaría para decirle que lo esperase lista, esa noche dormiría al fin con su mujer.

∞∞∞

Samantha se cepillaba el cabello después de un relajante baño en la tina con agua caliente y esencias, que le quitaron todo el cansancio acumulado durante el día, se sentó en el sillón tomando su portátil para revisar sus correos cuando escuchó la melodía que Alessandro le dedicara en el avión, y ella había seleccionado para identificar sus llamadas.

—Hola… ¿Por qué me llamas a esta hora? —preguntó en voz baja, entre sorprendida y preocupada.

—Necesito que bajes.

—¿Ahora? ¿Dónde estás? —respondió con preguntas mientras se ponía de pie dejando su notebook de lado.

—Estoy aquí abajo, en el jardín… sal por la puerta de la cocina.

—Alessandro en serio, te volviste loco —esbozó sonriendo, se asomó a la ventana, lo vio haciéndole señas en medio de la oscuridad y eso hizo que su corazón se lanzara en latidos

desbocados.

—Eso no es novedad Samantha, baja ahora.

—No puedo salir, si bajo y abro la puerta alguien podría escuchar… ¿Y para qué deseas que lo haga? —después que hizo la pregunta supo que había sido muy tonta.

Alessandro rodó los ojos y elevó su mano enseñándole el juego de llaves, después señaló con la cabeza la casa que ocupaban Tina y Jacopo, ella sabía que ellos se habían marchado, pero nunca se le pasó por la cabeza que le dejaran las llaves a él. La emoción no la dejó actuar enseguida, solo cuando vio la hermosa sonrisa que él le entregó pudo salir del trance pues sabía lo que eso significaba, asintió en silencio y corrió hasta el armario para buscar algo más decente que ponerse.

—¿Qué haces?

Escuchó que le preguntaba Alessandro, aún mantenía la llamada, aguantó el teléfono con el hombro mientras removía los pijamas.

—Buscando algo que ponerme, ya me había cambiado para dormir —contestó tomando uno de camisa y pantalón de seda en tono marfil.

—No te cambies quiero ver lo que llevas puesto.

—No puedo bajar con esto Alessandro, apenas voy vestida.

—Samantha Steinberg baja en cinco minutos o seré yo quien suba.

—Quédate allí, ya bajo… —dijo tomando un grueso cárdigan.

Al menos eso lograría cubrirla y siempre podía decir que salió a tomar un poco de aire o mirar las estrellas o lo que sea, si alguien la veía.

Corrió por el pasillo llevando las pantuflas y el teléfono en la mano, bajó las escaleras cuidando de no hacer ruido mientras miraba a todos lados mientras se dirigía hacia la cocina, cuando estuvo frente a la puerta mostró una sonrisa triunfante, giró el picaporte y lo jaló hacia ella, pero este no cedió, lo intentó un par de veces más negándose a creer que eso estuviera sucediendo.

—¡Maldición! —exclamó por lo bajo y apoyó la frente en el frío cristal de uno de los paneles, reaccionó recordando que siempre colocaban las llaves junto al perchero a la izquierda de la puerta principal, así que corrió de regreso al salón para buscarlas.

No podía culpar a las chicas encargadas de la casa de cerrar con llave, porque sabía que era una costumbre, ella misma durante los primeros meses allí lo hacía, la paranoia americana de ver psicópatas en todos lados. Intentó primero probar a ver si la de la entrada principal estaba abierta, tampoco, así que buscó el perchero, pero se encontraba vacío.

—No puede ser… no puede ser —se repetía intentando no caer en la desesperación. Suspiró sintiéndose derrotada y se dispuso a regresar hasta la habitación para informarle a Alessandro lo que sucedía.

—Todas las puertas están cerradas y las llaves no están en el perchero, debe tenerla alguna de las chicas encargadas de la limpieza —mencionó con desgano, en cuanto él recibió la llamada.

—¿Qué? ¿Acaso esto es un desgraciado internado y una de ellas la madre superiora? —expresó furioso.

—No te enfades, no lo hicieron a propósito, recuerda que yo también lo hacía es una costumbre… ¿Qué hacemos? —preguntó mirándolo.

—No sé —dijo sin poder disimular la rabia que lo embargaba.

—¿Por qué no subes tú? Esto es una escalera y está pegada a la pared así que es segura —ofreció una solución.

—Sí, claro puedo hacerlo, pero antes de llegar arriba me habré orinado los pantalones —

comentó recordándole su miedo a las alturas, Samantha estaba en una tercera planta.

—Bien —esbozó ella intentando no reír para evitar que se enfureciera más, se asomó para evaluar qué tan alto estaba, no eran más de veinte metros—. Lo haré yo —indicó y lanzó las pantuflas.

—¿Te has vuelto loca? Eso está muy alto Samantha.

—Son unos pocos metros y no le temo a las alturas, ataja mi teléfono, debo llevarlo en caso de que alguien note que no estoy y me llamen —señaló moviendo sus manos para que Alessandro se preparara.

—Espera… solo ten mucho cuidado por favor —pidió mirándola a los ojos y dejó su teléfono de lado para recibir el de ella.

Samantha le dedicó una sonrisa para calmarlo y revisó que la escalera fuera estable, pasó una pierna por encima del barandal de madera de su balcón y en momentos como esos agradecía al yoga por hacerla tan flexible, pero no mucho a su idea de solo llevar ese conjunto pues debía estar dándole una vista envidiable a Alessandro, lo miró por encima del hombro y se condolió del pobre que apenas sí le prestaba atención a su trasero al aire, por estar cuidando de ella.

—Hazlo despacio preciosa… no tenemos prisa, bueno sí tenemos, pero no quiero que te vayas a caer —indicó mirándola.

—Está bien… no me distraigas y relájate que no me pasará nada —mencionó temblando al escuchar que la madera traqueaba.

Comenzó a bajar con rapidez, intentando no apoyarse mucho en cada peldaño y alternándolos, no eran más de treinta así que cuando menos lo esperó ya estaba por llegar al suelo.

—¡Espera! No hay más peldaños… vas a tener que soltarte desde allí.

—Pero aún está alto Alessandro —dijo mirando que al menos unos dos metros la separaban del suelo.

—Yo te ayudo —indicó él acercándose para tomarle las piernas—. Bonita vista —esbozó disfrutando del perfecto trasero enfundado en un sexys *cullote* de color negro con lunares blancos, sonrió al ver la mirada de advertencia que Samantha le dio, la tomó por la cintura mientras se doblaba un poco—. Suéltate ya te tengo —le hizo saber y se la montó en los hombros como si se tratase de una niña.

—Bueno, ya puedes bajarme… Alessandro —dijo al ver que él pretendía llevarla de esa manera.

—Nunca hicimos esta posición, quizás debamos ponerla en práctica —dijo sonriendo con malicia mientras la miraba.

—¿Qué se supone que haríamos estando…? —preguntaba cuando vio la mirada de él intensificarse y ella se sintió arder—. No respondas.

Él movió la cabeza hacia la derecha, le mordió el interior del muslo con suavidad, la sintió temblar mientras gemía y no pudo evitar pasar su lengua para aliviar la marca roja que había dejado en la piel nácar.

—Alessandro —susurró Samantha cerrando los ojos.

Lo sujetó del cabello para parar esa deliciosa tortura, mientras sentía cómo sus músculos más íntimos se contraían de placer, se mordió el labio cuando Alessandro depositó un suave beso donde antes los dientes habían atrapado su piel, le acarició las piernas para llevar sus manos y cerrarle la cintura mientras doblaba su cuerpo para bajarla.

—Sana y salva en tierra señorita Steinberg —mencionó irguiéndose para mirarla a los ojos.

—Gracias —Samantha tomó el rostro de él entre sus manos y lo besó casi con desesperación,

gimiendo al sentir la pesada lengua de Alessandro entrar de lleno a su boca y hacer fiesta— ¿Cómo conseguiste las llaves? —preguntó una vez se separaron.

—Tina me las entregó, está al tanto de las reglas que nos colocaron y al igual que yo piensa que es absurdo, así que mientras ellos están en Pisa nos prestaron su casa —contestó con una sonrisa y la tomó de la mano.

—Espera un momento… pero si alguien despierta y descubren que no estamos —decía mientras caminaba.

—No se darán cuenta, tendría que ir a nuestras habitaciones y ¿Quién lo hará a esta hora? —preguntó mostrándose confiado.

—Espero que nadie —contestó y lo jaló del brazo para hacer que se apurara mientras sonreía con picardía.

Alessandro la tomó por la cintura pegándola a su cuerpo y le dio un beso en el cuello, disfrutando de ese temblor que le entregó junto con el suave movimiento de sus caderas que lo buscaron, haciéndole sentir en el roce las firmes y redondas nalgas contra su entrepierna.

—Estás jugando con fuego Samantha —le susurró mordiéndole el lóbulo de la oreja y acariciándole uno de los senos, gimiendo al comprobar que no llevaba nada bajo la camiseta que tenía puesta.

—Quizás desee quemarme —respondió ella de manera provocadora y llevó su mano por detrás hasta la protuberancia en sus pantalones.

—Entremos —dijo él con urgencia y se movió con ella para abrir la puerta, cuidando de no hacer ruido.

Ambos se sentían como un par de adolescentes que se escabullían de casa de sus padres a medianoche, apenas se cerró la puerta, Samantha se volvió para mirar a su alrededor, la cocina estaba envuelta en penumbras, pero los recuerdos llegaban hasta ella con una nitidez impresionante, sobre todo aquella vez cuando estando allí le dijo que sí a Alessandro y en ese instante su mundo entero cambió.

—Subamos, creo que Tina nos dejó una sorpresa porque me pidió que lo hiciera solo cuando estuviera contigo —susurró cerca de su oído, rodeándole la cintura para después darle un beso en el hombro.

—Claro —contestó sonriendo y le dio un beso en la mejilla.

Se dirigieron hasta el salón y con rapidez subieron las escaleras, caminando con cuidado por el pasillo oscuro llegaron hasta la habitación de Alessandro y vieron que era la única que estaba iluminada, él giró el pomo y abrió despacio la puerta. Ciertamente no estaba preparado para algo así, ni siquiera si lo hubiera planeado le habría salido tan bien y se dijo que debía comerse a besos a Tina cuando la viera, se volvió para ver a Samantha pues quería grabar en su memoria su reacción.

Ella entró y sus ojos de inmediato fueron hechizados por el ambiente en la habitación, solo estaban encendidas las luces de las lámparas a cada lado de la cama, iluminando tenuemente ésta que lucía bellísima, cubierta por impecables y esponjosas cobijas blancas que habían sido adornadas con al menos unos diez tipos de flores, todas de vivos colores; no tenía que ser adivina para saber que eran del jardín, había amapolas, girasoles, violetas, margaritas, era un verdadero espectáculo.

—Es hermoso —susurró sintiendo las lágrimas colmar sus ojos— ¿Tú le pediste que hiciera todo esto? —preguntó volviéndose a mirarlo.

—Me hubiera gustado decir que sí, pero no tenía ni idea que me dejarían las llaves, mucho menos que prepararía la habitación de esta manera… Es lindo —comentó sintiéndose

emocionado también.

—Bueno, un punto menos para usted, por no ser tan romántico señor Bonanzierri —esbozó con seriedad, pero al ver que él se mostraba tímido lo jaló del brazo para atraerlo a su cuerpo—. No lo tomaremos en cuenta por tratarse de la primera vez, pero recuérdalo para la próxima… aunque no lo parezca, soy una chica romántica y tienes que culpar de eso a un guapo italiano que me enseñó lo que era el amor —expresó sonriendo al ver la sorpresa en su rostro, le acarició los brazos.

—Dejaré el campo de girasoles sin uno solo para ponerlo todos a tus pies —acotó envolviéndola en sus brazos y se acercó para besarla.

Comenzó a acariciarle la espalda dejando que su mano viajara con total libertad hasta apoyarse en la curva al final de su espalda, la pegó a él gimiendo al sentir la suavidad de la figura de Samantha, mientras la besaba lentamente, con dedicación para que se sintiera más que deseada, amada. Abandonó los labios de Samantha y dejó que los suyos se deslizaran por la sutil línea del mentón hasta llegar al cuello, los separó dejando que su lengua también disfrutara de la suavidad de la piel.

Samantha se dejaba besar por Alessandro mientras se deleitaba hundiendo sus manos en la espesa cabellera, sintiendo cómo el ritmo de su corazón se aceleraba cada vez más y la piel ganaba calor, erizándose. Suspiró al sentir cayendo al piso el grueso cárdigan que llevaba, después las manos de Alessandro comenzaron a deslizarse por su cintura.

Ella no deseaba mantener una actitud pasiva, así que empezó a subir la camiseta que llevaba él para quitársela, se alejó para mirarlo a los ojos entregándole una sonrisa mientras se la sacaba por la cabeza.

—Estás temblando… ¿Tienes frío? —preguntó él cuando sintió las manos trémulas de Samantha acariciarle el pecho.

—No… no es frío, es que te deseo demasiado —respondió antes de besarlo y deslizar sus manos hasta la fuerte espalda, gimiendo de placer cuando las manos de él le apretaron con suavidad el trasero.

Alessandro movió sus manos después de masajear las nalgas de Samantha hasta la cintura de ella y con lentitud fue subiendo la delicada camiseta que le mostraba los pezones erguidos, detuvo los besos para sacársela y sus ojos de inmediato se posaron en ese par de senos que tantos sueños habían protagonizado, bajó hasta dejar su boca a la altura de ellos y buscó los ojos de Samantha antes de apoderarse cerrando sus labios sobre uno de los pezones.

Un temblor la recorrió entera al sentir la suave succión, gimió y se aferró a los hombros de Alessandro temiendo que las piernas pudieran fallarle, su mirada se ahogó en la de él mientras seguía bebiendo lentamente de su seno, acariciando el pezón con la lengua y apretándolo con la mano con un toque extraordinario, no muy rudo y tampoco suave.

—Alessandro —susurró mirándolo a los ojos, suplicándole para que le diera todo aquello que tanto extrañó.

—Tu piel me vuelve loco —murmuró besando el sensible lugar en medio de los senos de Samantha y deslizó su lengua un par de veces.

Ella gimió dejando caer la cabeza hacia atrás mientras se aferraba a la nuca de él, sintiendo la humedad que brotaba de su interior deslizarse tibia y lentamente en su intimidad. Le tomó el rostro para mirarlo a los ojos al tiempo que bajaba para besarlo, acarició con su lengua los labios de Alessandro y después la de él salió en busca de la suya.

Lo vio bajar para ponerse de rodillas mientras le besaba el vientre, podía sentir sus manos acariciando todo a la vez, sus senos, su trasero, sus piernas y no supo en qué momento logró

hacer que se diera la vuelta quedando de espaldas a él, un temblor que nació en su centro le recorrió todo el cuerpo cuando él comenzó a besarle las nalgas, dejando caer suaves y tibios besos sobre ellas, incluso por encima del panty que llevaba, sintió cómo sus dedos se hacían espacio bajo la tela para acariciar la sensible piel, deslizándose por la línea que las separaba.

—Por favor, tócame —rogó al sentir que él llegaba muy cerca de su palpitante intimidad, pero no la rozaba.

—Voy a hacer mucho más que eso, Samantha —susurró dejando que su aliento se estrellara sobre la sensible y erizada piel.

Con una mano deslizó la delicada prenda de encajes y algodón hacia un lado, comprobando lo que su instinto ya le gritaba, que ella estaba húmeda y lista para recibirlo, con la otra se apoderó de la cadera para atraerla hacia él y tocó con la punta de la lengua el nacimiento de sus labios inferiores, la sintió temblar al tiempo que les regalaba un jadeo a sus oídos y después moverse poniéndose de puntillas y abriéndose un poco para ofrecerse a él.

Samantha sintió que su mundo entero se tambaleó y tuvo que buscar algo de dónde apoyarse cuando Alessandro deslizó su pesada y caliente lengua por sus labios, éstos estaban tan sensibles y húmedos, todo era más intenso cuando sentía la respiración agitada, el toque posesivo de su mano sobre su cadera, mientras ella solo podía gemir y estremecerse. Aferró una de sus manos a la estructura de la cama mientras la otra viajaba a la cabellera castaña de él y en una súplica silenciosa lo instaba a ir más profundo, a tomar todo de ella hasta hacerla perder la razón.

Alessandro comenzó a bajar el ritmo de sus besos, deseaba prolongar tanto como pudiera esa noche y sentir a Samantha al borde de un orgasmo, solo despertaba en él los deseos de también tener el suyo, succionó un par de veces antes de separarse para ponerse de pie mientras le dejaba caer una lluvia de besos sobre la espalda. La giró para mirarla a la cara, sonrió al ver que ella parpadeaba y lo miraba como pidiéndole una explicación, le acarició los labios hinchados por los besos.

—Eres preciosa y perfecta —susurró detallándole el rostro.

—Y también llevo mucho esperando para que me des un orgasmo —esbozó sin siquiera proponérselo y después cerró los ojos apenada.

—Mírame… —pidió tomándole el mentón y cuando ella lo hizo habló de nuevo—. No te daré solo uno, Samantha… te los daré todos, de ahora en adelante todos tus orgasmos serán solo míos.

La besó con la intensidad que el amor y el deseo por ella provocaban en él, pegándola a su cuerpo para que no hubiera nada que los separase, enredó su mano en el cabello de Samantha gimiendo al sentir que ella abría su boca para entregarse por completo, a la vez que se esmeraba en conquistarlo. La levantó por la cintura y ella de inmediato lo rodeó con sus piernas, justo como años atrás, el tiempo no había logrado que olvidaran cómo se desenvolvían estando juntos, ni lo que provocaban sus pieles cuando se rozaban.

Capítulo 38

Alessandro la llevó hasta la cama y la tumbó de espalda, en medio de todos esos pétalos de flores, Samantha parecía una especie de ninfa, desnuda, hermosa y perfecta, la vio moverse sobre la cama sonriendo quizás ante la sensación que le provocaban los pétalos, después lo miró y le extendió la mano invitándolo a subir mientras separaba sus piernas para hacerle espacio. Esa imagen puso a su corazón a latir desbocado, su mirada recorría la figura de su escritora reconociendo cada curva que adornaba ese cuerpo que lo enloquecía.

Se arrodilló en medio de las largas piernas de Samantha y acarició con sus manos los senos, bajando por la suave piel donde se podían apreciar las costillas cada vez que ella inspiraba para llenar sus pulmones de oxígeno, y después se apoderó de la cintura cerrándola, sintiéndola suya.

—Bésame —susurró ella irguiéndose para atrapar sus labios y ayudarlo con el pantalón de chándal que llevaba puesto.

Los labios de Alessandro le brindaban suaves roces, mientras sentía los dedos deslizarse por su espalda y la sensación que le recorría el cuerpo era tan maravillosa como placentera. No quería hacer comparaciones, pero era casi imposible no notar lo distinto que era entregarse a un hombre solo por cubrir una necesidad, por mero deseo primitivo o por cumplir con un deber, que hacerlo con el hombre que verdaderamente despertaba todos sus sentidos, ese que movía hasta la fibra más pequeña de su ser y la ponía a volar, el hombre que amaba.

Alessandro al igual que Samantha, tampoco quería traer a su mente el recuerdo de otras mujeres, porque estando junto a ella las demás sencillamente no existían, jamás pensó que una mujer pudiera llenarlo de esa manera, que pueda abarcarlo todo y convertirse en la única que en verdad deseaba, por lo menos con esa intensidad. Sintiéndose sumamente feliz comprobó que aquello que descubrió la última noche que pasó con ella seguía siendo una realidad, Samantha era mucho más que otras porque le había enseñado a hacer el amor, porque era la mujer que amaba.

—Te extrañé tanto, preciosa —susurró contra los labios de ella.

—Y yo a ti, Aless, parecieron siglos en lugar de años…—esbozó besándolo—. Quiero verte desnudo, quítate esto —esbozó y no pudo evitar sonrojarse cuando él sonrió mirándola con intensidad.

—Pensé que tenías problemas en verme desnudo —acotó elevando una ceja y despacio se paró encima de la cama.

Ella se mordió el labio mientras negaba con la cabeza y se puso de rodillas rápidamente, sostuvo por las fuertes piernas a Alessandro que se tambaleó un poco, comenzó a besarle el abdomen disfrutando de ese leve temblor que lo recorrió, deslizó la punta de su lengua creando un camino húmedo hasta ese espacio donde se podía apreciar el fuerte hueso de la pelvis, le dio un leve mordisco y sonrió traviesa al escucharlo gemir.

—Usted es delicioso, señor Bonanzierri —esbozó mirándolo a los ojos cuando empezó a bajar el pantalón para quitárselo.

Él dejó ver una hermosa sonrisa en respuesta al cumplido y le acarició la mejilla, la vio sobresaltarse cuando su erección saltó al ser liberada y eso provocó que riera con picardía. Ella lo acompañó en el gesto mirándolo a los ojos mientras atrapaba con una mano el músculo tenso

como hacía mucho no se mostraba, incluso sobre su cuerpo Samantha tenía más poder, lo excitaba mucho más que cualquier otra.

Ella no pudo resistirse ante el deseo de probar a Alessandro, así que cerró sus labios sobre el rosado y suave glande, recogiendo con su lengua el leve rastro de humedad que lo coronaba, cerró los ojos gimiendo al sentirlo palpitar y cuando los abrió, Alessandro se le presentó como el hombre más hermoso, vigoroso y sensual que hubiera visto nunca.

—Tómalo completo, Samantha —susurró suplicante mirándola a los ojos y le acarició el cuello con suavidad.

Lo complació llevándolo todo dentro de su boca para hacer una serie de succiones que lo hicieron temblar y cerrar los ojos, esa reacción la hizo sentirse poderosa como hacía mucho no le ocurría, o al menos no lo sentía porque solo a él deseaba poner de rodillas, solo con él deseaba ser esa mujer capaz de dejar de lado los prejuicios y entregarlo todo.

Alessandro sentía que no tardaría mucho si ella continuaba así y aunque no quería salir de ese paraíso que era la boca de Samantha, debía hacerlo para darle todo lo que deseaba esa noche, mirándola a los ojos la tomó por las mejillas para alejarla lentamente, pero los planes de Samantha eran volverlo loco esa noche, porque en lugar de comprender lo que él deseaba abrió más la boca acariciándolo solo con su lengua, creando el espacio perfecto para que él pudiera…

«¡Mierda! Ten piedad de mí… ten piedad, Samantha.»

Pensó viendo el deseo reflejado en las pupilas dilatadas y dejándose llevar por la locura comenzó a embestir esa exquisita boca, cuidando de no llegar muy profundo y manteniéndole la cabeza firme con sus manos para que ella no se moviera, se detuvo sudando y temblando como un condenado, reteniendo el orgasmo que bullían en su interior.

Samantha se estremeció entera y su cuerpo casi se prendió en llamas cuando él comenzó a moverse dentro de su boca, ella se lo había pedido y le encantó, nunca había vivido algo tan excitante e intenso mientras tomaba a un hombre, y una vez más, Alessandro se llevaba el mérito de ser el primero, de hacerla rebasar sus propios límites y vivir placeres que la hacían sentir viva, todo había sido tan abrumador que se sentía extraña, pero muy bien y lo dejó salir de su boca dejando caer una lluvia de besos en su abdomen y muslos mientras le acariciaba los firmes glúteos.

—Samantha… quieres ponerme de rodillas —confesó cerrando los ojos y deslizó su mano por la suave cabellera de ella.

—Lo que en realidad quiero… es tenerte encima de mí —esbozó tendiéndose mansamente en la cama.

Le mantuvo la mirada mientras llevaba sus manos hasta el panty que aún traía puesto, lo tomó entre sus dedos y elevó las caderas para lentamente irlo sacando de su cuerpo, lo vio hincarse junto a ella y una radiante sonrisa se adueñó de sus labios cuando la prenda llegó hasta sus rodillas, levantó las piernas y apoyó los pies en el pecho de Alessandro.

—Quítamela. —Le ordenó mirándolo a los ojos.

Samantha no sabía ni siquiera qué la estaba llevando a actuar así, quizás era ese deseo de borrarle de la mente a cualquier mujer que estuvo después de ella, o su instinto femenino que con Alessandro despertada como con ningún otro o a lo mejor eran ambos. De lo único que estaba segura era de que deseaba a ese hombre con fuerza y quería que despertar en él la misma necesidad, el mismo anhelo, la misma pasión.

Después que la tuvo desnuda para él se decidió a no prolongar más la espera, no deseaba ni podía hacerlo, la vio separar las piernas ofreciéndole ese lugar que era su completa perdición y no pudo negarse el deseo de saciar su sed en ese manantial, se tendió en la cama sin darle a ella

tiempo a reaccionar, la tomó por las caderas y hundió el rostro atrapando con su boca lo que era suyo.

Una ráfaga de placer y fuego se extendió por todo su cuerpo cuando Alessandro cubrió con su boca ese lugar que clamaba por él, sus caderas lo buscaron justo como hiciera aquella tarde en su bañera hacía apenas un par de semanas, y esta vez no encontró un espacio vacío sino a él, a él con su ágil lengua, con sus labios suaves y tibios, con sus ansias por abarcarlo todo en ella, haciéndola delirar, se aferró a las sábanas y cerró los ojos mientras sentía, que ese cielo que estuvo cerrado por tanto tiempo para ella, se abría una vez más mostrándose hermoso y perfecto.

Enredó sus dedos en las hebras castañas tirando de ellas con ímpetu, emitiendo fuertes gemidos que salían de su alma y comenzó a temblar, siendo recorrida por los primeros espasmos que anunciaban el orgasmo y segundos después se tensaba casi hasta convertirse en una piedra, para terminar, quebrándose con un grito agónico que intentó ahogar cubriéndose la boca con una almohada, consciente que esa situación no era igual a la que vivieron antes.

—No tienes que hacerlo —esbozó Alessandro quitándole la almohada, deseaba verla y también escucharla.

—Pero… —intentó decir sintiéndose aún agitada y temblorosa.

—Ellos no pueden escucharnos, estamos lejos, Samantha —susurró besándole el vientre, elevó el rostro para mirarla a los ojos mientras su mano se apoderaba de uno de los senos—. Así que te prohíbo que te cohíbas, quiero tenerte como antes, quiero escucharte gemir, jadear, gritar… lo quiero todo —señaló mirándola a los ojos.

Samantha asintió mordiéndose el labio y después sonrió confiando en él, además agradeciéndole porque ella también deseaba ser libre como antes, expresarse sin sentir temor a que pudieran descubrirlos. Le acarició el rostro y suspiró al sentir el suave roce de la áspera barba sobre su vientre, se estremeció riendo por las cosquillas que le provocaba y eran de cierta manera muy excitantes, se movió invitándolo a posarse encima de su cuerpo, quería sentir su peso y su calor cubriéndola.

—Tu turno, Alessandro… llena mi cuerpo de ti y desbócate como lo haces, quiero sentirte —susurró cuando lo tuvo como deseaba, mirándolo a los ojos y mordiéndole ese delicioso labio inferior.

Él se movió alejándose de ella para alcanzar el pantalón que había quedado en el suelo y sacó del bolsillo los preservativos, tomó uno dejando los demás sobre la mesa de noche, se sentó al borde de la cama listo para cubrirse cuando Samantha lo detuvo.

—¿Dos cajetillas? —preguntó algo alarmada y lo buscó con la mirada.

—Tengo la firme intención de no dejarte dormir esta noche, Samantha, tenemos mucho tiempo que recuperar —contestó con una sonrisa mirándola por encima del hombro.

—Me encantan sus intenciones, señor Bonanzierri, pero yo tengo un ligero cambio de planes —mencionó moviéndose para quedar de lado mientras le entregaba esa sonrisa detrás de la cual escondía algo, le extendió la mano—. Dámelo, Alessandro.

Él hizo lo que le pedía pensando que ella deseaba ser quien se lo pusiera, pero grande fue su sorpresa, cuando la vio llevárselo a los labios y soplar para llenarlo de aire haciéndolo un globo, incluso ante su perplejidad lo amarró para después lanzarlo, él solo conseguía verlo flotando, se volvió con la duda reflejada en sus ojos.

—Muy graciosa, señorita Steinberg —dijo al ver la picardía bailar en la mirada de Samantha, y extendió la mano para tomar otro.

—No pienso pasarme toda la noche intentando enviarte una señal sutil —acotó elevando una ceja ante las acciones de él y al ver que se quedaba como tonto mirándola soltó una carcajada—.

Ven, no los vamos a usar —indicó jalándolo del brazo.

—¿Quién es usted y dónde dejó a mi hermosa escritora? —preguntó subiendo a la cama con rapidez y se montó sobre ella atrapándole los brazos, actuando como si de verdad fuera una extraña.

—Soy la misma… mejor dicho, soy la que tú despertaste hace casi cuatro años —respondió sonriendo al ver la emoción reflejada en él—. Además, yo confío en ti Alessandro —expresó mirándolo a los ojos.

—Te adoro Samantha… eres mi mujer perfecta, gracias preciosa por confiar en mí, te aseguro que estoy bien… ya sabes que yo también me cuido y… —decía cuando ella lo calló poniendo un par de dedos en su boca mientras lo miraba conteniendo la risa.

—Adoro verte en este plan de adolescente primerizo —dijo dándole un par de toques de labios y le acarició la espalda moviéndose bajo él—. Pero justo ahora me muero por ver al hombre experimentado que es capaz de volverme loca —susurró bajando con sus manos para acariciarle el redondo y firme trasero que se contrajo ante su toque.

—Estoy tomando nota de esto, así que no te quiero quejándote —mencionó ubicándose justo en la entrada de Samantha, rozando con su miembro los húmedos y voluptuosos labios de ella.

—¡Oh, cielo! —expresó envolviéndole las caderas con sus piernas para imitar el mismo roce de él—. Yo no me quejo… —decía cuando él la hizo detenerse arqueando una ceja, ella sonrió y subió sus labios ofreciéndoselos—. Bien prometo no hacerlo, ahora bésame, Alessandro.

A él le encantaba que ella se lo pidiera y no dudó en complacerla, cubrió con sus labios los de Samantha, abriendo la boca para jugar a su antojo con su lengua, estremeciéndose y sintiéndola hacerlo también cuando comenzó a entrar, conquistando una vez más el cuerpo de la mujer que amaba, de la dueña de sus más intensos y profundos deseos.

Samantha sentía que se quemaba mientras movía sus caderas metiendo a Alessandro dentro de ella, sintiendo lo maravilloso que era tenerlo en su interior, esa sensación tan intensa del roce de piel con piel. Se sujetó con fuerza a la poderosa y sudada espalda de él, mientras sentía que la hundía en el colchón con cada estocada que llegaba a lo más profundo de su ser y la hacía jadear entre besos.

Sus bocas se separaron y él se apoyó en sus antebrazos al tiempo que aumentaba el ritmo y la miraba a los ojos, sentía que una hoguera ardía con intensidad dentro de su pecho ante esa imagen de Samantha, soñó tantas veces con tenerla así que aún no podía creer que todo fuera real. Se alejó un poco más extendiendo sus brazos hasta dejarlos rectos mientras entraba en ella con penetraciones constantes y certeras, sintiendo el sudor bajar en hilos por su piel, dos pesadas gotas se estrellaron en los senos de Samantha y ella jadeó al sentirlas.

Ella sentía que no podía más, pero le había dicho que no se quejaría y debía cumplir con su palabra, se aferró a sus brazos mordiéndose el labio para contener los gritos y también el orgasmo que amenazaba con arrasarla en cualquier momento. Alessandro bajó el ritmo y la tomó de los brazos para levantarla, sin permitir que sus intimidades se separasen se puso de rodillas en la cama y le pidió que se sujetara con las piernas, ella solo quería complacerlo así que lo hizo. Él la aferró por los hombros para mantener el equilibrio y cuando se clavó en ella llegando tan profundo, todo su cuerpo tembló.

—Alessandro… por favor… ¡Oh, cielo santo! —exclamó cerrando los ojos y estremeciéndose con fuerza cuando él se movió con rapidez.

Samantha sentía que toda su cordura pendía de un hilo y éste se debilitaba cada vez que Alessandro entraba en ella, todo era tan intenso que incluso llegaba a resultar doloroso, pero no era ese tipo de dolor que causaba molestia, era otro que la excitaba y la hacía desear más y más,

mientras las sensaciones se iban acumulando dentro de su cuerpo elevándola, comenzó a temblar consciente que su orgasmo estallaría de un momento a otro. Bajó sus manos apoyándolas en la cama para tomar impulso y ejerciendo todo su auto control trataba de ahogar el grito que amenazaba con desgarrarle el pecho, pero él no la dejó separarse la atrajo una vez más acercándola a su cuerpo, buscó sus labios y comenzó a rozarlos con la lengua.

—Voy a morir… Alessandro voy a morir. —Logró esbozar antes de salir disparada al espacio, gravitando y quedando suspendida allí.

Alessandro gimió contra la temblorosa piel del cuello de Samantha mientras soportaba las contracciones que ella ejercía en torno a él, apretando los dientes con fuerza para retener su propio desahogo, quería darle más pero apenas podía soportar y sin darle tiempo para recuperarse, la llevó consigo cuando se tumbó de espaldas en la cama.

—Vamos, preciosa… llévame, Samantha, muévete como sabes —susurró contra los labios que se movían buscando aire.

—Alessandro no puedo… no puedo… estoy a punto de desmayarme —confesó con la voz ronca y los ojos brillantes por las lágrimas.

—Me dijo que no se quejaría, escritora. —Le recordó sonriendo, sintiendo el pecho a punto de explotarle de tanta felicidad al verla así.

—Mentí… amor, ten piedad de mí —suplicó sintiendo que tanto placer podía matarla y tembló cuando él deslizó su mano a lo largo de su columna para posarla al final, manteniéndola allí mientras se movía de manera acompasada en su interior.

—Solo uno más para mí… ayúdame a liberarme, Samantha. —Le pidió. No porque no pudiera hacerlo él solo, sino porque la quería activa.

—Alessandro Bonanzierri… haz lo que quieras conmigo, soy tuya —esbozó mirándolo a los ojos y jadeó al sentir que él empujaba con fuerza una vez más dentro de ella.

Samantha clavó sus dedos en los brazos firmes de él y arriesgándose a quedar desmayada sobre Alessandro, se lanzó a conquistar un orgasmo más, moviendo sus caderas con rapidez para seguirle el ritmo, comenzó a jadear y gemir con fuerza mientras le besaba el cuello, el rostro, los hombros, mordiéndolo cuando sentía que estaba a punto de dejarse ir y las sensaciones dentro de ella la azotaban como un huracán.

Él llevó sus manos al rostro de Samantha para acunarlo y mirándola a los ojos se liberó dejando que su esencia se derramara muy profundo, los gemidos eran casi gruñidos que parecían romperle el pecho al salir de él, mientras temblores lo recorrían de arriba abajo y ese cielo que le había sido negado por casi cuatro años una vez más era suyo, al igual que lo era Samantha y lo supo cuando gritó su nombre en la cima del éxtasis.

La explosión de sus cuerpos los envolvió a los dos al mismo tiempo, elevándolos a una nube que los mantuvo flotando, siendo conscientes nada más el uno del otro por varios segundos y cuando volvieron a tierra, se sentían completamente exhaustos. Samantha fue la primera en tener una reacción, comenzó a reír en el cuello de él, sintiendo que las emociones la desbordaban.

—Se le nota muy feliz para haber estado a punto de morir señorita Steinberg —esbozó él riendo al igual que ella, mientras le acariciaba la espalda y le daba suaves besos en el cabello.

—Eres un tonto —dijo moviéndose para mirarlo a los ojos y suspiró cautivada por la imagen de Alessandro—. Te amo, te amo —esbozó dándole ligeros besos en el rostro hasta llegar a su boca.

Él enredó sus dedos en el cabello de Samantha, abriendo su mano para abarcar cuanto podía y mantenerla allí, besándola con pasión hasta que sintió que se quedaba sin aire, rodó poniéndola bajo su cuerpo sin abandonar sus labios ni tampoco salir de ella, quería quedarse así para

siempre, sintiéndose parte de Samantha.

Después de unos minutos se encontraban tendidos de lado mientras se miraban, ambos sin poder creer que estuvieran de nuevo allí después de tanto tiempo, habían dado por perdida su relación desde el mismo momento en el cual se separaron, escudándose en el orgullo y dejando que el dolor actuara a través de ellos para volverlos unos tontos.

—Quiero tenerte conmigo, Samantha… dormir a tu lado, poder besarte con libertad, decirles a todos que eres mi mujer —esbozó después de tenderse de espalda sobre la cama y acostarla en su pecho.

—Alessandro, yo también deseo lo mismo… —Hizo una pausa para liberar un suspiro mientras miraba lo hermosa que se veía la unión de sus manos y cuán perfectos se entrelazaban sus dedos.

—¿Pero? —inquirió él sabiendo que había algo detrás de ese silencio.

—No es sencillo presentarnos delante de todos y decirles que estamos juntos, que nos amamos —decía cuando él la detuvo.

—Sí lo es, por supuesto que lo es, Samantha —indicó moviéndose para mirarla a los ojos—. Yo hablaré con Whitman si lo deseas, lo haré con todos si es necesario… incluso puedo anunciarlo en el desayuno.

—¿No tienes el número de *Il Giornale* por casualidad? —preguntó con ironía mientras le sonreía, pero seguía tensa.

—No, pero tengo el de mi estilista y es casi lo mismo, tienen el mismo poder de difusión —le siguió el juego sonriéndole.

—Alessandro… Hablando en serio, ¿tienes idea del escándalo que provocaríamos si todo se llega a saber? Ahora mismo estamos bajo muchas miradas que esperan la más pequeña novedad para montar un circo —explicaba mirándolo a los ojos—. Y nosotros nos estaríamos poniendo en bandeja para ellos si hacemos pública nuestra relación —mencionó sintiéndose también triste por tener que esconderse.

—Entiendo tu punto Samantha y créeme, yo sé muy bien lo cruel que puede ser la prensa. Durante el tiempo que estuve aquí hasta me dieron por muerto y no quiero ni imaginar lo que tuvo que sentir mi familia cuando leyeron esa noticia en los diarios —expresó con molestia al recordar de todo lo que se enteró a su regreso a Roma—. Sin embargo, estoy dispuesto a enfrentarlo todo con tal de tenerte a mi lado, sin tener que escondernos o cohibirnos de besarnos y abrazarnos delante de los demás, a parte por supuesto de dejarle claro al idiota de Reynolds que tú eres mía —mencionó mirándola a los ojos.

—Alessandro olvídate de Gary, él no me interesa en lo más mínimo y lo sabes, deja que yo me encargue de mantenerlo en su lugar… por favor, confía en mí —le pidió acariciándole la mejilla.

—Yo confío en ti preciosa, pero cada vez que ese imbécil se te acerca y quiere hablarte como si tuviera algún derecho sobre ti, parece que me patearan en… —se detuvo al ver que ella contenía la risa—. No te atrevas a burlarte de mí Samantha Steinberg —la apuntó con el dedo.

—No lo hago, es solo que te ves muy guapo cuando te pones celoso —excusó hablando en un tono sumiso y le acarició el pecho—. Entiendo lo que sientes respecto a Gary, si Kimberly no estuviera al tanto de lo nuestro yo también estaría desesperada por decírselo para que supiera que eres mío —indicó siendo comprensiva—. Pero no se trata solo de ellos, sino también de nosotros... hasta hace nada yo estaba junto a Dylan y los medios no están enterados de nuestra separación, ¿qué crees que dirán las personas, todos mis lectores cuando se enteren que ahora estoy contigo? —preguntó dejándole ver su miedo a ser juzgada o tildada de cualquiera por saltar

de los brazos de un hombre a los de otro tan rápido.

—Nadie tiene derecho a opinar sobre tu vida Samantha… —decía sintiéndose molesto porque ella siguiera temiendo a los comentarios.

—No lo tienen, pero eso no evita que lo hagan… y te aseguro que lo harán Alessandro, además también está tu caso. Aquí en Roma nadie sabe que rompiste con Romina, espantoso nombre, por cierto —acotó y continuó antes que él pudiera protestar—. Mira, los dos podemos incluso hacer un comunicado de prensa y aclarar que teníamos semanas separados de ellos, pero eso no nos salvará de quedar como unos desgraciados y ponerlos a ambos como víctimas, que a estas alturas no sé si eso esté muy lejos de la realidad —indicó tendiéndose de espaldas.

Alessandro se quedó en silencio analizando las palabras de Samantha y aunque le costara mucho comprenderlo sabía que ella tenía razón, además ya Romina se lo había advertido y él sabía muy bien que su expareja no amenazaba por amenazar, intentaría destruir la imagen de su escritora y si no se andaba con cuidado podía poner en sus manos las armas que necesitaba para hacerlo. Se llevó la mano a la frente frotándola mientras suspiraba buscando en su cabeza una solución, lo último que quería era que tacharan a Samantha de algo que no era por su culpa.

—Nuestro amor no está mal, quiero que tengas eso claro Samantha y no tenemos por qué escondernos de los demás —pronunció tomándola en sus brazos para hacerla sentir segura, la pudo sentir temblar y después escuchó que sollozaba—. Preciosa mírame… todo estará bien, vamos a esperar un tiempo para que todo se calme y daremos la impresión a todos que esto nació sin más, sin la intención de dañar a nadie… podemos… qué sé yo, dejarnos ver como amigos delante de los medios cuando estemos en Roma. Ya muchos hablaron del encuentro que tuviste con mis padres en el aeropuerto e incluso dijeron que al parecer “Doña Emilia Bonanzierri te quería de nuera” —mencionó con una sonrisa limpiándole la lágrima que había derramado.

—Lo sé… lo leí en uno de los diarios al día siguiente y mejor ni te digo la cara que pusieron todos, esa mañana durante el desayuno. Por eso es que deseo que hagamos las cosas con discreción Alessandro, ellos ya saben que estoy soltera, aun así, sé que me criticarían si mañana les digo que tú y yo estamos juntos… además empezarían a cuestionar nuestros desempeños y lo último que deseo es que esta sea una experiencia traumática o desagradable para ambos, debe ser perfecta —pidió mirándolo a los ojos a la vez que le acariciaba la espalda.

—Le prometí a todos que haría las cosas bien esta vez y pienso cumplirlo, lo único que deseo es verte feliz Samantha, cuidar de ti y que podamos estar juntos… por lo pronto tenemos este lugar, pero te prometo que haré lo que sea necesario para estar contigo —esbozó rozando sus labios con los de ella, dándole suaves y tibios besos.

—Yo estoy dispuesta a lo mismo Alessandro, creo que eso ya lo dejé claro hoy al salir por ese balcón —pronunció con una sonrisa.

—Sabes que estoy muy orgulloso de ti, además de hermosa e inteligente también eres una chica muy valiente… Creo que mereces una recompensa por ello —dijo al tiempo que la ponía bajo su cuerpo.

La mirada de Samantha se iluminó al sentir su peso sobre ella, ese que le encantaba y la excitaba provocando que lo deseara en segundos, que lo necesitara como si fuera el oxígeno que llenaba sus pulmones. Sus bocas se unieron en un beso profundo y lento que la hizo perder la noción del tiempo y el espacio, no supo cuánto duró, pero cuando volvió a ser consciente de algo, fue de Alessandro entrando en su cuerpo una vez más y moviéndose como solo él sabía para llevarla al cielo.

Lo que siguió fue un derroche de pasión y de esa ternura que dejaban en libertad porque ya no había sentimientos que esconder, no de ellos como lo hicieron años atrás. Todo era tan sutil y

excitante a la vez, sus bocas recorrieron sus cuerpos al igual que sus manos, llegando a cada rincón, provocando temblores y gemidos, jadeos y sonrisas que iban acompañados de esas miradas que expresaban el amor que compartían. Al igual que antes no hacían falta las palabras para entender que lo que ellos hacían era mucho más que tener sexo, ellos se entregaban al amor.

Cuando la alarma que había puesto Samantha para no quedarse dormidos sonó, se estaban recuperando de otro orgasmo que casi se los llevó juntos, pero Alessandro contando apenas con fuerzas después de esa noche de entrega que había sido la más intensa que hubiera vivido, se fue primero, dejándola para que ella consiguiera su propia liberación moviéndose encima de él como tanto le gustaba.

Se bañaron juntos para quitar el sudor de su cuerpo y aunque el deseo estuvo latente no pudieron dejarse llevar, sabían que dentro de poco amanecería y debían regresar a sus habitaciones. Cuando bajaron, a Alessandro se le ocurrió revisar el perchero de las llaves junto a la puerta de la cocina, había varios juegos y todas estaban marcadas con el número de las casas, tomó la que correspondía a la de Samantha y se la extendió.

Ella al comprender lo que era, casi se le lanza encima para abrazarlo y besarlo agradeciéndole, ya no tendría que subir por las escaleras junto a su balcón, la verdad era que se sentía algo adolorida después de todo lo vivido junto a Alessandro, la sensación la hizo recordar que lo mismo le ocurrió la primera vez que estuvieron juntos. Ese hombre iba a terminar matándola en serio si lo dejaba un mes sin sexo, salieron de la casa sintiendo algo de nostalgia por tener que hacerlo, pero era lo mejor.

Prolongaron su despedida tanto como les fue posible, pero una vez más la razón se le imponía al deseo y terminaron por separarse, ella cerró la puerta de la cocida despidiéndolo mientras lo miraba por el panel de vidrio de la puerta moviendo su mano al tiempo que le sonreía.

Subió cuidando de no hacer ruido y cuando al fin estuvo en la soledad de su habitación corrió hasta su cama lanzándose y el golpe que recibió la hizo quejarse cuando un leve dolor le recorrió las caderas, cerró los ojos negando con la cabeza mientras reía, buscó su celular para ver una foto de Alessandro y seguir suspirando por él. De repente se le ocurrió algo, buscó el número de Jaqueline, comprobó la hora y en Chicago sería casi la una de la madrugada, así que no la llamó, pero le envió un mensaje.

Sigue siendo el dueño de mis mejores orgasmos.

Se sonrojó al escribir eso, pero no lo pensó mucho y le dio la opción de enviar, sonriendo llena de una felicidad que apenas podía contener. Un minuto después sintió vibrar el móvil y vio que acababa de entrar un mensaje, con rapidez lo abrió comprobando que era de su amiga.

Me acabas de despertar para decirme eso, eres una desgraciada por torturarme de esta manera, pero te adoro y estoy feliz por ti. Vive y disfruta cada instante junto a Alessandro sin darle tantas vueltas a las cosas, ustedes se aman y se lo merecen. Te quiero.

Samantha sonrió sintiéndose emocionada y luego suspiró liberando esas ganas de llorar que tenía, solo que esta vez las lágrimas no era de dolor sino de la felicidad más extraordinaria que pudiera sentir.

Capítulo 39

Había transcurrido una semana desde aquella noche que pasaron juntos y después de esa vinieron solo dos más, no porque Tina y Jacopo hubieran regresado, sino porque Thomas había extendido las jornadas de grabaciones hasta la medianoche, y aunque al día siguiente las retomaran casi a mitad de mañana, ellos sabían que no podían arriesgarse a tener un encuentro a plena luz del día, así que aún en contra de sus deseos tuvieron que negarse la posibilidad de dormir juntos como ansiaban.

Sin embargo, Alessandro tenía una sorpresa para Samantha, ese día llegaría alguien a quien quería mucho. La filmación necesita un caballo, pues ella no había omitido la presencia del animal en la historia, así que la producción estaba en la búsqueda de uno, cuando él ofreció a Misterio, recordó que había sido durante la última reunión en Los Ángeles y todos lo miraron sorprendidos por la casualidad.

Salió del paso relatando la vieja historia de aquel tío abuelo suyo que criaba caballos y le heredó la hacienda a su abuelo para que éste siguiera con el negocio, pues también tenía en las venas ese amor por los equinos, una que de cierta manera él también poseía, ya que adoraba a los caballos. Lo importante fue que todos creyeron la historia sin hacer muchas preguntas y aceptaron que Misterio estuviera en las grabaciones, hasta el momento había mantenido todo eso en secreto y los de la producción sin saberlo le habían ayudado, pues parecían haberse olvidado del asunto.

La mayoría se encontraban en el estudio preparándose para una escena entre otro de los personajes que Samantha había agregado, que se suponía era el encargado del viñedo y Priscila, no requerían que él estuviera allí por lo que pudo ir a recibir a Giuseppe que traía a su amigo sin levantar sospechas en los demás.

—El genio de este animal empeora con los años, Aless. —Le hizo saber el hombre caminando hasta el tráiler donde traía al caballo.

—Sabes que no le gusta viajar… pero esta vez el trayecto ha valido la pena, en cuanto vea quién está aquí se volverá loco —mencionó riendo.

Después recordó que también Misterio había sentido la ausencia de Samantha y hasta se deprimió los primeros días, eso lo supo cuando logró estar un día sobrio y Jacopo le contó que su caballo no quería comer ni salir de la cuadra, él fue a verlo encontrándolo igual de triste.

—¿Acaso ya encontraron una yegua? —preguntó desconcertado mientras lo miraba—. Tu abuelo me dijo que también habías pedido a Estrella fugaz y esa tiene casi tan mal genio como Misterio —puntualizó.

—No te preocupes, has hecho bien en traerla yo le dije al abuelo que la quería —respondió corriendo el cerrojo.

De inmediato sintió la fuerza de la presencia de ambos animales que comenzaron a moverse desesperados por ser liberados, primero liberó a la hermosa potra rojiza que apenas contaba con tres años, pero mostraba la altura y complexión de una yegua de cinco o seis, desde que nació fue la consentida de muchos en la finca de su abuelo, el mismo viejo Bonanzierri era muy celoso con ella, pero sabía que Alessandro la cuidaría bien y por eso cedió a que se la trajeran.

—Ven aquí, bonita, cada día estás más hermosa Estrella fugaz — dijo acariciándole el cuello

mientras la tomaba de las riendas. Ella respondió moviendo su frondosa crin que destellaba con los rayos del sol—. Sí, ya veo porqué traes loco a Misterio —agregó riendo, se la cedió a Giuseppe.

—Es una coqueta, tiene enamorados a caballos y hombres por igual —comentó el criador con una sonrisa mientras la sacaba del tráiler.

—A ver chico… ya deja el mal humor, mira que tienes que estar muy manso para que no vayas a asustar a tu querida amiga Samantha —señaló mostrando una sonrisa al notar que el caballo levantaba la orejas al escuchar ese nombre—. ¡Ah! Veo que la recuerdas condenado… solo te advierto algo, no intentes robarte toda su atención como la vez pasada.

Misterio relinchó y movió su cabeza como si afirmara, provocando que Alessandro dejara libre una carcajada; de verdad estaba a punto de creer aquello de que los animales se enamoraban de los humanos, porque todo indicaba que su caballo también se había enamorado de Samantha.

Lo llevó hasta las caballerizas, en el lugar que ya había acondicionado para ambos, Giuseppe le ayudó a instalarlos mientras conversaban de sus abuelos, siempre tenía alguna historia nueva sobre ellos pues ambos eran unos personajes, ni siquiera la edad los había hecho sentar cabeza, seguían comportándose la mayoría del tiempo como dos adolescentes.

—Muchas gracias, Giuseppe, que tengas buen viaje y dile por favor a los abuelos que iré a verlos en cuanto tenga oportunidad —mencionó para despedirse del hombre.

Él lo hizo dedicándole un ademán mientras sonreía, quizás feliz de no tener que soportar el alboroto de esos dos malcriados que había traído, caminó de regreso hasta el set donde grababan y se quedó a cierta distancia para no interrumpir. Cuando terminó la escena, Thomas dio un anuncio que lo hizo más feliz de lo que ya estaba.

Parte del equipo se iría hasta Florencia para grabar con Kimberly allá y le sugería a Samantha que se quedara, pues debían pasar lo más desapercibido posible, aunque ya tenían el restaurante donde lo harían y Gary había contratado seguridad, siempre habría algunos curiosos por allí intentando captar algo y entre menos famosos fueran mucho mejor.

Alessandro esperó a que la caravana se despidiera después del almuerzo para acercarse hasta Samantha y Diana, ellas se encontraban viendo las fotografías que había sacado su cuñada esa mañana. Les dejaron asignadas esa tarea para tenerlas ocupadas, el miserable de Gary Reynolds pensaba en todo, pero no contaba con que él era mucho más astuto.

—Tengo una sorpresa para ti —mencionó sentado en el sillón junto a Samantha, mostrando una sonrisa que llegaba a su mirada.

—¿Una sorpresa? —inquirió mirándolo a los ojos.

—Sí, ven conmigo —contestó tomándola de la mano mientras se ponía de pie y la ayudaba a ella.

—¿Puedo ir con ustedes? —preguntó Diana entusiasmada y después cayendo en cuenta que quizás ellos deseaban estar solos se retractó—. Aunque mejor no, tengo que seleccionar las fotografías para mostrárselas a Thomas cuando regrese, y ni siquiera cuento con la ayuda de mi compañero porque se fue con ellos —agregó volviendo la mirada a la portátil sintiéndose apenada.

—Si me prestas ese pañuelo que llevas en el cuello te dejo venir —señaló Alessandro tratándola como a una niña.

—¿En serio? —inquirió con una sonrisa y se puso de pie—. Toma, te lo presto con tal de no perderme esta sorpresa, si es con los ojos vendados supongo que será maravilloso —dijo extendiéndole la bufanda.

—¿Me vas a vendar de verdad? —cuestionó Samantha mirándolo a los ojos mientras sentía

que la invadían los nervios.

—Sí señorita Steinberg, pero no todavía cuando estemos cerca… vamos, tenemos que aprovechar que estamos prácticamente solos —mencionó entregándole una mirada que le prometía muchas cosas.

—Bien… Dame una pista al menos —pidió sin poder controlar su curiosidad mientras salían de la casa.

—No, es una sorpresa… date la vuelta —sonrió al verla fruncir el ceño y elevó una ceja pidiendo que le obedeciera, cuando Samantha lo hizo le cubrió los ojos cuidando de no apretar mucho el pañuelo— ¿Ves algo? —preguntó y Samantha negó con la cabeza—. Diana asegúrate que no lo haga… no es que no confíe en ti preciosa, es que sé cuán curiosa eres —indicó cuando ella intentó protestar.

—No creo que vea absolutamente nada Aless —respondió Diana, moviendo sus manos muy cerca de Samantha.

—Perfecto, ahora sí vamos —dijo tomándola de los hombros para guiarla hacia los establos y le guiñó un ojo a Diana en plan cómplice.

Samantha se sentía perdida al no poder contar con su vista, pero confiaba en Alessandro y sus demás sentidos, caminaba despacio siguiendo sus indicaciones, de pronto el ambiente cambió y supo que ya no estaban al aire libre, además su olfato percibió enseguida un olor que le resultaba conocido, pero que no conseguía identificar del todo. Sintió cuando Alessandro se detuvo frente a ella y siendo más alto no le costó desatar la bufanda que le cubría los ojos, ella parpadeó para ajustar de nuevo su visión.

Cuando él se apartó para mostrarle la sorpresa, apenas lo pudo creer, se encontraba parada frente al hermoso e imponente corcel negro que la ayudó a superar sus miedos y reforzar la confianza en sí misma, caminó hasta él que la miraba con grandes y oscuros ojos, llenos de curiosidad, mientras los de ella estaban anegados por las lágrimas.

—¿Se acuerda de mí? —preguntó antes de tocarlo volviéndose a mirar a Alessandro.

—Háblale y podrás descubrirlo —contestó él sonriendo.

—Hola Misterio —pronunció acercando su mano para acariciarlo y él movió la cabeza hacia ella con lentitud.

—Hola Samantha —esbozó Alessandro.

Imitando la voz que suponía debía tener el caballo y se lanzó hacia atrás esquivando el manotón que quiso darle Samantha para hacerle pagar por sus burlas, mientras reía.

—Tonto —mencionó mirándolo y se volvió para ver al caballo.

—Tócalo, sabes que no te hará daño —acotó abriendo la puerta de la cuadra, quedándose a su lado para que se sintiera confiada.

Samantha asintió alternando su mirada entre ambos, le sonrió a Alessandro y después llevó sus manos para acariciar la frente y la hermosa y larga crin de Misterio, que se mantuvo muy quieto pero un brillo especial se había instalado en sus ojos, ella no pudo resistir las emociones que la embargaban y llegaron acompañadas de tantos recuerdos junto al animal, las lágrimas la rebasaron mientras dejaba caer un montón de besos en la frente del equino y éste relinchaba feliz quizás al sentirla como la Samantha de antes.

—Aquí vamos de nuevo —se quejó Alessandro mirándolos, pero en lugar de sentirse desplazado estaba feliz por verlos juntos de nuevo.

Diana en principio no entendía nada de lo que estaba sucediendo, durante toda su vida supo que su hermana les tenía pavor a los caballos después de un accidente que tuvo de niña, apenas podía estar en presencia de ellos y ahora prácticamente se estaba comiendo a besos a uno,

aunque bueno ese animal era hermoso y por la reacción de ella y Alessandro era evidente que significaba mucho para ambos.

—Será que tendré que recordarles que me encuentro aquí —mencionó Alessandro intentando parecer serio y el primero en protestar fue el caballo al relinchar—. ¿Y tendré que recordarte que también está ella aquí? —preguntó mirando a los ojos a Misterio mientras señalaba a la cuadra frente a ellos.

Samantha se volvió a mirar, encontrándose con un par de ojos igual de oscuros que los de Misterio, pero el color del otro animal era de un marrón rojizo, su figura más estilizada y las palabras de Alessandro le hicieron saber que se trataba de una yegua, la misma que la miraba con suma atención a ella, quizás al ver cómo se comía a besos a su caballo.

—¿Es tu novia, Misterio? —preguntó con una gran sonrisa al corcel.

—Sí y lo acabas de meter en problemas —contestó Alessandro riendo mientras le desordenaba la crin—. Ven te la voy a presentar, la mandé a buscar para ti… —decía cuando Samantha se detuvo.

—¿Has comprado una yegua para mí? —inquirió sin poder creerlo.

—Me hubiera encantado, pero el abuelo no quiere venderla… es su consentida y solo nos la prestó. Le dije que la quería para que Misterio no me quitara a mi novia —respondió con una gran sonrisa.

Samantha le dedicó una sonrisa mientras le rodeaba la cintura con los brazos y subía para darle un beso, sintiéndose feliz por el gesto que había tenido Alessandro, cada día se enamoraba un poco más de él.

—Oigan tórtolos, una pregunta —dijo Diana recordándoles que se encontraba allí al ver que comenzaban a besarse, les dedicó una sonrisa al ver que Samantha se apenaba y caminó hasta ellos—. ¿Ese es el caballo que usas en las series, Alessandro? —preguntó deslumbrada con lo hermoso y fuerte que parecía, lucía mucho más grande que en la pantalla.

—Sí, se llama Misterio y es actor también… lo entrené para ello y puedo decir que lo hace muy bien, pero es que también es un coqueto —indicó mirándolo y como si su amigo supiera lo que le decía se irguió orgulloso.

Diana y Samantha comenzaron a reír al ver el duelo de miradas que se lanzaban esos dos y después se volvieron a mirar a la hermosa potra que también se mostraba vanidosa, luciendo la hermosa y larga crin de un brillante y particular tono rojo, en realidad era marrón pero el sol le daba ese aspecto cuando los rayos se entremezclaban con el mismo.

—¿Me acompañas a dar una vuelta? —preguntó Alessandro mirando a Samantha a los ojos, pidiéndole mucho más tras esa mirada.

—No creo que Samantha pueda… ella les tiene pavor a los caballos —mencionó Diana ante el silencio de su hermana—. Jamás a montano uno en su vida Alessandro —acotó ayudándola a salir del paso.

—Yo no diría lo mismo, quizás no lo sepas, pero Samantha es una maravillosa amazona —indicó él mostrando una sonrisa radiante.

Samantha se sonrojó ante el cumplido y el doble sentido que sabía tenía el mismo, pero se recompuso rápidamente ignorando que Diana estaba allí y le dio un beso para caminar hasta Misterio.

—Sí, lo soy… pero solo con él —contestó con una sonrisa.

—¡Yo quiero verte! —exclamó Diana sintiéndose feliz, cada vez descubría nuevas cosas de esa Samantha que enamoró a Alessandro y le encantaba la mujer fuerte e independiente que era su hermana.

—Está bien, pero solo por ser su reencuentro… después lo harás con Estrella fugaz, ella también es muy mansa y muchos dicen que más veloz que ese arrogante caballo —pronunció Alessandro mirándolo.

—Y a ti también te enseñaremos a montar Diana, es muy sencillo —dijo Samantha con una sonrisa y se acercó hasta Alessandro envolviéndole el cuello con los brazos—. Gracias por la sorpresa, me encantó —esbozó mirándolo y le dio un beso cargado de amor.

—Ok, mejor los espero afuera porque ya me están provocando una subida de azúcar —comentó Diana sonriendo mientras salía.

Le encantaba ver a Samantha mostrando sus sentimientos con tanta libertad, era increíble la diferencia que notaba en ella al verla junto a Alessandro, no era para nada la Samantha casi invisible que vio junto a Francis Donovan años atrás, o la que se mostraba tan comedida y gris junto a Dylan Howard, sin duda alguna le gustaba mucho más ésta; era la que siempre quiso ver, feliz, libre y enamorada.

Minutos después se emocionó mucho más cuando sus ojos se encontraron con ella, encima de ese gran corcel que de verdad era intimidante, además verla manejarlo con tanta destreza la hizo sentirse orgullosa de su hermana, se despidió de ellos con un ademán y una sonrisa antes que salieran disparados como flechas atravesando el extenso campo para perderse quién sabe dónde. Suspiró y regresó a su labor para seleccionar las fotografías, mientras pensaba que necesitaba que ese receso llegara cuanto antes o terminaría volviéndose loca.

∞∞∞

Samantha sentía el viento desordenar su cabello, rozar su piel y la ligera blusa rosa que llevaba puesta, mientras montaba a Misterio sintiéndose en completa libertad, agradeciéndole a la vida por todo lo que le estaba entregando de nuevo, por haberla regresado a ese lugar y además hacerlo junto a Alessandro. Apenas podía con tanta felicidad, pensaba que antes había sido feliz y que después que se marchó de allí nunca más volvería a serlo, como lo era justo en ese momento, se volvió para mirar a Alessandro que cabalgada a su lado y fue bajando de a poco el trote de Misterio.

—No has perdido la práctica —esbozó él con la respiración agitada.

—Hay cosas que nunca se olvidan —señaló sonriendo, no pudo resistirse al verlo tan guapo y se acercó para besarlo — ¿Tienes pensado llevarme a algún lugar especial? —inquirió mirándolo a los ojos.

—De hecho, justo estaba por decirte que me siguieras —contestó riendo mientras le acariciaba el cuello y la besaba de nuevo.

Retomaron su camino haciéndolo de nuevo con velocidad, ambos sabían que no contaban con mucho tiempo y debían aprovechar cada minuto juntos, así que lanzándose a través de las suaves pendientes que formaba ese paisaje, llegaron a aquel campo de girasoles del cual Alessandro le había hablado a ella y al que nunca logró llevarla.

—¿Qué te parece? —le dijo mientras la bajaba del caballo.

—Es hermoso, impresionante… me encanta, Alessandro, gracias por traerme —respondió apoyándose en él cuando sintió que la abrazaba.

Alessandro comenzó a dejarle caer en el cuello besos delicados que iban despertando la piel de Samantha a medida que avanzaba, sus manos también buscaron el camino que su instinto le dictaba, con lentitud comenzó a deshojar los botones de la blusa que ella llevaba, mientras la

escuchaba suspirar y acariciarle los brazos, apoyando la cabeza contra su hombro para darle mayor libertad a sus labios de vagar sobre su piel.

La giró para tenerla frente a él y besar sus labios como tanto anhelaba, perdiéndose en la humedad de la boca de Samantha, que solo lo hacía consciente de ella, de sus manos que despacio iban abriendo los botones de su camisa y acariciaban la piel de su pecho en el proceso, ella comenzó a besarle el cuello haciéndolo estremecer aumentando el deseo en él.

Cuando al fin se encontraban desnudos se tendieron sobre la hierba, mientras el campo de girasoles los escondía del mundo, dándoles la libertad para amarse en medio de esa inmensidad verde esmeralda que los rodeaba, teniendo a ese cielo de un azul intenso como único testigo se entregaron una vez al amor que sentían.

Samantha podía sentir los rayos del sol calentándole la piel, mientras la suave brisa que recorría el lugar la acariciaba con la misma suavidad que lo hacía Alessandro. A pesar de estar corriendo el riesgo de ser descubiertos por los demás si llegaban y no los encontraban en la villa, en ese momento no le importaba mucho, solo quería que ese instante fuese eterno para que Alessandro siguiera mirándola así, con esos ojos que tenían el mismo azul del cielo, que la hechizaban y la hacían sentir tan amada mientras le daban un placer infinito. Sintió tocar el extraordinario firmamento sobre ella, girando dentro de un vórtice de emociones mientras repetía el nombre de él, aferrada a su cuerpo con brazos y piernas, sintiéndolo contraerse al tiempo que se movía dentro de su cuerpo luchando por alcanzarla.

Y cuando al fin lo hizo, todo fue maravilloso, ambos se quedaron suspendidos en el tiempo, mirándose a los ojos, brindándose besos y caricias mientras el ritmo de sus corazones se sosegaba lentamente. Se acostaron uno al lado del otro mirando el cielo, sin poder borrar de sus labios esa sonrisa que se había dibujado en ellos, no hacía falta que alguno de los dos hablase o estar abrazos para ser conscientes que estaban allí, solo la unión de sus manos entrelazadas bastaba. Pero de repente, Samantha sintió el deseo de hacerle saber lo que pensaba.

—Todos tenemos un paraíso en la tierra y éste es sin duda alguna el mío —esbozó con la mirada perdida en el cielo.

—¿Y por casualidad ese paraíso tuyo también me incluye? —preguntó moviéndose para quedar encima de ella y mirarla a los ojos.

Samantha asintió con una gran sonrisa mientras le acariciaba el rostro y después le ofreció sus labios. Estuvieron allí hasta que la luz del sol les anunció que debían regresar; al llegar, todo seguía normal, el equipo de producción aún no regresaba y su romántica aventura siguió en secreto.

∞∞∞

La suave brisa movía sus cabellos castaños y le acariciaba el rostro, mientras ella intentaba captar ese instante en una imagen que lo hiciera eterno, quería abarcar todo lo que sus ojos podían ver, las luces doradas del atardecer que bañaban las llanuras, la villa a lo lejos con su estructura de piedra y techos de tejas rojas, el viñedo con sus colores y aromas, lo quería todo para poder trasmitirle a las personas que vieran las imágenes, la sensación de estar paradas justo allí donde se hallaba ella.

Debía admitir que su fuerte no eran los paisajes, había desarrollado toda su carrera en retratos, pero nunca para una película y aunque se sentía capaz de hacerlo, también en ocasiones la frustración se apoderaba de ella cuando las cosas no le salían como esperaba. Se volvió para

mirar a Marcello que se encontraba a varios metros de ella y se mostraba perfectamente dueño del momento y el espacio, él sí era muy bueno en ese tipo de fotografías, debía reconocerlo.

—¿Cómo haces? —preguntó acercándose hasta donde estaba.

Él escuchó la voz de la chica a lo lejos, estaba muy concentrado en no perder las luces que le regalaba el ocaso, sabía que Thomas deseaba justo una toma de esas para la portada de la película. Así que no le prestó atención y continuó con lo que hacía esperando que ella entendiera el mensaje que no deseaba ser interrumpido en ese momento.

—¡Perfecto! Ignórame de nuevo —esbozó regresando a su puesto para tomar sus cosas y salir de allí, en verdad estaba harta de ese hombre.

Él vio lo que se disponía a hacer y no le quedó más remedio que dejar de lado lo que hacía para atenderla, dejó libre un suspiro pesado y caminó hasta donde Diana se encontraba guardando su equipo.

—¿Qué haces? —preguntó mirándola con desaprobación.

—¿Acaso no lo ves? Me voy… no tengo nada que hacer aquí —contestó colgándose el bolso del hombro.

—Pero aún no hemos terminado —mencionó un tanto molesto por esa actitud tan irresponsable que mostraba.

—Yo sí, no logro captar lo que quiero y no seguiré perdiendo el tiempo, me ocuparé en otra cosa —dijo sin mirarlo a los ojos.

Sentía ganas de llorar ante la frustración que la embargaba, pero no le demostraría a él que no podía conseguir la toma, no le daría el gusto de verla mal para que pudiera decirle que no servía para eso, que lo mejor que podía hacer era rendirse y dejarlo a él encargarse de todo como tenía planeado desde el principio.

—Eso es lo último que debes permitirte… rendirse es de cobardes y tú no pareces una persona cobarde Diana —esbozó mirándola alejarse.

Ni siquiera supo por qué lo hacía, si ella se marchaba él tendría la libertad para desenvolverse como estaba acostumbrado, sin tener que estar siendo distraído todo el tiempo por las cosas que ella hacía o decía, sin quedarse mirándola a momentos y ver lo hermosa que se veía concentrada, escuchar los leves suspiros que brotaban de sus labios o esa risa que desbordaba alegría cuando conseguía alguna toma perfecta.

Se libraría de ese constante clic que hacía con la cámara y en ocasiones lo volvía loco porque parecía tener un afán por hacer cientos de tomas en un minuto, se libraría incluso de la atracción que ejercía sobre él cada vez que se presentaba con esos diminutos pantalones que usaba y le calentaban la sangre en cuestión de segundos cada vez que se doblaba para buscar algo entre sus cosas, o cuando se tendía boca abajo en la hierba para revisar su trabajo y después se volvía a mirarlo con esos enigmáticos y chispeantes ojos grises que parecían ver dentro de él.

—¿Qué sabes tú cómo soy, lo que puedo o no hacer, o lo que quiero? —le preguntó regresando hasta él sintiéndose molesta—. Ni siquiera te fijas en mí, para ti no soy más que un estorbo y nada te haría más feliz que verme desaparecer… así que deja de fingir que te importa —espetó mirándolo con rabia y se disponía a irse cuando él la tomó de brazo.

Marcello se quedó mirándola cuando se volvió sorprendida por su arranque, elevó la barbilla con un gesto altivo y él quiso quitarle esa pose de niña altanera dándole un beso que la dejara temblando, su instinto masculino llevaba un par de semanas exigiéndole que lo hiciera y estando en ese punto apenas si conseguía mantener la cordura. Diana Steinberg tenía algo que lo atraía con una fuerza poderosa, no era su belleza, aunque era hermosa, tampoco su inteligencia o su forma de ser, porque poco hablaba con ella, era algo más y eso le daba miedo, así que

escudándose de nuevo tras la coraza que había fabricado la soltó.

—Saca tu cámara y ven aquí —le ordenó alejándose de ella.

—No me gusta que me den órdenes… ¿Ves que no escuchas lo que te digo? —inquirió llevándose las manos a la cintura.

—Diana, deja de comportarte como una niña de cinco años, eres una mujer adulta, profesional y estás en un gran proyecto, esto es una responsabilidad no un juego de salón… debo que tener una montaña de paciencia contigo —murmuró las últimas palabras mientras preparaba su cámara de nuevo para las nuevas luces que se iban haciendo más oscuras.

—Vuelve a cuestionarme y juro que te golpeo —lo amenazó, parándose junto a él y tomó su cámara para intentar captar una imagen.

Él se sorprendió, pero no pudo evitar sonreír ante esa declaración, ¿ella acaso había notado la clara desventaja que tenía? Era delgada, pequeña; lo más poderoso que parecía tener era su voz y esos grandes ojos grises, pero del resto no había una pizca de fuerza en su cuerpo. Sin embargo, le gustaba alardear, pero sería tan fácil para él derribarla justo allí e inmovilizarla bajo su cuerpo, ponerla a su completa merced y callar esa parlanchina boca con la suya, hacerlo hasta que entendiera de una vez por todas… La imagen se mostró en su cabeza con tal nitidez que lo hizo estremecerse.

—No consigo la maldita toma… no puedo atrapar esas luces.

—Porque lo estás haciendo todo mal… a ver dime, ¿qué deseas? —preguntó condoliéndose al verla tan perturbada.

—No lo sé… se supone que una imagen debe transmitir algo, debe llevar a la persona que la ve al lugar donde fue tomada —decía mirándolo a los ojos para que él entendiera lo que desea—. Quiero que sin importar que estés en Nueva York, Londres, Tokio o Berlín… puedas mirar esta imagen y sentir lo que yo estoy sintiendo en este momento, la brisa, el aroma que nos rodea, la calidez de estos últimos rayos del sol… quiero todo esto en una imagen y sé que se puede hacer… pero yo sencillamente, no sé cómo conseguirlo —lanzó todo tomando apenas tiempo para respirar y después bajó la cabeza con desgano.

—Allí está el primer error Diana… si quieres que las personas que no están aquí puedan sentir todo esto debes traerlos. ¿Qué haces pensando en otra ciudad? —preguntó intentado comprender su punto.

—No estoy pensando en ellas o bueno sí, pero no como si estuviera allá, no sé cómo explicarlo —se quejó sintiéndose molesta.

—Sí sabes, yo entiendo lo que deseas, pero no lo conseguirás si no te concentras en esto. Mira, a mí se me da más fácil porque toda mi vida he vivido rodeado de estos paisajes, así que no me resulta difícil integrarme a ellos… y sé que tú también puedes hacerlo, solo es cuestión de desearlo —mencionó buscando sus ojos para hacerla sentir mejor.

Diana suspiró y una vez más elevó la cámara para hacer lo que él le decía, hizo unas diez capturas y pudo notar que algo había cambiado, pero no al grado de sentir que era perfecto y la expresión de Marcello cuando se las mostró se lo dejó claro, miró el paisaje frunciendo el ceño.

—Diana, no se trata solo de ver los colores y las luces, es necesario sentirlo, debes sentir el paisaje como si fueras parte de todo lo que ves… cierra los ojos te voy a enseñar a hacerlo —mencionó parándose frente a ella y le quitó la cámara.

—Eso es absurdo, si cierro los ojos ¿Cómo se supone que capture una imagen? —preguntó mirándolo con desconfianza.

Era la primera vez que se dedicaba a ver esos ojos verdes que eran realmente hermosos. La cercanía y altura de Marcello la hizo sentir pequeña e intimidada, pero se esforzó en quedarse allí

y no retroceder, después de todo, no era el primer hombre apuesto con el que tenía una cercanía como esa, había tenido muchos y mejores.

—Lo harás, pero primero debes hacer lo que te digo —contestó.

Diana cerró los ojos e intentó concentrarse como él le decía, alejando de su cabeza todo lo demás y enfocándose solo en ese paisaje, lo sintió caminar para ponerse tras ella mientras su presencia parecía envolverla, sumergiéndola en un estado de paz que no le había brindado ningún otro hombre y no es que lo estuviera considerando como a los demás, apenas sí podía soportarlo, aunque debía admitir que le gustaba, pero una cosa era que le atrajera su físico y otra su obstinado carácter.

—Abre ahora los ojos —susurró él parado detrás de ella— ¿Qué vez Diana? —preguntó con la voz ronca por todas esas emociones que iban de arriba abajo dentro de su cuerpo.

—Lo mismo de hace minutos —contestó un poco desconcertada, porque era cierto, pero había algo más—. Pero lo que siento, es diferente.

—Toma ahora la cámara —le indicó extendiéndosela sin soltarla, solo dándole el espacio para que ella pudiera ubicar sus manos.

Diana se sentía un tanto abrumada por la cercanía y el calor que desprendía el cuerpo de Marcello tras el suyo, así como su voz que le susurraba al oído las indicaciones y cuando sus grandes manos cubrieron las suyas tuvo que luchar por no temblar o liberar el suspiro que intentaba salir de su pecho, miró la pantalla junto al lente y se concentró.

—Ahora despacio vas a apretar el botón… esto no es una sesión de fotos, el paisaje no está posando para ti solo se muestra cómo es y tú debes atraparlo… toma aire entre cada toma y hazlo lento —susurró dejando que fuera ella quien apretara el botón, pero su dedo rozaba el de ella cada vez que debía hacerlo.

La sensación que había despertado en ambos, esa cercanía aún vibraba en sus cuerpos y los hacía conscientes de esa atracción que sentían, pero se negaban a reconocer. Él fue el primero en alejarse y buscar un lugar seguro lejos de Diana, mientras simulaba hacer otra toma, pero aún sentía en su piel la suavidad de la ella y su olor parecía envolverlo.

—¿Has visto algo más hermoso que esto? —preguntó ella intentando crear un tema de conversación para apartar de su cabeza lo sucedido.

—No —respondió él volviéndose a mirarla.

Sus deseos lo dominaron y antes de ser consciente de lo que hacía caminó hasta ella, quien se quedó inmóvil viéndolo avanzar, la rodeó con el brazo que tenía la mano libre para pegarla a su cuerpo y lo único que podía ver eran esos delgados y rosados labios que lo habían exasperado hasta el cansancio, pero también habían despertado un deseo primitivo.

Por primera vez en su vida, Diana Steinberg estaba temblando antes de recibir un beso, ni siquiera la primera vez tuvo esa sensación que le encogía las entrañas, era una mezcla de miedo y deseo que no lograba entender, lo vio dudar un instante justo antes de atrapar su boca en un beso rudo y completo, un beso exigente que la hizo estremecer y aferrarse a él con fuerza, pues sentía que estaba a punto de perder la cabeza.

—¿Qué fue eso? —preguntó ella jadeando, cuando se separaron.

—No lo sé —contestó él apoyando su frente en la de ella.

—Entonces hazlo de nuevo y lo averiguamos —esbozó sonriendo.

Ahora fue ella la que buscó los labios de él, se besaron de nuevo esa vez participando los dos por igual, dejaron de lado las cámaras para que sus manos pudieran acariciar con libertad y desde ese momento la rivalidad que los separaba se esfumó.

Capítulo 40

Dos semanas después el anhelado receso había llegado al fin, todos se encontraban felices de por fin poder salir y pasar un fin de semana en otro ambiente. Aunque ese lugar era hermoso, apenas sí podían disfrutarlo por estar trabajando, Thomas era un director maravilloso y bastante flexible, pero Gary Reynolds vivía sobre ellos exigiendo más y más a cada momento, deseaba reducir el tiempo de grabación tanto como se pudiera y los hacía trabajar jornadas de hasta dieciséis horas.

Por suerte ese fin de semana se librarían de su presencia, pues debía viajar hasta Los Ángeles para mostrarle los avances a su padre y darle sus impresiones.

Diana se encontraba sentada con las piernas cruzadas sobre la cómoda cama de su habitación mientras buscaba algo en la portátil, acababan de llegar al hotel, pero ella no podía sacarse de la cabeza la manera en cómo Marcello había comenzado a llamarla.

Su relación había cambiado drásticamente después de aquel beso, aún no llegaban al plano íntimo, pero podía sentir que él lo deseaba tanto como ella, se lo había dejado claro en muchas ocasiones mientras se besaban y la acariciaba de esa manera que solo hacen los hombres cuando quieren ir más allá del beso. Pero por una razón que todavía desconocía siempre terminaba alejándose, le había dicho que no estaba casado y que tampoco tenía hijos, eso la llenó de terror pensando que de nuevo le pasaría lo mismo de siempre, pero él le demostró que estaba equivocada, igual sentía que había un misterio con relación a su pasado, algo que necesitaba descubrir o terminaría perdiendo la razón.

—¿Qué haces? —preguntó Samantha sentándose a su lado.

—Estoy buscando algo… Samantha, ayúdame porque me estoy volviendo loca —mencionó mirándola y su hermana le dedicó una sonrisa animándola a seguir—. Marcello lleva días llamándome Esmeralda, cuando le pregunto solo sonríe, pero no me responde y eso comienza a exasperarme. Hace un momento cuando se despidió de mí volvió a hacerlo y le dije que, si no me decía lo que eso significaba, no volviera a hablarme para nada que no fuera trabajo.

—¿Y qué te contestó? —preguntó interesada.

—Me dijo que le preguntara a Tiziano… pero el único que yo conozco es el pintor y éste no tiene nada relacionado con esmeraldas —respondió sintiéndose frustrada.

—¿Probaste con Tiziano Ferro? —inquirió mirando la portátil.

—No, ¿quién es? —cuestionó anotando el nombre en el buscador.

—Es un cantante italiano —dijo viendo la lista que aparecía en la pantalla—. Ves allí está… es una canción —indicó señalando el enlace de un vídeo.

—Al fin, vamos a escucharla —mencionó Diana seleccionando esa opción, sintiendo que el corazón le latía de prisa.

En solo segundos el vídeo comenzó a correr llenando de música la habitación y por el ritmo ambas se sorprendieron, pues no esperaron que el fotógrafo fuera fanático de uno tan moderno y entusiasta. Samantha comenzó a reír a medida que escuchaba, su mirada también se iluminaba y eso aumentaba la expectativa en Diana que se moría por saber lo que decía la letra de la canción, aunque el ritmo le gustaba.

—Es bellísima —comentó Samantha para aliviar la curiosidad que veía en la mirada de

Diana, puso a reproducir el vídeo una vez más para ubicar alguna estrofa que pudiera decirle—. Vamos a buscarla con la letra en inglés para que puedas entenderla… pero me encanta Diana, es muy hermosa en verdad… esta parte: ***Eres tú mi dosis de desesperación, me quedo y a tu lado crece mi distracción… y no hablo de los dos para no fallar, la verdad, si lo pienso es así, voy hundiéndome en la noche, que no se retira… esmeralda mar azul, te miro ahora… la moneda está en el aire y tan solo van dos horas junto a ti…***

Samantha apenas podía con la felicidad que sentía dentro del pecho, era una canción muy linda y la podía identificar a la perfección con su hermana, ella era el viento que hacía girar el mundo de Marcello Calvani.

—Sí es linda… pero ¿Eso qué quiere decir? ¿Qué me quiere o que no me soporta? —preguntó porque los nervios no la dejaban comprender.

—Que está loco por ti, pero no sabe cómo decírtelo… y la letra lo hace por él, quizás por eso te dijo que la buscaras para que pudieras comprender lo que significa… —respondió sonriendo, vio las dudas en la mirada de su hermana y se acercó para abrazarla—. Di… él es un hombre complejo, no se parece en nada a tus parejas anteriores, además, te lleva diez años —mencionaba todas las desventajas que el fotógrafo tenía o al menos aquello que no compaginaba con Diana.

—Samantha, tampoco lo estoy buscando para casarme, aún soy muy joven para eso, además apenas nos conocemos… es un hombre inteligente, apuesto y me atrae muchísimo, eso es verdad. Sin embargo, no aspiro a tener con él una historia de cuentos de hadas ni nada por el estilo, sabes que no creo en eso… —mencionó poniéndose de pie para mirar por la ventana, necesitaba hacerse creer que lo que decía era cierto, que Marcello no estaba creando sentimientos nuevos dentro de ella, se volvió para mirar a su hermana—. Él me gusta, solo eso… la pasamos bien, ahora trabajamos mejor y puede que llevemos nuestra relación a otro plano, ambos somos adultos… así que no creo que existan problemas más adelante —indicó mirándola a los ojos.

—Pues lo mismo decía yo hace cuatro años y mira cómo me encuentro ahora, perdidamente enamorada del italiano que pensé solo sería una aventura de verano… estos juegos son peligrosos Diana, nunca sabes lo que puedes esperar de ellos —expuso mirándola a los ojos.

—No quiero enfrascarme en eso ahora Sam, a nosotros no nos sucederá porque somos muy distintos de ustedes dos… —se detuvo al ver que su hermana elevaba una ceja—. No quiero decir que sea malo, ustedes son unos románticos empedernidos y nosotros en cambio somos muy prácticos —indicó manteniéndole la mirada.

—Sí, justo así pensábamos Alessandro y yo cuando comenzamos —acotó sonriendo—. Mira hagamos algo, intenta conocerlo mejor, tráelo a tu mundo y ve qué tanto compaginan, al parecer a él lo hace feliz que hagas girar su mundo y lo llenes de colores… eso puede ser bueno, invítalo a venir hoy con nosotros, vamos a ser un grupo y no será como una cita, sino una salida con amigos —sugirió animándola.

—No sé si a él le gusten ese tipo de reuniones… —decía dudosa.

—Bueno, pero a ti te encantan y si él desea estar a tu lado debe aceptar todo lo que te gusta. A mí tampoco me atraen mucho, pero Alessandro dijo que es el ambiente donde él se mueve aquí en Roma y es lo mejor para que la gente comience a vernos juntos… además estarán Kim y su novio —mencionó buscando su mirada para convencerla.

—Yo pensaba ir, lo que no sabía era si debía invitarlo o no, ya ves que apenas me dejó aquí y no habló nada de pasar el fin de semana juntos o vernos. Samantha, yo nunca he sido una mujer celosa ni paranoica y te aseguro que no comenzaré ahora, pero siento que él oculta algo, es como si no quisiera que yo traspasara ciertos límites, sé que le gusta estar conmigo, pero cuando intento pasar al nivel personal de inmediato se cierra, cambia y vuelve a ser el hombre obstinado

—dijo mostrado sus miedos.

—Es curiosidad Diana y es lógico que la sientas, no serías una Steinberg si no lo hicieras —indicó sonriendo—. Ahora tienes más motivos para invitarlo, si se niega… empieza a pensar en dejar de lado esa relación, hazlo ahora antes de que sea tarde… mira, Italia está llena de hombres guapos y maravilloso, hoy de seguro habrá por montones en ese lugar a donde vamos, así que es tu momento para tomar una decisión.

Diana asintió en silencio mientras analizaba las palabras de Samantha, se le acercó para darle un gran abrazo, nunca pensó pedirle consejos a su hermana en cuanto a la relaciones, pues era evidente quién de las dos tenía más experiencia, pero tratándose de Marcello las cosas eran distintas, como decía Samantha, él era diferente a cualquier otro de los amantes que tuvo antes y quizás eso era lo que la hacía dudar.

∞∞∞∞

Horas después ambas lucían despampanantes, irradiaban felicidad y eso las hacía verse aún más hermosas, Samantha llevaba un vestido que estando en América jamás hubiera usado, el largo era hasta las pantorrillas y eso de cierto modo lo hacía ver formal, pero cuando llegaba hasta el escote todo cambiaba, la mitad de sus senos apenas estaban cubiertos por un delicado encaje negro haciéndolos lucir más voluptuosos y sensuales, sin caer en lo vulgar, ella estaba un poco dudosa pero al pensar en Alessandro y la reacción que tendría cuando la viera se sentía segura.

—¡Por Dios! —exclamó Diana cuando entró al baño de su hermana para ver si estaba lista y la sorpresa que se llevó la dejó perpleja.

—¿Es muy exagerado el escote? —preguntó asustada por la reacción de Diana, pensó de inmediato que quizás Alessandro no estaría tan feliz.

—¡Está genial! Me encanta… ves porqué digo que la naturaleza fue más generosa contigo, ya quisiera yo tener ese par de pechos, te juro que me la pasaría con escotes todo el tiempo —dijo mirándola más de cerca.

—Tú tienes unos ojos bellísimos así que no te quejes —acotó con una sonrisa y se volvió para mirarse en el espejo— ¿Crees que a Alessandro le guste? —inquirió intentando cubrirse más con el encaje.

—¿Gustarle? Seguro se va a morir en cuanto te vea —contestó con una gran sonrisa y tomó un lápiz labial para aplicarse.

Samantha se mordió el labio drenando con ese gesto los nervios que de pronto la invadieron, cerró los ojos y suspiró.

—Sam luces bellísima, no tienes que... ¿Estás nerviosa? —cuestionó mirándola, pero ella no le respondió—. Después de todo lo que has vivido con Alessandro es absurdo que sientas miedo por cómo te veas. Él te quiere por lo que eres y es evidente que también le gustas.

—Lo sé Diana, sé que me quiere y que también le gusto… me lo ha demostrado infinidad de veces, pero… jamás hemos estado en un ambiente como éste, no sé con lo que pueda encontrarme. Seguramente habrá decenas de mujeres intentando captar su atención y ahora que saben que está soltero mucho más —esbozó el temor que sentía.

—Sí, es lo más probable, pero eso no debe preocuparte porque él solo tendrá ojos para ti Samantha, además tú nunca has sido una mujer insegura y te prohíbo que empieces hoy… ese hombre es tuyo y debes dejárselo claro a todas esas que intenten acercársele ¿Entendido? —

preguntó mirándola a los ojos, mostrándose seria como pocas veces.

—Entendido… prometo mostrarme segura y no dejar que venga otra a hacerme a un lado, no actuaré como sucedió con Romina —mencionó mirándose de nuevo en el espejo y dejó ver una gran sonrisa.

—Genial, esa es la Samantha Steinberg que conozco, ahora… ¡Vamos a matar italianos! —exclamó con emoción, quitándose el albornoz y mostrando el diminuto vestido negro que llevaba puesto.

Samantha comenzó a reír mirándola asombrada pues pensaba que había exagerado, pero Diana en verdad quería provocarle un infarto a su fotógrafo esa noche, se veía espectacular y no le hacía falta tener curvas sugerentes para volver loco a un hombre, su sola actitud se encargaba.

Ella pensaba que podía deslumbrar a Alessandro esa noche, pero no se había preparado para verlo a él, su corazón comenzó a latir rápidamente apenas sus ojos se encontraron y no pudo contener el suspiro que escapó de sus labios. Tal vez era el amor que sentía por él o que ciertamente era un hombre muy guapo, pero cada vez que lo veía sentía que las piernas comenzaban a temblarle y el mundo giraba más de prisa, lucía tan apuesto esa noche que despertó el deseo en ella de inmediato, lo vio acercarse con una sonrisa para recibirla.

—Hola —lo saludó con el mismo gesto, intentó parecer casual cuando le acarició el pecho y besó ambas mejillas.

—Hola preciosa —susurró él deslizando su mano por la cintura de Samantha, disfrutando del roce de sus labios y después buscó esos ojos marrones que lucían más claros por el maquillaje que usaba—. Luce bellísima señorita Steinberg, pero creo que usted tiene la firme intención de hacer que me quede sin un solo amigo en Roma esta noche —señaló perdido en esos senos perfectos que le robaban la cordura.

—Pues tengo suerte de no tener amigas en Roma, así no perderé ninguna —expuso ella con una sonrisa pícara y le guiñó un ojo.

—Vas a acabar conmigo Samantha Steinberg —susurró aferrándose a su autocontrol para no besarla delante de todos.

—Sí, me encanta acabar contigo —esbozó mirándolo a los ojos y por la sombra que los cubrió pudo notar que él había descubierto el doble sentido de esa oración, le entregó una radiante sonrisa.

—Vamos antes de que te arrastre a tu habitación y acabe contigo.

Ella sonrió sintiéndose realmente feliz, siempre había disfrutado de esos juegos de palabras con Alessandro, él la animaba a ser osada haciéndola sentir sensual y libre para hablar de sus deseos, al menos con él.

Se acercaron hasta donde estaba Kimberly con Brandon para hacer las respectivas presentaciones, la actriz le había pedido a su novio que fuera a visitarla a Italia aprovechando esos días de receso, lo sorprendió enviándole el pasaje y arregló todo con Gary para que él pudiera quedarse junto a ella en el hotel. Diana charlaba con todos intentando hacer tiempo para Marcello, lo vio llegar llevando una camisa verde y un jean desgastado, nada del otro mundo, pero le resultó el hombre más apuesto que hubiera visto en su vida.

—Hola Diana —la saludó con una sonrisa viendo lo atractiva que estaba esa noche, se acercó y la abrazó.

—Hola… Te ves bien —mencionó con una sonrisa.

—Solo espero que no me llamen suegro cuando entre contigo a ese lugar, te ves hermosa… me gustan mucho tus piernas —mencionó mirándola a los ojos, casi había olvidado lo que era tratar así a una mujer.

—¡Vaya! Dos cumplidos en una oración, vamos avanzado señor Calvani —dijo riendo y sin importarle tener público, posó su mano en la nunca del fotógrafo subiendo sus labios para besarlo.

Se separaron y caminaron tras los otros que ya salían para ocupar cada uno sus puestos en los autos, pero él la llevaría en su todoterreno.

∞∞∞

El local estaba casi a reventar como era de esperarse un viernes por la noche de inicio de verano, pasaron sin ningún problema pues el hombre de seguridad era amigo de Alessandro, de inmediato los recibió el bullicio de las personas que bailaban *Feel so Close* de *Calvin Harris* en la pista, los que intentaban conquistar a alguna chica desde la barra o los que en las mesas bebían y reían entre amigos. En cuanto el gerente de este los vio, se acercó hasta ellos para guiarlos a uno de los espacios privados donde pudieran disfrutar sin ser molestados, éste tenía una pista privada y la mejor vista de todo el club. Incluso hizo que les sirvieran una botella de *Pommery* edición dorada, que era de lo mejor que tenía en la cava.

—Espero que disfruten la velada, encantado de conocerlas bellezas… Alessandro cualquier cosa que necesiten no dudes en pedirlo, pasaré después para ver cómo les va —mencionó con una sonrisa y su mirada se paseaba por las americanas, lamentando que no viniera una más para él.

—Gracias Giovanni, si tienes otras de éstas resérvalas para nosotros —dijo señalando las botellas y se despidió del hombre con un abrazo, eran amigos desde hacía muchos años.

—Atención personalizada… bueno, ahora ya sabemos por qué la prensa te llama “El rey de Roma” —dijo Kimberly sonriéndole al actor.

—Somos amigos… y la verdadera razón por la que estaba aquí no era por mí sino por ustedes —mencionó y miró de soslayo a Samantha.

Ella le dedicó una mirada que desbordaba inocencia, pero la sonrisa que mostró después decía todo lo contrario, estaban sentados uno al lado del otro por lo que él pudo hacerle pagar su provocación acariciándole la pierna de manera posesiva y sonrió al sentir que se estremecía.

Llenaron las copas de champagne y brindaron con entusiasmo, a excepción de Marcello que fingió su sonrisa, estaba intentando acostumbrarse al volumen de la música y las luces de colores que lo tenían mareado, hacía muchos años que no visitaba un club, para ser más exacto unos tres años cuando estuvo junto a Lucia.

—¿Quieres bailar? —preguntó Diana con una sonrisa.

—No, estoy bien así… quizás una menos movida más adelante —contestó con el mismo gesto de ella para no hacerla sentir despreciada y le acarició la espalda dándole un beso en el hombro.

—Está bien… una menos movida —mencionó con una sonrisa.

Buscó sus labios para besarlo, él parecía una estatua, pero ella quería relajarlo, hacerlo sentir cómodo y que viera que agradecía que estuviera allí compartiendo con todos.

Todo marchaba de maravilla, entre risas y comentarios que nada tenían que ver con trabajo, habían acordado dejar de lado al menos por esa noche lo relacionado a las grabaciones, así que se enfocaron en conocer un poco más de cada uno, hasta que llegó el turno de Marcello que una vez más escapaba, esta vez con la excusa de ir al baño. Diana intentó que eso no le amargara la noche y se levantó a bailar con Kimberly y su novio, pues tampoco se quedaría allí sentada toda la

velada.

—¿La estás pasando bien? —Le preguntó Alessandro en un susurro a Samantha mientras le acariciaba la pierna y la miraba a los ojos.

—Sí, no estoy acostumbrada a este ambiente, pero es divertido y además estoy contigo —contestó con una sonrisa, estaba a punto de besarlo aprovechando que habían quedado solos.

—¡Alessandro!

Una voz de mujer hizo que Samantha se sobresaltara y después se tensara al volverse para ver de quién se trababa, sus ojos se encontraron con una pelirroja de grandes ojos grises, delgada y muy alta.

—Te vi entrar, pero cuando quise alcanzarte ya habías desaparecido, ¿cómo te va? ¡Qué pregunta más estúpida! Felicitaciones señor Donatti —expuso riendo mientras se sentaba en la silla vacía junto a él y sin esperar que le respondiera lo besó en ambas mejillas, cerca de la boca.

—Hola Natalia también me alegra verte —contestó con una sonrisa y después se volvió—. Te presento a Samantha Steinberg —miró a los ojos a su escritora para pedirle que confiara en él, sin darse cuenta había mantenido la conversación en italiano.

—Encantada —esbozó ella haciéndolo en el idioma de ambos.

—Es un placer, Natalia Pellegrino —dijo con una gran sonrisa.

—Natalia también es actriz, trabajó conmigo muchas veces —acotó para tener un tema de conversación.

—Y también soy una de las pocas ex novias de Alessandro que no lo odia —dijo riendo y le guiñó un ojo al castaño—. Hablando de eso, ¿es verdad que terminaste con Romina? Mira que no le hago caso a los chismes y quiero la información de primera mano —inquirió viéndolo.

—Lo hicimos antes de irme a América, sabíamos que las cosas se complicarían con tantas ocupaciones —respondió y le acarició la pierna a Samantha por debajo de la mesa, esperaba que el tema no la incomodara.

—Tan caballero como siempre, di la verdad. La botaste porque era una bruja asfixiante y te hartó —pronunció con una sonrisa malévola—. Tengo sed, dame algo de tomar antes de irme… por cierto, estoy con Paolo y Giancarlo, también está Dorina ¿Por qué no vienes y los saludas? —sugirió recibiendo la copa de champagne que él le entregó.

—Ya estoy con un grupo Natalia… —decía para excusarse.

—Serán solo unos minutos y trae a Samantha, estoy seguro de que estarán encantados de conocerla —dijo con una sonrisa y después le habló a la escritora— ¿Puedo tutearte verdad? —preguntó mirándola.

—Claro, no hay problema Natalia —contesto con una sonrisa.

«El problema lo vas a encontrar como sigas tocándolo, tranquila Samantha, respira y recuerda lo que le prometiste a Diana, tú no eres una mujer insegura y no dejarás que te saquen de tus cabales, puedes seguir el juego, ¡Vamos! es tu momento para marcar terreno y demostrarle a Alessandro que todo está bien, que confías en él.»

—Me encantaría ir —mencionó mirándolo a los ojos.

—Bien, vayamos entonces —dijo él poniéndose de pie y le extendió la mano a Samantha mientras le sonreía.

Ella la tomó apretándola con suavidad y cuando la actriz le dio la espalda acarició el brazo de Alessandro para relajarlo, parecía una piedra. Marcello se acercaba a la mesa y él le informó que regresarían enseguida, el hombre asintió para después ocupar su lugar.

Comenzó a sonar *Never Gonna Leave This Bed* de *Maroon 5* en ese momento, por lo que muchas personas abandonaron la pista y mientras caminaban hacia el lugar donde estaban los

otros colegas de Alessandro, podía sentir muchas miradas puestas sobre ellos.

Alessandro también era consciente de eso y vio la tensión que intentaba apoderarse de Samantha, así que la acercó a su cuerpo rodeándole la cintura con un brazo, le entregó una sonrisa que la hiciera sentir confiada y aprovechó también la canción que sonaba.

—***Wake you up in the middle of the night to say. I will never walk away again I'm never gonna leave this bed… So come here and never leave this place.*** —Le cantó solo para ella, aunque fingía mirar al frente, pero al ver que Samantha sonreía emocionada le dio un guiño.

Al fin llegaron hasta otro de los cubículos privados en la planta baja del lugar, más cerca de la acción como les gustaba estar a sus amigos, vio a Paolo y a Dorina mientras reían y cantaban.

—¡Miren a quién les traigo! —exclamó la pelirroja cuando llegaron.

—¡Hombre hasta que te dejas ver! —mencionó un rubio de ojos azules y dentadura perfecta, que mostraba gracias a la sonrisa en sus labios, se acercó y saludó a Alessandro con un fuerte abrazo.

—¿Cómo estás Paolo? —saludó con una sonrisa.

—Pues no también como tú… ¿Entonces ahora te nos vas con los americanos? —preguntó mirándolo y después vio a Samantha.

—No me he ido a ningún lado, todavía sigo aquí —indicó notando de inmediato dónde estaba la mirada de su amigo, le puso la mano en la cintura a su mujer, un claro gesto para marcar terreno—. Te presento a Samantha Steinberg —dijo mostrando cierto tono posesivo.

—¿La escritora? —preguntó mirándola perplejo.

—Así es, un placer conocerlo —respondió mostrándose casual.

—El placer es todo mío, belleza. —Le tomó la mano para darle un suave y prolongado beso mientras la miraba a los ojos—. Paolo Bardazzi para todo lo que desees —agregó con una gran sonrisa.

—¡Quita tus manos! —le advirtió Alessandro sonriendo, aunque su mirada era seria, sabía lo que le esperaba cuando Natalia lo invitó.

—¡Sí, quita tus manos! Estos jamás crecerán… en lugar de halagar asustan a las mujeres —mencionó una chica blanca, de hermosos ojos azules y cabello castaño a la nuca—. Encantada Dorina Vitelli, me encantó tu libro, yo sí lo leí a diferencia de este idiota —Se acercó a Samantha para abrazarla mientras sonreía.

—Es un gusto Dorina, muchas gracias —mencionó con el mismo gesto sintiendo que ella le caía bien.

—¿Y a mí no me saludas? —preguntó Alessandro.

—No, tú también eres un idiota, regresaste y no fuiste capaz de llamarme para decirme que te habías librado de La Sombra —contestó molesta, pero no pudo resistirse a la sonrisa de él—. Te odio cuando haces eso —señaló sonriendo y lo amarró en un abrazo mientras le besó en una de las mejillas con la libertad que le daban años de amistad.

Ok, me caía bien. Pero ahora no… y no estaría mal si la sueltas ¡Alessandro! Le reprochó en pensamientos al ver que él también la besaba.

—Dorina y yo comenzamos juntos en la misma serie, siendo apenas unos chicos, ella tenía catorce para ese entonces y volvía loco a todo el mundo porque no dejaba de hablar —comentó él mirando a Samantha para justificar su actitud con la castaña.

—No te he perdonado aún, así que no abuses de tu suerte.

—¡Pero mira a quién tenemos aquí! El mismísimo Alessandro Bonanzierri, ¿o mejor te llamo Franco Donatti? —preguntó mirándolo.

Samantha posó su mirada en el hombre de ojos grises, cabello castaño y piel oscura por un

exceso de bronceado, que se acercaba a ellos acompañado por dos rubias que apenas iban vestidas.

—Hola Giancarlo —lo saludó con una sonrisa torcida.

—¿Y esta belleza? ¿No la presentas? —inquirió acercándose, intentando que el equilibrio no le fallara.

—Es Samantha Steinberg —contestó poniéndole una mano en el pecho para mantenerlo lejos de su mujer.

—¿En serio? —preguntó parpadeando y la miró mejor—. No puedo creerlo… es que cuando alguien te dice que es escritor te lo imaginas, no sé, de anteojos, en bata de dormir y con el cabello todo revuelto —expuso riendo mientras paseaba su mirada por la americana y tuvo que reconocer que la mujer estaba como para secuestrarla un fin de semana.

—Qué casualidad, a mí me sucede lo mismo. Cuando pienso en los italianos creo que todos son altos, apuestos y varoniles… incluso los gays —acotó ella antes que Alessandro le contestara a ese idiota.

Las risas no se hicieron esperar por parte de los demás amigos de Alessandro, pero las dos hienas que acompañaban al borracho y éste se quedaron perplejas ante su respuesta, ella solo les mantuvo la mirada. De pronto el hombre comenzó a reír también y le extendió la mano para presentarse mientras le dedicaba una mirada lasciva.

—Me caes bien. Es un placer Samantha Steinberg, Giancarlo Vitelli.

—Encantada —esbozó por cortesía.

—Bueno nosotros regresamos a la mesa —mencionó Alessandro que no le gustó para nada la actitud del infeliz de Giancarlo.

—Tan rápido, pero si apenas nos estamos encontrando, mira ni siquiera has saludado a las chicas. Vengan aquí mis soles —pidió el actor.

—Hola Alessandro —se acercó y le dio un beso en la mejilla, ignorando por completo a la insulsa escritora.

—Hola cariño, nos enteramos por allí que estás de vuelta en el mercado —dijo la otra mientras le sonreía de manera seductora.

—¿Al mercado? No sabía que era un producto o un pedazo de carne —contestó Alessandro con rabia porque odiaba que lo trataran así.

—Fue solo una manera de decir que estás soltero guapo —se corrigió acariciándole el brazo y lo miró con fingida inocencia.

—Quiero bailar —mencionó Samantha mirándolo a los ojos.

—Pues aquí estoy yo —pronunció Giancarlo moviéndose hacia ella.

—No seas estúpido, apenas puedes mantenerte en pie —espetó su hermana sintiéndose apenada—. Vayan, me encantó verte Alessandro… Estoy segura que por primera vez harás un papel que me enamorará. Samantha muchas gracias por acompañarnos y perdona a ese idiota —agregó despidiéndose de ambos con besos y abrazos.

Natalia y Paolo también lo hicieron, pero ambos salieron huyendo antes que Giancarlo y compañía fueran a acercárseles de nuevo, porque no responderían de ellos si recibían una insinuación más. Caminaban tomados de la mano cuando de pronto comenzó a sonar una canción que a Alessandro le gustaba mucho y se detuvo.

—¿Aún tiene ganas de bailar señorita Steinberg? —le preguntó con una sonrisa ladeada mientras la miraba a los ojos.

Ella lo miró sorprendida en principio, pero al ver esa intensidad en la mirada de Alessandro sintió que debía acompañarlo a donde quisiera, asintió sonriéndole y caminó con él hasta la pista,

mientras Xverso se dejaba escuchar en todo el lugar, un mar de personas los rodeó y ellos comenzaron a sentir que podían gozar de cierto anonimato, el cual no tardaron en aprovechar para satisfacer en parte los deseos que tenían de brindarse caricias mientras sus cuerpos se movían al ritmo de la música.

Samantha acariciaba los hombros de Alessandro mientras sentía las manos de él deslizarse por su cintura y bajar a sus caderas, poco a poco el deseo se iba despertando en ambos al tiempo que sus miradas ancladas la una en la otra gritaba todo aquello que sus bocas no podían.

Ella se giró para darle la espalda rozando levemente su derrier contra la entrepierna de Alessandro, sintiendo el tibio aliento de él estrellarse contra la sensible piel de su nuca y la respiración agitada que podía escuchar claramente cerca de su oído, excitándola de una manera que no podía mantener los ojos abiertos, así como tampoco pudo controlar el jadeo que brotó de su labios cuando sintió que él le agarraba de manera posesiva la cadera para hacerla consciente de cuán despierto se encontraba.

Capítulo 41

El aire a su alrededor era denso y caliente, todo el mundo parecía estar en un juego de seducción al igual que ellos, cantaban mientras se acariciaban y sus cuerpos se acercaban en una invitación silenciosamente sensual para unirse. Samantha sentía que Alessandro la tenía completamente atrapada en su poderosa presencia, en esas vigorosas manos que se deslizaban sobre sus caderas haciéndola consciente de la necesidad que crecía a cada minuto dentro de su cuerpo y su aliento tibio, embriagador cargado de las notas del champagne la invitaban a beberlo.

Al mismo tiempo, era consciente de las parejas a su alrededor que se besaban y se tocaban sin ningún reparo, llevados por la sensualidad de la canción, gimió al sentir los dedos de Alessandro apretarle la cintura para hacerla consciente de él una vez más, le entregó una sonrisa mientras le acariciaba con suavidad la nuca para sumergirse en ese mar que el deseo hacía lucir más zafiro que nunca, él dejó ver esa sonrisa ladeada y arrogante que le encantaba, que la ponía a temblar.

Desvió la mirada al ser consciente del poderoso deseo que la recorría, no podía dejarse llevar en ese lugar donde muchos tenían los ojos puestos en ellos, su vista se topó con dos parejas a su derecha que prácticamente se devoraban a besos. No se consideraba una voyerista, pero percibir el deseo que brotaba de ellos, hizo que el suyo también despertara y se encontró de pronto deseando que Alessandro la tomara de la misma manera, se volvió y la letra de la canción la hizo temblar.

Ora su ora giù
Pancia, piedi, fianchi
Ali degli dèi
I tuoi occhi
Ridi tanto rido troppo
Sgomitando con il labbro faccio spazio
E ora fammi spazio

Alessandro podía ver el deseo reflejado en los ojos de Samantha y estaba luchando ferozmente contra su instinto que le exigía darle lo que ella pedía, se moría por hacerlo, pero sabía que muchos ojos estaban fijos en los dos, y podía mandar todo por un barranco solo por adueñarse de esa maravillosa boca que era la gloria para él, se acercó más a Samantha sintiendo el tibio aliento de ella, vio su labio inferior temblar y supo que hasta allí llegaba todo su autocontrol.

La canción terminó y una ola de vítores los sacó de golpe de la burbuja en la cual habían estado, sintiendo las rodillas débiles se apoyaron rodeándose con los brazos de manera casual, ella le dedicó una sonrisa mientras una nueva canción daba inicio y ellos se vieron en medio de una nueva ola de gritos mientras los dividían en dos grupos, hombres de un lado de la pista y mujeres del otro. De pronto cada grupo cantaba la parte que le correspondía de *Killer*, el tema sensación del momento interpretado por *Baby K* con la colaboración de Tiziano, una vez más Samantha comprobaba que el cantante era el consentido de los italianos.

Ellos reían intentando seguir la letra de la canción e integrarse al grupo, al menos Alessandro tenía más dominio del momento porque la había escuchado con más frecuencia que Samantha, pero ella solo le pedía ayuda con la mirada mientras reía sintiéndose feliz, casi al final los dejaron a los dos para que hicieran esa parte ellos.

Piano b è lo scenario tipico
Mi rincorri e con te non è stalking
Piano c'hai consumato il rito e
Senza fede la vita tua procede
Diserta il tuo nascondiglio e fatti guardare meglio...

A esa altura Samantha ya sabía lo que debía decir pues había reconocido la canción, así que disfrutó de hacerlo y más al ver la postura segura y arrogante de él. Alessandro veía la actitud retadora de ella e hizo gala de su poder de seducción para intentar traerla a su terreno de juego, pero nuevamente tenía ante sus ojos a aquella Samantha que más de una vez lo lanzó a la lona cuando él creía tener todo bajo control.

La gente pretende e vuole vedere la ragazza killer
Se io corro, tu mi segui
Se ritorno, ti risiedi
Sono il mostro, tu mi hai creato
Un reato del cuore è il più grande peccato.

Después de eso se le unieron los demás y cuando la canción terminó todos en el club estaban aplaudiéndolos, Samantha se sintió abrumada, pero Alessandro parecía pez en el agua, así que dejó que él la guiara de regreso a la mesa. Al llegar Kimberly y Diana se acercaron hasta ella para felicitarla mientras sonreían felices, pues ante todos ella le había dado una paliza a Alessandro en la pista de baile.

Kimberly fue la primera en notificarles que regresaría hasta el hotel, Brandon había tomado demasiado champagne y estaba a punto de saltarle encima, aunque no era el único pues Alessandro que apenas llevaba unas cuatro copas estaba loco por llevarse a Samantha de ese lugar. Decidieron salir todos juntos para no levantar sospechas y en el estacionamiento se despidieron tomando cada uno su rumbo.

Diana subió junto a Marcello al jeep de él, en cuanto se pusieron en marcha ella sintió que debía decir algo, de pronto unos nervios irracionales se habían apoderado de su cuerpo, como si ella nunca antes hubiera salido de un club junto a un hombre y eso le resultaba ridículo, sobre todo si tomaba en cuenta que deseaba intensamente al fotógrafo.

—Y… ¿A dónde vamos? —preguntó sonriendo, mientras veía el auto avanzar por las calles que aún seguían estando concurridas a esa hora.

—¿A dónde quieres que te lleve? —contestó con otra pregunta mientras le sonreía y aprovechó el semáforo para mirarla a los ojos.

Ella no supo qué contestar y para su absoluta vergüenza sintió que se sonrojaba como si fuera una quinceañera, esquivó la mirada divertida de Marcello y cerró los ojos mientras se reprochaba internamente, era una mujer adulta con la experiencia suficiente para tomar esta situación con naturalidad, no sabía qué le estaba sucediendo.

Marcello no pensó que después de todo lo vivido se vería en una situación como ésa, no podía ni siquiera explicar cómo se sentía, había pasado años evitando tener una relación formal,

esquivando cualquier compromiso. Lo más sensato en ese instante sería llevar a Diana hasta su hotel y olvidar todo lo que había estado viviendo esas dos últimas semanas, regresar al modo de vida que había estado llevando.

—Quiero ir a tu casa —mencionó Diana sin pensarlo.

—¿A mí casa? —inquirió él algo sorprendido ante la petición tan directa de ella y el deseo que la misma despertó en su cuerpo.

—Sí… a menos que tú tengas otros planes —mencionó elevando una ceja mientras lo miraba a los ojos—. Comportémonos como adultos Marcello, ambos nos gustamos y tendrías que ser ciego para no saber que también nos deseamos, así que no hablemos de compromisos, será una relación libre. Podemos hacer esto hoy y la semana que viene tratarnos como lo veníamos haciendo —explicó adoptando la misma postura que siempre usaba con todas sus relaciones.

—Bien… ¿Entonces propones que solo tengamos sexo casual? —inquirió para confirmar que había entendido bien.

—Sí, será solo eso… sin complicaciones, ni exigencias, simple y cómodo, sexo casual —respondió manteniéndole la mirada.

—Perfecto, pero elimina la palabra simple de la definición. Lo que tendrás esta noche no será nada simple Diana Steinberg —esbozó con arrogancia mientras aceleraba y mostró una sonrisa.

Aunque por dentro se sentía de cierto modo molesto, le había incomodado que fuera ella quien pusiera los límites y las cosas en claro, era apenas una chica; se suponía que siendo él mayor y el hombre debió hacerlo, además que estaba acostumbrado a eso.

—¿Y bien a dónde vamos? ¿Al hotel o a tu casa? Samantha no regresará esta noche y si te hace sentir más cómodo podemos quedarnos en el hotel… aprovechemos que Reynolds va en un avión a L.A. y no estará pisándonos los talones —señaló sintiéndose dueña del momento.

—Vamos a mi casa —contestó tajante, la quería en su terreno de juego no en el de ella, de pronto algo lo sorprendió—. ¿Alessandro y tu hermana andan juntos? —preguntó un tanto desubicado.

—Sí, pero se supone que no debe saberse todavía, la prensa montaría un espectáculo si se llegan a enterar en este momento —respondió.

—Es mejor que anden bajo perfil —dijo doblando en *Piazza del Popolo* para dirigirse hasta su apartamento.

Diana asintió en silencio y después se volvió para mirar a través de la ventanilla intentando descubrir un poco más de esa ciudad, hasta el momento no había tenido oportunidad de recorrerla como deseaba.

Después de unos minutos llegaron al hermoso edificio con fachada de piedra al igual que la mayoría de las construcciones en Italia, él estacionó en su plaza y caminó para ayudarla a bajar, pero ya ella había salido del auto, era una mujer independiente y a esas alturas debería saberlo. Caminaron en silencio hacia las escaleras pues éste carecía de ascensor, pero por fortuna él vivía en un segundo piso, sin embargo, se disculpó con Diana por eso, ella le dedicó una sonrisa para hacerle saber que no había problema y subió con él.

—Pasa… Bienvenida —mencionó abriendo la puerta e invitándola a pasar a ella primero para después hacerlo él.

—Gracias —pronunció sin mirarlo, de nuevo estaba nerviosa.

Su mirada se paseó por el lugar, lucía más pequeño que su departamento en Chicago, pero al ser de dos plantas suponía que debían tener la misma extensión de metros, muy masculino y sencillo, las paredes estaban pintadas de blanco, el sofá era oscuro, así como dos repisas donde casi no resaltaban adornos.

Le llamó la atención la forma alargada de la mesa de centro y sin poder evitarlo su vista se fijó en lo que se suponía era la mesa del comedor que solo constaba de dos puestos, al parecer Marcello no recibía muchas visitas o ese era un lugar solo de paso y no su hogar. Caminó hasta la chimenea que no estaba encendida pues no era necesario, pero ella de pronto tenía la necesidad de crear un espacio entre los dos, mientras sentía que los latidos de su corazón iban en aumento.

—Es un lugar hermoso —expresó siendo sincera y para llenar el silencio que se había instalado haciendo el ambiente pesado.

—Gracias —contestó mirándola atentamente y viendo que ella tenía muchas preguntas en la mirada, pero no se atrevía a esbozar ninguna, él quiso darle las respuestas—. Lo compré hace dos años, pero casi no estoy aquí, viajo con frecuencia y no he tenido tiempo ni ánimos de hacer mayores cambios —agregó manteniendo la distancia, deseaba abrazarla y besarla, pero no la presionaría.

Diana era distinta a las últimas mujeres que habían estado en ese lugar junto a él, en realidad ella era distinta a cualquiera que hubiera conocido y eso lo desconcertaba; no sabía cómo actuar, quizás había perdido sus dotes para la conquista después de no haberlo hecho por tres años.

—Me gusta —esbozó ella volviéndose a mirarlo, lo vio caminar en su dirección y en los ojos verdes se encontraba instalado el deseo.

«¿Qué te sucede Diana? ¡Estás temblando! No seas tonta quedarás como una primeriza con él… ¡Contrólate! Por favor que no se dé cuenta, que no note que estoy temblando o me moriré de la vergüenza.»

Se decía en pensamientos mientras esbozaba una sonrisa que buscaba ocultar los nervios que se habían apoderado de ella, cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro para que él la invitara a sentarse y conseguir tiempo para lograr aplacar el temblor que la recorría de pies a cabeza.

—¿Deseas algo de tomar? —Le ofreció mirándola a esos ojos grises que parecían hablar por sí solos.

—Claro, me encantaría… es decir, si tienes algo más que agua —comentó en tono de broma para relajarse.

—Algo debo tener por aquí —contestó él con el mismo ánimo—. Por favor toma asiento Diana, enseguida regreso —agregó dirigiéndose a la cocina para buscar una botella de vino.

Regresó con dos copas y una botella de Chardonnay le extendió una mientras sonreía, ella lo recibió mostrando el mismo gesto lo vio llevarse a la nariz la copa para apreciar su aroma y recordó que Samantha había mencionado eso en el libro y Alessandro le había explicado que era para descubrir los componentes que tenía el vino antes de degustarlo, eso iba preparando ya su paladar. Ella imitó sus movimientos, después le dio un pequeño sorbo, había bebido mucho champagne y no quería terminar borracha, esa sería una entrada desastrosa.

Después de varios minutos la copa había quedado vacía, él se había mantenido en su lugar del sillón y solo la miraba fijamente, eso no ayudaba en nada a sus nervios, posó la copa sobre la mesa sintiendo una vez más la necesidad de llenar el silencio, pero por más que le daba vueltas a un montón de ideas en su cabeza no lograba hallar nada. Así que prefirió actuar, rogando para que él no viera eso como un acto muy osado de su parte, se acercó a él sentándose sobre sus piernas mientras lo miraba a los ojos, para su alivio Marcello esbozó una sonrisa.

—¿Vamos a hacerlo o nos quedaremos como dos adolescentes vírgenes solo mirándonos? —preguntó con sus labios muy cerca de los de él, sintiendo el corazón latir muy rápido.

—Esperaba a que te sintieras menos nerviosa —contestó mirándola.

—Yo no estoy nerviosa. —Se defendió queriendo parecer segura.

—Hace unos minutos estabas temblando —indicó con media sonrisa.

—Bueno, quizás lo haya estado un poco o tal vez era la ansiedad.

—No tienes por qué estarlo Diana —mencionó acariciándole el cuello y la atrajo hacia él para besarla tomándose su tiempo.

Su otra mano se deslizó por la hermosa y suave piel de la pierna que estaba completamente expuesta para él, la sintió estremecerse y eso le gustó mucho, aprovechó que comenzaba a relajarse para ir más allá dejando que sus dedos viajaran por la unión de las extremidades, rozando la sensible piel del interior del muslo y cuando se metió bajo la falda ella gimió al tiempo que las separaba para darle mayor libertad, pero una vez más temblaba como minutos atrás y eso hizo que una alarma se activara en su cabeza de inmediato, despacio abandonó el beso.

—Diana… —La llamó para captar su atención y le sujetó el rostro con una mano para que no le desviara la mirada—. ¿Has estado con un hombre antes? —preguntó aún consciente que hacerlo era algo estúpido, una mujer de su edad y que besara como ella lo hacía no podía ser virgen, aun así, no quedó tranquilo hasta que obtuvo una respuesta.

—¿Crees que soy virgen? —cuestionó un tanto divertida con su mirada fija en él, lo vio dudar mientras se quedaba en silencio, soltó una carcajada y al ver que fruncía el ceño comenzó a darle toques de labios por todo el rostro mientras le acariciaba el pecho—. Dejé de serlo a los dieciséis años Marcello y contrario a lo que pueda parecer, tengo mucha experiencia. —Le confirmó abriéndole la camisa.

—Vamos arriba entonces para que me lo demuestres —mencionó con determinación y se levantó del sillón llevándola cargada.

Diana exclamó sorprendida ante los movimientos de él, se aferró con brazos y piernas al fuerte cuerpo del fotógrafo para no caer mientras reía y sentía todo el cuerpo vibrar ante el deseo y la expectativa que ese hombre despertaba en ella. Subieron las escaleras manteniéndose unidos hasta llegar a la habitación, una vez en ésta Marcello la depositó sobre la cama dejándola tendida boca arriba y sin abandonar su mirada un solo instante afincó una rondilla en medio de sus piernas mientras se quitaba la camisa para dejar a la vista el maravilloso pecho que se gastaba.

Ella sintió la excitación dispararse en su interior ante esa imagen, firme, dorado y exquisitamente masculino se le mostró el torso del fotógrafo, al tiempo que su intensa mirada fija en ella parecía quemarla. Sintió sus poderosas y ásperas manos deslizarse por sus piernas de nuevo arrancándole estremecimientos, él se acercó subiendo la tela de su vestido hasta llevarlo a su cintura y comenzó a besarle el vientre mientras metía las manos bajo sus caderas elevándolas para sacar de ella el diminuto tanga fucsia que llevaba puesto.

Él sentía cómo Diana iba poco a poco despertando esas sensaciones que habían estado dormidas durante mucho tiempo dentro de su ser, sus últimas relaciones habían sido todas carentes de sentimientos, solo una forma de escape, el desahogo que como hombre necesitaba y nada más. Pero ahora con ella todo era distinto, allí estaba de nuevo ese deseo de complacer, de vivir una noche de placer y no solo de sexo vacío.

—Me gustas mucho, Diana —confesó mirándola a los ojos y terminó de sacarle el vestido por la cabeza, exponiendo ante él los senos pequeños y hermosos que estaban en perfecta armonía con el resto de su cuerpo, la tomó por la cintura para llevarla al centro de la cama.

—Tú también me gustas Marcello —susurró entre besos, sus manos viajaron a la cremallera, la deslizó apoderándose de la erección.

Gimió de placer al sentirlo tenso y caliente, con esa maravillosa sensación de terciopelo que caracterizaba la piel de esa parte del cuerpo, habían pasado más de dos meses desde la última vez que lo hizo, por lo que apenas podía controlar sus ansias de seguir tocándolo.

Entre besos y caricias terminaron por desnudarse mostrando un poco de premura, sus cuerpos calientes comenzaban a cubrirse de una ligera capa de sudor exigiendo la unión. Él buscó un preservativo en la mesa de noche donde siempre los guardaba, aunque deseaba volver a sentir lo que era estar con una mujer sin usar condón no podía pedirle eso a Diana, no era correcto que lo hiciera, además no sabía si ella estaba usando algún método anticonceptivo y debían ser responsables.

A ella le encantó la sensación cuando él comenzó a entrar en su cuerpo, ese momento especial en el cual podía descubrir si el hombre dentro de ella sería el amante de una o de varias noches, aunque claro está, faltaba una parte vital de toda relación sexual, el desempeño a continuación. Él se encontraba de rodillas deslizándose despacio mientras le daba a ella una excitante visión de la unión de sus cuerpos y sus grandes manos acariciaban sus senos con la experiencia que dan los años, era la primera vez que se acostaba con un hombre de la edad de él y hasta el momento podía asegurar que le encantaba lo que hacía.

Marcello intentó ir lentamente para prolongar el encuentro, pero a cada minuto que pasaba el placer reflejado en el rostro de Diana aumentaba el suyo, así como los deseos de darle mucho más, por lo que tomó las delgadas y largas piernas femeninas para apoyarlas en su pecho, mientras sus caderas aumentaban el ritmo; el cambio de postura lo hacía llegar más profundo, la escuchó jadear y vio cómo se mordía el labio inferior.

Sintió que ella cada vez lo presionaba más y que estaba muy cerca de dejarse ir, así que optó por cambiar de nuevo, la tomó por la cintura girándola para ponerla sobre su estómago, aprovechando que ella tenía el cuerpo completamente relajado y apenas pesaba, sin perder tiempo volvió a penetrarla, le encantó ver que hundía la cabeza entre las almohadas mientras todo su cuerpo se pintaba de un suave tono carmín.

Diana sentía que ese hombre había hablado en serio cuando le dijo que no le daría nada simple, estaba a punto de hacerle perder la cabeza con ese ritmo tan profundo y acelerado, parecía una máquina de coger y ella se sentía en medio de un perfecto paraíso, rozando con sus dedos ese orgasmo que podía jurar sería perfecto. Lo sintió apoyar parte de su peso sobre ella, rozando con su pecho cubierto de una ligera capa de sudor su espalda, mientras la respiración acelerada se estrellaba en su nuca.

Varias palabras estallaron en su mente y el orgasmo la envolvió creando ese instante perfecto y maravilloso por el cual valía la pena vivir, pero Marcello hizo que ese instante se repitiera una vez más antes de tenerlo él. Sus miradas se encontraron haciéndolos conscientes que sus cuerpos les exigirían más de todo eso que acababan de vivir.

∞∞∞

Alessandro luchó por no saltarse ninguna señal de tránsito mientras conducía a su departamento, cuando le tocaba esperar por el cambio de luz de algún semáforo aprovechaba para besar a Samantha, habían corrido con suerte de no haberse topado con paparazis. Sin embargo, al llegar hasta su casa verificó varias veces que no hubiera nadie que pudiera reconocerla, para después hacerla bajar del auto y escabullirse con ella hasta su piso que ocupaba todo el ático de ese edificio.

—¿Es el mismo que tenías cuando te fuiste a la Toscana? —preguntó ella en voz baja mientras caminaban por el pasillo.

—Sí, es el mismo… solo que le hice algunas remodelaciones a la terraza cuando regresé,

mañana con la luz del sol la verás —contestó con esa sonrisa detrás de la que escondía algo, llegaron hasta la puerta sacó las llaves de su bolsillo, abrió y se giró para tomar a Samantha en brazos mientras reía al verla sorprendida.

—¿Qué haces, Alessandro? —inquirió sonriendo desconcertada.

—Seguir con la tradición —contestó atravesando el umbral.

—¿Tradición? Pero nosotros no estamos… —decía cuando él detuvo sus palabras respondiendo antes.

—Según tu hermano Nick, sí lo estamos, hace casi cuatro años tú te casaste en la Toscana con un italiano… y puede que eso no haya sido del todo cierto, pero no puedes negar que tuvimos nuestra luna de miel —dijo mirándola a los ojos mientras la mantenía cargada.

—¿Cuántas copas de champagne bebiste hoy? —preguntó riendo mientras le daba suaves besos en los labios.

—Solo cuatro, pero eso no influye en nada. Lo que siento por ti es real, tú eres mi mujer, Samantha —contestó respondiendo a los besos.

—Sí, lo soy… y ya puedes bajarme —dijo al ver que cerraba la puerta con el pie sin intenciones de ponerla en el piso.

—Te llevaré así hasta la habitación… nuestra habitación —expresó.

—Alessandro te has vuelto loco. —Mostró una gran sonrisa y la mirada brillante—. Yo quería ver tu casa, el espacio donde vives.

—Tendrás mucho tiempo para hacerlo después, ahora te quiero en mi cama y desnuda bajo mi cuerpo Samantha —susurró contra los labios rojos y provocativos mientras subía las escaleras.

Llegaron hasta la habitación y Alessandro no dejó que Samantha se entretuviera en nada más que no fuera él, aunque se tomó su tiempo para despojarla del hermoso vestido que llevaba, mientras lo hacía se deleitaba dejando que sus labios se pasearan por los perfectos y exquisitos senos de ella, haciendo cada una de las cosas que había imaginado desde el primer instante que la vio esa noche, la tumbó sobre la cama y continuó con esa excitante exploración mientras disfrutaba del concierto de gemidos y jadeos que Samantha le entregaba.

—Vas a darme un orgasmo solo con besarme así —esbozó ella con los ojos cerrados mientras se removía en la cama azotada por el placer.

—¿Quieres que lo pongamos a prueba? —inquirió con una sonrisa perversa dibujada en sus labios que lucían más rojos y provocativos.

Ella se mordió el labio inferior mientras lo veía a los ojos, asintiendo en silencio convencida que él era capaz de darle cualquier cosa, se relajó entregándose a Alessandro que enseguida comenzó a succionar muy despacio sus pezones, mientras acariciaba con sus cálidas manos el resto de sus senos, haciendo que esporádicas descargar eléctricas viajaran a través de su cuerpo concentrándose justo en su intimidad.

Él hizo el movimiento de su lengua más rápido y las succiones más poderosas, haciéndolo no solo en la sensible piel corrugada y tensa, sino también las demás zonas que Samantha nunca había sentido tan despiertas a los estímulos, se arqueaba para ofrecerlos mientras lo miraba y cada una de las acciones de Alessandro acrecentaba su deseo y también el placer que iba haciendo espirales en su interior.

—Me siento mareada —esbozó sin siquiera darse cuenta.

—¿Por el champagne? —preguntó él con tono pícaro y continuó dibujando círculos con su lengua sobre la areola.

Samantha negó con la cabeza estremeciéndose al tiempo que sonreía y le acariciaba el

cabello con una mano, comenzaba a sentir que una bruma la envolvía y todo a su alrededor se volvía denso, jadeó cuando sintió los labios de Alessandro ejerciendo presión sobre la punta del pezón, provocando un delicioso dolor que recorrió su columna y la humedeció aún más. Intentó tocarse, pero él se lo impidió sujetándole la mano, mientras se apoderaba de su otro pezón sometiéndolo a la misma tortura y la mirada en sus ojos le decía que todo lo haría él.

—Querías tener un orgasmo así y yo te lo daré —susurró Alessandro besando el espacio entre sus senos y una idea se instaló en su cabeza.

Le dio un beso de esos profundos que los hacían gemir a ambos, se separó mirándola a los ojos mientras mostraba una sonrisa ladeada y sus ojos brillaban con intensidad, anunciándole sin palabras que estaba a punto de hacer algo nuevo, al menos entre los dos. Se movió con rapidez dejando entre sus rodillas el torso de Samantha y guio con su mano la tensa erección hasta la unión de sus senos, deslizando sobre la piel ligeramente humedad por la capa de sudor que la cubría.

Samantha se sorprendió ante el movimiento de Alessandro y buscó su mirada de inmediato, no sabía cómo actuar o qué decir, era la primera vez que hacía algo como eso, él le dedicó una sonrisa para animarla y ella respondió con el mismo gesto moviéndose debajo de él para elevar sus senos y así le resultara más fácil, mientras se deleitó acariciando las fuertes piernas apostadas a cada lado de su torso.

—¿Esto no es hacer trampa? —preguntó divertida con la voz trémula cuando él tomó sus senos para apretarlos y crear un mayor roce sobre su erección, haciéndola sentir cómo se deslizaba rígida y caliente.

—No, toda la atención está puesta en tus senos.

Samantha gimió sintiendo cómo los músculos de Alessandro se contraían bajo sus dedos y a cada minuto que pasaba el aire a su alrededor se hacía más caliente, envolviendo su piel como si se encontrase en medio de una fogata que la derretía por dentro, su respiración se aceleró, así como los latidos de su corazón que la hacían sentir como si subiera una pendiente. Llevó una de sus manos a la unión de sus senos que había creado él y comenzó a rozar con su pulgar la sensible piel del glande que se acercaba cerca de su boca.

—¿Esto está funcionando? —preguntó para provocarla pues podía ver sus pupilas dilatadas y sentir el temblor de su cuerpo.

—Lo único que sé es que me encanta y que si te alejas en este momento pobre de ti —respondió con una sonrisa.

Gimió al sentir que Alessandro le presionaba los senos aún más y aceleró el ritmo de sus caderas, sonriendo de manera perversa mientras la miraba con intensidad, en respuesta ella llevó su lengua hasta el provocativo glande para acariciarlo y el gemido que él le entregó liberó sus ataduras, cerró los ojos siendo arrasada por el placer y allí estaba ese orgasmo que le había prometido, sin siquiera tener que tocar su intimidad la estaba llevando a la cima del éxtasis y aunque no fue uno de esos que la hacía estallar en pedazos, sí fue muy placentero.

Él sentía que el roce lo había llevado al borde también, por lo que después que Samantha se recuperó se movió con rapidez y la penetró sin esperar más, la sintió temblar ante sus primeras arremetidas que fueron demasiado potentes, así que poco a poco fue bajando el ritmo hasta deslizarse lentamente dentro de ella mientras la miraba a los ojos.

—Alessandro… no te cohíbas, no soy una muñeca que pueda quebrarse, soy una mujer… tu mujer, y además sabes que me encanta —susurró contra los labios de él, al tiempo que le acariciaba la espalda.

—Pero siempre terminas adolorida, Samantha —esbozó con la voz ronca por tener que

contenerse, estaba a punto de irse.

—¡Pues qué maravilloso es eso! Tengo a un hombre que me hace gozar tanto que puedo recordarlo por días —expresó sonriendo.

Él no respondió con palabras, prefirió que fueran sus gestos los que hablaran por él y después de sonreír la besó con ardor mientras se hundía en ella, anclándola en la cama, desbocándose como tanto le gustaba mientras se tragaba los gemidos que Samantha le entregaba.

La sangre comenzó a correr como una crecida dentro de su cuerpo desembocando en un solo lugar, su miembro se tensó listo para comenzar a descargarse cuando sintió que ella estaba siendo arrastrada por otro orgasmo, quería que lo hicieran juntos y le tomó las piernas doblándolas sobre la parte interna de sus codos para tener más espacio y mayor profundidad.

Se clavó en ella liberando gemidos guturales mientras su esencia se desbordaba con poderío y después de eso no supo nada de él, solo que se desplomaba sobre Samantha.

Capítulo 42

La placentera sensación de los besos de Alessandro cayendo sobre su espalda la despertaron a la mañana siguiente, ella no quería abrir los ojos para no ser consciente que el tiempo corría y debía marcharse, solo deseaba quedarse allí para siempre. Se estremeció sin poder evitarlo cuando él llegó al final de su espalda para dejar caer un beso suave y prolongado sobre su nalga izquierda, ella suspiró sintiendo cómo los labios masculinos esbozaban esa sonrisa que conocía tan bien.

—Voy a prepararte el desayuno, sigue descansando —susurró en su oído y le dio otro beso en el hombro.

Samantha esbozó una sonrisa y asintió sin abrir los ojos, se sentía agotada hasta para eso, apenas unas horas atrás se habían quedado dormidos, no podía entender cómo Alessandro tenía fuerzas para levantarse de la cama después de la noche que habían tenido. Primero la velada en el club y después todas las veces habían hecho el amor, eso era lo que más exhausta la había dejado, aunque también sentía una enorme satisfacción que no cambiaría por nada y con gusto repetiría todo lo que hizo la noche anterior.

Se removió en medio de las sábanas gimiendo al sentir ese leve dolor, que ya se había vuelto una constante cada vez que pasaba la noche junto a Alessandro, sonrió al recordar su preocupación al pensar que estaba siendo muy rudo y eso la llenó de ternura, al tiempo que sentía que su amor por él se hacía más intenso y abarcaba mucho más dentro de ella. Abrió los ojos girando para quedar boca arriba mientras sentía la suavidad de las sábanas deslizarse por su piel desnuda, se estiró en la gran cama cuan larga era y todos sus músculos se dilataron intensificando esa sensación de dolencia en sus caderas y extremidades.

—Después de este fin de semana creo que regresaré a la villa en silla de rueda —susurró sonriendo mientras fijaba su mirada en el techo de vigas de madera oscura, que contrastaba a la perfección con las paredes blancas y el piso de parqué en un tono más claro.

Bajó de la cama sintiendo el piso frío bajo sus pies, se cubrió con la sábana y después tomó su bolso para ir hasta el baño. Cuando sus ojos se toparon con su imagen abrió mucho los ojos, su cabello era un desastre y aún había rastro del maquillaje en sus ojos.

Sacó una toalla húmeda, una liga para el cabello y su cepillo de dientes, mientras arreglaba su apariencia se fijaba en el baño que tenía una decoración sumamente masculina y eso le provocó cierto alivio pues odiaría encontrarse con algo de la horrible de Romina Ciccone. Después de veinte minutos se encontraba lista, había buscado su vestido y solo en ese momento caía en cuenta que no podía regresar vestida así al hotel porque notarían de inmediato que había pasado la noche fuera.

Suspiró buscando en su cabeza la solución y se le ocurrió llamar a Diana para que le llevara algo de ropa, pero entonces cayó en cuenta que quizás ella tampoco había regresado al hotel, debía estar junto a Marcello todavía. Escuchó a su estómago reclamar por comida así que optó por ponerse un albornoz de Alessandro, le quedaba muy grande, pero al menos la cubriría más que la sábana, bajaría a desayunar y después vería cómo solucionar lo de su ropa, su abuela decía que se pensaba mejor con el estómago lleno y quizás Alessandro le ofrecía una solución.

Bajó despacio las escaleras aéreas, hecha con paneles de madera color crema y el pasa mano

era de acero cromado, lo primero que sus ojos divisaron fue la elegante y moderna pantalla de plasma con borde cromado, que estaba incrustada en la pared rústica de laja, pintada en un blanco impecable y junto a ésta dos largas bocinas de un teatro casero. Caminó sintiendo bajo sus pies descalzos la suave textura de la mullida alfombra en gris humo, mientras observaba el love seat de tela en un tono blanco que hacía ver el espacio muy minimalista.

—Me gusta… es perfecto… si hubiera estado en mis manos habría hecho lo mismo Alessandro —susurró deslizando su mano por una de las repisas de madera oscura, donde reposaban varios portarretratos con fotografías de su familia, sonrió al reconocerlos a todos.

—Me alegra escuchar eso —esbozó mientras la miraba apoyado en una de las columnas que dividían la sala de estar del comedor.

—No te sentí llegar. —Ella se sobresaltó y después le sonrió mientras se acercaba a él—. Me encanta. Todo… los colores, los muebles y ese ventanal tan grande con esa vista de la ciudad, creo que me he enamorado de este lugar, es hermoso Alessandro.

—Quédate aquí Samantha, sabes que eres bienvenida y además es todo tuyo… como su dueño —expresó sonriendo al tiempo que le rodeaba la cintura con los brazos para pegarla a su cuerpo.

—Esa oferta es muy tentadora —señaló sonriendo antes de besarlo.

Alessandro se dejó envolver en el beso, consciente que ella no respondía a su sugerencia como él esperaba porque aún necesitaban tiempo, ya la noche anterior habían avanzado mucho al dejarse ver en público, esa mañana cuando vio el periódico notó que la prensa del corazón había comenzado a especular sobre lo estrecha que era la relación que mostraban ambos. Cuando se separaron él la llevó de la mano hasta el comedor donde ya tenía la mesa puesta.

Disfrutaron de un desayuno muy italiano y aunque Samantha ya venía haciéndolo en la villa, no había nada como degustar algo preparado por las manos de Alessandro, eso era maravilloso y la emocionaba como pocas cosas en la vida. Él quiso encargarse de recoger la mesa y todo lo demás, pero ella se negó rotundamente, no quería perderse la oportunidad de recordar lo que había sido su tiempo juntos.

—Ahora sí, vamos para que veas la terraza —mencionó con una gran sonrisa mientras la tomaba de la mano.

—¿Tengo que cerrar los ojos? —preguntó entusiasmada.

—No, te los cubriré yo —contestó soltándola para pasarse detrás y taparle los ojos con sus manos mientras la guiaba riendo junto a ella.

Lo primero que sintió Samantha cuando salieron al exterior fue el dulce aroma de las flores que impregnaba el aire, después los cálidos rayos del sol y la suave brisa que le acarició la piel. Sintió que Alessandro retiraba las manos de sus ojos y lentamente comenzó a abrir los párpados para ver el lugar donde se encontraba.

Se quedó sin palabras mientras su mirada recorría todo el espacio y las emociones crecían dentro de su pecho, los latidos de su corazón aumentaron y las lágrimas cristalizaron su mirada. Ese lugar era idéntico a la terraza que tenían las casas de la villa en la Toscana, solo que a diferencia de las hermosas colinas ella veía en el horizonte el imponente coliseo romano, las concurridas calles y otras edificaciones parecidas, con la estructura en piedra, techos de tejas rojas y grandes ventanales.

Caminó hacia las sillas de hierro forjado con suaves cojines blancos bajo un techo de vigas de madera, que parecían formar parte de la pared cubierta por la enredadera donde resaltaban las hermosas flores de los baladres en colores lilas, rosadas y rojas. Tomó asiento en una de ellas mientras dejaba que su mirada se perdiera en el paisaje sintiendo que le era imposible expresar

con palabras lo que sentía en ese momento.

—¿Qué piensas? —preguntó él, que no comprendía su silencio.

—Todo esto… —esbozó buscándolo con la mirada cristalizada por las lágrimas y tomó la mano de Alessandro para besarla—. ¿Lo hiciste para…? —no pudo terminar la preguntar porque su voz se quebró.

—Para sentir que podía estar cerca de ti de algún modo… aunque me lo negué muchas veces y me decía hasta el cansancio que debía olvidarte, nunca pude hacerlo, ni tampoco reuní el valor para cambiar este espacio porque cuando me sentía agobiado de nuevo, llegaba hasta aquí y era como regresar en el tiempo… incluso esperaba que aparecieras por esa puerta reclamándome por cualquier cosa o sonriendo —respondió con sinceridad mientras sentía que las ganas de llorar también lo embargaban.

—Alessandro —susurró dejando correr su llanto mientras dejaba caer una lluvia de besos en la mano de él, dejó libre un suspiro tembloroso y cerró los ojos al sentir que habían perdido tanto por orgullosos, lo sintió hincarse ante ella y acariciarle la mejilla retirando las lágrimas.

—No llores más Samantha, no quiero verte hacerlo de nuevo ni tampoco que estés triste. Han pasado muchas cosas y hemos cometido muchos errores, pero la vida nos dio una nueva oportunidad… aprovechémosla y no dejemos que ese tiempo en el cual estuvimos separados venga a torturarnos —le pidió mirándola a los ojos.

—Te amo… te amo tanto Alessandro —expresó emocionada.

—Y yo a ti preciosa, también te amo Samantha —dijo dándole sutiles toques con sus labios en los de ella y después la abrazó con fuerza.

Estuvieron allí durante varios minutos en los que el silencio los envolvió, pues cuando sus miradas, sus manos y sus labios se expresaban no eran necesarias las palabras, los sentimientos estaban a flor de piel y en absoluta libertad. Ella en verdad no quería dejar ese lugar, pero afuera había un mundo que era también parte de su realidad, una que no podía eludir por más que lo deseara.

—Se me hace tarde… y todavía no sé cómo haré para regresar al hotel, no puedo hacerlo con el mismo vestido que usé anoche porque notarán que dormí fuera y no les será difícil sacar conclusiones después de la nota en el periódico de esta mañana —mencionó mirándolo.

—Bueno, puedo ir a comprarte algo o… —se detuvo recordando y mostró una radiante sonrisa—. Ven tengo la solución.

La tomó de la mano para ponerla de pie y caminó con rapidez de regreso a su habitación, se sentía emocionado ante la reacción que pudiera tener Samantha en cuanto viera lo que le entregaría. Buscó en el fondo de su armario la caja donde lo había guardado para mantenerlo cuidado, lo sacó y se volvió hacia ella con una gran sonrisa.

—Creo que esto te puede servir —esbozó entregándoselo.

—¡Oh, por Dios! Alessandro… ¡No puedo creerlo! —dijo emocionada mientras extendía ante ella el conjunto—. Lo has guardado durante todo este tiempo y está intacto —agregó revisándolo y en verdad no podía concebir lo que sus ojos veían, él se había propuesto sorprenderla ese día.

—No sé por qué nunca te lo devolví cuando estuvimos en la villa, pero me alegra no haberlo hecho porque ahora puede sacarte de este apuro —comentó feliz por la actitud asombrada de Samantha.

—Gracias, era uno de mis favoritos —expresó besándolo.

—Te quedaba muy bien… ahora con lo que sí tenemos un problema es con tu ropa interior, pero es tu culpa por no dármela ese día, sino también la tendría… mira, aquí están los calcetines

—comentó viéndola.

—¡Tonto! —exclamó al recordar lo furiosa que se sintió con él ese día por ser tan descarado —. Con eso no hay problema, no usaré —acotó sin mucho énfasis, ciertamente no lo haría, pero quería provocarlo.

—Ni loco te dejo salir sin ropa interior, así me toque salir a comprarte un conjunto, llevarás algo puesto —dijo categóricamente.

—Pero ¡qué anticuado el señor! —Se quejó y no pudo seguir actuando al verlo fruncir el ceño, soltó una carcajada, después lo besó.

—No vas a convencerme, Samantha —señaló mirándola a los ojos.

—No estoy intentando hacerlo… nunca he salido a la calle sin ropa interior, no me sentiría cómoda. ¿Tienes una máquina de lavar aquí? Solo me tomará unos minutos… y fui una tonta al no traer una de reserva —mencionó buscando su ropa que estaba sobre el sillón.

—Solo tengo la máquina lava vajillas —contestó para hacerle pagar sus burlas, ella lo miró asombrada y él tampoco pudo continuar con su actuación, comenzó a reír extendiéndole la mano para que le entregara la prenda—. Dámela yo me encargaré de ella… y así cerramos el círculo señorita Steinberg —dijo refiriéndose a lo ocurrido años atrás.

Samantha ya no sentía pudor para con él así que hizo lo que le pedía, mientras le sonreía de manera pícara vio que él la tomaba cerrándola en un puño y le guiñó un ojo lo que provocó que comenzara a reír. Se acercó para besarlo una vez más cuando ruidos que provenían del salón los hicieron tensarse a ambos.

—¡Alessandro, ya estoy en casa!

Escucharon la voz de Romina en la planta baja y el ruido de llaves lanzadas sobre la mesa de cristal. Alessandro maldijo en un susurro y Samantha apenas podía creer que eso estuviera sucediendo de nuevo, la rabia se apoderó de su cuerpo y se alejó de él.

—¿Qué hace ella aquí? —demandó de inmediato mirándolo.

—Soy un imbécil… olvidé quitarle el juego de llaves —respondió sintiéndose apenado y se llevó las manos al cabello, un gesto que hacía cuando estaba nervioso, no quería arruinar todo de nuevo.

Samantha jadeó sin poder creer que de verdad hubiera sido tan… prefirió cortar sus pensamientos y respiró profundamente para no dejarse llevar por la ira que corría por sus venas, antepuso el amor que sentía por Alessandro y todo lo que él le había demostrado, no caería de nuevo en el juego de esa maldita arpía.

—Dame unos minutos y me encargaré de esto Samantha, te prometo que no volverá a molestarnos —mencionó acercándose a ella para que viera en sus ojos que no tenía nada de qué preocuparse.

Escucharon que Romina seguía haciendo ruido como si fuera la dueña de la casa y hasta música puso, era evidente que buscaba provocarlos, ella sabía que estaban allí, tuvo que haber visto la noticia en el diario y venía con la intención de arruinarles el momento.

—No volverá a molestarnos eso te lo aseguro, porque seré yo quien se encargue de ella —mencionó caminando para salir de la habitación.

—Samantha, por favor… no es necesario que te expongas, yo solucionaré esto y tú no tendrás que pasar un mal rato —dijo tomándola del brazo para detenerla, conocía a Romina y sabía de lo que era capaz.

—Pues ya lo estoy pasando… por favor confía en mí, yo sé lo que hago, Alessandro —expresó mirándolo a los ojos y después caminó.

—Yo voy contigo —esbozó determinado a acompañarla.

Salió detrás de Samantha mientras rogaba que Romina no fuera a lanzar por tierra todo lo ganado hasta el momento.

∞∞∞

Romina se tendió en el sofá como siempre hacía cuando llegaba allí, pero esta vez optó además por servirse una copa de vino, aunque odiaba el alcohol, el momento lo ameritaba porque echaría a la maldita de Samantha Steinberg de ese lugar y luego celebraría.

—Mi cielo necesito que me des un masaje, el desfile en Milán me dejó completamente agotada —dijo Romina con los ojos cerrados.

Samantha sintió la sangre comenzar a hervirle ante esa imagen, se decía que debía tratar ese asunto de manera civilizada, pero al escuchar las palabras de esa mujer y ver su actitud, todo pensamiento sociable se esfumó de su cabeza, caminó con rapidez y le arrebató la copa de la mano para dejarla en la mesa de centro.

—Levántate de allí y sal de aquí ahora mismo —le exigió mirándola.

—Pero qué carajos… ¿Quién demonios te crees para tratarme así y darme órdenes, estúpida? —preguntó furiosa, no se esperaba esa reacción; por el contrario, suponía que la vería salir de allí llorando.

—Estúpida tú que no tienes un mínimo de dignidad y vienes aquí para rogarle a un hombre que te dedique un poco de atención —señaló mirándola con desprecio y elevó su rostro con gesto altivo.

—¿Por qué dejas que esta mujer me hable así, Alessandro? —inquirió con la voz rasgada mientras lo miraba a él.

—Romina tú no tienes nada que hacer aquí… las cosas quedaron claras entre los dos hace mucho, así que deja las llaves, toma tu bolso y sal ahora mismo. —Le pidió intentando mantenerse calmado.

—Alessandro… yo comprendo lo que te llevó a actuar como lo hiciste, ambos somos iguales, somos capaces de lo que sea para conseguir nuestras metas. Pero ya no tienes que seguir fingiendo mi amor, ahora tienes el papel y puedes deshacerte de esa idiota… te prometo olvidar todo esto y perdonarte —dijo acercándose hacia él.

—Aléjate de mí y no vuelvas a ofender a Samantha o no respondo —le advirtió mirándola a los ojos.

—La que no va a responder soy yo… sal de aquí ahora mismo, es la última vez que te lo digo. —Samantha la miró con rabia.

—Tú no eres nadie para decirme qué hacer —le respondió entre dientes y después arremetió contra él—. A ver Alessandro ¿Qué demonios te sucede? Tanto que alardeabas que no te dejas comprar por nadie y mírate ahora… das vergüenza ¿Todo esto por el simple papel de una historia que no vale ni mierda? —preguntó con sorna.

Eso fue todo lo que Samantha pudo soportar, sin siquiera anticipar lo que haría acortó la distancia con rapidez eludiendo a Alessandro y le dio una bofetada que le volteó la cara haciendo que el sonido retumbara en todo el lugar y la mano terminara doliéndole.

—No se te ocurra decir algo más sobre Rendición porque juro que te saco de aquí a arrastras —la amenazó, ni ella misma se reconocía.

—¡Maldita! —gritó e intentó lanzársele encima, pero Alessandro la atrapó deteniéndola—. ¡Suéltame!

—Tú te lo buscaste, Romina… ¡Cálmate ya! —La reprendió.

—¡Eres un maldito mentiroso! —exclamó buscando golpearlo.

—Le pones una mano encima y vas a lamentarlo, Romina Ciccone —advirtió Samantha acercándose a ella.

—Samantha, por favor —pidió él para no empeorar las cosas y soltó a Romina manteniéndolas a las dos alejadas.

—Yo te hubiera respetado como la ex pareja de Alessandro, porque incluso llegué a sentirme mal por los daños colaterales que estábamos causando con nuestra reconciliación —mencionó Samantha más calmada, sintiendo que tal vez exageraba—. Pero al ver tu actitud me doy cuenta de que no lo mereces. Sin embargo, no deseo continuar con este espectáculo tan vergonzoso… toma tus cosas y vete, sabes que no tienes nada que hacer aquí —pidió apelando a su parte civilizada.

—¿Y eso es todo? ¿Acaso crees estúpida insulsa que yo voy a dejar que me quites a Alessandro mientras me quedo de brazos cruzados? —preguntó sintiendo que en verdad la odiaba.

—Yo no te estoy quitando a Alessandro porque él nunca fue tuyo —respondió con algo de arrogancia.

—¿Qué vas a saber tú? No tienes idea… haberte acostado con él durante unos meses no te hace diferente a las demás que desfilaron por su cama —mencionó con toda la intención de herirla.

—Tú eres la que no sabes nada Romina. Yo estoy enamorado de Samantha, siempre lo estuve y si esto te hace sentir que nada más fuiste un desahogo, lo lamento, pero es la verdad… Viajé hasta América para buscarla, me daba lo mismo si obtenía el papel porque a quien realmente deseaba tener conmigo era a Samantha… ¿Eso es lo que querías escuchar? Pues allí lo tienes —mencionó con tono pausado, pero que no dejaba lugar a dudas o cuestionamientos.

—Ni crean que esto se acaba aquí —los amenazó tomando su bolso y antes de salir se volvió a mirarlos—. Los voy a destruir a ambos, iré con la prensa y les contaré todo… les diré que obtuviste el papel solo porque te acostaste con ella, que no es más que una zorra y que ambos son unos malditos traidores, pues no les importó tener parejas para involucrarse de nuevo… —decía cuando Alessandro detuvo sus palabras.

—¡Cállate, Romina! —le gritó, sabía que eso afectaba a Samantha.

—Si haces algo como eso, la más perjudicada serás tú —mencionó Samantha sin mirarla—. Imagina lo que dirán los medios, tú que alardeabas de ser la futura señora Bonanzierri no fuiste más que un desahogo y lo peor de todo es, que no tuviste ni siquiera la destreza para hacer que olvidara a aquella mujer que toda Italia se muere por conocer —se detuvo mirándola a los ojos —. Y cuando se enteren de la historia real ¿De lado de quién crees que se pondrán? Nada más tienes que contar esto para volverte la burla de todos… Así que si tienes un poco de amor propio deberías salir de aquí con la poca dignidad que te queda e intentar continuar con tu vida —finalizó manteniéndole la mirada.

—No van a ser felices ¡Nunca lo serán! —gritó y salió corriendo.

El estruendo que hizo la puerta al estrellarse cuando se cerró y esas palabras de Romina quedaron vibrando en el aire, mientras los corazones de ambos latían de manera agitada temiendo que ella tuviera razón y que ellos nunca lograrían tener una felicidad plena como soñaban. Samantha fue la primera en reaccionar, caminó hacia la cocina sintiendo que todo el cuerpo le temblaba y que la presión en el pecho la estaba ahogando, llenó un vaso con agua para beberlo de un trago.

—¿Estás bien? —preguntó Alessandro acariciándole la espalda.

Ella asintió sin mirarlo y después negó apoyando sus manos en la fría pieza de mármol de la barra, mientras intentaba contener las lágrimas que iban acumulándose en sus ojos. Sintió a Alessandro envolverle los hombros con un brazo para pegarla más a él y le besó el cabello, eso fue el detonante para sus emociones.

De inmediato se giró hacía él rodeándole la cintura con los brazos y hundió el rostro en el pecho de Alessandro mientras lloraba con dolor, estremeciéndose a causa de los sollozos y se aferraba más a él.

—Todo está bien… no llores, mi amor —rogó tomándole el rostro entre las manos para verla —. Lo siento tanto Samantha, lamento que hayas tenido que escuchar todo lo que dijo Romina —mencionó mirándola a los ojos para que viera la sinceridad en los suyos.

—Antes todo era tan sencillo y ahora…

—Ahora estamos juntos de nuevo y no dejaré que nada nos separé. Samantha yo quiero estar contigo, deseo una vida a tu lado porque solo así soy verdaderamente feliz, tú me haces sentir completo —expresó muy cerca de sus labios, ahogándose en la mirada ámbar cristalizada.

—Alessandro prométeme que no nos vamos a separar nunca, yo no soportaría tener que separarme de ti de nuevo… me volvería loca de dolor, te juro que lo haría —dijo sintiéndose aterrada nada más de imaginar en tener que vivir todo el sufrimiento que pasó, una vez más.

—Eso no sucederá, Samantha, te prometo que estaremos juntos siempre preciosa, ya nada podrá separarme de ti. Nada —mencionó envolviéndola en sus brazos con fuerza y después la besó.

Samantha respondió al beso mostrando el mismo desespero de él y como si quisieran confirmar con más que palabras la promesa que se acababan de hacer, sus manos comenzaron a brindarse caricias apresuradas e intensas que fueron despertando el deseo. Alessandro la tomó por la cintura subiéndola en la barra y sin dejar de besarla deshizo el nudo de la bata, abriéndola para tener el cuerpo desnudo de Samantha solo para él, para recorrerlo con sus manos y sus labios.

Ella separó las piernas para hacerle espacio y de inmediato le rodeó las caderas pegándolo a su cuerpo, mientras los bailes de sus lenguas arrancaban gemidos en ambos, le quitó la camiseta que llevaba y la tiró lejos para después dedicarse a acariciarle la espalda mientras lo besaba, gimiendo con fuerza cuando sintió la certera y potente invasión de él.

Alessandro le sujetó el rostro mientras dejaba que sus caderas marcaran el ritmo dentro de Samantha, sentirla así calmaba esa sensación de zozobra que había tenido. Deseaba demostrarle con actos que él era suyo, que siempre lo había sido y no dejaría de pertenecerle, porque si bien estuvo con varias mujeres después de ella, ninguna lo hizo sentir así, ninguna logró llegar a su alma.

—Soy tuyo… soy tuyo Samantha —esbozaba de manera entre cortada sin detener sus embestidas dentro de ella y con su mirada clavada en los ojos miel—. Lo fui desde la primera vez que estuve dentro de ti —dijo con la voz ronca por las lágrimas que intentaban ahogarlo.

Ella buscó desesperadamente su voz para responderle, pero se había esfumado, así que dejó que fuera su cuerpo quien diera la respuesta que su garganta no podía. Lo miró fijamente mientras les daba rienda suelta a sus caderas, abrazándolo con fuerza para eliminar el espacio que los separaba y poder sentir el roce de su pecho poderoso y caliente contra sus senos, mientras disfrutaba de ver la expresión de placer dibujada en el hermoso rostro de él, comenzó a sentir los primeros estremecimientos del orgasmo que le recorrían el cuerpo y se arqueó cerrando los ojos.

—Alessandro —esbozó mientras un temblor la recorrió de pies a cabeza y todo su mundo

explotó con una fuerza arrolladora.

Él liberó un gemido ronco contra la garganta de ella mientras luchaba por mantenerse pues no deseaba que ese momento terminara nunca, quería seguir sintiéndola completamente suya y siendo de ella, hundió su mano en el cabello castaño para sostener la cabeza al ver su cuerpo hermoso y frágil contraerse con fuerza, mientras la otra se anclaba en la cadera de Samantha para evitar que sus movimientos los separasen.

—¡Soy tuya! —exclamó con la voz transformada por el éxtasis y los ojos cerrados con fuerza, sintiendo que la declaración le desgarraba la garganta y después de eso su mente quedó en blanco.

Eso fue todo lo que Alessandro necesitó para tener su propia liberación, se clavó dentro de ella con cada descarga de su simiente, mientras los temblores que nacían en su columna eran como descargas eléctricas que lo recorrían entero, y terminaron por dejarlo complemente agotado, pero también libre de la tensión que lo había embargado antes.

Pasaron varios minutos brindándose caricias que iban sosegando los latidos acelerados de sus corazones, ella entrelazaba los dedos en las suaves hebras castañas y de pronto buscó la mirada de Alessandro.

—¿Me llevas al hotel? —preguntó y vio que eso lo desconcertó, así que aclaró de inmediato —. Voy a hablar con Diana y a buscar mis cosas. Me quedaré aquí contigo Alessandro —dijo mirándolo a los ojos.

La sonrisa de él fue radiante y apenas podía expresar la mitad de la emoción que sentía, dándole gracias con la mirada le tomó el rostro entre sus manos para besarla con amor, pasión y devoción.

∞∞∞

Diana había despertado sola esa mañana en medio de las sábanas desordenadas y frías del lado que ocupó Marcello, lo que le hizo suponer que él se había levantado hacía rato. Ella quiso quedarse un poco más en la cama, pero al cabo de unos minutos su cuerpo le hacía saber que no necesitaba más descanso, así que se puso de pie y caminó completamente desnuda hacia el baño, no le importaba cubrir su cuerpo de él si aparecía, después de todo lo que habían hecho la noche anterior eso sería ridículo.

Entró al baño tomando una ducha rápida ya que deseaba bajar, sentía que se moría de hambre, además que era una tortura estar allí sola teniendo la piel tan sensible y deseosa de las manos de Marcello. Se secó con una toalla que estaba impregnada del olor masculino; con la misma se envolvió pues era lo bastante grande para cubrirla y soltó su cabello para desenredarlo, mientras se miraba en el espejo notando lo bien que le sentaba el sexo, lucía radiante de nuevo.

—Buenos días —saludó bajando las escaleras con una sonrisa.

—Buenos días —contestó él dándole apenas un vistazo y regresó la mirada al periódico cuando sintió que sus latidos se aceleraban, ante la hermosa imagen que ella le entregaba esa mañana.

—¿Preparaste desayuno? Es que estoy hambrienta —esbozó viendo sobre la mesa solo una taza de café negro.

—No, solo me tomé un expreso… pero siéntate por favor, ya te preparo algo —contestó poniéndose de pie un poco apenado.

—Tranquilo sigue leyendo el diario, solo dime dónde están las cosas y yo me encargo de lo

demás —indicó ella dedicándole una sonrisa.

—De ninguna manera, tú eres mi invitada… —mencionó y se sintió extraño—. Es solo que no acostumbro a tener visitas —se excusó encaminándose hacia la cocina para escapar de su mirada divertida.

—Ok, no hay problema —mencionó sentándose en la silla.

Tomó el diario, estaba en italiano así que comenzó a pasar las páginas sin prestarle atención, hasta que la imagen de todos reunidos la noche anterior en el club la hizo detenerse, era un tanto borrosa, tomada seguro por un móvil y debajo de ésa dos pequeñas de su hermana y el actor.

—Parece que los planes de Alessandro y Samantha de mantener en secreto su relación no durarán mucho —expresó en voz alta.

—Aquí no existen los secretos para los famosos, todo siempre termina descubriéndose —contestó él mientras revolvía unos huevos.

—No siempre —susurró Diana consciente que el verdadero secreto de su hermana y Alessandro seguía estando oculto.

—Desayuno americano —mencionó colocando el plato delante de ella con una sonrisa—. O bueno, algo parecido —agregó viéndola.

—Muchas gracias —contestó con una sonrisa radiante.

Tomó con el tenedor parte de los huevos y gimió al degustarlos, estaban deliciosos, troceó el pan llevándose un pedazo a la boca disfrutando de la corteza dura y la suavidad de la masa por dentro.

—¿Tú no vas a comer? —inquirió viendo que solo le había servido a ella y se sentaba de nuevo nada más a observarla.

—No tengo hambre —contestó sonriendo al ver cuánto disfrutaba ella de un simple desayuno, pero un recuerdo que llegó a su cabeza lo golpeó haciendo que se pusiera serio de inmediato.

«Para esto ya Marcello, sabes perfectamente que no puedes dejarte llevar, ya has arriesgado mucho con haber llegado hasta aquí. Recuerda que te lo juraste, no volverías a dejar que nadie se metiera en tu corazón otra vez.»

Se puso de pie para tomar su celular de la repisa y revisar los mensajes, ninguno importante solo correos publicitarios que borró sin siquiera abrirlos, se acercó al ventanal para mirar las calles y evitar ser consciente de Diana de nuevo.

—Terminé. —Se levantó para ir a la cocina con el plato.

—Deja eso así, yo me encargo —mencionó llegando hasta ella y se lo quitó—. Mientras ve a cambiarte, debo llevarte de regreso al hotel —ordenó con tono adusto sin mirarla.

—Pensé que me quedaría todo el día —acotó frunciendo el ceño.

—No puedes… tengo cosas que hacer —contestó en un tono que le negaba cualquier posibilidad de convencerlo de lo contrario.

—Bien —pronunció intentando controlar su rabia.

Regresó a la habitación sintiendo una horrible presión en el pecho y un nudo de lágrimas en la garganta que le hacía difícil respirar, buscó su ropa y se cambió con rapidez, pero antes de salir recordó que no llevaba panty, removió las sábanas y buscó debajo de la cama, pero no la halló, así que dándose por vencida se irguió y tomó su bolso.

—Que te quede de recuerdo infeliz —esbozó mirando la cama.

Marcello la vio bajar las escaleras y caminó para buscar sus llaves, era evidente que Diana se había molestado, quizás era lo mejor. La vio seguir de largo y abrir la puerta, así que caminó de prisa para alcanzarla.

—Espérame —le pidió en el pasillo.

—No es necesario, tomaré un taxi —indicó sin mirarlo ni detenerse.

—Yo te llevaré Diana —mencionó tomándola del brazo.

—¡Suéltame! —le gritó zafándose con fuerza del agarre—. No vuelvas a ponerme una mano encima. ¡Si lo que querías era alguien para coger nada más y que al día siguiente se fuera en cuanto el sol saliera, pues debiste haber buscado a una puta! —dejó libre toda la rabia que sentía —. No hacerme creer que te interesaba, así que ¡Jódete Marcello! —espetó y le dio la espalda dejándolo allí mientras se iba.

Él se quedó en medio del pasillo sin poder decidirse si seguirla o regresar a su departamento y olvidarse de todo lo sucedido. Al final la promesa que se hizo para evitar sufrir de nuevo lo llevó sobre sus pasos y se encerró en el lugar que había declarado su refugio hacía mucho.

Capítulo 43

Había llegado esa mañana a la ciudad después de más de un mes fuera de ésta y la inmensa soledad de su departamento lo estaba volviendo loco, nada lograba distraerlo ni alejar de su mente los recuerdos de Samantha, le parecía verla en todos lados e incluso podía jurar que escuchaba su risa haciendo eco en cada rincón. Suspiró sintiendo que estaba cayendo en un abismo y ni siquiera el alcohol que se había convertido en su mejor amigo en las últimas semanas, lograba sacársela del pecho y de la cabeza; por el contrario, cada vez más sentía que nunca lograría olvidarla.

—Me di por vencido muy rápido contigo Samantha, debí aferrarme a ti e impedir que nos separaran… ¡Fui un completo imbécil! No debí renunciar a tu amor de esa manera, no debí hacerlo princesa —esbozó sintiendo cómo las lágrimas bajaban por sus sienes.

Se puso de pie y caminó hasta el ventanal para dejar que su mirada se perdiera en la compleja estructura que era la ciudad de Chicago y se mostraba tan hermosa siendo bañada por los últimos rayos de sol. Dejó de lado el vaso con escocés y cerró los ojos intentando imaginar lo que estaría haciendo Samantha en ese momento, sabía dónde estaba, pero la incertidumbre de no saber con quién lo torturaba, algo le decía que ese malnacido que la alejó de él debía estar cerca o de lo contrario ella no habría buscado terminar con su relación, él debía haber regresado.

Los celos eran una hoguera dentro de su pecho y lo estaban consumiendo, no podía continuar así, debía retomar su vida y hacer algo para recuperarla o terminaría perdiendo la cordura. Decidió salir a caminar, le vendría bien tomar un poco de aire, necesitaba de eso para aclarar sus pensamientos y poner todo en orden.

Caminaba sin fijarse en las personas que transitaban junto a él, solo mantenía la vista al frente y de vez en cuando la posaba en el ambiente que lo rodeaba, en una de esas ocasiones su mirada se topó con una imagen que le golpeó en el pecho, caminó hasta el puesto de diarios y tomó un ejemplar de ese tipo que nunca leía, pero la imagen de Samantha captó toda su atención. Ella se encontraba junto a un grupo de personas en lo que parecía ser un club nocturno, el pie de foto mencionaba algo sobre lo que hacía el equipo de Rendición en sus noches libres y lo invitaba a seguir leyendo en una de las páginas del interior.

—¿Va a llevarlo? —le preguntó un hombre mayor.

—Sí claro —contestó buscando en su bolsillo un billete y se lo entregó, ni siquiera esperó el cambio de los veinte dólares.

Salió caminando haciéndole un ademán que no importaba cuando éste lo llamó para entregárselo, solo le interesaba encontrar el artículo para tener noticias de Samantha. Se acercó hasta una banca en el Millenium Park y tomó asiento mientras revisaba el diario, al fin dio con la nota y grande fue su sorpresa al ver la otra imagen que estaba junto a ésta, era una donde salía Samantha y el actor italiano, bajo la misma se podía leer el comentario del periodista.

«La escritora parece haber conquistado al hombre más deseado del momento, rompiendo con la tradición que son siempre los protagonistas de este tipo de películas los que se enamoran»

La impresión no lo dejó reaccionar en un principio y releyó las mismas palabras varias veces, apartó la mirada de la imagen que la mostraba sonriente mientras él parecía decirle algo al oído.

La sensación de dolor que se instaló en su pecho rivalizaba con la ira que corría por sus venas, su mirada parecía estar perdida en la fuente Crown, pero en realidad estaba recordando e intentando encontrar detalles que le confirmaran que lo que decía ese diario era cierto.

—Esto no puede ser cierto… no puede… ¡Maldita sea Samantha! Tú no puedes estar haciéndome esto ¿acaso es él? —cuestionaba en voz baja apretando el periódico entre sus manos con fuerza.

Se levantó con rapidez y caminó de un lugar a otro sin saber qué hacer, sentía que algunas cosas empezaban a encajar y eso solo provocaba que su rabia aumentara, respiró profundamente e intentó calmarse para pensar con cabeza fría buscando la imagen de nuevo, pero ésta en lugar de tranquilizarlo añadió más leña al infierno en su interior.

La hizo pedazos y buscó un cesto de basura para arrojarlo, queriendo sacar de su cabeza esa imagen mientras se repetía que ese diario estaba equivocado, ese hombre y Samantha no podían tener nada porque era evidente que apenas se soportaban, ella ni siquiera lo quería cerca de su hermana, se había molestado cuando él lo insinuó.

—¡Claro imbécil! Se molestó porque estaba celosa… recuerda que ni siquiera quiso pasar la noche contigo —esbozó para él sintiendo la amargura apoderarse de su cuerpo.

Caminó para alejarse de ese lugar al notar que algunas personas lo veían, quizás todos estaban al tanto de lo que hacía Samantha en Italia, todos debían estar burlándose del pobre cornudo que había estado tan ciego, tan malditamente ciego que no fue capaz de ver lo que tenía frente a sus ojos, ni siquiera cuando ella tuvo el descaro de presentárselo. Su vista comenzó a nublarse, y no podía identificar si era por las lágrimas que estaba seguro derramaría de un momento a otro o la ira que corría por sus venas, tomó un taxi y se digirió al refugio más cercano: Su oficina.

∞∞∞∞

Era un sábado por la noche y en lugar de estar en su casa como cualquier mujer normal, Julianne se encontraba en su oficina organizando carpetas y estudiando unos balances que debía presentar para una auditoría que le estaba realizando la Cámara de Comercio al banco. El lugar estaba completamente solo a excepción del personal de seguridad, por lo que le resultó extraño escuchar el timbre del ascensor.

Las puertas de éste se abrieron y vio salir a Dylan, se sorprendió pues hasta donde sabía él no se encontraba en la ciudad, no pudo evitar seguirlo con la mirada mientras caminaba con premura por el largo pasillo hacia la oficina de la gerencia, se notaba perturbado y eso captó de inmediato su atención.

—¿Qué le habrá sucedido? —preguntó para ella misma, pero al ver que Dylan ni siquiera notaba su presencia allí, se volvió molesta hacia la pantalla de su ordenador—. A ti no te tiene que importar nada de lo que le suceda, no seas estúpida Julianne —se respondió dispuesta a ignorarlo tal como él lo hacía con ella.

Sabía que la estaba pasando mal, se enteró por Douglas hacía un par de semanas que había terminado con Samantha y ese había sido el verdadero motivo de su viaje tan repentino a Canadá, siempre hacía lo mismo, era un cobarde. Quizás era hora que recibiera una cucharada de su propia medicina y supiera lo que se sentía ser relegado.

Después de una hora guardó todos los documentos y apagó la máquina, cerró los ojos masajeándose las sienes para aliviar un poco la tensión que sentía luego de trabajar tanto. Se

puso de pie bordeando el escritorio, estaba por tomar su abrigo y su bolso para salir cuando su mirada se desvió hacia la oficina de Dylan. Suspiró mientras negaba con la cabeza y se decía que era una estúpida por lo que estaba a punto de hacer, salió hacia la gerencia con ese andar decidido que siempre mostraba, giró el picaporte y estaba por entrar cuando una música que provenía del interior la hizo detenerse.

De inmediato la embargó un profundo dolor que hizo los latidos de su corazón más lentos, mientras las lágrimas subieron de golpe por su garganta intentando asfixiarla, liberó un suspiro trémulo apretando con fuerza la manilla al ser consciente que él se encontraba así por Samantha.

Su sufrimiento fue remplazado por una inmensa rabia al saber que él siempre iba a preferir a otras antes que, a ella, sin importarle que esas mujeres terminaran rompiéndole el corazón hasta el cansancio.

Tell me how am I supposed to live without you
now that I've been lovin' you so long
how am I supposed to live without you
how am I supposed to carry on
when all that I've been livin' for is gone.

El coro de la canción llegó hasta sus oídos aumentando la presión que sentía en el pecho, apoyó la frente contra la puerta mientras cerraba los párpados para contener las lágrimas, pero terminaron desbordándose en medio de temblores por tener que acallar los sollozos que amenazaban con romperle el pecho. Respiró profundamente para controlarse y de nuevo la rabia ganó terreno dentro de ella, con brusquedad se llevó la mano hasta el rostro para limpiar la humedad del llanto, mientras se decía que era tan masoquista como Dylan, pues ella también estaba sufriendo por alguien para quien no significaba nada.

La ventaja era que al menos podía hacerle pagar a él por el dolor que le causaba, pero él no podía hacer nada para cobrarle a Samantha Steinberg, solo le quedaba sentarse allí a llorar como un idiota mientras se martirizaba con esa canción cursi y anticuada. Se irguió dejando que su orgullo herido creara una armadura para ella y abrió la puerta de un solo golpe, sin siquiera llamar para anunciarse, se mantuvo en silencio mientras lo miraba con desprecio y después dejó ver media sonrisa.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Dylan sorprendido por verla.

—Trabajando, cosa que tú no haces porque te la pasas sufriendo por los rincones como un pobre Diablo… eres tan patético Dylan… ¿Cómo se supone que vas a vivir sin ella? —preguntó con sorna y después soltó una carcajada, disfrutando de ver la mueca de dolor en su rostro.

—¡Lárgate Julianne! No estoy para tus estúpidos comentarios en este momento —espetó mirándola con rabia y apagó el reproductor de música empotrado en el mueble a su derecha.

—Que fastidio Dylan, últimamente no estás para nada… te has vuelto tan aburrido. —Se acercó a él caminando de manera sugerente y se dobló sobre el escritorio para darle una vista provocativa de sus senos mientras tomaba el vaso de whisky de la mesa— ¿Cuántos de éstos llevas? —preguntó dándole un sorbo al licor.

—No te importa… por favor déjame en paz, quiero estar solo —contestó mirándola a los ojos, pero no fue indiferente a la imagen del escote y la visión de sus senos en la blusa roja que llevaba.

—Como quieras… tengo muchas cosas que hacer para estar aquí perdiendo el tiempo contigo —esbozó irguiéndose, le dio la espalda.

—Imagino que no será con un amante —pronunció burlándose de ella, queriendo vengarse

por la manera en la cual lo trataba, la vio tensarse y dejó ver media sonrisa cargada de amargura —. De lo contrario no estarías aquí huyendo de la vida solitaria y vacía que llevas —dijo y se levantó para caminar hacia el bar y servirse otro trago.

—Es preferible eso a que me estén dejando una y otra vez como lo hacen contigo —devolvió la estocada mirándolo de soslayo, lo vio cerrar los ojos y eso la hizo arrepentirse de sus palabras, pero ya era tarde.

Dylan abrió los ojos, su mirada estaba cargada de rabia y de dolor, acortó la distancia entre ambos con rapidez llegando hasta ella para arrinconarla contra la puerta, vio el desconcierto y miedo reflejado en los hermosos ojos topacio cuando llevó su rostro a centímetros del de ella.

—¿Qué haces? —preguntó con voz trémula intentando escapar.

Él no respondió, llevó su mano hasta el delgado y blanco cuello para encerrarlo al tiempo que la aprisionaba entre la hoja de madera y su cuerpo, la escuchó gemir haciendo que la excitación se disparara dentro de él. Después de tener tanto tiempo sin poseer el cuerpo de una mujer no le extrañaba que un simple gemido pudiera ponerlo así. Ella abrió los labios para hablar, pero él se lo impidió apoderándose de esa tentadora boca con un beso rudo y desesperado que buscaba callarla, al tiempo que le permitía vengarse no solo de ella, sino también de Samantha.

Julianne forcejeaba con Dylan, no le permitiría que la tratara de esa manera y mucho menos que la humillara, liberó sus brazos llevándolos hasta la fuerte espalda de él y comenzó a golpearlo, pero solo recibió como respuesta que él la aprisionara más contra la madera tras ella haciendo que liberara un jadeo y que su traidor cuerpo se estremeciera siendo recorrido por una ola de placer.

Él la cargó por la cintura llevándola en peso hasta el sofá de piel oscura a un lado del lugar, sin delicadezas la depositó allí y antes que pudiera protestar la cubrió con su cuerpo, gimiendo al sentir la suavidad del femenino que se removía debajo del suyo. Comenzó a besarle el cuello mientras intentaba deshacer el lazo de la blusa y mantener quieta a Julianne, que luchaba por liberarse arañándole la espalda por debajo de su camisa, provocándole dolor, pero también que su miembro se tensara cada vez más, avivando el fuego de su excitación.

—¡Dylan suéltame! —Gritaba pataleando y el inútil movimiento en lugar de ayudarla solo le hacía espacio a él y subía la tela de su falda hacia sus caderas—. Te digo que me sueltes, ya estoy cansada de esto… ¡Dylan! —exclamó de nuevo pegándole.

—Siempre te ha gustado esto… es lo que deseabas, no te atrevas a mentirme. —Le dijo mirándola a los ojos mientras le sujetaba la mandíbula con rudeza— ¿Por qué me haces esto? ¿Qué es lo que quieres de mí? ¿Dime qué es lo que tengo que hacer? —preguntó desesperado mientras las lágrimas se acumulaban en sus ojos y la excitación estaba siendo remplazada por el dolor

Julianne tembló siendo aplastada por el sufrimiento que veía en él y cerró los ojos para huir del mismo, se mordió el trémulo labio inferior para evitar que las lágrimas la rebasaran y el fuego que se había encendido en su interior se apagó de golpe ante los reproches de Dylan.

Él cayó en cuenta que la mujer bajo su cuerpo no era la misma a la que deseaba hacerle esas preguntas, ella no era Samantha. El alcohol, la rabia y el deseo lo habían hecho cegarse al punto de cometer una locura.

—Julianne… perdóname… por favor perdóname —rogó con la voz ronca por el nudo en su garganta que apenas le permitía hablar.

Ella asintió en silencio sin atreverse a esbozar palabra, estaba segura de que de hacerlo terminaría llorando justo como comenzó a hacerlo él en su cuello, estremeciéndose y mostrándose tan frágil que daba la impresión de estar a punto de romperse. No pudo detener los

sentimientos que él le provocaba y antes de poder ser consciente de lo que hacía lo envolvió entre sus brazos para resguardarlo, quería protegerlo, alejar toda la pena que veía en Dylan.

—Abrázame más fuerte… abrázame, Julianne. —Le pidió en medio de sollozos aferrándose a ella como si fuera la única capaz de salvarlo.

Hizo lo que él le pedía y más, comenzó a besarle el rostro para secar con sus labios las lágrimas que le humedecían las mejillas, entregándole ese gesto de amor que nacía desde lo más profundo de su corazón y era todo de él porque solamente había amado a un hombre en su vida, solo a Dylan Benedic Howard Woodrow, el que la había hecho mujer.

—Hazme el amor —susurró ella en su oído.

—Julianne… esto no está bien… no podemos seguir cayendo en lo mismo. Tú no lo mereces —pronunció mirándola a los ojos.

—No digas nada… deja que sea yo quien decida lo que merezco o no —mencionó ahogada en esos ojos verde selva que tanto amaba—. Te deseo Dylan… ningún otro hombre me hace sentir como tú —confesó con los latidos de su corazón desbocados.

—No puedo entender lo que provocas en mí… a veces siento que te odio y en otras que sin ti estaría perdido —expresó dejando en libertad esos sentimientos que había callado por tanto tiempo, pensando que de decirlos ella terminaría burlándose de él.

Julianne sintió que una sensación de felicidad estalló dentro de su pecho y esbozó una hermosa sonrisa mientras subía sus labios para besarlo, acariciándole la espalda con cuidado para no lastimar las heridas que le había hecho. Gimió cuando él respondió al beso apoderándose de su boca con uno profundo, que le estaba robando el aire y la cordura, lo sintió mover las manos sobre su cuerpo.

El arrebato que había caracterizado a sus encuentros anteriores esta vez no estaba presente, era como si hubieran regresado al pasado, a ese tiempo que vivieron antes de que él se marchara a Inglaterra a estudiar y ella se quedara desolada por su ausencia. Se desnudaron entre besos sutiles, miradas cómplices y caricias que traían consigo maravillosos recuerdos.

Dylan entró en ella sintiéndola temblar como esa primera vez cuando siendo apenas una chica de quince años, se entregó en sus manos para que él la hiciera mujer. El cuerpo de Julianne le entregaba un placer que no había encontrado en ninguna otra de las que había tenido, ni siquiera en aquellas que sintió amar profundamente, quizás por eso siempre volvía a ella, su manera de entregarse era única y lo hacía rendirse.

Las mismas sensaciones y emociones que él le provocaba la llenaban de nuevo, después de dos años separados pensó que algo podía cambiar; por el contrario, todo era más intenso y sabía perfectamente que se debía a esa declaración que Dylan le había entregado. Él la quería, aunque no supiera cómo definir sus sentimientos todavía, se lo hacía sentir.

Julianne comenzó a mecer sus caderas encerrándolo entre sus piernas, gimiendo en su oído mientras sus cuerpos resbalaban por la capa de sudor que los cubría. La sintió estremecerse siendo elevada por el placer, presionándolo en su interior, él no tomó la precaución de usar protección y ya era muy tarde, pues sentía cómo comenzaba a derramarse en ella y la siguió, quedando, atrapando en ese instante perfecto.

∞∞∞∞

Diana estaba tendida en la cama de su habitación mientras miraba el hermoso cielo raso de yeso con hermosas figuras talladas y la bellísima lámpara de cristales dorados, se negaba

rotundamente a llorar por lo sucedido con Marcello, después de todo esa no era la primera y estaba segura de que no sería la última decepción que se llevaría con un hombre. Suspiró mientras cerraba los ojos intentando alejar de su cabeza la imagen de ese imbécil y amargado italiano que no merecía uno solo de sus pensamientos, por el contrario, de ese momento en adelanto se dispondría a ignorarlo totalmente, solo hablaría con él de trabajo.

—Hola Di —la saludó Samantha entrando a la habitación—. Pensé que te quedarías todo el fin de semana con Marcello —agregó sentándose al borde la cama mientras le sonreía.

—Hola Sam, no, regresé temprano —contestó sin mucho énfasis.

—¿Y eso? ¿Algún motivo en especial? —preguntó buscando los ojos de su hermana, pues algo le decía que sí lo había.

—Ninguno, salvo que es un imbécil y que si pudiera no lo vería nunca más en mi vida… no, no existe ninguno —comentó sin mirarla.

—Di… ven, cuéntame qué sucedió —pidió sentándose con las piernas extendidas en la cama mientras se apoyaba en el espaldar y la tomaba por los hombros para que descansara la cabeza en sus piernas.

—Es un idiota, eso es Sam… después que salimos del club fuimos hasta su departamento y pasamos una noche maravillosa, es notable la experiencia que los años le han dado —señaló reconociéndole al menos eso, suspiró para continuar—. Todo fue extraordinario, terminamos rendidos casi amaneciendo y cuando me desperté él no estaba, bueno pensé que no era de extrañarse, le gusta levantarse temprano. Después de arreglarme bajé para desayunar juntos y él solo tomó un café, pero me preparó comida a mí… me hizo sentir bien, sabes que pocos hombres tienen detalles como esos —acotó mirándola.

—Pues los italianos lo tienen por costumbre —dijo con una sonrisa recordando que Alessandro siempre lo hacía para ella.

—Bueno, a mí nunca me había sucedido y eso hizo que me ilusionara como una estúpida, porque todo marchaba bien entre los dos, pero de un momento a otro él tuvo uno de esos cambios que me provocan matarlo, me dejó sola en la mesa y cuando terminé que me disponía a lavar el plato me dijo que lo dejara así, que me vistiera porque debía traerme de regreso. —La voz se le quebró en ese momento, pero aun así prosiguió—. Me dio tanta rabia su actitud que fui a cambiarme, bajé y me disponía a regresar sola cuando él tuvo el descaro de decirme que lo esperara porque debía traerme… no pude más Sam, exploté y le grité un montón de cosas, pero él ni siquiera se inmutó, así que me vine dejándolo tirado en medio del pasillo —terminó y al fin las lágrimas se hacían presentes.

—Di, no llores hermanita… quisiera tener las palabras exactas para consolarte, pero sabes que soy pésima en ello —se excusó abrazándola.

—No tienes que hacerlo, se me pasará solo fui una tonta… pero ya verás que me recupero como siempre. Ni siquiera había llorado, pero tenerte aquí y recordar lo sucedido me removió todo —mencionó limpiándose el llanto—. Además, no es justo que yo arruine tu felicidad, te ves tan radiante. Alessandro te sienta de maravilla… Como si te diera luz y vida —expresó siendo sincera mientras le sonreía.

—Así me siento, el tiempo junto a él es perfecto y me hace sentir tan bien… aunque no todo fue color de rosa. Romina Ciccone se presentó esta mañana en el departamento como dueña y señora. Alessandro olvidó quitarle las llaves, así que ella aprovechó eso para llegar e intentar que yo creyera que aún seguían juntos —esbozó recordando lo sucedido.

—¡Que bruja! Me cayó mal desde la primera vez que la vi, es horrible e insoportable, pero ¿qué hiciste Sam? —inquirió mirándola atentamente.

—Tuvimos una discusión muy fuerte… incluso le di una bofetada —contestó un poco apenada y suspiró para liberar la tensión—. Ella comenzó a amenazarnos que contaría todo a la prensa y yo le hice ver, que si hacía algo como eso ella misma se estaría ofreciendo a ser la burla de todos, al parecer acabó por comprenderlo porque se marchó.

—Bueno, si es una mujer inteligente sabe lo que le conviene. Tú no debes sentirte mal por eso Sam, a veces cuando se trata de nuestra felicidad debemos ser un tanto egoístas… porque a la larga la decisión que tomemos pensando en nosotros será la mejor, así no haremos a nadie infelices ni lo seremos nosotros. Tu elección de acabar la relación con Dylan también fue lo mejor, él es un hombre maravilloso y no merecía vivir engañado creyendo que lo amabas cuando no era así —expuso adoptando su actitud de consejera sentimental.

—Eso lo tengo claro Di, en el momento que supe que no podía seguir escondiendo lo que sentía por Alessandro decidí terminar con él y liberarlo de la mentira, pero eso no evitó que al hacerlo le causara dolor —mencionó bajando la mirada sintiéndose todavía mal al recordarlo.

Diana la abrazó volviendo a sus roles de siempre, siendo la menor la que aconsejaba a la mayor pues era la que contaba con más trayectoria en el mundo del amor y las relaciones. Después de un rato salieron a pasear por la ciudad, Samantha quería animarla pues, aunque Diana no quisiera reconocerlo, lo ocurrido con Marcello la había afectado; almorzaron en uno de los tantos restaurantes al aire libre cerca de la Fuente de Trevi.

Mientras caminaban pasaron frente a la tienda de lencería que ella siempre usaba y recordó que eso volvía loco a su apuesto actor, así que obviando las miradas interesadas de algunas clientas se dispuso a comprar varios conjuntos, también le obsequió otros a Diana, animándola al decirle que había decenas de romanos que se morirían por remplazar al estúpido Marcello Calvani. Eso la alentó, tuvo a su hermana de regreso cuando entraron a una tienda de sombreros y pelucas. A Samantha se le ocurrió una idea para eludir a los paparazis.

∞∞∞

Alessandro reía burlándose de Lisandro que le relataba su odisea en el concierto de *Fiorella Mannoia*, al cual había asistido la noche anterior en compañía de Vittoria y sus suegros. Ese fue el motivo que le impidió acompañarlos al club. Seguía lamentándose pues pasó todo el espectáculo sonriendo y simulando que conocía las canciones.

—No te rías idiota… ¿Tienes idea de lo que es estar en un recital de más de dos horas deseando que termine de una vez, y escuchar al público pedir otra y otra cada vez que la mujer disponía a irse? —preguntó con los ojos muy abiertos para transmitirle su desespero.

—Todo es tu culpa, debiste al menos comprar el disco una semana antes y escucharlo —señaló secándose los lagrimales.

—Me queda de experiencia para la próxima. Tú en cambio te notas muy feliz, te vi en la primera plana de todos los diarios junto a mi linda cuñada… por cierto, ¿dónde está? Pensé que la encontraría aquí hoy —mencionó paseando su mirada por el lugar.

—La llevé de regreso al hotel esta mañana, fue a buscar sus cosas y quedó en llamarme para que la fuera a buscar, se quedará aquí —contestó con una gran sonrisa que iluminaba su mirada.

—¿Ya? ¿No crees que vayan muy rápido? Según tenía entendido querían esperar un tiempo para anunciar su relación… lo de anoche estuvo bien para que todos comiencen a hacerse a la idea. Pero… ¿No sería arriesgarse a un escándalo si descubren que ya están viviendo juntos? —preguntó algo sorprendido.

—No será vivir juntos del todo, solo durante los recesos por ahora, pero planeo pedirle que se quede conmigo al terminar la grabación de la película —respondió mirándolo a los ojos.

—¿Le vas a proponer matrimonio? —inquirió un tanto asombrado.

—Sí, nosotros nos amamos y no queremos separarnos de nuevo, así que no hay razón para darle más vueltas a esto, le pediré que se case conmigo —confirmó sonriendo ante la sorpresa reflejada en la mirada de su hermano, solo era sincero, quería una vida junto a Samantha.

—Bueno, qué puedo decirte… no te felicitaré hasta que me digas que ella te aceptó, para no arruinar tus planes —esbozó siendo práctico.

—¡Vaya gracias por los ánimos! Pues para tu información me aceptará, esta mañana después de lo de Romina me dijo que no deseaba que nos separáramos de nuevo, así que estoy seguro de que dirá que sí.

—Suerte con eso, yo sigo prefiriendo las relaciones libres. No siento que sea necesario pararme frente a un altar y jurarle a Vittoria un "te amaré hasta que la muerte nos separe" cuando se lo demuestro todos los días —mencionó levantándose de la silla donde se encontraba.

—Lo que pasa contigo es que le tienes fobia al compromiso… pero vas a tener que superarla algún día o de lo contrario, terminarás quedándote con las manos vacías —le advirtió mirándolo con seriedad.

—Eso no sucederá… yo también estoy muy seguro de lo que mi mujer siente por mí y créeme cuando te digo que Vittoria, no me dejaría por nada en el mundo —esbozó desbordando confianza.

—Yo que tú no me dormiría en los laureles, uno nunca sabe lo que pueda suceder con el paso del tiempo Lisandro —indicó.

—¡Vamos! Ahora como tú te casarás también quieres que yo lo haga y abandone mi soltería… ¡Olvídalo! —señaló riendo y caminó en dirección al baño de visitas.

—Ojalá y no tengas que aprender como lo hice yo Lisandro. Eso es algo que no le deseo ni a mi peor enemigo —esbozó para él.

En ese momento escuchó el sonido del timbre y le sorprendió, pues no esperaba visitas, su madre había hablado con él por teléfono y Lucca también, Lisandro que siempre lo visitaba estaba allí, así que no tenía ni idea de quién pudiera ser, lo único que rogaba es que no se tratara de Romina de nuevo porque ya no tendría paciencia con ella.

—Buenas tardes —habló mirando a la mujer de espaldas a él con un largo y abundante cabello rojizo que le caía en capas sobre la espalda.

—Buenas tardes, señor Bonanzierri. —Giró para saludarlo, se quitó las gafas y le dio un guiño disfrutando de haberlo sorprendido.

—¿Samantha? ¿Qué haces con esa peluca y aquí? Habíamos quedado en que me llamarías para ir a recogerte, ven pasa —mencionó invitándola, no salía de su asombro mientras sonreía.

—Decidí venir por mi cuenta y evitar ser presa fácil de los paparazis —dijo pasando mientras rodaba la pequeña maleta *Louis Vuitton*, la dejó junto al sofá y también el bolso a juego donde llevaba su portátil— ¿Te gusta? —preguntó llevándose las manos a la larga peluca pelirroja al ver que él no despegaba la mirada de ésta.

—Te ves distinta… pero hermosa como siempre —contestó con una gran sonrisa y cerró la puerta, hasta eso había olvidado.

—Me alegra que te gusté porque compré varias, todas distintas… —indicó mirándolo y dejó ver un fingido gesto de cansancio—. Pero apenas puedo soportar este abrigo, hace un calor agobiante en la calle —dijo abriendo los botones de la elegante gabardina *Burberry* negra que les llegaba a las rodillas, y soltó el cinturón tomándose su tiempo.

—Ya sé que eres friolenta, pero ¿no crees que exageraste un poco usando eso en pleno verano? —indicó con una sonrisa.

—Lo sé, pero fue lo único que encontré a mano que podía combinar con esto —respondió abriendo la chaqueta por completo para mostrarle el sexy conjunto de lencería que compró horas antes.

—¡Samantha! —exclamó con una sonrisa que casi dividía su rostro en dos, al ver lo sensual y hermosa que lucía cubierta apenas por las delicadas prendas de satén gris con elaborados encajes de color negro.

—¡Cuñada! —expresó Lisandro que entraba al salón quedando cautivado por la imagen de la americana.

—¡Oh por Dios! —exclamó ella cerrando con rapidez la gabardina.

—¡Date la vuelta, Lisandro! —le gritó Alessandro que se había olvidado por completo que él estaba allí.

—Tranquilos, no he visto nada —esbozó girándose, pero la sonrisa en sus labios decía todo lo contrario, aunque por respeto a su hermano intentó borrar la maravillosa imagen de la escritora de su cabeza.

—¿Por qué no me dijiste que él estaba aquí? —demandó Samantha en un susurro, sintiendo el rostro en llamas.

—Porque no esperaba que tú hicieras algo así —se defendió mientras sentía que los celos y la diversión luchaban dentro de él.

Samantha hundió su rostro en el pecho de Alessandro sintiendo que se moría de la vergüenza, él la abrazó para reconfortarla y eso alivió en parte la pena que sentía al haberse mostrado así. No quería separarse de él ni ver a Lisandro a la cara nunca más, mucho menos quería imaginar todo lo que estaría pensando su cuñado, comenzó a cerrar los botones del abrigo ayudada por Alessandro, quien sonreía.

—Bueno, creo que es mejor que me vaya —mencionó Lisandro intentado que su voz sonara casual sin volverse a mirarlos.

—Siento mucho todo esto —comentó Samantha excusándose.

—No te preocupes amor, que de seguro él no lo siente —indicó Alessandro mirándolo con seriedad, pero no podía molestarse con su hermano, solo había sido un testigo casual.

—¡Me ofendes! Samantha es tu mujer y eso lo respeto —dijo mostrándose indignado, pero después dejó ver una sonrisa perversa mientras se encogía de hombros—. Aunque eso no quita que tenga una figura despampanante —agregó con picardía.

—¡Sal de aquí! —le gritó Alessandro tirándole uno de los cojines.

—Ya… me voy… me voy —decía riendo al ver el sonrojo de ella y le regresó el cojín a Alessandro—. Me retiro para que ustedes hagan lo que tengan que hacer. Por cierto, un maravilloso gusto para la lencería, cuñada —indicó con una gran sonrisa.

Salió con rapidez mientras reía antes de que su hermano fuera a lanzarle el sofá completo sintió que otro cojín se estrellaba contra la puerta en cuanto la cerró y eso lo hizo soltar una carcajada, después se fue por el pasillo silbando *Felling good*, manteniendo la sonrisa en sus labios y la alegría que le provocaba ver a Alessandro por primera vez en su vida enamorado hasta la médula, como ese adolescente que nunca fue.

Capítulo 44

Después que Lisandro se marchó, tuvieron la libertad para hacer lo que quisieron y lo primero que pidió Alessandro fue que ella modelara para él ese sexy conjunto que llevaba, el cuerpo de Samantha envuelto en fina lencería le aceleraba el corazón igual que años atrás, despertando un deseo incontrolable en su cuerpo que solo pudo saciar haciéndola suya. Samantha le mostró todas las pelucas que había comprado y también las modeló para él, tenía una negra azabache, otra rubia oscura entre otras; con cada una le mostraba una personalidad diferente, lo que le arrancó más de una carcajada a Alessandro que aplaudía sus dotes actorales.

También hablaron sobre lo ocurrido entre Marcello y Diana. Alessandro le reveló varios acontecimientos que habían marcado la vida del fotógrafo, los mismos la impactaron, pero aun así le parecía que su manera de proceder no había sido la más correcta, pues su hermana no estaba al tanto de nada y lo quisiera o no la había herido. Al menos esperaba que Marcello le contara todo a Diana, si deseaba tener una relación seria debía hacerlo, ella tenía que enterarse por él y no por terceros, además no podía traicionar la confianza que había depositado Alessandro en ella al contarle la historia de su amigo.

Ese domingo amaneció especialmente hermoso y brillante para ambos, despertaron cerca de las nueve de la mañana, pero se quedaron por varios minutos más dedicándose miradas y sonrisas. Bajaron para preparar el desayuno, algo ligero ya que los padres de Alessandro los habían invitado para almorzar ese día en su casa.

—Déjame encargarme Samantha. —Le pidió cuando vio que ella sacaba de la nevera la panceta y los huevos.

—Quiero hacerlo Alessandro, desde que dejé la villa no volví a una cocina para preparar nada… bueno, a excepción del té con la receta de tu mamá —mencionó tomando con cuidado el afilado cuchillo.

—¿Por qué? —preguntó desconcertado mientras la miraba.

—No podía estar en ese lugar porque me recordaba mucho a ti y siempre terminaba sintiéndome abrumada por tu ausencia —respondió sin mirarlo a los ojos, porque los recuerdos la entristecieron.

—Yo me torturaba escuchando a Aerosmith —murmuró abrazándola por la espalda, queriendo que la diversión en sus palabras alejara la pena en ella, la vio sonreír y continuó—. Pero nunca llegué al extremo de escuchar a Pink, no soy tan masoquista —agregó besándole el hombro.

—Eres tan idiota a veces —dijo mientras sonreía consciente que había hecho ese comentario para animarla, giró el rostro para besarlo en los labios—. La verdad no sé porque estoy tan enamorada de ti —esbozó mirándolo a los ojos y podía jurar que los suyos brillaban.

—Porque soy irresistible —dijo con una sonrisa arrogante.

—¡Oh, por favor! Alguien que detenga tu ego antes de que se pierda en el espacio —comentó rodando los ojos y él le dio un beso en el cuello.

—No es mentira… hasta tengo una canción, ya verás —caminó para tomar el control de la consola y encender el iPod ubicado en esta. Había encontrado el momento perfecto para dedicarle esa canción.

Samantha esperaba llena de curiosidad por eso que él se disponía a hacer y lo seguía con la mirada, de repente el lugar se llenó de las primeras notas de *Più bella cosa* de Eros Ramazzotti y ella comenzó a reír mientras negaba con la cabeza.

Alessandro se acercó cantándole, tratando de simular el particular tono de voz de Eros y cuando llegó hasta ella la envolvió con sus brazos, siendo recompensado de inmediato por una lluvia de besos que caían en su rostro como gotas de lluvia, él hizo lo mismo cuando la canción le permitió y después posó su frente en la de Samantha mientras la mirada a los ojos para dedicarle la estrofa final.

—***Per dirtelo ancora per dirti che, più bella cosa non c'è più bella cosa di te unica come sei immensa quando vuoi*** —esbozó emocionado y perdido en los ojos ámbar.

—***Grazie di esistere...*** —Cantó Samantha, terminando la canción junto a él mientras sentía su corazón latir fuertemente.

Se unieron en un beso lento y profundo que iba cargado de amor, roces de lenguas que los hacían gemir al tiempo que sus manos se deslizaban por sus cuerpos y solo el olor del sartén quemándose hizo que se separaran con rapidez. Alessandro lo retiró de la cocina más dueño de la situación, pues Samantha había entrado en pánico y lo primero que hizo fue correr hasta el extintor cerca, afortunadamente se detuvo antes de quitarlo, comenzó a reír nerviosa al ver lo que estuvo a punto de hacer, él la acompañó y después de eso se concentraron en su tarea.

Terminaron de desayunar minutos después, pero mientras lo hacían se enfrascaron en un duelo de esos que siempre tenían, algo relacionado con un episodio del libro que según él no había sido como ella lo describió, al final ninguno de los dos se daba por vencido y mientras lavaban los platos Alessandro se vengó de Samantha dándole un azote con el paño de cocina haciéndola brincar y cuando ella reaccionó le llenó la cara de la espuma que tenía en la mano.

—¡Samantha! —la reprendió quitándose la espuma de la mejilla mientras ella reía divertida —. Con que esas tenemos, ya verás —la amenazó buscando el lavaplatos para hacerle lo mismo.

—¡No, tú empezaste! —acotó alarmada, salió corriendo para subir a la habitación y ponerse a salvo.

Él dejó la botella y se enjuagó la mano con rapidez para evitar que se escapara, corrió y la atrapó justo en los primeros peldaños de la escalera tomándola desde atrás por la cintura para levantarla en vilo.

—¿A dónde crees que vas? —inquirió tumbándola en el sofá.

—Esto no es justo… te vales de tu fuerza. —Se quejó intentando parecer seria, pero no podía evitar reír teniéndolo encima.

—Y tú de tu astucia, así que estamos a mano —indicó moviéndose con rapidez para quedar tendido sobre ella.

Se veía tan hermosa esa mañana con el cabello al natural, sin maquillaje dejando a la vista sus lindas pecas y lo mejor de todo su sensual cuerpo cubierto nada más por el diminuto conjunto de camiseta y short de seda gris plata que llevaba puesto, sentir como la tela se deslizaba entre ambos avivaba el deseo en él. La mirada brillante y la sonrisa de Samantha lo hacían sentir cada vez más enamorado, nunca había sido un tipo muy romántico, de esos que dedican canciones o regalan flores y chocolates, lo físico siempre había tenido más peso en sus relaciones anteriores, pero ella hacía que todo fuera distinto, hermoso y perfecto, lo hacía sentir en el paraíso.

—¿Qué sucede? —preguntó desconcertada al ver que él se había quedado mirándola en silencio y sus ojos lucían mucho más azules por la intensidad que le entregaba.

—Solo te miraba… y me preguntaba ¿cómo pude pasar tanto tiempo lejos de ti? Sin tenerte así, sin verte despertar en las mañanas y escuchar tu risa… ¿Cómo pude vivir sin ti por tanto

tiempo, Samantha? —cuestionó mirándola a los ojos y sus latidos se habían desbocado.

Samantha no pudo responderle, la emoción la rebasó hasta el punto de que hizo desaparecer su voz, pero su mirada cristalizada por las lágrimas producto de la felicidad que la embargaba, le gritaba que lo amaba con cada espacio de su ser y buscó los labios de Alessandro para expresarle a través de un beso todo lo que él la hacía sentir, lo acariciaba despacio con la punta de su lengua mientras sus manos abarcaban la fuerte espalda y lo pegó a su cuerpo sintiendo el maravilloso peso de él.

Alessandro se dejó llevar por ese beso que ella le brindaba, siendo más hermoso que cualquier respuesta que pudiera darle, pues cuando el amor era así de intenso como ese que ellos compartían las palabras a veces sobraban. Entró en el juego que le proponía Samantha y en segundos se encontró besándola con pasión al tiempo que todo su cuerpo acariciaba el de ella cuando se movía para sentir la suavidad y calidez que le regalaba la figura de su mujer; justo en ese momento comenzó a sonar una canción que podía acompañar a la perfección ese momento, pues así había pasado él los últimos años de su vida: Fuera del cielo, de ese cielo que era la mujer entre sus brazos.

—***I'm born again every time you spend the night; because your sex takes me to paradise… yeah your sex takes me to paradise and it shows, yeah, yeah, yeah.*** —Cantaba mientras la besaba y la acariciaba.

Ella sentía que en verdad estaba en el cielo, reía emocionada cuando él ahogaba la voz en su cuello, ronroneando y haciéndola estremecer, lo encerró entre sus piernas para sentirlo más cerca siendo consciente de inmediato de la prueba de su deseo.

—***Because you make me feel like, I've been locked out of heaven for too long, for too long.*** —Continuó con la canción mientras gemía al sentir ese exquisito movimiento que hacía Samantha con las caderas, su respiración agitada y el calor que ganaba su cuerpo.

Comenzó a besarle el cuello y sus manos viajaron hasta ese precioso par de senos acariciándolos por debajo de la camisola, sintiéndolos tibios, suaves y despiertos para él, la sintió temblar cuando sus dedos rozaron los pezones, así que repitió la acción de nuevo.

Samantha tenía los ojos cerrados mientras se dejaba consentir por las caricias de Alessandro, acariciándole ella también la espalda que para su suerte estaba libre de obstáculos pues él no llevaba una prenda que lo cubriera, solo el short que le llegaba a los poderosos muslos. La canción seguía sonando y justo antes que llegara una de las últimas estrofas ella sintió que era su turno de expresarle lo que deseaba, buscó los hermosos ojos azules de Alessandro y le cubrió las mejillas con sus manos para captar su atención.

—***¿Can I just stay here? ¿Spend the rest of my days here?*** —expresó con la voz ronca por las emociones que la embargaban.

Ambos sabían lo que esa petición representaba para los dos, casi cuatro años atrás ella había sentido, que necesitaba más tiempo para lanzarse a la aventura de vivir junto a Alessandro de manera permanente, pero justo en ese momento era lo que más deseaba y estaba segura de que sería feliz junto a él, así que ya no le quedaban dudas y por ello se lo estaba pidiendo, quería quedarse el resto de su vida junto a Alessandro.

—Quédate para siempre Samantha —susurró mirándola a los ojos, sintiendo que estaba a punto de llorar, rozó sus labios con los de ella mientras sonreía—. Quédate junto a mí toda la vida preciosa —agregó y pensó en pedirle en ese instante que se casara con él.

Pero no había ni siquiera comprando un anillo y aunque quizás la joya no tuviera mucha importancia pues sabía que ella no era una mujer materialista, le gustaba seguir tradiciones y se lo pediría como Dios manda, además necesitaba la ayuda de su padre para concretar la idea que

tenía días dándole vueltas en la cabeza.

—Ven —dijo levantándose con rapidez y la tomó de las manos para ayudarla a ella a ponerse de pie.

—¿A dónde? —preguntó un poco desconcertada por el cambio.

—A la habitación, voy a hacerle el amor señorita Steinberg y me tomaré todo el tiempo del mundo —contestó con una gran sonrisa.

—Creo que has olvidado que debemos ir a casa de tus padres —mencionó viendo el moderno reloj de pie cromado—. Van a ser las once Alessandro y debemos estar con ellos a la una —señaló.

—Pues nos tocará bañarnos juntos —mencionó tomándola por la cintura para subirla sobre su hombro como si fuera un saco.

—¡Alessandro! —exclamó al quedar de cabeza.

Se vengó de él dándole una nalgada, pero de inmediato se sobresaltó al recibir una palmada en la unión de sus nalgas en respuesta a su ataque, ésta no fue dolorosa y en lugar de liberar un grito terminó gimiendo al sentir cómo se extendía por todo su cuerpo, viajando a través de sus venas como una descarga eléctrica que activó todas sus terminaciones nerviosas, sus músculos se tensaron y se dejó caer pegando su boca a la cálida piel de la espalda de Alessandro.

Él la subió con agilidad por las escaleras y apenas perdieron tiempo, en cuanto llegaron a la habitación, prácticamente se arrancaron las prendas y una vez desnudos entraron al baño donde hicieron el amor con desbordante pasión, olvidándose incluso que el tiempo corría.

Paula miraba con fastidio cómo su madre daba órdenes a las empleadas, procurando que todo estuviera perfecto para recibir a su hermano, parecía que en lugar de su hijo estuviera a punto de llegar el presidente, suspiró y posó de nuevo la mirada en la revista de arquitectura que leía, donde había encontrado ideas muy interesantes.

—Hija ya tu hermano está por llegar, sube a cambiarte —le pidió Emilia con una sonrisa amable.

—Madre… así como estoy me siento cómoda, además se trata de Alessandro —dijo sin despegar la mirada de la revista.

—Pero no viene solo, por favor, Paula, hace un mes que no lo ves… ¿Podrías al menos mostrar un poco de entusiasmo? —inquirió mirándola con ternura, lo último que deseaba era tener una discusión.

—¡Impresionante! ¿Ya le encontró reemplazo a la tonta de Romina? —preguntó un tanto asombrada posando la mirada en su madre.

—No es un remplazo Paula… Se trata de Samantha Steinberg, ella es amiga de tu hermano desde hace mucho, solo que desean mantener el secreto por el momento para evitar que la prensa haga un circo de esto.

—Pues creo que es poco tarde para eso, ya están hablando… en fin, es asunto suyo. Pero igual me quedaré así yo no tengo que rendirle pleitesías a nadie —comentó volteando la página.

—Dios mío, cada día debo que tener más paciencia contigo… Te has vuelto tan amargada —comentó sin poder contenerse, su hija en verdad la exasperaba y la llenaba de tristeza.

—Pues si lo deseas puedo irme, tampoco es que me sienta muy entusiasmada con este almuerzo «familiar» —indicó levantándose.

—Si vas a estar con esa actitud, tal vez sea lo mejor —esbozó Flavio que había presenciado toda la conversación.

Adoraba a su hija, pero no la reconocía, cuando todo comenzó lo adjudicó a la edad, estaba en la adolescencia, era una etapa difícil, así que esperó a que las cosas mejoraran con los años,

pero no fue así.

—Perfecto —pronunció caminando con paso firme para salir del salón y subió las escaleras con rapidez.

—Flavio… —intentó decir Emilia para intervenir por su hija.

—No mujer, si no detenemos esto ahora y le hacemos entender a Paula que ya es adulta y que estos desaires de niña malcriada no le quedan, jamás aprenderá. —Se acercó hasta su esposa y le acarició los hombros para reconfortarla buscando su mirada—. Entiendo tu tristeza y tu preocupación, pero nada ganamos aguantando pacientemente a que ella decida crecer —decía cuando ella intervino.

—Es que mi niña no era así, sé que algo debió marcar ese cambio tan radical en ella, pero le he preguntado decenas de veces y no me dice nada… no confía en mí —esbozó con un nudo en la garganta.

—No intentes ser su psicóloga, no le hables como a tus pacientes. Tienes que hacerlo como su madre Emilia y mostrarle carácter, ser amable no te ha servido de mucho, así que es momento de cambiar de táctica… Eres una mujer maravillosa e inteligente, estoy seguro de que encontrarás la manera y todo mejorará —pronunció mirándola a los ojos y después la abrazó para reconfortarla, pues odiaba verla triste.

∞∞∞

Alessandro llegó hasta la casa de sus padres quince minutos después de la hora pautada, y ya el auto de Lisandro se encontraba en el garaje, por lo que supo que solo faltaban ellos, bajó y caminó con rapidez hasta la puerta de Samantha para abrirle mientras le dedicaba una sonrisa para hacerla sentir confiada, sabía que se encontraba nerviosa. Caminaron tomados de la mano hacia la entrada, él estaba por tocar el timbre cuando vio que Paula abría y solo les dedicaba una mirada antes de salir.

—¿No te quedas? —Alcanzó a preguntar cuando la vio caminar hacia el estacionamiento, sin siquiera saludarlos.

—Tengo cosas que hacer y contigo es más que suficiente, nadie notará mi ausencia —contestó encendiendo la moto que Alessandro le había regalado por su cumpleaños.

—Paula espera —mencionó para detenerla.

Soltó a Samantha para ir a hablar con su hermana, la sorpresa no hizo que pasara por alto el desplante que le había hecho también a Samantha, así que no lo dejaría así, ella podía tratarlo como se le diera la gana a él, pero no a su mujer, antes que pudiera llegar para reclamarle, ya Paula se ponía en marcha ignorándolo completamente, suspiró sintiéndose frustrado una vez más ante su comportamiento.

—Lo siento —mencionó acercándose a Samantha.

—Tranquilo no hay problema… ¿Qué le ocurre contigo? —preguntó buscando sus ojos y dándole un suave apretón.

—Es una larga historia y ni siquiera sé bien de qué va. Cambió por completo después que me fui a la villa, cuando regresé ya no era más la hermana que yo dejé… pero no hablemos de eso ahora, prometo contártelo después. Mejor vamos que nuestros padres esperan.

Entraron y fueron recibidos por Emilia y Flavio, ellos se disculparon por el retraso, pero los esposos le restaron importancia, ya estaban al tanto que habían decidido vivir juntos durante los recesos, gracias a Lisandro que no pudo controlar su lengua. Pasaron al salón evitando hacer

referencia del desagradable encuentro con Paula para no incomodar a sus padres, y el tema principal lo propuso Vittoria al preguntar por el rodaje de la película.

Después de dos horas las mujeres se encontraban en el jardín recorriendo el rosal que era una de las principales pasiones de su madre, mientras Lisandro y su padre lo habían invitado al estudio para una charla de hombres, que en realidad se limitaba a los juegos de la liga de futbol. Él observaba a Samantha a través del ventanal y su corazón latía emocionado al ver juntas a las dos mujeres que más amaba en la tierra; sintió nostalgia ante la ausencia de Paula, también deseaba verla allí y una vez más se propuso recuperar también a su hermana como había hecho con Samantha, solo así su vida sería perfecta.

—Padre… necesito que me ayude en algo —mencionó volviéndose para mirar a su progenitor cuando recordó lo que deseaba hacer.

—¿Qué será? —preguntó interesado pues Alessandro solo le hablaba así cuando necesitaba al abogado y no al padre.

—Deseo casarme con Samantha y… —decía, pero su hermano lo interrumpió riéndose una vez más de él.

—¿Piensas pedirle a nuestro padre que te escriba el discurso para pedírselo? —inquirió con sorna pues aún no se hacía a la idea.

—Lisandro esto es un tema serio, deja a tu hermano hablar. —Lo reprendió Flavio con tono calmado pero autoritario.

—No idiota… puedo hacerlo solo, no soy él que le tiene fobia al compromiso —espetó Alessandro digiriéndose a su hermano.

—Bueno, ya chicos que no tienen doce y quince años… A ver Alessandro, este es un paso muy importante, ¿estás seguro de lo que deseas hacer? —Lanzó la pregunta de rutina y la más vital.

—Por supuesto padre, lo he pensado mucho y no tengo dudas, estoy enamorado de Samantha y deseo compartir mi vida con ella… pero antes necesito que me asesore en algo —indicó mirándolo.

—A los niños no los trae la cigüeña —esbozó Lisandro riendo, pero dejó de hacerlo ante la mirada que su padre le dedicó.

—Habla Alessandro, soy todo oídos y tu hermano no interrumpirá de nuevo —aseguró mirando al menor con atención, no lo hizo con Lisandro porque la advertencia en sus palabras bastaba.

Alessandro tomó asiento mientras sentía que los nervios lo embargaban, quizás se estaba apresurando demasiado, pero él era así. Las caras de sorpresa de sus familiares era algo que se esperaba, pero cuando le fue dando mayor fundamento a su idea y explicando sus motivos, ellos comenzaron a comprender, al final su padre le prometió que lo ayudaría en todo y eso lo hizo sentir feliz, pues su sueño sería una realidad.

Alessandro y Samantha se despidieron cerca de las cuatro de la tarde, ya los demás lo habían hecho y ellos deseaban tomar el resto del día para pasear por la ciudad, aprovechar sus últimas horas en Roma antes de volver a la villa, debían hacerlo al día siguiente en horas del mediodía.

—Tus padres son maravillosos Alessandro, muchas gracias por traerme a verlos de nuevo —comentó Samantha con una sonrisa.

—Me alegra mucho que te agraden, debes saber que el sentimiento es mutuo, nunca había visto a mi madre invitando a su rosal a otra chica que no fuese Vittoria —indicó sonriendo y tomó la mano de ella para darle un beso lento, sintiéndose en verdad emocionado.

—Es tan maravillosa como la imaginaba, me divertí mucho con sus reacciones cuando leía

las dedicatorias y con tu padre cuando le demostré lo mucho que había aprendido de catar vinos a tu lado… He perdido un poco de práctica, pero aún puedo hacerlo —dijo sonriendo y de pronto liberó un suspiro que más dio la impresión de un lamento.

—¿Qué sucede? —preguntó él al notar el cambio en ella.

—Es que son tan distintos de mis padres Alessandro… El coronel apenas sí te prestó atención cuando fuiste a la casa y mi madre te trató por puro protocolo, en realidad creo que no te hizo un desaire para no levantar sospechas en Dylan —respondió sintiéndose apenada.

—Son situaciones diferentes Samantha, mis padres saben quién eres y lo que siento por ti, no llegaste aquí siendo invitada como una completa extraña —señaló para intentar justificar la actitud de los padres de ella.

—Lo sé… Sin embargo, me hubiera gustado que las cosas fueran distintas, pero ni siquiera puedo prometerte que la próxima vez lo será, porque mis padres no son para nada como los tuyos —acotó un poco triste, ni siquiera sabía si su madre algún día aceptaría a Alessandro.

—No te preocupes por ello Samantha, tus padres son tal cual me los imaginé, además no me fue del todo mal… Nick me cayó muy bien y Walter… éste último para ser médico es más intimidante que el marine —dijo mostrando media sonrisa.

—Te entiendo, me sucede lo mismo con Walter, es como si tuviera un poder para leer la mente —señaló sonriendo de nuevo.

—En relación con los hermanos estamos en desventaja, porque Diana me adora —indicó orgulloso y después se quedó en silencio.

—Y a mí Paula me detesta —terminó ella la frase que él no tuvo el valor de hacer, lo vio fruncir el ceño.

—No te detesta Samantha, no tiene motivos… ella simplemente ha cambiado mucho con todos, incluso con mis padres se muestra de esa manera, es como si odiara a todo el mundo —mencionó sintiéndose frustrado y molesto por no saber a ciencia cierta lo que le ocurría—. Todos hemos intentado conversar con ella, mi madre ha hecho cuanto esfuerzo por acercarse y hablarle, pero Paula sencillamente está cerrada a todo, siempre que busco un acercamiento me trata de la peor manera y la verdad a veces sintiendo que ya no tiene caso hacer nada —confesó.

—Quizás tenga problemas con su novio —comentó buscando una explicación lógica, las chicas a esa edad se complicaban por cosas así.

—No tiene… en realidad nunca le hemos conocido uno.

—Alessandro y si ella es… —decía cuando él la detuvo.

—No, tampoco es lesbiana. Eso también se lo hemos preguntado Samantha, sabe que nuestra familia es muy comprensiva y si ese fuera el problema ya estaría resuelto —dijo sintiendo la misma desesperación que le provocaba hablar de lo que le ocurría a Paula.

—Tal vez tenga miedo y no desee compartirlo con ustedes… pero debe tener amigas, quizás deberían hablar con alguna de ellas —señaló en un tono de voz que no fuera a exasperarlo, ya lo notaba tenso.

—Todas sus amigas tienen novios y ya mi madre habló con ellas. Incluso aquel primo gay que tenemos lo hizo y nos aseguró que Paula no era homosexual, que no existía nada en su comportamiento que lo indicara... Aunque su rechazo hacia los hombres sí era muy evidente.

—Es extraño… —esbozó y se quedó en silencio analizando los pocos datos que había conseguido en ese momento y todo lo que Alessandro le contó de su hermana durante su estadía en la villa.

Paula era una chica hermosa, porque la idea de haber recibido algún tipo de rechazo por parte de los muchachos durante su adolescencia no parecía encajar mucho, si descartaba la teoría de su

homosexualidad, no le quedaba mucho. Sin embargo, ella había heredado de sus padres dones para descubrir los secretos de las personas y haría lo que fuera posible por averiguar lo que le había sucedido a Paula para que cambiara de esa manera, lo haría para darle paz a Alessandro.

Estaban cerca del departamento cuando a él se le ocurrió una idea, no quería que la tarde terminara cargada de tensión por el tema de su hermana, vio como Samantha se sumía en un largo silencio y supo que la molestia que él reflejaba había sido la razón, así que pensó en hacer algo más que encerrarse en su casa por el resto del día.

—¿Te gustaría salir a pasear, Samantha? —preguntó mirándola con una sonrisa amable y le tomó la mano.

—Claro me encantaría, pero… ¿A dónde iríamos? —contestó con otra interrogante mientras lo veía a los ojos.

—Aquí mismo dentro de la ciudad, dejaremos el auto en el edificio y caminaremos, te llevaré a cenar a un lugar excelente, lo visito cada vez que puedo porque siempre está libre de paparazis —respondió doblando en una esquina para entrar al estacionamiento.

—Perfecto, solo subiré cinco minutos para colocarme algo que me ayude a pasar desapercibida —dijo cuando él detuvo el auto.

—Espera, Samantha —dijo antes de que bajara—. ¿Qué te parece si dejamos que nos vean juntos de nuevo? —preguntó mirándola.

Él era consciente que había acordado esperar, pero se moría porque todos se enteraran que tenían una relación y no tener que fingir, además si iban a casarse era lo mejor.

—Me parece bien —respondió ella después de meditarlo casi un minuto, consciente de que era mejor ir abonando el terreno en caso de que alguien los descubriera, o a Romina se le ocurriese cumplir con su amenaza—. Está bien, Alessandro, hagámoslo —confirmó sonriendo.

—¿Aquí dentro del auto? —preguntó fingiéndose alarmado y dándole una doble intención al comentario de Samantha.

Ella le pegó en el hombro, pero no pudo resistirse a lo hermoso que lucía cuando jugaba de esa manera y terminó besándolo, se separaron en cuanto sintieron que otro auto entraba al lugar, él bajó primero y después abrió la puerta para ella.

Samantha bajó del auto llevando su bolso, se había retocado el labial antes para no dar la impresión de que acababa de besarse con él, no sabía con quiénes se podían encontrar al salir a la calle. Sintió que Alessandro posaba la mano sobre su espalda para guiarla, un gesto que no debía suscitar muchos comentarios, pero después de unos minutos cuando ya se habían olvidado de los paparazis y de los curiosos que se volvían a mirarlos de vez en cuando, comenzaron a caminar tomados de la mano.

Capítulo 45

Alessandro se sentía feliz de poder pasear de esa manera con Samantha, lo había deseado por tanto tiempo mientras caminaba solo por esas mismas calles, que en ese instante apenas se lo podía creer y la sonrisa en sus labios era la muestra fehaciente de la felicidad que lo embargaba. Le acariciaba los dedos mitigando de esa manera los deseos que tenía de besarla, debía recordarse ir despacio para no arruinar el momento.

Se integraron al grupo de turistas que veían emocionados la hermosa Fuente de Trevi, Alessandro aprovechó que nadie parecía fijarse en ellos ante el espectáculo que representaba la emblemática estructura y el Palacio de Poli detrás de ésta, para acercarse a Samantha abrazándola desde atrás y sacó una foto de ambos con su teléfono intentando que saliera la figura de Neptuno que era lo más llamativo del monumento.

Después le tomó otra a ella que parecía estar hechizada por el suave murmullo que hacía el agua al caer, la tomó de la mano para entregarle una moneda y ella en un principio lo miró sorprendida, pero después le dedicó una sonrisa agradeciéndole el gesto, meditó unos segundos su deseo y la lanzó siguiéndola con la mirada.

—Espero que ese deseo haya estado relacionado conmigo —susurró él en su oído mientras le acariciaba la cintura.

—Todos mis deseos están relacionados contigo —respondió ella dedicándole una hermosa sonrisa y sin desear cohibirse le brindó un rápido roce de labios que la hizo sonrojar como una quinceañera.

La sonrisa de Alessandro fue mucho más efusiva y respondió a eso dándole un beso en el hombro, a ninguno de los dos parecía importarle lo que las personas a su alrededor dijeran o pensaran, no tenían nada de lo cual avergonzarse y cada vez su sentimiento se hacía más fuerte, llenándolos de seguridad para enfrentar lo que fuera que se pusiera ante ellos, todo por defender lo que vivían en ese instante.

Su paseo por las calles de Roma continuó, sintiéndose felices porque al parecer a los periodistas de espectáculos, les habían dado el día libre o quizás no esperaban que ellos se fueran a mostrar en público tan pronto. Transitaban por una zona donde había varios cafés al aire libre, justo donde había estado junto a Diana, eso la hizo recordar a su hermana, buscó su móvil para llamarla y saber cómo se encontraba.

—¿Samantha? ¿Eres Samantha Steinberg?

Escuchó la voz de un hombre que tras ella esbozaba su nombre y se volvió pensando que se trataba seguramente de algún conocido, tal vez uno de sus lectores que la había reconocido y deseaba una fotografía juntos. Se volvió con una sonrisa que fue reemplazada de inmediato por un gesto de sorpresa cuando descubrió quién era el dueño de la voz.

—Sí, sabía que eras tú… mi memoria no me engañaría tratándose de ti —mencionó Charles mientras mostraba una gran sonrisa y se acercaba a ella, aprovechó la sorpresa de Samantha para estrecharla con fuerza entre sus brazos—. Qué hermosa luces, ¿cuéntame cómo has estado? —preguntó alejándose un poco para mirarla a los ojos.

Samantha apenas podía coordinar lo que estaba ocurriendo, la sorpresa de encontrárselo en ese lugar y además la manera en la cual él la había abordado la había desconcertado. Solo

conseguía mirarlo y sonreírle, pero su voz había desaparecido mientras miraba esos ojos marrones, que la miraban cargados de emoción y ese brillo especial que ella conocía tan bien.

Sin embargo, ella no estaba más turbada que Alessandro ante la actitud que había mostrado el canadiense, pudo ver cómo su novio se tensaba casi hasta simular la imagen de la estatua de Neptuno y podía jurar que era solo cuestión de segundos para que se le lanzara a Charles encima, así que tragó en seco para luchar por conseguir su voz.

—Hola, que… sorpresa encontrarte aquí —mencionó alejándose disimuladamente del abrazo, sin dejar de sonreír para no hacerlo sentir rechazado—. Ha pasado tanto tiempo… ¿Qué haces aquí? —preguntó guardando su teléfono en el bolso, un gesto casual que los hiciera separarse y tal como esperaba sintió la presencia de Alessandro a su lado.

—He estado muy bien, ahora mismo estoy en una convención donde se está analizando la nueva Ley de Migración que plantea la Unión Europea. Sabes siempre del lado de los desvalidos —contestó ignorando al hombre que se había apostado junto a ella y lo miraba con molestia.

—Eso es maravilloso, me alegra mucho por ti… —Se disponía a presentar a Alessandro cuando él la interrumpió.

—Sí, y lo mejor de todo es que no me he muerto de hambre como pronosticó tu madre —indicó negándose a recibir información del otro—. Por cierto ¿Cómo está tu familia? —inquirió con una sonrisa.

—Todos están bien, Diana está conmigo aquí en Italia con lo de las grabaciones de Rendición... permíteme presentarte al actor que le da vida al personaje principal —mencionó tomándole la mano a Alessandro.

Él solo esperaba que Samantha hiciera su introducción para dejarle claro a ese hombre que era suya, no sabía quién era y tampoco le interesaba, pero a menos que fuera algún familiar de ella lo quería lejos de su mujer, pues no le gustó nada las libertades que se tomó.

—Encantado, Charles Leroux… un gran amigo de Samantha.

—Mucho gusto Alessandro Bonanzierri, el novio de Samantha —dijo extiendo su mano al tiempo que mostraba una sonrisa fingida.

La noticia le cayó como un balde de agua fría al canadiense, por la actitud del hombre podía sospechar que estuviera interesado en Samantha, pero nunca llegó a pensar que llevara el título de novio. Hasta donde sabía ella tenía una relación con un prestigioso hombre de negocios, uno que él había grabado en su memoria y sabía que no era ése que tenía ante sus ojos; aquel era americano, con toda la imagen que una mujer como Susan Steinberg pediría para la pareja de su hija mayor.

Samantha vio el gesto de dolor que atravesó la mirada de Charles y quiso en ese momento golpear a Alessandro por ser tan directo, él no había hecho nada malo, solo la saludó como dos viejos amigos que llevan mucho tiempo sin verse. Le dedicó una sonrisa amable y buscó en su cabeza algún comentario casual, que los sacara de ese incómodo silencio en el cual se habían sumergido, pero él habló primero.

—Me alegra mucho conocerte Alessandro, eres un hombre muy afortunado por tener a tu lado a una mujer tan extraordinaria como Samantha… lo digo por experiencia —esbozó con una sonrisa que intentó ocultar su pena, devolviéndole la estocada al italiano.

Habían pasado años desde que ellos se separaron y podía decir que su amor por ella había sido superado, en ese momento se sentía feliz junto a una mujer hermosa y especial; pero ciertamente a ningún hombre le gustaba ver a la que fue suya, ser de alguien más. Aunque Samantha nunca lo fue en realidad y él tampoco se creía con derechos sobre nadie.

—Gracias —respondió de manera escueta, pero le mantuvo la mirada, acababa de recordar

quién era ese hombre.

—Por favor, Charles, no es para tanto… —esbozó ella un tanto apenada por el halago y el embarazoso momento.

—Sí lo es, muestra de ello es todo lo que has conseguido. Déjame felicitarte, Samantha, sabría que el destino depararía para ti grandes logros, siempre confié en tu talento —comentó mirándola a los ojos.

—Yo le digo lo mismo todo el tiempo —acotó Alessandro al ver que ambos se quedaban en silencio y se miraban como si él no estuviera presente, sonreír en ese momento sin duda era su mejor actuación.

—¿Deseas tomarte un café con nosotros? —lo invitó Samantha para recompensarlo por la actitud tan desagradable de Alessandro.

Charles no había planeado ese encuentro, había sido todo casual y había sido muy educado, definitivamente alguien debía controlar sus celos obsesivos antes que terminaran provocándole una úlcera.

Alessandro apenas pudo creer lo que Samantha hacía, pero se esforzó por mantener la sonrisa, era el colmo que ella pretendiera que él se sentara en una mesa a tomar café con su examante. ¿Acaso no había sido suficiente con tener que haberlo hecho con Dylan Howard, para que también ahora tuviera que repetir la hazaña con ese tal Leroux?

—Me encantaría, pero no quisiera incomodarlos… quizás en otra ocasión. ¿Qué te parece si te invito mañana a la ponencia que daré en El Palacio de Congresos, y después podemos ir a tomar un café? —inquirió con una gran sonrisa—. Así no aburrimos al señor Bonanzierri con nuestra conversación. Será divertido recordar nuestro tiempo en la universidad —agregó mirándola a los ojos, aunque no ignoraba la ira contenida que el actor intentaba ocultar.

«Lo único que vas a recordar será la fractura de nariz que te haré en este preciso instante, imbécil ¿Recordar viejos tiempos? ¿Me habrás visto cara de cabrón acaso pendejo? Ni muerto dejo que Samantha salga contigo a ningún lado.»

—Sería genial, Charles, pero mañana regresamos a la villa —respondió Samantha acariciándole la espalda a Alessandro para relajarlo y se volvió a mirarlo—. Además, a Alessandro no le aburre nada de eso, le encanta escucharme hablar sobre toda mi vida y también sobre mi trabajo —dijo, sonriéndole a su novio para aligerar la molestia en él.

—Es una lástima, pero seguro tendremos otra ocasión —mencionó mirándola a los ojos, mientras ocultaba tras su sonrisa la decepción.

No deseaba seducir a Samantha, porque la mujer que compartía su vida con él no merecía una traición, pero tampoco pudo contenerse y terminó provocando a ese hombre que la amarraba a él como si fuese suya, como una cosa que podía poseer, dictarle qué hacer y qué no.

—¡Por supuesto! —esbozó ella siendo amable.

—Vengan a visitarnos a Montreal alguna vez, así conocen a Sonia es mi compañera, una mujer grandiosa que apoya y cree en todas mis causas, nunca se asombraba ante mis sueños por muy locos que sean —comentó lanzándole a Samantha un claro reproche y supo que ella lo había entendido cuando la sonrisa en sus labios se esfumó—. Bueno, será mejor que me vaya y los deje a ustedes continuar con su paseo, de nuevo felicidades por tus éxitos Samantha, un excelente libro, aunque me sorprendió un poco ese giro. Recuerdo que una de las últimas cosas que me dijiste fue que el amor y tú no se llevaban bien —mencionó trayendo al presente ese dolor del pasado.

No pudo evitarlo por más que en pensamientos se decía que Samantha ya no le importa, pero ver cómo estaba junto a ese hombre, cómo lo sujetaba por la cintura y lo miraba, removió

muchas cosas dentro de él. Nunca supo lo que fue mostrarse en público con ella de esa manera, ni ver en sus ojos la misma luz que se encendía cuando miraba al actor. Si antes había tenido dudas, en ese instante acababan de despejarse. Samantha Steinberg nunca luchó por él porque sencillamente no lo amó, solo fue el amante casual que la liberó del embarazoso hecho, según ella, de ser virgen a los diecinueve años.

—Pues esta vez encontró la inspiración —puntualizó Alessandro que había sentido la tensión que embargó a su mujer y el reproche en la voz de ese idiota que buscó hacerla sentir mal.

—Sí, quizás —contestó Charles con media sonrisa.

—No, lo hizo. Esa es nuestra historia así que no se te ocurra menospreciarla —le advirtió mirándolo a los ojos.

—Alessandro… —ella intentó decir algo, pues no quería lastimarlo.

Todavía sentía sobre su espalda la culpa de haber herido a Charles en el pasado y lo último que deseaba era hacerlo de nuevo, pero evidentemente ya era tarde para ello, la tristeza que había cubierto de sombras la mirada marrón se lo gritaba.

—No lo haría en ningún momento, jamás menospreciaría el trabajo de Samantha, porque la valoro mucho como persona y como profesional —dijo manteniéndole la mirada al actor, después la posó en ella—. Además, porque te amé y solo te deseo lo mejor, Sam —mencionó dejando que su mirada le expresara lo que aún sentía por ella.

La vio quedarse en silencio justo como lo hizo aquella vez cuando se despidieron años atrás, él solo sonrió con tristeza y se dio la vuelta para alejarse de allí mientras suspiraba para liberarse de esa espantosa sensación de vacío que se apoderaba de su pecho.

Samantha se volvió para mirar a Alessandro consciente que las lágrimas estaban por desbordarse de sus ojos, esperando que él comprendiera lo que necesitaba hacer, pues fue testigo de la culpa que sentía por lo que le hizo a Charles, y no podía dejarlo ir así de nuevo.

Alessandro sentía que estaba ante la disyuntiva más difícil que le había tocado en mucho tiempo, pero la imagen de aquel hombre derrotado le recordó a él mismo cuando tuvo que dejar ir a Samantha junto a Dylan. Tragó para pasar el nudo en su garganta y asintió con un leve movimiento de su cabeza, soltándola para que pudiera despedirse y cerrar ese capítulo en su vida. ¡Dios tanto amaba a esa mujer! Que no podía negarle nada con tal de verla feliz y libre de culpas.

—¡Charles espera! —gritó Samantha corriendo hacia él y cuando lo vio girarse se acercó para abrazarlo con fuerza.

En un principio él se quedó sin saber qué hacer, completamente desconcertado por la actitud de Samantha, pero al sentir una vez más su cuerpo cálido y suave junto al suyo dejó que su corazón fuese quien dictara sus acciones, así que la envolvió con sus brazos pegándola muy fuerte a él, queriendo guardar ese abrazo para toda la vida.

—Charles, perdóname… yo nunca quise lastimarte, no quise… —decía en medio de sollozos que le cortaban la voz.

—No digas nada, Samantha… todo está bien, haberte amado ha sido lo más hermoso y emocionante que me ha sucedido, gracias por haberte fijado en mí… por haberme dejado ser parte de tu vida —pronunció sonriendo entre lágrimas y retiró con sus pulgares las de ella que bajaban por sus mejillas, le besó la frente al tiempo que cerraba los ojos y no pudo evitar hundir sus dedos en la suave cabellera—. Fuiste más de lo que pude esperar, fuiste todo —susurró y lentamente comenzó a soltarla, consciente de que esa mujer era de otro.

—Tú también fuiste muy importante para mí… —decía y vio que él negaba, pero se apresuró a hablar—. Charles lo digo en serio, es lo que siento por favor créeme. Lamento mucho todo lo

que te hice pasar por haber sido tan cobarde ¿me perdonas? —Le pidió mirándolo.

—No tengo nada que perdonarte y hablo en serio cuando digo que te deseo lo mejor. Ahora ve que no quiero causarte problemas con él… quedándose allí me ha demostrado que en verdad te merece y que te ama, en su lugar tal vez no hubiera hecho algo así —dijo entregándole una sonrisa mientras le acariciaba el cabello, esa era su debilidad en ella.

—Me hizo feliz de verte, te deseo lo mejor, Charles y que tus sueños, que nunca fueron una locura, se hagan realidad. Cuídate —esbozó para despedirse dándole un último abrazo.

Le sonrió antes de girarse y comenzar a caminar hasta Alessandro que la esperaba a varios metros, pero miraba a otro lado, en cuando la sintió cerca se volvió sin mostrarse molesto o dolido y eso fue en verdad un alivio, le extendió la mano dedicándole una tierna sonrisa. Se volvió para despedir a Charles que aún esperaba en el lugar donde lo había dejado y pudo ver cómo intercambiaba una mirada con Alessandro, después de eso elevó su mano para despedirse.

—¿Todo bien? —preguntó su novio mirándola.

—Sí —respondió sonriéndole y retomaron su camino.

Un silencio se instaló entre los dos mientras avanzaban por las calles, pero no era uno incómodo sino reflexivo, sumidos en sus pensamientos y lo que acababa de ocurrir. Alessandro incluso estuvo a punto de pasar de largo el restaurante donde cenarían, el mismo llevaba por nombre *Il Chianti*, y era más una vinería que un local de comida, pero sus dueños lo fusionaron de esa manera para atraer a más que catadores.

—Llegamos, ven —esbozó con una sonrisa y la guio hasta el modesto restaurante que no tenía nada de ostentoso, pero era una joya.

Samantha entró al lugar que se asemejaba a cualquier otro restaurante de los que podía visitar en Roma y que eran muy frecuentados por los turistas, sus techos de gruesas vigas de madera y los pisos de parqué oscuro que, por supuesto no restaban claridad al lugar, gracias a las paredes blancas y los ventanales que daban a la calle Lavatore. El nombre de este le llamó la atención, y en cuanto se vio en medio de todas esas estanterías repletas de botellas de vino comprendió porqué se llamaba así, ese debía ser el paraíso para Alessandro.

—Buenas noches, sean bienvenidos, tiempo sin verlo señor Bonanzierri, señora, acompáñenme por favor.

Los saludó en italiano un hombre de unos cincuenta años, de cabello rubio ya casi blanco por las canas, entradas pronunciadas en la frente y alegres ojos grises que los condujo hasta una de las mesas con vistas a la calle y les entregó la carta.

—Buenas noches, Salvatore, te presento a la señorita Steinberg y aunque ya no tiene caso. ¿Cuándo me llamarás Alessandro de nuevo? —preguntó él con una sonrisa mirándolo.

—Encantado, señorita, Salvatore Donatti —dijo ofreciéndole la mano mientras la miraba con amabilidad.

—Es un placer, Samantha Steinberg —respondió sorprendida.

—Sí, él es el famoso Donatti que me enseñó mucho de lo que sé en cuanto a vinos, pero desde que perdió una competencia conmigo me trata con indiferencia —respondió a la pregunta en la mirada de ella.

—Y le daré el peor vino que tengo en la bodega como siga trayendo a acotación un tema que no le interesa a nadie. —Lo reprendió intentando parecer serio, pero le era imposible estarlo con ese joven, porque de haber tenido un hijo varón y no las cuatro mujeres que eran su vida, le habría gustado que fuera como Alessandro Bonanzierri.

Samantha luchó por no reírse ante la actitud del *Sommelier*, pero Alessandro lanzó al piso todo su esfuerzo cuando le guiñó un ojo, así que con rapidez se enfocó en la carta, pidió un

prosciutto toscano con mozzarella de búfala para la entrada y como Alessandro ya había estado allí, dejó que él pidiera el resto pues debía saber cuáles eran los mejores.

Después de media hora el hombre había olvidado su rivalidad y hablaba con su novio como los dos grandes amigos que eran, incluso se tomó unos minutos para escuchar más sobre el personaje de Samantha que era experto en vinos y llevaba su nombre, solo le tomó ese tiempo para descubrir que el mismo estaba relacionado directamente con ambos y bromeó diciéndole que por eso últimamente había tenido muchas visitas femeninas pidiéndole que les enseñara a catar vinos.

—Es todo un personaje… muchas gracias por traerme a conocerlo —mencionó minutos más tarde cuando esperaban por el postre.

—De nada —contestó él tomándole la mano por encima de la mesa para darle un beso—. Aunque debo confesar que cuando leí el apellido Donatti me sentí desplazado, pero supongo que gracias a lo que él me enseñó fue que pude conquistarte —agregó mirándola.

—En realidad fueron muchas cosas a la vez, aunque no niego que tu dote para catar vino despertaron mi interés —indicó mostrándole una sonrisa mezcla de timidez y sensualidad.

Alessandro sonrió sintiéndose feliz mientras la miraba a los ojos, le dio un beso más en el dorso de la mano, para después llevarse la copa llena a la mitad del *Pinot grigio* que degustaban. De pronto su mirada fue captada por la figura de una mujer que entraba al lugar y pudo jurar que perdió todos los colores del rostro al reconocerla.

—¡Mi Dios! No puedo creer que tenga tanta suerte… Alessandro Bonanzierri, es casi un milagro verte —esbozó Giovanna cuando sus ojos se toparon con él y le dio un fuerte abrazo cuando se levantó.

—Hola Giovanna, también me alegra verte —respondió saludándola con un beso en cada mejilla y de inmediato se giró para presentar a su novia—. Por favor conoce…

—Encantada, Giovanna Rigoletto. —Le extendió la mano a la mujer antes que él terminara de hablar y la detalló de inmediato.

—Mucho gusto, Samantha Steinberg —respondió recibiendo el saludo y le mantuvo la mirada a la rubia que parecía estudiarla. La esquivó de inmediato recordando el gusto de ésta por las mujeres.

—¡La escritora! Entonces los diarios tienen razón, ustedes dos andan juntos —señaló con una sonrisa sintiéndose sorprendida.

—Sí, así es. —Le confirmó Samantha sin controlar sus celos.

—No hemos querido hacerlo público del todo para no crear un circo en torno a nosotros, pero llevamos más de un mes juntos —agregó Alessandro viendo la mirada desconcertada de Giovanna.

—Por supuesto, es un fastidio tener a todos los paparazis persiguiéndote a cualquier sitio donde vas. Por cierto, Alessandro, me has caído como enviado del cielo, venía a pedirle consejos a Salvatore para llevarle una botella de vino a mi padre —indicó ignorando a Samantha y dedicándose solo a él—. Está de cumpleaños mañana y quería darle algo especial, ya sabes lo selectivo que es para los vinos.

—Pues has venido al lugar indicado, Salvatore tiene los mejores vinos de toda Roma, diría que, de toda Italia, pero sería subirle demasiado el ego a ese anciano arrogante —indicó consciente que el hombre se acercaba.

—Creo que solo la señorita tendrá tiramisú esta noche —comentó extendiéndole el platillo a Samantha con una sonrisa—. El otro será para ti Giovanna y que el actor arrogante se quede sin postre —indicó mirándolo y disfrutando de su sorpresa, pues ciertamente lo había dejado sin la

especialidad de la casa aparte de los vinos.

—Gracias, Salvatore… eres maravilloso —dijo la rubia sonriendo mientras recibía el exquisito dulce y después miró a su amigo—. Bueno en vista de que tú no tendrás postre, ¿puedes ir hasta la cava y escoger un buen vino para mi padre? —preguntó mirándolo a los ojos.

—¿Está de cumpleaños el viejo Rigoletto? Pues eso sí merece el mejor de la bodega, ven novato para que veas cómo se escoge un buen vino —indicó haciéndole un ademán a Alessandro para que lo siguiera.

—Ve, no hay problema, yo te espero aquí —mencionó Samantha cuando él se volvió a mirarla—. Y además te guardaré tiramisú —indicó con una hermosa sonrisa para relajarlo.

No armaría un escándalo al estilo Romina Ciccone por ese simple encuentro con una de sus tantas ex amantes, ella confiaba en él y en lo que sentía, así que no había nada que temer, eso le decía su parte racional, pero la emocional se revolcó de rabia cuando esa mujer le puso una mano en el pecho y se acercó para susurrarle algo.

—Ve tranquilo, Alessandro, no te la robaré… antes te pediría que la compartiéramos. Después de todo sería tu turno de traer a una jugadora —susurró en el oído del actor, usando un tono sugerente para despertar el deseo a través de los viejos recuerdos.

—Ya no juego, Giovanna y menos con Samantha —dijo y su mirada le advertía que se mantuviera lejos de su mujer. Miró a Samantha para confirmar que ella estaría bien y después se marchó.

—Entonces… —dijo Giovanna volviéndose para mirar a la escritora y le dedicó una sonrisa mientras tomaba asiento—. Tú debes ser la misteriosa mujer que logró enamorar a Alessandro.

—Yo no sé de lo que hablas, creo que estás equivocada —se excusó, sintiéndose desconcertada por esa pregunta tan directa.

—Yo diría más bien que estoy en lo cierto… además, apostaría toda mi fortuna a que esa historia que escribiste es la de ustedes dos… quizás no lo sepas, pero yo estoy al tanto del verdadero motivo por el que él desapareció por casi cinco meses —indicó mirándola a los ojos para descubrir qué tanto sabía de ella, pues algo le decía que no era una completa desconocida para esa mujer.

—¿Qué sabes tú de mí? —preguntó decidida a enfrentarla también.

Odiaba creer que Alessandro pudo contarle a ella todo lo que vivieron en la villa, se suponía que no se lo había dicho a nadie a parte de su madre, pero por la seguridad con la que hablaba Giovanna era evidente que ella también estaba al tanto de todo.

—No mucho… pero lo suficiente como para sacar mis propias conclusiones —respondió con una sonrisa torcida.

—¿Te lo contó él? —ahora quien hacia las preguntas era ella.

—¿Alessandro? ¡No! —exclamó riendo y tomó un bocado del postre, disfrutando no solo de este sino también de la angustia que veía en la americana, pero al final se condolió de ella—. Él nunca me contó nada, al menos no de manera consciente, pero una noche llegó hasta mi departamento completamente ebrio, buscaba consuelo para calmar la pena de amor que vivía y como lo aprecio tanto me ofrecí a dárselo… porque siendo sinceras, Samantha ¿quién puede negarse a un hombre como él? —Mostró una sonrisa malévola y probó el postre de nuevo.

—Entonces ¿cómo te enteraste? —La interrogó yendo al grano.

—Esa noche estaba distinto… y pensé que tal vez era el tiempo que habíamos pasado lejos, pero en el preciso instante que me llamó «Samantha» me lo quité de encima. Él intentó buscarme de nuevo, pero volvió a repetir tu nombre así que terminé pegándole y dejándolo tirado en el sofá —esbozó sin mostrar la rabia que la había colmado esa vez.

Samantha se quedó en silencio sin saber qué decir, su cabeza era un torbellino de ideas y su pecho un cúmulo de emociones que apenas la dejaba coordinar. Por un lado, se sentía feliz al saber que Alessandro la recordó durante su separación y por el otro quería pegarle por ir a buscar consuelo en casa de la mujer frente a ella.

—Aquí tienes, Giovanna, traje dos para que le des una de mi parte —mencionó Alessandro llegando hasta la mesa de nuevo.

Logró escapársele al viejo Salvatore, diciéndole que deseaba evitar que Italia y América iniciaran la tercera guerra mundial en su local. El hombre comprendió de inmediato dejándolo regresar, pero antes lo reprendió por ser tan mujeriego, sin recordar que él también lo era.

—Muchas gracias, guapo —Se levantó para darle un beso en la mejilla—. ¿Puedo quedarme a terminar mi tiramisú? —preguntó.

—Sí, claro —contestó tomando una silla de otra mesa y la puso al lado de Samantha, se sentó pasando una mano por los hombros de ella—. No has probado el postre —señaló viéndolo intacto.

—Esperaba por ti para compartirlo —respondió mirándolo y sonrió para él, tomó una porción con la cucharilla, acercándosela, pero terminó tomándola ella, jugando con el deseo de Alessandro e ignorando por completo a Giovanna Rigoletto.

Él sonrió y posó la mano en su nuca para atraerla y tomar directamente de su boca el postre, negándose al placer de disfrutar de ambos, sin importarle siquiera la presencia de su examante en ese lugar. Sabía a lo que Samantha estaba jugando porque respondió al beso de inmediato en lugar de cohibirse, él la siguió gustoso porque no había mejor manera de disfrutar un postre que de la boca de su mujer.

—Yo que ustedes, no haría eso… al menos no delante de mí —les advirtió Giovanna mirándolos fijamente y su respiración se hizo pesada. Ellos se volvieron a mirarla ante sus palabras, sonrió con malicia y agregó algo más—. Se ven tan condenadamente sensuales; tan calientes que hacen que me excite —susurró y después tomó otro bocado del postre, clavando su mirada esta vez en Samantha.

—Pues lamento romper tus ilusiones, Giovanna, pero esto es un juego de dos, yo no comparto a Alessandro con nadie y además él tiene todo lo necesario para complacerme, no requiero de nadie más —mencionó con seguridad para detener las provocaciones de esa mujer.

Alessandro no pudo esbozar palabra, nunca hubiera esperado una reacción así de Samantha; por el contrario, pensó que terminaría levantándose y dejándolo botado, eso como mínimo pues de haber sido Romina le habría lanzado el tiramisú en la cara a Giovanna por esa insinuación tan descarada. Su hermosa escritora nunca dejaba de sorprenderlo, sonrió satisfecho porque eso no solo paró los avances de su examante, sino que fue golpe para su ego, podía verlo reflejado en la sonrisa fingida y la rabia contenida en la mirada de la rubia.

—Pensé que era una invitación —atacó de nuevo renuente a dejarse vencer por la americana.

—¡Por supuesto que no! —indicó Samantha riendo y decidió hundir más el puñal—. Lo que sucede es que nosotros disfrutamos de los postres de esta manera ¿no es así, amor? —Le preguntó a Alessandro.

—Es totalmente cierto, el pastel de chocolate es maravilloso servido en el cuerpo de Samantha —respondió con una gran sonrisa.

—Pide dos porciones más para llevar, Alessandro —susurró no muy bajo para que Giovanna escuchara, mientras le miraba de manera descarada los labios y después subió a sus ojos que brillaban con diversión, eso la hizo emocionarse aún más.

—Enseguida —dijo con urgencia y llamó al mesero.

—Ok, entendí el mensaje —mencionó ella levantándose.

—Yo pagaré las botellas no te preocupes —indicó Alessandro viendo que buscaba su billetera, se levantó para despedirla.

—Solo pagarás una, es el regalo de mi padre… bueno, esto y un *Rolex* que me salió en una fortuna —dijo riendo y le guiñó un ojo, vio que la escritora se ponía de pie para despedirla también—. Me encantó conocerte Samantha, hablo en serio y trata bien esta vez a Alessandro... él es un hombre maravilloso a pesar de todo —comentó sonriendo al ver la sorpresa reflejada en el hermoso rostro del único hombre que había amado, y que quizás nunca dejaría de amar.

—¿A pesar de todo? —preguntó sin entender y las miró a las dos.

—Sí, no te hagas el santo que no lo eres —contestó Giovanna.

—A mí también me agradó conocerte… —decía Samantha con sinceridad, no solo por protocolo.

—En comparación con la espantosa de Romina, seguramente, ya comenzaba a preocuparme que Alessandro estuviera perdiendo el buen gusto para las mujeres… pero contigo lo ha recuperado —indicó dejando libre un suspiro—. ¡Es una lástima! Pero bueno así es la vida, los dejo para que sigan empalagándose con ese tiramisú.

Se despidió con besos y abrazos de Alessandro, también lo hizo con Samantha, tratándola como si fueran conocidas de toda la vida, le alegró ver que la americana no era una mujer prejuiciosa y estirada como la mayoría de las ex parejas de Alessandro, concluyó que le caía bien.

—¿Nos vamos? —preguntó mirando a Samantha al quedar solos.

—Sí, por favor… y la próxima vez no saldremos de tu departamento —respondió riendo pues no podía creer que en un solo día ambos se toparan con dos de sus exparejas.

—Y cerraremos bien las puertas para que nadie entre —acotó refiriéndose también a Romina y a su hermano.

Samantha afirmó moviendo su cabeza y le sonrió antes de darle un suave beso en los labios, que él prolongó olvidándose que estaban en un lugar público y había varias personas observándolos.

—¿Quieres que pida el tiramisú o solo lo hiciste para provocarla? —inquirió elevando su ceja derecha, mirándola a los ojos con deseo.

—¡Absolutamente! Y yo no intentaba provocar a nadie —se defendió, pero al ver esa sonrisa ladeada de Alessandro tuvo que confesar—. Bueno, quizás también me guste dejarles claro a quién le pertenece, señor Bonanzierri —acotó acariciándole la espalda por debajo de la americana y vio el azul tornarse más oscuro.

Alessandro luchó por no besarla en ese instante o no habría nada que lo detuviera de arrastrarla hasta la bodega, caminaron hasta donde se encontraba Salvatore para despedirse de él, pagar la cuenta y llevarse el tiramisú junto a dos botellas de Pinot, uno rosado espumante que el hombre le aseguró era lo mejor y otro blanco del viñedo de los Codazzi.

Capítulo 46

Caminaba por una de las tantas zonas del *Magnificent Mile* cargada de bolsas, se había dedicado toda la mañana a hacer las compras para su viaje a Italia dentro de un mes, aún faltaba mucho pero nunca dejaba nada para última hora, le gustaba tener todo organizado. Su teléfono móvil comenzó a sonar y de inmediato empezó a maniobrar para tratar de sacarlo de su bolso, se detuvo un minuto pasando varias bolsas hasta una de sus manos y en el tercer intento fueron a parar en la acera, miró el caos con frustración doblándose para tomarlas.

—Siempre intentando hacer todo a la vez.

Escuchó la voz de un hombre que reconoció enseguida, sonrió y elevó la mirada manteniendo el gesto, lo vio ponerse de cuclillas junto a ella para recoger las prendas que se había comprado y acertó a tomar el sexy traje de baño blanco con detalles dorados que había adquirido.

—Gracias Nick —esbozó ampliando su sonrisa mientras recibía las bolsas de vuelta ya organizadas.

—Muy bonito —comentó él con esa sonrisa pícara que usaba para sus conquistas, aunque ya sabía que ella no sería una.

—Es para ir a Capri, planeo visitar a tus hermanas dentro de poco en Italia y prometieron llevarme a las hermosas playas del mediterráneo —contestó sin poder contener su emoción.

—Tienes suerte, yo no podré verlas hasta que acaben las grabaciones, mis permisos no durarán tanto como para hacer un viaje a Europa —decía cuando el teléfono de ella comenzó a sonar nuevamente.

—Allí está de nuevo, seguro es mi madre que recogería hoy a Tiffany en su clase de danza —mencionó y comenzó a buscarlo maniobrando ante la mirada divertida del hermano de Samantha—. ¿Puedes sostenerme las bolsas por favor? —Le pidió entregándoselas sin esperar una respuesta.

—Seguro —dijo recibiéndolas y también la ayudó con su bolso.

—Eres un amor —susurró antes de contestar—. Hola, mamá, perdona estoy de compras y voy cargada por eso no te atendí antes —habló para la persona al otro lado de la línea, se volvió dándole la espalda a Nick.

Nicholas aprovechó para deleitarse con la hermosa figura de Jaqueline, esa mujer le gustó desde la primera vez que la vio, pero claro ella jamás se fijó en el hermano pequeño de Samantha, incluso podía jurar que después de tantos años y que él fuera ya todo un hombre, ella nunca dejaría de verlo como lo había hecho durante toda su vida.

Aunque claro, eso por parte de ella porque lo que era él sí que había visto evolucionar a la bella Jaqueline, la maternidad acentuó las curvas que ya tenía en la juventud, dándole ese cuerpo que toda la vida había soñado poseer. Su mirada se paseó por la hermosa espalda salpicada de pecas y fue bajando por la delgada cintura hasta llegar a ese pequeño pero hermoso culo que tenía y que él moría por acariciar.

Vaya que le quedaba bien el vestido color mostaza que llevaba, la hacía lucir elegante y sensual al mismo tiempo, como la veía desde que la conoció. Todavía no lograba comprender cómo el imbécil del marido la dejó por aquella niña tonta que nunca se podría comparar con una

mujer como Jaqueline, si hubiera sido suya no la habría soltado nunca.

—Se quedará con Tiffany el fin de semana… desde que papá murió siempre está deseando compañía y mi hija se vuelve loca por los perros y el lago —mencionó volviéndose para mirarlo mientras le sonreía.

—Qué bien, necesita distraerse —respondió Nicholas siendo sacado de golpe de sus pensamientos y le entregó el mismo gesto.

—Perdón que te haya puesto a cargar todo esto, iba hasta mi auto para dejar las bolsas allí y regresar a almorzar algo, muero de hambre —indicó extendiéndole las manos para pedirle las bolsas.

—No te preocupes yo te ayudo —mencionó sonriéndole.

—En serio no quiero molestarte, seguro tienes cosas que hacer —comentó ella insistiendo con sus manos.

—No tengo nada en absoluto, así que camina iremos hasta tu auto. La verdad es que salí a caminar un rato, estoy de permiso y me aburría solo en casa… sin Di y Sam no me queda nadie a quién molestar, Walter está de guardia en el hospital y con el embarazo de Linda ya no le queda tiempo para nada más —comentó mientras caminaban.

—Bueno, estoy yo… no es tan divertido ir de compras sola —dijo ella sonriendo y lo miró —. Acompáñame a almorzar y después podemos ver algunas tiendas, ya he comprado muchas cosas para mí así que puedo dedicarme solamente a asesorarte —indicó con entusiasmo.

—¿Crees que necesito asesoramiento? ¿Tan mal me visto? —inquirió riendo divertido por la acotación de Jaqueline.

—¡No! Lo haces muy bien… aunque bueno, siendo militar no es que haya mucha variedad en tu guardarropa, imagino que todo el tiempo andas con tus prendas del uniforme —mencionó observándolo mejor.

En ese instante no llevaba nada militar aparte de la cadena con las dos placas, traía un jean azul marino, una camiseta blanca de algodón con cuello redondo y una chaqueta del mismo material de su pantalón.

Él deseaba en verdad pasar la tarde con ella, pocas veces había tenido ocasión de compartir con Jaqueline y aunque sabía que eso no era una cita en sí y tampoco los llevaría a lo que él deseaba, no estaba de más soñar; después de todo, un hombre tiene derecho a hacerlo.

—Está bien, te dejo asesorarme. Siempre y cuando me dejes a mí pagar el almuerzo, te llevaré a un lugar muy bueno que queda aquí mismo —indicó mirando directamente a los hermosos ojos verdes.

—Trato hecho, acabas de despertar mi curiosidad. ¿Qué lugar es? —preguntó, cuando estaba por llegar a su auto.

—Ya lo veras, pero antes dime ¿te gusta la comida latina? —inquirió.

—Sí, me encanta… creo que ya sé de qué sitio hablas y ahora con mayor gusto me ofrezco a dedicarte toda mi tarde —expresó con entusiasmo mientras abría la puerta trasera del coche y acomodaba todo.

Caminaron muy cerca uno del otro, pero sin llegar a tocarse en ningún momento, aunque él lo deseaba, pero era mejor ir despacio, eso lo había aprendido en el mundo militar, a construir estrategias para conseguir sus objetivos. Minutos después llegaban hasta *Carnivale*, uno de los mejores restaurantes de comida latina en todo Chicago, el clima estaba muy agradable para desperdiciarlo entrando al local, por lo que decidieron ocupar una de las mesas de la terraza.

—He venido solo un par de veces a este lugar, pero me encanta, coincidimos en gustos Nick —señaló Jaqueline con una sonrisa.

—Así parece, yo lo frecuento cada vez que puedo, su comida es excelente —acotó mirando el menú que ya sabía de memoria, mientras deseaba que en verdad sus gustos fueran los mismos.

—Yo quiero la ensalada Yucatán con salmón… —decía cuando él la interrumpió con una carcajada.

—¡Vamos Jaqueline! Tienes una variedad enorme para elegir y pides solo verduras y pescado… come algo más sustancioso —indicó mirando la carta para sugerirle otro plato.

—¡Oye! Pero me gusta esa ensalada y además te recuerdo que debo mantener mi peso si quiero lucir bien en ese traje de baño que acabo de comprar para llevar a Italia —le recordó su próximo viaje.

—Eres una mujer muy hermosa y no necesitas parecer una tabla para lucir bien… ya quisiera yo que una mujer como tú aceptara tener algo conmigo más que una invitación a almorzar —comentó de manera casual, pero comenzaba a lanzarle anzuelos.

—Sí, se nota que desearías tener algo con una mujer como yo… sobre todo por el tipo de chicas con las cuales sales. Muchas gracias por el cumplido Nick, pero no te creo —indicó mientras reía.

Él negó con la cabeza y sonreía al comprender que había fallado el disparo, su reputación con otras mujeres lo perjudicaba era cierto, pero no por ello desistiría así que se la quedó mirando fijamente.

—Ya deja de hacer eso —advirtió Jaqueline sin mirarlo.

—¿Hacer qué? —preguntó intentando estar serio.

—Intentar intimidarme mirándome de esa manera, con las mujeres de mi edad ya no funciona, mejor decide qué vas a comer porque me muero por ordenar —acotó, aunque en realidad él la había hecho sentir nerviosa.

—El pescador, es uno de mis platos favoritos y tú también lo probarás, así que olvídate de la ensalada. En cuanto lo tengas frente a ti me lo vas agradecer —indicó levantando la mano para llamar al mesero.

Ella vio la determinación en la mirada de Nicholas y supo que no ganaría nada negándose, conocía lo obstinados que eran los Steinberg.

Minutos después cuando apenas podía con un bocado más tuvo que darle la razón, su sugerencia estuvo exquisita, era una especie de cazuela de mariscos que la dejó alucinada no solo con la presentación sino también con el sabor, además que los productos de mar eran bajos en grasas y le quedaba un mes para ponerse en forma en el gimnasio. Estaba pasando una tarde realmente agradable, todo iba de maravilla hasta que escuchó la voz de la última persona a la que deseaba ver ese día.

—Hola Jaqueline, te noto muy feliz… —mencionó mirándola.

James pasaba por el lugar después de haber tenido un almuerzo de negocios y apenas pudo creer lo que sus ojos veían, pero lo que desató su ira fue que uno de los hombres que lo acompañaba, era un amigo de toda la vida y cuando vio a su exmujer riéndole a aquel hombre que claramente era menor que ella, le mostró una sonrisa burlona. No podía soportar esa ofensa ni el descaro de Jaqueline, así que disculpándose con sus clientes se despidió de ellos y fue directamente hasta la mesa que ella y ese idiota ocupaban.

Jaqueline se volvió levantando la cabeza para encontrarse con los ojos grises de su marido que la miraban de manera acusadora, la misma mirada que le dedicaba cada vez que se enteraba que ella tenía una relación con alguien más, ya estaba realmente cansada de todo eso.

—¿No me presentarás a tu amante de turno? —inquirió dándole apenas un vistazo al rubio sentando frente a ella.

—Ya lo conoces… es Nicholas Steinberg, el hermano de Samantha y no es… —decía cuando su exmarido la interrumpió.

—El hermano menor de tu cliente… por Dios Jaqueline, qué descaro el tuyo ¿hasta dónde has llegado? —preguntó mirándola con desprecio.

—Ese no es tu problema y te sugiero que te marches ahora mismo —mencionó Nicholas viéndolo de manera amenazadora.

—Pues sí es mi asunto porque ella es mi mujer —espetó con rabia.

—Exmujer, soy tu exmujer, James y es hora de que lo asumas y dejes que haga mi vida como me dé la gana. Después de todo fuiste tú quien lo decidió así —indicó mirándolo a los ojos.

—Eres consciente que por este comportamiento puedes perder la custodia de Tiffany ¿no es así? —cuestionó con seriedad.

—¿Y eres consciente tú que ya no dejaré que me sigas chantajeando con lo mismo? Tú hiciste tu vida y yo tengo derecho a hacer la mía. Además, si te parezco descarada por salir con Nick porque es cinco años menor que yo ¡Jódete! tu mujer tiene trece años menos que tú y nadie te critica por eso —mencionó mirándolo a los ojos de manera retadora.

—En nosotros los hombres no se ve mal, pero en ustedes las mujeres es ridículo, la verdad es que me das pena Jaqueline… ¿Crees que puedes encontrar en un niño como él lo que un hombre de verdad puede darte o que tú lo complaces como podría hacerlo una chica de su edad? —preguntó con sorna mostrando media sonrisa.

—¿Un hombre… como tú? —inquirió ella con burla— ¡Por favor, James! Ahora eres tú quien da pena, Nick me coge diez veces mejor que tú —aseveró con altivez, sin desviarle la mirada un segundo.

—Y ella a mí me tiene fascinado… porque una chica de mi edad no tendría jamás la experiencia de Jaqueline y te puedo asegurar que la pasamos muy bien —confirmó Nicholas con una gran sonrisa.

—Allí están tus respuestas, así que te pido que por favor te marches ahora mismo y dejes de hacer el ridículo allí parado —mencionó notando que algunas parejas los miraban con interés.

—Me voy, pero tú vendrás conmigo —mencionó tomándola del brazo con fuerza para levantarla.

—Suéltala antes de que te rompa el maldito brazo. —Lo amenazó Nicholas levantándose con agilidad de la silla.

—Cállate niño, esto no es tu problema y guárdate tus amenazas si no quieres que te demande —dijo sin soltar a Jaqueline.

—¿Quieres ser mi abogada? —Le preguntó a la rubia.

Ella lo miró desconcertada y asintió sin predecir lo que Nicholas haría, con un movimiento tan rápido como certero le propinó un fuerte golpe en el estómago a James que lo hizo doblarse del dolor y la soltó de inmediato para llevarse la mano a la parte lesionada, ella gritó ante lo sucedido y se llevó la mano a la boca para cubrirla, enseguida buscó con la mirada al rubio que lucía impresionantemente calmado.

—Esto no se quedará así maldito infeliz —esbozó James cuando tuvo oxígeno para hacerlo mientras lo señalaba—. Te voy a dejar en la calle.

—Intenta hacerlo y me daré el gusto de patearte el trasero una vez más en un tribunal, tengo varios testigos que pueden decir quién empezó esta discusión —lo amenazó Jaqueline mirándolo con rabia.

—¡Ya lárgate! Y ni se te ocurra acercarte a ella de nuevo porque te daré una paliza que jamás olvidarás —le advirtió Nicholas.

James se marchó tan rápido como pudo para escapar de las miradas asombradas y burlonas de las demás personas en ese lugar, maldiciendo a esos desgraciados, sintiendo que el dolor en su estómago no disminuía.

—¿Todo bien, Nick? —preguntó el encargado del local que era muy amigo del marine, cuando se acercó hasta la mesa.

—Sí, todo bien, Pablo… solo un maldito imbécil que no termina de entender cuándo una mujer ya no le pertenece —contestó sentándose.

—Un cabrón, pero no le prestes atención, que eso no arruine su tarde… les invitaré un par de tragos cortesía de la casa.

—¡Oh, no! No hace falta… por el contrario disculpe lo sucedido.

—Lo hago con gusto, belleza —dijo para luego buscar a un mesero—. Felipe, trae una cerveza para mi amigo y el Martini de la casa para su mujer —indicó al empleado—. Disfrútenlos y relájense que el ambiente en este lugar es de fiesta —mencionó antes de irse.

—El Martini te gustará, Jaqueline —dijo él acariciándole la mano.

—Sí, además creo que me vendría muy bien… gracias, Nick —esbozó mirándolo con agradecimiento y rozó los nudillos con su pulgar al tiempo que le entregaba una hermosa sonrisa.

—No tienes nada que agradecer —decía cuando ella lo detuvo.

—Sí tengo, además mucho y también debo pedirte disculpas por haberte involucrado en esto, debí parar sus insinuaciones diciéndole la verdad —mencionó apenada y le soltó la mano esquivándole la mirada.

—¡Oye! Y quitarme la diversión de ver su cara cuando le afirmaste lo mal amante que era ¡Ni en sueños! Sabes que siempre me cayó como una patada en las pelotas, además mi ego salió ganando ¡Diez veces mejor! ¿No está nada mal verdad? —preguntó con una sonrisa.

Jaqueline comenzó a reír mientras negaba con la cabeza y terminó cubriéndose el rostro con las manos, sentía que estaba sonrojada hasta el cabello. Los tragos llegaron y aprovechó esa distracción para cambiar de tema, brindaron por la lección que le habían dado a James y se enfrascaron de nuevo en una conversación casual.

Dos horas después estaban frente a la puerta de su departamento, Nick había insistido en llevarla ya que el delicioso sabor de los Martini la hizo beber cuatro, no se encontraba borracha, pero si llegaba a pararla algún fiscal de tránsito podía hasta terminar en una comisaría, sin su auto y con una multa por una cantidad exorbitante. Él no había llevado su auto así que no tuvo mayor problema, la dejaría sana y salva en su casa para después tomar un taxi e ir hasta la suya, al menos ese era el plan.

—Muchas gracias por traerme —mencionó invitándolo a pasar—. Por favor deja las bolsas allí, después acomodo todo… —indicó con una sonrisa y su voz mostraba los estragos del alcohol.

Las cervezas también habían causado efecto en Nicholas, pero no al grado de estar mareado o tener la lengua enredada como ella, la vio tambalearse un poco y se acercó tomándole el rostro entre las manos para mirarla a los ojos, se sintió atrapado de inmediato por esa mirada esmeralda, pero los delgados y hermosos labios de Jaqueline tuvieron un mayor magnetismo al cual no pudo resistirse, antes de coordinar lo que hacía se encontró besándola, primero con suaves roces pero al escucharla gemir dejó que el deseo dentro de él se desbordara.

Jaqueline sintió el leve roce cálido de los labios de Nicholas y de pronto se encontró separando los suyos para que él pudiera deslizar la lengua dentro de su boca, se sujetó a la cintura masculina al sentir que sus rodillas temblaban y entró a ese juego que Nicholas llevaba en

su boca, sentía descargas de energía que viajaban a través de su cuerpo, era una sensación parecida a la estática que la hacía erizarse.

—Espera, espera… Nick —intentó reaccionar y recuperar su cordura, pero él apenas sí le daba respiro, seguía besándola de esa manera tan posesiva y profunda que la estaba haciendo delirar. Lo sintió bajar las manos de su espalda hasta sus nalgas y comenzar a acariciarlas con determinación, incluso siendo algo rudo, pero eso la excitó aún más.

«Jaqueline para ¡Ahora! Es el hermano de Samantha, es menor que tú, no puedes hacer esto.»

Pensaba mientras deslizaba su lengua junto a la de él en ese beso que era espectacular y la estaba calentando por dentro con una rapidez asombrosa o quizás era el alcohol, no lo sabía, pero debía detenerse. Se alejó reuniendo toda su fuerza de voluntad y posó un par de dedos sobre los labios de Nicholas para evitar que la besara de nuevo.

—Detente, la cabeza me da vueltas —decía rehuyéndole la mirada.

—¿Por el beso? —preguntó él arrogante.

—No, tonto, por las margaritas —contestó sintiéndose turbada.

—No fueron margaritas sino Martini —indicó riendo al tiempo que le acariciaba las caderas y la sintió temblar.

—Lo que sea, ambos son letales… y no intentes aprovecharte de mí creyendo que estoy borracha —le advirtió señalándolo con un dedo.

—No me estoy aprovechando, tú también me besaste… vamos te llevaré para que te sientes y te daré un poco de agua, eso te ayudará —mencionó llevándola casi en vilo y la sentó con cuidado en el largo sillón de cuero negro que dominaba el salón.

Jaqueline se dejó guiar y cerró los ojos para evitar que su cabeza se sintiera tan pesada, mientras inhalaba y exhalaba lentamente, lo sintió regresar, abrió los ojos recibiendo el vaso con agua helada que le extendía, se lo llevó a la frente antes de darse un sorbo.

—¿Te sientes mejor? —preguntó ocupando el espacio a su lado.

—Sí, muchas gracias —se volvió para verlo y él la miraba fijamente, justo como hiciera en el restaurante, eso aceleró sus latidos—. Nick, en serio ya deja de jugar al conquistador conmigo… sabes perfectamente que esto no tiene sentido —decía cuando él la detuvo.

—Jaqueline quiero tener sexo contigo —lanzó sin más rodeos.

—¡Nicholas Steinberg! ¿Y me lo dices así? —inquirió mirándolo a los ojos, sorprendida por la declaración y lo directo de la misma.

—¿Cómo deseas que te lo diga? —contestó con una interrogante y se acercó a ella para hablarle al oído—. Quieres que te diga… Jaqueline quiero coger contigo —susurró dejando que su aliento se estrellara contra la sensible piel, ella jadeó e intentó alejarse, pero él no la dejó—. O quizás quieres que te diga, Jaqueline deseo que hagamos el amor —sonrió al ver que ella también lo hacía animándolo a seguir, le giró el rostro para verla directamente a los ojos—. O lo que en realidad siento; Jaqueline me estoy muriendo por tocar todo tu cuerpo, por besarte, por escucharte gritar y gemir temblando debajo de mí, mientras te penetro una y otra vez hasta que nos corramos juntos —finalizó susurrando.

Su voz se había esfumado, solo pudo sentir su cuerpo ser barrido por una ráfaga de fuego que incendió cada una de sus fibras y estalló con fuerza en medio de sus piernas, dejando que la humedad bajara lenta y tibia como lava de un volcán que acababa de hacer erupción.

—No estás hablando en serio —murmuró apelando al último vestigio de cordura que le quedaba, suplicándole con la mirada que parara.

—¿Crees que no estoy hablando en serio? ¿Qué no te deseo Jaqueline? —preguntó mirándola a los ojos, ella no le respondió y él se dijo que debía ser más gráfico—. Ven, dame tu mano. —

Le dijo tomándola y se la llevó hasta la tensa erección, haciendo que la rozara para que comprobara por ella misma el grado de deseo en él.

—Nick… tú eres el hermano de Samantha —indicó con voz trémula.

—Sí —contestó él acariciándole las piernas por encima de la tela del vestido y llevó sus labios hasta el cuello de Jaqueline.

—Y eres menor que yo por cinco años —señaló cerrando los ojos.

—Sí… y nada de eso me importa —mencionó dejando que sus dedos se deslizaran por la sensible piel de los muslos—. Míralo de esta manera, Jaqueline, la próxima vez que veas a James tendrás la absoluta certeza de que yo puedo cogerte diez veces mejor que él —agregó al tiempo que hundía su dedo en el centro húmedo y cálido de la rubia.

Ella se arqueó jadeando ante la exquisita invasión y cerró los ojos, al tiempo que sentía su cuerpo ser recorrido por el maravilloso placer de ser tocada por un hombre, se perdió de tal manera en las sensaciones que se sorprendió cuando vio a Nicholas de rodillas ante ella y llevó sus manos hasta el panty, como si su cuerpo fuera movido por alguien más, elevó sus caderas para que él pudiera sacar la prenda con libertad; no opuso resistencia cuando separó sus piernas para hundir su rostro entre ellas y apoderarse de su intimidad con una serie de lametazos que la pusieron a temblar.

Nicholas se deleitó en el néctar que brotaba del cálido centro de Jaqueline, sus labios sonrojados y voluptuosos eran un espectáculo que lo estaban enloqueciendo, animado por el movimiento que hacía ella con sus caderas cada vez iba más profundo, le tomó las piernas y se las pasó por encima de los hombros para tenerla con mayor libertad, mientras la sentía temblar delatándole lo cerca que se encontraba del orgasmo.

—Me encantas… —susurró contra el brote rosado.

Después le dio una serie de succiones que la hicieron gritar, mientras él sentía que el pecho se le llenaba de una emoción que no había sentido nunca. La dejó recuperarse del orgasmo bebiendo con suavidad todo lo que ella le regaló y cuando vio la satisfacción dibujada en ese hermoso rostro, se puso de pie despojándose de la camiseta y abrió el broche de su correa mientras la miraba a los ojos.

—Tu turno, Jackie, demuéstrame lo que tienes. —La retó con media sonrisa mientras la miraba con intensidad.

«¿Acaso no la creía capaz de darle un sexo oral que lo hiciera alucinar? Bueno, le tocaría demostrárselo. Pondré a temblar tus rodillas Nicholas Steinberg.»

Se incorporó en el sillón acercándose a él y lentamente le bajó la cremallera, usó sus manos para hacer que el apretado jean descendiera y pudo notar perfectamente la potente erección tras el bóxer blanco que llevaba puesto. Mostró una seductora sonrisa acariciándola por encima de la tela, luego se apoderó del tibio y duro músculo que tan cerca de sus ojos le pareció inmenso además de muy duro, lo que provocó que su boca se humedeciera tanto como su intimidad, que una vez más estaba ansiosa por recibir atención y le inició una de las actividades que más había perfeccionado en los últimos años.

Minutos después Nicholas estaba sudando y con la respiración agitada, mientras veía cómo Jaqueline metía su miembro casi por completo dentro de su boca y liberaba suaves gemidos que parecían recorrerlo por completo, haciendo que doblara los dedos de los pies sobre la mullida alfombra tomándola por los hombros para tenerla de apoyo, pues sentía que las piernas de un momento a otro le fallarían.

—Jaqueline —esbozó como pudo entre gemidos roncos, para anunciarle que estaba a punto de correrse en su boca.

—Aún no —mencionó ella con la respiración agitada y le apretó los testículos sonriendo de manera traviesa.

—¡Mierda! Jackie… ¿Qué haces? —preguntó desconcertado.

—No te has ganado todavía el derecho de hacerlo en mi boca y este vestido es un diseño exclusivo —contestó levantándose, le dio un suave toque de labios mientras lo miraba a los ojos —. Llévame a la habitación y allí podremos hacer lo que desees —esbozó acariciándole el pecho.

No tuvo que mencionarlo dos veces para que Nicholas la tomara en brazos y se encaminara hasta el pasillo que suponía llevaba a las recamaras. Llegó a la de Jaqueline y no tardó ni un minuto en despojarla del vestido y los zapatos, la tumbó en la cama para terminar de desvestirse, luego buscó en su billetera los tres condones que siempre llevaba consigo y se puso uno bajo la mirada atenta de Jaqueline.

—No te voy a dejar salir de esta cama por lo que resta de la noche —le hizo saber cubriéndola con su cuerpo.

—Qué pena, yo esperaba que lo hicieras por todo el fin de semana —indicó ella con una sonrisa radiante al ver la sorpresa en él.

Nicholas le hizo pagar su provocación entrando en ella con un solo empuje profundo y certero, disfrutó de ese grito de placer que le entregó y de las uñas clavándose en su espalda, la miró a los ojos antes de dar comienzo al vaivén de sus caderas para comprobar que estaba lista.

Jaqueline asintió en silencio envolviéndolo con sus piernas; se preparó para lo que presentía sería una noche de sexo excitante, rudo y salvaje que la llevaría a la locura, en brazos de ese hombre que parecía estar todo hecho de piedra, duro por donde quiera que se le tocara y la presión que ejercieron sus dedos sobre las perfectas nalgas se lo confirmaron mientras sonreía sintiéndose libre, hermosa y feliz.

∞∞∞∞

Habían transcurrido quince días desde que Diana se marchara de su departamento, completamente furiosa con él y desde entonces lo había ignorado, tratándolo solo para asuntos de trabajo cuando éste lo ameritaba; su comportamiento siempre era frío y distante, no le dirigía la palabra si no era necesario y le había negado todas sus hermosas sonrisas.

Tomando en cuenta que él deseaba mantener distancia con ella, debería sentirse feliz porque Diana se mostrara así, pero la verdad era que cada día se le hacía más insoportable tenerla cerca y no poder darle un beso o al menos acariciarle el rostro, las manos, tocar su cuerpo.

Por ello había tomado una decisión, le contaría a Diana su verdad y que ella hiciera su elección, si lo aceptaba consciente que lo suyo nunca pasaría de algo más que una relación de amantes y que él jamás la haría su esposa. Pues sería maravilloso, pero si por el contrario le decía que no.

Bueno no le quedaba más que aceptarlo y saber que hizo lo que pudo, estaría en paz con su consciencia para retomar su vida igual como la llevaba, antes que esa alocada y bella americana irrumpiera en la misma volviéndola un completo caos. Esperó a que hicieran un alto en el rodaje para almorzar y pedirle que hablaran, pero como siempre ella lo hizo en compañía de Alessandro, su hermana, Kimberly y para su mala suerte también se le habían sumado Thomas y Patricia seguramente para discutir algunos puntos de las escenas que venían.

—Me tocará esperar al final de la tarde. —Se dijo así mismo regresando con su bandeja hasta la barra para comer allí.

Horas después Diana se encontraba cautivada por el hermoso atardecer y los colores del

paisaje que nunca dejaban de maravillarla; había tenido un día agotador y la tensión que sentía por tener que estar todo el tiempo ignorando a Marcello teniéndolo al lado, era lo que más exhausta la dejaba al terminar cada jornada, suspiró cerrando los ojos mientras negaba con la cabeza reprochándose por estar una vez más pensando en él, cuando se repetía todo el tiempo que debía olvidarlo.

—Hola.

Abrió los ojos sorprendida en cuanto escuchó la voz del fotógrafo y desvió la mirada al paisaje sin responderle, sintió que se sentaba a su lado, pero aun así mantuvo su vista lejos de él, no soportaba esa situación así que se movió para ponerse de pie, deteniéndose al sentir que él la tomaba por el brazo y solo ese toque aceleró sus latidos.

—Necesito hablar contigo Diana… por favor quédate. —Le pidió buscando los hermosos ojos grises que lo perseguían en sueños.

—Espero que sea rápido porque tengo cosas que hacer —contestó con parquedad y le pidió con la mirada que la soltara.

—Claro… aunque la verdad no sé cómo empezar —esbozó sintiéndose nervioso, la vio suspirar y supo que no podía perder esa oportunidad, así que respiró profundamente armándose de valor—. Diana yo no puedo darte lo que deseas, no puedo ser el hombre que esperas que sea porque hace mucho tiempo decidí que no dejaría entrar a nadie en mi vida… no quería vivir una pérdida más, no lo soportaría y por eso le cerré las puertas a todas las personas con las cuales pudiera crear un vínculo, incluso me alejé de mi familia… —decía, ella detuvo sus palabras y esta vez lo miraba a los ojos.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó sin poder contenerse. No lograba entender nada de lo que él le decía.

—¿Ves esto? —inquirió abriendo la palma de su mano para mostrarle dos argollas de matrimonio, la vio palidecer y luego asentir—. Son los anillos de mis esposas y no quiero agregar uno más.

—¿Tienes dos esposas? —Lo interrogó parpadeando con rapidez.

—Tuve dos esposas… —Una vez más, ella cortaba sus palabras.

—¿Y te abandonaron? —cuestionó descubriendo la posible causa de ese rechazo que mostraba Marcello a tener un compromiso.

Pero él estaba completamente equivocado si pensaba que ella deseaba ser su esposa, sus ambiciones no llegaban hasta ese punto, solo quería una relación más o menos estable, no un matrimonio, él se había vuelto loco, pero no se lo diría pues su curiosidad por saber lo que había ocurrido la dominaba, aunque con ese carácter que tenía podía jurar que ninguna mujer en su sano juicio compartiría una vida con él.

—No, murieron —contestó esquivándole la mirada.

«¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¿Estaba hablando en serio? ¿Había enviudado dos veces? Eso no era posible, nadie tenía tan mala suerte.»

Se dijo en pensamientos sin saber cómo responder a esa revelación, sin lograr apartar su mirada del par de hermosas argollas de oro que brillaban en la mano de Marcello.

—¿Qué les sucedió? —su curiosidad habló por ella.

—Evangelina… fue mi primera esposa, nos casamos muy jóvenes, sus padres no estaban de acuerdo con nuestra relación e intentaron enviarla lejos, éramos novios desde el colegio y yo estaba seguro de que la amaba, así que le propuse que nos casáramos, ella aceptó y con la ayuda de mis padres lo hicimos. Cuando teníamos cinco años de casados, habíamos cumplido muchas de nuestras metas, así que decidimos que era el momento para tener hijos, ella no quedaba

embarazada por lo que se sometió a varios estudios y estos arrojaron que tenía leucemia —estaba sumergido en la historia mientras miraba la argolla.

Diana se mantenía en silencio escuchando atenta las palabras de Marcello y no podía creer que alguien como él hubiera estado casado, era tan poco afectuoso y obstinado, aunque en la cama era maravilloso, pero comenzaba a comprender el motivo.

—Gasté cada centavo que tenía en los mejores médicos y en cientos de tratamientos que me ayudaran a mantenerla con vida, pero no pude hacer nada y la perdí, apenas tenía veinticinco años —tragó para pasar el nudo en su garganta que le impedía continuar—. Durante un año viajé por todo el mundo, acepté un puesto dentro de *Nathional Geographic* y me refugié en mi trabajo, no quería regresar ni ver a nadie que me la recordara —mencionó dejando ver media sonrisa cargada de tristeza.

—Pero… lograste superarlo, volviste a casarte —señaló Diana mirándolo y evitaba que la lástima que sentía se viera reflejada en su rostro o en el tono de su voz, no quería hacerlo sentir mal.

—Sí, dos años después de la muerte de Eva conocí a Lucia, era voluntaria para la Cruz Roja y llevaba cerca de un año en Ghana, nos enamoramos y cuando estaba por terminar mi trabajo como corresponsal en ese lugar le pedí que se casara conmigo, aceptó y contrajimos matrimonio en la misma aldea, después regresamos a Italia y lo hicimos ante nuestras familias, yo estaba feliz y dispuesto a comenzar una nueva vida —dijo acariciando con el pulgar el anillo que llevaba el nombre de su segunda esposa inscrito, con los ojos anegados en llanto.

—¿Qué le ocurrió a ella? —inquirió temerosa incluso de la respuesta que él podía darle, mientras sentía que el corazón le dolía.

—Murió un año después en un accidente, yo estaba haciendo unas fotografías en los Alpes y ella quería darme una sorpresa por mi cumpleaños, mientras viajaba el auto resbaló en el hielo, los frenos no funcionaron y ella terminó estrellándose contra un… —No pudo continuar, su voz se rompió en ese momento, enterró el rostro entre sus manos para ocultar su llanto y todo el cuerpo le temblaba.

—No, no… Marcello no llores por favor —le pidió Diana acercándose a él para abrazarlo y darle besos en el cabello.

—Yo no soportaría pasar por eso nuevamente, Diana, no lo soportaría… la muerte de Lucia casi me mata a mí también —pronunció escondiéndose de ella, no quería que lo viera así.

—Marcello, mírame… eso no va a suceder, no ocurrirá de nuevo te lo prometo —expresó tomándole el rostro entre las manos.

—¿Es que acaso no lo entiendes? —preguntó con rabia y se puso de pie para alejarse de ella sintiendo su corazón latir muy rápido—. Todo lo que quiero muere, Diana, a las dos mujeres que quise las perdí y no estoy dispuesto a sufrir de nuevo por esa causa… te conté todo esto para que no te sintieras mal pensando que te había usado —mencionó mirándola a los ojos—. Te lo dije porque necesito que comprendas que no puedo enamorarme de ti y tampoco puedo darte la relación que deseas —espetó poniendo distancia entre ambos con sus palabras.

—Primero… yo no estoy buscando un matrimonio, creo en las relaciones libres y puedes estar tranquilo que no tendrás que comprarme ninguna argolla —indicó queriendo mostrarse segura, pero su corazón parecía el galope del caballo de Alessandro—. Segundo… ¿Me estás diciendo que me quieres? —preguntó sin poder contener su emoción.

—No, pero estoy sintiendo algo por ti y no puede ser, me aterra solo pensar que esto implique mucho más que placer, Diana —confesó sintiéndose completamente turbado.

—¿Y crees grandísimo tonto que negando lo que ya sientes vas a cambiarlo? ¿Qué alejándote

de mí, vas a dejar atrás el deseo que veo en ti cada vez que estamos cerca? —cuestionó viéndolo con reproche.

Él se quedó en silencio mirándola mientras comprendía que ya era demasiado tarde para frenar sus sentimientos por Diana, dejó caer la cabeza hacia delante sintiéndose completamente derrotado y las lágrimas una vez más bajaban por sus mejillas, mientras maldecía al destino por ensañarse de esa manera con él.

—No me pasará nada porque tú me quieras, Marcello —susurró acercándose hasta él y le tomó el rostro entre las manos para ver sus hermosos ojos verdes, la tristeza que vio en su mirada le golpeó muy fuerte en el alma—. Te lo prometo… de la única forma que te librarás de mí es cuando te abandone por ser tan arrogante, obstinado e imbécil —dijo y fue como si él sol saliera cuando lo vio sonreír—. De lo contrario tendrás que soportarme con mis malcriadeces, mis cambios de humor, mi vocabulario de chica mala y todos estos besos que tengo para darte —decía cuando él la interrumpió.

—Diana… esto no es tan sencillo, yo no… —Fue el turno de ella para detenerlo callándolo con sus dedos.

—Piensa muy bien lo que vas a decidir, Marcello Calvani. Te arriesgas a dejar ese miedo irracional atrás y permites que lo que tenga que suceder entre los dos ocurra, o me dices soy un cobarde de mierda, Diana y no puedo hacerlo. Tú decides —acotó sintiendo que el corazón le latía en la garganta y todo el cuerpo le temblaba.

Él no encontró su voz para responderle con palabras, cerró los ojos sintiendo que tenía el peso del mundo sobre su espalda mientras recordaba a Evangelina y Lucia, pidiéndole a ambas que lo ayudaran; que lo liberaran del inmenso temor que sentía. Liberó un suspiro que se estrelló en el rostro de Diana cuando apoyó su frente contra la de ella y como si estuviera a punto de lanzarse a un abismo confiando en que esa diminuta y frágil chica con una voluntad de hierro lo salvara, la besó.

Diana sintió su corazón latir emocionado como nunca, respondió al beso con pasión y agradecimiento, pues que él confiara en ella de esa manera, arriesgándose a tanto para llegar a amarla era algo que ningún otro hombre había hecho. Sintió sus lágrimas bajar por sus mejillas y confundirse con la de Marcello, quien en medio del beso también lloraba, se separaron fundiéndose en un abrazo para que reforzara lo que sentían y alejara de los dos los miedos que los atormentaban.

Capítulo 47

Después de su último fin de semana en la capital, los diarios los habían bombardeado con titulares sobre la misteriosa relación que llevaban, estaban a la caza de algún comentario por parte de sus agentes, pero el hermético silencio que habían mantenido solo aumentaba el interés de todo el mundo. La pareja intentó poner un poco de distancia para apaciguar los comentarios, que incluso dentro del equipo de producción se habían suscitado, sobre todo porque Gary se había vuelto una especie de perro guardián que no dejaba de vigilarlos, y antes de que eso pudiera crear un clima tenso en el set, acordaron no darle ventaja.

Alessandro aceptó con la condición de que Samantha también se alejara de él y así lo hizo, no solo por complacerlo, sino porque en verdad el hombre se estaba ganando su rechazo, sobre todo al querer tomarse atribuciones que no le correspondía durante el rodaje y cuestionar en ocasiones el desempeño de Alessandro, que todos sabían era impecable, o cuando intentó prohibirle que montara a la yegua que él había enviado a traer para ella. Pero al fin tendrían algo de libertad; todos se pusieron de acuerdo para convencer a Thomas de finalizar las grabaciones el jueves en horas de la tarde, y así poder partir esa misma noche hasta Roma sin tener que toparse con los paparazis, que habían comenzado a asediar por los alrededores a la espera de poder captar alguna de las escenas de exteriores que habían iniciado.

El trayecto por lo general duraba tres horas, pero Alessandro estaba a punto de hacerlo en menos, gracias primero a que a esa hora no había mucho tráfico y también a su destreza al volante. Aunque se encontraba agotado no se detuvo a descansar, todo lo que deseaba era llegar a su departamento en Roma y poder estar junto a Samantha, ella se mantuvo a su lado intentando no dormirse para hacerle compañía y mantenerlo alerta, mientras que Kimberly en el asiento de atrás lo hacía plácidamente, ya que Diana había decidido regresar en el todoterreno de Marcello junto a él, esos dos también estaban locos por un tiempo a solas.

—Gracias por traerme par de tórtolos, no se desgasten mucho —susurró con la voz adormilada bajando del auto.

—No lo hagas tú tampoco —señaló él viendo que su novio la esperaba en la entrada del hotel con un ramo de rosas.

—¡Brandon! —exclamó despertando de inmediato y lanzó su bolso para correr hasta él, se le colgó del cuello dejando caer una lluvia de besos sobre su rostro.

Alessandro y Samantha sonrieron ante el cuadro, ese par estaba igual de enamorados que ellos, él aprovechó la distracción que había creado la pareja para salir de allí, antes que el resto del equipo que venía detrás se presentara, y Samantha se viera en la obligación de quedarse en el hotel.

Llegaron al departamento minutos después y comenzaron a besarse con desespero en cuanto la puerta se cerró, Alessandro no olvidó esta vez activar la alarma y colocarle todos los seguros, mientras Samantha lo veía divertida por su actitud, después retomaron lo que hacían y a medida que avanzaban para subir a la habitación dejaban prendas tiradas por todos lados, en las escaleras él la tomó de la cintura para llevarla cargada, mientras ella seguía besándolo como si tuviera años sin hacerlo.

Apenas hacía una semana desde la última vez que estuvieron juntos, pero teniéndose tan

cerca, y acostumbrados a esas maratónicas jornadas de sexo que vivían cuando estaban a solas, no era fácil controlar las ansias que se despertaban en ambos ante la ausencia de intimidad. Por ello no se entretuvieron mucho en un preámbulo y fueron directo a la unión, gimiendo al mismo tiempo cuando sus cuerpos se acoplaron perfectamente y se tomaron un instante para mirarse a los ojos.

—Me estaba muriendo por tenerte así —susurró rozando los labios de Samantha mientras se movía lentamente dentro de ella.

—Yo también mi vida… estaba a punto de volverme loca —expresó ella moviéndose a contra punto debajo de él, acariciándole la espalda.

—Eso no es novedad… yo siempre te vuelvo loca —esbozó con la voz cada vez más grave mientras apuraba el balanceo de sus caderas.

—Eres un arrogante insoportable —mencionó al tiempo que cerraba los ojos, después gimió deleitándose en el tibio y húmedo roce de sus senos contra el pecho fuerte de Alessandro.

—¿Soy insoportable? —inquirió mordiéndole con suavidad el mentón para después acariciarlo con su lengua.

Ella se estremeció animándolo a darle mucho más, así que metió la mano entre sus cuerpos, rozando el tembloroso vientre de su mujer hasta llegar al tenso clítoris, que comenzó a acariciar con movimientos suaves y que poco a poco hacía más intensos, gruñó cuando ella tensó todos sus músculos en torno a su miembro haciéndose más estrecha.

—Sí —esbozó Samantha en medio de un jadeo.

—¿Sí? —formuló él como pregunta, sabía que no era una respuesta a su interrogante sino una petición, pero quería que fuera más específica—. Sí, ¿qué Samantha? —inquirió de nuevo besándole la mejilla.

—Sí, tócame así… tócame así Aless —esbozó perdida en el placer, mientras temblaba sintiendo el orgasmo bullir en su interior.

—Mi amor… sabes que me encanta hacerlo —consiguió pronunciar mientras presionaba el nudo de nervios y la penetraba con mayor fuerza.

Ella comenzó a temblar debajo de él encerrándolo entre sus brazos y sus piernas, jadeando en su oído al tiempo que apenas le permitía moverse en su interior, la serie de palpitaciones que le entregó a Alessandro fueron tan poderosas, que segundos después y cuando aún se encontraba en la cima del éxtasis, lo sintió derramarse con tal fuerza en su interior que provocó que un segundo orgasmo estallara dentro de ella.

Se mantuvieron abrazados mientras recuperaban los latidos normales de sus corazones y respiraciones, jadeando cuando esporádicas descargas de placer los recorrían como estragos de la vorágine que los había elevado minutos atrás, y les hizo creer que morirían en medio de tanto placer, sobre todo, a Samantha que nunca en su vida había experimentado dos orgasmos tan seguidos.

El cansancio los rindió y terminaron quedándose dormidos, pero ella despertó entrada la madrugada, comenzó a besarlo y en medio de un estado de sueño le hizo una petición.

—Llévame a Varese… no tenemos que quedarnos encerrados aquí —susurró al oído de Alessandro que descansaba boca abajo, no le respondió, pero lo vio sonreír—. Por favor… podemos recordar viejos tiempos sin tener que escondernos, hacerlo como no podemos en la Toscana —agregó dándole suaves besos en la sien y bajaba por la mejilla.

—Te llevaré a donde me pidas, Samantha —respondió él manteniendo los ojos cerrados, luego disfrutó de los suaves besos que ella le dio como agradecimiento—. ¿Qué hora es? —preguntó abriendo un ojo para buscar el reloj sobre la mesa de noche.

—Las tres de la mañana, sigamos durmiendo —respondió sin dejar de sonreír mientras pasaba una mano por la espalda de él.

—Es un viaje de casi siete horas haciendo una sola parada… si salimos a las cuatro estaríamos llegando allá al mediodía —mencionó frotándose los ojos y se giró para quedar de lado frente a Samantha.

—¿Sugieres que salgamos ya? —preguntó un poco alarmada.

—Puedes dormir durante el viaje, yo no tengo sueño y me gusta conducir —contestó mirándola, disfrutando de lo hermosa que era.

—Yo tampoco tengo sueño… bueno, no perdamos tiempo ¡Arriba, señor Bonanzierri! —dijo con entusiasmo levantándose y le jaló la sábana.

Le guiñó un ojo al verlo completamente desnudo, mientras sonreía con picardía y cuando vio que él se movía con rapidez para salir de la cama, corrió hasta el baño, pero no muy de prisa pues deseaba dejarse atrapar, lo sintió chocar contra su cuerpo y envolverla entre sus brazos para hacerla sentir que en realidad estaba despierto, muy despierto.

—Nos llevará menos tiempo prepararnos si nos bañamos juntos —dijo con un tono de voz inocente, pero su mirada azul decía lo contrario.

Eran las cuatro y diez de la mañana cuando bajaron al estacionamiento, llevando apenas una maleta donde guardaron las prendas de ambos, Alessandro la dejó a un lado pasando de largo su auto y eso desconcertó a Samantha, quien se detuvo junto a éste a la espera que él abriera las puertas, pues a pesar de estar en verano en ese lugar hacía mucho frío a esa hora de la madrugada.

—¿Sucede algo? —preguntó abrazándose a sí misma.

—Viajaremos en éste —respondió él retirando el foro de cuero que protegía al Maserati y se volvió cuando la escuchó exclamar emocionada.

—¡Alessandro! Pensé que ya no lo tenías… luce igual de hermoso —susurró acariciando la tela del techo y sus ojos no podían creerlo.

—Está pasado de moda, pero le tengo un cariño especial por eso nunca lo vendí, además que sin importar los años que pasen siempre será un gran auto —indicó queriendo sonar casual para no mostrarse como un tonto sentimental, que buscó guardar todo lo que se la recordaba.

—Me encanta que lo hayas hecho —susurró contra sus labios y lo besó agradeciéndole el gesto, pues ella sabía la verdadera razón.

∞∞∞

Dos horas después entraban a una estación de servicio en la E-35 para recargar combustible y calibrar el aceite del motor, después de tanto tiempo guardado el auto necesitaba tener buenos niveles para un viaje tan largo como el que le esperaba. Alessandro le sugería a Samantha hacer una parada en *Montepulciano* para caminar un poco por el centro histórico y estirar las piernas antes de continuar con el viaje.

—Allí podemos buscar incluso algún restaurante y desayunar con tranquilidad… bueno eso espero, conozco varios donde podemos pasar desapercibidos, igual si algo llegara a surgir cuento con la ayuda de mi hermosa esposa, ¿no es así? —inquirió con malicia y sonrió divertido al ver la sorpresa y el miedo reflejados en los ojos de Samantha.

—Debiste buscar una peluca o unos bigotes, incluso un par de lentillas hubieran sido de gran utilidad, pero no trajiste nada Alessandro —mencionó sintiéndose más preparada que él con su

cabellera negra azabache y sus lentes de contacto grises—. ¿Y si nos descubren? —preguntó sintiéndose de pronto nerviosa.

—Nada de eso ocurrirá Samantha, no te preocupes preciosa. Además, es mejor estar lejos de la capital, ya sabes que Varese es seguro y no te diría que nos detuviéramos, pero sé que tienes hambre y yo también, no te haré pasar necesidades mientras pueda evitarlo, y tengo un plan… actuaré de invidente —expuso con seguridad.

—¿Estás bromeando verdad? —lo interrogó alarmada.

—No, soy actor Samantha, uno muy bueno y no es tan difícil, solo necesito de tu ayuda —contestó deteniendo el auto junto a la isla de combustible, pero se quedó dentro.

El despachador se acercó para atenderlos, Alessandro abrió la ventanilla y le extendió un billete mientras le indicaba el tipo de gasolina que usaría para que llenase el tanque y también el aceite de motor. Subió el cristal y se volvió para mirar a Samantha, que parecía estar analizando una complicada fórmula química o algo por el estilo, se acercó a ella y le tomó la mano.

—Yo no soy actriz Alessandro, soy pésima improvisando, me pongo nerviosa y… —Él posó un dedo sobre sus labios callándola.

—Solo confía en mí, todo saldrá bien, además eres una maravilla improvisando ¿o ya olvidaste nuestra aventura en el supermercado hace cuatro años? —preguntó con una sonrisa ladeada.

—Esa vez corrimos con suerte nada más, pero… supongamos que acepto. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Cómo debo actuar? —preguntó mirándolo a los ojos, no muy convencida.

—Actuarás con normalidad, tomamos una mesa, esperamos a que lleguen por nuestro pedido, tú te encargarás de hacerlo por mí —explicó con naturalidad mientras le acariciaba las manos.

—Bien, pero falta algo, cuando llegue el momento de comer ¿cómo harás querido? —preguntó con sorna.

—Tú me alimentarás —contestó con simpleza.

—¿Yo te alimentaré? —cuestionó en medio de una risa incrédula.

Ella pensaba que las parejas que hacían eso se veían ridículas, es decir, estar enamorados no significa tener que hacer todo por el otro.

—Eres una esposa muy considerada y nunca dejarías pasar hambre a tu pobre esposo invidente —mencionó encogiéndose de hombros y sonriendo con suficiencia, nunca había dejado que una mujer hiciera eso, pero se sentía con curiosidad de descubrirlo.

—¡Perfecto! Te pediré un natilla para el desayuno querido esposo, no vaya a ser que te ahogues con algo más sustancioso. —Cruzó los brazos en un gesto altanero y frunció los labios, consciente de que él se burlaba de ella, el Alessandro de siempre estaba de vuelta.

—Me gustas mucho cuando te molestas, esa pose altanera tuya me resulta muy excitante y te salvas de que ahora mismo tenemos un viaje por delante. De lo contrario buscaría un lugar apartado para que tengamos… —Esta vez ella lo silenció colocando la palma de la mano sobre su boca.

—No hagas eso, Alessandro… no aquí por favor —pidió, sintiendo cómo las palabras de él la habían quemado por dentro, respiró profundamente para aligerar el deseo—. Quieres volverme loca, me haces rabiar, me pones nerviosa con tus brillantes ideas, me haces desearte a tal punto de querer decir que sí a todo lo que me propones —se calló cerrando los ojos para ordenar sus pensamientos.

—¿Quieres que tengamos sexo en el auto? —preguntó mucho más excitado de lo que estaba minutos atrás.

—Sí… es decir ¡No, claro que no! —esbozó sonrojándose—. Vas a hacer que nos descubran, o nos detengan por estar llevando a cabo actos inmorales en plena vía pública —señaló viéndolo con reproche.

—Bueno, tampoco dije que lo fuéramos a hacer en la rotonda de la vía *Bacchiglione* —esbozó sin poder contener la risa.

El hombre que llenaba el tanque tocó la ventanilla para ofrecerle a Alessandro el cambio, él se lo dejó de propina, el trabajador sonrió y le anunció que estaba listo, así que Alessandro encendió el motor y se puso en marcha una vez más, tomando la vía hacia Montepulciano.

Samantha se sumió en un largo silencio, aunque ganas de darle una respuesta a la ocurrente acotación de Alessandro no le faltaron, suspiró lentamente para calmarse y evitar caer en la histeria; después de tanto tiempo no terminaba de acostumbrarse a esos juegos que él siempre le hacía, que la exasperaban hasta la locura; porque ciertamente estaba jugando con ella, la idea de tener sexo en su auto no era real, solo la estaba probando como siempre, ¿verdad?

—Por aquí debe existir un lugar que nos sirva para nuestra próxima aventura —esbozó como si estuviera hablando del clima, mientras veía los desolados parajes a ambos lados del camino.

—Me niego rotundamente a caer en tu juego, Alessandro Bonanzierri —pronunció con la vista puesta al frente.

—¿Quién dijo que estoy jugando? Te hice una pregunta y tu respuesta fue afirmativa —acotó con media sonrisa.

—No, mi respuesta fue no y lo seguirá siendo, así que pierdes tu tiempo intentando provocarme, estás loco si piensas que haremos algo como eso —dijo con tono serio y el ceño fruncido.

—Bien, si tú no quieres desayunar es tu decisión, pero yo sí lo haré porque me muero de hambre —respondió jugando con ella.

—¿Desayunar? —preguntó Samantha desconcertada.

—Sí o… ¿Acaso pensabas que me refería a algo más preciosa? —inquirió mirándola a los ojos, actuando con tanta inocencia que estaba seguro la engañaría y después dejó ver una sonrisa cargada de malicia— ¿Querías hacer algo más Samantha? —Lanzó elevando una ceja.

—En lo absoluto querido —contestó ella jugando al papel de esposa—. A veces, solo a veces no te soporto —susurró hacia el cristal.

La carcajada que soltó Alessandro al escucharla llenó todo el espacio, y aprovechó la señal de pare en una calle para robarle un beso, se quedó con las ganas de prolongarlo cuando tuvo la vía libre para continuar.

Después de una hora la hermosa ciudad amurallada les daba la bienvenida, mientras en el interior del auto la voz de Samantha y Alessandro acompañaba con sumo entusiasmo a *Robbie Williams*, quien hacía gala de su potente tono en una versión en vivo de *Feel*.

I just want to feel real love
In a life ever after
There's a hole in my soul
You can see it in my face
It's a real big place.

Llegaron al restaurante en el centro histórico, que llevaba por nombre *A gambe di gatto*, era un lugar pequeño y acogedor con una fachada pintada de amarillo, un sitio donde deberían pasar desapercibidos. Los nervios se dispararon en el interior de Samantha en cuanto Alessandro detuvo el auto al otro lado de la calle donde estaba permitido.

—Insisto en que deberíamos comprar algo para llevar y comer durante el camino, igual no es mucho lo que falta, ¿no? —preguntó ella mirándolo directamente.

—No es algo prudente comer mientras se conduce Samantha, deja de ser cobarde, respira profundo, concéntrate y ayúdame a bajar, recuerda que tú eres mi guía —indicó colocándose unas gafas de sol *Ray Ban* estilo aviador, se movió buscando algo en la parte de atrás.

—¿Una vara? No puedo creerlo ¡En verdad no puedo creerlo! ¿Lo tenías todo planeado no es verdad? —inquirió sorprendida.

—Fue Lisandro quien me la dio y me propuso la idea hace años cuando me tocó esconderme en la villa, por si debía salir con alguna emergencia. Al principio se la lancé en la cabeza, porque evidentemente se estaba burlado el muy desgraciado, pero después le vi el lado positivo, y hasta estuve practicando, ven… vamos que es hora de poner mi puesta en escena, ayúdame a bajar —pidió con seriedad.

—Esto es una locura, en primer lugar, un ciego no conduce… solo espero que las personas no se den cuenta, de verdad eres un demente y estás intentando que yo acabe en un manicomio… no te rías, no se te ocurra hacerlo —lo amenazó al ver que sus labios se curvaban.

Alessandro adoptó su papel a la perfección, extendió la vara que quedó rígida en cuestión de segundos, la desplazaba delante de él con movimientos dudosos y lentos, mientras Samantha a su lado, que estaba aún más tensa que el bastón, lo guiaba llevándolo del brazo.

Con solo las gafas oscuras y una boina negra, no distanciaba mucho de su imagen actual, pero sabía que nada lo haría desistir, así que suspiró resignada y abrió la puerta del café. Lo llevó hasta una de las mesas del fondo con vistas a la calle, ayudándolo a sentarse como si en verdad se tratara de una persona con limitaciones, y tomó asiento junto a él, tensa como la cuerda de un arco listo para ser disparado.

—Bien, ya estamos aquí… y pasamos desapercibidos, ahora solo debes actuar con naturalidad, hacer el pedido a la chica que ya se aproxima y quitar esa cara de espanto, van a creer que te tengo secuestrada —esbozó con una sonrisa y le acarició el brazo para relajarla, buscando su mejilla como si no supiera donde se encontraba para darle un suave beso de agradecimiento.

—Te vas a ganar un Oscar. —Le hizo saber molesta, aunque no podía estarlo del todo, ese gesto de él la había cautivado una vez más.

Una chica de cabello rubio oscuro, alta, delgada y con hermosos ojos grises, que cubrían unos anteojos de montura aérea se acercó hasta ellos, extendiéndole el menú después de saludarlos. Samantha no lograba enfocar las letras ante sus ojos, todas bailaban y se veían borrosas, no era el hambre lo que provocaba esa reacción, ni las lentillas sino los nervios, luchó para que sus manos no temblaran.

—¿Nos puede dar un momento para decir lo que tomaremos por favor? —pidió con amabilidad manteniendo la conversación en italiano.

—Por supuesto señora, cuando estén listos me avisan —contestó con una sonrisa amable, posando su mirada más en él que en ella y después se alejó del lugar.

—¿Qué deseas? —preguntó en un susurro.

—Lo que escojas estará bien, recuerda que tú eres mis ojos desde que bajamos del auto, no me hagas perder la línea Samantha —respondió sonriendo, con la mirada perdida y ladeando la cabeza para escucharla.

—Al menos tú tienes unas líneas muy fáciles. —Se quejó mirando el menú, pasó por alto la risa burlona de Alessandro.

Le hizo una seña a la chica para que regresara, pidió algo ligero pues no tenía mucho apetito,

además que así le cobraría a él la gracia. Cinco minutos después la muchacha regresaba con sus platos, que contenían un desayuno típico italiano, los colocó con cuidado quizás creyéndose el papel de invidente de su compañero, les deseó buen provecho y se despidió con una sonrisa amable, dirigida esta vez a ella.

—Aliménteme señorita Steinberg, estoy hambriento —esbozó él con una sonrisa traviesa, se acercó a ella obviando los platos sobre la mesa, mirándola solo un instante.

—Intentaré no hacerte ahogar querido —mencionó con sarcasmo.

Samantha tomó un trozo de pan y lo lleno de mermelada y queso mascarpone, sabía que a él le gustaba esa combinación, despacio lo llevó hasta la boca de Alessandro y él separó los labios para recibirlo. Algo dentro de ella se estremeció cuando la lengua de él rozó ligeramente la punta de sus dedos, apretó los dientes para retener el jadeo y esquivó su mirada posándola de nuevo en el plato.

—Me gusta —susurró él refiriéndose más al acto de ella que a la comida en sí—. Come tú también, Samantha, tu café se pondrá frío si no lo tomas ahora —señaló deseoso de continuar.

Ella aprovechó la distracción y sujetó con cuidado la taza con el *latte macchiato*, le dio un sorbo al delicioso líquido que de inmediato llenó de calidez su boca, la dejó a un lado. Después tomó la de Alessandro, le dedicó una sonrisa al ver la que él le regalaba y lo ayudó a beber de la taza muy despacio. Al cabo de un rato la tarea había pasado de ser una verdadera locura a algo muy divertido, la mermelada fue la cómplice de él para retener en más de una ocasión la mano de Samantha y con suavidad saborearla de sus dedos.

—Dame un beso —pidió en un susurro acercándole el rostro.

—¿Ahora, aquí? —le cuestionó sorprendida.

—Sí, aquí y ahora… yo lo haría, pero se supone que no sé dónde están tus labios —contestó sonriendo.

Ella asintió con la cabeza y dejó ver una sonrisa nerviosa antes de acercarse a él, comenzó a rozar sus labios con los de Alessandro, solo toques de labios al principio. Rápidamente él tomó las riendas del beso, envolviendo el cuello de Samantha con sus manos se dispuso a besarla con intensidad, maravillado ante su belleza y su personalidad.

La pareja que estaba detrás no perdió detalle del intercambio, ambos habían quedado prendados de los recién llegados, mientras tomaban el desayuno con la misma rutina de todos los días.

—Qué suerte tienen algunos, yo con todos mis sentidos en perfecto estado y no he encontrado una mujer como esa —esbozó el hombre viendo el beso con cierta envidia.

—Pues para tu desgracia él puede estar ciego, pero sabe muy bien lo que hace, a diferencia de otros —acotó la mujer en contraataque, deseando ser ella quien estuviera en lugar de la pelinegra.

Alessandro terminó el beso lentamente, dejó ver esa sonrisa arrogante que lo hacía lucir tan atractivo, había escuchado las palabras de la pareja y algo dentro de él le exigía que diera una respuesta a los comentarios. Haciendo gala de todo su talento para la actuación buscó de donde provenían las voces, girándose sin llegar a mirar a la pareja directamente les habló, modulando su voz.

—Estar ciego no te impide sentir, por el contrario, hace que todo sea más intenso, ella me hace sentir y yo la hago sentir, eso es lo único que importa, eso y saber que es mía, solo mía —pronunció dejándole claro al abusivo rubio de quién era Samantha.

La mujer se sintió morir de la vergüenza, de inmediato se levantó de la silla esquivando la mirada de Samantha y segundos después, el marido la acompañaba saliendo por la puerta del

restaurante.

Mientras Samantha intentaba contener la risa que bullía dentro de su pecho, se sentía encantada con la actitud de Alessandro y como premio le dio otro beso, menos apasionado que el anterior.

—Con que tu mujer —acotó sonriente.

—Sí, mi mujer y espero que le haya quedado claro a él y a todos los demás que no han hecho otra cosa que mirarte desde que llegamos, aprovechando la ceguera de tu esposo —mencionó solo para ella, intentando no mirar directamente a ninguno.

—Eres un celoso y un posesivo insoportable… Pero me encantó que lo pusieras en su lugar —esbozó divertida, le acarició la mejilla.

La chica regresó con la cuenta y Samantha le dijo que tomara el cambio para ella, sintiendo la mirada insistente de la rubia sobre Alessandro, estaba segura que ella intentaba asociarlo con alguien, pero la actuación de él era tan buena que la tenía completamente despistada. Salieron del lugar y caminaron hasta el auto, él extrajo las llaves de su bolsillo y se las extendió a Samantha.

—Se supone que yo no puedo conducir, así que deberás hacerlo tú de aquí hasta Varese, Samantha, llévame al asiento del copiloto —le hizo saber cerca del vehículo.

—¡Gracias! Estaba loca por hacerlo de nuevo, sabes que me encanta tu auto —esbozó entusiasmada y le dio un beso rápido en los labios, después abrió la puerta y lo ayudó a entrar, doblándose para acomodarlo.

—Te vas a ganar un Oscar —le dijo él en tono de broma y sus ojos se posaron en los senos de Samantha, que la posición le mostraba con generosidad—. Y un premio además a los senos más hermosos y perfectos del mundo —agregó con una sonrisa sensual.

—Muy gracioso, siga sus líneas, señor Bonanzierri, se supone que usted no puede verme —acotó intentando parecer seria.

—Renuncio desde ya a mi papel entonces, no puedo estar sin verte Samantha —pronunció y la tomó de la cintura.

La hizo pasar por encima de él para colocarla en el puesto del piloto, pero antes de eso la besó con intensidad, sujetándole las caderas con ambas manos para pegarla a su cuerpo. Si bien ella no se animaba a tener sexo en el auto, pues al menos ese acto podía consolarlo hasta que lograra convencerla de hacerlo y esperaba que fuera pronto.

—Tienes que bajar por esta calle para salir, y de allí en adelante te guiaré a medida que avancemos. —Le hizo saber cuándo ella encendió el auto e hizo rugir el motor.

Buscó esta vez complacer a Samantha con la música, tomó su iPod y lo colocó en el reproductor, al azar eligió una carpeta, era la de Bon Jovi. La vibrante melodía de *Living on a prayer* inundó el interior del auto, y en cuestión de segundos ambos estaban acompañando al famoso rubio cantando el coro juntos y mirándose llenos de emoción, porque la letra de la canción podía adecuarse perfectamente a la situación que vivían.

We've got to hold on to what we've got
It doesn't make a difference
If we make it or not
We've got each other and that's a lot
For love… we'll give it a shot…
Whooaaaaaa! We're half way there
Whooooaaaa! Livin' on a prayer
Take my hand- we'll make it - I swear
Whooaaaa! Livin' on a prayer

Livin'on a prayer.

Samantha lo besó antes de girar a la izquierda en la Plaza Giulio Cesare, para tomar la vía Ezio y una nueva canción llenaba con su melodía el espacio, él le entregó una sonrisa sensual y traviesa.

—Esta es una de las mejores de la agrupación, y creo que nos va muy bien a los dos, ¿no le parece, señora escritora? —preguntó elevando una ceja en ese gesto tan perverso y atractivo.

—Puede ser señor actor… por qué no me la canta y comprobamos qué tan bien nos va, quizás hasta me anime a acceder a aquello que me pidió hace un rato y lo hagamos en nuestro viaje de regreso —mencionó queriendo darle una cucharada de su propia medicina, mientras sonreía y elevaba una ceja ella también.

«¡Te has vuelto loca Samantha Steinberg! definitivamente perdiste la cabeza. Acabas de abrir la puerta para Alessandro y ahora no te dejará en paz hasta que detengas el auto en algún paraje solitario para que puedan tener sexo…»

Eso le reprochaba su parte racional, pero el deseo que le recorría el cuerpo no dejó que la afectara, le mantuvo la mirada a Alessandro y luchó por no sonrojarse, quería mostrarse ante él desinhibida, sensual y segura de sí misma, volverlo loco de deseo, sobre todo, disfrutar de la sorpresa en su rostro, eso valía más que cualquier prejuicio moralista.

Él sonreía entusiasmado e incrédulo por la declaración de Samantha. La canción empezó y ni siquiera fue consciente de ello hasta que la vio a ella negar con la cabeza y burlarse de él, como si le hubiera dado miedo su propuesta. Dejó libre una carcajada mientras el coro le decía lo que ambos deseaban, se desabrochó el cinturón de seguridad para acercarse a Samantha y comenzó a cantarle al oído.

—***If you're ready, I'm willing and able, help me lay my cards on the table… You're mine and I'm yours for the taking. Right now the rules we made are meant for breaking.*** —Sus manos avanzaban por la cintura de Samantha rumbo a ese precioso par de pechos que lo enloquecían, le dio dos besos en el cuello y fue recompensado con un gemido que no pudo ahogar el sonido de la música.

—Sin hacer trampas, señor Bonanzierri, le dije «nuestro viaje de regreso» —acotó estremeciéndose sin poder evitarlo.

—***Lay your hands on me*** Samantha… ***lay your hands on me baby… Satisfaction guaranteed.***

Samantha sintió como toda su piel se erizaba, mientras él cantaba con toda la intención de provocarla y lo consiguió, aprovechó la luz en rojo del semáforo, para volverse con rapidez atrapando la boca de Alessandro en un beso cargado de deseo, ardoroso, profundo, de esos que los dejaban sin aliento, mientras su mano rozaba de manera descarada el fuerte miembro que mostraba cierta rigidez, le mordió el labio inferior y gimió viendo el tono de sus ojos que cambiaba de ese hermoso celeste que mostraba en las mañanas al azul zafiro que revelaba su deseo.

De pronto el sonido de cornetas de los demás vehículos los obligó a separarse, Samantha retomó el camino con la piel sonrojada y la respiración agitada, mordiéndose el labio y sonriendo.

Mientras Alessandro también sonreía, sintiéndose como el adolescente que es pescado en una travesura, suspiró y continuó con la canción, esta vez procurando no tocar a Samantha, y así evitar terminar estrellándose contra algún árbol al borde del camino o hacerla detenerse para calmar las ganas que había despertado en su cuerpo.

Capítulo 48

Llegaron al pueblo al fin y todo estaba exactamente igual a como Samantha lo recordaba, en cuatro años nada había cambiado y eso la llenó de emoción. Incluso la casa de los padres de Alessandro se veía idéntica, pero en cuanto entraron notó algo distinto; los muebles no estaban cubiertos por sábanas y el lugar en general parecía haber sido limpiado recientemente, se volvió a mirar a Alessandro y vio el desconcierto reflejado en su rostro también.

—Hola, Aless, mira nada más qué guapo luces… pero se han adelantado, tu mamá me dijo que llegarían mañana.

Mencionó una mujer sorprendiéndolos a ambos cuando entró al salón, sobre todo a Samantha que sentía el corazón latiéndole en la garganta al recordar lo de los benditos fantasmas del lugar, Alessandro tuvo que haberlo notado porque tenía esa sonrisa burlona.

—Hola, Margarita, gracias por lo de guapo, pero todos sabemos quién es la reina de Varese —expuso él con una gran sonrisa mientras se acercaba a ella para abrazarla.

—Majadero, aunque de eso no te queden dudas, he sido la única reina que ha tenido Varese… Pero dime, ¿cómo es eso que llegaron hoy? —preguntó mirándolo a los ojos.

—En realidad no estaba al tanto que mi familia venía —contestó.

—Sí, ya lo veo —esbozó la mujer con seriedad mirando a Samantha.

—No pongas esa cara mujer, mejor ven para que te presente a la futura madre de mis hijos —dijo sonriente.

—¡Vaya! Eso sí que es una novedad, tú hablando de hijos —comentó realmente sorprendida por la declaración del actor.

Alessandro hizo las respectivas presentaciones y minutos después Margarita trataba a Samantha como si la conociera de toda la vida, emocionándose cuando ella le comentó que era escritora y le prometió enviarle varios libros dedicados. Después de asignarle una de las habitaciones que ya había dejado lista, se despidió asegurándoles que estaría de vuelta en una hora con un exquisito almuerzo propio de la zona, y las compras que había encargado para llenar la despensa como le había pedido doña Emilia.

—Señorita Steinberg tenemos una hora para desarreglar esa impecable cama —susurró Alessandro parado detrás de Samantha cuando sintió la puerta principal cerrarse y empezó a besarle el cuello.

Después de un rápido encuentro sexual que no se llevó a cabo ni siquiera en la hermosa cama, sino en el diván de terciopelo púrpura frente a ésta, se dieron un baño juntos, pero con los cuerpos satisfechos, por lo que no tuvieron relaciones de nuevo, se pusieron algo más adecuado al clima y bajaron para disfrutar de una *guancia di vetello al Barolo*, que eran cubos de carne magra, hecha al horno en su propio jugo, con papas cocinadas también al horno y una exquisita versión de la ensalada caprese que incluía finas tiras de jamón serrano. Una nueva receta que Samantha podía agregar a sus favoritas, porque en verdad estaba deliciosa y como siempre, un maravilloso vino seleccionado por Alessandro.

A la una de tarde apenas podían mantener los ojos abiertos, así que dejaron a Margarita encargarse de lo que les hacía falta y ellos subieron para descansar un par de horas. Cuando Samantha despertó, la tarde caía y la casa se hallaba en completo silencio, por lo que dedujo que

la mujer se había marchado, dejó que Alessandro durmiera un poco más, debía estar agotado por haber hecho dos viajes tan largos.

Se puso de pie caminando hacia la ventana, que era en realidad una puerta que daba a un balcón, se quedó tras la cortina pues estaba completamente desnuda, siempre dormía así junto a Alessandro, había recuperado esa vieja costumbre que adquirió años atrás y no había vuelto a llevar, porque solo él le inspiraba la libertad para mostrarse sin recatos.

Luego de estar varios minutos observando el hermoso paisaje, recordó que había llevado su portátil pues había comenzado a escribir y cuando estaba en esos procesos no la dejaba en ningún momento, no sabía cuándo podía ocurrírsele una idea. Se acercó hasta donde había dejado su bolso y la sacó, la encendió posando su brazo en las cornetas para ocultar el sonido que hacía al iniciar, no quería despertar a Alessandro, le bajó todo el volumen y abrió el documento.

—Samantha, ven a la cama —esbozó él medio dormido.

—No quería despertarte… lo siento —susurró mirándolo.

—Tranquila, solo me extrañó no sentirte cerca, ven y haz lo que estés haciendo desde aquí. —Le pidió extendiéndole la mano.

—Ok, pero sigue durmiendo —dijo regresando hasta la cama.

Le dio un toque de labios y se tendió sobre su estómago quedando con la cabeza a los pies de Alessandro, para evitar que el sonido de las teclas lo molestara, aunque estaba solo leyendo evitaría hacer ruidos, dejó ver una sonrisa al sentir que él apoyaba a cabeza junto a sus pies, dejando que la respiración cálida y acompasada le calentara la piel.

Alessandro despertó después de unos minutos parpadeando para ajustar su vista a la tenue oscuridad de la habitación, el sol estaba cayendo, pero aún sus rayos aportaban un poco de claridad, además del resplandor que brindaba la portátil. Él la recorrió con la mirada sintiendo en su corazón una maravillosa sensación de felicidad, amaba a esa mujer y se sentía fascinado por ella incluso cuando la veía trabajar, sobre todo si lo hacía desnuda; llevó la mano hasta el perfecto trasero para acariciarlo.

—Veo que ya despertó, señor Bonanzierri —susurró ella sonriendo y se volvió para mirarlo por encima del hombro.

—Te ves hermosa —esbozó sonriendo, sintiendo el deseo despertar.

—Me veo igual que siempre —dijo ella mirándolo divertida.

—Pues siempre luces hermosa —indicó moviéndose para quedar en su misma posición, cubriéndola con su cuerpo y percibiendo el temblor en ella cuando dejó caer un par de besos en su nuca después de hacer el cabello hacia un lado—. ¿Guardaste los cambios? —Le preguntó al oído refiriéndose al documento, ella asintió con la cabeza y él alejó la portátil de sus manos, cerrándola con cuidado para colocarla sobre el diván.

Samantha sentía cómo su cuerpo se convertía en una hoguera, el peso de Alessandro sobre ella la calentaba y excitaba como nada en el mundo, suspiró cerrando los ojos al sentir la firme erección deslizarse sobre su trasero y tembló cuando el mordió con suavidad su hombro, no pudo retener el jadeo que brotó de sus labios ante ese gesto.

—Relájate, preciosa. —Le susurró deslizando sus manos por los costados de Samantha, deleitándose con su suave piel y suspiró en su nuca antes de comenzar a descender, dibujando un camino de besos a lo largo de su espalda—. Me encanta tu olor… tu piel… tu sabor —pronunciaba entre besos, dejando uno lento y húmedo en cada una de las turgentes nalgas, sonrió al ver cómo ella elevaba las caderas en una silenciosa y sensual invitación para que continuara.

Samantha sentía que se derretía bajo el influjo de los besos de Alessandro, él tenía un poder de seducción tan grande que la dejaba sin voluntad, andando a la deriva en ese mar de placer que

creaba para ella. Lo sintió bajar por sus muslos, trazando un camino con sus labios hasta detenerse en ese sensible espacio detrás de sus rodillas, y depositar un beso pausado que fue acompañado por una leve mordida, después una caricia de su lengua que buscó aliviar ese delicioso dolor que recorrió todo su cuerpo, hasta desembocar en su intimidad, provocando que los músculos se contrajeran deseándolo con locura. Jadeó cuando Alessandro la jaló con suavidad de las caderas para dejarla en medio de la cama y apartó las almohadas, quedándose solo con una.

—Levanta las caderas, Samantha —expresó con la voz ronca y la instó apoyando su mano en el hueso de la pelvis.

La vio recoger sus rodillas y codos para hacer lo que le pedía, metió la almohada debajo de ella dejando su trasero más elevado que el resto de su cuerpo, le juntó las piernas con suavidad y una vez más la ponía bajo él, gimiendo al sentir la necesidad en ella cuando sus caderas lo buscaron.

—Me estás enloqueciendo —esbozó Samantha que se sentía temblar ante tanta expectativa, era como si Alessandro nunca la hubiera tocado.

Así sentía hacer el amor con él, siempre descubriendo nuevas sensaciones y emociones, llegando más alto cada vez que la hacía tener un orgasmo, exigiéndole sin palabras que le entregara todo, lo pudo comprobar cuando le sujetó las caderas para penetrarla lentamente.

—Tú me hiciste perder la cabeza hace mucho, Samantha —susurró él mientras se mecía suavemente, apoyando sus pies en la cama.

Ella jadeó la sentirlo tan profundo y poderoso en su interior, no tenía que ir de prisa pues ese ritmo lento también le daba un placer intenso, había descubierto que sin importar la manera en la cual Alessandro la tomara, siempre la llenaba de gozo. Apoyó sus pies en la cabecera de madera cuando él comenzó a ir más rápido, giró la cabeza hacia un lado para dejarla descansar mientras gemía ante cada penetración.

Él comenzó a darle besos en el hombro, subiendo por su rostro a la comisura de sus labios para acariciarlo con su lengua, pidiéndole a ella que abriera la boca para entrar y el primer roce de sus músculos calientes los hizo gemir. Las sensaciones que le provocaba Samantha lo hacían desear más y más, ella en verdad era única para él, no podía nunca compararla con ninguna otra, porque sencillamente nadie se entregaba como lo hacía su mujer. Le soltó las caderas para buscar los brazos y deslizó sus manos hasta encontrar sus dedos, entrelazándolos con los suyos mientras aumentaba el vaivén de sus caderas.

Los sonidos que llenaron la habitación dispararon la excitación en ambos, ella empujaba el cabecero contra la pared haciéndola chocar cada vez que lo sentía entrar en su cuerpo con contundencia, jadeando con los ojos cerrados mientras sentía sus músculos tensarse un poco más a cada minuto, y cuando estaba rozando el cielo con sus dedos él cambió de posición con tanta rapidez, que ella apenas tuvo tiempo de liberar un grito de placer al sentirse invadida con mayor poderío.

Alessandro había rodado sobre su espalda llevándola con él para tenerla encima, moviéndose desde abajo para evitar separarse, pasó un brazo por los senos de Samantha y otro por su cadera mientras empujaba dentro de ella con desespero para ir tras esa liberación que ansiaba tuvieran juntos. La sintió separar las piernas dejándolo en medio y apoyándose con la punta de los pies en la cama, comenzó a moverse a un ritmo igual de frenético, resbalando sobre su cuerpo húmedo y caliente que a cada segundo tensaba con mayor fuerza.

Samantha se aferró con una mano al brazo de Alessandro que estaba sobre sus senos y ejercía una presión dolorosa pero excitante, mientras que con la que le quedaba libre buscó la mano de

él que le apretaba la cadera y la llevó hasta la unión de sus cuerpos, pidiéndole con gesto que la tocara, porque no lograba encontrar su voz para expresarlo.

—Vente conmigo, Samantha —pronunció en su oído justo antes de gemir con fuerza contra su cuello y tener la primera descarga.

Ella liberó un jadeó que pareció romperle la garganta y su cuerpo empezó a convulsionar, cerró los párpados con fuerza mientras gritaba palabras que ni siquiera entendía, las lágrimas hicieron acto de presencia bajando densas y tibias por sus sienes, cuando sintió la fuerza del maravilloso abrazo que le brindó Alessandro y que la mantuvo en un estado idílico sin saber por cuánto tiempo.

—Creo que he muerto y estoy en el cielo —esbozó Samantha minutos después, con la voz ronca, los ojos cerrados y una gran sonrisa.

—¿Te inspiraré ahora para escribir poesía? —preguntó Alessandro sonriendo mientras la mantenía abrazada a él.

—Tú me inspiras para todo, Alessandro… me inspiras a volar muy alto, a vivir —expresó dándole a su corazón plena libertad para hablar.

—Te amo tanto… tú también me inspiras a volar, tú eres mi cielo, Samantha —dijo haciendo más estrecho el abrazo y le besó el cuello.

Una vez más ambos rogaban para que el tiempo se detuviera en ese instante y poder permanecer tan unidos, con la certeza de que no habría más despedidas, ni el insoportable dolor producto de la ausencia, que estarían juntos para toda la vida y así se sumieron en un profundo sueño.

∞∞∞

Despertaron de nuevo cerca de medianoche cuando sus estómagos les exigieron alimento, bajaron para prepararse unos emparedados. Una hora después, regresaban a la habitación con la intención de darse una ducha y acostarse temprano, puesto que la familia de Alessandro llegaría a media mañana y habían planeado recibirlos con un desayuno.

Ella deslizaba sus manos cubiertas de jabón por el cuerpo de Alessandro, disfrutando la sensación de los fuertes músculos bajo la suave y cálida piel, brindándole un gesto aparentemente casual. Pero cuando sus miradas se encontraron, él supo interpretar sus verdaderos deseos y le dedicó una hermosa sonrisa.

—Vas a acabar conmigo… juro que vas a acabar conmigo, Samantha Steinberg —susurró contras los labios rojos de ella.

—No seas exagerado y piensa que debemos aprovechar el tiempo, porque cuando lleguen tus padres, ni sueñes que me voy a escapar contigo a cada rato para que tengamos sexo. —Le advirtió rodeándole el cuello.

Él sonrió subiéndola en vilo mientras con la mirada le pedía que lo envolviera con sus piernas. Ella lo hizo de inmediato sintiéndose feliz por haber conseguido su objetivo. Un segundo después ambos estaban unidos y acoplados perfectamente, sus cuerpos se movían sincronizados entre gemidos y jadeos, besos, succiones y mordiscos. Deslizándose por el agua que los empapaba mientras los movimientos cada vez más enérgicos hacían chocar sus cuerpos, creaban una fricción y una melodía que los estaba llevando a la locura.

Él comenzó a sentir que sus piernas flaqueaban y aunque no quería separarse un instante de Samantha tampoco deseaba que ambos terminaran cayendo y ella se hiciera daño, separó sus

labios de los de ella, primero para tomar aire y poder hablar.

—Necesito que te pongas de pie, Samantha… —le dijo en un murmullo y con la respiración agitada.

—¿Por qué? —preguntó alarmada.

Él dejó ver una sonrisa y le acarició la mejilla con una mano, mientras la otra la sostenía por la cadera, le dio un suave beso en los labios para borrar la angustia de sus facciones y le explicó.

—No soy el hombre de acero y mis piernas, aunque bien entrenadas están a punto de fallarme… si no te bajo ahora terminaremos en el suelo… creo que has empezado a sufrir los resultados de comer tanta pasta —respondió en tono de broma.

—¡Tonto! Yo no estoy gorda… la culpa es de tus piernas de avestruz —lo culpó dándole un golpe en el hombro y al ver el asombro reflejado en el rostro de Alessandro comenzó a reír.

Él hizo un gesto de dejarla caer por burlarse y ella se asustó aferrándose con fuerza a su cuello, pero al ver la sonrisa pícara que esbozó le dio otro golpe, después le desordenó el cabello lanzándolo todo hacia su cara y comenzó a reír como una niña.

—¡Samantha que no puedo ver! —La regañó intentando mostrarse serio, pero también sonreía.

—No necesitas verme… solo tienes que sentirme —susurró y comenzó a besarle el cuello, mientras le acariciaba la espalda y los hombros lentamente, tomándose su tiempo en pasear su lengua por el cuello grueso y tibio de Alessandro, disfrutando de escucharlo gemir y ese excitante temblor que le regalaba—. Bájame. —Le pidió al oído y antes de eso recorrió con su lengua del pabellón hasta el lóbulo.

Él lo hizo muy despacio, sonriendo al ver que las piernas de ella también flaqueaban, le dio un beso en el cuello y se disponía a tomarla de nuevo cuando Samantha negó con la cabeza, lo tomó de la mano para sacarlo de ese lugar. Alessandro intentó preguntarle algo, pero ella solo dejó ver una sonrisa y le dio un suave beso en los labios callándolo.

Abrió la puerta corrediza y caminó con él hasta un sillón de dos puestos que se encontraba junto al vestidor, lo hizo sentarse en la oscura piel terracota que debió estar fría por el gesto en la cara de Alessandro.

—¿Cómodo, señor Bonanzierri? —preguntó mirándolo a los ojos con una seductora sonrisa que iluminaba su mirada.

—Mucho —respondió admirándola.

—Perfecto —esbozó Samantha y se montó sobre él a horcajadas, dejándolo en medio de sus piernas, bajó despacio hasta rozar sus intimidades—. ¿Desea continuar o está muy cansado? —inquirió en un tono arrogante mientras sonreía sintiéndose dueña del momento.

—Estás muy graciosa, yo que tú mido mis palabras, a menos que estés dispuesta a recibir una tunda por altanera. —La amenazó.

—Dame las riendas y verás quién termina recibiendo una paliza —susurró en medio de un gemido y bajó deslizándolo en su interior, sintiéndolo llegar muy profundo, disfrutando del temblor que le entregó.

Ella comenzó a moverse con suavidad, tomándose su tiempo para irlo excitando de a poco hasta llevarlo al mismo estado de antes, pudo sentir al cabo de un minuto que Alessandro no podía mantener una actitud pasiva y quiso tomar el control imponiendo un ritmo más acelerado, tomándola por las caderas. Samantha jadeó ante la secuencia de sus penetraciones, pero no estaba dispuesta a abandonar su objetivo, así que moviéndose se alejó de él y se dio la vuelta para darle la espalda, intuyendo que así tendría más control. Se sentó sobre las piernas de Alessandro, mirándolo por encima del hombro y pidiéndole que la dejara llevar las riendas de ese

encuentro.

Alessandro intentó quedarse quieto mientras, Samantha comenzó a meterlo dentro de ella con movimientos lentos, pero que lo llevaban a lo más profundo de su cavidad. Mientras dejaba caer suaves besos en la espalda tersa de ella, desde el inicio siguiendo toda la columna hasta donde podía alcanzar, llevando sus manos a los senos de Samantha para acariciarlos y disfrutó de esas secuencias de gemidos que ella le entregó y de ese gesto sensual y espontáneo cuando lanzó su cabello hacia atrás; cerrando los ojos para elevar el rostro colmado de placer al cielo.

Ese gesto hizo que Alessandro desviara su atención al espejo frente a ellos y casi se corrió ante la imagen que le mostró Samantha. Perfecta, hermosa, sensual y asombrosamente erótica; la piel sonrojada y brillante, cubierta por una ligera capa de sudor que la bañaba, el cabello húmedo que se pegaba a su rostro, sus ojos cerrados y los labios entreabiertos. Ella se pasó la lengua por los labios y Alessandro sintió cómo sus testículos se tensaban ante la primera reacción de un orgasmo en puertas.

—Samantha… qué cuadro más excitante me estás entregando… siento que apenas puedo contenerme… eres perfecta mujer y eres mía —susurró contra la piel cálida de su mujer.

La pegó más a su cuerpo mientras veía en el espejo cómo sus manos grandes y fuertes se apoderaban de los delicados senos, los estrujó con fuerza y ella gimió en respuesta, después pasó la lengua por el cuello hasta llegar a su oído, mordió ligeramente la nuca y Samantha gimió, presionando sus músculos internos que comenzaron a temblar ante la primera ola de espasmos que precedían al orgasmo.

—Alessandro… —susurró y meció sus caderas con premura hacia delante y hacia atrás, sentía cómo el glande de él golpeaba su interior.

—¿Quieres esto? —Comenzó a moverse.

—¡Sí! —exclamó y jadeó con fuerza cuando él aumento el ritmo.

Samantha se lanzó hacia delante apoyando la punta de sus pies en el suelo y extendiendo más su pelvis, abriéndose para Alessandro hasta que todo él estaba dentro de ella, llevó sus manos temblorosas a los fuertes brazos de él que la rodeaban, comenzó a subir y a bajar. Apretando los párpados con fuerza, sintiendo que todo su cuerpo se deshacía.

El orgasmo que se apoderó de su ser fue como una explosión que no dejó nada en pie, arrasó con todas sus barreras llegando a cada resquicio de su cuerpo, tocando fibras que ella no sabía que existían, pero que había descubierto junto a él.

—Samantha… —Gruñó soltando una primera descargar de su semen muy dentro de ella, le hundió los dedos en el botón rosado e hinchado y de nuevo la vagina de ella se humedecía y lo apretaba con fuerza—. ¡Samantha! —exclamó al sentirse ordeñado y liberó una secuencia de descargas que calientes y espesas, se estrellaban muy profundo en ella.

Samantha lo sintió llenándola y un nuevo orgasmo la barrió estremeciéndola, haciéndola sollozar; sus piernas temblaron y sintió que caería desmayada en el piso. Buscó apoyo en Alessandro dejándose ir hacia atrás, descansando su cuerpo desmadejado en el pecho de él que subía y bajaba en busca de aire.

—Samantha… abre los ojos. —Le susurró con una sonrisa.

—No puedo —esbozó ella sintiéndose muy cansada.

—Por favor… quiero que veas algo —le pidió acariciándola.

Ella lo hizo a duras penas, parpadeó y fijó su mirada en él, pero Alessandro le movió el rostro para hacer que viera hacia el frente y sus ojos entrecerrados se abrieron de golpe, cuando vio el gran espejo de cuerpo entero que le devolvía el reflejo de ambos. Desnudos, agotados, con las pieles sonrojadas y sudadas, las miradas brillantes y esa cara de satisfacción que nada en el

mundo lograría disimular.

Ella se sintió hechizada ante la imagen, no podía apartar su mirada de ese cuadro tan sensual y erótico que veían sus ojos, era más que eso, era lujurioso y tan íntimo. Sentía su corazón como una locomotora, golpeando con fuerza.

—¿Nos viste todo el tiempo? —preguntó volviéndose a mirarlo, parpadeó aún abrumada por la imagen de sus cuerpos desnudos.

—Sí… no desde el principio… pero buena parte y no te imaginas lo excitante que fue —susurró contra sus labios y después los acarició con la lengua, sonrió cuando ella tembló.

—Quiero hacerlo… —pidió Samantha con la mirada cargada de curiosidad y deseo—. Quiero vernos… quiero ver cómo me haces tuya, cómo te ves mientras te mueves dentro de mí —pronunció con la voz ronca por ese par de orgasmos seguidos y por el anhelo que esa imagen mental había despertado en ella.

Alessandro dejó ver una sonrisa ladeada, ésa que tanto le gustaba, ella tembló ante el intenso brillo de sus ojos, él asintió y eso hizo que todo en el interior de Samantha se contrajera de expectativa.

Esa noche sus cuerpos vivieron y vieron el placer reflejado en más de una ocasión y ella terminó siendo igual o más voyerista que Alessandro ante la imagen de sus figuras uniéndose hasta volverse uno solo. Su cómplice: el espejo. Viajó con ellos a varios rincones de la habitación, todos y cada uno de aquellos donde podía reflejar perfectamente el derroche de pasión que esa noche se dieron la libertad de vivir. Los primeros rayos del sol, los encontraron exhaustos, saciados, radiantes y maravillosamente felices.

∞∞∞

Los miembros de la familia Bonanzierri tomaron el primer tren desde Roma hasta Milán, y después de un viaje de casi tres horas al fin llegaron hasta la capital de la moda italiana. Sin embargo, su travesía no finalizaba allí, los dos autos que habían alquilado los esperaban para llevarlos hasta el hermoso poblado de Varese, a una hora de este. Todos los años para esa misma fecha ellos optaban por irse allí al menos una semana, a ese lugar al norte de Italia para escapar del agobiante calor que hacía por el verano, mientras otros se marchaban a las playas para disfrutar de las cálidas aguas del mediterráneo y conseguir un hermoso bronceado.

—Creo que debimos desayunar en Milán, la comida del tren no calmó mi apetito —mencionó Lisandro de manera casual.

—Llegaremos dentro de poco, amor y tu apetito parece no saciarse nunca, de continuar así vas a terminar engordando —acotó Vittoria sonriéndole al ver que fruncía el ceño.

—Soy un tipo deportista y me mantengo muy bien. —Se defendió.

—Te recordaré demostrármelo hoy en la noche. —Le susurró al oído para que el chofer no los escuchara.

Él le entregó una sonrisa cargada de picardía y la besó sin importarle que no estuvieran solos, la verdad nunca se cohibía en darle muestra de cariño a su novia por estar en público, él no era como su hermano Alessandro que debía estar cuidando todo lo que hacía y decía, en ese aspecto le agradecía a la vida no ser famoso.

Al bajar, lo primero que vio Lisandro fue el Maserati negro de su hermano, estaba seguro de que era el de Alessandro pues él lo reconocería a metros de distancia. Dejó ver una sonrisa imaginando quién sería su acompañante, comprendiendo de inmediato por qué no le había

contestado las llamadas, allí los teléfonos móviles tenían pésima señal.

—Parece que tenemos invitados —esbozó y su sonrisa se hizo más amplia al ver la sorpresa en las expresiones de sus progenitores.

Ellos también reconocieron el auto, llenándose de emoción de inmediato pues tenían más de un mes que no veían a Alessandro, pero Paula no se sintió tan feliz pues sabía que una vez más, toda la atención iría a parar a la estrella de la familia y seguramente a su espléndida novia.

—Seguro llegaron anoche porque hablé con Margarita ayer en la tarde y no me mencionó nada al respecto —indicó Emilia sonriendo.

Como era de suponerse el trayecto hasta la mansión se hizo con más prisa de lo planeado, pues ahora tenían un incentivo mayor para llegar hasta allí, pero como ese no era el mismo de Paula, ella sí disfrutó del paisaje que le aportaba tanta calma y se detuvo en el muro de piedra, viendo con algo de resentimiento cómo sus padres ni siquiera se percataban de su ausencia, pero al menos Lisandro sí lo hizo y regresó por ella, rodando los ojos ante la actitud de sus progenitores para hacerla sonreír y le extendió la mano con una calidez a la cual no pudo negarse.

—Alessandro hijo ¿estás aquí? —preguntó Emilia entrando.

—Madre lo llama como si estuviera invocando su espíritu. —Se burló dejando la maleta en el salón.

—¡Lisandro! —Ella lo reprendió de inmediato, en verdad nunca pensaba madurar ese hijo suyo.

—Si llegaron anoche tarde deben estar descansando, Emilia —mencionó Flavio mirando hacia la escalera.

—O preparándoles un delicioso desayuno para recibirlos —pronunció Alessandro entrado a la sala acompañado de Samantha.

—¡Mi pequeño! —esbozó de inmediato Emilia al verlo.

Él corrió y la abrazó levantándola del suelo mientras dejaba caer muchos besos en las mejillas de su madre y reía sintiéndose feliz por verla, aunque le gustaba vivir su tiempo a solas con Samantha no le molestaba la presencia de sus padres allí; por el contrario, le animaba poder compartir con ellos y que la fueran adoptando como parte de la familia, ya que sus planes eran que muy pronto lo fuera.

Samantha veía el cuadro y se sentía feliz al ver al hombre que amaba disfrutar de las atenciones de su madre como si fuera un niño, no pudo evitar ver la abismal diferencia que existía entre sus familias una vez más. Ella nunca vio a su madre tratarlos de esa manera, ni siquiera con Nicholas cuando regresaba de las peligrosas misiones que a veces debía cumplir. En ese instante se prometió que cuando tuviera la dicha de ser madre, sería como Emilia Bonanzierri.

—¿Cuándo llegaron? —Fue la primera pregunta de Emilia.

—Ayer al mediodía, pero le pedimos a Margarita que no te dijera nada para darles la sorpresa —contestó mirándola.

—Emilia es un placer verla de nuevo —la saludó Samantha.

Ya había aprovechado la reunión de madre e hijo para saludar a los demás, incluso con Paula que solo le dedicó un escueto «Hola» y un «Bien» cuando le preguntó cómo se encontraba, pero pudo notar que miraba con cierto celo la unión entre Alessandro y su madre, por lo que fue tomando notas mentales para descubrir lo que le ocurría.

—Samantha, querida, a mí también me alegra mucho verte… bienvenida a nuestra casa —expresó abrazándola.

—Muchas gracias, es muy hermosa… en realidad parece un sueño.

—Es maravilloso que Alessandro te trajera este fin de semana para conocerla… —decía cuando su hijo la interrumpió.

—En realidad ya hemos estado aquí antes madre —acotó captando la atención de su familia y al ver el interés en sus miradas continuó—. Traje a Samantha hace cuatro años, y puedo jurar que fue aquí donde se enamoró perdidamente de mí —agregó mostrándose orgulloso.

—Tu hijo es tan modesto, Emilia —puntualizó ella sonriendo.

Comenzaron a reír ante la acotación, pues sabían que ella tenía toda la razón, él había pecado de arrogante y vanidoso, no quedaban dudas que estaba muy enamorada, en realidad los dos lo estaban. Pues a él nunca lo habían visto mirar de esa manera a otra mujer.

—Eso no es nada, espera a que lo conozcas mejor —mencionó Paula que era la única que no reía—. Permiso… iré a mi habitación para descansar, el viaje me dejó extenuada —dijo y subió las escaleras.

—¿No vas a desayunar? —preguntó Alessandro ignorando el desaire que intentaba hacerle una vez más.

—No, no tengo hambre, gracias —respondió sin volverse a mirarlo mientras subía junto a su maleta.

—Vamos, cabezota… que yo sí muero de hambre y me comeré el plato de ella —mencionó Lisandro llevando su mano al cabello de su hermano en un gesto cariñoso, consciente de cuánto le dolía a Alessandro la actitud de Paula y sobre todo cuánto lo frustraba.

Samantha comprendió el silencio que los envolvió a todos ante la actitud de la chica y se sintió apenada por esa situación, ella no era buena para dar consuelo, eso lo sabía muy bien. Pero su deseo por ver a Alessandro otra vez feliz hizo que se acercara a él y le regalara una sonrisa para animarlo, le acarició la espalda dándole un beso en la mejilla.

—Vamos antes de que Lisandro nos deje sin comida —susurró mirándolo a los ojos y le guiñó un ojo para hacerlo sonreír.

Se habían levantado dos horas antes, y se mantuvieron despiertos por las tazas de café expreso que bebieron cada uno, además de la emoción que representaba la llegada de la familia y nada lo arruinaría.

Del almuerzo se encargaron Flavio y Lisandro, demostrándole a Samantha que los hombres Bonanzierri eran los expertos en la cocina, mientras que ella y Alessandro conversaban con Emilia y Vittoria sobre cosas del rodaje de la película y los comentarios de la prensa; además la psicóloga aprovechó la ocasión para conocer un poco más de su futura nuera. Preguntándole primero por sus gustos y después por su familia, notando que Samantha se cohibía un poco al hablar de sus padres, sin embargo, cuando llegó el turno de sus hermanos se le vio más suelta y comprendió que tal como le había comentado Alessandro una vez, ella había vivido condicionada por las imposiciones de sus progenitores.

Durante el almuerzo Samantha trató de recabar más información acerca de Paula, intentado entablar una conversación con ella, que por cortesía le respondía, pero solamente con respuestas vagas, sin hacer énfasis en ninguna y eso empezó a darle pistas. Después se retiraron a descansar para el alivio de Alessandro y Samantha que ya no sabían cómo disimular que se caían de sueño.

Samantha estaba a punto de volverse loca por no dar con lo que le sucedía a Paula y después de la cena, aprovechó que ella se había retirado hacia la terraza para seguirla y tratar de averiguar un poco más, apuntaría a lo primero que pensó, que todo tenía que ver con algún chico. Entró al lugar fingiendo que deseaba observar el espectáculo que brinda el cielo, y que no había notado su presencia allí, Alessandro estaba jugando ajedrez con su padre y no sería extraño que ella

quisiera distraerse un poco.

—Perdón… no sabía que estabas aquí —mencionó volviéndose para mirarla sentada en un rincón con su iPad—. ¿No te molesta que esté aquí verdad? —preguntó al ver que no recibía respuesta.

—No, puedes estar donde quieras… eres la novia de mi hermano —respondió mostrando que le daba igual.

—Sí, aunque siempre me ha gustado respetar el espacio de los demás.

—Puedes hacer lo que desees, aunque supongo que no debe ser fácil tener que soportar a Alessandro todo el tiempo, y de paso que ahora su familia no haga más que hablar de todas las cualidades que posee —comentó dejando ver el rencor que sentía.

—¿Por qué lo odias tanto? —Le preguntó sin rodeos.

—Yo no lo odio. —Se defendió de manera automática, aunque le hubiera gustado decir que sí lo hacía, para que ella se largara de una vez.

—Cualquiera que viera la manera en cómo lo tratas diría que sí, o que estás buscando castigarlo por algo. ¿Qué hizo que te lastimó tanto Paula? —inquirió una vez más mirándola a los ojos.

—Él no me hizo nada… —decía, pero no pudo continuar pues la novia de Alessandro la detenía de nuevo.

—¿Entonces quién fue? Porque algo debió haberte pasado para que cambiaras de esta manera —cuestionó evitando que rehuyera.

—Eso no es tu asunto y además tú no me conoces para saber si he cambiado o no. Si lo que intentas es que vaya y le rinda pleitesías a Alessandro como hacen todos los demás estás perdiendo tu tiempo… creía que eras una mujer inteligente y distinta a las demás, pero veo que me equivoqué —mencionó con un todo duro que diera por terminada esa conversación y se puso de pie para marcharse.

—No pretendo nada de eso, pero sí me gustaría que volvieras a ser la chica maravillosa de la cual Alessandro me habló hace cuatro años, aquella que irradiaba vida y alegría, la que pasaba horas hablando por teléfono con él, la adolescente que adoraba a su hermano no por ser un actor aclamado, sino porque sabía que ella era la luz de sus ojos… y sigues siéndolo Paula, él sigue adorándote —esbozó con la voz ronca porque le dolía que ella fuera tan ciega y egoísta, que lo hiciera sufrir.

Aunque se quedó parada escuchando todas las palabras que esa mujer le dijo no respondió, no podía hacerlo porque notaría que estaba llorando. Se había prometido no hacerlo de nuevo y menos por culpa de Alessandro, aunque en el fondo él no era el verdadero culpable de lo que le había sucedido, no existía otro responsable que ella.

Capítulo 49

Samantha la vio salir de ese lugar sin decirle una sola palabra, ni siquiera se volvió a mirarla; así que por un instante se llenó de miedo al no saber si se había extralimitado, si había terminado por arruinar la relación entre Alessandro y su hermana. Levantó la mirada al cielo que como siempre lucía hermoso con millones de estrellas, al tiempo que alzaba una plegaria para que lo que había hecho no trajera consecuencias negativas, pues no soportaría ver a su novio sufrir todavía más por Paula.

—Bueno, Samantha, tú nunca has eludido tu responsabilidad, así que no te queda más que contarle a Alessandro lo que hiciste… que él esté al tanto para que no lo tome por sorpresa si Paula le reclama. —Se dijo a sí misma saliendo del salón—. Y la próxima vez no te dejes llevar por tu curiosidad, ya ves que solo te mete en problemas.

—Te estaba buscando ¿dónde estabas? —preguntó Alessandro con una sonrisa cuando la encontró en medio de la escalera.

—Fui hasta el salón superior… —decía cuando él la detuvo.

—¿Estabas recordando? —inquirió de nuevo en un tono sugerente apoyando sus manos en las caderas de Samantha—. Si quieres podemos escaparnos a ese lugar cuando todos se vayan a dormir —propuso con una sonrisa y le miraba los labios con deseo.

—Vas a acabar conmigo, Alessandro Bonanzierri —se quejó como hiciera él durante la madrugada, le acarició el pecho liberando un suspiro, consciente que debía decirle la verdad—. Estaba hablando con Paula —vio la sorpresa reflejada en los ojos azules y también varias interrogantes, así que se apresuró a contestar—. Quería charlar con ella un rato y no sé, intentar averiguar por qué había cambiado tanto, por qué se siente tan resentida contigo…

—¿Qué hiciste qué? ¡Samantha, por favor! —La detuvo molestándose por lo que hizo—. No tenías que hacer nada de eso.

—No te pongas así… no lo hice por mal, podemos ir a la habitación. Todos nos están mirando —pronunció viéndolo a los ojos, sintiéndose apenada por la reacción de la familia de Alessandro.

—Ven —mencionó tomándola de la mano y subió las escaleras con ella sin siquiera despedirse o excusarse con los demás.

Caminaron en silencio por el pasillo, al llegar a la recámara él cerró la puerta y pasó el pestillo para asegurarse que nadie viniera a inmiscuirse, ya conocía a su familia. Se volvió para mirar a Samantha exigiéndole una explicación sin palabras, solo con su actitud.

—Alessandro, yo no quise… ya sé que no debí meterme en este asunto, que me tomé atribuciones que no me correspondían y merezco que te enojes conmigo. Pero te aseguro que no lo hice para traerte problemas… yo solo quería… —Se detuvo porque el nudo en su garganta no la dejaba continuar, se sentó al borde de la cama clavando la mirada en sus manos, suspirando para liberar la presión en su pecho.

Él inhaló profundamente para relajarse, la imagen que mostraba Samantha lo golpeó en el pecho haciéndole ver que había actuado mal, ella solo había querido ayudar y él en lugar de agradecerlo se lo reprochaba, estaba molesto sin saber siquiera el motivo real, quizás era por esa maldita manía que se había impuesto de tratar a Paula con guantes de seda, él temor de sentir que

si la presionaba o la enfrentaba iba a terminar perdiéndola de manera definitiva.

Caminó hasta Samantha sintiéndose más calmado y se puso de cuclillas frente a ella, le tomó las manos mientras buscaba su mirada para hablarle haciéndolo a los ojos, que viera que sentía mucho haberse mostrado así con ella y sobre todo delante de su familia.

—Amor, mírame —le pidió al ver que ella se negaba a darle la cara, llevó su mano hasta la barbilla para subirla, ver que estaba a punto de llorar le estrujó el corazón—. Perdóname por haberme portado como un idiota, no vuelvas a decir que tomas atribuciones que no te corresponden, porque tú eres parte de mi vida y todo lo que tenga que ver con esta te concierne… así como yo me he inmiscuido en la tuya, tú también tienes derecho de hacerlo con la mía —expuso mirándola.

—Pero te molestó que hablara con Paula. —Intentó reprocharle.

—Me molestó porque no deseo que te veas expuesta a su rechazo, ni que ella haga o diga algo que te lastime… yo solo quiero cuidar de ti Samantha —decía cuando su novia lo interrumpió.

—Pues yo también deseo cuidar de ti, no quiero verte sufrir y sé que la situación con tu hermana te lastima… pensé que si hablaba con ella quizás podía hacer que eso cambiara —mencionó con la voz ronca por aguantar el llanto—. En verdad no quise incomodarte… yo solo quiero verte feliz —expresó y las lágrimas la desbordaron.

—No, no llores, Samantha. Yo soy feliz, tú me haces feliz, preciosa.

—Pero eso no es suficiente… yo sé de lo que te hablo, Alessandro, es como que yo te dijera que soy completamente feliz, cuando sé que debo buscar la manera de reconciliarme con mi madre, hacerle entender que las cosas que hago son para mi bienestar y mi felicidad. Sé que si no reparo ese lazo que debe unirnos como madre e hija nunca me sentiré feliz del todo —explicó mirándolo a los ojos—. Puedo decirte Alessandro tú me haces feliz, pero en el fondo de mi corazón está ese asunto pendiente que no me dejará en paz nunca… y eso mismo debe sucederte a ti con Paula.

—¿Segura que en otra vida no fuiste la hermana gemela de mi madre? —preguntó sorprendido porque la forma de ver el mundo de las dos era muy parecida, también porque quiso relajar un poco la tensión en ambos.

—No, ella es bellísima y tiene unos hermosos ojos grises —contestó intentando seguirle el juego, suspiró para seguir sintiendo que los dos se relajaban—. Tienes que hablar con Paula… —decía cuando lo vio ponerse de pie rehuyéndole—. Alessandro tienes que hacerlo, no puedes seguir dejando que la distancia entre los dos crezca porque va a llegar un punto en el cual ya no habrá vuelta atrás. —Caminó hasta él.

—Samantha yo he intentado acercarme a ella y siempre termina rechazándome, ya no sé qué hacer. He sido muy paciente con ella porque sabes que la quiero mucho… pero temo que en una de esas discusiones yo tenga un arranque de los de antes y le diga cosas que después lamente —confesó dándole la espalda.

—¿Y crees que haces bien callándote todo lo que sientes? —Le preguntó girándolo para que la viera a la cara—. Ya sé que yo no puedo dar cátedra de esto, pero tú sí… tú me enseñaste que debía expresarme libremente, a decir lo que pensaba y sentía… a no guardarme nada que pudiera hacerme daño. Sé que has cambiado y que ahora piensas mejor las cosas antes de actuar, que eres más maduro, más centrado; eso está bien Alessandro, pero hay momentos en los cuales debemos arriesgarnos “A veces correr riesgo es lo que hace que sintamos que estamos viviendo realmente” eso me lo dijiste tú, ¿lo recuerdas? —inquirió mirándolo.

—Sí, lo recuerdo… pero Samantha, yo no sé cómo acercarme a Paula, las cosas ya no son tan

sencillas como antes.

—Pues haz que lo sean… ¿O tendré que citarte de nuevo? Creo que he perdido a mi novio porque no lo veo —indicó tomándole el rostro entre las manos, lo vio cerrar los ojos y suspirar, luego apoyó la frente sobre la suya, como si apenas pudiera soportar el peso de sus pensamientos.

—Está bien… —Se detuvo cuando Samantha gritó emocionada y lo abrazo—. Hablaré con ella mañana…

—¡No! Tienes que hacerlo ahora que te has decidido. Es temprano, dudo que esté durmiendo y así no te pasas toda la noche atormentándote por lo que pueda suceder —mencionó con determinación.

—¿Quién es la impaciente ahora? —preguntó frunciendo el ceño.

—Alessandro Bonanzierri o vas ahora mismo a hablar con tu hermana o… —se calló buscando algo con lo cual amenazarlo, pues había pensado en negarse a estar con él, como generalmente hacían las mujeres, pero sabía que eso sería terminar perjudicándose ella misma.

—¿O? —preguntó él consciente de lo que rondaba su cabeza.

—Olvídalo —respondió sonriendo y después le rodeó la cintura con los brazos—. Si vas y haces el intento de reconciliarte con Paula, me harás muy, muy feliz —agregó en un susurro cerca de esos labios que adoraba, mientras se perdía en la mirada azul de Alessandro.

Él suspiró, consciente que no podía negarle nada a Samantha y al mismo tiempo sintiéndose esperanzado, deseaba creer que podía recuperar su relación con Paula, después de todo él también se había prometido recuperarla a ella, quizás ya era hora.

Los dos salieron al pasillo tomados de la mano, Samantha regresaría al salón para hacerles ver a sus padres que todo estaba bien y él debía ir hasta la habitación de Paula para hablar con ella, cuando se encontró frente a la puerta de su hermana se tensó, pero la caricia que le dio su novia en la espalda lo llenó de seguridad y asintió haciéndole saber que estará bien, la despidió con un suave beso en los labios.

Después de tomar aire levantó la mano para golpear en la madera, no recibió respuesta a su primer llamado así que lo intentó de nuevo, estaba por llamar de nuevo cuando escuchó la voz de su hermana invitándolo a pasar. Sintió su corazón hacer sus latidos más lentos y pesados mientras giraba la perilla, en ese instante se dio cuenta que no sabía qué le diría, así que recurrió a parte de sus cualidades como actor: La improvisación.

—Hola… ¿Puedo pasar? —preguntó asomando medio cuerpo.

—¿Qué sucede? —contestó con una pregunta, de inmediato se puso en guardia pensando que él venía a reclamarle por lo sucedido con su novia, se sentó pegando la espalda en el cabecero de la cama.

—Nada, solo quería saber si te sentías bien, después de la cena desapareciste —contestó entrando y cerró la puerta tras él.

—Fui a la terraza, seguramente tu novia te lo habrá dicho.

—¿Samantha? —preguntó jugando a que no sabía nada.

—Sí, y no vengas a decirme que no lo sabías porque estoy segura de que ella fue a contarte que la puse en su lugar por querer meterse en mis asuntos —respondió mirándolo de manera desafiante.

—No me ha dicho nada, solo que intentó entablar una conversación contigo —dijo frunciendo el ceño, pues lo que temía había ocurrido.

—¿Una conversación? Yo más bien diría que fue un interrogatorio —señaló mirándolo molesta mientras se cruzaba de brazos.

Él sonrió ante ese comentario, su hermana tenía razón, todos los miembros de la familia Steinberg eran así, lo que ellos percibían como una simple conversación, terminaba siendo un duro interrogatorio para sus interlocutores, su mirada se encontró con la de Paula.

—¿Cómo la conociste? Porque ya sé que no fue en las audiciones… sino hace años —indicó relajándose un poco, dejándose ganar por la curiosidad al ver el brillo en la mirada de Alessandro.

—Esa es una larga historia… —mencionó lanzando el anzuelo y al ver que Paula se quedaba en silencio sin dejar de mirarlo continuó—. Pero si deseas escucharla y no tienes sueño puedo contártela.

—Bien —contestó rodándose un poco en la cama para hacerle espacio, no lo invitó a sentarse, pero esperaba que él entendiera.

Alessandro sintió que la llama de la esperanza se hacía más intensa dentro de su pecho, se acercó para tomar asiento y se quitó los zapatos con los talones, después se movió apoyando su espalda en el cabecero y estiró las piernas sobre la cama, posó su mirada en Paula sonriéndole.

—La conocí en la Toscana, hace ya cuatro años… —decía como quien inicia un cuento de hadas.

—Espera… ¿Ella es la chica de la que hablaste en la entrevista? —inquirió sorprendida, pues siquiera creía que existiese en realidad.

—Sí, es la misma… la que me enamoró… y también me salvó —respondió sintiendo que la emoción de pronto era reemplazada por el miedo. Había llegado la hora de contarle todo a su hermana, tomó aire para infundirse valor mientras la miraba a los ojos—. Paula… yo quiero contarte los motivos que me llevaron a ausentarme por tanto tiempo, y comprenderé si después de esto… —Su voz se quebró ante el temor, pero la mirada de su hermana le pedía continuar—. Entenderé cualquier decisión que tomes, solo te pido que me escuches hasta el final —dijo mirándola fijamente a los ojos, rogándole con la mirada que le diera una oportunidad para recuperarla.

Paula asintió en silencio mientras dentro de su pecho se expandía una extraña sensación, suspiró esforzándose por no llorar al ver la mirada de su hermano tan turbada, le prometió sin palabras que escucharía todo lo que tenía que decirle, pues deseaba hacerlo de él y no de terceros.

Alessandro comenzó a relatarle la historia tal cual lo hiciera con Samantha años atrás en ese mismo lugar, era asombroso como todo parecía coincidir una vez más y el mismo miedo que lo invadió en aquel entonces ante un posible rechazo por parte de Samantha, una vez más latía en su interior, pero esta vez por perder por completo a Paula, por defraudarla como había hecho años atrás con el resto de su familia.

Su hermana mostró muchas de las reacciones que se esperaba, le había prometido escucharlo hasta el final y lo estaba haciendo, pero eso no limitó que le reclamara varias veces su manera de proceder, sobre todo cuando le contó lo del robo del talonario de récipes a su madre, y la vio sorprenderse al saber de las fiestas que llevaba a cabo junto a Stefano.

—Tú estuviste a punto de morir esa noche y yo… —Se llevó las manos al rostro para ocultar su vergüenza y también sus lágrimas.

—No te pongas así, Paula, yo merecía aprender la lección… debía reaccionar y parar, lo que me pasó tenía que sucederme. Yo me lo busqué y nadie más tuvo la culpa, ni nuestros padres ni Lisandro, mucho menos tú… por favor ya no llores mi niña —mencionó envolviéndola con sus brazos para arrullarla contra su pecho, mientras le besaba el cabello, sintiéndola estremecerse por los sollozos—. Todo está bien ahora, dejé todo eso desde aquella noche… y no me he acercado a

ninguna maldita droga desde entonces, no volveré a hacer nada que los dañe… mírame —ella lo hizo y le siguió—. Te lo prometo.

—No está bien, Aless, nada está bien… ¿Por qué no me dijiste nada? Tenías que habérmelo contado, yo te hubiera ayudado —mencionó con rabia mientras lo miraba a los ojos.

—Porque no quería defraudarte, porque me daba vergüenza —confesó desviándole la mirada.

Ella lo comprendía mejor de lo que podía pensar, pues también había pasado cuatro años de su vida ocultándole a su familia un gran secreto, simplemente porque no podía siquiera imaginar la vergüenza y la decepción que les causaría si llegaban a enterarse. El dolor que había sufrido años atrás regresó derrumbando las presas que lo contenían, no pudo controlar su propio llanto y comenzó a llorar aferrada a su hermano, justo como quiso hacer en ese entonces, pero él no estuvo.

—Yo te necesité tanto Alessandro —esbozó entre sollozos.

—Lo sé mi niña… lo sé… —susurraba acariciándole el cabello.

—No, no lo sabes… no tienes ni idea lo que viví cuando tú no estuviste. Nadie lo sabe —señaló intentando ponerse de pie, pero él la detuvo y eso la hizo sentir acorralada.

—¿De qué hablas Paula? —inquirió él presintiendo que había algo más detrás de sus palabras y su actitud.

Ella se quedó en silencio mientras gruesas lágrimas bajaban por sus mejillas, al tiempo que su corazón latía como un ave salvaje que es enjaulada y no lograba dar con su voz para responder a la pregunta de Alessandro, todo el miedo por verse descubierta la golpeó de pronto.

—Paula, por favor háblame, dime qué te sucedió cuando yo estuve en la villa de los Codazzi —le exigió sintiendo sus latidos acelerados.

—Por favor, Aless… no vayas a juzgarme, ya lo he hecho hasta el cansancio yo misma —rogó mostrándose como la niña que él dejó cuatro años atrás antes de tener que internarse en la Toscana.

—Hermosa, yo no voy a juzgarte… ¡Por Dios, Paula! Mira todo lo que acabo de contarte y tú aún sigues aquí… ¿Cómo crees que me atreveré a ser tu juez, cuando tú no lo has sido conmigo? —preguntó mirándola a los ojos, limpiándole las lágrimas con sus pulgares.

—Es que yo fui tan estúpida —esbozó rehuyéndole la mirada.

—¿Y acaso yo no lo fui? No creo que haya existido alguien más imbécil que yo, no solo dejé que Stefano me llenara de porquerías, sino que además le permití que me robara y estuve a punto de morir —indicó buscando su mirada—. Paula por favor confía en mí, lo que sea que tengas que contarme te prometo que lo entenderé —dijo mirándola.

Ella sintió de pronto que podía hacerlo, que Alessandro la comprendería y la ayudaría a llevar esa carga tan pensada, apretó las manos de su hermano para sentir a través de ese toque la fortaleza de la cual carecía en ese momento, lo miró a los ojos pidiéndole que la escuchara, él asintió y ella comenzó.

—Cuando entré al último año de la preparatoria, el chico que siempre me había gustado comenzó a acercarse a mí, yo me sentía tan feliz —dijo, mostrando una mueca de sonrisa, suspiró para continuar con su mirada puesta en la unión de sus manos—. Nos hicimos novios y yo sentía que era la envidia de todas las chicas de la escuela, porque el joven más apuesto estaba enamorado de mí. —Dejó escapar una lágrima y tomó aire para seguir—. Además, tú eras mi hermano y eso hacía que todos quisieran ser mis amigos y tenerme cerca, me hacían sentir tan ridículamente importante —agregó mirándolo.

—Sé lo que es eso… y ese chico ¿tiene nombre? —preguntó dejando salir ese sentido de

hermano protector que sentía hacia ella.

—Tiene… pero no te lo diré. Es lo mejor, Alessandro —contestó manteniéndole la mirada, él asintió y ella prosiguió—. Él era mayor que yo por dos años y ya tenía cierta experiencia, así que nuestra relación cada vez se fue haciendo más intensa —esa última palabra la susurró sin mirarlo, sintió de inmediato cómo su hermano se tensaba.

—Paula… eras apenas una niña, tenías quince años… —decía cuando ella lo interrumpió.

—Acababa de cumplir dieciséis, recuerda que cumplo casi tres meses antes que tú —le recordó, él frunció el ceño, pero no dijo nada más—. Igual tienes razón… era muy niña para darme cuenta de algunas cosas.

Alessandro esperaba que su hermana le dijera que descubrió al chico engañándola con alguna de las falsas amigas, que esa edad nunca falta y que eso hizo que se despertara en ella, el rechazo que sentía por los hombres. Aunque muchas pasaban por situaciones así y las superaban sin tanto rencor, pero tratándose de mujeres jamás se sabía, tal vez para Paula que siempre había sido criada dentro de un mundo rosa, un evento como ese podía trastocarla más que a otras chicas.

Ella sentía que debía decirle todo de una vez, que entre más vueltas le diera a eso le resultaría más difícil, pero no era fácil contarle a su hermano mayor lo que hizo, sobre todo cuando no había logrado ni siquiera abrirse con su madre y decírselo, tomó aire mientras buscaba las palabras para retribuir la confianza que Alessandro le había brindado.

—Él llevaba dos meses insistiendo para que… estuviéramos juntos, yo sentía miedo y muchas dudas, pero lo quería, de eso era lo único que estaba completamente segura, así que acepté entregarme a él. —Se detuvo al sentir que Alessandro se había tensado tanto que parecía una piedra, ella buscó su mirada pidiéndole comprensión—. Por favor, Aless, no esperarías que a esta edad siguiera siendo virgen —esbozó defendiéndose de esa mirada acusadora que él mostraba.

—A esta edad no, pero a los dieciséis esperaba que sí… sin embargo prometí no juzgarte, no soy quién para ello. Continúa por favor, Paula… Espera ¿dónde y cuándo fue? —La interrogó y su voz exigía una respuesta, no cedería como lo hizo con lo del nombre del chico.

Si ese imbécil se había llevado a su hermana a algún basurero o la había obligado, podía jurar que lo encontraría y le daría la paliza de su vida, porque Paula era su princesa y lo mínimo que deseaba para ella era que hubiera sido tratada como tal.

—Ambos éramos menores de edad y no podíamos ir a ningún hotel, así que pensamos en hacerlo en la casa de nuestros padres… —La mirada asombrada de Alessandro la hizo apresurarse—. No irrespeté la casa de papá y mamá no me mires así… fue durante el viaje que hicimos a las ruinas de Pompeya, nos escapamos a medianoche de los profesores —esbozó bajando la mirada, sintiéndose muy avergonzada.

—¡Malditos viajes de escuela! —exclamó molestándose, pero al ver la actitud de su hermana recapacitó, suspiró llenándose de paciencia—. Paula, mírame… —Le tomó el mentón para hacer que lo viese a los ojos y después habló—. Confieso que era algo que no me esperaba, pero tampoco es un pecado lo que hiciste, me hubiera gustado que esperases un poco más, no te lo negaré. Sin embargo, fue tu decisión y nosotros no podemos hacer nada, solo respetarla… es lo que siempre nos han dicho nuestros padres —decía cuando lo interrumpió negando con la cabeza.

—Es que no todo terminó allí… lo peor vino después —mencionó sintiendo de nuevo la rabia y el dolor regresar a ella.

—¿A qué te refieres con eso? —inquirió, aunque sospechaba que era lo que había pensado, el chico la engañó con otra.

—Cuando regresé a la casa y me enteré de que no estabas me sentí un tanto aliviada, si tú estabas de viaje no notarías lo que había sucedido, siempre he sentido que tienes el poder de ver a través de mí como si fuera un cristal —contestó y al ver que él sonreía sintió la necesidad de acercarse más a su hermano, le tomó la mano entrelazando sus dedos.

Alessandro sentía que había recuperado casi del todo a Paula, pero aún dentro de él latía esa sensación de zozobra que no lograba dominar, quizás esa manera de contarle a cuentagotas lo que le había sucedido lo tenía en ese estado de tensión, pero intentó relajarse por ella.

—Seguramente lo habría notado… o quizás no, ni siquiera me di cuenta de que estabas enamorada —indicó frunciendo el ceño.

—Sabía que Lisandro y tú se pondrían como locos si se los decía, así que preferí callar, no te imaginas cuánto me arrepiento de ello —detuvo sus palabras para sumirse un instante en sus pensamientos, inhaló decidida a acabar con eso—. Después de tres semanas comencé a sentirme extraña y pensé que era todo el estrés de los exámenes, así que no le presté atención, pero cuando se lo conté a mi amiga me dijo que si estaba usando protección… —Alessandro cortó sus palabras.

—Ustedes tomaron precauciones, ¿no es así? —preguntó mirándola a los ojos y cuando la vio negar fue como si lo patearan en el pecho—. ¡Mierda, Paula! —Alessandro la miró sin poder creer lo que su hermana le estaba diciendo, sentía demasiada presión dentro—. ¿Cuántas veces nuestra madre habló de eso con nosotros? Incluso papá que le costaba más tratar esos temas nos advertía que debíamos ser cuidadosos —expuso sintiéndose en verdad molesto.

—Lo sé… Aless, lo sé… pero él me dijo que la primera vez no ocurría nada, que sería más fácil para mí, si no usaba preservativo y que él estaría atento —respondió sintiendo la cara prendida del sonrojo.

—¡Pues el muy miserable te mintió! —Se quedó callado, intentó controlarse cuando la vio temblar, las palabras hervían junto a la rabia en su interior—. Sigue ¿qué pasó luego? —Le exigió, había decidido buscar a ese malnacido, aunque le llevara años dar con él.

—Quise hablar con mamá, pero ella estaba demasiado preocupada por ti, sentía que no era el momento adecuado y no estaba segura de nada, mi amiga logró sobornar a la empleada de una farmacia para que le vendiera una prueba de embarazo y pude hacerme la prueba. —Su voz se quebró impidiéndole continuar, mientras las lágrimas bajaban por sus mejillas, sintiendo que revivía el mismo terror de antes.

—¿Dio positivo? —inquirió Alessandro con la respiración acelerada, aunque era más una afirmación por el tono de su voz.

Ella asintió, sollozando, su llanto se hizo más amargo y doloroso al tiempo que sentía que el pecho se le abría en dos, intentó limpiarse las lágrimas que le nublaban la visión, pero más salían, no se atrevía ni siquiera a elevar el rostro para ver a su hermano.

Alessandro se levantó, alejándose de ella para no lastimarla con la ira que corría por sus venas, no se sentía furioso con ella porque Paula no había sido culpable de nada, solo de creer en una basura que la ilusionó. Apenas podía procesar la idea de que su hermana estuvo embarazada con apenas dieciséis años, y que nadie se dio cuenta de ello, porque de haberlo hecho él se habría enterado, su madre no le ocultaría algo así, eso despertó un gran temor en su pecho y la miró.

—¿Fuiste a hablar con él? —preguntó desde la distancia donde se encontraba. La vio asentir mientras intentaba contener el llanto—. ¿Te dijo que no lo tuvieras? —inquirió, aunque ya sospechaba la respuesta.

—No… —esbozó con la voz ronca mientras negaba con la cabeza—. Me dijo que no era posible porque él había sido muy cuidadoso, que estaba mintiendo y que él no se haría

responsable de nada porque no era su problema, que me las arreglara como pudiera —contestó sin mirarlo.

—¡Maldito miserable! Claro que era responsable, ¿o acaso tú te embarazaste sola? Él también participó y debía responder —indicó caminando para drenar le furia que sentía quemándole el pecho.

—Yo le exigí que me ayudara, que no podía hacerme cargo sola de un bebé y me dijo que seguramente no tendría problemas porque tú me ayudarías y te encargarías de todo. Incluso que de esa manera aprenderías a no jugar con las hermanas de los demás… —mencionó ella sintiendo la misma rabia e impotencia de ese entonces.

—¿Qué quiso decir con eso? —cuestionó mirándola.

—Según él, tú le habías hecho lo mismo a su hermana, la habías ilusionado y después la dejaste botada. Me puse furiosa y le grité que estaba mintiendo. Entonces comenzó a decirme tantas cosas de ti, yo no quería seguir escuchándolo, así que me le lancé encima para pegarle, él se defendió y me empujó… —Vio palidecer a Alessandro y apresuró sus palabras—. Mi amiga corrió y me sujetó antes de que cayera al piso, él me miró furioso porque le lastimé la cara, me dijo que no volviera a buscarlo.

—¿Perdiste al bebe por lo que él te hizo? —preguntó acercándose de nuevo a su hermana al verla tan desolada.

—No, pero cada día me sentía peor, no quería comer porque todo me daba asco, y no quería que nuestros padres sospecharan si me veían con náuseas… le decía a mamá que comía en el instituto cuando me preguntaba —respondió con las piernas recogidas contra su pecho.

—Tenías que haberle dicho a mamá, tenías que haber ido a un médico, Paula… —decía cuando ella lo detuvo mirándolo con rabia.

—Intenté hacerlo, cuando te llamaba y te pedía que volvieras era porque te necesitaba conmigo… porque necesitaba de mi hermano, de ese que era mi cómplice, mi amigo… tenía la estúpida esperanza de que tú me entenderías y me apoyarías —decía llorando con desesperación.

—Princesa… yo… hubiera querido estar contigo… pero no podía, te lo acabo de contar, y claro que te hubiera apoyado —dijo, aunque sabía que eso no lo justificaba, ahora sabía dónde había fallado.

—Pues muchas gracias por la intención, Alessandro, pero eso ahora no me vale de nada y créeme no te culpo, sé que no era tu problema tampoco, sé que era solo mío. ¿Y quieres que te diga por qué no se lo dije a mamá? —preguntó mirándolo, dejando ver su dolor y su rabia, no esperó que él respondiera—. Porque cada vez que me llenaba de valor para contárselos, la encontraba llorando o triste por tu culpa y cuando le preguntaba lo único que me decía era «Paula tú eres muy pequeña para comprenderlo» siempre fue así, siempre me trataron como una niña, me sobreprotegieron… pero no me prepararon para poder defenderme de malnacidos como Cesare… —Se interrumpió cerrando los ojos en cuanto ese maldito nombre salió de sus labios.

—Paula… —Alessandro intentó acercársele para reconfortarla.

—¡No! —exclamó adoptando una posición defensiva—. Ya no vale de nada que intentes reparar el daño que él me causó, el que yo misma me causé… ya nada será igual, Alessandro. Lo que digas o hagas ahora no me traerá de vuelta a mi bebé… ese que a pesar de todo había comenzado a querer, el mismo que perdí una maldita madrugada y que ni siquiera supe cómo… —esbozó, llorando mientras todo su cuerpo temblaba y sentía que debía continuar—. Yo solo… me levanté porque sentía que me dolía, fui al baño, me senté en el escusado y de pronto… no lo sé, el dolor se hizo más fuerte… era insoportable, mordí una toalla para no gritar, todo pasó muy rápido fue como si algo se desprendiera dentro de mí… y no pude retenerlo.

A él no le importó si ella intentaba rechazarlo de nuevo, pero necesitaba abrazarla, no podía verla sufrir de esa manera sin hacer nada, para su alivio, Paula se aferró a su cuerpo y él la envolvió protegiéndola, pensaba que lo que le había pasado con la sobredosis, había sido algo traumático siendo ya un hombre de veintiséis años, pero eso no era nada comparado a lo que tuvo que vivir su hermana siendo una niña.

—No llores… princesa, no llores… —decía arrullándola.

—Intenté aferrarme a él, Alessandro… y en mi desespero cerré las piernas, pero el dolor era demasiado, quise llamar a mamá y recordé que ellos habían viajado a donde los abuelos. Estaba sola con los empleados… en un instante no sé cómo, accioné la palanca y cuando abrí las piernas lo único que vi fue sangre, me dejé caer a un lado para meter la mano sin importarme nada, lo único que quería era no perderlo… pero fue muy tarde… ni siquiera pude verlo, Aless… no pude, no supe cómo era… yo no pude…

Comenzó a llorar sintiendo esa sensación de pérdida y vacío que la había torturado por años, y hundió el rostro en el pecho de su hermano al tiempo que los sollozos hacían convulsionar su cuerpo, azotada por el dolor del alma que era más fuerte que el físico.

Alessandro no sabía cómo alejar tanto sufrimiento de Paula, no sabía cómo hacer para no verla romperse, sentía tanta angustia y rencor dentro de su pecho, saber que no estuvo allí cuando más lo necesitó. Su hermana lo odiaba y tenía todo el derecho de hacerlo, porque no solo le había fallado al no volver cuando se lo pidió, sino también al haber alimentado el resentimiento en el que le hizo eso, aunque no lo justificaba porque había sido un maldito cobarde.

El cúmulo de emociones que lo llenaban era tan poderoso, que ni siquiera lograba encontrar su voz para pedirle que no siguiera llorando, solo podía abrazarla y pegarla a su pecho, sintiéndola como la primera vez que se lastimó las rodillas por caerse de una bicicleta, solo tenía cinco años. En ese momento se veía igual de frágil o tal vez más.

Minutos después él estaba recostado en el cabecero de la cama y la tenía a ella con la cabeza apoyada sobre su pecho, ya no lloraba como minutos atrás, pero seguía haciéndolo en silencio pues sus lágrimas aún le mojaban la camisa, él le acariciaba y besaba el cabello, luchando porque su llanto fuese aún más silencioso. Paula le terminó de contar que su mejor amiga fue quien la ayudó, la atendió cuando ella se negó a ir a un hospital, lo que más temía era que los doctores pensaran que se lo había hecho, que ella había matado a su bebé. Y que cuando sus padres regresaron ya lo peor había pasado, así que ella les ocultó todo.

—Mi bebé se fue como si nunca hubiera existido… me negué a volver a hablar de eso con Laura y ella lo entendió. Él se fue a la universidad en otro país, no volví a saber de su vida… hasta hace un año cuando me enteré que había tenido un accidente esquiando y se rompió la columna… pero eso no me alegró, ni me causó alivio. Sencillamente no sentí nada… desde que mi bebé se fue ya no sentía nada —comentó con la mirada perdida, solo escuchando el corazón de Alessandro.

Quizás ella no sentía nada al enterarse de lo ocurrido a ese miserable, pero para él había sido el cobro de la justicia divina a lo que había hecho, porque algo así no podía quedar impune, ningún hombre que se portara de esa manera podía ir por la vida como si nada, merecía un castigo. Negar a un hijo era negarse a sí mismo, era el peor acto de egoísmo y cobardía, incluso él que durante años amó tanto su independencia, si hubiera vivido una situación como esa habría asumido las consecuencias, porque no se trataba solo de ser responsable, sino de ser un hombre.

—Cuando cumplí la mayoría de edad… una de las primeras cosas que hice fue hacer una cita con una ginecóloga, quería… necesitaba saber por qué lo había perdido, si había sido mi culpa —mencionó consciente que él también se sentía culpable.

Había vivido demasiado tiempo con ese sentimiento en ella para no reconocerlo en su hermano, pero él no era responsable de nada. Ni siquiera de no haber estado a su lado porque no sabía lo que le ocurría, así como ella tampoco supo lo que le sucedió a él.

—¿Qué te dijo? —preguntó con la voz grave, mirándola fijamente.

—No me dio una respuesta concreta… solo me dijo que a esa edad quizás mi matriz no estaba preparada para albergar una vida. Que suele suceder con mucha frecuencia… —respondió manteniéndole la mirada y de nuevo sus ojos se llenaron de lágrimas—. Después le pregunté si eso me afectaría para tener bebés más adelante y me dijo que no lo sabía, que no podía saberlo hasta que estuviera embarazada de nuevo pero que siempre existían tratamientos y métodos, además, yo era una mujer sana y joven —agregó dejando libre su llanto.

—Paula tú vas a poder tener bebés, no uno… vas a tener varios. Princesa puedes jurar que así será, aunque tengamos que… —decía con determinación, cuando ella lo detuvo negando con la cabeza.

—Alessandro… aunque mi cuerpo no sea el problema, ¿dime cómo haré para confiar en otro hombre? ¿Cómo haré para superar este miedo de que me usen y me dejen? —preguntó con un hilo de voz.

—Eso no sucederá de nuevo porque tú no lo permitirás Paula, antes eras una niña sin experiencia y ese maldito pudo engañarte, pero ahora eres una mujer que aprendió la lección; además yo estaré siempre junto a ti, quiero que me dejes ser tu amigo de nuevo, que confíes en mí… Paula perdóname por no haber estado a tu lado, por haberme robado toda la atención de mis padres durante años… no fue mi intención, nunca quise que Lisandro y tú fueran relegados por mi culpa.

—Tú también debes hacerlo conmigo Alessandro, yo fui demasiado dura contigo y no tenías culpa de nada Alessandro… a todos los traté tan mal, me llené de amargura —expresó avergonzada.

—Olvidemos todo eso princesa, prometamos que dejaremos detrás las culpas y aprovechemos esta oportunidad que la vida nos brinda ¿Qué dices? —inquirió con una sonrisa mientras la miraba a los ojos.

—Lo prometo —dijo con la vista fija en los ojos de su hermano.

Y después de tantas lágrimas, pudo sonreír.

Capítulo 50

Alessandro pretendía quedarse con Paula toda la noche, velar su sueño y asegurar que todo había vuelto a ser como antes, odiaba la sola idea de perderla de nuevo. Pero su hermana le recordó que Samantha lo esperaba, hablaron un poco más sobre su relación con ella para aligerar la tristeza y Paula le confesó que le caía bien, pero que había sentido mayor empatía por Diana, aunque apenas la había visto una vez.

Cuando se quedó dormida, Alessandro cumplió su palabra de regresar a su habitación, la arropó como solía hacer cuando era niña, mientras recordaba cuando llegó a casa. Él no quería verla porque se sentía celoso, todo el mundo no hacía nada más que hablar de la nueva bebé y todavía no había llegado, así que cuando lo hiciera sus padres se olvidarían de él. Vio que Lisandro lo hacía y decía que era muy linda, así que también se acercó llevado por la curiosidad

Su madre había llegado con ella en brazos, estaba envuelta en una manta blanca como la nieve y era muy pequeña, con la piel sonrosada como si hubiera tomado mucho sol, unas largas y espesas pestañas que descansaban en sus mejillas pues dormía. De inmediato un sentimiento desconocido se instaló en su pecho, quedó tan cautivado por la pequeña Paula, que pasó horas mirándola dormir y cuando se despertó lloraba tan fuerte que él se desesperó para que la atendieran, no porque le molestaba su llanto, sino porque no quería verla triste.

Se secó las lágrimas ante la nostalgia que le provocó ese recuerdo y el dolor de lo que acababa de vivir, acercándose a ella despacio le dio un beso en la frente y le acarició el cabello mientras se prometía a él mismo que no dejaría nunca que alguien volviera a hacerle daño. Se alejó caminando para salir de la habitación y antes de cerrar la puerta la miró una vez más para asegurarse de que ella estaría bien.

Caminó por el pasillo solitario, eran casi las dos de la mañana y suponía que Samantha les había contado a todos dónde se encontraba, además de lo que estaba haciendo, los imaginaba con los nervios de punta mientras rezaban. Acordó con Paula hablar con el resto de su familia a la mañana siguiente, ellos merecían saber la verdad.

La habitación estaba oscura y en completo silencio cuando entró, solo los rayos de la luna que dibujaban la figura de Samantha que dormía del lado derecho de la cama, la vio moverse cuando cerró la puerta tras él.

—Alessandro. —Lo llamó con la voz ronca y le extendió la mano.

Él se acercó de inmediato sintiendo que necesitaba de Samantha, de esa seguridad que ella le brindaba cuando el miedo lo golpeaba, se tendió en la cama para abrazarla con fuerza, no quería volver a recordar lo que había vivido con Paula y mucho menos atormentar a Samantha, así que se tragó su pena haciéndose el fuerte y le dio un beso para levantarse e ir al baño, se prepararía para dormir o al menos intentarlo.

—¿Qué sucedió con Paula? —preguntó parpadeando para ajustar sus ojos a la oscuridad de la habitación.

—Todo está bien, sigue descansando, amor, enseguida regreso —susurró dándole un beso y le dio la espalda para entrar al baño.

El esfuerzo por contener sus emociones estaba funcionando, pero en cuanto miró su reflejo en el espejo y éste le devolvió la desolación que cubría su semblante, no pudo seguir

manteniéndose en pie. Se desplomó en el piso mientras lloraba amargamente, siendo consciente de lo que le había sucedido a su hermana, que había estado a punto de convertirse en tío, que ella tuvo que enfrentarse sola a la angustia de un embarazo no planificado, al rechazo de un malnacido que le dio la espalda y luego a la pérdida de esa vida que llevaba en su vientre y había comenzado a querer.

La rabia lo hizo golpear fuertemente el piso con la mano, queriendo cobrarle a la vida lo que le había hecho a Paula, comenzó a llorar estremeciéndose por los sollozos, lleno de ira, dolor e impotencia. Sintió la puerta abrirse y sus ojos se toparon con la figura de Samantha que lo veía desconcertada, le rehuyó la mirada escondiéndose, pues no quería arrastrarla a ella a ese estado en el cual se encontraba.

—Alessandro… amor… ¿Por qué estás así? —preguntó y al ver que él se negaba a responder se acercó poniéndose de rodillas a su lado e intentó tomarle el rostro para mirarlo a los ojos—. Alessandro, por favor mírame y dime lo que sucedió —pidió, sufriendo al verlo así.

Él no pudo hablar, apenas consiguió aferrarse a la cintura de Samantha para buscar de manera desesperada alguien que lo mantuviera en pie, sentía que no podía con tanto dolor dentro de él. Odiaba inspirar lástima y siempre había luchado por mostrarse fuerte, pero en ese momento le importaba una mierda todo eso, lo único que quería era poder sacarse del pecho lo que sentía y lo estaba matando.

Sus ojos se llenaron de lágrimas al ver a Alessandro de esa manera, se sentía tan impotente sin saber qué decirle y lo único que podía hacer era abrazarlo mientras le besaba el cabello, queriendo hacer mucho más, queriendo alejar de él esa pena que lo torturaba, se juró que si Paula había sido la culpable de que él se pusiera en ese estado, le diría unas cuantas cosas así terminara odiándola a ella también.

Él comenzó a calmarse mientras dentro de su pecho las palabras pujaban por salir, sabía que quizás no debía contarle nada a Samantha, después de todo era un secreto de Paula, pero cómo hacer que su mujer entendiera lo que vivía si no se desahogaba, así que después de tomar aire y mirarla a los ojos, iba hablando a medida que los sollozos lo dejaban.

Samantha no pudo disimular el asombro y el dolor que reflejaba en su rostro, a medida que Alessandro le contaba lo sucedido a Paula, ella sospechó lo del chico que la desilusionó, pero nunca que el daño había sido tan grande, comenzó a llorar, no solo por Alessandro sino también por la chica, pensando que quizás su madre no había actuado tan mal después de todo, al menos no al sembrar en ella el miedo de un embarazo no planificado si no se cuidaba como debía.

Estuvieron allí al menos dos horas mientras él se desahogaba y ella lo consolaba, nunca lo había visto llorar de esa manera, parecía un niño de lo frágil que lucía con la cabeza apoyada en sus piernas, mojando con su llanto la seda de su camisón al tiempo que temblaba.

—Yo debí estar junto a ella Samantha, tenía que haber regresado para ayudarla —decía culpándose sin poder dejar de llorar.

—Alessandro por favor, ya para de culparte… Paula te lo dijo ya, ella al igual que tú cometió un error y tuvo que enfrentarse a las consecuencias, lo más triste de todo esto es la pérdida del bebé, eso es cierto y es muy doloroso —hablaba acariciándole el pecho—. Pero que tú te culpes ahora no hará que él regrese, ni que las cosas sean distintas. Ahora lo que debes hacer es servirle de apoyo, cumplir con tu promesa de no abandonarla de nuevo y ser ese hermano que siempre fuiste, porque, así como a ti no te gusta inspirar lástima, estoy segura que a Paula tampoco, se le nota en el carácter —agregó mirándolo a los ojos.

—Me esforzaré por hacerlo… voy a dar lo mejor de mí, lo haré, te lo prometo, Samantha. —Respiró hondo para no llorar de nuevo.

—Eso no debes prometérmelo a mí, sino a ti mismo —esbozó con una sonrisa al recordar las palabras que le dijera su madre hace meses.

Él asintió moviendo la cabeza y tragó para pasar las lágrimas, hacía mucho que no lloraba de esa manera, ni por una razón que no fuera la ausencia de Samantha, pero ella estaba allí junto a él y en su mirada podía ver que lo estaría por siempre, se puso de pie extendiéndole la mano a ella para ayudarla a levantarse mientras le sonreía.

—Vamos para que te des un baño y te acuestes, debes estar agotado —mencionó acariciándole la espalda con un gesto tierno.

Caminaron hasta la ducha y aunque ella planeaba quedarse fuera mientras Alessandro se bañaba, él le pidió que lo acompañara y Samantha aceptó. Experimentando otras sensaciones en ese momento, pues el mismo carecía de lujuria y deseo, pero se desbordaba en cariño y comprensión, dejándoles ver que su amor no estaba basado nada más en una atracción física, sino en sentimientos más reales y profundos.

Samantha incluso tomó una toalla para secarlo como si se tratase de un niño y lo llevó hasta la cama de la mano, acostándolo sobre su pecho para dormirlo mientras le cantaba en susurros *Di Sole e d'azzurro*.

—***Vorrei illuminarti l'anima, nel blu dei giorni tuoi più fragili, Io ci sarò*** —sonrió al ver la sorpresa reflejada en su rostro, lo besó y siguió arrullándolo y acariciándole el cabello para hacer que se durmiera.

∞∞∞

A la mañana siguiente cuando todos se reunieron para el desayuno, el ambiente parecía normal, pero las miradas que intercambiaban los que se encontraban ajenos a la conversación entre Paula y Alessandro, hacían evidente su desespero por saber lo que había sucedido. Sobre todo, porque Alessandro aún no llegaba, Samantha lo había dejado dormir un par de horas más, sabía que debía estar exhausto y solo le quedaba ese día para descansar antes de regresar a la villa para continuar las grabaciones.

—Parece que a alguien no lo dejaron dormir mucho anoche —mencionó con sorna Lisandro cuando vio entrar a Alessandro, las sombras bajo sus ojos eran demasiado notorias para pasarlas por alto.

Paula dejó ver una sonrisa ante el comentario de Lisandro, el leve sonrojo de Samantha y Alessandro frunciendo el ceño, sus hermanos siempre se portarían como dos niños, su mirada se encontró con los ojos azules de su hermano y ver cómo se iluminaban la hizo muy feliz.

—En realidad… quien no dejó dormir a Alessandro anoche fui yo, se lo robé a Samantha casi hasta la dos de la madrugada —esbozó ella levantándose de la silla para ir a recibirlo.

Emilia dejó caer la cucharilla con la cual estaba sirviendo la mermelada, Flavio casi se ahoga con el café, Vittoria la miró como si fuera una extraterrestre y Lisandro se quedó con la boca abierta a la espera del trozo de pan en su mano, cuando la vieron abrazar a Alessandro con fuerza y además le daba un beso en la mejilla.

—¿Alguien nos puede explicar lo que sucede? —pidió Emilia mirando a sus hijos que se veían con semblante cansado, pero sonrientes.

Ella estaba al tanto de la conversación que tuvieron, porque Samantha se los comentó cuando regresó al salón la noche anterior, apenas había logrado dormir por la zozobra que sentía, pero un buen presentimiento en su pecho le dijo que quizás Alessandro y Paula podían reconciliarse.

Claro está, no esperó que fuera tan pronto, cuando la confianza se pierde cuesta mucho restablecerla y ella sabía que su hija la había perdido.

—¿Les parece mejor si desayunamos y después hablamos? Es que me muero de hambre madre —indicó Alessandro mirando a su progenitora con una sonrisa que llegaba a su mirada.

Antes de sentarse junto a Samantha le dio un beso en el cabello a Paula y le dedicó una mirada para hacerle saber que todo estaría bien. La vio asentir apenas con la cabeza, evidentemente estaba nerviosa, pero a pesar de ello le entregó una hermosa sonrisa y regresó a su puesto.

Aunque todos, a excepción por supuesto de Alessandro, Samantha y Paula, deseaban desesperadamente conocer lo que había sucedido, intentaron mostrarse casuales mientras desayunaban, haciendo comentarios del agradable clima que hacía, de sus compromisos al regresar a Roma, lo que harían esos días y tantas cosas más para distraerse.

—¿Vittoria me ayudas con la vajilla por favor? —solicitó Samantha cuando terminaron, y su mirada le pedía a la novia de Lisandro que le siguiera la corriente, mientras se ponía de pie.

—No es necesario, Samantha, ya ustedes cocinaron, nos toca a nosotros —mencionó Flavio como el caballero y el abogado justo que era, al tiempo que se levantaba de su silla.

—Suegro déjenos a nosotras, así nos salvamos de cocinar para el almuerzo, es un trueque justo.

Ella entendió la mirada de Samantha y sabía que la familia necesitaba espacio, así que se puso de pie y comenzó a ayudar a la escritora a recoger la mesa, le guiñó un ojo a su novio que la miraba asombrado. Odiaba tener que lavar platos, o hacer cualquier tarea del hogar y lo único que sabía hacer con las sábanas de una cama era desarreglarlas, del resto era una completa inútil para todo eso, solo esperaba que Samantha tuviera más práctica, porque ella fue criada rodeada de un ejército de personas que le hacía todo.

Paula vio que Samantha intentaba facilitarle las cosas y le agradeció por ello con una sonrisa amable, después buscó a Alessandro con la mirada para conseguir valor a través de su hermano. Él asintió moviendo apenas su cabeza, pues sentía las miradas de sus familiares puestas en los dos, no quería que Paula se sintiera presionada.

—Papá, mamá… Lisandro —mencionó con la voz ronca, se detuvo para aclararla un poco, tragó para tomar aire luchando por sosegar los latidos de su corazón y continuó—. Quisiera hablar con ustedes —pidió y de nuevo miraba a su hermano— ¿Aless puedes acompañarnos por favor? —le preguntó mirándolo.

—Por supuesto, vamos al salón —se levantó y miró a Samantha.

—Nosotras terminaremos aquí y saldremos a pasear un rato, no se preocupen —respondió ella mirándolos a todos mientras sonreía.

—Claro… —indicó Vittoria asintiendo con la cabeza, siguiéndole la corriente a Samantha, aunque no entendía nada y se moría por descubrir qué había pasado para ver ese cambio en Paula.

—Bien… vamos —pronunció Emilia sintiendo que una incómoda sensación de zozobra se apoderaba de su cuerpo, se acercó a su esposo y le tomó la mano para caminar con él hacia el salón.

Lisandro casi les exigía a sus hermanos que le dijesen lo que ocurría con la mirada, pero al ver que ambos le rehuían se armó de paciencia y caminó con todos hacia el salón. Era evidente que algo había ocurrido para que Paula se mostrase así y además que Samantha lo sabía, quizás Alessandro se lo había contado, a lo mejor su hermano se había decidido a decirle toda la verdad a Paula, aunque parecía que la que tendría la voz cantante en esa reunión sería ella y no

Alessandro.

Alessandro caminaba al lado de su hermana sintiendo la ansiedad recorrer todo su cuerpo, no sabía cómo tomarían sus padres lo sucedido y aunque siempre habían sido muy compresivos, quizás les daría mucho más fuerte enterarse de lo de Paula, después de todo ese bebé que murió hubiera sido su primer nieto. Llegaron hasta el salón y todos tomaron asiento, el silencio tardó en ser llenado por Paula al menos un minuto.

Ella intentó hacerles el relato a sus padres mucho menos dramático, pero las expresiones en sus semblantes no la ayudaban mucho y ni siquiera se animaba a mirar a Lisandro que parecía una estatua a su derecha, de vez en cuando lo miraba de soslayo para ver si seguía respirando, a su lado Alessandro le tenía la mano tomada y le acariciaba el dorso levemente con el pulgar cada vez que la sentía temblar.

Emilia y Flavio escuchaban atentos cada palabra de su hija y las emociones en ambos eran muy similares, por parte de ella el instinto de madre prevalecía sobre cualquier otro, mientras que en él lo hacía más ese instinto de hombre que desea vengar la afrenta sufrida por su hija, buscar a ese miserable y cobrarle cada lágrima que había derramado. Pero en los dos lo que más pesaba era el sentimiento de culpa al comprender que nada de eso hubiera pasado si hubieran tenido más comunicación o hubieran estado más pendientes de su pequeña.

Cuando llegó el momento más difícil todos lloraban, incluso Alessandro que ya conocía la historia volvía a hacerlo, le dolía ver en el rostro de sus padres más que decepción como ocurrió en su caso, una gran culpa, sostuvo a Paula rodeándole los hombros con un brazo y le daba besos de vez en cuando en la cabeza.

Emilia sentía que el dolor que estaba atravesando era quizás mayor a aquel que sintió por Alessandro, porque en el caso de su niña fue una vida lo que se perdió, una vida que ella hubiera amado con toda su alma sin importarle las circunstancias de su concepción. Mientras Flavio se sentía tan impotente y a la vez furioso con él mismo, intentaba respirar para drenar el dolor en su pecho, nunca había sufrido del corazón, pero ante las sensaciones que lo embargaban, lo mejor era intentar calmar sus latidos, no era el mejor momento para tener un ataque.

—Mamá… papá, lo siento tanto… por favor perdónenme, sé que fui demasiado irresponsable, que todo lo que sucedió fue mi culpa y les juro que si hubiera previsto lo que sucedería nunca habría actuado de esa manera, no me arrepiento de ese bebé que llegué a querer, pero… si tan solo… —decía en medio de sollozos mientras las lágrimas bajaban copiosas por sus mejillas, cada vez se le hacía más difícil respirar y el nudo en su garganta también le dificultaba hablar.

—Ven aquí, mi niña —le pidió Emilia moviéndose en el sillón y le extendió los brazos, intentando sonreírle en medio del dolor.

Paula corrió hasta ella y se refugió en el regazo de su madre, quien de inmediato la envolvió entre sus brazos para arrullarla. Ella se volvió para mirar a su padre pidiéndole con la mirada que la perdonara por el sufriendo que le estaba causando, él envolvió con sus brazos a las dos, mientras sus ojos azules reflejaban todo el dolor y la culpa que sentía.

—No tenemos nada que perdonarte, ya no llores mi niña… ya lo has hecho demasiado… Lo que más me duele de todo esto es que hayamos sido tan ciegos, que no viéramos lo que te sucedía… porque quizás las cosas hoy fueran distintas —mencionó Flavio con la voz ronca por las lágrimas que ya no se esforzaba por contener.

Ella se extendió un poco más explicando por qué su resentimiento había sido mayor hacia su hermano, diciéndoles que después que él desapareció, todos aquellos que se decían sus amigos le dieron la espalda, ya no era la hermana del gran actor, sino de un fantasma y muchos se

molestaron con ella cuando decía que no sabía dónde se encontraba, la tildaron de mentirosa y que no confiaba en ellos. Pasó de ser la chica más hermosa y popular de la escuela a la más rechazada por todos, puesto que además Cesare se había encargado de decir que Alessandro era un abusador de mujeres y que él había vengado a su hermana pagándole con la misma moneda y comenzó a burlarse de ella delante de todo el mundo cada vez que la veía.

Sus padres y Lisandro también le solicitaron el nombre completo del chico, para buscarlo y exigirle una explicación, pero Paula los hizo desistir al decirles que volver a encontrarse con él, sería revivir ese horrible episodio de su vida que deseaba olvidar, además de decirles la condición en la cual él se encontraba actualmente.

El mismo sentimiento que percibió en Alessandro el día anterior al enterarse de lo ocurrido, los invadió a ellos, pues sentían que ese joven merecía un castigo, incluso Emilia que era tan compasiva y no les deseaba mal a los padres del chico, pensó que la vida le había dado una gran lección por haber hecho tanto daño a su hija, si ellos como padres habían fallado, no podía decir que los de aquel joven fueran los mejores.

Todos se sorprendieron y voltearon a ver hacia Lisandro cuando dejó escapar un sollozo. Hasta el momento el mayor apenas había hablado y no había mostrado reacciones como las de sus padres o las que tuvo Alessandro la noche anterior, sabían que había llorado porque se limpiaba las lágrimas con disimulo, pero cuando se llevó las manos al rostro para cubrirlo escondiéndolo además entre sus piernas y comenzó a sollozar, todos quedaron perplejos.

—Lisandro, por favor no llores —le pidió Paula acercándose a él.

—No… no me pidas que no me sienta mal, fui yo quien más falló, se suponía que debía cuidar de ambos, que era su hermano mayor y mi responsabilidad es que a ninguno de los dos les pasara nada —lanzó en un torrente de palabras y sollozos que apenas lograba esbozar.

—Tú no has fallado en nada Lisandro, fueron nuestras decisiones… no te culpes ni te pongas de esa manera —indicó Alessandro que también se había levantado y caminó hasta él.

Paula se puso de rodillas ante su hermano y le tomó el rostro para que la viera a los ojos, con ternura le limpió las lágrimas que bajaban por sus mejillas. Él la tomó como si fuera una niña de cinco años y la sentó en sus piernas, llenándole el rostro de besos.

—Eres mi princesa… siempre lo serás Paula, tenías que habernos hablado de todo eso y sí me siento molesto, pero porque pensé que confiábamos unos en los otros —dijo mirándola a los ojos y después le extendió la mano a Alessandro haciendo que se sentara en el brazo del asiento, a su hermano también le rodeó la cintura con el brazo, mientras las lágrimas seguían desbordándose—. No vuelvan a hacerlo nunca más, no quiero un jodido secreto, ni misterio entre nosotros… si tienen un problema háblenlo carajo… yo soy su hermano y sea lo que sea que les ocurra encontraremos la solución, pero no se callen por favor —les pidió a ambos con esa seriedad que pocas veces mostraba, mirándolos.

Alessandro y Paula asintieron en silencio, pues la voz de ambos había sido reemplazada por todas las emociones que los embargaban. Ella se acurrucó contra Lisandro como queriendo ser de nuevo la niña consentida y feliz que una vez fue, mientras Alessandro le envolvió los hombros a su hermano con un brazo y le dio un beso en el cabello, queriendo agradecerle por todo lo que había hecho por ambos.

Emilia y Flavio al ver esa imagen de sus hijos apenas podían contener las lágrimas y la felicidad, era como si volvieran a ser los niños que ellos recordaban antes de que el dolor tocara a su familia, ahora estaban en ellos las huellas de las experiencias vividas y comprendieron que habían crecido, pues los golpes los habían enseñado.

—Nosotros somos los mayores responsables, Lisandro, has sido un hijo excelente y no debes

culparte por algo que aún no te corresponde, pero toma esto como experiencia… cuando nos casamos pensamos que nuestra vida sería perfecta, ya vez que nada debe darse por sentado, fallamos en muchos aspectos, pero la vida nos está dando una nueva oportunidad a todos, incluso a nosotros —pronunció Flavio captando la atención de sus hijos y los miró sintiendo tanto amor por los tres.

—Si tú fallaste, Lisandro, nosotros como padres somos un desastre, les dimos libertad pensando que de esa manera los beneficiaríamos, pero olvidamos los peligros que existen fuera de nuestra familia, y ante los cuales nos encontramos impotentes por no poder estar a su lado todo el tiempo… debimos ser más claros, debimos pensar en que ustedes no eran perfectos, que eran humanos y propensos a equivocarse… —habló Emilia con la voz ronca por el llanto derramado—. Lo sentimos tanto, hijos… les pedimos perdón a los tres, incluso a ti Lisandro por haberte dejado sin saber una responsabilidad que no era tuya.

—Yo no me siento mal por ello madre, no se disculpe conmigo —indicó él mirándola a los ojos.

—Lo hago porque así lo deseo… ven aquí, después de todo tú también fuiste nuestro niño y aunque nunca pasaste por situaciones como las de tus hermanos, eso no quiere decir que no hayamos fallado contigo… —Le dijo cuando él se paró frente a ella y le instó a que se sentara en medio de ambos, le dio un beso en la mejilla—. Mira la edad que tienes y aún sigues pensando como cuando tenías diecisiete, creo que es hora de que sueltes nuestras responsabilidades y asumas las tuyas —mencionó mirándolo a los ojos mientras le acariciaba el cabello.

Él la miró un tanto sorprendido, pero supo de inmediato a lo que se refería, ese intercambio de miradas con su madre le dio el valor para hacer lo que debía, lo que había deseado desde hacía mucho tiempo pero que por miedo a fallar no había realizado. Él era un hombre responsable, nada más su profesión lo decía, cada vez que comandaba un vuelo era decenas de almas que se ponían en sus manos, así que sonrió sintiéndose de cierto modo feliz y liberado porque ya no había temor en su ser.

—Ve y entrégaselo… sé que siempre lo llevas contigo —mencionó Emilia con una gran sonrisa y lo besó en la frente.

Flavio que no tenía secretos con su mujer sabía a lo que se refería, le guiñó un ojo a ella y le asintió cuando Lisandro buscó su mirada, después lo abrazó con fuerza para asegurarle que todo estaría bien, lo hizo ponerse de pie y le dio una nalgada como cuando era un niño y lo enviaba a hacer algo, sonrió ante la sorpresa de su hijo.

—Anda… o tu hermano te ganará la partida —esbozó refiriéndose a Alessandro y le guiñó un ojo.

—Ni loco, yo soy el mayor… y seré el primero en casarme —indicó Lisandro con una gran sonrisa.

Se acercó a Alessandro para desordenarle el cabello y le dio un beso a Paula en la frente, después de eso salió corriendo hacia su habitación. Su madre tenía razón siempre lo llevaba con él, incluso durante sus vuelos, a la espera del momento adecuado y así habían transcurrido tres años desde que compró el anillo para Vittoria, había llegado, ese era el correcto, todo se lo gritaba.

Subió hasta su habitación con rapidez y buscó entre sus cosas la pequeña caja de terciopelo negra, la abrió encontrándose con la elegante sortija de oro blanco coronada con un diamante de corte imperio, le había costado una pequeña fortuna, pero su futura esposa merecía eso y más. La cerró manteniendo una hermosa sonrisa en su rostro, se la guardó en un bolsillo, sabía que había salido con Samantha a pasear por el pueblo, ya no quería esperar más así que salió a buscarla.

∞∞∞

Samantha y Vittoria paseaban por las estrechas calles del pueblo, después que terminaran su tarea de lavar la vajilla y organizar la cocina, decidieron que lo mejor era darle un espacio a la familia de sus novios, para que pudieran tratar el asunto de Paula con total libertad. Aunque ellos les habían brindado la confianza a ambas y las habían recibido como otras más de la familia Bonanzierri; ese momento era solo de ellos, ya después Vittoria podría hablarlo con Lisandro.

Por lo pronto Samantha le contó, a grandes rasgos lo poco que conocía, sabía que no era justo que ella tuviese más información que la novia de Lisandro, que obviamente llevaba mucho más tiempo en la familia y prácticamente todos la trataban ya como la esposa del mayor de los Bonanzierri, aunque no llevara todavía el apellido.

—Nunca imaginé que ese cambio tan radical hubiera sido producto de algo así. Ojalá hubieras conocido a la Paula de antes, era maravillosa Samantha, tan llena de vitalidad y alegría —esbozó con tristeza mientras miraba la calle de adoquines bajo sus pies.

—Espero conocerla, algo me dice que después de esto Paula se liberará de toda la amargura y será la misma chica de antes, al menos eso espera Alessandro y yo también —mencionó con una sonrisa esperanzada mientras miraba el hermoso lago.

—Esperemos que sí, porque lo que tú viste ayer no fue nada… ella trataba a Aless muy mal, en realidad a todos, pero su saña era principalmente con él, algo que no entendíamos porque antes era su consentido… pero como dices, lo culpaba en parte de lo que le sucedió —indicó mirándola a los ojos.

—Él también terminó culpándose anoche, pero le hice saber que no debía hacerlo, ninguno debe hacerlo, porque éstas son cosas que pasan y lo mejor es aprender de ellas para no cometer los mismos errores nuevamente —dijo refiriéndose a los errores que ella también había cometido, sobre todo en su relación con Alessandro.

—Hablas como Emilia —esbozó Vittoria riendo—. Ya sé por qué Alessandro está loco por ti, él adora a su madre y tú te pareces mucho a ella, no solo en lo físico… sino también en el carácter —señaló mirándola fijamente para darle fundamento a sus palabras.

—¿Físicamente? No creo que me parezca a Emilia —mencionó sonriendo, extrañada ante esa comparación de Vittoria.

—Claro que sí, tienes el cabello castaño como ella, la piel de su mismo tono, solo te faltan los ojos grises —contestó sonriendo—. Y si hablamos del carácter, pues mucho más… aunque ella es más impulsiva que Flavio, mi suegro es más mesurado y todo un caballero, uno de verdad de los que ya no vienen… Aunque sus hijos varones han sido criados bajo ese patrón, mira que a veces se les olvida —mencionó de manera casual.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Samantha desconcertada.

—Por nada en particular… solo que a veces deberían imitar más la actitud de su padre, hacerles sentir a la mujer que está a su lado que en verdad es la de su vida…a veces las palabras no son suficientes, deben hacértelo sentir también con sus actos —contestó sin darse cuenta de todo lo que había revelado y cuando lo hizo le esquivó la mirada a Samantha, buscó en su cabeza algo para distraerla.

—Lo dices por Lisandro. ¿Hace cuánto que son novios? —inquirió buscando la mirada topacio de Vittoria.

—Toda una vida —respondió en un acto reflejo mirando el paisaje.

—Y por lo visto él no tiene entre sus prioridades hacerte su esposa —esbozó notando la

actitud de la rubia y de inmediato se reprochó por haber sido tan directa—. Perdona, Vittoria, no debí decir eso… a veces peco de indiscreta y de curiosa también, es un defecto que no he logrado dominar ni si quisiera con los años —acotó apenada al ver el cambio en Vittoria.

—No te preocupes Samantha, solo has dicho lo que es evidente… sabes, a veces pienso que así estamos bien y que dar el paso hacia un compromiso mayor sería de alguna manera complicar las cosas. Hemos sido felices de esta manera durante siete años —explicaba mirándola a los ojos —. Y ya sabes aquello de los novios eternos, que cuando al fin deciden dar el paso no duran casados ni un año —decía justificando de algún modo el proceder de ambos.

—Sí, lo conozco bien o aquellos que solo duran un mes de novios y cuando se casan lo hacen para toda la vida, yo creo que todo debe resumirse en lo que los hace felices Vittoria, si tú te sientes feliz de esta manera con Lisandro no veo que tengan que cambiar algo, a veces complacer a los demás o regirse por lo que la sociedad te dicta no nos asegura la felicidad —indicó con conocimiento de causa.

—Sí, eso lo sé muy bien… en verdad lo único que me preocupa es que quizás se nos está haciendo tarde para ser padres. Yo tengo ya treinta años y sabes que el tiempo no nos perdona, además mi familia es numerosa; ellos esperan que yo les dé muchos nietos es casi una tradición, mis dos hermanas mayores lo han hecho… y no sé cuánto tiempo me quede una vez que Lisandro se decida —mencionó revelando uno de sus temores, había soñado con tener al menos cinco hijos con Lisandro y después de siete años de novios, no habían concebido ni siquiera uno.

—¿Le has comentado esa inquietud a él? —preguntó Samantha.

—No, en realidad no es un tema que toquemos mucho, hablar de hijos es hablar de matrimonio porque mi familia jamás aceptaría que yo tuviera un niño sin estar casada —dijo y después suspiró.

—Vittoria, yo no debería inmiscuirme en esto, pero no te veo del todo satisfecha con tu relación con Lisandro, creo que deberías hablar con él y hacerle saber lo que sientes —mencionó mirándola a los ojos.

—He intentado hacerlo, pero él siempre sale con algún otro comentario rehuyéndole al tema y yo no insisto porque no quiero perderlo, en verdad amo a Lisandro, con todo y sus defectos, sé que juega al Casanova, sé que cree que sigue siendo un chico… pero también sé que no me es infiel, pues una como mujer nota esas cosas —esbozó dedicándole una mirada que esperaba Samantha entendiera, cuando la vio asentir en silencio continuó—. Además, es un hombre responsable y estoy segura de que será un padre maravilloso, se lleva muy bien con mis sobrinos… pero siento que aún no está del todo seguro y a veces yo me siento igual… la verdad es que no lo sé Samantha, todo esto es tan complicado —indicó sintiéndose desesperada.

—Mi consejo es que lo hables con él… mira, Alessandro y yo nos separamos casi por cuatro años, precisamente por no ser sinceros, por no decir lo que sentíamos y lo que deseábamos el uno del otro. Si la vida no nos hubiera dado esta nueva oportunidad quizás hubiéramos seguido escudados tras nuestros orgullos, temiendo ser rechazados y guardándonos lo que sentíamos… hubiéramos dejado que este sentimiento que compartimos muriera y créeme es horrible vivir haciéndote todos los días la misma pregunta ¿Qué hubiera pasado si…? Esa interrogante me acompañó por mucho tiempo y puedo ver que tú te la has estado haciendo también —expresó y después le dedicó una sonrisa amable mientras retomaban su camino.

En verdad deseaba poder ayudar a Vittoria, ella le agradaba y no quería que su relación con Lisandro se perdiera por tontas dudas que se podían aclarar hablándolas, no le deseaba a nadie el sufriendo que vivió estando lejos de Alessandro.

Ni siquiera a Romina, porque algo le decía que la diseñadora no pasaría por un dolor como

ese que ella vivió, pues nunca vio en ésta un sentimiento sincero, todas las veces que aparecía junto a Alessandro no descubrió esa mirada de entrega o amor que se da a la persona amada, no veía siquiera que lo admirara. Nunca escuchó un halago hacia su trabajo como actor o su personalidad, solo se enfrascaba en usar la imagen de él para conseguir beneficio propio, así que haberla alejado de Alessandro no le pesaba.

Capítulo 51

Caminaron en silencio por varios minutos mientras Vittoria reflexionaba sobre las palabras que Samantha le dijera, ella era consciente que últimamente estaba pasando por una situación complicada con Lisandro, después de tantos años de noviazgo sentía que se encontraban atascados, que su relación no iba hacia ningún lado, pero ambos se encontraban tan acostumbrados a lo mismo, que dar un giro a su relación podía terminar perjudicándola.

—¿Qué piensan hacer ustedes cuando las grabaciones terminen Samantha? —Le preguntó de pronto.

Tal vez si ella le decía que pensaban casarse o irse a vivir juntos, ella conseguiría el valor para pedírselo a Lisandro también, aunque su familia era muy conservadora, estaba dispuesta a arriesgarse a revelarse y tener una relación libre con su novio, ese podía ser el primer paso para luego llevar su relación a otro nivel.

—Bueno, en ese punto estamos igual que ustedes, todavía no hablamos sobre ello. Supongo que ambos tememos que ocurra lo mismo de la última vez, cuando nos tocó decidir qué hacer terminamos discutiendo y alejándonos, yo no quería que termináramos, pero tampoco podía quedarme aquí y dejar mi vida en Chicago, él no deseaba ceder a una relación a distancia o a irse conmigo y probar suerte en América… el orgullo y las dudas hicieron el resto, así que acabamos separándonos —contestó Samantha, sintiendo de pronto que ese era un tema que lo quisieran o no debía tocar, les quedaban prácticamente dos meses para decidir qué hacer, aunque ya habían expresado que deseaban vivir juntos, no habían acordaron dónde sería o cómo se organizarían para hacerlo.

—Todo es tan complicado a veces —mencionó Vittoria viendo el miedo reflejado también en Samantha, quiso cambiar de tema para alejar de ambas la zozobra y le preguntó por algo que siempre había despertado la curiosidad en ella—. Samantha quiero hacerte una pregunta y quizás sea una entrometida, pero… ¿Cómo haces para ver las escenas entre Alessandro y Kimberly? ¿No te dan celos? —inquirió mirándola a los ojos, quería que fuera sincera.

Samantha se quedó en silencio cerca de un minuto analizando lo que debía responder, o mejor dicho lo que deseaba responder porque después de todo, Vittoria había sido sincera y merecía que ella también lo fuera; hasta el momento no había hablado de ello con alguien externo, siempre con Diana, Alessandro y Kimberly, pero en ese momento sentía que de verdad podía desahogarse.

—Cuando veo a Alessandro actuando es como si fuera otra persona, sobre todo porque lo hace bajo otro nombre y con otras características que lo alejan del hombre que yo amo. Claro que en algunos diálogos es tan idéntico a como lo recuerdo que me abruma, pero intento mantener separados al Alessandro actor del Alessandro que es mi novio —respondió intentando poner en palabras lo que sentía y al ver que Vittoria esperaba más continuó—. Pero evito mirar aquellas donde ambos se besan y no le pregunto mucho sobre ello o qué siente cuando lo hace… sé que como hombre y como ser humano es sensible a todos esos estímulos, aunque me explique decena de veces que es todo actuado. Prefiero no saber nada y ahorrarnos momentos incómodos.

—¿Y cómo haces para las escenas íntimas? Porque había varias en Rendición y supongo que están siendo fiel al libro, así que no se las saltarán ¿verdad? —preguntó de nuevo sin poder

evitarlo.

—Por suerte… esas escenas se graban con el mínimo de personal porque hay desnudos, además, se necesita de toda la concentración posible, así que yo no estoy durante el rodaje, dejo que lo haga Patricia la otra guionista —contestó con media sonrisa ante el asombro reflejado en los ojos topacio de Vittoria.

—¿Nunca has visto una? ¿Ni siquiera por curiosidad? —la interrogó sin poder creérselo, Samantha no era en lo absoluto una mujer celosa. Ella en su lugar habría estado presente para recordarle que existía.

—No, Alessandro, en un principio me dijo que debería estar en una para que viera que son muy distintas de lo que se ve en pantalla, pero yo me negué y él terminó respetando mi decisión. No es que no confíe en él… pero es mejor así —dijo restándole importancia y para aligerar mencionó algo más que era verdad—. Además, que me resultaría muy difícil mostrarme de manera casual viendo a Alessandro desnudo, creo que nuestro secreto acabaría allí porque soy capaz de quitar a Kimberly y ponerme yo en su lugar —indicó riendo mientras la miraba.

—Pues yo en tu lugar lo haría, eso ni lo dudes —expresó riendo ella también, descubriendo que después de todo Samantha no era distinta a otras mujeres, pero confiaba mucho en Alessandro.

Ambas dejaron detrás esa sensación y los cuestionamientos que se hacían internamente, decidieron regresar a la casa, pues suponían que la reunión familiar habría acabado. Estaban por llegar cuando vieron salir a Lisandro corriendo de ésta y ambas se asustaron, pero al ver que sonreía se relajaron de nuevo, él apenas mostraba el esfuerzo de la carrera, era cierto cuando decía que se mantenía en forma, los deportes le brindaban una excelente condición física.

—¿Por qué estás así? ¿Acaso pensabas que te había abandonado? —preguntó Vittoria mirándolo con una sonrisa.

Él no respondió con palabras, la tomó entre sus brazos y la besó para trasmitirle en ese gesto todo el amor, la pasión y la devoción que sentía por ella. Siendo consciente que ninguna otra lo haría sentir como Vittoria, ella era la mujer de su vida, la que deseaba para compañera y madre de sus hijos.

Samantha se alejó sorprendida por el arranque de su cuñado, pero feliz por Vittoria, pues presentía que esa actitud de Lisandro tenía que ver con algo, sobre todo porque el resto de la familia Bonanzierri había salido tras él, pero manteniéndose a distancia, ella caminó hasta ellos y abrazó a Alessandro que veía el cuadro con una gran sonrisa.

—¿Qué sucede? —Le preguntó Samantha mirándolo a los ojos.

—Ya verás —contestó girándola para que viera a su hermano y a Vittoria, mientras la abrazaba desde atrás.

Lisandro se separó lentamente de su novia, manteniendo los ojos cerrados y el latido de su corazón desbocado, al tiempo que todo su cuerpo temblaba, nunca se había sentido tan asustado en su vida, ni siquiera cuando al fin pudo estar al mando de un vuelo, o tan ansioso como lo estuvo la primera vez que se acostó con una mujer.

—¿Lisandro que ocurre? —preguntó ella desconcertada y temerosa al sentirlo temblar tanto, nunca lo había visto de esa manera—. Por favor háblame… ¡Mírame! —rogó con la voz ronca por el nudo de lágrimas en su garganta y también le sujetaba el rostro.

—Vittoria tú eres… la mujer más hermosa que he conocido en mi vida, desde el día que aceptaste ser mi novia sé que soy un hombre muy afortunado… y también sé que no podría ya vivir sin ti —mencionó mirándola a los ojos viendo el hermoso par de topacios cristalizarse por las lágrimas y supo que los de él también debían estarlo.

—Lisandro yo… te amo y nunca me alejaría de ti, pero no entiendo ¿Por qué estás así? —inquirió una vez más.

—No sé cómo decirte esto… creo que era yo quien debía pedirle un discurso a mi padre; bueno, pero aquí vamos —indicó y la tomó de la cintura para sentarla sobre el muro de piedra que servía de mirar al lago—. Me gustaría ponerme de rodillas amor, pero es tu culpa que no pueda hacerlo —mencionó con picardía para aligerar la ansiedad que amenazaba con dejarlo sin estómago y tomó aire.

—Lisandro qué es todo… —decía cuando lo vio sacar de su bolsillo el estuche de un anillo —. ¡Oh por Dios! —exclamó llevándose las manos a la boca para ahogar su grito y las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Vittoria Ferlazzo… quiero que seas mi esposa, que lleves mi apellido y seas la madre de mis hijos —expresó con la voz más grave de lo habitual mientras la miraba a los ojos, abría con dedos trémulos el estuche y se lo extendió, la escuchó sollozar viendo cómo sus hermosos ojos topacios se cerraban dejando libre más lágrimas—. Por favor di que sí, te prometo que no te arrepentirás, haré todo lo posible por ser el mejor esposo… —Sentía los nervios hacer estragos dentro de él debido a su silencio y optó como siempre por algo gracioso—. Vitto, todos los ojos de mi familia están puestos sobre nosotros, puedo sentirlos, por favor acepta y después le decimos que te arrepentiste… incluso puedes quedarte con el anillo. —No podía parar de hablar y reír, eso le sucedía siempre que estaba nervioso, le tomó la mano para llevársela al pecho.

—Solo aceptaré si me prometes que tendremos un bebé pronto —dijo aprovechando la oportunidad para pedir lo que más quería.

—Tendremos todos los que quieras y cuando los quieras —aseguró moviendo además su cabeza de manera afirmativa.

—Bien, ponme ese anillo ¿qué esperas? —preguntó mientras reía.

Él lo hizo con la rapidez que el temblor de sus manos se lo permitía y le dio un beso en el dorso, sintiendo la caricia que su futura esposa le entregaba en la mejilla, la miró a los ojos pidiéndole un beso y ella como la reina que siempre había sido bajó para dárselo. Apenas fue consciente de los aplausos emocionados de su familia, pues una vez más esa sensación que compartía con ella cuando se besaban así, lo abarcaba todo.

Las felicitaciones no se hicieron esperar cuando se reunieron con el resto de la familia, incluso Emilia lloró de felicidad al conocer la condición que le había puesto Vittoria, y aunque se cohibieron un poco para no incomodar a Paula, ella misma la felicitó y le dijo a su hermano que deseaba un sobrino muy pronto. En verdad se le veía feliz por ellos, parecía como si esa sombra que la cubría siempre se hubiera esfumado y Samantha pudo ver la relación real entre los tres hermanos.

Era sencillamente maravillosa y eso le hizo recordar que ella también tenía a tres que adoraba, primero llamó a Diana, pero ella no contestó y le dejó un mensaje de voz, después lo hizo con Nick y lo notó algo extraño, como si estuviera nervioso, pensó que tal vez estaría en una de esas complicadas misiones y por último realizó una llamada a su hermano mayor, esperando que él sí pudiera atenderla.

—Hola, Walter ¿estás de servicio? —lo saludó como siempre hacía.

—Hola, Sam, no, hoy estoy libre. ¡Qué alegría escucharte! Pensé que ya nos habías olvidado… ¿Cómo han estado tú y Diana?

Samantha sintió que su voz no mostraba reproche, sino alegría por escucharla, dejó ver una sonrisa y le respondió.

—Ahora mismo no sé dónde estará ella, supongo que en alguna playa y yo estoy… —se

detuvo sin saber si contarle o no de su relación con Alessandro, lo vio acercarse con una sonrisa y dos copas de vino.

—Supongo que ya debe tener algún novio italiano, la verdad no sé a quién salió así… por favor, Sam, no la descuides.

Escuchó la preocupación en la voz de su hermano y de inmediato buscó tranquilizarlo, recibió la copa que Alessandro le extendió mostrando una sonrisa y cuando vio que se alejaba negó con la cabeza.

—Ella estará bien, Walter, igual te prometo que estaré atenta —dijo e hizo una pausa para beber un trago de vino.

—Bueno, confío en tu palabra y qué me cuentas de ti ¿dónde estás ahora? Por favor no me digas que encerrada en un estudio escribiendo.

—En realidad estoy en Varese, es un pueblo al norte de Italia… Soy la invitada de la familia Bonanzierri —comentó captando la atención de Alessandro, vio la sorpresa reflejada en la mirada azul y sonrió.

—¿Del actor? Los diarios dicen que su relación es muy cercana.

—Sí, de él… y la verdad nuestra relación es más que cercana, estamos juntos, Walter —mencionó mirando a su novio a los ojos.

—¡Vaya! No sé qué decir… espera un momento, ¿tú conoces a ese hombre de antes, Samantha?

—Walter es una historia muy larga y estaré encantada de contártela cuando regrese a Chicago, ahora estoy con su familia y sería de mala educación ausentarme por tanto tiempo, además eso es algo que deseo compartir contigo personalmente —contestó esperando que con esa explicación se quedara tranquilo, él era más calmado que Nicholas.

—Entiendo, bueno… solo espero que te sientas feliz, ya decía yo que ese hombre no se encontraba allí por una casualidad, mi instinto nunca falla. Espero tener una conversación con él así que tráelo contigo cuando regreses, ojalá y sea pronto, Emily las extraña a las dos.

—Yo también la extraño muchísimo, en realidad lo hago con todos, díselo y dale muchos besos, por favor saluda a Linda de mi parte también. Te quiero mucho, cuídate —pronunció para despedirse.

—Yo también te quiero, Sam, hazlo tú también y saluda a tu amigo.

—Lo haré, besos —esbozó, después de eso colgó.

—¿Tu hermano te preguntó por nosotros? ¿Ha escuchado algo en las noticias? —inquirió Alessandro sin saber por qué ella le había contado de su relación, se sentía desconcertado, pero también feliz.

—No, solo me preguntó dónde me encontraba, decidí hablarle con la verdad, después de todo mi familia merece saberlo, además yo quiero que lo hagan, deseo que sepan que estamos juntos… —se acercó a él dándole un ligero toque de labios—. Supongo que ver lo felices que están todos ustedes por sentirse completamente libre de secretos y cargas me hace desear lo mismo, ya solo me queda Nick por conocer la verdad, aunque algo me dice que lo intuye —decía cuando Alessandro la detuvo.

—¿Y tú padre? —cuestionó mirándola.

—Sospecho que él también lo sabe, estaba en la casa el día que discutí con mamá, y cuando fui a despedirme de ellos me dijo que buscara mi camino, que no me preocupara por la opinión de los demás y también que estaba orgulloso de mí —respondió con una sonrisa radiante.

—No es el único que lo está, yo también y ahora mi madre te adora aún más, dice que gracias a ti también recuperó a Paula.

—Pero yo no hice nada —indicó desconcertada.

—Tú me animaste a que hablara con ella, me diste el valor para enfrentar la situación que atravesábamos… así que eres en parte gran responsable de que volvamos a ser como antes. Gracias preciosa —expresó rodeándola con su brazo y buscó sus labios para besarla.

Ella se entregó a ese beso olvidándose de todo a su alrededor, sintiendo que todo su mundo se reducía al espacio que compartía junto a Alessandro, sintiéndose de cierto modo libre y feliz por haber compartido con su hermano esa verdad que durante tanto tiempo calló. Comprendió la alegría que embargaba a la familia Bonanzierri y se prometió que ella tampoco le ocultaría nada más a su familia, pues amar a Alessandro no debería avergonzarla; por el contrario, se sentía orgullosa.

∞∞∞∞

La velada de la noche fue maravillosa, los caballeros como siempre, se lucieron preparando una cena especial para celebrar el compromiso de Lisandro y Vittoria. Brindaron por su felicidad e incluso Alessandro buscó uno de sus saxofones que se encontraban en el estudio y junto a Samantha le cantaron algunos clásicos que ambos sabían, incluso Emilia se sintió tan entusiasmada y feliz que se unió a ellos para cantar algunas canciones, aunque esas fueron dedicadas a su esposo. Samantha y Vittoria reían al ver los rostros de Alessandro, Lisandro y Paula cuando su madre cantó para su padre *Teach me tonigth* de Dinah Washington, mostrando toda la seducción que el tema implicaba.

El amor flotaba en el aire esa noche y la sensación de estar en un ambiente así era algo nuevo para Samantha, pero la hacía sentir de maravilla, como si realmente perteneciera a la familia Bonanzierri desde hacía mucho tiempo y no solo los tres meses que llevaba conociéndolos.

Casi a medianoche decidieron retirarse a sus habitaciones, al día siguiente Alessandro y Samantha tenían que volver a la villa para continuar las grabaciones. El resto de la familia se quedaría toda la semana disfrutando de sus vacaciones, aunque Vittoria estaba loca por decirle a sus padres que por fin se casaría con Lisandro.

—¿Estás seguro de que todos se fueron a dormir Alessandro? —preguntó Samantha minutos después, antes de salir al pasillo.

—Completamente… confía en mí, no nos descubrirán —respondió abriendo la puerta con cuidado y se asomó al pasillo verificando que estuviera en lo cierto—. No hay nadie, vamos —susurró tomándola de la mano, mientras en la otra llevaba su saxofón.

Corrieron por el pasillo que por suerte no se hallaba en penumbras gracias a los ventanales y las delicadas cortinas que permitían la entrada de los rayos de la luna, subieron las escaleras procurando hacerlo con rapidez y cuando al fin llegaron al salón, él comprobó que no hubiera nadie para después hacerla pasar.

—Estás temblando —mencionó él divertido cuando la abrazó.

—Claro que estoy temblando y además mi corazón está a punto de salírseme del pecho —acotó mostrando una sonrisa nerviosa y después lo besó para bajar un poco la adrenalina que corría por sus venas.

Él le pasó el pestillo a la puerta sin dejar de besarla y caminaron con pasos lentos hasta el sillón, la chimenea había quedado encendida por lo que el ambiente en el salón era cálido. La intensidad del beso fue menguando hasta quedar solo en toques de labios, se separaron lentamente, pero sus miradas se encontraban ancladas la una a la otra.

—Te ves tan hermosa —susurró Alessandro.

Se alejó para ver el cuerpo de Samantha cubierto por un sensual y elegante camisón blanco de seda que les llegaba a los tobillos, pero tenía una abertura que mostraba la perfecta pierna de Samantha y el escote caía profundo exponiendo de manera esplendorosa sus senos, ella le dedicó una sonrisa y se dio la vuelta para que viera el escote en su espalda. Alessandro tragó en seco cuando vio que llegaba hasta el final y solo delgadas tiras cruzadas lo mantenían en el cuerpo de su mujer.

—¿Te gusta? —preguntó mirándolo por encima del hombro.

—Más que eso, me fascina… toda tú, sabes cómo hacer que te desee con locura —respondió deleitándose con la forma en cómo caía la seda, dibujando perfectamente ese trasero que aceleraba sus latidos y hacía que el deseo lo calentara por dentro.

—Tú también te ves muy bien con ese pijama —mencionó sonriendo y su mirada bajó por el perfecto torso de Alessandro, deteniéndose unos segundos en la sutil línea que mostraba su miembro.

Nunca lo había visto llevando un pantalón que lo mostrara tan perfectamente, sabía que no llevaba ropa interior porque a duras penas logró convencerlo de que se pusiera el pijama que su madre le había regalado. Si la pobre Emilia supiera que la mayoría estaban en su closet sin siquiera ser estrenados, dejó ver una sonrisa y se pasó la punta de la lengua por el labio para humedecerlo.

—Creo que algo ha atrapado nuestra atención, señorita Steinberg —señaló descubriendo dónde estaba la mirada de ella y refiriéndose también dónde se encontraba la de él.

Samantha se sonrojó como si hubiera sido atrapada en algo indebido, como si nunca antes hubiera no solo visto sino también disfrutado con su boca del extraordinario pene que él tenía, ese que supo desde el primer instante que lo vio que era perfecto.

—No tan rápido, señor Bonanzierri —indicó al ver que él se acercaba con toda la intención de adueñarse de su cuerpo.

—Samantha, te recuerdo que tenemos poco tiempo, en seis horas debemos regresar a la villa y… —decía cuando ella lo calló apoyando el índice en sus labios mientras lo miraba a los ojos.

—Sé que no tenemos tiempo, pero hace cuatro años me prometiste algo y me muero porque lo cumplas… es casi que una fantasía para mí —aludió y tenía esa mirada que usaba para convencerlo.

—Y lo sería para mí también si mientras toco el saxofón, tú me das sexo oral —expresó para provocarla, viéndola con intensidad.

—¡Alessandro! —exclamó y después bajó la voz.

—¿Qué? Me gusta que lo hagas, Samantha, así que no voy a mentir —dijo en un tono casual porque era verdad, ella lo desarmaba cada vez que lo tenía en su boca, lo llevaba al borde cada vez que lo hacía.

—A mí también me gusta… pero dudo mucho que puedas tocar bien si lo hago —indicó mostrándose segura.

Había aprendido a leer el cuerpo de Alessandro y sabía que no pensaba en nada más cuando ella lo complacía con su boca, incluso lo llevaba más rápido de esa manera al borde del orgasmo.

—¿Me estás retando? —preguntó al ver la altivez en ella.

—Podría perfectamente hacerlo, pero no sería solo eso ¿cómo se supone que voy a cantar para ti querido? —inquirió elevando una ceja.

—Bien puedes usarlo de micrófono —señaló con media sonrisa.

—¡Alessandro! —volvió a exclamar y se tapó de nuevo la voz, él la miró divertido y ella lo

miró entrecerrando los ojos—. A este paso van a terminar descubriéndonos —agregó en un susurro.

—Tú eres la que estás gritando —dijo riendo y la envolvió entre sus brazos para pegarla a su cuerpo.

—Es tu culpa… me exasperas y me haces —se detuvo pues no sabía cómo explicar que su cuerpo se convertía en una hoguera cada vez que él hablaba así y eso no debía pasar—. A veces eres tan directo cuando hablas de sexo y yo intento ser más… sutil.

—¿Estás queriendo decir que soy vulgar? —preguntó riendo. Ella se quedó en silencio otorgándole una respuesta, la envolvió con sus brazos intentando mostrarse serio, pero podía jurar que su mirada brillaba con emoción—. Samantha, cuando una mujer y un hombre están en la intimidad y se tienen confianza, ser directos no es ser vulgares, es simplemente pedir lo que deseas y tratar las cosas por sus nombres. Además, todo depende del momento… ¿O se le olvida señorita todo lo que me pidió la otra noche cuando usamos el espejo? —inquirió mirándola y sonrió al ver su hermoso sonrojo.

—No… pero en esos momentos a veces siento como si no fuera yo y la mayoría del tiempo ni siquiera recuerdo todo lo que digo.

—En esos momentos sigues siendo tú, siempre lo eres, preciosa, y me hace feliz que te expreses libremente… nunca voy a pensar que eres vulgar porque me pidas algo, si lo deseas hazlo. No te cohíbas nunca conmigo, Samantha, porque yo no lo haré contigo.

Alessandro la vio suspirar y después sonreírle, haciéndolo en verdad muy dichoso, día a día Samantha se iba liberando de las cadenas que la ataban, le tomó la mano para besarla mientras se perdía en ese hermoso tono marrón que tenían sus ojos. Después caminó para tomar el saxofón, quería complacerla y lo haría a la manera de ella, sin presiones.

—Lo haremos como deseas hoy, ya nos quedará tiempo para probar que también puedo tocar mientras me tienes en tu boca —dijo sonriendo feliz al ver que ella también lo hacía, le dio un suave beso en los labios—. Y también porque no quiero dar una nota tan alta que los despierte a todos en la casa —acotó riendo y ella lo acompañó.

Tomaron asiento, sintiendo la calidez de la chimenea calentar sus pieles, así como lo hacía el amor en el interior de sus cuerpos. Él se concentró en el instrumento y las notas de *Quando, Quando, Quando* fueron llenando la estancia, a la espera de la melodiosa voz de Samantha.

∞∞∞

Contrario de lo que suponían, los demás miembros de la familia no dormían, Lisandro y Vittoria celebraban el paso que habían dado esa mañana, entregándose por completo al amor que sentían, estaban descansando de una primera sesión de sexo, cuando escucharon las suaves notas del instrumento; sonrieron sintiéndose completamente felices y satisfechos uno en brazos del otro.

Emilia y Flavio tampoco dormían, los años no habían logrado apagar la llama de la pasión que se encendió treinta y seis años atrás, cuando se entregaron por primera vez a los placeres del cuerpo; habían hecho el amor con la dedicación y la mesura que debían, conscientes que ya no eran dos jóvenes, se encontraban abrazados en ese plácido estado de letargo en el cual se sumían después de tener relaciones, cuando hasta ellos llegó la melodía del saxofón de Alessandro.

—Él la sigue conquistando… eso lo aprendió de mí —susurró Flavio acariciando la espalda de su mujer.

—Es cierto, tú nunca has dejado de conquistarme —esbozó con una sonrisa y recibió el beso que su esposo le ofreció.

Paula también estaba despierta a esa hora, la confesión, los recuerdos y ver a las tres parejas tan felices habían removido muchos sentimientos en ella. Estando sola en su habitación se dio la libertad para llorar, aunque no lo quisiera la afectaba darse cuenta de que incluso aquello, que en algún momento creyó amor nunca lo fue en realidad, no recordaba que Cesare la viera de la manera en que Alessandro y Lisandro miraban a sus novias, por no decir de la devoción que mostraba su papá cada vez que se quedaba admirando a su madre.

Ni siquiera podía decir que su relación se basó en una buena experiencia sexual porque no lo fue, la primera vez no hubo explosión de sensaciones ni todas esas cosas de las que los demás hablaban y las dos veces que siguieron a esa él se mostró tan frío, apresurado, no hubo besos ni caricias tiernas, solo la tomó buscando su propia satisfacción.

Rodó sobre su costado para quedar de lado dejando que el llanto mojara su almohada, mientras se reprochaba una vez más por haber dejado que él la usara de manera tan egoísta. Se prometió que no dejaría que eso sucediera de nuevo, pero también se juró que lograría salir adelante, que no permitiría que los recuerdos de ese miserable truncaran su vida y su derecho a ser feliz.

Escuchó las notas que provenían del salón y supo de inmediato que era su hermano, esbozó una sonrisa al tiempo que se limpiaba las lágrimas, no seguiría llorando por alguien que no merecía la pena. La melodía alejó la tristeza y el dolor de su alma, para terminar, reforzando su decisión de abrir su corazón de nuevo al amor.

Alessandro y Samantha se deleitaron cada uno con su desempeño y cuando la canción finalizó le dieron riendas sueltas a la pasión, sus cuerpos fueron sus mejores instrumentos para entregarse por completo, desnudos como años atrás y sobre la alfombra.

Lograron salir del salón antes que los demás despertaran, dando por hecho que nadie había notado su excitante aventura; sin embargo, cuando bajaron a desayunar las sonrisas de todos les demostraron lo contrario. Samantha procuraba no fijar la mirada en sus suegros pues se sentía apenada, pero las caricias que le brindaba Alessandro por debajo de la mesa la hicieron sentir segura, y recordó lo que él le decía siempre, su amor no era algo que debía avergonzarlos; por el contrario, era hermoso y debían estar orgullosos del mismo.

Alessandro que sentía que su familia había vuelto a ser la de antes, Samantha fue la encargada de colocar la música dejándola en aleatorio, y la primera canción que llenó el espacio fue una de la sesión AVO de Joss Stone, le dedicó una sonrisa a Alessandro antes de empezar a cantarle *Tell Me What We're Gonna Do Now*, sentía que esa canción expresaba perfectamente lo que vivía. Él sonreía sintiéndose en verdad feliz, aunque la nostalgia intentó apoderarse de él cuando dejó a su familia, Samantha conseguía la manera de alejar toda tristeza de su corazón, solo con gestos como ese de dedicarle una canción ponía su mundo a brillar de nuevo. Minutos después se volvió a mirar a su novia sin poder creer lo que escuchaba.

—¿Me estás jodiendo? —cuestionó mientras sonreía de manera burlona cuando la voz de *Olivia Newton John* llenó el espacio.

—No seas tonto, Alessandro, es… es una canción. —Intentaba decir algo, pero los nervios no la dejaban, no sabía por qué demonios había dejado esa canción en su iPod, debió haberla borrado.

—Devotamente cursi —se burló y estaba a punto de soltar una carcajada cuando vio que Samantha se tensaba.

—Sí, tienes razón… es estúpida, mejor la quito —extendió la mano para cambiar y evitar que

Alessandro se siguiera burlando de lo tonta que había sido, después de todo no tenía caso traer esos dolorosos recuerdos.

—No, déjala, Samantha —mencionó anteponiendo su mano y aprovechó el semáforo para buscar su mirada—. ¿La tienes porque te recordaba a mí? —preguntó y ya no sonreía, solo se sentía intrigado.

—¡Oh, por favor! Claro que no, ¿acaso me crees tan melodramática? —se defendió de inmediato esquivando la mirada azul.

—Y entonces porque no me miras a los ojos y te pusiste tensa ¿sabes que eres pésima para decir mentiras, Samantha? Al menos conmigo, yo las descubro de inmediato, así que dime, ¿lo hacías?

—¡Bien! Sí, lo hacía… era una tonta que creía en absurdos y… —decía cuando él la calló con un beso.

Alessandro buscó en ese gesto agradecerle a Samantha por amarlo como lo hacía, por nunca haberlo olvidado y no quería escuchar que se reprochara, o que pensara que sus emociones no habían tenido sentido, eso sí sería absurdo porque él también pasó por una etapa oscura y melancólica, en donde lo único que deseaba era revolcarse en el dolor de no tenerla y vaya repertorio que usó en ese entonces.

—En verdad estaba perdidamente enamorada de ti —esbozó ella con los ojos cerrados cuando sus labios se alejaron un poco.

—Y yo de ti, no tienes ni idea de todo lo que hice para intentar olvidarte… pero siempre terminaba trayéndote a mí en cualquier recuerdo y lo único que deseaba era verte regresar —dijo abriendo sus ojos para mirarla—. Me dolió tanto saber que ni siquiera la nota que te dejé te animó para que al menos me dedicaras una llamada o un correo.

—¿Nota? ¿Qué nota, Alessandro? —preguntó y en ese momento las cornetas de los demás autos le exigieron avanzar.

Alessandro frunció el ceño ante la pregunta de Samantha y buscó un lugar donde poder orillar el auto, al menos durante unos minutos.

—Te dejé una nota junto a las fotografías, iba todo en un sobre en una de tus maletas —contestó mirándola.

—Yo nunca encontré una nota, las fotografías sí… pero no sé nada de una nota —acotó mirándolo a los ojos.

Se sorprendió ante esa revelación de él, cuando vio las fotos incluso sintió una extraña mezcla de sentimientos, pensaba que Alessandro lo había hecho para impedir que lo olvidara, pero no por amor, sino por arrogancia; sin embargo, se sintió feliz de tener esas imágenes.

—La dejé en el mismo lugar… a lo mejor se salió del sobre ¿todavía conservas la maleta? Podemos buscarla quizás esté allí.

—No, todas las maletas que usé en esa temporada las regalé a un orfelinato esa misma Navidad… ¿Qué decía la nota? —inquirió.

—Ya no tiene importancia… —respondió, tomándole la mano para darle un beso, no quería seguir atormentándose con esas cosas del pasado y para aligerar la tensión que se había instalado en ambos, usó uno de sus recursos como actor—. Pero para que no te sientas en desventajas porque sé que lo odias, yo también creé un repertorio para torturarme, e incluso estuve a punto de perder una demanda con uno de mis vecinos porque no lo dejaba dormir, pasaba horas escuchando *Un altra te* de Eros, *Parliamo al singolare* de Nek, *imbranato* y *Sere nere* de Tiziano… por solo mencionarte algunas, así que no tienes que sentirte avergonzada, Samantha —dijo y le dedicó una sonrisa para animarla.

—Pues permíteme ahorrarte mi repertorio —dijo riendo y buscó otra lista—. Será mejor que cambiemos a algo más actual o terminarás lanzando mi iPod por la ventana —agregó con una sonrisa.

El interior el auto se llenó de inmediato con las notas de *Alive,* era uno de los éxitos del verano y por supuesto resultó completamente diferente, mucho más vibrante y actual.

All alone, just the beat inside my soul
Take me home, where my dreams are made of gold
In the zone where the beat is un-controlled.
I know what it feels like
Come on make me feel alive
Feel alive, feel alive.

Samantha hizo el asiento hacia atrás al tiempo que elevaba las piernas, apoyándolas sobre el tablero, de inmediato la tela del vestido que había comprado en Varese subió dejando al descubierto sus torneados muslos.

Alessandro comprendió enseguida que eso era una invitación y sus latidos se aceleraron tanto como el motor del auto, le dedicó una sonrisa seductora y ella le respondió de la misma manera.

—Hagamos realidad su fantasía, señor Bonanzierri —le susurró al oído mientras le acariciaba la entrepierna con osadía.

Él no lo pensó dos veces y buscó un camino alterno, que los llevara a un paraje donde pudieran dar riendas sueltas a sus deseos. Las ruinas de lo que parecían ser las bodegas de un viñedo fue el lugar idóneo.

Detuvo el auto justo detrás de las mismas y consciente que el volante terminaría estorbándoles, se trasladó maniobrando con ella hasta el asiento del copiloto. Samantha se montó sobre él y despacio bajó la cremallera del jean negro mientras lo miraba a los ojos, deslizó su mano en el interior del slip para apoderarse de la erección que se encontraba rígida y caliente, lista para entrar en ella y hacerle perder la cordura. Él no se quiso quedar atrás, por lo que metió la mano bajo el vestido y deslizó hacia un lado el pequeño tanga que ella se puso esa mañana, le acercó los labios pidiéndole un beso, dos de sus dedos se deslizaron en el interior húmedo y cálido de Samantha, la sintió temblar por lo que repitió la acción, ahogando con su lengua los gemidos.

—Alessandro —susurró ella, cerrando los párpados trémulos pesadamente y se movió para que él llegara más profundo.

—Samantha —respondió él, temblando igual ante la suave presión que ejercía con su pulgar sobre el glande, mientras sus demás dedos acariciaban la erección lentamente de arriba abajo.

Deslizó su mano libre por la nuca de Samantha y anclándola allí la hizo bajar para besarla, a la vez que rodaba en el asiento para quedar casi tendido en el mismo, sacó sus dedos de Samantha y los deslizó hacia atrás, rozando con suavidad ese lugar que aún no había conquistado.

—Me estoy muriendo por estar aquí —susurró contra los labios de su mujer y ejerció mayor presión arrancándole un gemido—. Dime que me dejarás hacerlo, Samantha… quiero ser el primero y el único.

—Sí… te daré todo lo que me pidas, Alessandro… todo —expresó mirándolo a los ojos y se movió para sentirlo aún más.

Él sintió el deseo en ella y aprovechó ese instante para tomarla de las caderas bajándola hasta que pudo rozar su intimidad, Samantha comprendió lo que deseaba así que no perdió tiempo en

llevarlo a su interior, la humedad hizo que se deslizara con facilidad.

Dejó caer la cabeza en el hombro de Alessandro mientras gemía, se aferró con sus manos a los brazos de él para soportar los movimientos en círculos que él hacía y lo llevaban muy profundo. No quiso mantenerse allí pasiva, así que en medio de besos y caricias le entregó ese maravilloso baile de caderas que lo enloquecía, mientras sentía la fuerte presión de las manos de Alessandro sobre sus nalgas.

El aura que los envolvía era tan erótica que los hizo olvidarse del lugar donde estaban, ella deslizó los tirantes de su vestido y dejó al descubierto sus senos, pero quería más así que también le quitó la camiseta que él llevaba, y tomando un ritmo más enérgico lo llevaba a su interior anclándose en el poderoso miembro, dejándose llevar por la melodía de *The way* en la voz de *Ariana Grande* que llenaba el espacio.

So, don't you worry, baby you got me.
I got a bad boy; I must admit it.
You got my heart; don't know how you did it
And I don't care who sees it babe
I don't want to hide the way I feel when you're next to me.

Alessandro se sentía tan fascinado con Samantha, disfrutando del movimiento de sus caderas cada vez que subía y bajaba, las pulsaciones en su miembro le anunciaron que estaba a punto de irse. Se irguió un poco y le envolvió la cintura con sus brazos, mientras gemía con el rostro apoyando en sus suaves y cálidos senos, sintiéndola ser arrasada por el orgasmo, la escuchó gritar su nombre y eso lo hizo feliz.

Samantha pidió como recompensa ser quien condujera hasta la villa, él no pudo negarse, su mujer se merecía el cielo por su manera de amarlo, cada vez se entregaba con más intensidad. Cuando llegaron, el resto del equipo también lo hacía y les sorprendió ver el hermoso Maserati entrar al lugar, pero prácticamente se congelaron al descubrir que quien lo conducía era Samantha; que además se le notara tan feliz y desinhibida. Los más osados de pensamientos casi concluyeron lo que había sucedido minutos antes en ese auto, al verlos algo agitados, con el cabello desordenado y sus ropas arrugadas.

Ella caminó sintiendo que ya no le importaba lo que ellos pensaran, estaba enamorada de Alessandro y eso se sentía de maravilla, los saludó mostrándose completamente casual, ignorando sus miradas inquisitivas. Alessandro la imitó y antes de separarse se ocultaron para tener un beso más, cargado de esa pasión que parecía no menguar nunca, compartieron una mirada cómplice y retomaron sus direcciones sintiendo que en lugar de caminar flotaban.

Capítulo 52

Después de un viaje que le resultó casi interminable al fin había llegado a la villa de los Codazzi, había tenido un montón de contratiempos y no solo por el hecho de que el bastardo de James hubiera desaparecido para negarle el permiso de sacar a Tiffany del país, sino también porque debió enfrentarse a los prejuicios de su madre cuando se enteró que había comenzado una relación con Nicholas Steinberg, para ella era casi un sacrilegio que una mujer anduviera con un hombre menor, y tuvieron una discusión tan fuerte que estuvo a punto de suspender su viaje para quedarse con su hija.

Por suerte su madre la visitó dos días antes del viaje, para buscar a Tiffany y hablaron más calmadas sobre el tema de Nicholas, terminó pidiéndole disculpas por su reacción, pero se justificó diciendo que la había tomado por sorpresa. Sin embargo, le ofreció todo su apoyo ya que era su única hija y por lo mismo no podía evitar preocuparse, lo único que deseaba era su felicidad y si era con ese chico ella lo aceptaría.

Como siempre su madre no podía enterarse que andaba saliendo con alguien, porque de inmediato la imaginaba vestida de novia y comenzaba a hacer planes de boda, no terminaba de comprender que lo último que ella deseaba era casarse de nuevo, después de la traumática experiencia con su exmarido, había renunciado a todo lo que tuviera que ver con compromisos formales, y a la mayoría de los hombres eso les gustaba.

—Hemos llegado señorita.

Mencionó el chofer sacándola de sus pensamientos, ella le dedicó una sonrisa y buscó dentro de su billetera para cancelar el servicio, bajó del auto y ya el hombre había sacado sus maletas, recibió el billete y se despidió de ella con un guiño de ojo. Jaqueline no pudo evitar sonreír pues desde que llegó a Roma unos diez italianos habían intentado conquistarla, pero lo hacían de una manera tan galante que la hacía sentir halagada en lugar de fastidiada como le sucedía la mayoría del tiempo.

—¡Jackie! Al fin estás aquí.

Se giró al escuchar la voz de su mejor amiga, la vio correr hacia ella y como si se tratasen de dos adolescentes se amarraron en un abrazo, tenían casi cuatro meses sin verse y eso para las dos era una eternidad. Sobre todo, porque tenían demasiado por contarse.

—¿Cómo estuvo el viaje? —preguntó Samantha con una sonrisa.

—Agotador… pero ha valido la pena, este lugar es tan impresionante como lo describiste, Sam —contestó paseando su mirada por el paisaje.

—Yo pensé que había valido la pena porque me verías a mí.

Expresó fingiéndose dolida y después que Jaqueline la miró con sorpresa, comenzó a reír, sin siquiera notarlo había aprendido a usar ese tipo de juegos tal y como lo hacía Alessandro.

—Te veo muy feliz —acotó Jaqueline sonriendo también.

—A lo mejor es porque así me siento, nunca había sido tan feliz en toda mi vida, Jackie —confesó con la mirada brillante.

—Me alegro tanto por ti Sam, en verdad amiga es así como quise verte siempre… pero ahora vamos, que tenemos mucho que contarnos —señaló mientras caminaban abrazadas hasta la casa que ocupaba Samantha, donde se quedaría Jaqueline también.

Llegaron hasta la habitación y mientras desempacaban Samantha le contaba a Jaqueline todo lo que había transcurrido durante esos cuatro meses, ya estaban por finalizar las grabaciones así que solo debía esperar unas semanas más, y después podría gritarle al mundo que estaba perdidamente enamorada de Alessandro Bonanzierri.

—Y hablando de tu encantador novio, ¿dónde está? —preguntó.

—Grabando —contestó y su semblante cambió de inmediato.

—¿Y por qué tú no estás allí? Se suponía que una de tus exigencias era estar presente en todas las escenas —mencionó Jaqueline extrañada.

—Bueno, sabía que llegabas hoy y me quedé fuera del set para recibirte, además, Patricia me cubre no es necesario que esté presente todo el tiempo —contestó rehuyéndole la mirada.

—Entiendo… —esbozó y la verdad era que entendía muy bien, seguramente la escena que grababan era sobre algún encuentro íntimo y por eso Samantha no estaba participando—. Creo que deberías ver alguna, aunque sea para asegurarte a ti misma que lo que verás en la pantalla cuando se estrene Rendición no es verdad —agregó mirándola.

—No sé si pueda, Jaqueline, créeme estoy haciendo mi mayor esfuerzo por mantenerme aquí y no sucumbir a la curiosidad. Esto es en verdad una tortura porque, aunque no las vea, mi mente no deja de imaginar cada detalle de estas y… ¡Demonios se supone que confío en él! —exclamó dejando libre la desesperación que había logrado contener hasta ese momento, se sentó al borde de la cama, llorando.

—Sam, mírame —le pidió tomándole las manos—. Ustedes dos se aman, él te lo ha demostrado muchas veces, ¿no es así? —inquirió y Samantha apenas logró asentir liberando un sollozo—. Bueno, entonces no importa lo que suceda en esas escenas, él es tuyo… deja que el actor haga lo que el personaje requiere, el Alessandro real es quien debe importante y ése está loco por ti, te adora —esbozó manteniéndole la mirada, evitando que Samantha huyera de nuevo.

—Lo sé, Jackie y he intentado separarlos, pero hay momentos en los que mi cabeza me juega malas pasadas y termino sintiéndome así. Cuando estamos juntos me entrego por completo para que sienta que ninguna otra mujer lo hará sentir igual, que nadie lo amará como yo, pero a veces me tortura la pregunta de sí será suficiente.

Se limpió las lágrimas con su mano temblorosa y dejó escapar un suspiro que liberara la presión que sentía en el pecho, se había estado guardando todo eso por demasiado tiempo y ahora que tenía a Jaqueline a su lado sentía que podía liberarlo pues ella la entendería.

—Samantha Steinberg, es más que suficiente, te puedo asegurar que lo que tú le das a Alessandro es todo para él… ¡Por Dios, mujer! Fue a buscarte a América, se presentó en esas audiciones solo por ti, se jugó todas sus cartas para conquistarte de nuevo... así que escúchame bien. Él te ama, te adora y jamás te cambiará por otra mujer —le aseguró rogándole al cielo que sus palabras fueran ciertas, porque no era de las que confiaban en los amores para toda la vida, pero sentía que debía hacer que Samantha sí lo creyera—. Así que ahora mismo te levantas de allí y me acompañas a ver lo que están grabando, así compruebas por ti misma que ese hombre es completamente tuyo.

—Jackie… yo no creo que pueda… —decía cuando su amiga interrumpió sus palabras endureciendo su semblante.

—Puedes ¡Por supuesto que puedes! Así que vamos —mencionó jalándola del brazo para llevarla consigo, aunque fuera arrastras.

Samantha sentía su corazón latir demasiado de prisa mientras se desplazaban por el pasillo, incluso se sentía mareada y sabía que terminaría lamentando lo que estaba a punto de hacer, sus pensamientos eran un remolino que la lanzaba de un lado a otro; ni siquiera fue consciente de

cómo había llegado hasta la puerta de la habitación donde estaban grabando, sentía el cuerpo tan tenso que apenas podía creer que hubiera caminado.

Uno de los hombres de producción que cuidaba la puerta, les hizo saber que debían esperar la orden de corten de Thomas para poder ingresar, pues el hombre como todo director odiaba las interrupciones. Esos minutos fueron eternos para Samantha y en más de una oportunidad se sintió tentada a escapar corriendo del lugar, pero la mano de Jaqueline aferrada a su brazo se lo impedía.

Al fin se escuchó la enérgica voz de Thomas atenuada por encontrarse dentro de la habitación y el hombre abrió la puerta para que ellas pasaran. Jaqueline sintió el temblor que recorría a Samantha y le dedicó una mirada para que intentara calmarse o quedaría al descubierto delante de todos, al tiempo que ella misma tomaba aire, se esforzó por mostrarse casual y brindarle la confianza que evidentemente necesitaba.

Samantha no pudo evitar que su mirada buscara a Alessandro, lo encontró acostado en la cama junto a Kimberly, ambos estaban recibiendo las indicaciones de Thomas mientras revisaban el libreto con Patricia, todo le hubiera parecido normal, solo una escena más si ambos no hubieran estado prácticamente desnudos, sus partes íntimas estaban cubiertas por prendas en color piel que dejaban al descubierto sus traseros, pudo comprobarlo gracias a que Kimberly estaba acostada boca abajo y su trasero se exponía por completo.

—Hola, Jaqueline, que agradable verte de nuevo —dijo Patricia al verlas paradas tras las cámaras, se acercó para abrazar a la rubia.

—Lo mismo digo, Patricia… ¿Cómo va todo? —preguntó para mantener su atención en ella y desviarla de Samantha.

—De maravilla, es un hecho que terminaremos antes del tiempo estipulado y según los comentarios de Marcus, Gary y Thomas la posproducción será igual de rápida… El desempeño de Alessandro y Kimberly es excelente —contestó y miró a la escritora—. Samantha es maravilloso que te animaras a venir, esta es una de las escenas finales se supone que es de noche por eso vez todo tan oscuro —indicó refiriéndose a las cortinas corridas mientras les sonreía a ambas.

—Eso supuse —fue lo único que logró esbozar, no podía apartar su mirada de Alessandro y Kimberly—. ¿Qué les indicaban? —inquirió intentando concentrarse en la conversación.

—Que debían mostrase más conmocionados… Se supone que prácticamente se están declarando lo que sienten, aunque no lo digan con las palabras habituales… Esta fue una de mis escenas favoritas —comentó sonriendo mientras miraba a la pareja.

—¿Puedo? —preguntó Samantha, pidiéndole el libreto.

—Por supuesto… quizás deberías ir y mencionarles los sentimientos que cada personaje experimentaba en ese momento, oyéndolo de ti seguramente les resultará más sencillo plasmarlo.

—No creo que sea necesario, seguro ustedes lo hicieron bien.

—Por favor, Sam, con el perdón de Patricia nadie conoce mejor la obra que tú, así que deberías ir y darles tus indicaciones —acotó Jaqueline viéndola directamente a los ojos.

—Jackie tiene razón, ve Samantha. —La instó Patricia sonriendo.

Ella asintió y les entregó una sonrisa antes de caminar hacia la cama donde reposaba la pareja, a cada paso que daba sentía que sus piernas se hacían más débiles, respiró profundamente para calmarse y cuando su mirada se encontró con la de Alessandro algo dentro de su pecho pareció iluminarse, en sus ojos estaba la misma mirada que le dedicara siempre, esa que se desbordaba en amor, ternura y deseo.

—Hola —fue lo único que logró esbozar y se sentó al borde de la cama sin dejar de mirarlo.

—Hasta que te animaste —comentó él, sonriéndole.

—En realidad me obligaron —indicó señalando con la cabeza hacia donde se encontraba Jaqueline.

—Ya me parecía extraño… —dijo riendo y se emocionó al ver que ella también lo hacía, los deseos de besarla lo torturaban.

—Sam, ¿sabes lo que rumoraban debido a tu negativa de asistir a estas escenas? —inquirió Kimberly para buscar integrarse a la conversación y ayudarlos a disimular como siempre hacía. La vio negar con la cabeza mientras la miraba con curiosidad, ella dejó ver una sonrisa traviesa y habló—. Que no lo hacías porque no querías ver a Alessandro desnudo, que él te gustaba tanto y te resultaba tan irresistible que a lo mejor temías no poder controlarte.

—¿Eso dicen? —preguntó mirándolos a ambos y ellos asintieron mientras sonreían, ella se sintió muy ofendida, ¿acaso no creían en su profesionalismo? Se preguntó mirándolos con reproche—. Pues están equivocados, soy perfectamente capaz de ver a Alessandro desnudo y portarme de manera profesional, me quedaré solo para demostrárselos —indicó elevando el rostro con altanería.

—Quiero comprobar eso —dijo él sonriendo con perversidad.

—¿Qué? —cuestionó Samantha mirándolo a los ojos.

—Que puedes verme desnudo y no dejar al descubierto cuánto me deseas —indicó dejando claro el reto en sus palabras.

Se puso de pie con un movimiento ágil deteniéndose solo unos segundos frente a Samantha, tan cerca que pudo sentir como ella inspiraba con fuerza y temblaba ante su imagen apenas cubierta por el protector. Sonrió al ver que ella le recorría el cuerpo con la mirada y su labio inferior temblaba, le guiñó un ojo para después darle la espalda mostrándose completamente desnudo y caminó hasta las cavas donde se encontraban las bebidas para hidratarse.

—Es un desgraciado —murmuró Samantha mientras se obligaba a aparta la mirada de él, sintiendo cómo ráfagas de fuego la recorrían.

—Sí lo es, se complace en provocarte todo el tiempo… pero el condenado tiene con qué, está muy bueno, Samantha —esbozó con naturalidad y cuando la escritora la miró sorprendida, se echó a reír—. ¿Prefieres que te mienta? —preguntó sonriendo.

—Pues… no, pero al menos que no seas tan directa. ¿Qué sentirías si te dijera lo mismo de tu novio? —preguntó sin poder evitarlo.

—Te diría que soy consciente de ello y que no me molesta; por el contrario, mi orgullo femenino se hincha cada vez que eso sucede, porque yo estoy segura de Brandon y sé que ese hombre que muchas desean es completamente mío, como yo soy suya… así que aleja esas tontas dudas de ti, debes sentirte afortunada por tener a tu lado a un hombre como Alessandro y sobre todo que te amé como él lo hace —indicó mirándola a los ojos para que viera que era sincera.

Samantha se quedó en silencio analizando las palabras de Kimberly, eran las mismas que le dijera Jaqueline, su mirada buscó de nuevo a Alessandro llevaba un albornoz y hablaba con Thomas, al parecer él también podía sentir su mirada pues de inmediato se volvió a verla. Comprendió en ese instante que ese hombre en verdad le pertenecía, no como un objeto sino como algo más importante, como si fuera una parte de ella, esa que la hacía sentir completa, le entregó una hermosa sonrisa mientras sus miradas hablaban por ellos. Al final se quedó para ver toda la escena, teniendo la certeza de que ya no había dudas torturándola.

∞∞∞

Julianne se miraba una vez más en el espejo que cubría toda una pared de su vestidor, mientras sus manos se deslizaban por la suave tela del vestido negro de seda que llevaba puesto esa noche, sin poder evitarlo viajaron a su abdomen acariciándolo mientras sonreía y se puso de lado imaginando cómo luciría cuando su vientre estuviera de nueve meses.

—Voy a hacer que seas el hombre más feliz del mundo Dylan… después de esta noche ya no volveremos a separarnos —esbozó con la mirada brillando de emoción, perdiéndose en su imagen y los recuerdos de esa mañana cuando el médico le confirmó que sería madre.

La verdad era algo que no se esperaba, sabía que ellos no habían tomado precauciones esa noche en la oficina y que estuvieron juntos en tres ocasiones más esa misma noche solo se confió en el método anticonceptivo que había estado usando semanas atrás suponiendo que aún no se había vencido. No era una mujer que tuviera una vida sexual muy activa y sus amantes siempre usaban protección, por lo que nunca había tenido problemas, más usaba el parche para prevenir, pero con Dylan no funcionó y en ese momento se encontraba con ocho semanas de embarazo.

Caminó para entrar al baño donde había dejado la prueba casera, lo primero que indicó su estado, sabía que tal vez Dylan necesitaba de todo eso para creer que al fin sería padre, lo había deseado por tanto tiempo que estaba segura se pondría pletórico en cuanto lo supiera. Lo guardó en un sobre para entregárselo y también buscó el resultado del análisis de sangre, después se retocó el labial deseando lucir realmente hermosa esa noche, demostrarle a él que podía ser la mujer de sus sueños.

—Señora, todo está listo… ¿En verdad desea que me vaya? Puedo quedarme para ayudarla a servir —dijo Nancy en cuando la vio salir.

Ella era la mano derecha de Julianne, una mujer robusta y de color que había estado a su lado desde que su madre muriese hacía mucho tiempo, la misma que había visto el amor desmedido que sentía por Dylan y que se encontraba feliz por verla al fin junto a él.

—No es necesario en verdad mami, además debes ir a visitar a tus nietos, recuerda que se lo prometiste a Silvya —mencionó sonriendo.

—Pero… ¿Quién te ayudará con todo esto? —inquirió refiriéndose a la cena que había preparado y esperaba para ser servida.

—Ya me las arreglaré, no te preocupes por ello… tómate todo el fin de semana y disfruta de tu familia —indicó acompañándola.

Su hija y quien era una de las pocas amigas que Julianne tenía ya la esperaba en el salón, se abrazaron sonriendo y la rubia estuvo tentada a darle la noticia, pero quería que Dylan fuera el primero en saberlo, además podía dar por sentado que Nancy no abandonaría la casa si se enteraba, la haría meterse en la cama y pasar los nueve meses allí.

—Disfruta la velada con tu amor —pronunció Silvya sonriendo.

—Ten por seguro que lo haré —indicó despidiéndose de ella mientras la abrazaba, la morena había sido testigo también del amor que sentía por el padre de su hijo y también del sufrimiento al verse desplazada tantas veces, pero eso no sucedería nunca más.

Le dio un beso en la frente a su nana, las abrazó y después las vio alejarse por el elegante pasillo del edificio donde vivía, cerró la puerta tras ella para luego caminar revisando que todo estuviera en orden, puso música para llenar el silencio, odiaba que la casa se sintiera tan silenciosa y vacía, se acercó al inmenso arreglo de rosas blancas, aspiró dejando que su dulce aroma la embriagara mientras esperaba a Dylan.

Minutos después escuchó el timbre y por instinto buscó el reloj colgado en la pared, dejó ver una sonrisa al comprobar que como siempre él llegaba puntual. Se acomodó el vestido una vez más antes de abrir la puerta, preparando la mejor de sus sonrisas y cuando abrió la puerta se

sintió cautivada de inmediato por la imagen de Dylan, lucía muy guapo esa noche y la sonrisa en sus labios hizo que sus latidos se aceleraran.

—Hola, Julie… luces hermosa —dijo entrando y le acarició la cintura mientras buscaba sus labios para darle un beso.

—Hola, pues no soy la única… te ves realmente apuesto —indicó después de un par de toques de labios mientras le acariciaba el pecho.

Cerró la puerta cuando se separaron y caminó junto a él hasta el salón, esperando que el reloj del horno anunciara que ya la ternera estaba lista, lo invitó a sentarse sintiéndose nerviosa de pronto, no sabía si esperar a la cena o decirle todo en ese momento.

—¿Quieres algo de tomar? Tengo vino, whisky, vodka… —dijo alejándose de él para ir hasta el elegante y minimalista bar ubicado en un rincón del salón, necesitaba calmarse o arruinaría la sorpresa.

—Tranquila, no hace falta que te molestes… puedo esperar hasta la cena, mejor ven tengo algo que contarte —le pidió con una sonrisa.

Dylan tenía muchos días dándole vueltas a una idea en su cabeza, se sentía muy bien junto a Julianne, pero sentía que aún necesitaba cerrar algunos asuntos pendientes en su vida. El principal de ellos su relación con Samantha, no había terminado con ella como debía.

Esa discusión no significaba que pudiera dar por finalizada su relación, aunque no quisiera admitirlo, cuando ella se marchó él mantuvo la esperanza de recuperarla a su regreso. A esas alturas sabía que eso era imposible, ella había hecho pública a través de terceros su separación y a él no le había quedado de otra que admitirlo, además los rumores de su relación con Alessandro Bonanzierri habían aumentado en los últimos meses.

Sin embargo, los posteriores acontecimientos lo obligaban a tomar decisiones, deseaba entablar una relación formal con Julianne, eso era lo primordial en ese momento, pero necesita ser sincero con ella y consigo, le urgía ver a Samantha de nuevo para comprobar que ya no seguía estando enamorado de su expareja, y que sus deseos de estar con Julianne no eran por simple despecho, si quería brindarle a su amiga y amante la estabilidad que merecía debía hacerlo.

Ella caminó hasta él mostrando una sonrisa de alivio, podía distraerse con esa conversación casual que deseaba Dylan, seguramente sobre algunos de los proyectos que tenían para el último trimestre al año, o quizás algo relacionado con ese viaje que descubrió había estado organizando, aunque todavía no sabía a dónde la llevaría y tampoco quería enterarse por nadie más que él cuando le diese la sorpresa.

—Me estoy muriendo de la curiosidad, a ver dime… ¿Qué es eso que tienes que contarme? —preguntó con una sonrisa, mientras se sentaba a su lado, mirándolo a los ojos y le acariciaba el brazo.

—Bueno, lo primero que deseo pedirte es que… —Se detuvo tomándole las manos, necesitaba saber que no la perdería, tomó aire para llenarse de valor y habló fijando su mirada en los ojos azules—. Julie quiero que sepas que voy a hacer esto por los dos, porque siento que es necesario para que podamos continuar sin fantasmas ni dudas —indicó.

—Bien, te escucho, Dylan —acotó instándolo a continuar, aunque sentía que un peso se había alojado en su estómago.

—He estado pensando en nosotros… y en lo que quiero hacer de ahora en adelante, organizarme. Ya sabes el caos que ha sido mi vida los últimos meses… —decía cuando ella lo detuvo.

—¿El caos? —le cuestionó sorprendida—. Pensaba que te sentías, no sé… bien con nuestra

relación, nunca imaginé que vieras esto como un caos —señaló manteniéndole la mirada.

—No hablo de nuestra relación Julianne… sino de todo en general, los últimos meses junto a ti han sido maravillosos.

—¿Pero? Tiene que existir un «pero» para que hayas decidido hablar de esto ahora… ¿Qué sucede, Dylan? —inquirió sintiendo cómo la molestia que le provocaba su actitud comenzaba a recorrer su cuerpo.

Él la miró un instante sintiendo que los latidos de su corazón aumentaban y la ansiedad estaba haciendo girones su interior, respiró profundamente consciente que no podía seguir dilatando esa situación.

—Voy a viajar dentro de unos días a Italia. —Soltó sin más rodeos.

Julianne se quedó mirándolo en silencio, sin poder entender o negándose a comprender lo que él le decía, sus pupilas se movían de un lado a otro intentando descubrir en la mirada de Dylan que eso no era real, que no estaba sucediendo otra vez, sintió sus ojos inundarse en lágrimas y el corazón presionado en un puño.

—¿Vas a buscar a Samantha Steinberg? —preguntó lo que era evidente, pero necesitaba que él se lo confirmarse.

—Sí… necesito verla y hablar con ella para… —Se detuvo al ver que Julianne se ponía de pie y caminaba dándole la espalda, se levantó también para evitar que se alejara de él—. Julie, por favor, necesito que me comprendas y me apoyes en esto.

—¿Apoyarte? ¿Tú quieres que yo te apoye en tus malditos planes de viajar a Italia para recuperarla? —inquirió completamente asombrada, acortó la distancia entre el salón y la puerta, la abrió de un jalón—. Dylan lárgate de mi casa, no quiero volver a verte en mi vida… eres un miserable ¿qué carajos crees que soy? ¡Lárgate! —Le gritó mirándolo y la furia cabalgaba dentro de ella.

—Por favor, Julianne, no te pongas así… déjame explicarte, yo no voy a Italia con la intención de recuperar a Samantha, solo necesito verla para comprobar… —una vez más ella lo detenía.

—¿Qué no estás enamorado de ella? ¿Eso es lo que necesitas, Dylan? —preguntó sintiendo más dolor que rabia—. ¿Acaso no es suficiente con saber lo que sientes por mí? ¿O no lo sabes todavía? —ella lanzaba sus preguntas mientras luchaba con el dolor que sentía en el pecho y las lágrimas que pujaban queriendo ser liberadas.

—Yo sé lo que siento por ti… —mencionaba, pero no pudo continuar, porque la verdad era que lo que sentía por ella aún lo confundía, no podía asegurar que fuera amor porque eso significaría que no estuvo enamorado de Samantha y sabía que eso no era cierto.

No sabía cómo demonios salir de ese estancamiento donde se encontraba, no sabía lo que deseaba y eso era lo que lo torturaba, lo que no lo dejaba en paz, pero no sabía cómo expresarlo sin lastimar a la mujer frente a sus ojos, la misma que lo veía con tanto resentimiento.

—Julianne… estoy confundido, y no quiero mentirte alegando que todo está perfecto porque no es verdad, lo que siento por ti ha existido siempre… lo sabes, pero esta vez quiero hacer las cosas bien, no puedo ni deseo fallar una vez más, no lo soportaría y para eso necesito estar seguro, por favor trata de ponerte en mi lugar un instante e intenta comprenderme. —Le pidió mirándola a los ojos.

—¿Por qué no lo haces tú conmigo, Dylan? —preguntó dejando libre su llanto mientras sentía que todo el cuerpo le temblaba—. Tú no tienes ni idea de todas las veces que yo me he puesto en tu lugar, no tienes ni una maldita idea de cuánto he sufrido al verte mal porque todas tus relaciones acababan mal… ¿Sabes algo? Me cansé, no pienso seguir haciéndolo, aquí las del

problema no son las mujeres que tú buscas, el problema eres tú, tú que no sabes lo que quieres en la vida… que no sabes una mierda. —Le lanzó a la cara todos sus reproches.

Él sintió cómo cada una de sus palabras lo herían profundamente, pero no podía alegar nada contra las palabras de Julianne, quizás ella tenía razón y él era el del problema, después de todo siempre repetía el mismo patrón, ya no podía soportar un fracaso más. Caminó para acercarse a ella y pedirle perdón por haberla lastimado de nuevo.

—No me toques —gruñó alejándose de su mano que quedó extendida en el aire y lo miró con desprecio, no soportaría su lástima.

—Nunca quise lastimarte —dijo mirándola a los ojos.

—Para no querer lo hiciste muchas veces… vete —indicó sin titubear y mantuvo la puerta abierta, lo quería lejos de su vida.

—Haré esto por los dos, Julianne… Solo espero que cuando regrese aún tenga posibilidades de obtener tu perdón —dijo con tristeza.

—Cuando vueltas no encontrarás nada —sentenció esquivándole la mirada y tembló controlando los sollozos que le hacían girones la garganta, obligándose a no rogarle nunca más.

—Igual volveré y te buscaré —confirmó él bajo el umbral.

—¡Maldita sea, ya lárgate! No te quiero ver más, no te quiero en mi vida… ¡Vete Dylan! —exclamó empujándolo y después de que lo sacó lanzó la puerta con todas sus fuerzas.

El golpe retumbó en todo el lugar acompañando el torrente de sollozos y lágrimas que liberó, se dejó caer deslizándose por la puerta sintiendo que no podía respirar, él pecho le dolía demasiado y el nudo en su garganta no la dejaba respirar, esa sensación era tan espantosa que pensó moriría allí sola, que el peor de sus miedos se haría realidad.

Pero no estaba sola, ella tenía a su bebé y de inmediato se aferró a él, intentó llenar sus pulmones de aire porque no quería lastimarlo, no quería que él sintiera cuánto estaba sufriendo, se limpió las lágrimas e intentó ponerse de pie y sus piernas temblaban demasiado.

Después de unos minutos consiguió levantarse lentamente y aunque no había logrado dejar de llorar, por lo menos la presión en su pecho había disminuido, caminó hasta el horno que había activado unas tres veces la alarma, se acercó y lo apagó sin detenerse siquiera en sacar la ternera, le daba igual si se calcinaba.

La voz de *Taylor Dayne* llenaba todo el espacio, mientras cantaba *Love will lead you back* y de pronto eso la hizo llenarse de rabia de nuevo, pues tantas veces ella había soportado una y otra vez que Dylan la hiciera a un lado, manteniendo siempre la esperanza que llegaría el día en que descubriera cuánto lo amaba.

—¡Nunca más, Dylan Howard! Nunca más me sentaré a esperarte, ya no existe este amor que te traiga a mí… ya no existe —dijo arrancando el iPod de la consola y lo estrelló contra la pared.

También tomó el florero de cristal con las rosas y lo lanzó estrellándolo contra el piso, necesitaba descargar la ira que la quemaba por dentro, así que tomó cuanto tuvo cerca y comenzó a tirarlo, luchando por olvidar los besos y las caricias que había compartido con él en los últimos meses, queriendo arrancárselos de la piel, de la memoria. Se dejó caer de rodillas una vez más sintiéndose derrotada y solo en ese instante fue consciente del dolor en su vientre que se hacía cada vez más intenso, entró en pánico.

Como pudo buscó el teléfono y con dedos temblorosos marcó para llamar a emergencias, intentando mantenerse calmada como le dijo la operadora, pero era consciente que su bebé corría peligro.

Capítulo 53



El último receso tuvo lugar dos semanas después y la familia de Alessandro aprovechó para invitar al equipo de producción a su casa, incluso Gary Reynolds estuvo presente en el almuerzo que organizaron los Bonanzierri. Emilia buscó la manera de hablar con Thomas para que le autorizara a darle una sorpresa a Alessandro por su cumpleaños que estaba cerca, el hombre no fue inmune a los encantos de la hermosa dama italiana y terminó cediendo, además que ya estaban a punto de culminar la película y un poco de distracción no le vendría mal a todo el equipo, se sentía muy satisfecho con el desempeño de Alessandro y estuvo de acuerdo en agasajarlo como un reconocimiento.

Gary por su parte no pudo soportar más las atenciones que Samantha le brindaba al actor, ni siquiera había tenido una oportunidad con ella por culpa del italiano y eso lo exasperaba. Además, que cada día lucía más hermosa y sensual, no podía evitar que sus ojos se fueran tras ella cada vez que montaba a la espléndida yegua rojiza. Así que sin poder contenerse más la buscó para comprobar de una vez por todas qué tipo de relación tenía con Alessandro Bonanzierri.

Samantha se sintió ofendida por la manera en que Gary Reynolds quiso inmiscuirse en su vida y de nuevo lo puso en su sitio dejándole claro que eso no era de su incumbencia, e incluso lo enfrentó diciéndole que jamás había pensado en entablar una relación con él, ni le había dado pie para que se creyera con algún tipo de derechos sobre ella. Claro, mantuvo esa discusión oculta de Alessandro para no incomodarlo, pues sabía que la paciencia de su novio se estaba agotando.

Después de eso el productor se alejó resentido con ella, pero eso le brindó la libertad para poder irse de viaje junto a Alessandro una vez más. Sin preocuparse por su opinión o que intentara hacer algo para mantenerla ocupada en Roma.

Jaqueline pudo disfrutar de las hermosas playas como le habían prometido las hermanas Steinberg. Las tres junto a Alessandro, Marcello y parte del personal de producción viajaron al sur de Italia, más específicamente a la región de Puglia donde quedaban según los italianos, las mejores playas del país. Así llegaron hasta la *Baia delle zagare*.

El lugar era un verdadero paraíso terrenal, un peñasco de piedra caliza inmaculadamente blanco que irrumpía en el mar, cubierto por una frondosa vegetación de un intenso verde esmeralda y hermosas aguas que Jaqueline solo había visto cuando viajó al Caribe, con esa gama de azules que creaban un embrujo e invitaban a sumergirse.

Para ese momento Alessandro y Samantha ya no se preocupan mucho por mantener las distancias, ni por lo que los demás pudieran decir, el amor que sentían era algo imposible de

ocultar. Y aunque tomaron habitaciones separadas en el resort *Monteforte*, donde se hospedaron, Samantha siempre se escabullía dejando sola a Jaqueline y pasaba la noche junto a Alessandro, regresaba casi al amanecer cayéndose de sueño pues apenas sí dormían un par de horas.

En varias ocasiones se separaron del grupo para caminar por la orilla del mar, tomados de las manos y poder besarse con libertad, ir en bote hasta las cuevas que se habían formado por la erosión o subir a algunos de los acantilados. Ella se había propuesto alejar por completo el temor que Alessandro sentía por las alturas, así que prácticamente arrastrándolo y con la condición de ofrecerle alguna recompensa durante la noche, lo llevaba hasta los hermosos miradores desde donde se podía apreciar el mar en toda su extensión y la brisa acariciaba sus rostros con la misma suavidad con la que sus manos recorrían sus cuerpos.

∞∞∞

Una semana después esa fecha tan especial que ambos esperaban había llegado, era el cumpleaños de Alessandro y la producción junto a Emilia le habían organizado una pequeña sorpresa para esa noche. Incluso Samantha aprovechó las grabaciones, en el aeropuerto de Florencia de la escena final, para escaparse e ir a la misma pastelería donde cuatro años atrás, había comprado aquel delicioso pastel de chocolate que le entregó sobre su cuerpo. Encargó el mismo y pidió que se lo llevaran a la villa de los Codazzi al día siguiente en horas de la tarde.

Llegaron agotados y muy tarde para poder escaparse juntos, al menos eso le hizo creer Samantha, pero ella tenía otros planes, unos que habían rondado su cabeza desde hacía semanas y esa noche esperaba llevar a cabo, pues contaba con todo lo necesario para hacerlo. Quería ser la primera en felicitarlo y así lo hizo, tomó su teléfono móvil y lo llamó cuando el reloj marcó la medianoche, repicó dos veces y él respondió.

—¿Qué haces despierta a esta hora? —preguntó con la voz ronca, apenas comenzaba a quedarse dormido cuando vio la llamada de ella.

—Asómate a la ventana —respondió en un susurro.

—¿Qué trama, señorita Steinberg? —inquirió una vez más y se levantó de la cama lleno de curiosidad, caminó hasta la ventana.

—Darte tu regalo de cumpleaños —contestó sonriendo al ver la sorpresa reflejada en su rostro cuando la vio en el jardín.

—Me engañaste —le reprochó sin dejar de sonreír.

—Quería sorprenderte… ahora baja que tenemos poco tiempo —indicó haciéndole un ademán con la mano. Lo vio regresar a la habitación y lo llamó de nuevo—. ¡Alessandro! —se tapó la boca enseguida.

—¿Qué? —preguntó regresando de inmediato al ventanal.

—Sal por la ventana… —decía deteniéndose al ver que se tensaba—. Puedes hacerlo, no está tan alto y esa estructura es mucho más fuerte que la de mi ventana… Hazlo por mí —pidió mirándolo a los ojos.

Era de noche y él pensó que la oscuridad lo ayudaría a no ser consciente de la altura, respiró profundamente para armarse de valor y le dedicó una mirada a Samantha antes de pasar la pierna por la baranda del balcón, un simple vistazo desde allí lo puso a sudar frío, sus nudillos estaban pálidos por la fuerza con la cual se sostenía del balaustre.

—Samantha no voy a poder —susurró negando, paralizado antes de tocar la escalera incrustada en la pared, su respiración era afanosa.

—Sí puedes… no mires abajo y muévete despacio, no te pasara nada Alessandro, recuerda lo que me decías cuando comencé a montar a misterio… todo se trata de confianza, confía en que puedes lograrlo —pronunció ella sintiendo su corazón latir muy rápido.

Alessandro tomó aire lentamente y se movió tanteando con sus manos trémulas la estructura de madera que veía como su salvación, al fin estuvo pegado a ésta y prácticamente se aferró como si de ello dependiera su vida, literalmente era así. Luchó contra las imágenes en su cabeza que le decían cuán alto se encontraba y bajó tan rápido como sus piernas temblorosas le dejaron, mientras luchaba férreamente contra ese miedo irracional que lo había atormentado desde que tenía uso de razón.

—Lo tengo, señor Bonanzierri —esbozó Samantha envolviéndolo entre sus brazos y le dio varios besos en la espalda.

—Estuve a punto de orinarme encima, Samantha. —Le hizo saber dándose la vuelta para besarle el cabello y seguía temblando.

—Lo hiciste muy bien, estoy tan orgullosa de ti Alessandro —dijo con su mirada anclada en la de él y subió sus labios para besarlo.

Un par de minutos después corrían hacia el establo intentando que el personal de seguridad no los descubriera, esos juegos de escaparse habían pasado de ser algo que aterrorizaba a Samantha a un episodio que en verdad disfrutaba y hasta terminaba excitándola. Entraron cuidando de no despertar a los caballos mientras caminaban hacia una de las cuadras vacías, ella extendió la manta que llevaba sobre el heno suelto y Alessandro abrió una pequeña ventana que permitió la entrada de los rayos de la luna y el aire fresco de la noche.

—Bien… ¿Dónde está mi regalo? —preguntó mirando a su alrededor en busca de alguna sorpresa, pues ella había insistido en ir hasta ese lugar y suponía que algo había preparado allí.

—Está justo frente a ti —respondió con una sonrisa y cuando fijó su mirada en ella, abrió el kimono de seda negra que llevaba para mostrarse completamente desnuda ante él—. Feliz cumpleaños Alessandro, yo soy tu regalo y hoy quiero entregarte algo que aún no has tenido de mí —susurró con su mirada ahogada en los hermosos ojos azules que reflejaron la sorpresa al comprender lo que estaba detrás de esas palabras.

—Samanta… —intentó decir algo, pero sus pensamientos habían quedado en blanco; su corazón se desbocó en latidos.

—Estoy lista, Alessandro, y lo deseo, mi amor —mencionó al ver que él se había quedado en silencio.

Caminó para buscar el bolso que había llevado y sacó de éste un hermoso estuche forrado en terciopelo negro, regresó hasta Alessandro y lo abrió con movimientos torpes por los nervios que sentía, subió la mirada para ver su reacción.

Él miró lleno de curiosidad el interior de este y se sorprendió al ver un plug anal elaborado en cristal, con una base donde se hallaba incrustada una gema del color del zafiro y al lado uno también de cristal con bolas que iban aumentando de tamaño. No sería la primera vez que tendría sexo anal, así que sabía perfectamente cómo se usaba todo eso, su mirada buscó la de Samantha.

—No quiero restarle romanticismo al momento siendo práctica, pero busqué en internet cómo funciona cada uno… y también que debemos usar preservativos, lubricantes a base de agua, incluso hay un spray que me ayudará para que sea más fácil la dilatación —lanzó en un torrente de frases sin mirarlo a la cara, pues a pesar de que se escuchaba relajada y como si fuera una experta en el tema, sentía que su cara ardía de lo sonrojada que debía estar en ese instante, tomó aire para continuar—. Tengo todo eso también aquí, Alessandro, lo pagué con la tarjeta de Jaqueline… ella está afiliada a una tienda que tiene atención a través de chat y ellos me dieron

muchos consejos… —No podía parar de hablar, los nervios y la ansiedad estaban torturándola.

—Todo eso… está muy bien, Samantha, pero existen dos cosas que son importantes también —mencionó él colocándole un par de dedos en la barbilla para mirarla a los ojos, le sonrió al ver cómo sus pupilas bailaban de un lado a otro con nerviosismo—. Confianza y deseo… debes confiar en mí, en que no te haré daño. Pero sobre todo debes desearlo, Samantha. Quiero que sea una experiencia que ambos disfrutemos, no quiero que hoy lo hagas por complacerme y la próxima vez que te lo pida te niegues rotundamente porque hayas sufrido una primera vez traumática —decía cuando ella lo interrumpió.

—Yo lo deseo y confío en ti Alessandro, también entiendo lo que me dices, pero si nunca lo hago, si nunca lo intentamos… —Se detuvo para tomar aire y le mantuvo la mirada para que viera que en verdad estaba decida—. Alessandro... te deseo a ti y todo lo que quieras darme, me pongo en tus manos —esbozó mirándolo a los ojos.

—Preciosa —susurró apoyando su frente a la de ella—. Gracias, Samantha, gracias por confiar en mí de esta manera —pronunció ahogándose en la mirada oscura de ella.

La besó con pasión envolviéndola en sus brazos, sintiendo que el pecho estaba a punto de estallarle de la emoción, cuando se separaron con las respiraciones agitadas se miraron en silencio por varios minutos, hasta que él vio que ciertamente Samantha le dejaría tenerla como tanto había deseado, que al fin sería suya como no había sido nunca de nadie.

La tomó de la mano y despacio bajaron hasta quedar tendidos sobre la manta, acercó el estuche y también el bolso de Samantha sacando de éste un verdadero arsenal de artículos que lo ayudarían a dilatarla. Sin romper el romanticismo, fueron descubriendo lo divertido que podía resultar integrar juguetes a su relación, se tomaron todo de manera muy relajada, entre los sonrojos de ella y las sonrisas pícaras de él.

Se dio la libertad para deleitarse con la piel de su mujer, besando cada espacio mientras sus manos viajaban despertando sus sentidos y sus deseos. Se veía tan hermosa tendida allí, completamente rendida a sus anhelos más profundos. Despacio le separó las piernas y comenzó a repartir suaves besos por el interior de los muslos, subiendo a las caderas y al vientre, dejando para el final lo mejor.

—Alessandro —susurró Samantha arqueando su cuerpo al sentir los besos de él que caían como gotas de lluvia sobre su pubis.

—Dime lo que deseas, Samantha… te lo daré todo —esbozó.

Su aliento calentaba ese rincón en ella que lo volvía loco, la había bebido tantas veces, pero nunca terminaba de saciarse, siempre quería más y más. Deslizó su lengua por los labios brillantes y húmedos que temblaron ante ese primer roce, siendo acompañados además por los jadeos de Samantha que endurecieron aún más su miembro. Volvió a hacer el mismo movimiento mientras acariciaba y abarcaba con sus manos los senos de su mujer con la misma lentitud, que su lengua recogía el néctar de la flor más hermosa que podía existir.

—Por favor… —rogó incapaz de conseguir esbozar algo más y se estremeció con fuerza cuando él deslizó un poco más su lengua.

Apenas podía seguir manteniéndose, su respiración era superficial y el latido de su corazón retumbaba en todo su cuerpo, la sensación era tan exquisita y aunque esa práctica ya se había vuelto una constante entre los dos, ella no llegaba a acostumbrarse a todas las emociones y sensaciones que le provocaba Alessandro, se aferró a las manos de su novio con fuerza al tiempo que sentía que era arrasada por esa poderosa fuerza que estallaba en su vientre y recorría cada espacio en su cuerpo.

Alessandro supo que era el momento perfecto, ella estaba muy relajada, tomó el plug de

bolas y lo introdujo en su vagina para lubricarlo, moviéndolo en círculos para masajear el interior de Samantha, la escuchó jadear mientras su cuerpo era recorrido por una nueva serie de temblores, le fascinaba ver lo sensible que era y lo rápido que alcanzaba el clímax. Miró el frasco del cual ella había hablado y pensó que por ser la primera vez lo usaría, accionó el atomizador depositando una cantidad considerable, ella se estremeció y él supo que debía ser frío, sonrió besándole la mejilla.

—¿Todo bien, señorita Steinberg? —preguntó divertido.

—Sí… y después de esto, tendrás que dejar de llamarme señorita —contestó con el mismo ánimo de él mientras le acariciaba la espalda.

Alessandro sonrió ante esa acotación de ella, su preciosa mujer había sido muy egoísta al iniciar ella sola la práctica de irse dilatando, pero él la perdonó porque sabía que lo único que deseaba era sorprenderlo. La besó para relajarla mientras seguía deslizando el dildo hasta sus pliegues hinchados y resbaladizos para aprovechar el lubricante natural de Samantha, continuó besándola, dejando que su lengua imitara el movimiento que hacía el objeto para excitarla, necesitaba que ella estuviera muy relajada, no había tomado antes a una virgen, pero sabía lo complicado que podía llegar a ser si no hacía las cosas bien.

Lentamente lo fue hundiendo para ir dilatándola y apenas había ganado espacio cuando ahogó con su lengua el jadeo que Samantha liberó, se detuvo para permitirle que se acostumbrara a la invasión mientras seguía besándola. Después de varios segundos lo intentó de nuevo muy despacio notando cuán estrecha se encontraba ella y que con lo excitado que él estaba podía terminar corriéndose en cuanto estuviera en su interior, así que se distrajo haciendo movimientos circulares a modo de masaje, y no solo ella disfrutaba de todo eso, él también lo hacía.

—Alessandro —esbozó separando sus labios de los de él, era excitante tener ese dilatador, pero quería sentir a Alessandro.

—Relájate, Samantha… necesito hacer esto, tengo que dilatarte preciosa para poder entrar sino terminaré haciéndote daño —mencionó mirándola a los ojos, acariciándole los labios con los suyos.

—Estoy lista… Alessandro te deseo a ti —pidió con su mirada puesta en la azul de él.

—Yo estoy muy erecto… deja que me relaje un poco antes —dijo ubicándose en medio de las piernas de Samantha y sin sacar el juguete de su trasero, comenzó a penetrarla muy despacio porque ella estaba más estrecha esta vez.

—¡Oh, santo cielo! —exclamó Samantha ante esa nueva sensación de estar llena por completo, era algo extraordinario y abrumador.

Alessandro comenzó a moverse dentro de ella muy despacio, pero su instinto le exigía ir cada vez más rápido y no lo podía controlar, era maravilloso deslizarse en Samantha sintiéndola tan cerrada, la tomó de las caderas para mantenerle las piernas separadas y cuando sintió que estaba al borde del orgasmo salió de ella.

Buscó un preservativo para cubrirse, después se aplicó una gran cantidad de lubricante, puso a Samantha de lado dándole suaves besos en el cuello y sus dedos acariciaban la piel corrugada humedeciéndola. Ella dejó caer la cabeza hacia atrás mostrándose hermosa y rendida, al tiempo que empujaba sus caderas hacia él, Alessandro la miró pidiéndole permiso para ser su conquistador.

Samantha asintió, mirándolo a los ojos, rechazó cada una de las señales de temor que intentaron apoderarse de ella, en cuanto el objeto en su interior salió para ser reemplazado por el miembro de Alessandro, se estremeció, pero no de dolor sino de placer y se lo hizo sentir a él cuando en lugar de huir lo buscó, un torrente de sensaciones viajaba a través de su cuerpo y

desembocaban justo donde sus cuerpos se unían.

Alessandro apenas podía moverse dentro de Samantha, la presión le hacía sentir cada palpitación y temblor que la recorría a ella, su respiración se había tornado pesada, e incluso estaba transpirando más por tener que contenerse, su mano le acariciaba la cadera para mantenerla relajada y evitar que ella hiciera un movimiento brusco, mientras él poco a poco se hundía conquistando espacio.

—¿Se siente bien, Samantha? —preguntó al oído, aumentando el vaivén de sus caderas arrancándole un gemido profundo.

—Sí… sí, Alessandro —esbozó ella con los ojos cerrados mientras temblaba—. Bésame… bésame. —Le pidió girando el rostro para ofrecerle sus labios y acarició la mano de Alessandro que abandonó su clítoris para apoyarse en su vientre, entrelazó sus dedos a los de él.

Alessandro hundió sus dedos en la sedosa cabellera castaña que se había humedecido por el sudor al igual que la suya y atrapó los labios de Samantha en un beso absoluto, bebiéndose el gemido que ella liberó cuando él se hundió un poco más en su interior, se tensó un instante pensando que la había lastimado, pero al sentir que Samantha se movía siendo ella quien lo metía lentamente dentro de su cuerpo, un sentimiento de alivio lo recorrió entero, se quedó quieto disfrutando de los avances de ella.

Ella sentía la presión que ejercía el miembro de Alessandro en su interior cada vez que se movía y una pequeña molestia en el vaivén de sus caderas, pero no eran suficientes para que quisiera detenerse; por el contrario, deseaba continuar pues sabía que una vez acostumbrada todo sería maravilloso. Él le cedió el mando, eso la llenó de confianza y también la relajó, muy despacio movía sus caderas para llevarlo tan profundo como le fuera posible, sintiéndolo como no lo había hecho hasta ese momento; adoraba el pene de Alessandro porque encajaba perfecto en su cuerpo, pero en ese instante lo sentía como si fuera el triple de su tamaño y jadeó al sentir que lo tenía por completo en ella.

—Despacio, Samantha… hazlo lento, preciosa. —Le pidió con la voz tan ronca que parecía estaba sufriendo.

La verdad era que se sentía en el paraíso, el roce de las nalgas de Samantha lo hizo temblar, siguió inmóvil para dejarla acostumbrarse a él, mientras le daba suaves besos en el hombro y el cuello, sus manos le acariciaban los senos, luchando por controlar sus deseos de embestirla. Sintió que ella se movía de nuevo, pero se detuvo temblando y jadeando, le acarició las caderas y después rozó con sus dedos la unión de sus cuerpos.

—¿Te duele? —preguntó al ver que ella contenía las lágrimas cuando sus miradas se encontraron y sintió que le oprimían el pecho.

—No… es solo que es demasiado abrumador, es… —Se interrumpió sin saber cómo explicarle a Alessandro lo que sentía.

—Es tu primera vez… ya no serás más la señorita Steinberg —mencionó con una sonrisa para relajarla.

Ella negó con la cabeza mientras sonreía y se entregó al beso que Alessandro le ofrecía, relajándose por completo. Minutos después ni siquiera supo de qué manera se giró para quedar sobre su estómago, hundiendo sus manos entrelazadas a las de él en el heno, al tiempo que empujaba suavemente para sentirlo por completo y cada vez se elevaba más y más.

Todo estalló en colores iluminando su mundo, dándole un nuevo sentido al placer. Solo fue consciente de los jadeos roncos de Alessandro en su cuello y las pulsaciones de su miembro que se derramaba en su interior, así como del par de dedos que presionaba con fuerza el nudo de nervios entre sus piernas y puso a su mundo a girar de nuevo arrancándole otro orgasmo.

Los primeros rayos del sol que se estrellaban contra su rostro lo fueron sacando del plácido sueño donde se encontraba, sintiendo la maravillosa calidez y suavidad que Samantha le entregaba, la pegó más a su cuerpo sin ser completamente consciente que ya había amanecido y ellos seguían en el establo. Respiró profundamente embriagándose del dulce aroma que se desprendía de su cabello, escondiendo su rostro entre las hebras castañas para escapar de la luz que cada vez entraba con mayor fuerza por la ventanilla, la escuchó suspirar y sonrió lleno de felicidad.

Ella se giró aún en medio del sueño, pasándole una pierna y un brazo para pegarlo a su cuerpo, buscando estar cerca de él incluso mientras dormía, él abrió los ojos despacio para deleitarse con la imagen de Samantha mientras dormía, le gustaba verla así. La luz de la mañana le daba un resplandor especial, sus mejillas seguían manteniendo el rubor del esfuerzo físico realizado horas atrás y sus largas pestañas lo tenían hechizado, era tan hermosa que todavía no se creía merecedor de una mujer como Samantha, por ello deseaba conquistarla día a día, mantenerla enamorada y feliz, para que se quedara siempre junto a él.

—¿Estás soñando conmigo? —preguntó en un susurro sintiéndose emocionado cuando la vio sonreír, deslizó su mano por la suave mejilla.

Su pecho estuvo a punto de estallar de felicidad al ser consciente que dentro de poco ella sería suya para siempre, que todas las mañanas despertaría de esa manera, junto a la mujer que lo había enamorado sin siquiera darse cuenta en qué momento, durante cuatro años repasó en su cabeza cada instante que vivió junto a Samantha y no había hallado ese momento exacto cuando ella se metió en su corazón.

Samantha comenzó a salir lentamente del tranquilo y reparador sueño en el que había caído, después de vivir esa primera experiencia junto a Alessandro quedó completamente agotada, ni siquiera se planteó volver a su habitación después de recuperarse del último orgasmo. Simplemente se dejó arrullar y consentir por él, la trató incluso mejor que Charles después de haberle quitado su virginidad.

No es que el canadiense fuera un desconsiderado, pero no la hizo sentir igual que Alessandro, su novio la cuidó no solo durante el acto, sino después cuando se encargó de la leve molestia que le había quedado, masajeándola con el lubricante para bajar la inflamación, ella intentó negarse por pudor, pero él le dejó claro que era su mujer y por lo tanto se ocuparía de ella, eso la hizo sentir realmente amada.

Alessandro seguía cautivado por la belleza y la entrega de Samantha, ella hacía que todo fuera hermoso, especial; como lo fue años atrás, vio que comenzaba a despertar y esa melodía que se había instalado en su cabeza mientras la observaba dormir salió de sus labios.

—***I could stay awake just to hear you breathing, watch you smile while you are sleeping… While you're far away and dreaming*** —susurró para no despertarla, solo quería expresar de alguna manera esa emoción que le colmaba el pecho, la vio sonreír de nuevo y parpadear.

Samantha sintió que en verdad estaba en medio de un sueño, el más hermoso de todos al escuchar la melodiosa voz de Alessandro interpretando una de sus canciones favoritas, ni siquiera necesitaba tener la música de fondo para que ella lo percibiera como la versión más sublime y extraordinaria que pudiera escuchar y que la perdonara Steve. Abrió los ojos encontrándose con ese precioso par de zafiros que la miraban con tanto amor e intensidad que sintió derretirse, le dedicó una sonrisa animándolo a continuar.

—***I could spend my life in this sweet surrender… I could stay lost in this moment forever… well, every moment spent with you… is a moment I treasure…*** —Le dio un suave beso en los labios mientras sentía que su corazón latía desbocado dentro de su pecho. Samantha

lo miraba como no lo había hecho ninguna mujer antes, con tanto amor que lo hacía sentir abrumado, sus ojos se llenaron de lágrimas, tomó aire para pasar el nudo en su garganta y continuar, pues podía ver en los ojos de Samantha que ella esperaba que lo hiciera—. ***I don't wanna close my eyes; I don't want to fall asleep… 'Cause, I'd miss you, baby and I don't wanna miss a thing*** —Él no tenía la potencia vocal del líder de Aerosmith, pero estaba cantándola desde el alma para Samantha.

Ella no pudo evitar que sus emociones la rebasaran, el amor que le hacía sentir Alessandro era demasiado grande, era más de lo que alguna vez soñó vivir, dejó libre su llanto hundiendo el rostro en el pecho de él, en medio de sollozos y temblores.

—¿Por qué lloras? —preguntó él desconcertado, mientras se movía para mirarla a la cara, ni siquiera pudo recurrir a una broma, sus sentimientos estaban tan expuestos que no se lo permitieron.

—Porque… tú siempre tienes estos gestos conmigo, Alessandro, siempre eres tan cariñoso… y yo… yo no sé cómo darte lo mismo —contestó deseando por primera vez ser una mujer tierna en lugar de una práctica, poder encontrar las palabras correctas para expresarse.

—Samantha… mi amor, mírame… —pidió acunándole el rostro—. No es nada, es solo una canción. No tienes que ponerte así preciosa… ni siquiera es algo mío se la estoy robando a otro —indicó sonriendo.

—Eso no cuenta, Alessandro… lo que importa son los gestos que tienes para conmigo, no es solo la canción… es tener todos mis libros, es la terraza de tu departamento, haber guardado mi conjunto deportivo… o conservado el Maserati… es todo lo que has hecho en estos años para no olvidarme —decía con rapidez para que no se le escapara nada, vio que él deseaba hablar y negó con la cabeza pidiéndole que la dejara seguir—. Y yo por el contrario me alejé de todo lo que me hiciera recordarte, los vinos, la cocina… incluso escribí Rendición como una especie de catarsis que me liberara de tu recuerdo, fui tan estúpida y justo ahora tú me sigues demostrando que tu amor es más grande que el mío… que tú siempre me das más —mencionaba llorando.

—Para… Samantha, para por favor. —Le pidió sujetándole el rostro—. Tú escribiste la historia de amor más hermosa que hubiera leído en mi vida y me hiciste a mí el protagonista de esta… ¿Crees que eso no es una prueba más que suficiente de que me amas? O la manera en la cual te me entregas o cómo me miras y me sonríes… no es necesario que pongas en palabras lo que me haces sentir cada vez que me besas o me abrazas. Hace años que dejamos esto de estar compitiendo todo el tiempo; tú no eres mi rival, eres mi equilibrio, mi complemento… lo que me hace sentirme pleno, en nuestra relación no hay más ni menos, solo tenemos lo justo, lo que necesitamos y nos hace felices —pronunció sintiendo que cada palabra salía desde su corazón y pegó su frente a la de Samantha para fundir sus miradas.

—¿Ves?... Ahí estás de nuevo diciendo cosas tan hermosas —esbozó liberando más lágrimas.

—Bueno, no te volveré a cantar, ni a decir cosas bonitas, ni a… —decía cuando ella lo calló posando un par de dedos sobre sus labios.

—No, quiero que lo sigas haciendo, porque me encanta… y también quiero que me enseñes a mí a hacerlo —pidió mirándolo a los ojos, retiró sus dedos y rozó sus labios con los de él.

—Será un placer ser tu maestro —respondió con una gran sonrisa y después se puso serio—. A ver… dime algo bonito —indicó mirándola mientras se movía para ponerla bajo su cuerpo.

—Que me gustas. —Se aventuró ella, al tiempo que le hacía espacio entre sus piernas y sonreía acariciándole la espalda.

—No, eso está muy pobre… y además ya lo sé, prueba con algo más —indicó, aunque el solo hecho de abrazarlo ya lo derretía.

—Ok, que… me encanta estar contigo —mencionó besándolo.

—Vas mejorando… dime más —indicó moviendo sus caderas.

—Que te amo y quiero pasar el resto de mi vida aquí contigo… —dijo y al ver que él posaba su mirada azul, clara y brillante en ella le dedicó una sonrisa para continuar—. Y deseo con locura que me hagas el amor en este instante, que me hagas sentir como solo tú puedes hacerlo —agregó buscando los perfectos labios de su novio.

—¿Eres consciente de que el sol ya salió? —preguntó mirándola.

—Sí, ya no me importa lo que los demás piensen o digan, Alessandro, es mi vida y solo yo tengo el poder para decidir qué hacer con ella y decido entregártela, no quiero que nos sigamos escondiendo —esbozó sintiendo lo maravilloso que era poder expresarse con libertad, eso era precisamente lo que quería y lo había conseguido gracias a él.

—Te acabas de graduar con honores, Samantha Steinberg —expresó envolviéndola con fuerza entre sus brazos, para después besarla con pasión.

Sus bocas marcaron los primeros compases que después seguirían sus cuerpos al unirse convirtiéndose en uno solo, los besos se desbordaban en pasión y las caricias calentaban sus pieles tanto como los rayos del sol que los bañaba. Samantha no se cohibía intentando ser silenciosa y tampoco en la intensidad que le imprimía al movimiento de sus caderas, dobló sus piernas para hacerle más espacio a él, agradeciéndole al yoga por haberla hecho tan flexible y se dio el placer de acariciar con sus pies, los fuertes glúteos de su novio que se contraían en cada embestida.

Alessandro la tomó por las caderas mientras se hundía dentro de ella una y otra vez, besando y lamiendo los duros pezones de Samantha que mostraban un bello tono rosa, resaltando en su perfecta piel blanca, invitándolo a beber de ellos como si fueran su fuente de vida. La escuchó gemir con fuerza antes de comenzar a temblar presa de un inminente orgasmo y no quiso quedarse atrás, aunque fuera algo egoísta no quería que ella se fuera sin él, así que moviéndose con rapidez se giró quedando tendido en la manta, sonrió ante el grito de sorpresa que liberó su hermosa mujer y cuando sus miradas se encontraron, él le pidió lo que deseaba, se moría por tenerla arriba, por sentirla moviéndose como solo ella sabía, con ese ritmo que lo hacía delirar y lo lanzaba al espacio.

—Te quiero moviéndote así —esbozó sujetándole las caderas.

—¿Así? —preguntó ella elevando una ceja mientras les daba riendas sueltas a sus caderas, moviéndose primero despacio hacia delante y hacia atrás al tiempo que fijaba su mirada en él.

Él no pudo responderle con palabras, solo lo vio cerrar los ojos y echar la cabeza hacia atrás, haciéndola sentir la mujer más poderosa, sensual y hermosa sobre la tierra. Quería más de eso que Alessandro le provocaba, quería enloquecerlo, así como él hacía con ella; se movió con destreza para volverse quedando de espaldas a su novio, lo escuchó jadear ante el cambio de posición y miró por encima de su hombro dedicándole una sonrisa, justo antes de apoyar sus manos sobre las fuertes pantorrillas masculinas, comenzó a empujar metiéndolo en su cuerpo, disfrutando de gemidos que él liberaba y ella compartía.

Alessandro sintió que se correría ante la sola imagen de Samantha tomándolo de esa manera, su mujer tenía el cuerpo más extraordinario que hubiera visto y gozado en su vida, o al menos eso le hacía sentir en ese preciso instante, mientras acariciaba ese precioso trasero que ya había sido suyo. Esa certeza fue todo lo que necesito para liberarse con potentes descargas dentro de ella, sudando, temblando y jadeando como si estuviera a punto de morir.

—Alessandro… Alessandro —pronunció ella elevando el rostro al cielo y después de un jadeo que desgarró su garganta cayó sobre él.

Luego de unos minutos sus cuerpos volvían a pertenecerles, la cordura regresaba a ellos mientras disfrutaban de suaves caricias y roces de labios que mostraban el amor que sentían. Escucharon el relinchar de Misterio y Estrella fugaz, al parecer reclamándoles por haberlos despertado, comenzaron a reír sintiéndose felices. Un instante después la imagen del teléfono móvil de Samantha captó su atención, lo tomó para ver qué hora era, suponiendo que debía ser temprano porque no escuchaba al personal trabajando afuera.

—¡Mierda! —exclamó abriendo mucho los ojos cuando vio que marcaba las siete y cuarenta de la mañana, de inmediato se levantó.

—¿Qué ocurre? —inquirió Alessandro sorprendido por su reacción.

—Se nos hizo tarde… levántate, Alessandro —contestó mientras gateaba buscando entre el heno donde había quedado el kimono.

—Te advierto que, si en cinco minutos no te pones esa bata encima, no respondo por mis acciones —mencionó sonriendo al verla a gatas y le dio un beso en la espalda.

Samantha se relajó gracias a ese gesto de Alessandro, pero no olvidó que debían regresar, así que después de recoger todas sus cosas caminó junto a él para salir del establo. Miraron a todos lados y para su fortuna los demás parecían seguir durmiendo, solo Tina que regaba el jardín y Jacopo que tomaba su café sentado en la terraza.

—Buenos días.

Saludaron los dos al mismo tiempo mientras pasaban sin detenerse y sin mirarlos a la cara, sintiéndose como un par adolescentes que habían sido sorprendidos escapándose. Los esposos les dieron los buenos días mientras sonreían al verlos juntos y disfrutando de su amor, después continuaron con lo que hacían para no incomodarlos.

—Quizás debería ir a pedirles un juego de llaves a Tina… —decía Alessandro parado debajo de la ventaba de su habitación.

—De ninguna manera mi amor… tú puedes hacerlo.

—Anoche me costó un mundo, Samantha y no era consciente por completo de cuán alto estaba —pronunciaba cuando ella lo detuvo.

—Mírame, puedes hacerlo, Alessandro… y yo estaré aquí abajo no te vas a caer, estaré vigilando que nada ocurra, confía en mí —pidió mirándolo a los ojos y le dedicó una sonrisa antes de besarlo.

Alessandro respiró profundamente para armarse de valor y caminó hasta la escalera fijada a la pared, se cercioró que fuera resistente antes de comenzar a subirla, a cada escalón que ganaba la seguridad en él crecía y cuando al fin estuvo en el último, supo que le tocaba lo peor, con cuidado se aferró a la barandilla e intentando no mirar hacia abajo la cruzó para entrar al balcón.

Cuando lo consiguió estaba temblando de miedo y alegría a la vez. Buscó con la mirada a Samantha que se mostraba feliz por su logro, con la mirada rebosante de orgullo y eso lo hizo amarla un poco más, la vio esbozar un «te amo» y él respondió de la misma manera, después de eso ella se despidió con un ademán y salió corriendo hacia su casa.

Capítulo 54

El auto se desplazaba por la larga carretera bordeada de altas y frondosas setas, que seguían mostrando ese verde intenso que las caracterizaba a pesar de encontrarse a finales de verano, a ambos lados de esta los campos toscanos se extendían mucho más allá de lo que su vista podía abarcar, mostrando el tono amarillo que precede al otoñó, salpicado en algunos lugares por diminutas flores rojas, blancas y violetas. Ya había estado antes en esa región, disfrutando de los hermosos paisajes que podía ofrecerle Italia, pero que no visitaba desde hacía mucho; sin embargo, se sintió allí mientras leía el último libro de Samantha, que estaba ambientado en ese lugar.

Durante el vuelo lo había hecho de nuevo, saltándose las escenas eróticas, tampoco era tan masoquista como para torturarse al imaginarla junto a Bonanzierri protagonizándolas. Ya no le quedaban dudas de que él era el misterioso hombre del cual ella había estado siempre enamorada; si los diarios en América habían reseñado en varias ocasiones la relación entre su exnovia y el actor, en Italia habían hecho de eso casi la nota de primera plana a diario, pues no consiguió un solo periódico en los dos días que duró en Roma, donde no hubiera un artículo mencionándolo.

No sabía cuánto se quedaría en ese lugar, por lo que no pensó en alquilar un auto como habitualmente hacía en las ciudades que visitaba, prefirió tomar los servicios de un taxi y dejar sus maletas en Roma, solo había viajado con un bolso de mano; después de todo dudaba que Samantha se pusiera feliz al verlo o que él se sintiera cómodo compartiendo con ella y ese hombre. En más de una ocasión se había planteado dejar las cosas así y regresar a su país, pero cada vez que la veía en las fotografías de los diarios su corazón se desbocaba en latidos y eso no era algo que debería ocurrirle, no si ya se había propuesto construir un futuro al lado de Julianne, sabía que ella estaba furiosa con él, pero también que lo amaba y terminaría comprendiéndolo, cuando le dijera que era libre para poder entregarse a ella por completo.

—Necesito que tú me liberes de tus recuerdos Samantha, necesito cerrar mi capítulo contigo para poder continuar —esbozó y sus ojos se toparon con el conjunto de casas en la cima de una colina.

Esa era la villa de los Codazzi, el lugar donde se estaban llevando a cabo las grabaciones de Rendición, solo esperaba que la seguridad lo dejara pasar sin tener que rogar para ver a Samantha.

∞∞∞∞

Las grabaciones habían llegado a su final, al menos para Alessandro quien había finalizado el día anterior todas sus escenas y algunas de retoques que habían hecho en caso de necesitarlas, todo dependía de la edición final, por ese motivo se encontraba libre al igual que Samantha, Kimberly y la mayoría de los integrantes del equipo. Solo Gary, Thomas y Marcus seguían trabajando supervisados por el mismo Gary Reynolds padre, quien había viajado desde Los

Ángeles para participar en el final, de lo que según él sería la película del año.

Debido a la presencia del hombre todos se quedaron en la villa, atentos a cualquier eventualidad o cambio que pudiera suscitarse, también para viajar hasta Roma juntos como tenían por regla. La familia de Alessandro igualmente se encontraba en la villa desde hacía dos días por su cumpleaños, había pasado mucho tiempo desde que sus padres y sus hermanos no invadían un set de grabación, para darle la sorpresa de pasar esa fecha tan especial junto a él.

Cuando los vio entrar acompañados por Samantha después de un corte, no pudo contener su emoción, corrió hasta ellos abrazándolos e incluso derramando algunas lágrimas, pues había transcurrido más de un mes desde que se despidió estando en Varese, su último receso lo había tomado para viajar hasta Puglia. Su novia no solo llegó con su familia, sino también llevando en sus manos el exquisito pastel de chocolate que años atrás le entregara sobre su cuerpo, la mirada que intercambiaron les dijo a ambos que esa noche se escaparían para revivir aquel momento.

También había mantenido comunicación constante con Paula, era como si el tiempo hubiera regresado, ellos eran los mismos de antes y Alessandro se descubrió siendo uno de esos hermanos acosadores, pues le preguntaba por lo mínimo que hacía, ella se lo hizo saber, aunque no como un reproche, sino como algo que admitió adoraba, la hacía feliz que se preocupara por ella. Esa tarde después de la comida, su hermana casi que lo echó de la villa, recordándole que tenía una novia que atender, así que buscó a Samantha y la invitó a dar un paseo a caballo, aprovechando que no tenían nada más que hacer de momento.

—¿En serio no me dejaste ganar? —preguntó Samantha con la voz agitada, mientras sonreía y llevaba al trote a Estrella fugaz.

Había hecho una carrera con Alessandro sin apostar nada, solo por simple diversión y apenas podía creer que en verdad le hubiera ganado, sobre todo porque él había sido su maestro y era obviamente mejor jinete que ella, además Misterio era más poderoso que su yegua.

—No, te dije una vez que ella era más veloz que Misterio —contestó Alessandro y de inmediato recibió un par de relinchos del caballo en protesta por sus palabras—. ¿Me vas a culpar a mí? —inquirió hablándole al semental negro que enseguida movió su cabeza afirmando.

Samantha comenzó a reír al ver la actitud de ambos y llevó su mano para acariciar la crin del hermoso corcel negro, al tiempo que se acercaba y le ofrecía sus labios al guapo maestrante sobre su lomo. Sintió la mano de Alessandro apoyarse en su cintura para atraerla más a él queriendo profundizar el beso y ella deseosa de recibirlo cedió ante su exigencia.

Minutos después la tarde comenzaba a caer, bañando con sus tonos naranjas y dorados todo el paisaje, envolviéndolos a ellos también que suspiraban abrazados mirando el atardecer. Después de su aventura en el establo dos días atrás, comenzaron a darse la libertad para compartir mucho más, aunque todavía se cuidaban de darse muestras de cariño delante de los demás, no por temor a lo que pudieran decir, sino para evitar que alguna imagen de ellos besándose se fuera a colar por “casualidad” en algún diario sensacionalista, deseaban cuidar su intimidad tanto como pudieran, evitar que la volvieran el circo de finales de verano.

—¿Regresamos? —preguntó Samantha mirándolo a los ojos.

—Debemos hacerlo o dejarás de ser la favorita de mi madre… apenas le he dedicado tiempo desde que está aquí —respondió mostrando una sonrisa y se puso de pie primero, para después ayudar a Samantha.

Ella se veía tan hermosa en ese conjunto de equitación que su madre le había regalado y mientras caminaba hacia donde pastaban los animales, él no pudo evitar quedarse rezagado para disfrutar del sensual balanceó de sus caderas y ese perfecto trasero enfundado en el ajustado pantalón beige, dejó ver una sonrisa cuando la vio subir con absoluta destreza sobre Estrella

fugaz, sin requerir ya de su ayuda.

—Pues no ha sido mi culpa sino tuya, te empeñas en secuestrarme —indicó acomodándose en el lomo de la yegua.

—Para ser una mujer cautiva contra su voluntad es muy colaboradora señora Steinberg, incluso juraría que disfruta cuando lo hago —señaló sonriendo mientras montaba sobre Misterio, después se acercó para darle un beso en los labios y la miró a los ojos— ¿Hacemos otra carrera para obtener mi revancha? —inquirió con esa sonrisa de medio lado que sabía tenía un efecto devastador sobre Samantha.

Ella se quedó mirándolo unos segundos y aprovechando el factor sorpresa se alejó de él saliendo al galope sobre Estrella fugaz, en verdad era una yegua muy rápida, pero él tenía más experiencia, además sabía que Misterio estaba loco por ganarse a la vanidosa yegua y él a la altanera amazona que se le había escapado haciéndole trampa.

∞∞∞

Dylan había llegado apenas hacía una hora, lo primero que tuvo que enfrentar fue las miradas de desconcierto e incluso de burla por parte de muchos de los hombres allí presentes. Caminó en compañía de Gary Reynolds quien había tenido la amabilidad de permitirle el acceso, hasta la casa que ocupaba Samantha, pero ella no se encontraba en ésta.

—Debe estar de paseo en la yegua que Alessandro Bonanzierri le regaló, sale cada vez que puede… y el actor la acompaña —mencionó de manera casual, pero buscando sembrar en Howard el resentimiento hacia Samantha y sobre todo hacia el actor, al ver el gesto de dolor en el rostro del castaño tuvo que contener su sonrisa.

Como era de esperarse eso sorprendió mucho a Dylan, nunca había escuchado de boca de su novia que ella montara caballo o que al menos le gustaran esos animales, siempre que la invitaba a los torneos de polo en Los Hampton, ella sacaba cualquier excusa. Pero nunca le dijo la verdad y terminó enterándose de la razón de su negativa, cuando Susan le contó que de pequeña Samantha había sufrido un episodio traumático, por ello odiaba a los caballos, evidentemente algo había cambiado y él seguía descubriendo aspectos de su exnovia que la mayoría desconocía.

—Perdón… si peco de indiscreto, pero, puedo hacerte una pregunta —se aventuró Gary una vez más, metería tanta cizaña como pudiera.

—Sí, no hay problema —indicó Dylan con un tono hosco, pues ya sabía lo que el rubio deseaba saber y estaba cansado de la misma mierda.

—Ustedes terminaron antes de la audición en L.A, ¿verdad? —preguntó mirándolo a los ojos, no le permitiría escapar.

—Sí… —respondió con esa mentira, manteniéndole la mirada.

Lo hizo porque si Samantha había retomado su relación con ese hombre no quedaría como el cornudo, además él era un caballero y no la expondría, aunque ella se lo mereciera. No agregó nada más porque ese hombre le daba la impresión de estar pescando en río revuelto, jugando para su lado ¿con qué objetivo? no lo sabía ni le interesaba ya.

—Claro, era de suponerse… sobre todo por lo cercano que se han mostrado ellos dos —indicó Gary mirando a otro lado sin darle mucho énfasis, no quería mostrarle sus cartas a Howard.

—¿Por qué lo dice? —peguntó y se sintió estúpido.

—Bueno Dylan… aquí todo el mundo sabe que Samantha y Alessandro tienen una relación,

aunque ellos no lo han hecho público aún, pero son demasiado evidentes —decía mirándolo de soslayo para comprobar las reacciones de su acompañante—. Siempre pasan los recesos juntos y cada vez que pueden, como ahora, se escapan para pasear en sus caballos —finalizó mostrando una mirada mezcla de pesar e inocencia, como si no estuviera haciendo eso para herirlo o perjudicar a la escritora.

—Entiendo… bueno, igual supongo que cada uno está en libertad para hacer lo que desee. Yo también tengo una relación con otra mujer desde hace un tiempo y solo pasé a saludarla, nosotros nos separamos en buenos términos. Pero me encontraba en Roma atendiendo un negocio en representación de mi padre y se me ocurrió aprovechar para verla —hablaba con naturalidad, era un experto en esconder sus emociones desde hacía mucho, gracias a su padre que lo obligó a mostrarse siempre como un hombre fuerte y exitoso.

—Ya veo… en ese caso no tendrá nada de lo cual preocuparse —indicó fingiendo una sonrisa y su mirada fue captada por Samantha que venía a todo galope sobre la yegua rojiza—. Precisamente está llegando, mírela que hermosa y diestra luce sobre ese animal, seguramente estuvo en alguna academia de equitación —indicó queriendo parecer casual, y su sonrisa se hizo más amplia al ver que la mirada de Dylan Howard lo delataba.

Samantha sentía su corazón latir a la misma velocidad que se desplazaba Estrella fugaz, la brisa le rozaba la piel mientras ella hacía gala de todo lo enseñado por Alessandro, no solo años atrás sino en los últimos meses en los cuales se había perfeccionado mucho, él estaba a punto de ganarle y la descarga de adrenalina que corría por su cuerpo le exigía ser vencedora una vez más. Al final cruzaron el arbusto que se había colocado como meta casi al mismo tiempo, pero él terminó llevándose la victoria, comenzó a bajar el trote de la yegua mientras su respiración sosegada también se calmaba.

—Vengo a exigir mi recompensa —esbozó Alessandro acercándose a ella mientras intentaba respirar de manera normal.

—Era tu revancha… no dijimos… que tendrías una recompensa —indicó Samantha con la voz entre cortada por el esfuerzo.

—Pues la merezco porque usted me hizo trampa señora escritora —le reprochó y al ver la picardía con que ella se reía, tomó las riendas de Estrella para jalarla hacia él dejándola tan cerca que sus rostros casi podían tocarse—. Dame un beso —le exigió mirándola a los ojos.

Samantha sintió su sangre arder ante la actitud de Alessandro que desbordaba sensualidad y fuerza, se veía tan apuesto con esa camisa negra que resaltaba su bronceado, el cabello desordenado por la brisa, su respiración agitada y lo mejor de todo la intensidad de su mirada; ella supo de inmediato que no podía negarse y se acercó a él.

—¡Samantha! —Gary la llamó interrumpiendo el beso que estaban a punto de darse, suponía que ya el ex novio de la escritora había visto lo suficiente y si no lo había hecho, él sí—. Mira quién ha venido a verte —anunció con una gran sonrisa mientras caminaba hacia ella.

Samantha se sobresaltó al escuchar la voz del productor y se volvió de inmediato para mirarlo, pero nada la preparó para el golpe que resultó ver a Dylan en ese lugar, se notaba más delgado y demacrado, o quizás fue la expresión de dolor que mostraba su rostro en ese instante. Se alejó de Alessandro en un acto reflejo y encaminó la yegua hacia donde él se encontraba, sintiendo la imperiosa necesidad de consolarlo, de borrar de sus ojos esa mirada de resentimiento que le dedicaba.

Alessandro ni siquiera supo cómo reaccionar ante lo que estaba sucediendo, solo consiguió quedarse allí viendo cómo Samantha se aproximaba a ese hombre mientras lo miraba como si le debiera algo. Salió del trance cuando vio la sonrisa burlona que mostraba el maldito de Gary

Reynolds, lo veía como si le tuviera lástima y eso desató la ira en él.

—Samantha —la llamó en un tono que le dejara claro a esos dos, que ella era su mujer y que ellos podían irse al mismo infierno, se volvió a mirarlo mostrándose asustada así que intentó relajarse—. Vamos a llevar a los caballos al establo y después recibes a tu visita —indicó suavizando el tono de su voz, su rabia no era contra ella.

—Pero tú puedes llevarlos Alessandro y dejas que Samantha se quede aquí —señaló Gary con un tono inocente, pero sonreía.

Alessandro sabía a lo que estaba jugando el productor, quería que hiciera un escándalo y así cobrarle el que Samantha no le haya prestado atención por su causa. Estuvo a punto de conseguirlo pues poco le faltó para bajar de Misterio y caerle a golpes a ese infeliz, se salvó porque Samantha habló antes deteniéndolo.

—Iré con Alessandro… Dylan espérame en el salón de la casa por favor, en unos minutos estaré contigo —mencionó y sin esperar una acotación más por parte de alguno de los tres, sintiendo que estaba en medio de un duelo, se dirigió hacia el establo.

Dylan la vio alejarse y una vez más se preguntó ¿qué estaba haciendo allí? Había viajado tanto para comprobar con sus propios ojos que Samantha le pertenecía a alguien más ¿era eso? Tanto vagar y torturarse con recuerdos para terminar allí siendo abandonado de nuevo, era así como ella lo había hecho sentir.

Arrancó su mirada de la maravillosa figura de la mujer sobre la yegua, que no parecía tener ni rastros de la cálida y tímida que lo enamoró años atrás. No podía negar que Samantha removió todo dentro de él cuando la vio tan hermosa y feliz sobre la yegua, pero también le resultó tan extraña que se cuestionaba de qué podría hablar con ella, además de que ya le había dejado claro que prefería a ese hombre antes que a él.

—Supongo que la esperará, venga acompáñeme al salón —indicó Gary mostrándose serio, aunque por dentro festejaba. Su interés había cambiado de tener a Samantha a joder al miserable oportunista de Alessandro Bonanzierri, si él no podía tenerla pues el otro tampoco.

—Quizás no sea buena idea, no quiero causarle inconvenientes… —decía caminando para marcharse de allí.

—¡Claro que no hombre! Ella dijo que lo recibiría y tenga por seguro que así será, y por Bonanzierri no se preocupe, tiene ese aspecto amenazador, pero Samantha sabe muy bien cómo dominarlo ¿no vio cómo se quedó callado? —inquirió burlándose y lo encaminó al salón de la casa que la escritora ocupaba, no estaba dispuesto a perder a su peón.

—Me da igual, pero está bien… vamos —contestó mirándolo.

Dylan acompañó al hombre para que no creyese que le temía a Alessandro Bonanzierri, eso era absurdo pues no había llegado hasta allí con la intención de hacer algún escándalo, mucho menos de perjudicar a Samantha, solo permanecería unos minutos allí para no hacerle un desaire, mientras esperaría el taxi que pediría de inmediato.

∞∞∞∞

Samantha sentía que la tensión apenas la dejaba moverse, todo su cuerpo estaba tan rígido que hizo que sus movimientos al bajar de la yegua fueran torpes, respiró profundamente para calmarse, sintiendo la mirada de Alessandro sobre ella.

—¿Qué está haciendo él aquí? —preguntó, se había dicho que no la presionaría y tomaría todo eso como una situación que ella no pudo pronosticar, no logró hacerlo, las dudas y la rabia

hablaron por él.

—No lo sé, Alessandro, yo… no he hablado con Dylan desde que él dejó mi casa el día que rompimos —contestó buscando sus ojos.

Samantha se acercó hasta él y le acarició la mejilla para liberarlo de la tensión y la molestia que endurecían sus hermosos rasgos, lo vio cerrar los ojos mientras giraba el rostro para darle un suave beso en la palma de la mano. Ella llevó su mano libre a la espalda de él para acariciarla al tiempo que dejaba caer suaves besos sobre la piel expuesta de su pecho, podía sentir la tensión en sus músculos y el latir acelerado de su corazón, quería alejar de él esa sensación, quería hacerlo de ambos.

Alessandro sentía cómo esa imperiosa necesidad de saberla suya lo torturaba, así que sin poder contenerse la tomó entre sus brazos alzándola para apoyarla sobre la pared de madera, ella jadeó ante la fuerza de su arrebato y él aprovechó eso para atrapar su boca con un beso completo, la invadió con su lengua sin pedir permiso dejándose llevar por las ansias y el miedo que sentía al imaginar que podía perderla.

Ella apenas podía llevar el ritmo del beso, Alessandro no le daba tregua, podía sentir en cada movimiento que hacía la exigencia y el desespero, le acariciaba los hombros intentando relajarlo mientras dejaba que se apoderara de sus labios y su lengua con absoluta libertad, queriendo a través de ese gesto dejarle ver que no tenía nada que temer.

—Tú eres mía Samantha —pronunció con determinación mirándola a los ojos y la mantuvo en vilo sosteniéndola con sus caderas.

Sus manos libres se desbocaron en caricias sobre su cintura y los senos que subían y bajan por el ritmo acelerado de su respiración. Ella separó los labios para darle una respuesta, pero él no la dejó, callándola una vez más con un beso, sintiendo cómo el deseo se iba acrecentando en su interior y amenazaba con arrasar con todo, no dejar nada en pie.

Samantha estaba a punto de olvidarse de todo, había dejado de pensar y solo sentía cómo un torbellino de emociones la envolvía, haciéndola gemir con fuerza ante la presión que ejercían las manos de Alessandro sobre sus senos y esa poderosa invasión a la cual sometía su boca. Dejó caer la cabeza hacia atrás cuando él liberó sus labios para adueñarse de sus senos, ni siquiera notó cuando desabotonó la blusa que llevaba.

—Alessandro —esbozó cuando encontró su voz, el roce de los labios y la lengua de él sobre sus pezones la hacía temblar.

—Mírame. —Le exigió tomándola por el cuello para mirarla a los ojos, ella lo hizo y él la atrajo pegando sus frentes—. Te amo Samantha —expresó con la voz ronca por las lágrimas que intentaban ahogarlo.

—Yo también te amo Alessandro… por favor confía en mí —rogó sintiendo que ella también estaba a punto de llorar.

Se besaron de nuevo esta vez sin premura, solo dejando que la ternura fuera sosegando de apoco sus latidos y reforzara el sentimiento que compartían. Alessandro la tomó con suavidad por la cintura para ponerla de pie nuevamente, sin dejar de darle toques de labios mientras la miraba a los ojos, pidiéndole a través de ese gesto una disculpa por sus acciones, se había mostrado como un desaforrado e inseguro, dejándose llevar por sus miedos que no tenían ningún fundamento.

—Lo siento, preciosa, fui un bruto no debí tratarte de esa manera… —pronunciaba cuando ella lo interrumpió.

—Todo está bien, Alessandro —dijo con una sonrisa y le acarició el rostro—. Tú me gustas tal como eres, con esos arranques, con tu pasión y tu fuerza, no tienes nada que temer… yo soy

tuya Alessandro —le confirmó mirándolo a los ojos y después lo besó de nuevo.

Se separaron quedándose suspendidos en una mirada por varios segundos, después él se encargó de quitarle las sillas a los animales y Samantha permaneció a su lado, saldría de ese lugar junto a él para no generar más rumores, que todos supieran que la llegada de Dylan no afectaba en nada su relación, a mitad de camino entre ambas casas Alessandro se detuvo y le acarició la cintura.

—Ve a hablar con él, estaré en la casa junto a mi familia —mencionó mirándola a los ojos, para que supiera que era sincero.

Ella asintió en silencio entregándole una sonrisa de agradecimiento y subió sus labios para darle un beso, fue solo un toque, pero quería que ese gesto le brindara a Alessandro la certeza de que todo estaría bien. Soltó su mano y caminó hasta su casa para encontrarse con Dylan, respirando profundamente mientras intentaba calmar el ritmo de su corazón, necesitaba aplacar los nervios que la embargaban en ese instante.

—Hola, Dylan —mencionó entrando al salón, él estaba sentado en un sillón junto a Gary, que al parecer se había encargado de atenderlo.

—Hola, Samantha —la saludó poniéndose de pie y fijó su mirada en ella.

—Bueno… yo me retiro —esbozó Gary levantándose también, mostró una sonrisa al tiempo que se giraba hacia el castaño—. Un placer haberlo conocido Dylan. Recuerde lo que le dije, puede quedarse cuanto guste… igual ya mañana regresamos a Roma y podemos llevarlo —indicó extendiéndole la mano antes de despedirse.

—Muchas gracias por su ofrecimiento Gary, pero debo declinarlo… quizás más adelante nos reunamos de nuevo —puntualizó recibiendo el apretón, pero no le devolvió la sonrisa porque algo en él le resultaba desagradable, como si estuviera detrás de algo más.

—De todas maneras, piénselo… —insistió—. Lo dejo en buenas manos, Samantha, quizás tú debas convencerlo de que se quede, con esa tormenta que se avecina no sería prudente viajar —señaló dirigiéndose a ella.

—Ya puedes dejarnos, Gary, muchas gracias por atender a Dylan —indicó Samantha que apenas lo miró, no soportaba el cinismo de ese hombre, tratándolo como si fuera su aliado sin recordar todas las veces que se le había insinuado a ella, caminó hasta el sillón dándole la espalda—. Por favor siéntate… es una sorpresa verte aquí —agregó ella mirando a los ojos a su exnovio, intentando parecer casual.

—Imagino que no muy grata ¿verdad? —preguntó, no podía evitar sentirse dolido con ella por lo que había hecho.

—Imaginas mal… en verdad me alegra verte… ¿Cómo has estado? —inquirió mirándolo mientras le dedicaba una sonrisa amable.

—Bien… Samantha, en verdad siento haberme presentado aquí, ni siquiera sé por qué lo hice —decía cuando ella lo detuvo.

—Está bien… está bien, Dylan, no hay problema —dijo buscando su mirada y no pudo evitar posar su mano sobre la de él para consolarlo.

—No quería causarte problemas, yo solo vine porque necesitaba ver con mis ojos que todo era verdad… necesitaba cerrar este capítulo que sentía había quedado abierto —habló mirándola y envolvió la mano de Samantha con la suya en un movimiento espontáneo, no lo hizo como algo premeditado o para comprometerla—. ¿Es él? El hombre del cual siempre has estado enamorada es… ¿Es Alessandro Bonanzierri? —la interrogó con su mirada anclada en la de ella.

—Sí —respondió sin desviarle la mirada, no quería seguir ocultándole la verdad, tampoco sentía vergüenza del amor que sentía por Alessandro.

Dylan desvió la mirada al sentir cómo sus ojos se llenaban de lágrimas, dejó libre un suspiro para liberarse de esa sensación que le oprimía el pecho y lentamente soltó la mano de Samantha.

—Dylan… yo… —Ella intentó hablar, pero él no la dejó.

—Tranquila, Samantha… todo está bien —se puso de pie, caminó hasta la ventana para dejar que su mirada y su dolor se perdieran en el paisaje, mientras apretaba los dientes para no llorar.

De pronto la imagen de Julianne llena de rencor y sufrimiento la última vez que la vio lo golpeó con fuerza en el pecho. Ella sabía que solo iría hasta allí para terminar lastimado de nuevo, sabía que Samantha nunca lo había querido como él esperaba que lo hiciera, y tener que llegar hasta ese lugar, hasta ese momento para darse cuenta de su realidad era demasiado doloroso, pero se lo merecía pues toda su vida había sido un imbécil, había echado de su lado a una mujer maravillosa tantas veces.

Samantha lo veía allí sufriendo y no sabía cómo actuar o qué decir para aliviar tanta pena que podía ver en él, se puso de pie para acercarse lentamente y cuando estuvo a su lado se apoyó en el marco de la ventana para mirarlo, apenas podía contener sus lágrimas al verlo tan perdido y con esa mirada cargada de dolor.

—Lo siento tanto… Dylan, yo hubiera deseado… —esbozaba con la voz enronquecida por el nudo que le cerraba la garganta.

—¿Fue mi culpa, Samantha? ¿Fui yo quien no te supo amar como esperabas? ¿Soy yo el que no sabe hacerlo? —Lanzó todas esas preguntas que lo atormentaban, porque después de tantos fracasos no podía más.

—No… no, Dylan —decía cuando él la detuvo.

—Yo te di todo, Samantha, te di lo mejor de mí… procuré darte espacio, tratarte como a una princesa, ser caballeroso… te escuchaba, te brindaba mi comprensión… ¿Dime que te faltó? ¿Dime en qué fallé? —Le cuestionaba dejando que el dolor lo desbordara, dejando correr su llanto.

—Dylan, por favor… ya para… no eres tú… no eres tú —respondió sujetándole el rostro con sus manos para que la mirara—. Es verdad, tú me lo diste todo… pusiste un mundo a mis pies y me brindaste un amor maravilloso, hiciste todo para enamorarme —dijo mirándolo a los ojos.

—Entonces, Samantha —expresó con la voz transformada por el vórtice de emociones que lo golpeaban una y otra vez.

—Yo también lo intenté, Dylan… intenté amarte de la misma manera, darte todo de mí, pero no pude hacerlo —confesó dejando libre un sollozo—. Ya había entregado mi corazón, ya le pertenecía a Alessandro y aunque luché muchas veces por liberarme de este amor no pude, lo que sentía por él lo abarcaba todo —expresó dejando correr sus lágrimas.

—Samantha, no llores —pidió secándole las mejillas.

—Déjame continuar por favor, Dylan… tú eres un hombre extraordinario y tienes todo para inspirar amor, para recibir amor, si yo no estuviera enamorada ya, te aseguro que nada hubiera evitado que te amara… pero esto es algo que me rebasa, que no puedo controlar y… que me hace feliz, soy demasiado feliz junto al hombre que amo, perdóname por favor por decirte todo esto, pero no quiero seguir engañando a nadie más ni ocultando lo que siento —finalizó mientras temblaba y lloraba, odiando tener que lastimarlo de esa manera.

Él la envolvió entre sus brazos con fuerza y lloró a su lado, aferrado a esa mujer que jamás podría tener, pero que le había dado un maravilloso sentido a su vida durante tres años, lo hizo desde el mismo instante en que la vio. Sin embargo, ya no se sentía igual teniéndola casi fundida a su cuerpo, algo había cambiado en esos meses, no solo en Samantha sino también en él, se sorprendió al descubrir que le faltaba el deseo que ella despertaba tiempo atrás y lo volvía loco.

Se separó de Samantha y le acunó el rostro con las manos mientras la miraba, teniéndola tan cerca que podía besarla si lo quería, intentó acercarse un poco más luchando por comprender lo que le ocurría, cuando se vio reflejado en los ojos marrones lo supo de inmediato. Extrañaba aquellos ojos azules que toda su vida habían estado junto a él, cuando minutos atrás la imagen de Julianne se apoderó de su cabeza para reprocharle una vez más sus acciones, no quiso entenderlo, pero en ese instante todo estaba claro y la verdad lo impactaba con la fuerza de un rayo, cerró los ojos apoyando su frente en la de Samantha mientras sentía que el dolor, las dudas y el miedo de verse solo se esfumaban.

Samantha se quedó congelada ante la reacción de Dylan, todo su cuerpo se tensó cuando lo vio aproximarse para besarla y estaba a punto de hablar para detenerlo, pero él cerró los ojos y solo pegó su frente a la suya llenándola de alivio. Igual sentía que el silencio era demasiado incómodo, además si Alessandro aparecía en ese instante y los conseguía de esa manera podía malinterpretarlo todo, abrió su boca para atraer la atención de Dylan y no separarlo de ella haciéndolo sentir rechazado.

—Estoy enamorado de Julianne —él esbozó sus pensamientos.

Samantha abrió mucho los ojos y atajó las palabras antes que salieran de su garganta, no podía entender lo que ocurría, la sorpresa no la dejó reaccionar y alejarse de él como había planeado.

—¿La hija del socio de tu padre? —preguntó parpadeando.

—Sí… Julianne Buckley y ni siquiera sé cómo sucedió… o por cuánto tiempo he estado enamorado de ella —respondió abriendo los ojos para mostrarle a Samantha la tormenta que lo azotaba.

La misma era quizás más fuerte que la que se había desatado ese instante fuera de la casa, y comenzó a estrellarse con fuerza en el cristal de la ventana. Dylan intentó escapar de la mirada desconcertada e incluso cargada de reproche de Samantha, quizás ella pensaba que ellos eran amantes desde hace tiempo y habían mantenido sus amoríos, inclusive durante el tiempo que fueron novios. Él sintió la necesidad de darle una explicación de inmediato.

—Es una historia muy larga, Samantha —decía cuando ella lo calló.

—Con esta tormenta no vas a ir a ningún lado… sentémonos —indicó haciéndole un ademán para que la acompañara.

Ella no se sentía furiosa con él por lo que acaba de confesarle, pero sí estaba un poco dolida, jamás esperó algo como eso de parte de Dylan y aunque su corazón no estaba lastimado, su orgullo sí. Él comenzó a relatarle toda la historia desde el inicio sin guardarse nada para no despertar sospechas en Samantha o poner en duda lo que le decía, también porque necesitaba darse cuenta de dónde había fallado y buscar la manera de reparar todo el mal que le había hecho a Julianne.

Después de casi dos horas, Dylan finalizaba con el episodio que había acontecido cinco días atrás en el departamento de la rubia, el remordimiento y el dolor volvían a hacer estragos en él al comprobar que lo había arruinado todo. Julianne había soportado demasiado y quizás ya no estaría dispuesta a darle una nueva oportunidad.

Samantha se condolió de él y buscó la manera de animarlo, incluso le aconsejó que la buscara para dejarle ver lo que sentía, que le hablara con la verdad y le prometiera hacer hasta lo imposible por hacerla feliz, que le diera todo ese maravilloso amor que era capaz de dar, que la amara como lo hizo con ella, que la amara aún más, porque sabía que podía hacerlo.

∞∞∞

Alessandro estaba en el estudio mirando la tormenta a través del ventanal, absorto de todo a su alrededor, ni siquiera notó cuando su familia abandonó ese lugar dejándolo allí solo, mientras se encontraba sumido en sus pensamientos, suponiendo lo que debía estar pasando en la casa del lado. Sintió que el alma le regresaba al cuerpo cuando los delgados brazos de Samantha le rodearon la cintura y ese suave beso que dejó caer en su espalda para después apoyar la mejilla.

—¿Por qué estás tan solo? —le preguntó dándole otro beso.

—Mi familia estaba conmigo hasta hace nada, seguramente fueron a ver qué preparaban para la cena, mi padre no es un hombre de comedores —contestó.

—Igual que su hijo —acotó ella sonriendo cuando él se volvió a mirarla, pudo ver cómo la mirada de Alessandro buscaba algo en su rostro—. Estoy bien… solo hablamos —agregó acariciándole el pecho.

—¿Ya se marchó? —preguntó extrañado pues no había escuchado el motor de algún auto, aunque tal vez la tormenta ahogó el sonido.

—No… está lloviendo mucho y es difícil salir con este tiempo —contestó y pudo sentir de inmediato que él se tensaba.

—¿Se quedará aquí? —inquirió una vez más, mientras la miraba sin poder creer lo que estaba escuchando y cuando ella asintió se alejó.

—Alessandro solo será una noche… él quería marcharse, pero Gary lo invitó a quedarse y yo estuve de acuerdo —mencionaba al notar que se había molestado, buscó acercarse a él, pero de nuevo le rehuía.

—Gary… ¡Por supuesto! ¿Quién más podía hacer algo como eso? —inquirió sintiendo la ira crecer dentro de su cuerpo—. ¿Sabes a lo que está jugando Gary, Samantha? —cuestionó viéndola a los ojos.

—Amor no te pongas así, sé lo que está haciendo, pero no debemos darle importancia… —decía cuando él cortó sus palabras.

—O sea que no importa, tu exnovio se aparece de la nada y tú pasas dos horas hablando con él, mientras yo me quedo aquí como un estúpido sin saber lo que está sucediendo… pero no pasa nada —hablaba dejando en evidencia la molestia que sentía.

—Ya te mencioné que estuvimos hablando… y además fue en el salón a vista de todo el mundo, así que no tienes que darle un sentido que no tiene a esa reunión —señaló sintiéndose molesta y dolida por la insinuación que Alessandro estaba haciendo.

—Ok, perfecto… ¿Y entonces por qué carajos tienes que estar de acuerdo en que se quede? —inquirió mirándola con resentimiento.

—Porque… porque no le veo nada de malo, somos personas adultas, Alessandro y podemos manejar esta situación, no veo que tengamos que hacer un drama de todo esto —respondió apelando a la madurez de su novio, después de todo, Dylan había accedido a quedarse y su imagen era la que más afectada se podía ver de los tres.

—¡Ah! ¿Yo estoy haciendo un drama? A ver si ponemos las cosas en claro, Samantha —indicó acercándose a ella—. Cuando Romina se apareció en la casa de mis padres el día del cumpleaños de Paula, yo la saqué de inmediato y le exigí que se marchara para librarte de su presencia porque sabía que eso te incomodaba —puntualizó mirándola directamente a los ojos para evitar que se escapara.

—Son situaciones muy distintas… no tenía claro nada de tu relación con Romina, en cambio tú sabes perfectamente en los términos que Dylan y yo estamos —se defendió manteniéndole la mirada.

—¿Y crees que eso me libra de sentirme mal por su presencia o de las burlas del maldito de Gary Reynolds? —cuestionó una vez más.

—No puedo creer que todo esto venga a causa de la estúpida rivalidad entre Gary y tú, ya olvídate de él, no tiene importancia.

Él intentó tomar las cosas con calma, consciente que eso que estaba sucediendo entre los dos era precisamente lo que los demás querían que ocurriese, se pasó las manos por el cabello inhalando profundamente y se quedó quieto cuando Samantha se acercó a él buscándolo.

—Sé que todo esto es muy difícil, para mí también lo es, pero podemos manejarlo, ya lo hicimos antes con Charles y Giovanna.

—¿Dónde se quedará él? —inquirió con la mirada clavada en la marrón, la vio titubear antes de responderle.

—Todas las habitaciones están ocupadas, así que yo me quedaré en la habitación de Jaqueline… y él se quedará en la mía —contestó con la voz vibrando por los nervios que la recorrían.

—Vente a dormir aquí, te quedas en mi habitación —mencionó con determinación y esperaba que ella le diera una respuesta afirmativa.

—Alessandro no puedo hacer eso… no humillaré a Dylan de esa manera —indicó mostrándose firme en su postura.

—A él no… pero a mí sí me humillarás quedándote a dormir bajo el mismo techo con tu exnovio —señaló sintiendo que ardía por dentro.

—Esta discusión no tiene sentido, Alessandro, no sé ni siquiera porqué estamos discutiendo, yo estoy aquí contigo, le he demostrado a todo el mundo que estamos juntos y que eso no lo cambiará la presencia de Dylan ¿dime qué más quieres? —preguntó llena de rabia, pero sobre todo de dolor al ver que él seguía desconfiando de sus sentimientos.

—Que te quedes conmigo —ordenó mirándola con fiereza.

—¡Pues no lo haré! Tú debes aprender a confiar en mí y en lo que siento por ti, si no lo haces ¿qué sentido tiene que estemos juntos? —cuestionó sin desviarle la mirada, pero él se mantuvo impasible.

—¿Cuál es el verdadero motivo de todo esto, Samantha? ¿Por qué él llegó hasta aquí buscándote? Nunca quisiste contarme lo que había sucedido esa noche y yo lo respeté, pero ahora frente a todo esto me pregunto si tú realmente habías terminado con él; por el contrario, solo le pediste un tiempo… después de todo siempre has sido una mujer práctica y supongo que no dejarías algo seguro…

—Alessandro, cállate, no sabes lo que dices —advirtió mirándolo.

—Supongamos que tienes razón y que no sé lo que digo, que tú y él ya terminaron ¿entonces qué pretendes, Samantha? ¿Tal vez darle una despedida como la que acostumbras a ofrecer a tus amantes para que no te olviden nunca? Una igual a la que me diste a mí… —decía cuando ella lo hizo callar con una bofetada que le volteó la cara.

Samantha jadeó y se llevó la mano con la cual le había pegado a la boca, sorprendida ante su propia reacción, sintiendo que el dolor en su muñeca no era nada comparado a aquel que sentía por haber lastimado a Alessandro, intentó tocarlo, pero él le atrapó la mano con fuerza y después la soltó con brusquedad mientras la miraba con rabia.

Capítulo 55

Alessandro sintió que esa bofetada no le azotó el rostro sino el alma, la ira se desató dentro de él cegándolo, se obligó a retener las lágrimas que inundaron sus ojos alejándose de Samantha sin decirle una sola palabra, caminó para abandonar el lugar saliendo directo al salón. Sintió de inmediato cómo todas las miradas se clavaron en su figura, pero las ignoró, siguió de largo hasta el perchero y tomó las llaves de su auto.

Su familia se encontraba reunida allí junto a Diana, Marcello, Jaqueline y Kimberly, que admiraba el blog de los proyectos de arquitectura, que presentaría Paula a finales de semestre, ellos se habían instalado en la casa de los conserjes con el permiso de estos y tenían la libertad para hacer lo que quisieran allí, reían entretenidos en sus cosas cuando lo vieron salir y poco después a la escritora.

—Alessandro, espera… —Salió tras él, tampoco les prestó atención a las miradas de los presentes, solo caminaba en su dirección.

Él ni siquiera se preocupó por volverse a mirarla, abrió la puerta y luego salió del lugar lanzando la hoja de madera con tanta fuerza que los cristales de las ventanas temblaron, le importaba un carajo si se quebraban. Caminó en medio de la lluvia sintiendo apenas el impacto de las gotas gélidas sobre su cuerpo, con largas zancadas llegó hasta el Maserati, antes de abrir la puerta vio el reflejo de Samantha que corría hacia él mientras lo llamaba.

—Alessandro, por favor… espera… yo no quise lastimarte —decía temblando a causa del frío que comenzaba a entumecer su cuerpo, e intentó acariciarle la mejilla enrojecida—. ¿Por qué me dijiste todas esas cosas? —preguntó mirándolo a los ojos y sus lágrimas se confundían con las gotas de lluvia que mojaban su rostro.

Él echó la cara hacia atrás y abrió la puerta del auto sin decirle nada, estaba por entrar cuando Samantha lo tomó del brazo deteniéndolo, se volvió a mirarla y aunque le dolía verla así sabía que no podía quedarse en ese lugar, tenía demasiada rabia dentro de sí, una que nunca antes había sentido y era porque el daño venía de parte de la mujer que amaba.

—Por favor… —Le rogó aferrándose a su brazo.

—Aléjate de mí, Samantha… —dijo con los dientes apretados y aunque no deseaba asustarla, su tono de voz fue amenazador.

Samantha sintió que quien había recibido una bofetada en ese instante había sido ella, deslizó sus dedos del brazo de Alessandro y dejó caer la mano mientras lloraba, se abrazó a sí misma para no quebrarse mientras veía como él se metía al auto y cerraba la puerta sin importarle que ella estuviera a la intemperie, sintió que su corazón se rompía en dos.

Alessandro hizo rodar con fuerza los neumáticos del auto que la lluvia había atascado, mirando hacia atrás para salir, aunque no veía nada por el torrencial aguacero, pero tampoco podía mantener la mirada fija en Samantha porque entonces no saldría de allí y necesitaba hacerlo.

Las luces la alumbraban y pudo verla llorando, mientras intentaba controlar el temblor de su cuerpo envolviéndose en sus brazos. Giró el volante con fuerza innecesaria esforzando el motor del auto y en cuestión de segundos tomaba el camino para salir de la propiedad dejando a Samantha detrás, sintiéndose el peor de los miserables por ello, pero sabía que de quedarse

quizás arruinaría más las cosas, si no lo estaban ya.

∞∞∞

La familia de Alessandro y las demás chicas se encontraban debajo del pórtico sin poder entender lo que estaba ocurriendo, sospechaban que todo tenía que ver con la visita de Dylan. Sin embargo, jamás imaginaron que llegaría hasta ese punto, mucho menos después de ver que Samantha regresaba a la casa y que se mostrara libre de tensión.

—¿Qué demonios le pasó a Alessandro? —preguntó Diana sintiéndose furiosa con su cuñado y estaba por salir a rescatar a Samantha de esa tormenta que podía hacerle daño.

—Lisandro ve a buscarla… se puede enfermar si continúa allí. —Le pidió Emilia a su hijo, mientras sentía el pecho oprimido y sus ojos colmados de lágrimas que estaba a punto de derramarse.

—Esta vez se ganó su buena reprimenda… ve por ella, hijo —señaló también Flavio que no podía reconocer a Alessandro.

Lisandro ni siquiera opinó porque no tenía palabras para justificar lo que acababa de hacer su hermano, sin importar lo que hubiera hecho Samantha, ella era una dama y no podía irse dejándola en medio de ese diluvio, mucho menos cuando decía amarla tanto. Caminó enfrentándose a las pesadas gotas que lo hicieron estremecerse íntegro en cuanto se estrellaron en su cuerpo y se acercó con rapidez a Samantha, la pobre terminaría mínimo con un buen resfriado.

Samantha se encontraba completamente entumecida sin poder creer que su mundo perfecto se hubiera derrumbado de esa manera, pero le costaba mucho más asumir lo que había hecho Alessandro, sentía tanto dolor dentro de ella que ni siquiera la helada lluvia podía hacerla reaccionar, vio la luz de un relámpago iluminar unos instantes todo el lugar y ella alcanzó a ver el auto desplazándose a una velocidad demasiado peligrosa, su temblor se hizo más intenso.

—Samantha, vamos adentro —esbozó Lisandro a su lado mientras la envolvía en sus brazos para darle calor.

—No… Lisandro ve a buscarlo por favor… está lloviendo muy fuerte… y él está demasiado molesto… va muy rápido… le puede pasar algo —decía de manera entrecortada mirándolo con desesperación.

—Samantha, tranquila… no le pasará nada, Alessandro conoce muy bien estos caminos y es muy diestro al volante, mejor vamos a dentro que te puedes enfermar —indicó rodeándole los hombros con un brazo mientras la encaminaba al interior de la casa.

—Yo no quiero que le pase nada… no quiero que le pase nada —repetía en medio de sollozos mientras negaba con la cabeza.

—Sam, ven aquí. —Se ofreció Diana recibiéndola para abrazarla y alejar de su hermana ese frío que la hacía temblar tanto.

Samantha se abrazó a su hermana mientras seguía sollozando, sintiendo el corazón hecho un puño y tanta debilidad que apenas podía mantenerse en pie, quería sacar de su cabeza la imagen de Alessandro dejándola allí botada, quería olvidar lo que ella había hecho en el estudio, necesitaba dejar de pensar y de sentir.

—Vamos a llevarla a la habitación de Paula, necesita quitarse esa ropa mojada —indicó Emilia tratando de solucionar la situación.

—Por favor… vayan a buscar a Alessandro… —pidió Samantha con voz trémula mientras

miraba a sus suegros.

—Yo me encargaré de ello, hija… ahora ve a cambiarte, que estar así puede hacerte daño —mencionó Flavio en tono amable.

—Ven, Sam, no te preocupes, él estará bien —acotó Paula guiando a Diana y a Jaqueline hasta la habitación que ocupaba.

En cuanto entraron a la misma la hermana de Alessandro corrió para poner a llenar la tina con agua caliente, Samantha necesitaba recuperar su temperatura corporal, estaba temblando demasiado. No entendía por qué Alessandro se había mostrado de esa manera, fue como si se convirtiera en otro. Regresó hasta la habitación para decirles que ya la bañera estaba lista y podían pasar a Samantha.

Después de una hora habían logrado calmarla, Emilia le llevó un té y prácticamente la obligó a tomarlo, esperaron que se tranquilizara un poco para preguntarle lo que había sucedido, pero sus palabras se enredaban, solo alcanzaba a decir que habían tenido una discusión, que él le dijo cosas que le dolieron mucho y en reacción a ello le había dado una bofetada, pero que nunca quiso lastimarlo, que lo amaba.

Al final la angustia, el dolor y el té, terminaron por sumirla en un sueño algo intranquilo, Diana y Emilia fueron quienes se ofrecieron a velar que no empeorara, podían casi asegurar que terminaría enfermándose por haber estado durante tanto tiempo bajo la lluvia.

∞∞∞

Lisandro y Flavio se habían encargado de ir tras Alessandro, él había dejado su móvil en la casa, así que no había manera de localizarlo, aunque estaban seguros de que, de tenerlo, tampoco contestaría sus llamadas. Al fin lo encontraron en un bar de Florencia, vieron el auto estacionado afuera del mismo y no les llevó mucho concluir lo que estaba haciendo allí, estaba completamente borracho y apoyado en una mesa en el rincón más lejano del lugar.

Lisandro nunca lo había visto así y no pudo evitar sentir lástima por su hermano, se armó de paciencia y logró sacarlo del lugar casi arrastras, pero le dejó a su padre la tarea de llevarlo de regreso, lo acomodaron en el asiento trasero del auto de su padre, aprovechando que se había quedado dormido, mientras a Lisandro le tocó llevar el Maserati.

Samantha despertó del liviano sueño donde se encontraba al escuchar los motores de los autos que regresaban a la villa, se levantó cuidando de no despertar a Diana que se había quedado dormida a su lado y se acercó hasta la ventana, pudo ver a Emilia que salía en bata a recibirlos, el alivio la llenó de golpe cuando vio el Maserati entrar a la propiedad, pero al ver que quien bajaba del mismo era Lisandro la angustia la invadió de nuevo.

—¿Dónde estás Alessandro? —preguntó en un susurro.

Obtuvo la respuesta de inmediato cuando vio a Flavio y Lisandro sacándolo de la parte de atrás de la *Giulietta Alfa Romeo,* que pertenecía a su suegro, se asustó pensando que le había sucedido algo por la manera en la cual prácticamente lo cargaban, pero de inmediato comprendió que lo que en realidad estaba era borracho. Una sensación de malestar se instaló en ella porque había pasado una noche horrible preocupada por él, mientras el señor se iba a un maldito bar a ahogar sus penas, como si a ella no le hubiera afectado también lo sucedido entre los dos.

Se alejó de la ventana cayendo en cuenta por primera vez que estaba vestida con un suave pijama verde agua, había estado tan mal la noche anterior que ni siquiera notó cuando la cambiaron de ropa, solo por estar angustiada pensando en él. Se digirió hasta el baño

encontrándose con su conjunto de equitación completamente arruinado, lleno de barro y todavía húmedo, la imagen le dolió mucho porque en verdad se había emocionado ante el gesto de su suegra… bueno, decía suegra, aunque ya no sabía si lo seguía siendo, salió de la habitación para despertar a Diana.

—Di, levántate… tenemos que regresar a la casa —susurró para no despertarla de manera abrupta.

—Sam… ¿Qué haces levantada? ¿Cómo te sientes? —reaccionó de inmediato incorporándose en la cama mientras la miraba.

—Estoy bien, no te preocupes, debemos regresar a nuestra casa… tenemos que prepararnos para volver —contestó.

—¿Y Alessandro ya regresó? —inquirió bostezando, mientras se restregaba los ojos para despertarse, solo había dormido un par de horas.

—Sí, lo acaban de traer su padre y Lisandro… está borracho —respondió mientras buscaba en el armario unas pantuflas, las tomaría prestadas y después las devolvería.

—Imagino que no se habrá ido de fiesta —indicó viendo la tensión en su hermana, caminó hasta ella y la abrazó—. Sam no debes angustiarte tanto, yo sé que lo que más te provoca en este momento es ir y reclamarle lo que hizo ayer, la manera en cómo se fue dejándote allí, eso es algo espantoso y estás en todo tu derecho de reprochárselo, pero antes de hacerlo analiza todo con cabeza fría —dijo mirándola.

—Es inútil que intente decirle algo en este momento, no puede ni con él mismo, su padre y Lisandro tuvieron que traerlo prácticamente cargado… y yo tampoco deseo hacerlo, al menos no ahora —señaló sin intenciones de esconder la molestia que sentía.

—Lo mejor es esperar a que las aguas se calmen, ya después hablarán. ¿En serio estás bien? Estuviste mucho tiempo bajo la lluvia anoche —dijo con preocupación mientras le tocaba la frente.

—Me duele un poco la cabeza, pero no es nada del otro mundo, mejor regresemos de que seguro, Jackie debe estar preocupada y ya hemos causado muchas molestias aquí —respondió caminando a la puerta.

Samantha se encontró con Paula que salía de la habitación que ocupaban sus padres y le pidió a ella que les agradeciera, así como que la disculparan por todas las molestias causadas. Pudo ver que ella se mostraba apenada por la actitud de Alessandro, pero le hizo saber que todo estaba bien y abandonó la casa en compañía de Diana.

La rabia que sentía la mantenía controlada, dándole las fuerzas para no derrumbarse y ponerse a llorar delante de su hermana, podía sentir la insistente mirada de Diana sobre ella pensando quizás que de un momento a otro se derrumbaría y empezaría a llorar, pero había pasado mucho tiempo sufriendo en silencio para no haber aprendido a manejar situaciones como esas. A la primera persona que vio cuando entró a la casa fue a Dylan de pie en el salón, su rostro se encontraba demacrado y mostraba las huellas del trasnocho, al parecer él tampoco había dormido.

—¿Cómo estás? —preguntó Dylan acercándose a Samantha.

—Hola, bien… —contestó un poco desconcertada por esa pregunta tan directa, pero al ver sus ojos supo que estaba al tanto de lo ocurrido.

Cerró los ojos un instante sintiéndose demasiado avergonzada para mirarlo a la cara, seguramente él y todos los demás habían presenciado cómo Alessandro la dejó tirada en medio de la lluvia, sin importarle que le estuviera implorando que se quedara, apretó con fuerza los párpados para no dejar escapar las lágrimas y los labios para retener un sollozo, cuando el peso

de sentirse tan humillada la aplastó.

Dylan pudo ver claramente el dolor en Samantha y le fue imposible quedarse allí sin hacer nada, se acercó a ella para abrazarla, intentar reconfortarla de algún modo. La sintió temblar en cuanto sus brazos la envolvieron y la apretó con más fuerza para evitar que se derrumbase, mientras le dejaba caer besos cargados de ternura en la coronilla.

—No llores… no llores, princesa —susurró y le tomó el rostro entre las manos para mirarla a los ojos, al tiempo que deslizaba sus pulgares por las mejillas de Samantha para retirar las gruesas lágrimas.

Ya no la amaba, tenía la certeza de eso, pero por Dios que le dolía demasiado verla así, sobre todo por saber que de un modo u otro él había sido el responsable de la discusión que tuvo con el actor.

Samantha cerró los ojos de nuevo, no quería que Dylan la viera de esa manera, completamente derrotada y perdida. Se había mostrado tan feliz el día anterior, hablándole de lo bien que le hacía estar junto a Alessandro y asegurándole que él la hacía feliz, diciéndole todo eso para que no se sintiese cohibido de darse una oportunidad con Julianne, casi le aseveraba que así como ella era feliz él también lo sería; seguramente estaría pensando que le había mentido, que Alessandro era un patán y que ella solo estaba con él porque se había vuelto una mujer estúpida, dependiente, cegada solo por su porte sensual, deslumbrada por la gran estrella en la cual se había convertido.

Y quizás eso era lo que en verdad le ocurría, a lo mejor solo estaba hechizada por un Alessandro que no existía, sollozó de nuevo con tan solo imaginar que algo así pudiera ser real y movió su cabeza negándose a creerlo, él la amaba, se lo había dicho, se lo había demostrado, él la amaba y no quiso herirla, no quiso… pero lo hizo ¡Lo hizo! Hundió el rostro en el pecho de Dylan y no pudo evitar abrazarse a él, sintió que si no lo hacía caería en ese abismo que se abría bajo sus pies.

∞∞∞

Alessandro había pasado una de las peores noches de su vida, solo el alcohol logró nublarle la razón y alejar de su cabeza lo que había hecho, mientras conducía hacia Florencia no dejó de reprocharse un solo instante haber dejado a Samantha de esa manera, e incluso estuvo a punto de regresar a la villa para hablar con ella y pedirle perdón. No supo qué demonios le había sucedido para hablarle así, los celos lo habían cegado al grado que terminó diciéndole cosas que no debía, cosas de las cuales se arrepentiría toda su vida y que ella no merecía.

Cuando despertó en su cama se sintió desorientado y con un dolor que amenazaba con hacerle estallar la cabeza de un momento a otro, giró para mirar a través de la ventana y ya el sol se encontraba en lo alto, el ambiente dentro de la habitación se sentía húmedo provocándole una sensación de sofoco, que le hacía difícil respirar. Volteó de nuevo la cabeza hacia la puerta, cuidando de hacerlo despacio para no acrecentar el dolor, cuando la escuchó abrirse y vio entrar a su madre.

—Qué bueno que estás despierto, te traje esto para que te recuperes, necesitas levantarte de esa cama enseguida —mencionó colocando sobre una mesa la bandeja con el caldo que le preparó.

—Madre, yo… —Intentó decir, pero ella lo calló.

—No perdamos el tiempo en explicaciones, Alessandro, ya tendrás tiempo para eso, ahora

siéntate para que te tomes esto y después vayas a buscar a Samantha para hablar con ella —indicó ocupando la silla que corrió para quedar junto a la cama y lo miró a los ojos.

—No tengo hambre…

—Alessandro Franco, come —ordenó acercándole una cuchara rebosante de caldo de costilla, incluso eso tuvo que pedirle a Tina.

—Está bien, déjeme hacerlo a mí… ya no tengo cinco años —comentó tomando en sus manos la taza para beberla.

—¿Por qué te pusiste así? —Emilia no pudo evitar interrogarlo.

—Por estúpido —mencionó desviándole la mirada a su madre, sintiéndose muy apenado por su reacción.

—Sí, eso es evidente —señaló ella y su hijo la miró sorprendido, estaba molesta con él, pero se había prometido ser comprensiva—. No es eso lo que pregunto, Alessandro, sino ¿qué te llevó a portante de esa manera? —inquirió mirándolo a los ojos.

Él comenzó a explicarle lo sucedido sintiendo que la vergüenza lo hundía cada vez más, se había portado como un verdadero imbécil con Samantha, y en ese momento teniendo la cabeza despejada podía ver el grado de daño que le había hecho a la mujer que amaba, eso despertó en él la imperiosa necesidad de buscarla y pedirle perdón.

Dejó la sopa por la mitad entregándosela a su madre y salió de la cama con rapidez, por suerte estaba vestido, seguro Lisandro lo había ayudado a bañarse y le había puesto el pantalón de pijama que llevaba. Se dirigió hasta el baño para darse una ducha pues aún podía sentir que su transpiración despedía un fuerte olor a alcohol, ni siquiera supo cuánto llegó a tomar para terminar como lo hizo, sin ser consciente de nada de lo que aconteció después de la tercera botella de vino.

∞∞∞∞

Samantha miraba a través de la ventana el hermoso paisaje que le regalaba la Toscana, comenzaba a pintarse de hermosos tonos en marrón y naranja que anunciaba el otoño. Dejó libre un suspiro cerrando los ojos al recordar, que exactamente hacía cuatro años ella se sentía en la misma situación en la que se encontraba en ese momento, y no podía evitar que el corazón se le rompiese en cada latido al comprobar que una vez más se había lanzado al vacío confiando en una quimera… en Alessandro.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —preguntó Jaqueline mirando la espalda de su amiga, consciente de cuánto sufría.

—Es lo mejor, Jackie —respondió simplemente sin volverse a mirarla.

—Sigo pensando que deberías hablar con él… —decía y detuvo sus palabras cuando vio que Samantha se volvía.

—Ya no tiene caso… además ¿para qué lo voy a hacer? ¿Para qué me humille de nuevo como lo hizo anoche? —inquirió mostrando su dolor y todo el resentimiento que se había acumulado en ella—. Si de verdad él estuviera arrepentido ya habría buscado la manera de hablar conmigo, en otra época sabes perfectamente que ni siquiera me hubiera quedado a esperar… Sin embargo, lo he hecho, Jaqueline, pero a Alessandro no parece importarle, así que ¿qué me demuestra con esto? —cuestionó.

—Quizás está esperando que los ánimos se calmen, Samantha debes intentar ponerte en sus pies. Piensa lo que hubieras sentido tú si es Romina Ciccone quien hubiera llegado y te enteras

de que va a pasar la noche bajo el mismo techo de él —expuso mirándola a los ojos.

—Me hubiera enfurecido y le habría reclamado es cierto, pero no lo hubiera tratado como él lo hizo conmigo, dijo que me acostaría con Dylan para darle una especie de premio de consolación, y además que acostumbraba a hacerlo ¿cómo esperabas que reaccionara ante eso?

Se interrumpió sintiendo que una vez más la sangre en sus venas hervía ante la rabia y la impotencia que sentía, liberó un suspiro, el capítulo estaba cerrado, ya no podía decir que no se dio una oportunidad y que lo entregó todo para que su relación con Alessandro funcionara. No resultó así, bueno debía seguir adelante con su vida, cada uno concentrado en lo que debía, después de todo lo suyo parecía no poder vivir más allá de un amor de verano.

Jaqueline la vio sintiéndose en verdad triste, no podía entender cómo una vez más ellos dejaban que el orgullo y los malos entendidos los separasen, le daba tanta rabia ver lo ciegos que estaban que tomó su bolso y caminó para salir de allí, no se quedaría para presenciar cómo Samantha dejaba escapar su felicidad otra vez.

—Iré a verificar que hayan recogido todo —mencionó abriendo la puerta, pero antes de salir habló de nuevo—. Ambos se van a arrepentir toda su vida de lo que están haciendo, pero se lo merecen porque son unos cabezas dura, les vale más el orgullo que el amor que sienten… se suponía que habías aprendido la lección, Samantha, pero veo que no.

Su reproche era duro y directo, después de eso quizás su amiga también se molestará con ella, hasta podía perder la relación de doce años de amistad que tenían, pero no podía quedarse sin decir nada al ver la gran equivocación que estaba cometiendo, le dolió ver que Samantha ni siquiera se inmutaba y salió del estudio.

—Yo lo di todo, Jaqueline… lo di todo, pero no puedo dejar que él me cambie, no puedo perder mi esencia y lo que soy solo para complacer a Alessandro Bonanzierri —susurró más para ella misma.

∞∞∞

Paula llegó hasta la casa que estaban ocupando junto a Alessandro y subió las escaleras corriendo, tropezando con Lisandro en el pasillo, su hermano la salvó de caer al piso sujetándola por los hombros.

—¡Hey! ¿Por qué estás así? —preguntó viéndola tan agitada.

—Necesito… ver a… Alessandro —respondió de manera entre cortada por el esfuerzo físico que había realizado.

—¿Qué sucedió ahora? —inquirió exasperado, sin saber que esperar, iba a terminar loco.

—Samantha… Samantha se va —contestó mirándolo a los ojos.

—¡Carajos! Pero… ¿Será posible? Estos dos nos van a mandar al psiquiátrico, con razón tienen las profesiones que tienen, les gusta el drama —indicó viendo a su hermana—. Está con mamá, vamos a decirle para que reaccione y haga algo o si no, esta vez sí la perderá —agregó caminado con ella en dirección a la habitación de su hermano.

Estaban por abrir la puerta cuando Alessandro la abrió y casi chocaron los tres, se miraron unos segundos desconcertados, hasta que Paula se ubicó en el momento y fue quien primero habló.

—Aless… Samantha recogió todas sus cosas y está a punto de marcharse, fui a verla para saber cómo seguía porque anoche estaba muy mal y cuando vi a Diana con unas maletas le pregunté. Me dijo que regresarían a Roma con el equipo de producción… —decía, pero su

hermano no la dejó siquiera terminar.

Alessandro salió corriendo y bajó las escaleras con la misma rapidez, atravesó el jardín sin preocuparse por las miradas que lo veían con desconcierto, entró a la cocina encontrándose con parte del personal que charlaba animadamente, todos felices de poder al fin retornar a sus hogares, pero en cuanto lo vieron en ese estado se quedaron perplejos.

—¿Dónde está Samantha? —preguntó olvidándose incluso de las normas de educación, en ese momento solo pensaba en ella—. Necesito hablar con ella… —pronunció desesperado y se disponía a salir cuando Jaqueline entró por la puerta que daba al salón.

—Está en el estudio… y será mejor que te apresures pues Gary está desesperado por irse —contestó a sus palabras mientras lo miraba a los ojos y antes que Alessandro saliera lo tomó por el brazo—. Más te vale que esta vez hagas las cosas bien porque está furiosa contigo y tiene muchos motivos para ello… así que ármate de paciencia porque la vas a necesitar —decía soltándolo, pero antes de verlo salir agregó algo más—. Ah, y que sea la última vez que la tratas así… hablo enserio, Alessandro, Samantha es como una hermana para mí y soy capaz de defenderla de quien sea, ¿está claro? —preguntó mirándolo a los ojos.

—Está claro —confirmó asintiendo y salió para ir hasta el estudio.

Cuando entró, Samantha se encontraba de espaldas mirando por el ventanal, sintió unos deseos enormes de acercarse a ella y abrazarla, aferrarse con tanta fuerza que nada los separase; pero sabía que debía reparar antes lo que había hecho, se acercó muy despacio y a mitad de camino ella se volvió al sentir seguramente su presencia, le dedicó una mirada fría y después regresó su mirada al ventanal ignorándolo.

—Samantha… preciosa, necesito que hablemos, por favor necesito que me perdones por… —esbozaba cuando ella comenzó a caminar para salir del estudio sin responderle. Él la siguió para impedir que abandonara ese lugar antes de escucharlo, la tomó del brazo deteniéndola—. Dame al menos la oportunidad de… —decía cuando ella se soltó con brusquedad de su agarre y lo miró con rabia.

—Aléjate de mí, Alessandro —exigió en el mismo tono que usó la noche anterior y continuó con su camino.

—Samantha… por favor —pidió una vez más siguiéndola, sabía que eso no sería fácil y que ella buscaría pagarle del mismo modo, pero eso no evitaba que le doliera su indiferencia.

La detuvo justo antes que saliera del estudio y cerró la puerta pasándole el pestillo, no la dejaría ir a ningún lado sin haberle dicho todo lo que sentía y haberla convencido de que se quedara a su lado, esta vez su final sería distinto, eso podía jurarlo.

—Déjame salir, Alessandro —le ordenó e intentó alcanzar la manilla de la puerta, pero él se lo impidió jalándola hacia atrás.

—Olvídalo y vas a escucharme lo quieras o no, Samantha —sentenció mientras la miraba a los ojos y la tomaba por los brazos.

—¡Alessandro suéltame! Vas a hacerme daño —pronunció forcejando con él para liberarse, sentirlo tan cerca la descontrolaba.

—Lo siento… preciosa, lo siento… Samantha lo único que deseo es que me escuches —pidió buscando su mirada, pero ella le rehuía.

—¿Acaso tú me diste la oportunidad de hacerlo anoche? ¡Pues no, Alessandro! las cosas conmigo o son equitativas o no son, yo no voy a estar exponiéndome para que tú me humilles cada vez que se te antoje, lo que hiciste ayer me dolió muchísimo, y si cada vez que tengamos un problema tú vas a salir huyendo para emborracharte, dejándome como lo hiciste entonces prefiero que acabemos esto aquí —dijo con firmeza al tiempo que le mantenía la mirada.

—¡No! no acabaremos nada… Samantha, por favor, comprende que lo hice para no empeorar las cosas, ambos estábamos muy ofuscados… y si seguíamos tal vez hubiéramos terminado diciendo o haciendo cosas que más adelante nos dolerían mucho más —expuso intentando controlar su tono para no lucir como un desesperado.

—¿Más? ¿Y es que acaso hubieras hecho algo que me doliera más que la manera en cómo me dejaste? —inquirió furiosa y asombrada.

—No olvides que tú también me lastimaste, Samantha ¿o piensas que haberme abofeteado no me dolió? —preguntó mirándola.

—Te lo merecías por insinuar que planeaba acostarme con Dylan, eso fue tan estúpido de tu parte… Me ofendiste ¿y pretendías aun así que no reaccionara? —cuestionó de nuevo alejándose de él—. ¿Sabes qué? Ya déjame en paz, tú y yo no compaginamos, Alessandro, siempre estamos discutiendo, tú no confías en mí y además quieres cambiarme, quieres que me amolde a ti y a tus exigencias como si fuera una marioneta que puedes manejar a tu antojo… —decía completamente ofuscada.

—Samantha… ¿De qué hablas? —preguntó él desconcertado.

—Hablo de lo que tú me haces sentir —dijo golpeándole el pecho con un dedo—. De eso hablo… yo estoy dispuesta a dejarte ser quien desees, apoyarte en todo, sin coartar tu libertad un solo instante y nunca he intentado obligarte a nada —pronunció dejando libre sus lágrimas.

—Samantha… yo nunca he intentado —decía cuando ella lo calló.

—Quizás no lo has hecho de manera directa… pero ese afán tuyo por querer controlarlo todo me está asfixiando. ¿Sabes por qué te amo? —preguntó, pero no esperó una respuesta de él—. Porque se supone que contigo puedo ser yo, que solo a tu lado siento la libertad para expresar lo que siento sin sentir temor a ser juzgada… y odio cuando intentas alejar de mí esa libertad que me brindas, si tan solo comprendieras que no necesitas exigirme ni presionarme para que te entregue algo que ya es tuyo… si tan solo me dejaras volar —expresó en medio de un llanto amargo y al ver que él se quedaba en silencio aprovechó para salir.

Alessandro se quedó allí analizando las palabras de Samantha y buscando dentro de su cabeza esos momentos en los cuales, él la había hecho sentirse de esa manera, no podía entender en qué había fallado pues hasta ese instante siempre la había tratado bien, dándole su espacio para escribir, escuchándola, amándola con locura… ¿En qué había fallado? Se preguntó sintiéndose frustrado y molesto.

De inmediato nuevos recuerdos comenzaron a llenar su cabeza, su decisión de ir hasta las audiciones había sido impulsiva es verdad, y no le había consultado a ella primero, no intentó comunicárselo aun teniendo los medios para hacerlo, pero quería sorprenderla y hacerle ver que había dado ese acto de fe que le pidió, ella no podía estar reprochándole eso. ¿Acaso fue por seguirla hasta Chicago? ¿Exigirle que dejara a Dylan Howard apenas se reencontraron? Bueno eso podía entenderlo y su madre le había hecho ver que la había presionado mucho… pero… ¿Dónde estaba lo demás? No pensó que le molestaría que le pidiera que se mantuviera lejos de Gary Reynolds… aunque varias veces le dijo que la dejara manejar la situación, que confiara en ella… y él siempre insistió en intervenir. Cerró los ojos comprobando que en verdad había sido un imbécil, ella ni siquiera le hizo ver una sola vez sus celos por sus escenas con Kimberly, solo se limitaba a dejarlo actuar sin hacerlo sentir presionado o incómodo por tenerla presente. Así como esas, varias de sus acciones se fueron presentando con claridad dándole bases a los reclamos de Samantha, se llevó las manos al cabello sintiéndose perdido.

El sonido del motor de un auto lo sacó de sus cavilaciones y un miedo atroz lo invadió al pensar que Samantha podía haberse marchado, sabía que si algo como eso ocurría perdería toda

oportunidad de tenerla a su lado, salió del estudio corriendo y por fortuna la vio caminando hacia el auto donde ya la esperaba el malnacido de Gary Reynolds mostrando una sonrisa de triunfo, y para amargar más su existencia también estaba Dylan Howard esperando por ella, pensó de inmediato en decir algo que la hiciera quedarse, que atrapara su atención y le diera la oportunidad que le estaba pidiendo, en un segundo las palabras que no dijo cuatro años atrás colmaron su cabeza y supo que debía decirlo.

—¡Samantha! —exclamó y su voz dejó claro que eso era un ruego—. La nota que te dejé en aquella maleta, junto a las fotografías hace cuatro años decía… —Alessandro se detuvo a la espera de que se volviera a mirarlo al menos, quería decirle esas palabras viéndola a los ojos.

Samantha sintió todo su mundo tambalearse al escuchar su voz y buscó la fortaleza en su interior para no dejarse llevar una vez más, sentía que iba a terminar loca si Alessandro no dejaba de torturarla de esa manera, cerró los ojos para escapar de la sensación que la azotaba.

—Sam… escúchalo —pidió Dylan en un susurro mientras la miraba. Ella abrió los ojos mostrándole todo el dolor y la confusión que había en su alma, él le dedicó una sonrisa para animarla—. Si yo estuviera en su lugar esperaría que la mujer que amo me diera la oportunidad de mirarme en sus ojos… aunque fuera una última vez —agregó con la voz ronca.

Samantha asintió, aferrándose a una última esperanza de salvar ese sentimiento que se había convertido en su mundo, se volvió lentamente para mirar a Alessandro y aunque su corazón estaba lleno de mucho dolor, verlo parado allí fue como vivir un dejavú que iluminó todo su universo, esperaba aquellas palabras que años atrás él no le dijo, las mismas que quizás le hubiera ahorrado tantos sufrimientos.

Alessandro esperó paciente por Samantha, ignorando la espantosa sensación que se apoderó de su estómago al ver que Howard le decía algo, quizás estaba pidiendo que no le prestara atención, que lo dejara allí. Pues no le importaba, aunque eso ocurriera él caminaría hasta ella y le diría eso que durante cuatro años estuvo guardado en su pecho. Cuando Samantha se giró para verlo todo cambió y su mundo se pintó de colores de nuevo, ella le daba una oportunidad más, juraba por Dios que la aprovecharía, dio un par de pasos para acercarse, pero no tanto para no hacerla sentir presionada.

—***Me muero por pedirte que te quedes y asegurar que puedo darte todo lo que deseas, pero no me atrevo a hacerlo porque estaría siendo egoísta, estaría limitándote y la verdad es que me encanta verte volar. Tampoco me animo a decirte que yo iré contigo a donde me pidas, me falta el valor para cambiar mi vida de esa manera… y más que eso, temo que termines decepcionándote de quien soy fuera de este lugar… Samantha, te juro que daría todo lo que soy y lo que tengo por ser el hombre que deseas tener en tu vida, porque tú eres la mujer que yo deseo en la mía… pero el destino no nos jugó limpio y debo dejarte ir, solo te pido que no me olvides… yo te prometo que no te olvidaré. Gracias por salvarme… Alessandro*** —mencionó con la voz trémula y las lágrimas corriendo cuesta abajo por sus mejillas, sintiéndose tan expuesto, como nunca lo había estado, ni siquiera la primera vez que le dijo que la amaba.

El silencio que envolvió el lugar era abrumador, todos los presentes parecían estar conteniendo la respiración, sus corazones latían agitados a la espera de una respuesta por parte de Samantha o de lo que pudiera hacer Alessandro, la tensión que los embargaba era tal, que incluso aquellos que no estaban al tanto de la relación se encontraban casi temblando, a la espera del desenlace de ese episodio.

Samantha no podía definir la emoción que la recorría, una mezcla de alegría, dolor, rabia, impotencia y amor corría por sus venas y desbocaba sus latidos, mientras las lágrimas bajaban con total libertad por sus mejillas. De pronto sintió cómo un sollozo rompió toda barrera

haciendo que soltara el aire de golpe, apenas sintió cómo Dylan le quitaba el bolso con su portátil del hombro, al tiempo que ella se ahogaba en los ojos azules y acuosos de Alessandro que le gritaban que la amaban, mientras le pedían que no dejara morir el amor que compartían.

Todo lo demás desapareció y en ese lugar solo quedó Alessandro, dentro de ella la necesidad de dar también un salto de fe, la llevó a correr hasta él mientras sus piernas temblorosas le hacían imposible de acortar la distancia entre los dos, y le parecieron horas en lugar segundos el tiempo que le había tomado poder fundirse en un abrazo. Su boca buscó la de Alessandro, se unió a él en un beso ardoroso, desesperado, un beso profundo y completo que les aseguraba que ya no habría más despedidas.

Alessandro la envolvió entre sus brazos con tanta fuerza que casi estaban a punto de volverse un solo ser, no quería que Samantha se alejara de él una vez más, la quería para toda la vida, como su amiga, su amante, su compañera, la quería siendo suya y también siendo libre. Le acunó el rostro con las manos para mirarla a los ojos y habló de nuevo.

—Ya no voy a ser el mismo cobarde de antes, esta vez estoy dispuesto a demostrarte que lo eres todo para mí, Samantha Steinberg, iré a donde tú quieras que vaya, te seguiré y me quedaré a tu lado… porque nunca he sido tan feliz como lo fui junto a ti… como lo soy junto a ti —expresó sintiendo que el corazón le latía muy de prisa.

—Alessandro, no me sueltes nunca más, no me dejes ir… nunca me dejes ir, porque nunca he sido tan feliz como lo soy contigo… tú eres el cielo donde quiero volar, no existe otro… no quiero ningún otro —pronunció ahogándose en los ojos mar y lo besó una vez más.

Ambos estaban dejando sus sentimientos en libertad, entregados al amor y la pasión que los había hecho unirse años atrás y los mantendría así para siempre, porque ese era el pacto.

De pronto una ola de aplausos se apoderó del lugar sacándolos de la burbuja que los envolvía, ellos se sintieron extraviados pues se habían olvidado por completo de las personas a su alrededor. Alessandro supo que necesitaban privacidad, ese era el momento que había estado esperando desde hacía mucho y aunque no sería de manera tradicional, lo que importaba era el sentimiento, vio que Jacopo sostenía las riendas de Misterio, se había quedado a mitad de camino de llevarlo al tráiler, se acercó al hombre que entendió de inmediato lo que deseaba y le aproximó a su caballo.

—Aless. —Emilia lo llamó y le entregó un sobre que llevaba en las manos mientras le sonreía—. Toma, es el momento para que se lo des.

Él asintió con una gran sonrisa recibiéndolo, caminó hasta Samantha y la montó sobre el lomo del corcel, pudo ver su mirada llena de curiosidad, pero no le reveló nada, solo se subió con un movimiento ágil sobre el animal y lo animó a que se los llevara de allí al galope.

Capítulo 56

Misterio corría a través de las extensas llanuras de la Toscana como si apenas fuera consciente del peso de las dos personas que llevaba encima, mientras la brisa desordenaba la espesa crin negra que lucía reluciente bajo los intensos rayos del sol de media tarde. Alessandro lo apuraba buscando alejarse de la villa tan rápido como le era posible, sentía que debían dejar libre las palabras que tenían dentro del pecho.

El hermoso campo de girasoles se mostró ante los ojos de Samantha con toda su belleza, era casi irreal justo como lo que estaba viviendo en ese momento. Sin embargo, sentir la poderosa presencia de Alessandro envolviéndola, su respiración agitada y el roce de sus brazos mientras sostenían las riendas de Misterio, le confirmaban que, así como ese campo era verídico, todo lo demás también lo era.

Alessandro fue bajando el trote de su caballo a medida que se acercaban al lugar que se había convertido en su refugio, le había entregado el sobre a Samantha para que ella lo sostuviera y evitar perderlo. Cuando llegaron, él fue el primero en bajar para después tomarla a ella por la cintura y ponerla de pie, la tomó de la mano dedicándole una amplia sonrisa, mientras caminaban a ese espacio que siempre ocupaban y que tantas veces fue testigo de sus entregas, ocultándolos del mundo.

—Ábrelo —le pidió Alessandro antes de que se sentaran.

—¿Qué es? —preguntó destapando el sobre, al tiempo que lo miraba a los ojos para ver si podía descubrir algo en su mirada.

—Dejaré que seas tú quien lo descubra —contestó sonriendo.

Samantha sacó varias hojas de lo que parecía ser un documento notarial por el papel donde estaba escrito, miró a Alessandro antes de comenzar a leer, pero sus ojos no le decían nada, aunque brillaban haciendo el azul más intenso. Ella sonrió sintiéndose nerviosa y paseó su mirada por las primeras líneas, tal como sospechó era un registro notarial y a medida que avanzaba sus manos temblaban más, mientras sus ojos se abrían sin poder dar crédito a lo que estaba leyendo.

—¡Oh, por Dios! No puedo… Alessandro, esto es… es —se interrumpió llevándose la mano a los labios y sus ojos se movían con rapidez por las líneas, releyendo para comprobar que había leído bien.

—Sigue leyendo —mencionó él, intentando ver por dónde iba.

Samantha sintió que el corazón le saldría del pecho cuando vio escrito su nombre en el documento, junto al de Alessandro y comenzó a llorar, se secaba las lágrimas con rapidez para evitar que cayeran en el papel, buscó la mirada de Alessandro de inmediato intentando que la suya le dijera lo que estaba sintiendo, pues su voz había desaparecido y el cúmulo de lágrimas que se habían formado en su garganta, la limitaba aún más, pudo ver que sus hermosos ojos azules estaban cristalizados por contener el llanto, dejó escapar un suspiro tembloroso.

Alessandro sentía que el corazón le latía pesadamente, mientras se ahogaba en la mirada de Samantha y le pedía que lo aceptara, aunque recordó que aún no había formulado la pregunta más importante, así que mostrando la mejor de sus sonrisas fue bajando lentamente hasta quedar de rodillas ante ella y le tomó una de las manos.

—¡Oh, cielo santo! —expresó Samantha sollozando, más lágrimas rodaban gruesas y cálidas por sus mejillas, su mirada se ancló en la de su novio mientras el corazón parecía tener los latidos de un colibrí.

—Samantha… —esbozó y se aclaró la garganta tragando para pasar el nudo que la cerraba, entrelazó sus dedos a los de ella—. ¿Me harías el honor de ser mi esposa y compartir este paraíso conmigo? —preguntó con la voz ronca, con el corazón abierto de par en par.

Ella asintió varias veces con la cabeza mientras sonreía en medio de lágrimas, sintiendo que apenas podía creer que todo eso estuviera sucediendo y justo allí, en medio de ese mundo que ellos habían creado y que era suyo, que a partir de ese momento era verdaderamente suyo, vio las intenciones de Alessandro de ponerse de pie y antes de que él lo hiciera ella se puso de rodillas para quedar a la misma altura de él.

—Alessandro… amor, apenas puedo… respirar, no sé… no sé cómo expresarte lo que siento —decía con voz trémula mientras lo miraba, él dejó ver una hermosa sonrisa y apoyó la frente sobre la suya—. Quiero que siempre estemos así, de pie… de rodillas o acostados… siempre iguales, como las dos partes de un todo —expresó temblando y dejando que las lágrimas corrieran con libertad.

Alessandro la abrazó con fuerza igual como lo hiciera minutos atrás, era uno de esos abrazos de los que amarraban de por vida. Samantha creía que la felicidad completa era lo que tuvo cuatro años atrás junto a él, o los meses pasados; en ese instante supo que el sentimiento crecía, que la felicidad se hacía cada vez más grande, más perfecta y era tan inmensa que no se podía encerrar en un espacio, ni en un tiempo, ni siquiera podían hacerlo dentro de ellos porque los rebasaba.

Él deslizó sus manos hasta el cuello de Samantha y atrapó su boca en un beso intenso, deslizando su lengua sobre la de ella, gimiendo al sentir que le correspondía de igual manera, la pegó a su cuerpo haciendo que todo espacio entre ellos desapareciera, al tiempo que sentía las manos de Samantha darle una suave caricia en la espalda, sintiendo además que aún tenía en sus manos las escrituras de la villa. Poco a poco fueron bajando hasta quedar tendidos sobre la hierba, sin dejar de besarse y acariciarse, gimiendo mientras sus cuerpos despertaban a la pasión.

Ella dejó el documento de lado dentro del sobre y comenzó a desnudar a Alessandro, lo deseaba con la misma intensidad de siempre, como solo se desea al hombre que se ama; sentía las manos de él encargarse de sus prendas también y el calor en su piel aumentaba a cada instante, gemía mientras intentaba llevar el ritmo de los besos que le daba Alessandro y la ansiedad hacía estragos dentro de su cuerpo.

Sus encuentros en ese lugar siempre habían sido con premura, pues el tiempo corría en su contra cada vez que lograban escaparse, pero en ese instante ya no tenían por qué esconderse, al fin les habían gritado a todos que se amaban, incluso desde hacía mucho tiempo. Sin poder contener sus emociones dejaron ver que Rendición era su historia, o al menos muchos llegarían a esa conclusión después de haber presenciado la declaración de Alessandro.

Tenían todo el tiempo del mundo para amarse, podían decir que sus vidas comenzaban en ese instante y él se lo demostró, recorrió con sus labios todo el cuerpo de Samantha, dejando caer besos que la hacían estremecer por la devoción y el amor con la que los daba. Sus manos acompañaban el roce de sus labios recorriendo cada rincón, adorando a la diosa que lo había conquistado, y que sería suya para toda la vida.

—Te amo… te deseo… lo eres todo para mí, Samantha —decía dejando caer besos en los senos, disfrutando de ver los pezones rosados y erguidos, deslizó su lengua por uno—. Te voy a adorar toda mi vida.

—¿Soy la mujer de tus sueños? —preguntó con una sonrisa.

—No… eres la mujer de mi realidad y eso es mucho mejor —susurró contra los labios de ella y al verla compartió la hermosa sonrisa que le entregó, mientras acariciaba el cuerpo de su mujer con el suyo.

No había nada más maravilloso y excitante que saberla verdaderamente suya y poder expresarlo libremente, su mundo giraba más de prisa, tenía un sentido diferente, como si todo fuera más vivo e intenso, así se sentía el amor.

Samantha mantenía los ojos cerrados para que los intensos rayos del sol no hiriesen sus pupilas, mientras su cuerpo parecía estar suspendido en el aire, sostenido solo por el amor que Alessandro le entregaba y la envolvía por completo, sintiendo sus besos, sus caricias. Todo era tan maravillosamente perfecto y placentero, pudo sentir cómo sus besos se concentraban en su vientre, haciéndola arquearse mientras gemía, sus ojos se abrieron de golpe cuando la lengua tibia, húmeda y ágil se apoderó de su intimidad con caricias lentas, profundas.

—Mi amor… —esbozó ella después de un suspiro, su mano salió en busca de Alessandro y se enredó en el sedoso cabello castaño.

Él se había sumergido en el paraíso entre las piernas de Samantha y solo era consciente de lo placentero que le resultaban cada uno de los gestos que ella le entregaba, esos temblores cuando deslizaba su lengua sobre el tenso clítoris, los gemidos al deslizar sus dedos, muy profundo en su interior y después los sacaba impregnando con su esencia esos labios carnosos, rosados y suaves que le encantaba besar tanto como a los otros.

—Cada espacio de tu cuerpo… es hermoso… perfecto —susurraba entre besos, suspirando completamente extasiado—. Samantha, quiero beberte toda —expresó rozando los labios con su lengua. Con el pulgar de una mano presionó con suavidad su nudo de nervios y con la otra, acariciaba su ano, deslizando lentamente un dedo en su interior. Ella empezó a temblar.

El amor y el éxtasis hicieron de las suyas en el cuerpo de Samantha, llevándola a ese cielo maravilloso donde solo volaba junto a Alessandro. Algo dentro de ella le decía que eso sería para siempre, ya no habría más despedidas, ni soledad, ni reproches. Él la inspiraría, él sería su motivo para despertar todas las mañanas con una sonrisa, la vida le estaba dando más de lo que alguna vez soñó y lo que más quería era vivirlo a plenitud.

Después de unos minutos la consciencia regresaba a ella, podía sentir a Alessandro recorriendo con besos su cuerpo, dándole tiempo para disfrutar de ese exquisito orgasmo que le había regalado, comenzó a acariciarlo y deseosa de darle lo mismo, se movió para tumbarlo sobre su espalda, le dedicó una sonrisa cuando él la miró complacido.

—Yo también quiero adorarte con mi cuerpo, con mis manos, con mi boca… —expresó deslizándose sobre él, rozando sus senos con el pecho fuerte y sudado, aspirando su aroma, probando su sabor—. Tú también eres hermoso y todo en ti es perfecto… eres mi hombre ideal —agregó con una gran sonrisa al ver la sorpresa reflejada en su mirada.

—Pensé que no creías en ellos —indicó acariciándole las nalgas.

—No lo hacía… hasta que tú me hiciste el amor y me demostraste que eras todo lo que deseaba en la vida, que eras mi hombre perfecto —esbozó llena de felicidad y le dio un toque de labios.

Después bajó a su cuello, dejando caer una lluvia de besos intercalados con roces tibios y húmedos de su lengua, disfrutando de los gemidos y los suspiros que él le entregaba mientras le acariciaba con sus perfectas manos la espalda, continuó descendiendo hasta llegar a la maravillosa hombría que le mostraba una orgullosa erección, haciéndole una invitación a la cual no pudo resistirse y de inmediato sus labios se apoderaron de ella, lamiendo con lentitud

mientras la tenía dentro de su boca y después succionando con mayor ímpetu cuando llegaba hasta la cima, cerrando sus labios sobre ese apetitoso glande, que le había enseñado lo placentero que le resultaba también a ella complacerlo de esa manera, queriendo siempre darle más y justo así lo llevó al borde del orgasmo, se detuvo para hacerle una petición.

—Hazme tu mujer, Alessandro… desde este momento quiero sentirme la señora Bonanzierri —susurró contra los labios de su hombre.

Alessandro casi estalló de la emoción, le hizo el amor a Samantha sintiéndola suya, no hacía falta que ella tuviera un anillo, o que alguna autoridad los hubiera declarado marido y mujer; deseaba casarse, pero lo que sentía dentro no necesitaba de testigos, ni firmas. Lo que le hacía sentir le bastaba para saber que eso era lo único que necesitaba para ser feliz, con esa certeza el orgasmo se lo llevó, haciéndolo volar en ese cielo abierto, siendo parte de la dueña de su vida.

∞∞∞∞

Después de la partida de Alessandro y Samantha, todos en la villa habían quedado como sumidos en un sueño, la mayoría de ellos felices por la pareja, otros poniéndose al tanto entre murmullos de la verdadera historia que había detrás de ese romance y sintiendo que a veces la vida lograba superar a la ficción. Tal fue el caso del dueño de la productora, que se encontraba aún perplejo por lo sucedido, y le dio un aumento a su asistente en el momento que éste le confirmó en un susurro que había grabado todo, o por lo menos desde que el italiano empezó a decir lo que había escrito en la nota, hasta la huida en el corcel negro cual cuento de hadas.

—Eres un genio —mencionó por lo bajo mientras reía—. Haz un respaldo de ese vídeo de inmediato, pero eso sí, cuida que no se vaya a colar en la red. —Le advirtió mirándolo—. Quizás hasta yo me ponga a escribir y haga mi propio guion —dijo guiñándole un ojo, mientras le palmeaba el hombro.

Dylan se negó a viajar con el equipo de producción, decidió pedir un taxi y se escondió en el estudio mientras esperaba, no le molestaba que Samantha hubiera encontrado al fin la felicidad que deseaba, pero tampoco podía decir que verla en brazos de otro le fuera indiferente. Al final logró marcharse de ese lugar, dejándole una nota donde le decía que ella lo había animado a buscar a Julianne, que no descansaría hasta tenerla a su lado de nuevo y darle la felicidad que merecía, también le deseó todo lo mejor en su nueva vida.

Mientras se desplazaba en el auto, en la radio comenzó a sonar una canción que terminó derribando todas las barreras que se había puesto hasta ese momento y mientras lloraba en silencio, los recuerdos junto a Samantha comenzaban a desvanecerse, quizás era su corazón que buscaba protegerse y los fue guardando en un rincón dentro de su alma, ése donde estaba todo aquello que había perdido. *Lara Fabian* continuó con su melodía cantándole *Perdere l'amore* y él no pudo contener las emociones que lo azotaban, ignorando la presencia del chofer dejó que sus lágrimas corrieran libremente y el corazón sacara todo aquello que lo lastimaba.

Perdere l'amore, quando si fa sera
Quando fra i capelli un po'd'argento li colora
Rischi d'impazzire, può scoppiarti il cuore
Perdere una donna e avere voglia di morire.

Minutos después se encontraba en la estación de trenes de Florencia, debía regresar hasta Roma para tomar un vuelo a casa, para regresar con la única mujer que siempre estuvo a su lado

y que él ignoró por imbécil, ahora le tocaría rogarle por una oportunidad, pero lo haría, la recuperaría.

∞∞∞

Estaban acostados de lado mientras se miraban brindándose suaves caricias, besos cargados de ternura y miradas que expresaban el amor que sentían, dándole tiempo a sus corazones de sosegar sus latidos. Samantha se interesó de nuevo por las escrituras de la villa y aún no podía creer que Alessandro la hubiera comprado, ese lugar era inmenso y debió costarle una fortuna, no era que él no tuviera dinero, pero tanto como para comprar uno de los mejores viñedos de Italia, no creía.

—¿Cómo hiciste para comprarla? —preguntó mirándolo.

—Con mis ahorros —contestó en tono casual y posó su mirada en la unión de sus manos, se la llevó a los labios para besar la de ella.

—Alessandro… —mencionó para atraer su atención.

—Tuve que hacer un préstamo y vender una casa que tenía en Capri, casi no la visitaba así que no… —decía cuando ella lo detuvo.

—¿Todo eso? —inquirió asombrada mientras parpadeaba.

—Sí, pero lo vale… tú me dijiste la primera vez que te traje a este lugar que era tu paraíso, yo quería regalártelo y lo he conseguido —mencionó con determinación mirándola a los ojos.

—Pero… esto es demasiado —esbozó abrumada.

—No, para hacerte feliz nada es demasiado, Samantha, además, podemos verlo como una inversión a futuro… el vino que está en las barricas le pertenece aún a Davide Codazzi, pero en cuanto se lo lleve podremos comenzar a producir uno nosotros —dijo entusiasmado.

—Bueno… viéndolo así es un negocio maravilloso, además sé que tú serás feliz, pero sigo pensando que es mucho para que tú corras solo con los gastos, y como yo soy la copropietaria… también haré una inversión —esa vez era él quien la interrumpía.

—De ningún modo, esto es un regalo que yo deseo hacerte y seré quien lo pague —indicó mostrándose serio.

—Alessandro… no vamos a caer de nuevo en lo mismo —indicó, pero al ver que el fruncía el ceño y se cohibía de hablar cedió un poco—. Hagamos algo… no te ayudaré a cubrir el pago de la villa, pero debes aceptarme como socia en el negocio del viñedo ¿qué dices? —preguntó buscando su mirada y le acercó los labios para convencerlo.

—Ofrecerme tu boca para que acepte es soborno —acotó elevando una ceja y al ver que ella sonreía dejó libre un suspiro—. Está bien, seremos socios a partes iguales… ¡Dios! Ni siquiera nos hemos casado y ya estoy accediendo a todo lo que me pides —expresó fingiéndose exasperado, pero soltó una carcajada después que ella lo besó.

—Y tengo muchas más peticiones… las casas en América las pondré yo, ahora que eres reconocido allá, seguramente tendrás muchas ofertas de trabajo y deberás pasar temporadas en mi país, así que nos quedamos con mi departamento en Chicago —señaló mirándolo a los ojos.

—Bien, con eso no hay problema, es tu hogar y no te pediré que lo vendas, podemos usarlo si me sale un trabajo allá o cuando vayamos a visitar a tu familia —decía accediendo a su propuesta.

—Perfecto… y la casa en L.A., también la compraré yo —agregó con rapidez, pero no le dio tiempo de cortar su protesta.

—Samantha… yo seré tu marido, es mi deber darte un hogar… por ahora es complicado que te pueda comprar una casa en L.A., pero si la quieres la tendremos… me falta la mitad del pago por grabar Rendición.

—Alessandro… —Se detuvo para liberar un suspiro—. Yo sé que quizás te incomoda el hecho de que crean que te estás aprovechando de mí, pero eso en estos momentos no tiene ningún sentido. Primero eres casi o más famoso que yo… segundo le demostrarás a todos que eres en verdad talentoso, que no necesitas colgarte de nadie para obtener reconocimiento y tercero, cuando las personas se enteren, que te aseguro lo harán, que has comprado la villa donde se grabó Rendición para que vivamos juntos ¿qué crees que dirán? —inquirió atrapando su mirada.

—¿Qué me pagaron mucho? —contestó con otra interrogante en tono de broma, aunque estaba interesado en lo que ella diría.

—Bueno… eso lo pueden pensar —dijo riendo—. Pero no, ellos dirán que Samantha Steinberg, futura señora Bonanzierri… es la mujer más afortunada del mundo, que no solo tiene a su lado a un hombre guapo y talentoso, sino que está tan enamorado de ella que le compró un paraíso solo para hacerla feliz —expresó sintiéndose emocionada.

—Y eso es cierto… yo haría todo lo que estuviera a mi alcance para verte alegre, para saber que a mi lado nunca te faltará nada, que puedes creer en sueños —puntualizó acariciándole la mejilla—. Sin embargo, creo que se nos está olvidando algo, aún no tengo tu firma, Samantha, debes aceptar todo esto y eso también me incluye a mí —mencionó buscando con la mirada el sobre donde estaba el documento.

—Bueno, es una oferta imposible de rechazar… ¿tiene un bolígrafo señor Bonanzierri? —preguntó apoyándose sobre su codo.

—Sí, ayer mientras lo revisábamos dejamos uno en el sobre —dijo tomándolo y se lo extendió junto con las hojas.

—¿Todos en tu familia lo saben? —preguntó sin poder creer que nadie dijera nada, ella ni siquiera lo sospechó.

—Sí, incluso, Jaqueline me ayudó… ella fue la que me ofreció tus datos y también estuvo como tu representante —contestó.

—¿Jackie? —inquirió asombrada y él asintió—. Es decir, que eso de ganarte a la mejor amiga para conquistarme ¿iba en serio? —cuestionó de nuevo mientras buscaba dónde apoyarse.

—Complemente —respondió riendo—. Apóyate en mi pecho, Samantha —sugirió tendiéndose de espaldas y le guiñó un ojo.

Ella respondió con una sonrisa y extendió el papel sobre el fuerte pecho de Alessandro, buscó el renglón donde debía estampar su firma y sintiendo su corazón latir muy rápido, consciente de que estaba a punto de obtener su boleto a ese mundo caóticamente perfecto, a una vida de verdad, la que en el fondo de su corazón siempre había soñado, deslizó con cuidado la pluma sobre la línea y sonrió con emoción.

—¡Listo! Ahora soy completamente suya, señor Bonanzierri y este paraíso es de los dos —expresó acercándose para besarlo.

Alessandro recibió el beso mientras guardaba de nuevo el documento, lo puso a un lado junto a sus ropas y una vez más abrazaba a Samantha con el deseo renovado, estaba seguro de que de continuar así les daría la noche, pero no le importaba; amar a su mujer bajo el cielo estrellado de la Toscana también había sido uno de sus sueños, y a partir de ese momento podía hacerlos todos realidad.

Después de esa segunda entrega decidieron ir hasta el río, quisieron aliviar el calor de la tarde

y quitar la transpiración de sus cuerpos, además que ambos tenían el cabello lleno de hojas y briznas de la hierba. El agua estaba mucho más fría que las veces anteriores, pero Samantha mostrándose valiente entró junto a Alessandro, después de liberar algún grito y varios jadeos que provocaron las carcajadas de su novio, logró acostumbrarse mientras era abrazada por él, con la cabeza apoyada en el hombro de Alessandro, se sentía tan amada y su mente se iluminó.

—Quiero darte algo —esbozó buscando la mirada de él.

—¿Qué será? —preguntó sonriendo, hipnotizado por el brillo en esos hermosos ojos marrones, le encantaba mirarse en ellos.

—Vamos a la cascada… —respondió dándole un beso, le entregó una sonrisa y después se sumergió.

Samantha le había perdido el miedo a ese lugar, animada por Alessandro y su curiosidad, había conseguido desenvolverse en el mismo con seguridad, por ello no necesitó de él para atravesar la cascada, se volvió para mirarlo antes de atravesar la cortina de agua, justo como lo hiciera él la primera vez que estuvieron allí. Tal como imaginó el calor que se desprendía de la roca, hacía el ambiente en ese lugar más cálido, eso le ayudaría a que su voz no vibrara tanto.

—Bienvenido —esbozó cuando lo vio emerger del agua, se acercó tomando el rostro de Alessandro entre sus manos y lo besó.

—Me estoy muriendo de curiosidad —indicó rozando sus labios.

—Pensé que la única curiosa era yo —dijo riendo, se sentía nerviosa y necesitaba algo para relajarse, suspiró armándose de valor—. Cuando veníamos en el avión tú me dedicaste *Ma so proteggerti*… y yo prometí que buscaría una canción para ti, ya la tengo —agregó mirándolo a los ojos.

—Cántala… quiero escucharla, Samantha —pidió emocionado.

Ella asintió dedicándole una sonrisa mientras le acariciaba el pecho, sintiendo bajo sus dedos el latido desbocado de su corazón, eso la emocionó llenándola de seguridad y su voz comenzó a entonar Vivimi.

—***Non ho bisogno pi di niente, adesso che... Mi illumini damore immenso fuori e dentro.*** —Empezó dándole gracias a su voz por no sonar desafinada, disfrutó de ver que la mirada de Alessandro se iluminó reconociendo la canción, continuó—. ***Credimi se puoi, credimi se vuoi... Credimi e vedrai non finir mai... Ho desideri scritti in alto che volano, ogni pensiero indipendente dal mio corpo...*** —su voz iba ganando fuerza a medida que avanzaba, sintiendo que en verdad estaba expresando lo que llevaba dentro del pecho.

Alessandro la miraba completamente cautivado por su hermosa voz y el sentimiento con el cual le cantaba una de sus canciones favoritas, la verdad nunca imaginó que Samantha pudiera hallar una tan perfecta.

Ella seguía cantando y su voz comenzaba a vibrar, pero no era debido al frío sino a las lágrimas que iban colmando su garganta y pujaban por salir, se detuvo un instante para liberar a través de un suspiro tembloroso la presión que sentía y prosiguió animada por la sonrisa que él le dio.

—***Vivimi senza paura... Che sia una vita o che sia unora non lasciare libero o disperso, questo mio spazio adesso aperto ti prego... Vivimi senza vergogna anche se hai tutto il mondo contro... Lascia lapparenza e prendi il senso... E Ascolta quello che ho qui dentro***.

Samantha sentía que apenas podía mantener su voz, las lágrimas comenzaron a hacerse presente y la suave caricia que le dio Alessandro en la mejilla la hizo temblar, cubrió con su mano la de él suspirando para continuar, quería dedicársela completa, que él supiera lo que sentía.

Alessandro también dejó que sus lágrimas lo rebasaran, no podía contener sus emociones ante el significado que tenía esa canción para ellos y la petición que le estaba haciendo Samantha. Se acercó para apoyar su frente en la de ella mientras le acariciaba la mejilla con ternura.

—***Qui tra le cose che ho... Ho qualcosa di pi, che non ho avuto mai... Hai bisogno di vivermi di pi*** —esbozó él mirándola a los ojos y sentía que el corazón se le iba a salir del pecho —. Continúa preciosa… quiero seguir escuchándote. —La animó cantando él esa estrofa al ver que su voz se quebraba ante un sollozo, la vio asentir mientras sonreía y eso lo hizo inmensamente feliz.

—***Hai aperto in me... La fantasia, le attese i giorni di unillimitata gioia... Hai preso me, sei la regia... Mi inquadri e poi mi sposti in base alla tua idea.*** —Su voz fue reemplazada por un sollozo parecía salirle del alma.

No pudo contener más sus emociones y terminó aferrándose a él, incapaz de soporta el poder que tenía el sentimiento que la embarga, ese amor que era absoluto en todos los aspectos, un amor que no esperó nunca vivir, en ese instante supo que había valido la pena cada lágrima, cada noche lejos de él, que conocerlo había sido el regalo más hermoso que el destino le había dado y un nuevo sollozo se escapó de sus labios al recordar la primera vez que lo vio, su vida cambió en ese momento.

—***Vivimi senza paura... Anche se hai tutto il mondo contro... Lascia lapparenza e prendi il senso... e ascolta quello che ho qui dentro.***

Fue la voz de Alessandro la que terminó la canción en medio de lágrimas que él también derramaba, esforzándose para que las sensaciones que vivía en ese instante no le quebraran la voz, tomó el rostro de Samantha para mirarla a los ojos y el amor en ellos lo elevó; acercándose atrapó la boca de ella en un beso cargado de todo el sentimiento que los colmaba. El amor que latía dentro de sus cuerpos despertó el deseo y entre besos y caricias se entregaron una vez más, disfrutando de las sensaciones, del sonido que producía la cascada, el excitante roce de sus cuerpos y el amor que flotaba en el aire que los envolvía.

Regresaron a la villa cuando la noche ya caía, el cielo pintado de hermosos tonos rojos y violetas, donde diminutos puntos brillantes comenzaban a destellar cubriéndolos, mientras la suave y fría brisa de esa noche de principio de otoño rozaba sus pieles. La felicidad era algo que no podían ni querían disimular y el cierre que Samantha escribiera para su libro, había terminado palideciendo ante ese que ellos habían creado ese día, ese que más que un final era el inicio de una vida juntos.

Las casas parecían solitarias sin la presencia del equipo de producción, pero ellos sabían que no lo estaban, los autos de la familia de Alessandro se mantenían, también estaba el jeep de Marcello, incluso había otro auto que no reconocieron y eso despertó la curiosidad en ambos.

—¡Hasta que por fin llegan! —mencionó Lisandro en cuanto los vio entrar por la puerta, mientras intentaba no sonreír, pero era muy mal actor—. Samantha tienes una visita —agregó mirando a su cuñada con diversión al verla sonrojarse.

—¿Quién? —preguntó desconcertada y se tensó, la última vez que le dijeron eso su mundo se puso de cabeza.

—¡Yo! —esbozó Nicholas saliendo de la cocina.

Apenas llevaba dos horas en el lugar y Diana no lo había dejado bajar muy bien del auto cuando empezó a contarle todo lo que había sucedido, por supuesto se sintió feliz de inmediato por Samantha, pero los celos de hermano se hicieron presentes cuando veía que pasaban las horas y no regresaban. Pero su novia consiguió la manera de relajarlo escapándose con él hasta la

cocina, al menos contaba con la ventaja que no sería el único en hacer un anuncio, pues hasta el momento Jaqueline no le había contado a nadie de su relación, querían hablarlo primero y ver en qué términos quedaban, su mujer siempre tan práctica.

—¿Nick? —preguntó desconcertada y como si hubiera sido golpeada por la realidad habló de nuevo—. ¡Nick! —exclamó corriendo hacia él.

Su hermano le dio uno de esos abrazos que le hacían doler el cuerpo, pero que ella adoraba. Mientras él la elevaba del suelo, ella le daba besos en las mejillas sosteniéndose con sus brazos del poderoso cuello, sabía que con tanto músculo tendría el peso de una pluma para Nicholas.

—Me has tenido horas aquí esperándote, Samantha Steinberg… a ver, ¿con qué derecho ese hombre te monta sobre su caballo y te lleva a quién sabe dónde, a hacer quién…? Bueno eso no tienes que responderlo… pero… ¿no y que era solo tu vecino? —La interrogó fingiéndose serio, pero su mirada tenía ese brillo especial que iluminaba sus ojos verdes.

Samantha lo miró perpleja, aunque ya sospechaba que Alessandro era el famoso vecino que tuvo hacía cuatro años en ese lugar, no pensó que fuese a hablar de ello con tanta certeza. Se quedó muda solo parpadeando mientras buscaba su voz para responderle, pero antes de que pudiera decir nada, Alessandro habló por ella.

—¿Puedo responder yo? —preguntó él tratando de mostrarse serio, pero la actitud de su novia le causaba mucha gracia, en verdad parecía que Nicholas fuera el hermano mayor.

—Hazlo, pero piensa bien lo que vas a decir en tu defensa, porque de ello depende que salves el pellejo —contestó mirándolo fijamente.

—Siempre fui más que su vecino, fui su amigo, su cómplice… su amante y a partir de esta tarde, su futuro esposo —respondió mirándola a ella mientras le entregaba una hermosa sonrisa.

Todas las mujeres presentes gritaron de felicidad y se dividieron en grupos para felicitarlos, Paula, Emilia y Vittoria que había llegado esa tarde corrieron hasta Alessandro. Mientras que Diana, Kimberly y Jaqueline se acercaron a Samantha para envolverla en un abrazo de cuatro, mientras reían y lloraban emocionadas. Los caballeros esperaron su turno para brindarle sus mejores deseos también, Nicholas no pudo seguir fingiéndose serio y ante la sorpresa de muchos le dio un fuerte abrazo a Alessandro, pero no lo dejó sentir completamente confiado.

—Tienes que prometer que la harás feliz, que no llorará de nuevo ni sufrirá por tu culpa, o de lo contrario, no habrá un lugar donde te escondas que yo no te encuentre y te reviente el alma a patadas ¿entendido? —preguntó mirándolo a los ojos.

—Voy a amarla como ella se merece, Nicholas, te lo prometo —respondió manteniéndole la mirada para que viera que hablaba en serio.

—Te tomo la palabra, bienvenido a la familia —expresó dándole otro abrazo. Su instinto le decía que podía confiar en Alessandro Bonanzierri.

Todas las mujeres se encontraban reunidas en torno a Samantha, deseaban conocer en detalle cómo le había propuesto matrimonio Alessandro; una exclamación generalizada atrajo la atención de los hombres, que de inmediato se volvieron a mirarlas.

—¡Alessandro Bonanzierri! ¡No le diste un anillo! —le reprochó Jaqueline sin poder creerlo, mientras lo miraba de forma acusadora.

Él se sintió apenado de inmediato al ver el mismo gesto en Diana, Vittoria e incluso en su hermana Paula, estaba por decir algo cuando Samantha salió a su rescate, tal como hiciera él minutos atrás.

—Me dio algo mucho mejor que un anillo… me regaló mi paraíso —expresó con una hermosa sonrisa, al ver la mirada de desconcierto se apresuró a aclarar sus palabras—. Alessandro compró la villa para que fuera nuestro hogar, no me dio un anillo, pero me entregó

las escrituras —agregó y su sonrisa se hizo más amplia al ver la sorpresa en la mayoría.

El silencio se apoderó del lugar por varios segundos, mientras cada uno procesaba la magnitud de ese regalo que él le había hecho.

—Igual pienso darte un anillo de compromiso —dijo acercándose y le rodeó la cintura con los brazos al tiempo que la miraba a los ojos—. Cuando regresemos a Roma lo tendrás, pues también deseo que mi departamento allí sea tuyo… en realidad quiero que todo lo mío sea tuyo, Samantha —expresó olvidándose de los demás allí presentes.

Se besaron creando su propia burbuja, que los alejaba del exterior, brindándose suaves roces de labios y tiernas caricias, pero su idilio no duró mucho, fue roto por la voz de Nicholas.

—Ya has tenido mucho de ella hoy, así que lo siento mucho, cuñado, pero te la quito —dijo cuando se separaron y la jaló hacia él.

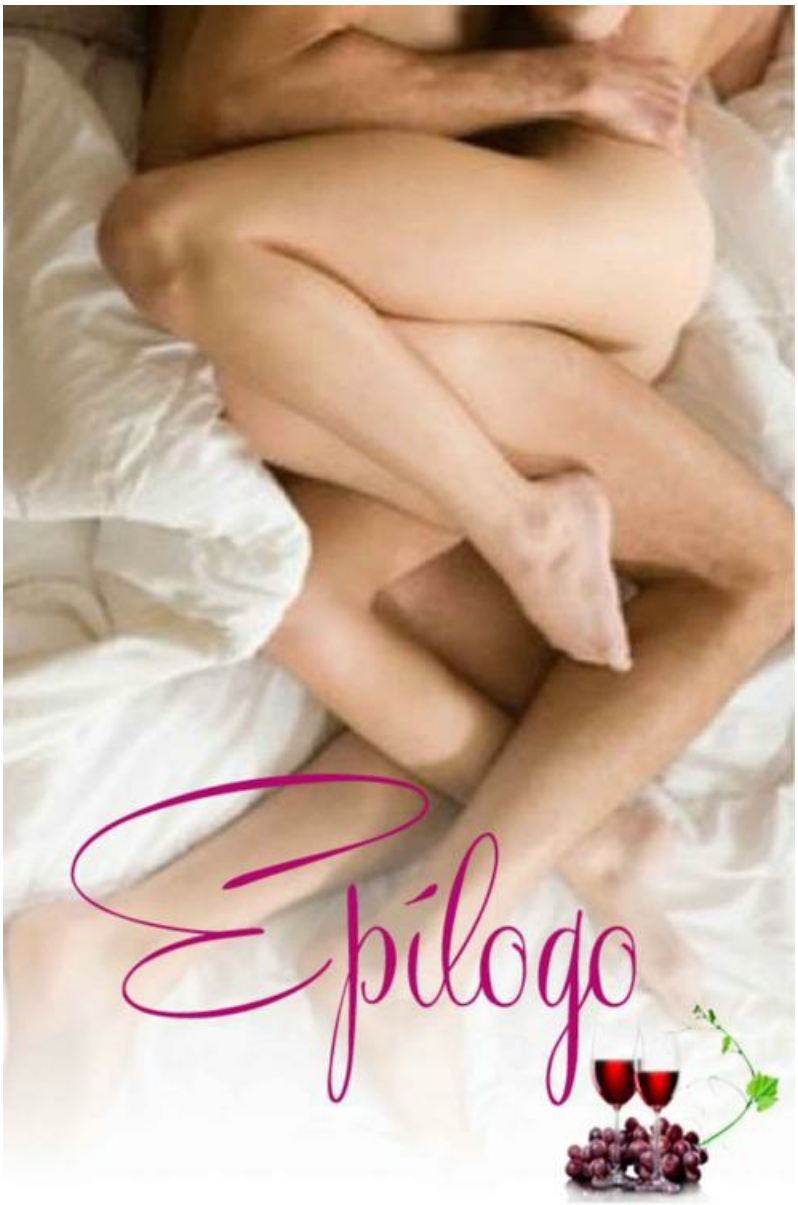
Todos comenzaron a reír ante la cara de Alessandro, que se mostró como a ese niño que le quitan un dulce y la de Samantha que tenía la misma expresión. Había otro anuncio que hacer, pero ni Jaqueline ni Nicholas querían robarles el momento, así que decidieron esperar un poco más y se enfrascaron en otras cosas, por ejemplo, la fecha en que se llevaría a cabo la boda y el lugar.

Vittoria deseaba una boda fastuosa y había acordado esperar seis meses para organizarla, pero Samantha y Alessandro preferían algo más sencillo, además que no soportarían estar más tiempo separados nuevamente. Así que después de compartir una mirada y algunas palabras en susurros les anunciaron a todos, su decisión.

—Nos casaremos dentro de dos meses en este lugar —mencionó Samantha con emoción.

—Viajaremos la próxima semana hasta Chicago, iré a pedirle la mano de Samantha a sus padres y después de eso nos concentraremos en los detalles del matrimonio —mencionó mirándolos.

Ella se tensó un poco al escuchar lo de la petición de su mano, pero la seguridad que vio en la mirada de Alessandro la hizo sentir confiada, entrelazó sus dedos a los de él y asintió con la cabeza, con la certeza de que sin importar lo que pasara de allí en adelante, todo saldría bien, porque ellos estarían juntos y eso los hacía invencibles.


Epílogo

Epilógo

Dos meses podían transcurrir demasiado rápido o demasiado lento, dependiendo de las personas que los vivieran, en el caso de Alessandro y Samantha, fueron eternos. Después de aquella reunión en la villa, apenas habían contado con tiempo para compartir como pareja, entre los preparativos de la boda, los compromisos laborales de ambos e intentar esquivar a la prensa, tras la ola de rumores que se desató al hacerse pública su relación y futuro matrimonio; todo parecía estar en contra de que disfrutaran de su amor como habían imaginado.

Sin embargo, todas esas pruebas afianzaban más el sentimiento que compartían, y eso quedó demostrado cuando les tocó reunirse con los padres de Samantha. Tal como Alessandro pronosticó, una semana después de finalizar las grabaciones viajó junto a ella hasta Chicago en compañía de su familia, quienes como siempre le brindaron su apoyo y la seguridad para enfrentar a la estricta familia Steinberg.

Susan que cumplió siempre con el protocolo organizó un almuerzo para los italianos, Samantha había hablado con ella por teléfono estando en Italia, el trato entre las dos fue distante, pero por lo menos su madre se mostró accesible y aceptó recibir a la familia de Alessandro. La sola idea de tenerlos a todos reunidos elevaba los niveles de estrés de la escritora, no sabía qué esperar de su madre, por lo menos su padre se había mostrado entusiasmado y eso ya era casi un milagro, pero Susan era distinta, así que Samantha se la pasó rogando durante todo el viaje para que no fuera a hacer un desaire a Alessandro o a su familia.

La ansiedad la llevó a visitar a su madre un día antes de la reunión, necesitaba hablar con ella y asegurarse que la familia de su novio no se llevaría la peor impresión. Ese momento quedaría grabado en su memoria, pues fue la primera vez que Susan Steinberg la trató como una mujer adulta, pero sobre todo como una hija. Al parecer la posibilidad de perderla había golpeado sus cimientos y la había hecho reaccionar.

Estando parada frente a ese espejo de cuerpo entero que la mostraba hermosa en su traje de novia, Samantha recordó aquel día.

Escena en retrospectiva

La calidez del sol apenas podía contrarrestar el frío que comenzaba a instalarse en Chicago con la llegada del otoño, Samantha llegó muy temprano para compartir un desayuno con sus padres, tenía casi seis meses que no se veía con ellos, durante su estadía en Italia compartieron varias llamadas telefónicas, pero siempre con ese trato que los caracteriza, hablando de temas casuales, sobre todo lo hizo con su padre que después de aquel reclamo que ella le hiciera, había intentado mostrarse un poco más expresivo e interesado por sus cosas. Por el contrario de Susan que apenas habló con ella un par de veces y sus conversaciones siempre se derivaban a lo que hacía Nicholas o Walter, buscando esquivar enfocarse en ella, quizás para no terminar en una discusión como la última vez, pero en ese momento se encontraría frente a ambos y sabía que no podía seguir rehuyéndole a esa conversación, sobre todo si no quería que ambos se mostraran sorprendidos cuando Alessandro le pidiera su mano.

Entró a la terraza que usaban sus padres para desayunar y los encontró a los dos sentados, cada uno sumido en los diarios que leían, distantes y prácticamente ignorándose como siempre, pero en cuanto la vieron la mirada de su padre se iluminó, se puso de pie para recibirla.

—Hola, Samantha, luces hermosa hija. —Joseph se acercó hasta ella y le dio un fuerte abrazo, la había extrañado en esos meses.

—Hola, papá, muchas gracias… me alegra mucho verlo —dijo ella con una sonrisa, después de besarlo en la mejilla—. Buenos días, mamá… —Se dirigió a su progenitora mostrándose más tímida.

—Buenos días, Samantha—respondió colocando el periódico de lado, mientras se ponía de pie para darle un abrazo a su hija, a pesar de sus diferencias ella se consideraba una buena madre y Samantha tenía mucho tiempo fuera, así que al menos debía recibirla con un abrazo—. Te ves linda, toma asiento por favor. Pedí que colocaran un plato para ti.

—Gracias, usted luce hermosa como siempre… —respondió con rapidez, pero fue sincera, le dedicó una sonrisa y tomó asiento.

—¿Cómo quedó la película? —preguntó Joseph, para poner un tema de conversación y aligerar la tensión que se sentía en el ambiente.

—Todo salió perfecto papá, apenas terminamos hace una semana, muchas gracias por preguntar —contestó ella mirándolo con cariño.

—Se ha generado mucho revuelo en torno a ello… y también a tu relación con el actor. —Susan no pudo evitar hacer ese comentario.

—Nosotros prácticamente estábamos aislados del mundo durante las grabaciones… pero vimos algunas notas en los diarios —decía Samantha cuando su padre la interrumpió.

—Los diarios siempre exageran —acotó él restándole importancia al comentario de su mujer, consciente que Susan nunca cambiaría.

—No creo que exageren en el caso de tu hija y ese hombre —señaló dirigiéndose a su esposo.

—Bueno y si no lo hacen… ¿Cuál es el problema? —preguntó mirándola directamente a los ojos, no le gustaba que lo contradijeran.

—Papá… por favor —pidió Samantha buscando su mirada, no quería agregar más tensión al momento, pero recordó de inmediato que había decidido que ya no escondería más sus sentimientos—. Mamá, su nombre es Alessandro Bonanzierri, por favor te agradecería que te dirijas a él con respeto… él no ha hecho nada para merecer el trato que deseas darle —indicó mirándola fijamente, no huiría de ella como antes.

—Está bien… ¿Qué viene a hacer el señor Bonanzierri aquí? ¿Acaso estás embarazada? —La interrogó manteniéndole la mirada.

—¡No! —respondió de inmediato siendo categórica.

—¿Entonces por qué él ha venido con toda su familia? Y no me digas que solo vinieron a pasar una temporada —dijo con molestia.

—¿Estás esperando un hijo de él? —inquirió Joseph con la mezcla de desconcierto y emoción.

Sospechaba que el actor y su hija tenían una relación, pero no al grado de que Samantha se dejara embarazar, aunque si eso sucedía, bueno estaría encantado de tener un nieto de su hija.

—No, papá, no estoy embarazada… Alessandro está aquí junto a su familia porque desea pedirles mi mano en matrimonio y ellos lo acompañan porque respaldan su decisión, además, desean conocerlos —respondió mirándolos a ambos.

Un largo e incómodo silencio se instaló en el lugar, mientras Samantha sentía que la ansiedad le destrozaba el estómago, dejó libre un suspiro que la ayudara a pasar esa sensación de sentirse aprisionada, el dolor que sentía al ver la negativa de sus padres ante su relación con Alessandro le causaba mucho dolor, estaba segura de que de haberse tratado de Dylan ambos estarían

rebosantes de felicidad. Sin embargo, eso no le importaba, ella se casaría con su novio, aunque tuviera que hacerlo sin su consentimiento; estaba por levantarse para marcharse cuando la voz de su padre la detuvo.

—Cuenta con todo mi apoyo Samantha —mencionó mostrando una sonrisa y se acercó a ella para abrazarla—. Felicidades, hija.

—Muchas gracias, papá —esbozó sonriente y sintiéndose aliviada. Después se volvió a mirar a su madre que continuaba en silencio, como si estuviera analizando sus palabras, ella se obligó a ser valiente—. Mamá, yo sé que tú no estás muy de acuerdo con esto… pero Alessandro es un gran hombre, me ama y yo también lo amo a él —pronunciaba y se detuvo al ver que su madre se volvía a mirarla.

—Samantha… mi principal preocupación eres tú, es tu futuro y el de tus hijos. Yo deseaba para ti un esposo que te brindara estabilidad, seguridad, que se comprometiera contigo a formar un hogar decente… este tipo de personas como lo es el señor Bonanzierri tienen la costumbre de tomarse todo a la ligera, para ellos un matrimonio puede durar lo mismo años como meses —su hija habló callando sus palabras.

—Mamá no estás siendo justa, no puedes generalizar… yo comprendo tu preocupación, pero te aseguro que no tienes que sentirla, Alessandro me brinda todo eso de lo que hablas y más, hasta compró la villa donde grabamos la película y puso la mitad a mi nombre. Es un hombre con aspiraciones… su familia es muy conservadora, sus padres llevan treinta y seis años de casados, sus abuelos más de sesenta… por favor, solo dale la oportunidad de conocerlo —pidió con la voz ronca mientras la miraba a los ojos, suplicándole también que la apoyara.

Susan se la quedó mirando en silencio, debatiéndose internamente entre lo que debía hacer y lo que deseaba, su hija tenía razón, ella no conocía a ese joven y no le había hecho nada para crearse un juicio sobre él. Sin embargo, no podía aceptarlo de la noche a la mañana y menos cuando acababa de desplazar a Dylan Howard, quien era un hombre excepcional y el actor un completo desconocido.

Lo único que había buscado toda su vida era cuidar de ella, de todos sus hijos por igual, la vida era demasiado dura y por eso había actuado con mano firme todo el tiempo, no para perjudicarlos, sino para crearles un carácter fuerte, siempre le había costado mucho dejarlos volar, resignarse a que ellos podían tomar sus propias decisiones, debía hacerlo, aceptar que no podía estar toda la vida marcándoles un camino por donde seguir, por más que quisiera.

—Haré lo que me pides —pronunció manteniendo su actitud reservada, pero su tono de voz fue más sutil.

El ruego en la mirada de su hija debilitó su voluntad y la hizo ceder, pero eso no quería decir que ya hubiera aceptado a Alessandro Bonanzierri, él debía ganarse con mérito propio la entrada a su familia y no por recomendaciones de Samantha.

—Muchas gracias, mamá —esbozó levantándose de la silla para abrazarla y la hizo muy feliz sentir que su madre correspondía al gesto del mismo modo, eso la hizo sentir esperanzada.

—No debes dar nada por sentado aún, Samantha, él deberá convencerme de que es el hombre indicado para ti, por mi parte le daré el beneficio de empezar desde cero —indicó mirándola a los ojos.

—Estoy segura de que lo hará, gracias —dijo sintiéndose feliz.

Después de eso, pudieron desayunar en paz y Samantha compartió con ellos otros detalles de la filmación, por primera vez Susan se mostraba interesada en el trabajo de su hija, quizás porque en esos meses lejos de ella se había dado a la tarea de conocer su trabajo y comprobar que en verdad tenía talento.

Aunque algunos de sus libros no le agradaron mucho, sí la llenó de emoción ver que muchas de sus enseñanzas sobre Leyes que daba en sus cátedras, habían sido empleadas por Samantha para desarrollar las tramas, además de ver todos los reconocimientos que habían recibido sus trabajos y que ella hasta hacía poco desconocía. Había vivido resentida con Samantha por no seguir sus pasos, eso le impedía admitir que su hija había tomado un camino propio, además, había logrado ser exitosa.

Al día siguiente la reunión transcurrió en un ambiente cordial, la elegancia y educación de los padres de Alessandro lograron crear una buena impresión en Susan; mientras que Diana y Nicholas se encargaron de integrar a Lisandro y Paula a la familia como si llevaran años conociéndose. Walter por su parte se encargó de atender a Alessandro, siendo el hermano mayor de Samantha y con su carácter, nadie se atrevió a contradecirlo cuando le pidió al italiano que lo acompañara al despacho de su padre, y le dedicó una mirada a Samantha pidiendo que se quedara tranquila. Linda se encargó de entretener a su cuñada y evitar que tuviera un colapso. La reunión se extendió cerca de una hora, hasta que Walter pidió la presencia de su hermana.

Samantha, apenas podía contener los nervios por no saber lo que su hermano y su novio conversaban, por lo que no esperó ni un segundo para integrarse a la reunión. Se sintió en verdad aliviada al comprobar que ya Alessandro se había ganado la aprobación de Walter, su hermano los felicitó a ambos y junto a su esposa les entregó sus mejores deseos, animándolos además a darle sobrinos pronto, mientras acariciaba el pronunciado vientre de su esposa que estaba en sus últimas semanas.

Jaqueline y Nicholas aprovecharon la ausencia de los protagonistas de esa reunión para anunciarles a los padres del joven que estaban juntos, ya los demás lo sabían y le habían brindado su apoyo, pero como era de esperarse una vez más Susan, se mostraba un tanto desconforme con la decisión de uno de sus hijos. Sin embargo, por educación se mostró amable con la pareja, pero les dejó claro que tenían una conversación pendiente más adelante los tres.

Ella apreciaba a Jaqueline, pues la conocían desde que era una chica y era como una hija más, sabía que era una mujer trabajadora, independiente, educada y muy responsable, muestra de ello estaba el haberse hecho cargo de su hija ella sola. Sin embargo, la vida alocada que había llevado después de su divorcio, le quitaba mucho mérito y también estaba el hecho de ser mayor que su hijo por cinco años, aunque lo quisieran o no, siempre generaba comentarios. Si sus deseos eran tener una relación seria ella lo aceptaría, pero debían tener en cuenta muchos puntos a tratar y esperaba que ambos lo acataran.

Joseph por su parte se mostró muy divertido, pues él sí estaba al tanto del amor que su hijo sentía por Jaqueline desde que era un chico y ver que al fin había logrado conquistarla lo hacía feliz, además que Nicholas era de sus hijos varones el predilecto, el carácter regio de Walter era igual al suyo y siempre chocaban por ello. Así que solo esperaba que su hijo menor, tuviera lo que siempre había deseado junto a la mujer de sus sueños y que ella lo hiciera muy dichoso.

Era media tarde y estaban todos reunidos en el salón cuando Alessandro tomó la palabra para hacer la petición de mano de Samantha, llevaba esperando ese momento desde que llegó a esa casa, pero las reuniones con su cuñado y su suegro lo habían retrasado, incluso Susan Steinberg intercambió algunas palabras con él, más allá del mero protocolo con el cual lo trataba. Aprovechó de inmediato ese acercamiento por parte de la madre de Samantha y le habló con sinceridad, mostrándole la fortaleza del sentimiento que le inspiraba su hija y también todo lo que estaba dispuesto a hacer por ella; al parecer su futura suegra quedó satisfecha con sus palabras, pues su trato de ese momento en adelante fue más cordial.

—Señor y señora Steinberg, esta visita no solamente tiene como motivo el presentarles a mi

familia y anunciarles mi noviazgo con Samantha, también he venido hasta aquí para hacerles la petición formal de la mano de su hija en matrimonio —esbozó con nerviosismo y en el fondo algo de diversión, pues le parecía estar pronunciando las líneas de esas series de época donde había trabajado.

—Bueno muchacho ¡cuánto formalismo! —mencionó Joseph mirándolo divertido e intentando relajarlo porque parecía una estatua.

Todos en la sala rieron ante el comentario del coronel, sobre todo los caballeros que no sabían de qué obra de Shakespeare habían sacado Alessandro ese párrafo, Susan por primera vez le entregaba una sonrisa a su futuro yerno, pues si Joseph se hubiera presentado de esa manera ante su padre, seguramente ambos se llevarían mejor, pero su marido solo dijo en aquel entonces "voy a casarme con Susan" y desde ese instante ella supo que no debía esperar muestras de romanticismo.

Sin embargo, Joseph tenía una posición respetable, era apuesto y ya le había demostrado que era un excelente amante, así que siendo práctica se olvidó de esperar que le entregara canciones de amor, rosas y veladas románticas, aceptó ser su esposa y construir una familia junto a él.

Samantha que estaba tan nerviosa como él le entregó una hermosa sonrisa, pero la diversión real bailaba en su mirada, le acarició el dorso de sus manos que se encontraban unidas y Alessandro le sonrió agradeciendo el gesto, soltó un suspiro buscando relajarse, era evidente que todos esperaban que continuara así que lo hizo.

—Deseo casarme con Samantha, hacerla mi esposa y la madre de mis hijos; me gustaría saber si ustedes están de acuerdo en ello —expresó mirando a los ojos a sus suegros, mientras el corazón le latía muy de prisa y la unión de su mano con la de Samantha sudaba.

Los esposos Steinberg guardaron silencio unos minutos, aunque ambos ya tenían su repuesta, pero debían crear cierta expectativa en el joven, después de todo se trababa de su hija a quien le entregarían. Los padres de Alessandro estaban igual de ansiosos, suponían que los esposos aceptarían la petición de su hijo, hasta el momento todos se habían mostrado cordiales y no creerían que se negaran, pero el prologado silencio iba a destrozar los nervios de Emilia que miraba a su hijo rogando en silencio que recibiera la respuesta que esperaba.

Lisandro sudaba como si estuviera en los zapatos de su hermano y a la vez se sentía afortunado, pues la reacción de los padres de Vittoria prácticamente fue lanzarle a su novia a los brazos, cuando él les pidió su mano en matrimonio, quizás era también la confianza que se había ganado en años de noviazgo, que en el caso de Alessandro le faltaba.

Diana estaba conteniendo las ganas de gritarles a sus padres que hablaran de una vez por todas, no era justo que torturaran a Samantha y Alessandro de esa manera, además que el silencio le ayudó a reforzar su decisión de no contraer matrimonio nunca en su vida, se sentía afortunada al saber que Marcello tampoco lo deseaba, pues si estuviera en el lugar de Samantha no soportaría tanta tensión.

Susan acarició con disimulo el brazo de su esposo para hacerle ver que debía dar una repuesta, antes que su hija y el actor fueran a sufrir un ataque al corazón, debían confiar en la decisión que estaba tomando Samantha y que fuera lo que Dios quisiera.

—Alessandro, puedes contar con nuestra aprobación y nuestro apoyo, te entregamos la mano de Samantha en matrimonio —esbozó el hombre intentando dar una respuesta adecuada al momento. Y un montón de suspiros fueron liberados de golpe ante sus palabras.

—Muchas gracias, señores Steinberg, les prometo que haré muy feliz a su hija —contestó controlándose para no saltar de la felicidad, mientras caminaba hacia ellos para estrechar sus manos.

—Eso esperamos —indicó Susana mostrando una sonrisa amable, pero su mirada le decía que era más una exigencia.

—Bienvenido a la familia —expresó Joseph, dándole un fuerte apretón de mano y al igual que la esposa, le dijo con la mirada que más le valía tratar a Samantha como una reina.

—Papá, mamá… muchas gracias —expresó Samantha emocionada al tiempo que los abrazaba y besaba en las mejillas.

Los padres de Alessandro también se acercaron a ellos para felicitarlos y Emilia aprovechó la oportunidad para crear un puente entre ella y su consuegra, solo le bastaban las horas compartidas para saber que era a Susan Steinberg a quien Alessandro debía ganarse y ella le daría una mano para conseguirlo.

—Muchas gracias por este voto de confianza que le dan a nuestro hijo, les aseguro que no los defraudará —esbozó convencida mirándolos a ambos, pero haciendo especial énfasis en la madre de Samantha.

—Alessandro adora a su hija, tengan por seguro que la hará muy feliz —comentó Flavio aportando su grado de arena a la causa de su mujer.

Los padres de Alessandro y Samantha continuaron conversando mientras ellos eran felicitados por sus hermanos, Jaqueline y Vittoria a quienes también sentían ya parte de la familia, así como Linda que apenas alcanzó a abrazarlos, pues su vientre se lo impedía.

—Alessandro creo que se te está olvidando algo —susurró Paula al oído de su hermano cuando lo abrazó para felicitarlo. Él la miró desconcertado y ella sonrió—. El anillo —susurró más bajo.

Alessandro abrió mucho los ojos cayendo en cuenta de lo despistado que había sido, después de pasar casi una mañana completa junto a su hermana y a su madre visitando las mejores joyerías de la ciudad, era increíble que hubiera olvidado entregarle el anillo de compromiso a Samantha. Había pensado en escogerlo con ella, pero sus acompañantes le hicieron ver que eso era algo poco romántico, que le restaba emoción, así que terminó aprovechando la visita de su novia a casa de sus padres el día anterior, para comprarle un hermoso anillo de compromiso.

—Samantha, quiero entregarte algo —esbozó robándosela a Nicholas que la mantenía abrazada.

Ella se separó con los ojos cristalizados por las lágrimas, ante la emoción que le provocaron las palabras de su hermano, ambos se desearon lo mejor una vez más, felices porque habían logrado conseguir el amor que siempre habían deseado. Se acercó a Alessandro y su novio le dio un beso en la mejilla, antes de llevarse la mano al bolsillo para sacar un elegante estuche forrado en seda negra con la firma de Harry Winston en la parte superior, ella de inmediato supo lo que era y los latidos de su corazón se desbocaron, alternó su mirada entre los ojos de Alessandro y la pequeña caja en sus manos.

—Quise buscar algo que fuera digno de tu belleza, pero que también te hiciera recordarme cada vez que lo vieras… —dijo sonriendo y quiso bromear un poco—. Ya sabes que me cuesta controlar mi ego —despacio fue abriendo la caja y Samantha hizo más amplia su sonrisa, al tiempo que posaba su mirada en esta.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Samantha llevándose una mano a la boca mientras sus ojos eran hechizados por el hermoso anillo.

Su mano temblaba mientras se acercaba a la exquisita pieza, que además de hermosa tenía un valor especial, no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas al ver el precioso zafiro con corte redondo, que coronaba la elegante banda de platino, escoltado por dos diamantes a cada lado. Su mirada abandonó el anillo y buscó los ojos de Alessandro que tenían el mismo color de

la piedra, agradeciéndole de esa manera por un regalo tan hermoso, ya que su voz había desaparecido.

Él, extrajo la joya de la caja y sostuvo el anillo mientras con la mano libre le pedía la de Samantha, su novia se la entregó al tiempo que sonreía y una lágrima rodaba por su mejilla, Alessandro también se sentía emocionado ante la reacción de Samantha, el anillo era una pieza hermosa, eso era cierto, pero su novia, aunque de naturaleza sencilla, estaba acostumbrada a ver joyas como ésa, así que saber que había acertado lo hacía sentir orgulloso.

Todos los ojos estaban puestos en el hermoso anillo que adornaba el dedo anular de Samantha, las mujeres que no lo habían visto se encontraban encantadas con la pieza, y los hombres felicitaban a Alessandro por su acierto, ese era el tipo de anillo que deslumbraba a cualquier mujer y asegura un sí por respuesta.

Final escena en retrospectiva

Samantha regresó de sus pensamientos cuando sintió la puerta abrirse; vio a su madre entrar a la habitación, quien como siempre lucía elegante y hermosa, pero lo que en verdad la emocionó fue ver la sonrisa que le dedicaba, se notaba orgullosa y feliz por ella. Aún seguía tratando a Alessandro con cierta distancia, pero por lo menos podía decir que había comenzado a aceptarlo y ahora se dirigía a él con un trato más cordial, incluso buscó integrarse un poco más a la familia Bonanzierri.

—Te ves bellísima Samantha —mencionó Susan emocionada, apreciando el diseño en todo su esplendor.

El vestido de Samantha era una obra de arte creada por el reconocido diseñador venezolano Ángel Sánchez, de un blanco pulcro donde resaltaba el exquisito trabajo de pedrería, elaborado en cristales de *Swarosvky*. El escote palabra de honor mostraba los senos de Samantha de manera atractiva, pero manteniendo la línea elegante del diseño, mientras la amplia falda que caía en suaves capas de seda satinada le daba volumen al acabado haciéndola lucir como a una verdadera princesa.

Jaqueline la había obligado a viajar hasta Nueva York para buscar el traje de novia perfecto, y aunque ella intentó hacerle ver a su mejor amiga que deseaba algo sencillo, la rubia no desistió en su misión de encontrar un vestido que deslumbrara a todo el mundo el día de su boda. Y cada vez que ella protestaba cuando un vestido no la convencía, la otra la amenazaba con llamar a Romina Ciccone para que le diseñara uno; obviamente lo hacía para molestarla, pero Samantha entraba en pánico nada más de imaginarlo.

De esa manera la arrastró de atelier en atelier buscando uno que la dejara satisfechas a ambas, hasta que dieron con uno parecido al que llevaba puesto, pero el diseñador al ver a la famosa Samantha Steinberg en su taller se ofreció a hacerle uno exclusivo para ella.

El hombre se encontraba en la misma habitación mientras extendía con Jaqueline el hermoso velo que llevaría Samantha, solo eso le faltaba para completar su más reciente obra, la misma que estaba seguro le daría mucha publicidad, pues la boda de la escritora y el actor estaba en boca de todos. Se acercó a la flamante novia mientras deslizaba sus manos por el talle, para comprobar que el vestido se ajustaba perfectamente a la esbelta figura de la castaña.

—Gracias, madre… la verdad es que ni yo misma me reconozco en el espejo —confesó mirándola a los ojos.

—Te traje algo para que lleves puesto —dijo abriendo un pequeño estuche donde guardaba unos exquisitos pendientes de diamantes.

—Mamá —pronunció Samantha y su mirada se cristalizó—. Son tus pendientes favoritos —

dijo mirándolos.

—Así es y deseo que mi hija los lleve puestos el día de su boda —comentó extendiéndole el primero—. Póntelos, Samantha, se verán perfectos con el vestido, en verdad te ves preciosa —dijo admirando el reflejo de su hija en el espejo y le dio un suave beso en la mejilla para no arruinar el maquillaje.

Samantha por el contrario no se limitó y se volvió abrazándola con fuerza, luchando contra las lágrimas que nadaban en sus ojos, ese gesto de su madre podía decir más que mil palabras, cuando se separaron compartieron una mirada y asintieron en silencio. Precisamente de Susan había heredado Samantha esa dificultad para expresar lo que sentía, pero cuando lo hacía era a través de un hermoso gesto como ese que se acababan de entregar.

—Samantha, tenemos que ponerte el velo… ya casi es hora —indicó Jaqueline que también se emocionó ante la escena entre madre e hija, consciente de lo importante que era para su amiga el apoyo de su madre en una fecha tan especial.

Samantha asintió en silencio dedicándole una sonrisa y se mantuvo quieta mientras Jaqueline junto a Ángel le ponían el velo, en ese momento la puerta se abrió y ella pudo ver a través del espejo que Diana, Linda y Vittoria entraban quedándose completamente deslumbradas ante la imagen que ella mostraba. Les dedicó una sonrisa y recibió como respuesta el mismo gesto de las tres, tuvo que luchar contra la oleada de lágrimas que llegó hasta sus ojos, cuando Diana olvidándose de todo el protocolo la abrazó con fuerza.

Jaqueline y Susan le llamaron la atención mientras sonreían al verlas abrazadas como dos niñas y ante la cara alarmada del diseñador por la actitud de ambas. Todas se concentraron de nuevo en prepararse mientras hablaban de cosas casuales, pero apenas Susan se marchó para ayudar a Joseph a terminar de prepararse, el tema de conversación cambió por completo a esos que las damas de honor, la madrina y la novia siempre tenían antes de la boda.

∞∞∞

Alessandro caminaba de un lugar a otro mientras veía las agujas del reloj que no parecían avanzar, aún faltaba para la hora pautada en las invitaciones, pero ya él deseaba estar en el altar junto a Samantha. Había repasado sus votos una decena de veces y por primera vez en su vida olvidaba las líneas, se sentía estúpidamente nervioso.

—El reloj no va a avanzar más rápido porque tú sigas caminando —indicó Lisandro que se acomodaba la corbata frente al espejo— ¿Por qué estás tan nervioso? —preguntó volviéndose a mirarlo.

—Todos los novios se ponen nerviosos el día de su boda —acotó Flavio desde el sillón donde se encontraba.

—Pensaba que eso era solo cosa de mujeres —dijo Lisandro con una sonrisa burlona mientras miraba a su hermano.

—Ya verás que no es así cuando te llegue el turno a ti —señaló Lucca con una sonrisa torcida.

—No lo creo, Vittoria y yo nos conocemos de casi toda la vida, si nos casamos es solo para cumplir con ciertas normas sociales, pero nuestro amor no necesita de ello —mencionó mirándolos.

—Pues yo te vi muy emocionado el día que le entregaste el anillo, para ser alguien que no cree en el matrimonio fuiste bastante sentimental. —Alessandro le lanzó una estocada y dejó ver

su sonrisa ladeada al ver que su hermano fruncía el ceño.

Flavio y Lucca comenzaron a reír a costa del piloto, quien no pudo mantenerse impasible ante las burlas, pero no se molestó, simplemente se unió a las risas y le alegró ver que Alessandro comenzaba a relajarse.

Emilia entró en compañía de Paula para anunciarle que se había encontrado con la madre de Samantha y ella le confirmó que ya su hija estaba lista, las dos damas Bonanzierri se acercaron hasta el flamante novio para ultimar detalles, aunque él lucía perfecto y Emilia no pudo evitar derramar algunas lágrimas al ver uno de sus sueños hecho realidad, Alessandro se casaría con una buena mujer y además enamorado, como siempre soñó verlo.

Se abrazaron durante varios minutos y después se dedicaron a repasar los pendientes, él quería sorprender a Samantha y su madre le ayudaría a ello, había estado ensayando para que todo saliera perfecto. Se quedó un momento viendo a Paula que observaba con algo de nostalgia a través de la ventana, él se acercó y la abrazó con ternura, se veía hermosa vestida como dama de honor.

—Luces muy linda Paula —esbozó sonriendo para animarla.

—Gracias, pero te vas a caer para atrás cuando veas a Samantha… parece una princesa —comentó y la tristeza se había esfumado de su mirada, o al menos eso esperaba.

—Tú también te verás como una… algún día —confirmó él mirándola a los ojos, queriendo que creyera en sus palabras.

—¡Por supuesto! —exclamó con emoción, pero no pudo evitar la punzada de dolor que le provocó ese «algún día» Se negó a dejar que la amargura la invadiera ese día, debía estar feliz por Alessandro; de pronto recordó algo—. ¿Sabes a quién vi entre los invitados? —preguntó con una gran sonrisa.

—Entre tantos que hay es difícil adivinar —respondió.

—¡A Piero! El nieto de Tina… tenía muchísimo tiempo sin verlo, acaba de regresar del exterior, estaba estudiando ingeniería… ¿Sí lo recuerdas verdad? —inquirió otra vez.

—Por supuesto, Piero Taglieri… ya debe ser un hombre —respondió trayendo a su cabeza la imagen del adolescente que intentó rivalizar con él por Samantha.

—Sí, ya tiene veintiún años… y está muy apuesto —respondió de manera espontánea, sin saber cuánto revelaba.

—¿Apuesto? —preguntó Alessandro elevando una ceja.

—¡Por favor, Aless! Fue solo un comentario —contestó riendo.

—Yo no he dicho nada —se defendió mostrándose divertido.

Ella negó mientras reía sonrojándose y él la abrazo, nunca imaginó que se sentiría feliz ante la idea de ver a Paula enamorada, pero en ese momento lo que más deseaba era que su hermana conociera a un buen hombre, que la quisiera y la valorara como se merecía; así que, si Piero era el indicado, haría lo que fuera por ganárselo y servir de celestino a esa relación.

Después de un rato, miró a través de la ventana comprobando la afluencia de invitados, la mayoría, se encontraban reunidos a las afuera de la hermosa capilla de piedra que había sido decorada para el evento; entre todos ellos pudo distinguir a Dylan Howard. Aún no terminaba de acostumbrarse a la presencia del hombre, ni a esa amistad que había decidido entablar con Samantha, seguía manteniendo sus reservas, pero para demostrarle a su futura esposa que confiaba en ella, accedió a tenerlo de invitado.

Sobre todo, cuando sacó a relucir la suya con Giovanna y Natalia, dos de sus ex que se encontraban presentes ese día en la boda, por suerte Romina se había marchado a vivir a París, lo último que supieron era que se había casado con un magante, quince años mayor que ella, al que

conoció durante el verano en Ibiza.

Muchos medios mencionaron que lo había hecho por despecho, pero ella lo desmintió paseándose con el millonario por toda Italia y mostrando el extravagante anillo de compromiso que obtuvo, además de alardear del atelier que abrió financiado por el hombre en la ciudad luz y de todos los lujos que estaba disfrutando.

—Aless… ¿Bajamos ya? —preguntó Emilia con una sonrisa.

Él asintió en silencio al tiempo que sentía que los latidos de su corazón se aceleraban, estaba tan cerca de hacer su mayor sueño realidad, que aún esa sensación de expectativa y miedo no lo abandonaban, por no decir de la ansiedad que lo invadía. Caminó con andar seguro para no mostrarle los nervios a su familia y aunque sabía que Samantha se encontraba alojada en la casa principal con su familia, no pudo evitar volverse para buscarla en el pasillo, deseando el momento de verla caminar por ese lugar como la señora Bonanzierri.

∞∞∞

Dylan caminaba tomado de la mano con Julianne, quien lucía un hermoso vientre de cinco meses, llevaba un ligero vestido violeta y un delicado abrigo de cachemira blanco para resguardarse del frío de otoño que ya comenzaba a dejarse sentir. Él se sentía orgulloso como nunca antes lo había estado, por primera vez sería padre, cumpliría uno de los mayores sueños y lo mejor de todo es que sería junto a la mujer que amaba, la misma que correspondía a sus sentimientos de igual manera, se sumió en los recuerdos de cómo había logrado recuperar a quien en ese momento era su esposa.

Escena en retrospectiva

Después de hacer un agotador viaje desde Roma con varias escalas, por fin se encontraba en Chicago, se sentía demasiado cansado y su semblante lucía como el de un hombre derrotado, por eso decidió no buscar ese mismo día a Julianne, lo haría al siguiente.

Con un semblante más animado se presentó en las oficinas de la torre Howard-Woodrow, saludando a todo el personal con una efusiva sonrisa; todos lo miraban sorprendidos, quizás por el hermoso ramo de rosas rojas que llevaba en la mano. Se dirigió hasta el último piso donde quedaban ubicadas las oficinas gerenciales y caminó directo a la de Julianne, pero cuando llegó la encontró vacía.

—Buenos días, Lindsay —saludó a su asistente con una sonrisa.

—Buenos días, señor Howard, bienvenido. ¿Cómo estuvo el viaje? —preguntó con amabilidad, mientras sonreía.

—Como una pesadilla, tuvimos que hacer tres escalas y el transbordo en Ontario tuvo retraso —contestó, pero ver que la mirada de la pelirroja se enfocaba en el ramo, aprovechó para preguntar por quién le interesa—. Lindsay, sabes por casualidad, ¿dónde está la señora Buckley? —inquirió mirándola a los ojos.

—Está de permiso, tiene ya quince días que se encuentra suspendida, su asistente nos dijo que al parecer se le presentó una emergencia y el doctor le indicó reposo absoluto —respondió.

—¿Está enferma? —volvió a hacer una interrogante.

No se esperaba algo como eso, Julianne no era una mujer de las que se enfermaban, si la memoria no le fallaba, nunca la había visto enfermarse y era tan terca, aunque estuviera

muriéndose, cumplía con su horario. Eso era algo muy extraño, su secretaria le ofreció otros datos, pero nada en concreto, lo que se rumoraba era que la subgerente había tenido que ser operada de emergencia por una apendicitis, pero que nadie la había visto para asegurarlo.

Como era de esperarse, la preocupación se instaló en él de inmediato y apenas tuvo esa información, se dirigió hacia el departamento de la rubia, marcó la clave del ascensor para subir al piso donde quedaba el apartamento de Julianne y le dio error, intentó dos veces más, pero no resultó. Extrañado decidió marcarle a su número móvil, pero ella le había restringido las llamadas, intentó con el teléfono de la casa y caía la contestadora, decidió dejar un mensaje.

—Hola, Julianne, estoy intentando comunicarme contigo, fui a la torre y me dijeron que estabas enferma… vine a tu casa y no pude localizarte, estoy preocupado; por favor en cuanto escuches este mensaje envíame una respuesta. Te quiero, Dylan.

Esa situación se repitió durante una semana, siempre intentaba comunicarse con ella sin tener éxito, el último día no pudo controlar su desespero y se mantuvo en el ascensor a la espera que alguien fuera al mismo piso de Julianne para subir él también. Lo consiguió gracias a una pareja de canadienses que habían viajado con él desde Ontario hasta esa ciudad, aprovechó la conversación y dejó que ellos marcaran el número, simulaba estar prestando atención a las palabras de los esposos, pero en lo único que podía pensar era en lo mal que debía estar Julianne para estar escondiéndose de todo el mundo.

Decenas de ideas habían atravesado sus pensamientos en los últimos días, incluso llegó a tener la atroz imagen de ella atentando contra su vida, algo completamente absurdo porque Julianne era una mujer fuerte, no era del tipo que se lanzaban a un despeñadero por una decepción amorosa, al menos no que él supiera.

—Julianne, por favor abre la puerta… necesito hablar contigo —comenzó a llamarla al ver que nadie atendía al timbre.

Continuó sin recibir una respuesta por cerca de media hora y terminó por deducir que ella no se encontraba allí, quizás había salido de viaje, pues de lo contrario ya lo habría atendido, se tomó unos minutos más, renuente a perder la oportunidad de hablar con ella, pero cuando cayó la noche supo que estaba perdiendo el tiempo.

Al día siguiente fue a la oficina como todos los días, a la espera que ella apareciera, se sentaba por horas a observar las puertas del ascensor y cada vez que las mismas se abrían, su corazón saltaba, pero regresaba a la misma monotonía al ver con decepción que no era ella.

—¿Qué te sucede? ¿Aún sigues llorando por Samantha Steinberg? —le preguntó Douglas con sorna una tarde cuando estaban reunidos.

—Será mejor que me vaya —comentó poniéndose de pie.

—La verdad es que no sé a quién saliste tan cobarde, no puedes tener ante ti un puto obstáculo porque de inmediato te das por vencido, ni siquiera sé cómo eres capaz de llevar a buen término la gerencia de este banco —mencionó con ese tono despectivo que siempre usaba para con él.

—Será porque toda mi miserable vida la he malgastado intentando conseguir que usted me reconozca como un hombre capaz y he dejado de lado lo que era verdaderamente importante —contestó sintiendo cómo la rabia crecía dentro de él.

—¡Bah! Tonterías… un hombre capaz, lo tiene que ser en todos los aspectos y tu vida personal es un desastre Dylan, eres un completo fracasado… —decía cuando sus palabras fueron cortadas por el manotazo que su hijo dio sobre la madera de su escritorio.

—¡Ya basta! Deje de menospreciarme, yo soy un ser humano, no un maldito robot que está puesto aquí nada más que para cumplir sus órdenes, y lo que me ocurra es asunto mío, si triunfo

o fracaso es mi problema, porque ésta es mi vida y usted no tiene ningún derecho sobre ella —expuso furioso y se dio la vuelta para abandonar el lugar.

—¡Bravo! Ahí estás… ese es el hombre que merece llevar mi apellido, no el pelele que todas las mujeres dejan… lástima que siempre reaccionas tan tarde, sé que andas buscando como loco a Julianne y todos los días preguntas por ella, pues déjame decirte que llegas tarde… —pronunciaba cuando su hijo lo detuvo.

—¿Qué quiere decir? —inquirió sintiendo que un vacío se apoderaba de su estómago.

—Que la perdiste por idiota… Julianne me ha pedido un traslado a la sede en Singapur, lleva días trabajando desde su casa y organizando todo para poder marcharse, porque incluso en eso es mejor que tú… —una vez más Dylan lo interrumpía.

—¿Qué demonios va a hacer ella en Singapur? —preguntó desconcertado, el personal de esa sede era muy competente.

—¿Y yo que carajos sé? Todo eso vino a raíz de tu viaje a Italia —contestó mirándolo con rabia—. Nunca te has detenido a mirar a Julianne, siempre la has ignorado y ella no ha hecho otra cosa que preocuparse por ti, velar incluso porque tu trabajo salga bien, te ha apoyado en todo ¿Y tú que has hecho Dylan? ¡Joderla siempre! —Le lanzó sin ningún tipo de tacto.

—Necesito verla… ella no se puede ir, dígame que aún está en la ciudad —pidió desesperado, ignorando por completo los reproches.

—Dylan… ya déjala en paz, acabo de perder a mi mejor trabajadora por tu estupidez, no hagas que las cosas empeoren y déjala en paz… quien debió irse a Singapur fuiste tú —esbozó sintiéndose cansado de esa conversación.

—Por favor, padre… Dígame ¿dónde está Julianne? —rogó sintiendo que el mundo se le derrumbaba de nuevo.

—La autoricé para que usara el avión de la empresa, según acordé con el piloto —se detuvo mirando su reloj y después continuó—. Su vuelo debe estar saliendo dentro de dos horas y media… —decía cuando vio a su hijo salir de la oficina casi corriendo—. ¡Dylan! ¿A dónde Diablo crees que vas? —preguntó siguiéndolo afuera.

—Al aeropuerto a buscarla, tengo que hacer que se quede… Julianne no puede marcharse —dijo caminando a su oficina. Su secretaria no estaba y él no tenía el número del piloto de la empresa.

—Dylan vas a terminar arruinándolo todo… —decía caminando detrás de él, intentando hacerlo entrar en razón.

—Ya dejé de decir eso —espetó mirándolo con rabia—. ¿Alguien tiene el número de Duncan? Necesito comunicarme con él —vociferó en medio del pasillo y varios de los empleados se asomaron.

—Estás dando un espectáculo y muy patético, además —susurró Douglas apenado mientras lo seguía.

—No me importa… ¿Alguien? ¿Alguno de ustedes me puede ayudar? —continuaba preguntando, miró a uno de los asesores—. Patrick ven aquí… necesito que me ayudes a localizar al piloto de la empresa o de la cabina de control del O´Hare, incluso si encuentras el de la policía del aeropuerto —dijo mirándolo a los ojos, sin importarle que el hombre lo viera como si se hubiera vuelto loco.

—Dylan, ya basta… estás dando pena, ¿quieres el puto teléfono de Duncan? Te lo daré, pero esto es una pérdida de tiempo —mencionó buscando el número en su móvil, pulsó el botón de llamada y se lo extendió a su hijo, mientras lo miraba con severidad.

—Buenas tardes, señor Howard —contestó de inmediato la voz al otro lado de la línea.

—Buenas tardes, Duncan, te habla Dylan Howard… por favor, ¿me podrías decir si la señora Buckley se encuentra contigo? Y no digas mi nombre delante de ella —mencionó Dylan con seguridad.

—Sí, la señora acaba de llegar está en la sala de espera mientras le hacen los últimos chequeos de rutina al avión señor.

—Perfecto ¿cuánto tiempo tardará eso? —preguntó haciendo los cálculos en su cabeza de cuánto le tomaría llegar hasta allá.

—Una hora, señor, después de eso nos pondremos en pista a esperar la orden de la torre de control para el despegue.

—Retrásalo, necesito que me des al menos una hora para poder llegar —ordenó mientras miraba su reloj de pulsera.

—Pero… señor Howard, usted sabe cómo se pone la señora Buckley, si tenemos un retraso se molestará.

—No te preocupes por ello, esquívala e invéntate algo, dile… qué sé yo. Que necesitan hacer una evaluación en profundo porque el viaje es muy largo —indicó mientras caminaba por el pasillo.

—Está bien señor, haré lo que me pide… pero no podré mantenerlo por más de una hora o perderemos el puesto en pista.

—No te preocupes, estaré allí para entonces, muchas gracias, Duncan… y recuerda, no le hables de esta llamada a Julianne —dijo, esperó la confirmación y después cortó la llamada.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó su padre mirándolo a los ojos.

—Iré a buscarla, no puedo dejar que Julianne se vaya padre… ya sé que he sido el más grande de los imbéciles, pero yo la amo y haré lo que sea necesario para demostrárselo —contestó entrando al elevador y vio que su padre lo seguía.

—Iré contigo —señaló al ver el desconcierto en su hijo.

Dylan dejó ver una sonrisa al fijarse en que su padre también lo hacía, nunca se había mostrado así con él, siempre fue tan frío y déspota. Pero sentir su apoyo en ese momento era algo que la verdad agradecía mucho, necesitaba de toda su confianza para recuperar a Julianne.

Cuando salieron a la calle comprobaron que se acercaba la hora pico, si viajaban en su auto lo más probable sería que terminaran atrapados en el tráfico. Dylan se sintió desesperado y comenzó a caminar de un lugar a otro en el lobby del edificio sin saber qué hacer, de pronto vio que llegaba uno de los mensajeros y su mente se iluminó, corrió hasta el hombre para interceptarlo.

—Hola ¿cómo le va? —Lo saludó con una sonrisa.

—Señor Howard, bien ¿y usted? —respondió perplejo.

—Muy bien… pero necesito un inmenso favor de usted —mencionó con una sonrisa amable y le puso la mano en el hombro.

Dylan comenzó a explicarle al hombre su idea, ante el asombro del motorizado y de su padre. Después de unos minutos Douglas y Dylan Howard Woodrow recorrían las calles de Chicago en una moto, por suerte llevaban cascos protectores que cubrían sus rostros, de lo contrario ya se verían en primera plana de los diarios al día siguiente.

Llegaron hasta el aeropuerto y el padre de Dylan se encargó de estacionar la moto mientras su hijo corría hacia los hangares, donde estaban los aviones propiedad del banco. Llegó a la sala de espera casi sin aire y comenzó a buscar a Julianne por todos lados, pero no estaba por ninguna parte, así que se dirigió hasta la pista.

—¡Duncan! —llamó al piloto en cuanto lo vio—. ¿Dónde está la señora Buckley? —

preguntó desesperado.

—Acaba de subir al avión, señor… yo estaba por hacerlo también, para entrar a la cola de despegue —contestó mirándolo extrañado.

—Bien, quédate aquí e invéntate cualquier cosa, ese avión no saldrá —mencionó caminando hacia la aeronave.

—¿Qué dice, señor? —inquirió el hombre desconcertado.

—Como escuchó a mi hijo, Duncan, no despegará —acotó Douglas que aún tenía la respiración agitada por el esfuerzo.

El hombre asintió sin atreverse a contradecir al dueño de la empresa, se quedó allí parado mientras veía avanzar al hijo de su jefe hacia el avión; no le costó mucho descifrar lo que ocurría, él mismo había sido testigo de algunas aventuras de los socios en el tiempo que el señor Dylan estuvo sin pareja y hacía viajes largos en compañía de la señora Buckley, siempre terminaban durmiendo en el mismo compartimento y no precisamente como hermanos.

—¡Julianne! —la llamó entrando a la cabina y la vio sentada con los ojos cerrados, ella se sobresaltó.

—¿Qué haces aquí? —preguntó mirándolo con rabia.

—Necesito hablar contigo —contesto y se disponía a continuar, pero ella no lo dejó.

—Pues yo no tengo nada que hablar contigo, así que lárgate —mencionó poniéndose de pie para ir a encerrarse en una de las habitaciones del avión, no quería verlo. Aunque su traicionero corazón brincó de felicidad.

—Julie, necesito que me escuches, por favor —dijo caminando hasta ella y la tomó del brazo para detenerla—. Mi amor, yo sé que…

—¿Mi amor? ¿Ahora soy tu amor? ¡No seas pendejo, Dylan! —Le gritó con rabia y se zafó del agarre de un jalón.

—¿Podrías por favor dejar de usar ese lenguaje? Eres una dama —pidió frunciendo el ceño.

—Sí, soy una dama, pero no soy estúpida… ¿Quieres a una dama estúpida? Ve a buscar a alguna de tus examantes y a mí no me jodas.

—¡Julianne, necesito que me escuches! —exclamó tomándola por los brazos y perdiendo la paciencia.

—¡Quítame las manos de encima! —gritó furiosa—. Recordó que no podía alterarse e intentó calmarse, respiró profundamente, pero mantuvo su postura—. Suéltame, Dylan, estás haciendo que pierda el tiempo… —decía cuando él la calló atrapando su boca con un beso.

Julianne se tensó y luchó por alejarse de él, pero la mano de Dylan se abrió tras su nuca para mantenerla firme, mientras la pesada lengua le saqueaba la boca, gimió contra su voluntad cuando sintió que se pegaba a su cuerpo y sin siquiera darse cuenta dejó de forcejear.

—No puedes irte —susurró Dylan acariciándole la mejilla.

—Tampoco puedo quedarme, esto no tiene sentido, ya me cansé Dylan… me hastié de terminar siendo relegada todo el tiempo, de tus inseguridades, de tu maldita manía de cegarte ante lo que es evidente… si de verdad me quieres déjame ir y ya no me hagas más daño —mencionó buscando alejarse.

—No puedo hacer lo que me pides, Julie, yo te necesito a mi lado.

—¿Por cuánto tiempo, Dylan? ¿Cuánto te durará el capricho esta vez? —preguntó con dolor y resentimiento.

—Las cosas serán distintas a partir de ahora, mi amor —contestó intentando besarla de nuevo, pero ella le rehuyó.

—Eso puedes tenerlo por seguro, serán distintas porque yo no pienso ni puedo seguir

jugando Dylan, ya no se trata solamente de mí —expresó y cortó la frase antes de decirle lo del bebé.

—¿Qué dices? ¿Acaso hay alguien más? —preguntó sintiéndose furioso y la miró a los ojos para que no le mintiera.

—Si lo hubiera no sería tu asunto, pero no lo hay. ¿Sabes lo que hay Dylan? Orgullo, ya no soportaré un abandono más de tu parte… ya terminé contigo y te pido por favor que respetes mi decisión.

—Julianne, yo no puedo hacer eso, mi amor, yo te amo… y sí lo admito, fui un maldito imbécil, me porté contigo como un miserable, pero te prometo que si me das otra oportunidad…

—¿Otra oportunidad para qué? ¡Para que nos abandones a los meses! —expresó sin poner contener ni sus palabras, ni el llanto.

Dylan se quedó frío ante esa última frase de ella, su cabeza comenzó a trabajar a toda velocidad y se sintió mareado cuando la verdad lo golpeó con la fuerza de una tonelada de concreto.

Julianne se llevó las manos al rostro para ocultar su dolor y furiosa con ella misma por exponerse de esa manera, se dejó caer en el sillón temblando ante los sollozos, sintió que Dylan se arrodilló frente a ella e intentó apartarle las manos de la cara, pero no se lo permitió.

—Julie, mírame… por favor —susurró con la voz ronca por las lágrimas que se alojaban en su garganta—. ¿Estás embarazada? —preguntó y su voz se quebró al final.

—Dylan ya no quiero sufrir más… ya he soportado demasiado —dijo entre sollozos, pero al ver que la pregunta seguía en la mirada de él, asintió—. Sí, estoy embarazada… me enteré el día que me dijiste que te ibas a Italia, pensaba darte la noticia ese día. Y me dio tanta rabia lo que hiciste que estuve a punto de perder al bebé… así que he decidido alejarme y hacer mi vida donde nada me perturbe, donde tú no puedas dañarme de nuevo —dijo con determinación.

—Pero ibas a alejarme de mi hijo… ¡Julianne tú no puedes hacer eso! —señaló mirándola a los ojos.

—Pues tampoco pienso quedarme aquí y dejar que mi hijo pase por todo lo que yo he tenido que vivir durante años —acotó ella.

—Te juro que eso no sucederá nunca más, Julianne, te acabo de decir que estoy enamorado de ti, por favor créeme —pidió.

—Tú haces esto por despecho, Dylan, porque seguramente Samantha te rechazó y prefirió quedarse con el italiano.

—¡No! hago estoy porque es lo que siento, mírame… yo te amo, mi corazón me lo gritaba, pero me negaba a reconocerlo. Sin embargo, cuando estuve frente a Samantha, ya no pude seguir escondiéndome de este sentimiento, la vi a ella y ya no sentí lo mismo… Julianne, te juro que te estoy diciendo la verdad, por favor dame una oportunidad —pronunció con la voz temblorosa.

—Dylan… yo también te amo y juro que quisiera creerte, pero…

—Cásate conmigo, Julianne, vamos a Las Vegas, a las Bahamas, donde sea, casémonos y formemos un hogar para recibir a este bebé, no le neguemos a él la posibilidad de tener a sus padres juntos.

Julianne comenzó a llorar consciente de que no podía seguir luchando con lo que sentía, miró a Dylan a los ojos y asintió rindiéndose, poniendo su vida en las manos del hombre que amaba.

Él lo agradeció besándola con fervor y tal como prometió, se casaron una semana después en una sencilla ceremonia frente al mar, prometiéndose dar lo mejor de sí para construir un amor fuerte.

De eso ya habían pasado casi dos meses y cuando regresaron de su luna de miel, se enteraron

del compromiso de Samantha con Alessandro Bonanzierri. Susan les hizo llegar la invitación por protocolo, pues no esperaba que asistieran, pero contrario a lo que pudiera esperarse; Julianne le puso como una prueba más de su amor a Dylan, que estuvieran en la boda.

Si él ya no sentía nada por Samantha, no tendría problemas en presenciar la boda de su exnovia con otro hombre. Dylan lo aceptó pues en verdad quería demostrarle a Julianne que a la única mujer que amaba era a ella, que no tenía por qué temer.

Final de escena en retrospectiva

Y allí se encontraban, caminando con el pecho hinchado de orgullo, consciente que la vida también había sido muy generosa con él, compartía con varios de sus conocidos que también habían sido invitados, y aprovechaban para felicitarlos por su boda y el bebé que venía en camino, disfrutando del ambiente festivo mientras esperaban a los novios.

∞∞∞

Un halo de luz dorada bañaba la sencilla y hermosa capilla construida en piedra, mientras Samantha caminaba del brazo de su padre hacia ésta. Decenas de recuerdos de ella y Alessandro se agolpaban en su mente, recuerdos que la hacían sonreír y contener las lágrimas al mismo tiempo. La primera vez que lo vio, sus discusiones, aquella aventura en el supermercado, la madrugada que pasaron hablando de su libro… el primer beso. Suspiró para liberar la presión en su pecho y evitar que las lágrimas se hicieran presentes, sintió la caricia que le daba su padre en el antebrazo, se volvió a mirarlo dedicándole una sonrisa para agradecerle y después posó su mirada de nuevo en ese lugar donde la esperaba Alessandro para unir sus vidas.

Su cortejo caminaba delante de ella despertando la expectativa en los invitados cuando comenzaron a entrar, ella debía esperar a que la marcha nupcial iniciara para hacerlo junto a su padre, pero en lugar de la famosa melodía de Mendelssohn, a sus oídos llegó la bellísima pieza central de Cinema Paradiso. Samantha sintió su corazón desbocarse en latidos, su padre la miró desconcertado, pero sonrió animándolo a continuar, todas las miradas se volvieron hacia ella y de inmediato la extraordinaria voz de Andrea Bocelli comenzó a entonar la canción.

Se tu fossi nei miei occhi per un giorno
Vedresti la bellezza che piena d'allegria
Io trovo dentro gli occhi tuoi
E nearo se magia o lealta.

Su mirada se posó en Alessandro que la esperaba junto al altar, se veía tan hermoso y sus ojos brillantes le decían que estaba tan feliz como ella, le entregó una hermosa sonrisa, no podía apartar la mirada de él y se suponía que debía mirar a los invitados según lo ensayado, pero para ella solo existía el hombre que la esperaba la final de ese pasillo, la dulce melodía continuaba mientras su corazón latía cada vez más rápido y la lucha contra las lágrimas parecía perdida.

Alessandro apretaba con fuerza la mandíbula para darle la pelea a las lágrimas que colmaban sus ojos, su hermana tenía razón cuando le dijo que se veía como una princesa, en realidad era mucho más, Samantha era la reina de su vida. Lo hizo feliz ver la sorpresa en su rostro cuando escuchó la canción que le sirvió de entrada, había planeado eso con su madre y fue casi un milagro conseguirlo porque Andrea no canta en bodas, pero siendo amigo de sus padres lo

consideró un regalo especial y aceptó hacerlo.

Se tu fossi nel mio cuore per un giorno
Potresti avere un'idea
Di cio' che sento io
Quando m'abbracci forte a te
E petto a petto, noi
Respiriamo insieme.

El camino que se había hecho tan largo al fin la ponía frente a él, sus miradas cristalizadas desbordaban el amor que sentían, Joseph tuvo que atraer su atención porque ellos parecían estar hechizados. Abrazó con ternura a Samantha y ella volvió a sentirse como una niña de ocho años, él hizo que sus sentimientos se removieran y cuando le dijo que estaba muy orgulloso de ella, no pudo evitar que una lágrima rodara por su mejilla. Se separaron y llegó el turno de Alessandro quien también le dio un fuerte abrazo a Joseph, en los últimos meses habían conseguido una relación más cercana y él se había ganado el aprecio y la confianza del temido coronel.

Se vieron a los ojos sin decir nada, sus miradas hablaban por ellos. Caminaron juntos hacia el altar cuando las últimas notas de la canción se dejaban escuchar y esas palabras les llenaron el pecho. Samantha no pudo evitar que más lágrimas la desbordasen y Alessandro también dejó rodar una, se acercó a ella para secar con suavidad el rastro de humedad y después con disimulo retiró la suya.

Da quell'istante insieme a te
E cio' che provo e
Solamente amore.

Así dio inicio la ceremonia que los declararía marido y mujer una hora después. Llegó el momento en que cada uno de los novios diría sus votos, los nervios se dispararon en ambos, pero la cálida unión de sus manos les dio la seguridad para expresarse; como dictaba la tradición Samantha fue la primera en hacerlo.

—Alessandro… —Suspiró y se detuvo recordando, había ensayado esas palabras por días y no podía olvidarlas en ese instante—. Yo, Samantha… prometo hablar siempre con la verdad, prometo no callarme las cosas que siento… escucharte y apoyarte en cada uno de tus sueños, ser una amiga incondicional, una esposa amorosa y una madre compresiva para nuestros hijos —decía con una sonrisa, sintiendo que a medida que se miraba en los ojos de él todo era más sencillo, tomó aire para continuar—. Prometo ser todo lo que necesites, amarte con el alma, el cuerpo y el corazón… y prometo quedarme a tu lado para toda la vida.

Finalizó con la mirada brillante por el llanto que bañaba sus ojos y la sensación de felicidad dentro de ella parecía abarcarlo todo. Lo vio a él retirarse una lágrima mientras le entregaba una radiante sonrisa, acarició con el pulgar el dorso de su mano y comenzó.

—Samantha… yo, Alessandro… prometo cumplir todos tus sueños, prometo darte tu espacio, respetar tus decisiones… ser tu compañero en cada aventura, el amigo que escuche tus proyectos y el amante que cumpla tus fantasías —esbozó y dejó ver una sonrisa ante el hermoso sonrojo en sus mejillas, inhaló para continuar y pasar el nudo en su garganta—. Prometo caminar siempre a tu lado, nunca por delante ni por detrás, sino junto a ti, porque tú eres mi complemento y prometo amarte con todo mi ser para toda la vida.

Terminó deseando besarla en ese momento, pero sabía que debía esperar hasta que el

sacerdote lo indicara. Sin embargo, Samantha lo sorprendió acercándose hasta él para depositar un suave beso en su mejilla, eso no significaba que estuvieran rompiendo la tradición, así que él también quiso entregarle uno y se lo dio en la frente.

La ceremonia continuó dando con algunas palabras del obispo, después vinieron los votos formales, entre miradas cómplices y sonrisas reforzaron sus promesas, sellando la unión con las argollas de platino que desde ese día adornarían sus dedos. La felicidad apenas podía ser contenida por sus pechos cuando fueron declarados marido y mujer. Se acercaron mirándose a los ojos antes de fundirse en un hermoso y apasionado beso, que recibió las exclamaciones, las lágrimas y los aplausos de los presentes.

Recibieron las felicitaciones de todos mientras caminaban tomados de los brazos por el pasillo central de la capilla; felices y orgullosos de ese amor que tuvo que vivir por tanto tiempo oculto, pero que a partir de ese momento sería libre al igual que ellos.

Regresaron a la casa principal para tener unos minutos a solas mientras los demás invitados se trasladaban al jardín donde se llevaría a cabo la fiesta. Pero antes de entrar Alessandro la detuvo para darle un beso y tomarla en brazos sonriendo ante la sorpresa de su esposa.

—Esto se le está volviendo una costumbre señor Bonanzierri —esbozó sonriente, se sentía demasiado feliz para dejar de hacerlo.

—Es la tradición, señora Bonanzierri, éste será nuestro hogar —respondió dándole otro roce de labios—. Bienvenida, mi amor, bienvenida a esta casa y a mi vida —expresó emocionado.

—Bienvenido a la mía, Alessandro —susurró mirándolo a los ojos y le acarició la mejilla, acercándose para besarlo.

Él la bajó con cuidado de no tropezar con el hermoso y pesado vestido, de verdad lucía mucho más bella de lo que la hubiese visto antes, quizás porque dentro de su pecho sentía la maravillosa certeza de que Samantha por fin era suya, que podía gritarlo a los cuatro vientos.

La celebración transcurrió en un ambiente que desbordaba felicidad, pero sobre todo que demostró el amor y la confianza que se brindaban Alessandro y Samantha. No podía ser de otra forma, cuando estaban seguros de lo que sentían el uno por el otro y lo dejaron ver, después de su primer baile como esposos, cuando ambos compartieron piezas con sus exparejas, en el caso de Alessandro con Giovanna y en el de Samantha con Dylan.

Hubo un momento muy especial para los dos cuando Beatrice, la conductora del programa donde Alessandro declaró que se había enamorado de Samantha, se sentó junto a ellos y su sonrisa lo decía todo. Alessandro asintió en silencio llevándose la mano de Samantha a los labios para darle un beso, la mujer emocionada los felicitó con mayor efusividad e hizo prometerles que los tendría a los dos en alguna entrevista, y que su secreto estaba a salvo con ella.

Siguieron compartiendo con todos y a pesar de tener que atender tantas cosas a la vez, a ninguno de los dos le pasó desapercibida la unión que se había creado entre Paula y Piero, habían pasado toda la noche juntos, recordando tiempos de cuando eran niños, hablando de sus profesiones, también habían bailado juntos varias canciones y podían ver al resto de la familia murmurando al igual que ellos.

—Tendrás que aceptarlo. —Le advirtió Samantha mirándolo a los ojos, pues sabía cuán celoso era Alessandro.

—Si promete tratarla como ella se merece, yo mismo busco al cura para que los case —mencionó con una sonrisa, le gustaba sorprender a su esposa, se acercó y le dio un beso.

—¿Hablas en serio? —preguntó y apoyó sus manos en las mejillas de Alessandro para mirarlo—. ¿Quién es usted señor y que ha hecho con mi esposo? —inquirió divertida.

Alessandro soltó una carcajada y la tomó por la cintura para sentarla en sus piernas, sin

importarle tener testigos, ella era su mujer y ambos habían prometido expresarse libremente, le acunó el rostro y la besó con devoción, pero a cada segundo que transcurría el deseo aumentaba y dejó el beso en roce de labios.

—¿Nos escapamos? —preguntó él en un susurro.

—¿Ya? —contestó con una interrogante Samantha.

—Sí, todavía nos espera un largo viaje hasta Varese y me estoy muriendo por hacerte el amor —respondió mirándola a los ojos.

—Ok, subo a cambiarme y… —decía cuando la detuvo.

—No te cambies, te ves hermosa así, Samantha y justo hoy he descubierto otro fetiche —mencionó acariciándole la cintura.

—¿Quiere ser usted quién me quite el vestido, señor Bonanzierri? —preguntó mostrándose coqueta y le acariciaba el pecho.

—Sí, deseo ser yo quien lo haga… y deseo mucho más —respondió susurrándole al oído y la sintió estremecerse—. ¿Vamos?

Samantha asintió dejándole ver el deseo en su mirada, Alessandro le rodeó la cintura con las manos y la puso de pie para después hacerlo él, buscó a su familia para decirles que se despedían, mientras Samantha hacía lo mismo con la de ella, pero ambos pidieron que no comentaran nada porque si no nunca los dejarían ir, ellos darían unas palabras en agradecimiento y después correrían hasta el Maserati para escapar hacia su luna de miel en Varese.

El plan salió perfecto, Alessandro llamó la atención como si fuera a hacer algún anuncio casual y todos se volvieron a mirarlo, les agradeció por haber compartido ese momento tan especial en la vida de su esposa y la suya, Samantha también esbozó algunas palabras para sus invitados y ante la sorpresa de muchos, salieron a toda prisa hasta el hermoso auto negro que los esperaba y subieron a éste.

—¿Lista, señora Bonanzierri? —preguntó él con una hermosa sonrisa que iluminaba sus ojos azules.

—Lista, señor Bonanzierri… y toda suya —respondió con el mismo gesto de él, lo besó antes de ponerse en marcha.

El ruido del motor retumbó en todo el lugar, una vez más los invitados y sus familiares aplaudían para despedirlos, viendo cómo el auto salía de la propiedad y la hermosa luna plateada de ese octubre les iluminaba el camino de su nueva vida, juntos.

Los Ángeles, enero de 2014

Una vez más la mansión de Gary Reynolds derrochaba glamur, se había vestido de gala para celebrar las diez nominaciones que había recibido **Rendición** a los premios de La Academia. La cinta estuvo a punto de no lograr postularse para ese año, ya que fue una de las últimas en estrenarse, pero el empeño del dueño de la productora y de todo el equipo que trabajó en la misma, lograron convertirla en una de las que cerrara el año.

Así fue como el diez de diciembre, la adaptación de la obra de Samantha inundó las salas de cines, en un estreno que se realizó de manera simultánea en millones de salas a nivel mundial.

A los esposos Bonanzierri no solo la felicidad les había sonreído en el plano amoroso, sino también en el profesional, ambos habían logrado las mejores críticas por sus trabajos y a consecuencia de eso, también los premios en reconocimiento, convirtiéndose de esa manera en la pareja del momento. Su luna de miel apenas había durado veintitrés días, que transcurrieron entre Varese, Venecia y las hermosas y cálidas playas de Centroamérica, a donde escaparon del implacable frío que se apoderaba de Europa a finales de año; pero sus compromisos con *The Planet* los obligaron a regresar a Los Ángeles para participar en la postproducción y el estreno de la cinta.

En medio de todo el bullicio que reinaba en el salón principal, ya pasada la medianoche, Alessandro y Samantha lograron escaparse, pero no para abandonar la fiesta, sino para revivir un momento que había sido muy especial para ambos. Samantha le pidió que la acompañara a la terraza donde se reencontraron hacía menos de un año, en una fiesta igual; parecía que había pasado mucho tiempo desde que estuvieron en ese lugar que vio caer las primeras murallas, cuando se fundieron en ese beso que les dejó claro lo que seguían sintiendo el uno por el otro.

—Espera aquí —esbozó Samantha, deteniéndose frente a la puerta de cristal y madera lacada.

—¿Qué sucede? —preguntó Alessandro desconcertado, imaginando que quizás ella había escuchado algo o visto que los seguían.

—No es nada —contestó, sonriendo para aliviar su tensión y le acarició el rostro—. Solo deseo que sea idéntico a la última vez que estuvimos aquí… entraré primero y después lo haces tú —indicó mirándolo a los ojos, tenía planes y ella siempre seguía sus planes.

—Ok. —Asintió mientras sonreía e intentó besarla.

—No hagas trampa —dijo apoyando la mano en su pecho para evitar que la besara, y elevó una ceja advirtiéndole que le siguiera la corriente.

Él negó con la cabeza mientras sonreía y elevó sus manos en un gesto que le dejaba claro a Samantha que ella tenía el control, la vio entrar a la terraza y cerrar la puerta; miró su reloj de pulsera para calcular un minuto, después de eso entró y la encontró justo como meses atrás. Aunque en ese momento ella no llevaba un vestido blanco, sino uno negro, con un escote más discreto, pero la caída de la tela se amoldaba perfectamente a sus sensuales curvas.

Alessandro quiso llegar esta vez como había imaginado en aquel entonces, acercándose a ella para abrazarla por la espalda y pegarla a su cuerpo, sentir su calidez, la suavidad de sus formas, deseaba hacer todo eso; sin embargo, su instinto le decía que Samantha planeaba algo más y se propuso complacerla. No esbozó las mismas palabras que aquella vez, solo adoptó la postura, quedando de espaldas al jardín mientras la miraba con la misma intensidad, como si hubiera pasado años sin hacerlo, justo como en aquel entonces.

Samantha se deleitó en la imagen de su esposo, siempre lucía apuesto, pero esa noche en especial la felicidad lo hacía ver radiante, sabía que estaba feliz por todo lo conseguido, por fin había logrado lo que muchas veces deseó y ella se sentía tan orgullosa de él, que le era imposible disimular su propia dicha. Se acercó a Alessandro mientras le sonreía y cuando vio que estaba a

punto de hablar para llenar el silencio, lo calló posando sus labios sobre los de él y sus deseos se desataron.

Alessandro se sorprendió ante ese gesto, la verdad era que, con tanto misterio, no se esperaba que ella reaccionara de esa manera, aunque gustoso se dejó envolver por el mismo, llevó una mano al cuello de su mujer y con la otra acarició la estrecha cintura, gimiendo al sentir el suave roce de sus labios y ese exquisito masaje que le daba con su lengua.

—Esto… fue lo que deseé hacer en aquel momento —susurró Samantha, abriendo sus ojos para clavar su mirada en la azul intensa de Alessandro, mientras sus labios se seguían rozando.

Él dejó ver una hermosa sonrisa y cerró los ojos mientras negaba con la cabeza, mordiéndose el labio inferior al recordar ese instante; el mismo deseo de meses atrás lo recorrió y sin tener que verla, atrajo a Samantha de nuevo hacia él y comenzó a besarla con toda la pasión que ella despertaba dentro de su ser.

—Cómo te gustaba hacernos sufrir, Samantha… yo me estaba muriendo por hacerlo también, por hacer mucho más que eso —murmuró acariciando la curva de su trasero.

—Teníamos que hablar… —intentó excusarse.

—Siempre se nos han dado mejor las caricias que las palabras —esbozó él sonriendo y la pegó a su cuerpo.

Ella asintió mientras sonreía acariciándole la espalda, él la miraba con tal intensidad que Samantha sentía que se derretía, se aproximó para besarlo de nuevo cuando recordó algo.

—¿Qué te morías por hacer? —preguntó llena de curiosidad y él la miró extrañado, así que se explicó mejor—. Me acabas de decir que te morías por hacer mucho más que besarme…

—¿En serio tengo que responder esa pregunta? —inquirió mostrando una sonrisa ladeada, deleitándose con el sonrojo que cubrió sus mejillas, aún a esas alturas él la intimidaba.

—Bésame —le pidió Samantha acercándole los labios, mientras su mirada se posaba en los de su esposo que la tentaban como nada más en el mundo, sintiendo que podía pasar su vida besándolos.

Alessandro sentía que el deseo lo dominaba, hasta el punto de tenerlo delirando y anhelando a Samantha con tanta intensidad que lo sorprendía. Apenas esa madrugada habían hecho el amor con la misma pasión de siempre, pero solo bastaba que ella lo besara de esa manera para que la necesidad se despertara dentro de él, siempre tenía sed de sus besos, urgencia de sentirse dentro de ella.

—¿Qué me das, Samantha? ¿Qué tienes para ponerme de esta manera, para ponerme a tus pies? —preguntó besándola y acariciándola—. Mujer, me has hecho adicto a ti, cada vez te deseo más… cada vez te amo más —susurró contra la delicada piel de su cuello y bajó hasta los senos, hundiendo su rostro en el escote, para embriagarse con el perfume que brotaba de su piel.

—Tú me has hecho necesitarte de igual manera… Alessandro, me vuelves loca… —expresó con los ojos cerrados mientras temblaba, él la pegó más a su cuerpo y ella pudo sentir la prueba de su deseo, jadeó aferrándose a la espalda de su esposo—. Alessandro… mírame. —Él lo hizo y ella le dedicó una sonrisa—. Hazme el amor… te morías por hacerlo en aquel entonces ¿no? —preguntó con una seductora sonrisa, al ver la sorpresa en la mirada azul.

—Tanto como me estoy muriendo por hacerlo en este momento —contestó, dándole toques de labios—. Vámonos… salgamos de aquí, Samantha —indicó tomándola de las manos.

—Cumplí mi fantasía de hacer lo que deseaba —pronunció, acercando los labios a su oreja, mientras deslizaba su mano por el elegante pantalón, sintiendo bajo la tela la tensa erección.

—Samantha… —esbozó, cerrando los ojos al sentir la caricia, consciente que no tenía la fuerza de voluntad para detenerse.

—Hazme el amor aquí, Alessandro… yo también lo deseaba, yo también me moría por sentirte —dijo, mirándolo a los ojos.

—Dame un segundo. —Casi corrió hasta la puerta, la aseguró con el pestillo para después regresar a ella—. No quiero ningún entrometido esta vez —agregó con una sonrisa.

Samantha también dejó ver una y liberó un jadeo cuando lo vio recoger la suave tela de su vestido con rapidez, amontonándola en su cintura, a la vez que la elevó para dejarla sentada en el balaustre.

Ella disfrutó de la expresión en el rostro de Alessandro cuando vio la prenda de lencería que llevaba, una exquisita pieza diseñada en satín y encajes, que era más lo que revela que lo que escondía, se apoyó en sus hombros para que pudiera quitársela.

—Voy a demandar a estos diseñadores… harán que me dé un infarto un día de estos —dijo, extendiéndola ante sus ojos.

—Es una lástima, porque tenía pensado comprarme varios conjuntos de su nueva colección para San Valentín —acotó con un tono inocente mientras batía sus pestañas.

—Me retracto en este preciso instante —mencionó con una gran sonrisa y se acercó para besarla, gimiendo al sentir como la mano de Samantha liberaba su erección y la llevaba hasta su entrada húmeda y cálida, él empujó hundiéndose en ella—. Eres perfecta, Samantha.

Ella tembló al sentir la lenta y profunda invasión, mientras sus propias caderas salían al encuentro de Alessandro, se sujetó a él por los hombros para mantener el equilibrio. Ese lugar no era el más cómodo, pero poco le importaba, lo único que quería era sentirlo de esa manera porque el placer que le daba era tan inmenso que lo abarcaba todo y no le interesaba el lugar donde estaba, ni la posición, ni la dureza o lo frío del concreto.

—Alessandro… mi vida… Aless —susurró con la voz trémula, mientras sentía que el torbellino de emociones en su interior cada vez giraba más rápido y comenzaba a elevarla.

—Mi preciosa, Samantha… —dijo con esfuerzo, cada vez que empujaba dentro de ella y buscó la mirada de su mujer, pegando sus frentes—. Mírame… mírame —Le tomó el labio inferior que temblaba y lo mordió con suavidad.

Samantha sintió que una corriente de placer la atravesaba entera y desembocaba directa en su intimidad, que se contrajo entorno al miembro erecto de Alessandro, le jaló el cabello para soportar el orgasmo que amenazaba con desbordarla y liberó una secuencia de jadeos cuando lo sintió apurar el ritmo de sus caderas.

Alessandro no le permitió que abandonara su mirada un solo instante, sujetándola por la nuca mantuvo la frente de Samantha apoyada en la suya, mientras sus alientos tibios se mezclaban entre roces de labios y toques de lenguas.

—Me voy… Alessandro… ¡Dios, qué maravilloso! —exclamó sin poder contenerse, cuando sintió el primer azote del orgasmo muy profundo dentro de ella, todo su cuerpo tembló y su centro se llenó de una húmeda calidez allí donde su marido se hundía con poderío.

Él dejó que fuera su cuerpo quien le respondiera cuando se descargó en su interior, después de una secuencia rápida de penetraciones se quedó quieto dentro de ella, mientras gemidos guturales escapaban de su garganta, acompañando cada contracción que expulsaba su simiente dentro de esposa.

La encerró entre sus brazos para sostenerla, al notar que su hermoso cuerpo había quedado flojo y al mismo tiempo buscó un soporte, porque sus rodillas seguían temblando después de ese exquisito orgasmo que lo barrió de pies a cabeza. Entre miradas y sonrisas cómplices se recuperaron, manteniendo aún la unión de sus cuerpos y de pronto se sobresaltaron, al escuchar un fuerte estruendo que dio paso a una lluvia de luces blancas, que estalló en el firmamento sobre

ellos.

Samantha comenzó a reír llena de felicidad y alivio, al comprobar que eran los fuegos artificiales y no alguien que había tumbado la puerta, acarició el hermoso rostro de su esposo, mientras veía como las luces que colmaban el cielo se reflejaban en la mirada azul que tanto adoraba. Le dio un beso en la mejilla y se movió para bajar de la barandilla al ser consciente de lo entumecida que tenía las nalgas y las caderas, por haber permanecido allí tanto tiempo.

—Déjame ayudarte —esbozó él, tomando su pañuelo del bolsillo para secarla y evitar que su pantalón se humedeciera, dejándolos en evidencia cuando regresaran a la fiesta.

La confianza que tenían como marido y mujer los hacía desenvolverse con naturalidad, ella lo dejó ayudarla pues no era la primera vez que lo hacía, cuando hicieron el amor en el Maserati, él también actuó de esa manera. Le dedicó una sonrisa agradeciéndole y se encargó de su pañuelo, guardándolo en su cartera estilo sobre, mientras Alessandro le ponía el panty de nuevo, mostrando una sonrisa cargada de malicia y cuando sus miradas se encontraron, la sorprendió dejándole caer dos sonoros besos en cada seno.

—Señor Bonanzierri, compórtese —le reprochó, pero no podía dejar de sonreír, arregló su vestido y luego lo ayudó a él.

Minutos después estaban de nuevo en la fiesta junto a los demás invitados, que, si bien habían notado su ausencia, solo se limitaron a entregarles sonrisas y miradas que decían más que mil palabras. Eso no les afectaron en nada, a fin de cuentas, podían hacer lo que quisieran porque eran esposos, ante los hombres y ante Dios, así que disfrutar de su amor no era algo que debía avergonzarlos.

—Se perdieron los fuegos artificiales —esbozó Jaqueline, mientras miraba a su amiga mostrando una sonrisa radiante.

—En realidad… Estábamos disfrutando de otros fuegos artificiales —respondió con naturalidad.

—¡Descarada! —exclamó por lo bajo, para que los demás en la mesa no se enteraran, y la vio con fingido asombro.

—Bueno, una vez una gran amiga me dijo que «Había deseos en la vida que debíamos satisfacer o de lo contrario, viviríamos lamentándonos por no haberlos cumplidos» … así que solo estoy siguiendo sus consejos —dijo de manera casual mirando a Jaqueline y su mano acariciaba la pierna de su esposo.

—Bueno… en ese caso hiciste bien, tu amiga es una mujer muy inteligente —acotó con una sonrisa que iluminaba sus ojos.

Samantha asintió con la cabeza y sonreía sintiéndose tan feliz, porque aún seguía pareciéndole un sueño que tuviera una vida junto a Alessandro y que ésta fuera para siempre. Buscó esa mirada azul que la hechizaba, encontrándola de inmediato, se acercó a él y le dio un suave beso en los labios al cual su esposo respondió enseguida.

Dos horas después abandonaron la elegante mansión de Gary Reynolds, para dirigirse hasta su casa en esa ciudad. La limosina que había puesto a su disposición la productora, los dejó frente a la hermosa construcción ubicada en una de las mejores zonas de las colinas de Hollywood.

Samantha era muy exigente cuando se trataba de encontrar un espacio para vivir y aunque fuera por temporadas, deseaba que su casa en Los Ángeles fuera perfecta, así que pasó dos semanas junto a su apuesto esposo recorriendo propiedades en venta. Cuando llegó hasta esa quedó completamente fascinada, era un sueño y no desistió hasta que tuvo en sus manos la propiedad que acreditaba al matrimonio Bonanzierri como los nuevos dueños.

Alessandro marcó el código de seguridad girando después la llave, de inmediato toda la casa se iluminó gracias al sistema que tenía instalado, abrió la puerta e invitó a entrar a Samantha con una sonrisa.

—Estoy tan cansada… creo que voy a dormir dos días seguidos —comentó, quitándose los zapatos y doblándose para recogerlos.

—Señora Bonanzierri, no debería adoptar esa posición… casi me hace caer —mencionó Alessandro en un tono que desbordaba inocencia, después de hacer que su cuerpo chocara contra el de Samantha en un acto aparentemente espontáneo, pero la manera en la cual la sujetó por las caderas decía todo lo contrario—. Le pueden poner una multa por esto, debería tener más cuidado.

—Señor Bonanzierri, no crea que no me doy cuenta de que lo hizo con toda la intención del mundo —respondió mirándolo por encima del hombro y se irguió de inmediato—. Lo conozco demasiado bien para no adivinar lo que desea y será mejor que lo olvide, porque yo apenas puedo mantenerme en pie —agregó liberando un bostezo.

—¡Perfecto! No necesito que estés de pie para hacer lo que deseo —contestó con una sonrisa pícara, mientras le rodeaba la cintura con los brazos y le daba un beso en el hombro.

—Alessandro… —susurró ella, dejando caer su cabeza en el hombro de su esposo, le acarició los brazos admirando la piscina con borde infinito y las luces de la ciudad, a través de la pared de cristal que la dividía de la sala de estar.

Le encantaba esa casa, era tan elegante y sencilla a la vez, aunque en realidad era un inmenso cajón dividido en varios espacios, cada uno adecuado para cumplir las diferentes funciones que les asignara. Aún no la habían decorado por falta de tiempo y tan solo tenían dos semanas allí, así que estaba vacía en su mayoría. Dejó ver una sonrisa al imaginarla con muebles, pinturas y alfombras. Quería que fuese un lugar especial, pues a pesar de no estar equipada, ya habían estrenado algunos de sus espacios, como por ejemplo la piscina y la cocina.

—Estoy comenzando a sentir celos de esta casa. —Le hizo saber Alessandro al verla tan embelesada con la vista.

No le pasaba desapercibida la emoción que mostraba Samantha cada vez que su mirada se paseaba por ese lugar y, aunque él también se encontraba a gusto en la casa, ciertamente su mujer lo estaba mucho más y no lo disimulaba, le dio un beso en la mejilla para después sonreír al escucharla suspirar con ensoñación.

Sentía a Alessandro mecer su cuerpo, como si se tratase de una niña a la que pretendía dormir, eso la hizo sonreír y buscó su boca para besarlo, solo tibios roces de labios.

—¿Dónde está maquinando esa hermosa cabecita que te haga el amor esta vez? —preguntó en un susurro, al oído de Samantha.

Su mujer se había vuelto muy creativa últimamente, ya no se cohibía como antes, ni le preocupaba andar desnuda por la casa y eso era algo realmente asombroso, tomando en cuenta que la mayoría de las paredes eran de cristal. Una vez más había adivinado sus pensamientos, porque ella comenzó a reír y después de otro suspiro, le respondió.

—Esta vez te equivocas… amor, de verdad estoy muy cansada —indicó, mirándolo a los ojos, al tiempo que le acariciaba los brazos.

—¿Y qué tal si te propongo preparar la bañera y darte un masaje que te ayude a relajarte? —preguntó moviéndola para ponerla frente a él, mientras sonreía y le acariciaba la mejilla.

—Alessandro Bonanzierri… ¿Conseguiré algún día decirte que no?

—Eso no sucederá jamás, Samantha Bonanzierri —contestó, mostrando una sonrisa arrogante y al ver que su esposa se disponía a protestar, la calló atrapando su boca en un beso.

Solo le llevó segundos lograr que Samantha se rindiera ante él, la tomó en brazos para llevarla al dormitorio principal, y el más grande de los cinco con los cuales contaba la casa.

—En un minuto estoy de regreso, no te quites nada —mencionó dejándola sobre la cama y corrió hasta el baño.

Samantha se quedó allí tendida obligándose a mantener los párpados abiertos, deleitándose con la hermosa vista de la ciudad y cuando él regresó, lo recibió con una sonrisa.

Tal como le había prometido, Alessandro se encargó de todo, la desvistió entre besos y caricias, después la llevó a la tina y le dio un relajante masaje, para terminar, haciéndole el amor.

Los Ángeles, 14 de febrero de 2014.

Alessandro había hecho una y mil cosas para mantener en secreto la sorpresa que deseaba darle a Samantha, sobre todo para hacerla realidad, no había sido sencillo conseguirlo, pero desde que la idea se le metió en la cabeza movió cielo y tierra para lograrlo, incluso tuvo que recurrir a una conversación con su muy «estimada» suegra, para que ella le ayudara y, aunque le hubiera gustado que fuera en un lugar como el que Samantha merecía, no le quedó más remedio que trabajar con lo que tenía.

Mientras preparaba la sorpresa, sus pensamientos volaron a ese día tres meses atrás, cuando tuvo que dejar de lado el resentimiento que aún sentía por Susan Steinberg y acudió a ella, comprendiendo que nadie más podía ayudarlo, al menos no, con la prontitud que deseaba.

Escena en retrospectiva

Había viajado hasta Chicago junto a Samantha para estar presentes en el nacimiento de la hija de Linda y Walter, que estaba programado mediante cesárea para el primero de diciembre, solo estarían en la ciudad por un fin de semana porque su presencia en Los Ángeles era indispensable. Su esposa le dijo en aquel momento que no era necesario que la acompañara, pero él insistió, pues sabía que no podía perder la oportunidad de recuperar algo que era de los dos.

Actuando con absoluta discreción, acordó tener una reunión con su suegra, sabía que quizás no estaba haciendo bien en ocultarle lo que sucedía a Samantha, pero no quería arruinar su felicidad por algo que él podía manejar sin tener que preocuparla a ella. Llegó hasta la mansión en *Glencoe* a la hora señalada y la mujer lo recibió en su despacho, se le veía más sorprendida que curiosa.

—Buenas tardes, señora Steinberg. —La saludó de manera formal.

—Buenas tardes, Alessandro, creo que ya debería comenzar a llamarme Susan, después de todo, ahora es el esposo de mi hija —comentó ella abriendo una brecha en el muro que la rodeaba, pero su voz debía dejarle claro al actor que era solo un pequeño avance.

—Bien, gracias por recibirme Susan —esbozó tomando asiento como ella le indicaba, pero sin confiarse del todo, era evidente que ella aún mantenía ciertas reservas para con él.

—No hay problema… y bien, ¿dime qué es eso que te tiene tan preocupado y te hizo acudir a mí? —inquirió intentando ser amable.

—Seré directo porque no deseo hacerle perder mucho de su tiempo —dijo tanteando el terreno y la vio asentir con la cabeza, indicándole que continuara—. Necesito un gran favor de usted, necesito que me asesore como abogada Susan —pronunció con su mirada fija en ella, quien no pudo ocultar su sorpresa.

Susan se quedó en silencio analizando las palabras del italiano, la verdad era que no esperaba que él acudiera a ella con ese motivo, mientras lo observaba intentaba descubrir lo que podía haber detrás de esa petición, y inició su interrogatorio.

—Antes que continuemos quisiera preguntarle. ¿Por qué vino a verme a mí en lugar de pedirle asesoría a su padre? Hasta donde sé, es un excelente abogado —indicó manteniéndole la mirada.

—Porque tan solo hace dos días me enteré del asunto en el cual deseo que me ayude, y porque el mismo tendría como jurisprudencia este país… mi padre es uno de los mejores abogados de Italia, pero yo necesito a una de las mejores de América —respondió con sinceridad, no hablaba por hablar, aunque le pesase reconocerlo.

—¿Me considera una de las mejores abogadas de América? Es un tanto extraño cuando

apenas me conoce Alessandro —pronunció con desconfianza mientras su mirada analizaba al actor.

—Samantha siempre me dijo que usted era una gran abogada, de las mejores de este país y yo creo en las palabras de mi esposa —contestó sin titubear para que ella viera que no mentía.

De nuevo el silencio se apoderó del lugar, mientras Susan procesaba las palabras de su yerno, sabía de la admiración que su hija sentía por ella, pero no pensaba que podía llegar al grado de decir que era la mejor, eso la llenó de orgullo y felicidad sin poder evitarlo.

—De acuerdo, pero antes de entrar en el tema respóndame otra pregunta… ¿Por qué me pidió que no le dijera nada a Samantha sobre esta reunión? ¿Qué pretende ocultarle? —inquirió y esta vez no disimuló su desconfianza; por el contrario, la expuso abiertamente.

—Cuando me casé con su hija, prometí amarla y respetarla, así como cuidar de ella y es lo que pretendo, no quiero tener que preocuparla por un asunto que yo puedo manejar perfectamente —respondió con su mirada anclada en la gris de su suegra.

—Entiendo… bueno, soy toda oídos.

—Necesito recuperar un vídeo que grabó el asistente de Gary Reynolds… —decía, pero la mujer no lo dejó continuar.

—¿Qué tipo de vídeo? —Lo interrogó Susan palideciendo, al tiempo que sentía como los latidos de su corazón se desbocaban.

El pánico estuvo a punto de adueñarse de ella, al imaginar a Samantha involucrada en un escándalo de tal magnitud, eso sería algo que estaba segura no lograría soportar, su familia quedaría arruinada para siempre.

Alessandro vio la turbación en el semblante de la madre de Samantha y no tardó en llegar a la conclusión de lo que ella estaba pensando, él también se sintió aterrado ante la sola suposición que algo como eso hubiera ocurrido. Siempre se había cuidado de ello porque sabía lo que significaría para su carrera, pero tratándose de Samantha, su temor era mucho mayor porque ella no era una aventura casual, era la mujer que amaba y solo imaginar que su intimidad pudiera quedar expuesta de esa manera, le helaba la sangre.

—No es… no es un vídeo de esos —se apresuró a responder cuando encontró su voz y mantenía el ceño fruncido, vio que la mujer suspiraba aliviada y continuó—. Samantha y yo mantuvimos nuestra antigua relación oculta de la mayor parte del equipo con el cual trabajamos, no queríamos suscitar comentarios que pudieran perjudicarnos de algún modo, así que llegamos al acuerdo que les haríamos creer a todos que nuestra relación se iría dando durante las grabaciones —explicaba y notando que tenía toda la atención de la mujer se decidió a proseguir.

Le hizo un resumen de lo que fue la relación de los dos, porque necesitaba que la mujer estuviera de su lado y terminara de comprender, de una vez por todas, que él en verdad amaba a Samantha y estaba dispuesto a todo por ella.

El rostro impasible de Susan no dejaba ver los sentimientos que se movían dentro de ella, pero debía admitir que lo que expresaban las palabras y los gestos de Alessandro Bonanzierri, cada vez la hacía considerarlo mejor persona y el hombre adecuado para Samantha. No era que los demás no lo fueran, pero su hija lo había escogido a él y le alegraba saber que a pesar de todo no se había equivocado, aunque lo primero que la impresionó fue la casa que le compró en Italia para vivir junto a ella, eso fue algo que en verdad no se esperaba.

Alessandro continuó relatando a su suegra como su hermano Lisandro lo había puesto al tanto sobre la existencia del vídeo y en manos de quién estaba, también de que él se había acercado hasta el asistente de Gary Reynolds. Pero el hombre negó todo y cuando él lo amedrentó por la fuerza, le dijo que ese vídeo en realidad sí existía, pero que lo tenía su jefe, eso

no lo cohibió y fue a ver al mismo dueño de la productora.

—Me dijo que hoy en día la privacidad no existía y que, así como su asistente lo había hecho cualquier pudo haberlo hecho, en resumen, me dijo que no me daría nada y que le agradeciera que lo había mantenido en secreto a la espera de las reacciones del público y la crítica por la película, pero que si algo salía mal él tomaría eso como un seguro y quizás hasta le daría las ganancias que esperaba por haber invertido tanto en el proyecto —dijo mirándola a los ojos.

—¿Todo eso te dijo? —inquirió Susan realmente molesta.

—Lo he citado textualmente, tengo buena memoria —contestó él, sintiendo que había conseguido atrapar la atención de su suegra.

—¿Cuándo deben regresar a Los Ángeles?

—Debemos estar el martes a primera hora en las instalaciones de The Planet, la premier de la película es el próximo viernes y debemos asistir a varias entrevistas y eventos sociales antes —respondió.

—Perfecto, yo iré con ustedes… después de todo, la familia de Samantha debería estar presente en un evento tan importante para ella, le pediré a Joseph que nos acompañe, sé que estará encantado de hablar también con el señor Reynolds y su asistente —esbozó dejando ver una sonrisa de satisfacción.

La misma que mostraba cuando sabía que tenía todas las armas para ganar un caso, desde hacía mucho no ejercía como tal, pero siempre asistía a juicios. Así que práctica no había perdido y las leyes eran una pasión para ella, su más grande pasión, por lo que jamás olvidaría como poner contra la pared a alguien.

—Susan… de verdad le agradezco todo esto, en ese vídeo no hay nada que nos avergüence a Samantha y a mí, pero temo que vaya a ser utilizado para montar un circo; y nadie tiene derecho a ello porque es nuestra vida, sin importar que ambos seamos unos personajes reconocidos. Un hombre como Gary Reynolds debe entender que existen límites y que no todo es un negocio del cual pueda lucrarse —expuso con seriedad mientras la miraba a los ojos.

—No tiene nada que agradecer, no hemos conseguido recuperar el vídeo todavía Alessandro, pero le puedo asegurar que lo haremos… además, recuerde que Samantha también es mi hija y yo impediré a cualquier precio que alguien la lastime… así que puede contar conmigo —indicó poniéndose de pie frente a él.

—Le doy las gracias por escucharme y brindarme su ayuda, eso es muy importante para mí… Susan, yo en verdad amo a Samantha y estoy dispuesto a hacer lo que sea para que ella sea feliz. —Le confirmó con la voz ronca por las emociones que sentía dentro del pecho, que la madre de Samantha lo aceptara era un avance muy importante para él.

—Eso espero Alessandro, mi hija es una joven maravillosa… —expresó con sinceridad, siempre había sentido que Samantha era una chica especial, pero desde que comenzó a acercarse más a ella, había descubierto a una mujer extraordinaria. Se aclaró la garganta y retomó su postura, después de todo seguía siendo una mujer práctica—. Por lo pronto, necesito que me haga llegar el contrato que le hicieron firmar cuando aceptó el papel en la película, allí debe existir una cláusula que les impide al personal de la productora filmar con sus aparatos móviles o algo por el estilo… tome este es mi correo, envíelo allí —agregó extendiéndole una de sus elegantes tarjetas de presentación, las mismas que había dejado de usar hacía mucho tiempo, pero que aún conservaba.

—En cuanto llegue al apartamento de Samantha, se lo enviaré —decía cuando la mujer lo interrumpió.

—¿Al departamento de Samantha? ¿No debería decir a mi casa o nuestra casa? Hasta donde

sé, ustedes lo comparten todo, no hicieron ningún acuerdo de separación de bienes y las propiedades que usted tiene en Italia, como las que ella tiene aquí, son de los dos, ¿acaso estoy equivocada? —preguntó mirándolo fijamente.

—No señora, no se equivoca… quizás es la costumbre, pero tal como mencionó, ambos decidimos compartir nuestros bienes —respondió un tanto incómodo, pues aún le costaba hacerse a la idea de que el lujoso pent-house, había pasado a ser su hogar en esa ciudad.

—Comprendo, bueno ya se acostumbrará… fue grato verlo de nuevo Alessandro, quedo a la espera de su respuesta —pronunció extendiéndole la mano para despedirlo.

—Para mí también fue un placer verla Susan, cuente con ello… que tenga buenas tardes —mencionó recibiendo la mano con una sonrisa, en verdad estaba agradecido, pero sobre todo sorprendido.

—Igual para usted —dijo y lo vio caminar hasta la puerta, pero antes de que saliera lo detuvo para decirle algo más—. Alessandro, otra cosa. En un matrimonio no deben existir secretos, mi hija no es de las mujeres que perdonan las traiciones o que le oculten cosas… así que le aconsejo que una vez resolvamos todo este asunto, hable con ella y le cuente lo que sucedió o tendrá graves problemas —indicó mirándolo con mesura, para que supiera que hablaba en serio.

—Así lo haré Susan, gracias por el consejo —mencionó y salió del lugar sintiéndose verdaderamente feliz.

No solo había conseguido que su suegra lo ayudara, sino que también estuviera junto al coronel Steinberg en la premier de la película. Sabía que Samantha no esperaba que algo como eso sucediera, así que disfrutaría de su sorpresa cuando se enterase; lamentablemente no podía decirle nada porque eso significaría decirle el motivo de esa reunión, y hasta que no estuviera solucionado el problema no lo haría, ella debía estar libre de tensiones para disfrutar de su momento.

Final de escena en retrospectiva

El sonido del microondas anunciando que las palomitas de maíz estaban listas lo regresó de sus recuerdos, las sacó del aparato y con cuidado de no quemarse abrió el empaque para depositarlo en un gran tazón. Silbaba la melodía que había usado para musicalizar el final de la cinta, había estado ensayando en las madrugadas con su nuevo saxofón, mientras ella dormía, la verdad era que estaba muy emocionado y lleno de expectativas, ante la reacción que tendría su esposa cuando viera la sorpresa que le había preparado.

—Alessandro… ¿Qué estás tramando? —preguntó Samantha llegando hasta la cocina y sonrió cuando él se sobresaltó.

—Nada, solo hago palomitas para ver la película —contestó dándole un toque de labios y caminó hasta la nevera.

—¿Qué es todo esto? —inquirió de nuevo viendo las palomitas y también que vaciaba dos latas de refresco en vasos con hielo.

—Me estoy preparando para nuestra velada de San Valentín —respondió con una sonrisa, poniéndole las tapas a los vasos desechables que había comprado.

—Cómo que va muy en serio esto de la película que deseas que veamos hoy —dijo dándole un sorbo a la bebida helada, no era muy fanática de las gaseosas, pero en ocasiones como esa tomaba una.

—Tú fuiste la que compró una casa con sala de cine, yo solo me preparo para ver una buena película —indicó sin darle más detalles.

Podía ver que Samantha se moría de la curiosidad, pero se estaba cohibiendo, consciente que

no lograría sonsacarle nada; él le había propuesto pasar ese día en casa, evitar las largas colas en las salas de cines o los restaurantes a reventar. Samantha aceptó encantada pues no era muy dada a pasar ese día como la mayoría de las parejas, así que se quedaron a disfrutar de una velada que aparentemente sería común y corriente, sin mucha preparación.

—Trae las bebidas por favor, mientras yo llevo esto… ya el salón está listo —mencionó dedicándole una sonrisa.

Bajaron las escaleras que los llevaron hasta la sala de cine, ese era el único espacio que estaba a desnivel de la casa, Alessandro tomó los portavasos para colocar las bebidas y evitar que mojaran la alfombra o los sillones. Ya tenía todo listo, incluso su saxofón se hallaba escondido detrás de los últimos asientos, donde lo había guardado siempre que practicaba en ese lugar para evitar que ella lo escuchara.

—Sentémonos en estos… se ven más cómodos —dijo Samantha señalando los de la segunda fila.

Sería la primera vez que verían una película en ese lugar, hasta el momento no había logrado disfrutar de un tiempo para compartir de esa manera, siempre estaban cumpliendo con compromisos de trabajo; su fama se había multiplicado no solo por el estreno de la cinta sino también por su repentino matrimonio. Nadie se esperaba que fueran a casarse tan pronto, y en las entrevistas no perdían la oportunidad para intentar saber un poco más de su vida privada.

—Como desees, está noche tú eres mi invitada de honor. —Mostró una gran sonrisa y deslizó su mano por la espalda de su esposa, para acompañarla a los sillones en terciopelo gris humo.

—Me encantas cuando te muestras tan caballeroso —susurró ella dándole un suave beso en los labios.

—Siempre soy un caballero, señora mía —indicó con esa frase del siglo XVIII, y la vio sonreír—. Ahora ponte cómoda y disfruta de la función —agregó haciendo su sonrisa más efusiva.

—Gracias, pero a todas estas aún no me has dicho lo que vamos a ver —dijo mirándolo antes de llevarse un pequeño puñado de palomitas a la boca—. Están deliciosas —acotó tomando más.

—Todo lo que yo hago es delicioso Samantha —pronunció con picardía y dejó libre una carcajada cuando ella rodó los ojos.

—¡Ya! Dime lo que vamos a ver Alessandro que me has estado torturando toda la semana, no creas que no he notado que estás muy misterioso —señaló arqueando una ceja mientras lo miraba fijamente.

—Bueno, es que también soy un hombre misterioso… —decía y se detuvo al ver que ella resoplaba—. Se cree muy graciosa señora Bonanzierri —esbozó alejándole el tazón de palomitas.

—¡Alessandro! —le reprochó y se puso de rodillas sobre el mueble para alcanzarlo—. No seas infantil... ¡Está bien! Eres misterioso, eres un caballero, eres apuesto… ¿Tengo que seguir? —preguntó con tono sarcástico mientras lo miraba.

—Por supuesto me encantaría —contestó con una gran sonrisa, pero al ver que ella se cruzaba de brazos y fruncía los labios mostrándose molesta decidió ceder—. Ok, lo haré yo… tú eres una mujer hermosa, eres valiente, misteriosa… sensual y me vuelves loco con solo mirarme —mencionó disfrutando de la reacción de Samantha, su hermosa mirada miel se había iluminado, se acercó y comenzó a besarla para borrar ese gracioso gesto de sus labios.

—Estás intentando distraerme… —Quiso mostrarse seria, pero respondió de igual manera a sus besos.

—Tienes razón, la película —indicó alejándose de ella y al ver que se quedaba dando besos

en el aire dejó ver una sonrisa.

—¿Cuál veremos? —preguntó recomponiéndose, era increíble como él podía dominarla y que olvidara todo, eso la hizo sonreír.

—El estreno más esperado por muchos… —decía Alessandro cuando ella lo interrumpió.

—¿Veremos Rendición? —inquirió desconcertada.

—Sí, pero no la versión que tú conoces, veremos la verdadera.

Samantha quiso decir algo más, pero su curiosidad la rebasó y prefirió guardar silencio para que él colocara la película de una vez por todas. Sentía que la ansiedad la torturaba mientras veía a Alessandro tomar con toda la calma del mundo, el control de mando.

Él estaba intentando mostrarse relajado ante Samantha, pero la verdad era que su expectativa se había convertido en nervios; suponía que a ella le gustaría porque él se sintió feliz cuando la vio terminada. Y aunque no era nada del otro mundo, más que una edición de imágenes, vídeos y música como los millones que se podían encontrar en *YouTube*, para ambos tenía un significado especial.

—¿Lista señora Bonanzierri? —preguntó mostrándole una sonrisa.

—Sí, ponla ya por favor —pidió mirándolo a los ojos.

La sonrisa de Alessandro se hizo más amplia, se acercó para darle un beso en la mejilla y después manejó el control para encender el sistema de cine, subió el volumen para que ella pudiera escuchar la primera canción. Sabía que Samantha había estudiado español y era muy buena en ello, la escuchó hablar con los medios mexicanos en su idioma cuando visitaron la capital azteca, así que supo que entendería.

Samantha vio la pantalla iluminarse acompañada por una suave melodía y las palabras escrita en la misma la hicieron sonreía, sintió como Alessandro buscaba su mano para entrelazar sus dedos; ella se volvió a mirarlo un instante y le dedicó una sonrisa, pero enseguida regresó a la pantalla no quería perderse nada. Se sorprendió al ver varias fotografías de ella, justo como lucía antes de conocerlo.

—¿De dónde la sacaste? —Se giró para preguntarle sintiéndose intrigada, la sonrisa y el brillo en la mirada de su esposo le dieron la respuesta de inmediato—. Diana —señaló riendo.

—Es una maravillosa cómplice —contestó apartando apenas la mirada de la pantalla, y esta vez fue su turno de ver imágenes del antiguo Alessandro, ese del cual no se sentía muy orgulloso, pero que ya había superado por completo.

Ella suspiró al verlo tan guapo en esas imágenes, recordando como la había dejado sin habla cuando lo vio la primera vez; después siguieron algunas imágenes de Chicago, Roma y al final los hermosos paisajes de la Toscana, pero no cualquiera, era un vídeo de la villa. Las notas de un pino llenaron el espacio y ella sintió que conocía esa melodía, la había escuchado no hacía mucho; así que se concentró en ella, su corazón se estremeció cuando la voz de *Pablo Alborán* llenó el espacio y aún más por el significado que tenían esas palabras.

—Alessandro —susurró con la voz ronca, por las lágrimas que se agolparon en su garganta en cuestión de segundos.

Él acarició con su pulgar el dorso de la mano de Samantha mientras le dedicaba una sonrisa, sintiéndose feliz al ver la mirada de ella iluminarse como si tuviera millones de estrellas, como los cielos de Varese; los dos suspiraron después de un roce de labios y miraron de nuevo la pantalla mientras la música continuaba.

Por fin lo puedo sentir
Te conozco y te reconozco que por fin
Sé lo que es vivir

Con un suspiro en el pecho
Con cosquillas por dentro
Y por fin sé por qué estoy así
Tú me has hecho mejor, mejor de lo que era.

Una secuencia de imágenes de los dos en Varese y la Toscana se dejó ver, teniendo de fondo la hermosa melodía ***Por fin***.

Y entregaría mi voz a cambio de una vida entera
Tú me has hecho entender
Que aquí nada es eterno
Pero tu piel y mi piel
Pueden detener el tiempo.

La letra de la canción era tan hermosa y se parecía tanto a ese amor que vivieron tiempo atrás que sus corazones latían desbocados y sus ojos apenas podían contener las lágrimas que los inundaban; la felicidad que sentía dentro del pecho era tan grande que no les cabía, sus cuerpos eran pequeños para contenerla.

Llegaron las imágenes de la audición, de la fiesta donde anunciaron a Alessandro como el protagonista de Rendición y después de ello muchas más de los sets de grabación. En algunas se veían tan enamorados que Samantha se sonrojó al imaginar lo que pensaría el resto del equipo, era como Diana, Jaqueline y Kimberly le decían, el amor no se puede disimular y menos uno tan hermoso como ese que ellos compartían, apoyó su cabeza en el hombro de Alessandro al tiempo que suspiraba sintiéndose demasiado feliz.

—¿Tan aburrida está que te quedarás dormida? —preguntó él sonriendo al sentir el gesto de ella, su voz estaba más ronca que de costumbre por ese torbellino de emociones que lo rebasaban.

—Es usted un hombre muy romántico señor Bonanzierri… La verdad es que me tienes fascinada —contestó sonriendo y le dio un suave beso en la mejilla mientras en la pantalla seguían mostrándose imágenes de los dos, acompañadas por la maravillosa melodía de ***Difendimi per sempre***.

Difendimi per sempre, amore mio, almeno tu
in questi angoli del mondo agonizzante di bugie
E rimane la ferita
E rimane la mia vita.

Samantha pensaba que no podía existir una canción más adecuada para ese momento que se plasmaba en el vídeo, era fotografías de su viaje a Puglia, cuando ellos comenzaron a mostrarse con mayor libertad sin importarles la presencia del equipo de producción, o de los periodistas que siempre los seguían para capturar alguna imagen que fuera la portada de los diarios de espectáculos.

Difendimi per sempre in questo mondo in tempesta
in cui l'amore è il solo grido di protesta di noi uomini
Riesco a non arrendermi
Se ci sei tu a difendermi.

La pantalla se quedó en negro y Samantha pensó que el vídeo había terminado, aunque se sintió un tanto decepcionada pues esperaban que hubiera fotografías de su matrimonio, pero de pronto todo cambio y ya no eran imágenes, sino un vídeo que estaba un poco movido, pero se podía apreciar perfectamente.

—Alessandro… eso… ¿Ese vídeo es? —Ella apenas podía ordenar sus palabras mientras veía y escuchaba a Alessandro, confesarle lo que decía la nota que le escribiera la primera vez que dejó la Toscana.

—Es nuestro final… y debo decir que me gustó más que el que escribiste para el libro —contestó él que al igual que ella no pudo contener sus lágrimas y bajaron por sus mejillas.

—Es… hermoso, Alessandro es hermoso —dijo en medio de sollozos, al ver como él la montaba sobre Misterio para escapar de ese lugar, hacia su refugio en el campo de girasoles.

Se movió para sentarse sobre las piernas de su esposo y comenzó a besarlo con emoción, agradeciéndole con gestos en lugar de palabras, por ese regalo maravilloso que le había entregado y que ni en sueños se hubiera esperado, era demasiado extraordinario.

Alessandro respondió a los besos de Samantha con la misma emoción, sentía que el pecho le iba estallar de tanta felicidad y aunque esperaba sorprenderla, nunca pensó que fuera a tal grado, ni que ella se emocionaran hasta llorar y temblar de esa manera.

—¿Te gustó? —consiguió preguntar en medio de los toques de labios que le daba su mujer, al tiempo que la acariciaba la cintura.

—Me encantó, es tan hermosa… es mucho más hermosa que la que yo escribí… gracias por hacerla realidad Alessandro —expresó mientras le acariciaba el rostro con ternura.

—Pero aún no termina… nuestra historia no tuvo un final ese día Samantha; por el contrario, fue el principio de todo… mira —pronunció y señaló hacía la pantalla invitándola a que siguieran viendo el vídeo, mientras la mantuvo sentada en sus piernas.

Samantha veía la locura que fue preparar su boda en tiempo récord, algunos titulares de prensa que aseguraban que esperaban un hijo y por eso la rapidez del matrimonio; de nuevo un vídeo de ella entrando a la iglesia y después cuando cada uno entregó sus votos.

La fiesta de matrimonio la resumieron en imágenes de ellos juntos, con sus familiares, amigos e incluso una donde Samantha salía junto a Dylan que la sorprendió mucho a ella, pero entendió que esa era la manera en que Alessandro le decía que confiaba en ella. Lo besó en agradecimiento y después continuó viendo las fotos de su luna de miel, las de la premier de la película, hasta llegar a una que se habían tomado tres días atrás con el teléfono móvil de él, mientras la llevaba cargada sobre su espalda y ambos reían llenos de felicidad, acompañada por la palabra: ***“Continuará”***

—Gracias… gracias… gracias —esbozaba Samantha dándole suaves y húmedos besos, mientras le acariciaba la espalda.

—Aún no hemos terminado… —mencionó tomándola por la cintura para sentarla a su lado y se puso de pie.

Alessandro salió antes que Samantha pudiera decir algo, se llevó con los refrescos y el tazón de palomitas, caminó hasta la cocina y abrió la nevera para sacar de una gaveta las fresas con chocolate que había pedido a una pastelería, no se arriesgó a hacerlas él para que Samantha no descubriera su sorpresa, también tomó una de las dos botellas de *Berlucchi* que había comprado para esa ocasión.

Lo preparó todo con rapidez para regresar hasta la sala de cine, encontró a Samantha mirando el vídeo de nuevo y eso lo hizo sentir feliz, aunque había sido algo sencillo; incluso, cursi como le había mencionado Lisandro, a ella le gustó y eso era la importante.

—Ahora sí señora Bonanzierri, comencemos a celebrar nuestro primer San Valentín juntos —mencionó con una sonrisa mientras servía una copa de champagne para ella.

—¿De dónde has sacado todo esto? —preguntó sintiéndose emocionada por cada gesto de él, pensaba que de verdad pasarían una velada como cualquiera, pero su esposo no dejaba de sorprenderla.

—Tú lo has dicho Samantha, soy un hombre romántico… aunque solo lo haya descubierto cuando te conocí a ti —contestó sirviéndose una copa él también—. Brindo por la mujer más hermosa y especial que existe en el mundo, por mi amiga y mi amante… brindo por ti Samantha —esbozó acercando la copa a la de ella.

—Alessandro… sabes que soy muy mala con las palabras…

—¡Oh, por favor! Vamos haz tu mejor esfuerzo. —La animó dedicándole una sonrisa que llegaba a su mirada.

—Ok, veamos… brindo por mi esposo que es un hombre extraordinario, que tuvo la paciencia de enseñarme a amar… y me liberó de mí misma, gracias por ayudarme a descubrir quien realmente era… gracias por todo lo que me has dado Alessandro —mencionó.

—Siempre terminas haciéndolo mejor que yo… —dijo él colmado de orgullo, de alegría—. Brindemos por los dos.

Chocaron sus copas y antes de beber de las mismas se besaron, compartiendo sonrisas disfrutaron de las primeras fresas, Samantha se sentía tan complacida que no dudó en probarlas tal como hicieron aquella noche en Varese y Alessandro la complació, pero antes que pudieran dejarse llevar por la pasión él se alejó para hacerle entrega de su último presente de esa noche.

Había seleccionado una lista de vídeos para bailar con su esposa esa noche y la primera de todas sería la que interpretaría con su saxofón, esperó a que las primeras notas se dejaran escuchar y caminó para sacarlo de su escondite. Lo puso a un lado ante la mirada sorprendida de Samantha y le dedicó una sonrisa, mientras le extendía la mano para invitarla a bailar.

I can only give you country walks in springtime
And a hand to hold when leaves begin to fall
And a love whose burning light
Will warm the winter's night
That's all
That's all

Sus cuerpos se movían con cadencia al ritmo de la hermosa melodía de *Michael Buble*, mientras sus miradas brillantes se fundían la una en la otra y los latidos de su corazón parecían ir acompasados, brindándose suaves caricias llegaron hasta el momento en el cual Alessandro tomó su instrumento, y comenzó a entonar ese solo de saxo que mostraba la canción, siguiendo las mismas notas con una perfección que lo hizo sentirse orgulloso.

Samantha lo observaba embelesada al tiempo que dejaba libre una secuencia de suspiros que acompañaban la dulce y sensual melodía del saxofón, le entregó una de sus mejores sonrisas demostrándole cuán cautivada se sentía por ese gesto tan hermoso. Lo vio dejar el instrumento de lado y regresar a ella para seguir bailando, mientras le acariciaba la espalda dejando caer suaves besos tibios en su cuello y su hombro desnudo que la hacían suspirar.

A esa canción siguieron muchas otras, hermosas melodías que Samantha también se animó a cantar para él, deseando hacerle sentir a través de ellas cuanto lo amaba.

Los besos y las caricias iban avivando esa llama que latía perpetuamente dentro de ellos y los invitaba a entregarse al placer. Ella sentía que se elevaba ante cada roce de las manos de él en su

cuerpo y cada uno de esos besos profundos que la dejaban sin aliento y deseando más. Pensó en lo maravillosa que era su vida y en lo quería desde ese instante junto a él y supo que lo próximo que deseaba tener junto a Alessandro era un bebé, ese sería su regalo de San Valentín para él, le pediría que tuvieran un hijo.

Mientras Alessandro la besaba comenzaba a sentir que solo quería vivir abrazado a Samantha, vivir en sus labios, en sus manos, sintiendo que ella sería completamente suya hasta el final de sus días. Ella era su vida y en ese instante la certeza la golpeó con la fuerza de un rayo, allí estaba ese instante perfecto del cual su padre le hablaba siempre: «Cuando encuentres a la mujer de tu vida lo sabrás porque tu corazón te dirá que ella lo es todo para ti»

—Ti amo Samantha, tu sei il mio cielo... il mio mundo... la mia vita —expresó dejando que las emociones lo rebasaran.

—Dame un hijo… —esbozó ella con el corazón latiéndole a mil.

—¿Qué? —preguntó él desconcertado y sonriente.

—Quiero tener un hijo contigo, Alessandro… quiero que me hagas madre —pidió, mientras dejaba que sus lágrimas rodaran por sus mejillas.

—¿Ahora? —inquirió él y los latidos de su corazón se aceleraron.

—No… no en este precioso momento —mencionó, riendo en medio del llanto—. Todavía me estoy cuidando, pero… puedo dejar de ponerme la inyección en la próxima cita que es el lunes —aclaró.

—Pensé que deseabas esperar —dijo, mirándola a los ojos.

—Tenemos planeado tomarnos un año sabático… creo que sería el tiempo perfecto —esbozó, manteniéndole la mirada, rogando por no haberse apresurado en tomar una decisión tan importante de esa manera, pero sintió que debía hacerlo en ese instante.

—¿Desea tener un bebé entonces, señora Bonanzierri? —preguntó con una gran sonrisa mientras la miraba.

—Sí… deseo tener un bebé —confirmó moviendo también su cabeza en un gesto afirmativo, sin dejar de reír.

—Yo prometí cumplir todos tus deseos, Samantha, y juro que lo haré preciosa… así que, tengamos un bebé —sentenció mirándola con todo el amor que llevaba dentro del pecho.

Con esa promesa se aferraron en un abrazo que juraba que eso sería para siempre, que ellos se amarían para toda la vida.

Los Ángeles, USA - marzo de 2014.

La tenue luz de las lámparas de noche iluminaba las dos estatuillas sobre las mesas a cada lado de la inmensa cama, donde Alessandro y Samantha, disfrutaban una vez más de la arrolladora pasión que los invadía cada vez que se entregaban y esa noche, además, con un motivo muy especial.

Después de haber asistido un par de horas a la fiesta en la que los ganadores eran agasajados, se retiraron para regresar a su casa en esa ciudad. Habían vivido muchas emociones en los últimos días y tal como había previsto, Gary Reynolds padre, cuando se reunieron por primera vez en su despacho, Rendición arrasó con los premios más importantes ese año, resaltando las actuaciones de Kimberly y Alessandro, así como la adaptación del guion por parte de Patricia Jenkins y Samantha.

La historia se ganó no solo el aplauso del público, sino también el de los críticos que la catalogaron como una hermosa historia de amor, dentro de un marco donde ambos protagonistas habían logrado mediante la rendición, liberarse de las cadenas que realmente los ataban. Sin embargo, Alessandro y Samantha seguían pensando que su historia real era mucho más hermosa; además que no tendría fin.

Lo único que había decepcionado tanto a fanáticos como a la prensa, fue ver durante la premier de la película que Samantha no lucía el vientre pronunciado que todos esperaban. Debido a la rapidez de su matrimonio muchos dieron por sentado que la pareja estaba esperando un hijo, pero una vez más los esposos Bonanzierri los sorprendían y quizás lo harían una vez más dentro de poco.

Habían decidido que era tiempo de tener todo lo que siempre quisieron, Samantha había casi cumplido cada una de las cosas que deseó en voz alta, aquella noche en la villa cuando hablaron sobre sus carreras, esa vez lo compartió con Alessandro sin sospechar que él sería quien la ayudaría a cumplirlos todos, aunque aún les faltaba uno, esa noche la dedicarían a hacer que se hiciera realidad.

—Si tenemos un niño, lo llamaremos Franco —susurró recostada en el fuerte pecho de su esposo, escuchando los latidos de Alessandro. Le gustaba hacerlo, la llenaban de calma.

—¿Franco? —preguntó desconcertado y buscó sus ojos.

—Sí, me gusta tu segundo nombre —contestó con una sonrisa ante el ceño fruncido y subió sus labios para darle un beso.

—Pensé que te gustaría llamarlo Alessandro —expresó sin querer mostrarse muy afectado porque ella no quiera usar su primer nombre.

—No, no quiero llamarlo Alessandro… solo a ti quiero llamarte así —susurró mientras le acariciaba la mejilla con los labios, sintiendo la ligera aspereza de la barba que seguía usando—. Para mí tu nombre lo abarca todo, pero también tiene otro significado, uno más íntimo —mencionó dejando la idea en el aire.

Él la miró a los ojos intentando descubrir a lo que se refería y se perdió en esa hermosa mirada miel, se movió para ponerla bajo su cuerpo, quedando justo en medio de sus piernas y acoplándose de esa manera tan perfecta en la cual lo hacían.

—¿Cuál? —preguntó con una seductora sonrisa.

—Alessandro… es la única palabra que llega a mi cabeza cuando alcanzo el éxtasis, cada vez que me haces explotar de placer… cada orgasmo que me das lleva tu nombre y deseo que siga siendo así siempre —esbozó sonriendo, moviéndose debajo de él mientras le acariciaba la espalda.

—¡Se llamará Franco, entonces! —exclamó con determinación y mostró una hermosa sonrisa

de esas que iluminaban su mirada y creaban suaves surcos entorno a sus hermosos ojos azules—. ¿Y si es niña? —preguntó entusiasmado con la idea de tener varios hijos.

—No la llamaremos Samantha, por favor —contestó con tono de pesar y al ver la confusión en él se dispuso a aclarar—. Samantha es un nombre muy serio para una niña, me gustaría algo más relajado y divertido… no podemos llamarla como nuestras madres, ni como nuestras hermanas porque causaremos celos en unas y otras… así que, debe ser un nombre independiente de ambas familias —explicó con seriedad mirándolo, necesitaba un nombre que expresara todo lo que deseaba para su hija, algo que fuese perfecto para identificarla.

—Daphne —dijo Alessandro de la nada, fue como si alguien más lo hubiera susurrado para él, sonrió al ver que Samantha también lo hacía y supo que había acertado.

—Me encanta… es hermoso y tiene un lindo significado, es una ninfa, una tan hermosa que enamoró al mismo Apolo —comentó emocionada y acercó su rostro a Alessandro para besarlo —. Has escogido un maravilloso nombre para nuestra hija.

—Sí, solo que no había pensado en lo de los «Apolos» veamos a cuántos me tocará espantarles —expresó endureciendo su hermoso semblante y sintió cómo Samantha dejaba caer una lluvia de besos sobre su rostro—. Bueno, si cuenta con el encanto y la belleza de la madre… ¡Dios pobre de mí! Voy a tener el cabello blanco a los cincuenta —agregó poniendo una cara de terror.

Ella irrumpió en una carcajada, regalándole su risa favorita, esa que era hermosa y entusiasta, la misma que lo enamoró desde el primer día que se la escuchó. Tomó el rostro de Samantha entre sus manos y la besó con pasión, mientras sentía que todo su cuerpo se llenaba de una agradable sensación de calidez, mezcla de pasión y devoción.

—¿Continuamos con nuestra agotadora y maravillosa labor de crear un bebé? —preguntó en un tono suave mientras se movía acariciando con su cuerpo el de su mujer, disfrutando del gemido que ella le entregó y el leve temblor que la recorrió.

—¡Oh, por favor! Recuerda cuán feliz haría eso a nuestras madres —esbozó con diversión y sonrió al ver que rodaba los ojos—. Te amo… te amo Alessandro —pronunció desbordando felicidad.

—Yo también te amo… te amo muchísimo Samantha Bonanzierri —susurró contra los labios de ella mirándola a los ojos justo antes de besarla.

El beso inició una entrega más, fundiéndose entre besos y gemidos que avivaban el fuego en su interior. Samantha se arqueaba sintiendo el placer que le brindaban las profundas y lentas penetraciones de Alessandro, vibrando junto a él en cada ir y venir de sus caderas, en cada beso y caricia.

Mientras él se deleitaba bebiendo de esos senos que nunca dejaban de enloquecerlo, disfrutando de lo aprendido y buscando conocer más, robando gemidos a su esposa cada vez que su boca hacía magia en ellos, mientras el ritmo de sus caderas, los llevaban cada vez más alto. El éxtasis los envolvió al mismo tiempo, unidos en cuerpo y alma, mientras su mundo se llenaba de luces con cientos de colores.

Regresaron a la realidad manteniendo ese estrecho abrazo donde sus piernas también participan, entrelazándose hasta hacer que cada espacio entre ellos desapareciera. Y ya fuera en medio de un campo a cielo abierto o entre esponjosas sábanas blancas, el amor siempre era el mismo, abarcando cada espacio, haciéndolos inseparables, sobre todo, haciéndolos iguales.

Contando con todo el tiempo del mundo y una larga vida por delante, se entregaron al amor sin premura, solo dejándose llevar por el sentimiento que los embargaba. Con sus labios y sus manos recorriéndose enteros, disfrutando de cada pedazo de piel que ya conocían de memoria,

dándose la libertad para vivir nuevas experiencias, donde el placer y el amor iban tomados de la mano.

Esa noche él le prometió que le daría un hijo y como si el cielo lo hubiera escuchado; nueve meses después, Samantha traería al mundo a la primera vida que nacería fruto de su amor con Alessandro.

Roma, Italia – agosto 2020.

Alessandro se encontraba en ese estado en medio del sueño y la realidad, tendido boca abajo en la amplia cama que compartía junto a Samantha, sintiendo los suaves y cálidos besos que su mujer le daba en la espalda para despertarlo, una sonrisa afloró en sus labios cuando la sintió subir hasta su hombro y después a su mejilla.

—Feliz cumpleaños —susurró acariciándole la espalda.

Alessandro subió el rostro ofreciendo sus labios, para que lo besara, ella no se pudo resistir y terminó haciéndolo, aunque ya tenía otros planes, pero había aprendido junto a él que a veces es bueno romper los patrones. Sin embargo, esa mañana no podía hacerlo.

—Tienes que levantarte y ponerte un pijama… yo iré por los niños —susurró Samantha cuando acabó el beso.

—Quédate un rato más y hagamos el amor —pidió él mientras acariciaba la perfecta pierna de Samantha, que estaba apoyada sobre su trasero, siempre dormían enredados así.

—¡Alessandro! —Se quejó parpadeando asombrada—. Anoche apenas me dejaste dormir, ahora mismo tengo que ir a beber una jarra de café para mantenerme en pie —decía cuando él la detuvo.

—Siempre te quejas… pero cada vez que te propongo hacerlo de nuevo, nunca me dices que no —dijo con sorna y abrió los ojos para verla, lucía hermosa como siempre.

—Pues en este instante lo haré… sabes que los niños siempre esperan este día con emoción, así que ponte algo mientras yo los busco —mencionó saliendo de la cama y para hacer que él reaccionara le jaló la sábana, dejando al descubierto ese increíble cuerpo desnudo, que cada día parecía desear más.

Alessandro se estiró cuan largo era en la cama, disfrutando de la sonrisa que mostró su esposa cuando lo vio hacerlo, pero igual se le escapó corriendo hasta el baño para no caer en la tentación. Él se puso de pie y tomó del armario un pantalón de seda azul marino, que era del último pijama que su madre le regaló, había empezado a usarla desde la primera vez que Franco llegó a la habitación llorando porque había tenido una pesadilla y les pidió que lo dejaran dormir allí.

Ser padre había sido una de las experiencias más abrumadoras, agotadoras y maravillosas que había vivido junto a Samantha, no dejaba de asombrarse ante el nuevo sentido que había adquirido su mundo desde la llegada de su primer hijo, pensó que con Daphne ya estaría acostumbrado y las sorpresas no serían muchas, pero se equivocó, su hija le demostró que con ella todo sería distinto, era un terremoto en comparación con su hermano mayor.

—¿Listo? —Le preguntó Samantha volviéndolo a la realidad.

Lucía hermosa con ese sencillo vestido verde agua y su cabello castaño, que caía suelto sobre los hombros. Su perfecto cuerpo no había cambiado con los embarazos, solo sus caderas que se habían hecho más anchas y sus senos más voluptuosos, pero eso la hacía mucho más atractiva.

—Sí —respondió dándole un beso en los labios.

—Perfecto, ahora denos su mejor actuación, señor Bonanzierri, vaya y hágase el dormido —expresó con una sonrisa.

Él sonrió y se metió a la cama de nuevo. Samantha había adoptado por tradición, llegar la mañana de su cumpleaños junto a Franco y Daphne para despertarlo con un pastel, los niños disfrutaban mucho ese momento y ellos como padres también. Cerró los ojos y esperó pacientemente por su familia.

Minutos después los sintió abrir la puerta y hablar en susurros, mientras él tenía que hacer

como le dijera Samantha, su mejor actuación para fingirse dormido y no sonreír de felicidad.

—***Feliz cumpleaños, papi, feliz cumpleaños a ti.*** —Cantaban los tres acercándose y Samantha llevaba el pastel con las treinta y siete velas que lo adornaban.

Habían transcurrido once años desde que ella vivió al lado de su esposo su primer cumpleaños, uno que se había quedado grabado en su memoria, caminó despacio y esbozó una sonrisa al ver que él se removía entre las sábanas, pero no despertaba.

—¡Papi no seas perezoso! ¡Levántate! —exclamó Daphne subiéndose a la cama y comenzó a pegarle con sus manitas en la espalda, buscado atraer la atención de su padre.

—¡Daphne no era así! —Le reclamó Franco que era idéntico a Alessandro físicamente, pero había heredado el carácter serio de Samantha, se acercó para separar a su hermana.

—¡Vengan acá los dos! —Los atrapó Alessandro girándose para tumbarlos sobre la cama y hacerles cosquillas.

—¡Papi no! ¡Papá! —exclamaban los niños riendo.

—¡Hey, ustedes tres! El pastel se va incendiar si no apagamos rápido las velas —indicó Samantha atrayendo la atención de todos.

Alessandro se puso de rodillas sobre la cama, esperó a que su esposa y sus hijos le cantaran el cumpleaños de nuevo. Ellos le recordaron sus deseos, pero viéndolos allí y sintiéndose tan feliz como en ese instante lo era, sentía que ya no tenía nada más que desear, pidió lo que se repetía año tras año, tenerlos a ellos siempre.

Samantha dejó el pastel con cuidado sobre la cama, la bandeja donde lo llevaba impedía que manchara las sábanas. Se sentó al borde, sacó un sobre que estaba en la gaveta de su mesa de noche y se apoyó contra el espaldar.

—Tu regalo de cumpleaños —esbozó Samantha entregándoselo mientras sonreía—. ¡Ábrelo! —exclamó sintiéndose feliz.

—¡Sí papi! ¡Ábrelo! ¡Ábrelo! —pidieron sus hijos.

Alessandro lo hizo lleno de curiosidad, extendió la hoja de papel ante sus ojos y una sola palabra escrita en éste, hizo que su corazón triplicara los latidos, Samantha le confirmó lo que allí estaba escrito mientras sonreía asintiendo en silencio, él se acercó a ella para besarla con ternura y amor, agradeciéndole por hacerlo tan inmensamente feliz, los regalos de cumpleaños que le entregaba siempre eran los mejores, no cabía en sí de la felicidad.

—¿Qué es? —preguntó Daphne mirando la hoja, ella aún no sabía leer bien, acababa de cumplir cuatro años.

—Tu mami está esperando un bebé… vas a tener un hermanito —contestó Alessandro sentándosela en las piernas.

—¿Otro? —inquirió Franco frunciendo el ceño como hacía su padre cuando algo no le gustaba.

Los esposos rieron y Samantha lo tomó por la cintura para cargarlo, aunque estaba próximo a cumplir siete años, para ella seguía siendo su bebe; le cubrió el rostro de besos y le susurró cuánto lo amaba, haciéndolo así para que Daphne que había heredado la personalidad competitiva de ella, no fuera a armar un berrinche.

En la fiesta que se ofreció esa tarde en la casa de los padres de Alessandro, todos se mostraron felices ante la llegada de un nuevo miembro a la familia, los nietos a Emilia y Flavio les habían llovido.

Primero fue Tony, el hijo de Lisandro con Vittoria, después llegó Franco llenándolos de felicidad, dos años después cuando llegó Daphne, su hermosa niña que era idéntica a Samantha, pero había heredado la desenvoltura de su padre, muchos les hacían broma por ello, sus dos hijos

era una combinación de los dos. Paula les anunciaba que estaba esperando un bebé junto a Piero, aquel reencuentro en el matrimonio de Alessandro y Samantha los llevó a retomar su amistad, eso dio paso a una relación de año y medio la cual terminó en casamiento, la pequeña Isabella llegó para llenar ese vacío que le causó tanto daño a su madre.

Pero no solo ellos habían sido bendecidos con nietos, los Steinberg también. Linda y Walter tuvieron su segunda niña a la que bautizaron como Valery, igual de hermosa que la dulce Emily quien se sintió feliz de inmediato ante la llegada de su hermana.

Nicholas y Jaqueline también habían sorprendido a todos cuando anunciaron que esperaban un bebé, pero que después de unos meses resultaron ser dos. Aunque ambos habían decidido esperar para casarse, esa noticia y el chantaje por parte de la mamá de ella, los llevó a darse el sí frente a un altar cuando ella tenía ya siete meses de embarazo.

Por su parte, Diana, también les había entregado ya una nieta a sus padres, Marcello que apenas pudo con la emoción al saber que sería padre. Pensó que moriría sin saber lo que se sentía al vivir una experiencia como esa.

Después que se enteró se replanteó muchas cosas y el matrimonio fue una de éstas. Pasó tres meses rogándole a su mujer para que se casaran, pero la naturaleza libre de Diana no era fácil de domar, al final terminó convenciéndola, lo hicieron después de que nació la niña, a la que llamaron Esmeralda, como él siempre llamaba a Diana.

La toscana, Italia – junio 2023.

Samantha se deleitaba con la imagen de su apuesto esposo que se observaba en el espejo, comprobando el nudo de la corbata que le había hecho. Se sentía rebosante de orgullo ante todo lo que ambos habían alcanzado hasta ese momento, su vida como esposos era un sueño, aunque nunca faltaban las discusiones por cualquier tontería, puesto que ambos mantenían su esencia y ese carácter que los hacía chocar de vez en cuando, el amor era mucho más poderoso, haciendo que vencieran cualquier obstáculo.

Estaban por cumplir diez años de casados y catorce de haberse conocido, desde ese día en que sus mundos cambiaron por completo. Ella dejó libre un suspiro recordando aquel instante y eso atrapó la atención de su esposo que se volvió a mirarla, Samantha le dedicó una sonrisa y se acercó hasta él.

—Eres el hombre de cuarenta años más apuesto y sensual que he visto en mi vida —susurró contra los labios de Alessandro.

—Me estás sumando meses, Samantha —indicó elevando una ceja y al ver la picardía en la mirada de su esposa, la apretó contra su cuerpo—. Puedo tener ochenta, pero tú siempre me harás sentir de veintiséis —acotó sonriendo y llevó sus manos al perfecto trasero de Samantha que seguía enloqueciéndolo.

—Señor Bonanzierri, quite las manos de allí que tenemos un vino que presentar. —Le advirtió, pero no pudo evitar morderse el labio cuando vio el azul hacerse más oscuro.

—Y yo puedo dar fe que es el mejor vino que el probado en mi vida —susurró él besándole el cuello.

Recordando cuando la noche anterior, había tomado una de las cien botellas que habían sido trasladadas hasta la villa para el lanzamiento del vino y él quiso catarlo, pero de una manera muy especial. Preparó la tina e invitó a su esposa a acompañarlo, derramó el vino en esos preciosos senos y esperó que la copa que había colocado debajo de uno se llenara, mezclado con la esencia de Samantha era el mejor vino que hubiera probado en su vida, uno que solo probaría él para su suerte.

Pero ella no se quedó atrás, también derramó el exquisito licor rubí sobre el cuerpo de Alessandro, dejando que sus labios y lengua lo recogiesen directamente de la piel bronceada de su esposo, encontraba un sabor mucho más delicioso y excitante, el juego los llevó a beber dos botellas de vino. Terminaron haciendo el amor con esa pasión que los años no habían menguado, entregándose por completo, dando y exigiendo todo en cada encuentro.

La mirada de Samantha también se oscureció ante el recuerdo de ese erótico momento, se acercó a él para darle un beso apasionado y antes de que pudieran dejarse llevar por sus deseos y llegar tarde a la presentación de su primera gran reserva, un golpe en la puerta los hizo detenerse, dejaron libre un suspiro, compartieron una sonrisa que hacía cientos de promesas y se separaron.

—Adelante —mencionó Samantha a quien llamaba.

—Samantha, perdón que los molesté, pero Justine despertó y pregunta por ti, ya le di su biberón.

Mencionó Dalia, una de las señoras que ayudaba a Samantha con la casa y con los niños, teniendo ya cuatro, debió requerir a ayuda, porque no le alcanzaba el tiempo entre ellos y escribir; aunque igual disfrutaba mucho de su rol de madre.

Su hermosa niña de ojos ámbar, había sido una sorpresa para todos, siete meses después del nacimiento de Gabriel se enteró que estaba embarazada de nuevo, había cambiado de método preventivo para poder alimentar a su hijo sin problemas, y pensaba que estaba segura, por eso no tomó otro cuidado.

Sin embargo, cuando sus sospechas fueron confirmadas, se sintió embargada por esa inmensa felicidad, ésa que traer una nueva vida al mundo brinda. Tomó a su princesa en brazos y la arrulló contra su pecho, secándole con besos las delgadas lágrimas que bajaban por sus mejillas, sintió a Alessandro acariciar la cabeza de su hija y besarla.

Compartieron unos minutos más con ella hasta dejarla dormida de nuevo, aunque deseaban tener a toda su familia presente, ella estaba muy pequeña para asistir al evento.

Sus familiares habían viajado hasta la villa para acompañarlos, también muchos de sus amigos y la prensa que cubriría el lanzamiento del vino, todos estaban allí para respaldar su éxito, muchos de ellos ya habían tenido muestras del mismo y podía casi asegurar que era elixir de dioses.

Samantha y Alessandro se habían alejado un poco de los medios, sin embargo, ambos seguían trabajando cada uno en sus profesiones, aunque no a tiempo completo, pues su mayor prioridad era su familia.

El viñedo no comenzó a funcionar bajo sus apellidos, sino dos años después, cuando lograron obtener todos los permisos y a las personas expertas en cada área, ellos deseaban ofrecer un producto de calidad así que buscaron solo a los mejores.

Ya llevaban ocho años produciendo vinos con el sello del matrimonio Bonanzierri – Steinberg, había sido todo un éxito desde su lanzamiento y esperaban cada día ganaran mayor renombre, sobre todo con la presentación de esa reserva especial a la cual le habían dedicado, tiempo, esfuerzo, dinero y sobre todo mucha pasión, pues estaba muy ligada a los dos.

Alessandro dio inicio al discurso, hablando de su pasión por los vinos y cómo su esposa había mostrado el mismo interés por ellos, desde que se conocieron, éstos habían estado presentes desde el inicio de su relación y en honor a la misma, presentaban ese que había sido añejado por casi diez años.

—Es un placer para nosotros presentarles «Rendición» nuestra primera reserva especial —mencionó Alessandro con orgullo.

Mostró la elegante botella negra que contenía un exquisito Chianti, del color del rubí, con todos esos elementos que los identificaban, como lo eran las fresas y el chocolate, todo combinado en un solo cuerpo, que al igual que sus hijos, le daban forma y figura al amor.

∞∞∞∞

Al día siguiente cuando ya todo el revuelo de la presentación había terminado, los esposos les dedicaron el día completo a sus hijos, admirando el paisaje que los rodeaba, sintiendo la brisa y el dulce aroma de la naturaleza, vid, olivos, girasoles. Cada una estaba estrechamente ligada a ellos, a lo que eran y lo que sentían, sus hijos se habían alejado para jugar y ellos se encontraban tendidos en una manta de cuadro, como aquel primer día que se entregaron.

—¿Samantha, estás dormida? —preguntó él, acostándose de lado.

—No, solo tenía los ojos cerrados y recordaba… —contestó adoptado la misma posición de él.

—¿Sí? —preguntó intrigado y se acercó más a ella—. Cuéntame qué recordabas —pidió con una sonrisa.

—Recordaba la primera vez que nos encontramos en el río y tú me apretaste con fuerza entre tus brazos… —decía mirándolo y él asintió dándole a entender que sabía de lo que hablaba—. Recordaba lo que me dijiste en ese entonces… «Piense en los hermosos hijos que no tendrá si

hace algo como eso» —citó sus palabras dejando ver una hermosa sonrisa y le acarició el rostro —. Me alegra muchísimo no haberte pegado en ese momento —acotó riendo.

—Muy graciosa, señora Bonanzierri —mencionó tumbándola de espalda y la cubrió con su cuerpo.

—Gracias por haberme dado cuatro hermosos hijos, señor Bonanzierri —susurró ahogándose en el azul zafiro de sus ojos.

—Gracias a ti por tenerlos conmigo, Samantha —esbozó sintiendo el pecho lleno de orgullo y emoción.

—Te amo… —susurró ella, acariciándole el cabello.

—Te amo —expresó él y se acercó para besarla.

Se fundieron en un beso que los elevó, pero que no tuvo la necesidad de crear un mundo aparte porque ya el suyo era perfecto, era todo lo que habían deseado y más. Ellos eran uno la vida del otro y el mundo del otro, ambos habían logrado salir adelante a pesar de todas las adversidades contra las cuales tuvieron que luchar. Juntos, siempre juntos, su amor era de esos hechos para sembrar más amor.

La vida les había premiado con aquello que siempre soñaron, cuando se pone la vida en las manos de otra persona, se lucha porque eso sea para siempre, se trabaja día a día por hacer que el sentimiento crezca, que dé frutos, que jamás se permita dudar.

Eso fue lo que encontraron Samantha y Alessandro, ellos construyeron su propio mundo en ese lugar, un mundo libre y hermoso, como ese que solo puede nacer del amor, ellos hicieron que un amor de verano se convirtiera en un amor para toda la vida.

Playlist Book

Coldplay - What If

Gun´s and Roses – Don´t Cry

Aerosmith - What Could Have Been Love

Kelly Clarkson - Never Again

Tiziano Ferro - Sere Nere.

Tiziano Ferro - E Fuori È Buio

Alicia Keys – Fallin

Bon Jovi – Always.

Bon Jovi — Bed of Rose.

Bon Jovi — Make a Memory

Adele — Turning tables

Phil Collins — Another day in paradise

Phil Collins - Against All Odds

Natalie Imbruglia — Torn

Joss Stone - Right to Be Wrong

Hoobastank - The Reason

Carly Rae Jepsen - Call Me Maybe

Tiziano Ferro - Ma so proteggerti

Eros Ramazzotti, Anastacia - I Belong To You (Il Ritmo Della Passione)

OneRepublic - Counting Stars

Laura Pausini feat. Giorgia — Gocce di Memoria

Tiziano Ferro - Ti Scatterò Una Foto

Coldplay – Paradise

Tiziano Ferro – Smeraldo

Calvin Harris - Feel so Close

Maroon 5 - Never Gonna Leave This Bed

Tiziano Ferro – Xverso

Baby K feat. Tiziano Ferro – Killer

Michael Bolton - How Am I Supposed to Live Without You

Eros Ramazzotti - Più Bella Cosa

Bruno Mars - Locked Out of Heaven

Robbie Williams – Feel

Bon Jovi - Livin' On A Prayer

Bon Jovi - Lay Your Hands On Me

Giorgia-Di sole e d'azzurro

Dinah Washington - Teach Me Tonight

Joss Stone - Tell Me What We're Gonna Do Now

Olivia Newton John - Hopelessly Devoted to You

Eros Ramazzotti - Un'Altra Te

Nek - Parliamo al singolare

Tiziano Ferro – Imbranato

Krewella – Alive

Ariana Grande - The Way ft. Mac Miller

Taylor Dayne - Love Will Lead You Back

Aerosmith - I Don't Want to Miss a Thing

Lara Fabian - Perdere l'amore

Laura Pausini – Vivimi

Josh Groban - Cinema Paradiso Love Theme.

Contacta a la autora

https://www.facebook.com/pages/Lina-Perozo-Altamar-Escritora/57871446578

https://twitter.com/LinaPerozoA

https://plus.google.com/+LinaPerozoAltamar

https://www.pinterest.com/linaperozoaltam/
https://www.goodreads.com/author/show/8642943.Lina_Perozo_Altamar

http://instagram.com/linaperozo/